

The Project Gutenberg EBook of Pequeñeces, by Luis Coloma

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

Title: Pequeñeces

Author: Luis Coloma

Release Date: December 3, 2006 [EBook #20011]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

\*\*\* START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK PEQUEÑECES \*\*\*

Produced by Chuck Greif

Pequeñeces...

por

El P. Luis Coloma

de la

Compañía de Jesús

SEXTA EDICIÓN

Bilbao

ADMINISTRACIÓN DE «EL MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS»

Calle de Ayala

1898

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE SEÑALA LA LEY

BILBAO--Imp. de Corazón del Jesús, Muelle de Marzan  
a, 7.

Al Lector[1]

[Nota 1: Al publicarse por primer vez esta novela en \_El Mensajero de Corazón de Jesús\_, púsole su autor este prólogo dirigido a los lectores de dicha Revista, que por muchas y poderosas razones, nos ha parecido conveniente reproducir integro en esta sexta edición. (Nota de los editores.)]

Lector amigo: Si eres hombre corrido y poco asustadizo, conocedor de las miserias humanas y amante de la verdad, aunque esta amargue, éntrate sin miedo por las páginas de este libro; que no encontrarás en ellas nada

que te sea desconocido o se te haga molesto. Mas si  
eres alma pía y  
asombradiza; si no has salido de esos limbos del en  
tendimiento que  
engendra, no tanto la inocencia del corazón como la  
falta de  
experiencia; si la desnudez de la verdad te escanda  
liza o hiere tu amor  
propio su rudeza, detente entonces y no pases adela  
nte sin escuchar  
primero lo que debo decirte.

Porque témome mucho, lector amigo, que, de ser esto  
así y si no te  
mueven mis razones, te espera más de un sobresalto  
entre las páginas de  
este libro. Yo dejé correr en él la pluma con enter  
a independencia,  
rechazando con horror, al trazar mi pintura, esa te  
oría perversa que  
ensancha el criterio de moralidad hasta desbordar l  
as pasiones,  
ocultando de manera más o menos solapada la páfida  
idea de hacer pasar  
por lícito todo lo que es agradable; mas confiésote  
de igual modo que,  
si no con espanto, con grave fastidio al menos, y h  
asta con cierta \_ira  
literaria\_, rechacé también aquel otro extremo cont  
rario, propio de  
algunas conciencias timoratas que se empeñan en ver  
un peligro en  
dondequiera que aparece algo que deleita. Porque ju  
zgo que, por sobra de  
valor, yerran los primeros, en no ver abismos donde  
puede haber flores;  
y tengo para mí que, por hartura de miedo, yerran t  
ambién los segundos,  
en no concebir una flor sin que oculte detrás un pr  
ecipicio. Y andando,  
andando, y partiendo los unos de un principio falso  
y los otros de una

verdad santa, llegan todos de la exageración al engaño, y pasan luego a la demencia; pareciéndoles a aquellos que pueden servir de guía a la juventud las crudezas de Zola, y creyendo estos que no conviene enseñar a los niños el Credo y los Artículos de la Fe sin introducir algunas prudentes modificaciones, de que yo pudiera citarle algún ridículo ejemplo. Extraño fenómeno y singular aprieto para el escritor el de estos dos extremos opuestos, hijos legítimos de la confusión de ideas en todo orden de cosas que caracteriza nuestra época, y reconoce por origen, entre otras mil causas, la orgullosa suficiencia propia, el desprecio de la autoridad que legítimamente define, la falta de profundidad y método en los estudios, el magisterio superficial, intruso e interesado de los periódicos, y la funesta propensión a juzgar lo que pasa en el corazón ajeno por lo que sucede en el propio.

Cierto, ciertísimo, lector pío y discreto, que peca de inmoral y merece toda censura el autor que encomia a los ladrones y recomienda sus hurtos y los facilita; o el que protestando contra ellos y reconociendo su inmoralidad, traza, sin embargo, con buenas intenciones y poquísima prudencia, cuadros de peligrosa belleza, de tentación seductora, que ejercen sobre el lector incauto, y aun sobre el que por tal no se tiene, la atracción siniestra del abismo. Mas no por eso has de deducir de aquí, lector pío siempre, y esta vez no discreto si

tal deduces, que sea  
igualmente inmoral el escritor que confiesa paladinamente que hay  
ladrones, que da la voz de alerta contra ellos y los saca a la vergüenza  
pública, pintándolos con todas aquellas sus negras tintas que sufre el  
decoro y hacen al vicio antipático y odioso, y se ayuda así del mal para  
hacer el bien, a la manera que la primavera se ayuda del estiércol para  
fabricar la rosa.

Y no me digas que se corre siempre el riesgo fatalísimo de abrir los  
ojos a la inocencia; porque te diré entonces que si el tal autor supo  
guardar ese \_prudente decoro\_ que indiqué antes, y esa inocencia de que  
hablas es la verdadera inocencia del corazón, pura y santa, única que  
todo lo ignora, así en teoría como en práctica, preciso será que pase  
por aquellas páginas sin comprender lo que se dice entre líneas y coja  
la rosa sin sospechar que existe el estiércol. Y si por ventura lo  
sospecha y lo descubre, señal clara y evidente de que no estaban esos  
ojos tan cerrados como tú creías, y no siendo ya inocencia pura del  
corazón, sino mera ignorancia del entendimiento, le aprovechará por  
ende, si no como medicina todavía, como preservativo, al menos, la  
lección que encerró allí el autor en prudente logogrifo, y como  
estiércol sucio y hediondo aprehenderá forzosamente lo que como tal se  
le presenta. Y si se le convierte en ponzoña la triaca, culpa será suya  
y no del médico, porque la malicia no estará entonces

es en el que escribe,  
sino en la propia voluntad del que lee; que, como d  
ijo un poeta antiguo:

Del más hermoso clavel,  
pompa del jardín ameno,  
el áspid saca veneno,  
la oficiosa abeja, miel.

Con este criterio, lector amigo, escribí yo el libr  
o que entre las manos  
tienes, y lealmente te lo aviso para que lo arrojes  
a tiempo si mi modo  
de pensar no te satisface. Y si por acaso te maravi  
lla que siendo yo  
quien soy me entre con tanta frescura por terrenos  
tan peligrosos, has  
de tener en cuenta que, aunque \_novelista\_ parezco,  
soy sólo  
\_misionero\_, y así como en otros tiempos subía un f  
raile sobre una mesa  
en cualquier plaza pública y predicaba desde allí r  
udas verdades a los  
distráidos que no iban al templo, hablándoles, para  
que bien lo  
entendieran, su mismo grosero lenguaje, así también  
armo yo mi tinglado  
en las páginas de una novela, y desde allí predico  
a los que de otro  
modo no habían de escucharme, y les digo en su prop  
ia lengua verdades  
claras y necesarias que no podrían jamás pronunciar  
se bajo las bóvedas  
de un templo.

Porque si tú, lector pío y candoroso, sentado a las  
márgenes de los  
arroyos de leche y miel que fertilizan la Jerusalén  
celestial que  
habitas, has creído que existe la noción del bien y  
del mal en todos  
los corazones, con la misma claridad que tú la pose

es en tu  
entendimiento iluminado por la gracia, estás en un  
error crasísimo. En  
el mundo, y en cierta clase de mundo, sobre todo, e  
l mal suele  
desconocerse a sí mismo, por esa misma confusión de  
ideas que en todos  
los órdenes reina. Cuando la relajación es general,  
sucede en una  
sociedad lo que a bordo de un barco acontece: que c  
omo todo se mueve  
igualmente, parece que nadie camina; preciso es que  
alguien se detenga  
para que haya un punto fijo que marque el atropella  
miento de los otros y  
el rumbo peligroso de los que siguen caminando.

Jamás harás conocer a un bizco su propio estrabismo  
, si no le pones  
delante un espejo fiel que le retrate su torcida vi  
sta; porque el ojo de  
la cara que sirve para ver y conocer a los demás no  
puede, sin un  
milagro que equivalga a esta gracia que tú disfruta  
s, verse y conocerse  
a sí mismo. Grande y caritativa obra, por tanto, se  
rá la del libro que  
sirva de punto fijo para avisar a los del barco que  
se alejan de la  
orilla; que sirva de espejo fiel al bizco desdichad  
o, para que,  
comenzando por conocer allí su vista extraviada, ac  
abe por odiarla en sí  
mismo.

Y aquí tienes explicado de paso el porqué me deteng  
o a veces en  
pormenores harto nimios, que desdeñaría como artist  
a y a que no  
descendería como religioso. Porque el último parape  
to del bizco que no  
quiere mirar derecho es negar que entienda el que l

e reprende de  
achagues de vista; por eso, cuando le pone delante  
el censor detalles  
íntimos conocidos sólo de los del gremio, concédele  
al punto la ventaja  
inmensa de la experiencia y se rinde a discreción,  
pensando que, si no  
fue también bizco allá en sus tiempos aquel que le  
reprende, entre  
muchos que bizquean debieron de apuntarle los dientes;  
y gran paso es ya  
este dado en el corazón que quiere ganarse, porque  
le invita a la  
confianza y le asegura la indulgencia, la idea de que  
aquel censor  
inexorable estudió en su mismo libro y venció sus mismas  
flaquezas.

Y si todas estas cosas me concedes, y me arguyes todavía  
que no cuadra a  
la gravedad de \_El Mensajero\_ publicar historias tan  
profanas, pídate  
que consideres una cosa, en que de seguro no habrás  
parado mientes. No  
todos los suscriptores de \_El Mensajero\_ son como tú,  
piadosos y  
espirituales: en sus listas, numerosísimas hasta un  
punto increíble  
para lo que suelen ser estas cosas en España, figuran  
al lado de  
místicas abadesas, señoras muy del mundo, y junto a  
congregantes de San  
Luis, hombres despreocupados y hasta jóvenes alegres.  
Preciso es, pues,  
que toda esta multitud heterogénea encuentre allí a  
limento que la nutra  
y que le agrade, y la sana doctrina que paladea con  
delicia la abadesa  
en la \_Intención\_ de cada mes, seria, profunda y devota,  
es manjar harto  
sublime para el embotado paladar de aquellos otros  
que sólo podrán



tragar esa misma celestial doctrina, envuelta en una salsa lícitamente profana.

Dejen, pues, las almas pías ese rincón de \_El Mensajero\_ para esos pobres hambrientos, a quienes hay que alimentar por sorpresa con la santa doctrina de Cristo; que muy superior a la caridad que consiste en dar es la que consiste en comprender y soportar las humanas flaquezas. Esa es la que me hace a mí tomar la pluma y escribir para ellos, aun a trueque de escuchar, como en cierta ocasión he oído, que rebaja el carácter sacerdotal escribir cosas tan baladíes. ¡Como si la caridad se rebajara alguna vez, por mucho que descienda!...

Y con esto, lector amigo, te dejo en paz, y libre quedas para entrarte, si te place, por las páginas de mi libro o dar media vuelta a la derecha. Téame, sin embargo, y en tus ojillos devotos lo conozco, que ansías ya por leerlo, y no lo dejarás hasta devorar lo letra a letra; porque si mis razones no te han convencido, como de seo, es fácil que la curiosidad te impulse contra lo que yo pretendo.

Quédate, pues, con Dios, y Él te bendiga, que yo por mi parte

Con estas cosas que digo  
y las que paso en silencio,  
a mis soledades voy,  
de mis soledades vengo.

Bilbao, 1 de enero de 1890.

\*

\*

\*

\*

\*

## Libro Primero

--I--

Something is rotten in the state of Denmark.  
(Hay algo en Dinamarca que huele a podrido.)

Shakespeare, Hamlet.

Las dos torrecillas del colegio se levantaban agudas y airoosas como flechas disparadas contra el cielo azul, sereno y radiante, que suele cobijar a Madrid en los primeros días de junio. La verdura del jardín parecía una esmeralda caída en la arena, un oasis de bosquecillos de lilas que ya se marchitaban y de azucenas que comenzaban a abrirse, perdido en las áridas llanuras que por el lado del colegio rodean a la corte de España. El agua saltaba en las fuentes y corría por los pilones murmurando; oíanse alegres voces de niños en el interior del edificio; gorjeos de ruiseñores y jilgueros en los árboles, y más allá, pasada la verja, ni niños, ni agua, ni flores, ni pájaros... Una llanura estéril, un pueblo de barracas; y allá en el horizonte, lejos, lejos, Madrid, la corte de España, asomando sus cúpulas y sus torres entre esa neblina que

pone más de relieve la limpidez de la atmósfera, es a especie de vaho que se levanta de las grandes capitales, semejante a las emanaciones de una hedionda charca.

Terminaba aquel día el curso, había tenido ya lugar la distribución de premios, y llegaba la hora de las despedidas. Cruzábanse por todas partes enhorabuenas y adioses, encargos y recomendaciones; y padres, madres, niños y criados, revueltos en confuso tropel, invadían todas las dependencias del colegio, rebosando esa satisfacción purísima del premio justamente alcanzado, del trabajo concluido, de la esperanza cierta de descanso; esa ruidosa alegría que despierta en el escolar de todas las edades la mágica palabra: \_¡Vacaciones!\_

El acto había estado brillantísimo; en el fondo del salón ocupaban un estrado, ricamente dispuesto, los cien alumnos del colegio, con sus uniformes azules y plata, agitados todos por la emoción, buscando con los ojillos inquietos, arreboladas las mejillas y el corazón palpitante, entre la muchedumbre que llenaba el local, al padre, a la madre, a los hermanos que habían de ser testigos y partícipes del triunfo. Coronaba el estrado un magnífico cuadro de la Dolorosa, \_Nuestra Señora del Recuerdo\_, titular del colegio, y a su derecha presidía el acto el cardenal arzobispo de Toledo, bajo riquísimo dosel, y el rector y profesores del colegio sentados en torno. Llenaban el resto del inmenso

salón los padres y madres de los niños, alternando la gran señora con la modesta comercianta; el grande de España con el industrial acomodado; alegres todos, satisfechos, mirándose entre sí y sonriendo amigos y desconocidos, como si el sentimiento de la paternidad, igualmente herido, acortase las distancias y estrechase las relaciones, despertando en todas las almas idéntica felicidad, la misma dicha, igual deseo de considerarse y abrazarse como hermanos.

La orquesta dio principio al acto, tocando magistralmente la obertura de Semíramis. El rector, anciano religioso, honra y gloria de la Orden a que pertenecía, pronunció después un breve discurso, que no pudo terminar. Al fijarse sus apagados ojos en aquel montón de cabecitas rubias y negras, que atentamente le miraban, apiñadas y expresivas como los angelitos de una gloria de Murillo, comenzó a balbucear, y las lágrimas le cortaron la palabra.

--¡No lloro porque os vais!--pudo decir, al cabo--.  
¡Lloro porque muchos no volverán nunca!...

La nube de cabecitas comenzó a agitarse negativamente y un aplauso espontáneo y bullicioso brotó de aquellas doscientas manitas, como una protesta cariñosa que hizo sonreír al anciano en medio de sus lágrimas.

El secretario del colegio comenzó a leer entonces los nombres de los alumnos premiados: levantábanse estos ruborosos y a

turpidos por el miedo  
a la exhibición y la embriaguez del triunfo; iban a  
recibir la medalla y  
el diploma de manos del arzobispo, entre los aplausos  
de los compañeros,  
los sonos de la música y los bravos del público, y  
volvían presurosos a  
sus sitios, buscando con la vista en los ojos de sus  
padres y de sus  
madres la mirada de inmenso cariño y orgullo legítimo,  
que era para  
ellos complemento del triunfo. Un niño pequeñito de  
ocho años subió  
gateando las gradas del estrado, púsose de puntillas  
para divisar a su  
madre, vio a lo lejos y con la punta del diploma  
le envió un beso...  
Chicos y grandes aplaudieron con entusiasmo: los unos,  
por ese instinto  
de ángel que hace comprender al niño lo que es santo  
y bello; los otros,  
por esa tierna simpatía que despierta en el corazón  
de todo padre o  
madre cuanto tiende a revelar el puro amor de hijo.

El acto parecía ya terminado: el arzobispo iba a dar  
la bendición y todo  
el mundo se levantaba para recibirla de rodillas...  
Un niño blanco y  
rubio, bello y candoroso como un ángel de Fra Angélico,  
se adelantó  
entonces a la mitad del estrado: realzaba el encanto  
de su edad y su  
inocencia, \_ese no sé qué\_ aristocrático y delicadamente  
fino que  
atrae, subyuga y hasta enternece en los niños de grandes  
casas; y su  
larga cabellera rubia, cortada por delante como la  
de un pajecillo del  
siglo XV, le daba el aspecto de aquel príncipe Ricardo  
que pintó Millais

en su célebre cuadro \_Los hijos de Eduardo\_.

Detuviéronse todos a su vista, quedando cada cual en su sitio en el más profundo silencio. Volvió entonces el niño hacia el cuadro de la Virgen sus grandes ojos azules, rebosando candor y pureza, y con vocecita de ángel comenzó a decir[2]:

Dulcísimo recuerdo de mi vida,  
Bendice a los que vamos a partir...  
¡Oh Virgen del Recuerdo dolorida,  
Recibe tú mi adiós de despedida,  
Y acuérdate de mí!...

¡Lejos de aquestos tutelares muros,  
Los compañeros de mi edad feliz,  
No serán a tu amor jamás perjuros;  
Se acordarán de ti!

[Nota 2: Esta poesía es original del padre Alarcón, y fue leída en una solemnidad semejante a la que aquí describimos.]

Un aplauso general salió del grupo de los niños, como un grito de entusiasta asentimiento. Los grandes no aplaudían; con el alma en los ojos y las lágrimas en estos, escuchaban inmóviles. El niño se adelantó dos pasos, y llevándose las manitas al pecho, prosiguió lentamente:

Mas siento al alejarme una agonía,  
Cual no la suele el corazón sentir..  
¿En palabras de niño quién confía?  
Temo... no sé qué temo, Madre mía,  
Por ellos y por mí!...

Nadie respiraba; las lágrimas, al caer, no hacían r

uido. El niño volvió  
entonces al público los cándidos ojos, con esa mira  
da vaga de la  
inocencia que parece investigar siempre algo ignora  
do, y prosiguió con  
tristeza que conmovía y sencillez que llegaba al al  
ma:

Dicen que el mundo es un jardín ameno,  
Y que áspides oculta ese jardín...  
Que hay frutos dulces de mortal veneno,  
Que el mar del mundo está de escollos lleno

...

¿Y por qué estará así?

Dicen que por el oro y los honores,  
Hombres sin fe, de corazón ruin,  
Secan el manantial de sus amores  
Y a su Dios y a su patria son traidores...  
¿Por qué serán así?

Dicen que de esta vida los abrojos,  
Quieren trocar en mundanal festín;  
Que ellos, ellos motivan tus enojos,  
Y que ese llanto de tus dulces ojos,  
¡Lo causan ellos, sí!

Algunas mujeres enrojecieron, porque por la boquita  
del niño parecía  
hablar la voz de muchas conciencias; varios hombres  
bajaron la cabeza, y  
una voz enérgica, pero alterada, repitió a lo lejos  
:--¡Sí! ¡Sí!--. Era  
un anciano general, abuelo de un alumno del colegio  
. El niño parecía  
conmovido, como pueden estar los ángeles a la vista  
de las miserias  
humanas; movió tristemente la cabecita, cruzó las m  
anos y prosiguió con  
la expresión de un querubín que mira a la tierra:

Ellos, ¡ingratos!, de pesarte llenan...

¿Seré yo también sordo a tu gemir?  
¡No! Yo no quiero frutos que envenenan,

No quiero goces que a mi Madre apenan,  
¡No quiero ser así!

En los escollos de esta mar bravía  
Yo no quiero sin gloria sucumbir;  
Yo no quiero que llores por mí un día;  
No quiero que me llores, Madre mía...  
¡No quiero ser así!

Y mientras yo responda a tu reclamo,  
Mientras me juzgue con tu amor feliz,  
Y ardiendo en este afecto en que me inf  
lamo,

Te diga muchas veces que te amo,  
¿Te olvidarás de mí?

¡Ah, no, dulce recuerdo de mi vida!  
Siempre que luche en peligrosa lid,  
Siempre que lllore mi alma dolorida,  
Al recordar mi adiós de despedida,  
¡Te acordarás de mí!

Y en retorno de amor y fe sincera,  
Jamás sin tu recuerdo he de vivir.  
Tuya será mi lágrima postrera...  
¡Hasta que muera, Madre; hasta que muer  
a

Me acordaré de ti!

Tú en pago, Madre, cuando llegue el pla  
zo

De alzar el vuelo al celestial confín,  
Estrechándome a ti con dulce abrazo,  
No me apartes jamás de tu regazo.  
¡No me apartes de ti!

Calló el niño, y no resonó un aplauso; sólo estalló  
un sollozo, un



inmenso sollozo que pareció salir de mil pechos por una sola boca, arrastrando los encontrados afectos de amor, ternura, vergüenza, entusiasmo, piedad y arrepentimiento, que en aquellos corazones había despertado la cándida vocecita del niño... A una señal del rector, lanzáronse todos los que en el estrado estaban en brazos de sus padres, estallando entonces una verdadera tempestad de besos, gritos, abrazos, bendiciones, llantos de alegría y gemidos de gozo. Sólo el niño que había declamado los versos quedó solitario en su asiento, sin padre ni madre que le recibieran en sus brazos; la pobre criatura dirigió una larga mirada al dichoso grupo, y con sus premios en la mano, salió lentamente por una ancha galería en que comenzaban a amontonar ya los criados los equipajes de los niños que se marchaban. Había en un extremo un gran mundo con las iniciales F. L. en la tapa, y sobre él se sentó el niño como esperando algo, con los premios al lado, la cabeza baja y la gorrita en la mano, triste, silencioso, inmóvil. La alegre algazara del salón llegaba a sus oídos, y poco a poco fuese levantado su pechito, hinchóse su garganta y rompió a llorar amargamente, en silencio, sin sollozos, sin suspiros, como lloran los que tienen en el corazón el manantial de sus lágrimas. Los criados comenzaban ya a cargar los equipajes, y los grupos de padres y niños se dirigían a la puerta con alegre barullo, sin que nadie reparase en el niño solitario, a veces, un

compañero le daba al pasar una palmada cariñosa, o un profesor que corría apresurado le enviaba una sonrisa, y el niño sonreía también sorbiéndose las lágrimas.

Una señora gorda, de aspecto bondadoso, hallóse en aquellas apreturas al lado del niño, llevando de la mano a un chiquillo gordinflón que sólo había obtenido un premio de gimnasia. Notó este las lágrimas de su compañero, y tirando de las faldas a la señora, le dijo al oído:

--Mamá... mamá... Luján está llorando.

--¿Por qué lloras, hijo?--le preguntó la señora con padecida--. ¿Si has declamado muy bien! ¿No has sacado premio?

Púsose el niño muy encarnado y, levantando la cabeza con infantil orgullo, contestó mostrando los que junto a sí tenía:

--Cinco... y dos \_excelencias\_...

--Digo... ¿Cinco premios y todavía lloras?...

El niño no contestó; bajó la cabeza como avergonzado, y de nuevo corrieron sus lágrimas.

--Pero, ¿qué tienes, hijo?--insistió la señora--. ¿Estás malo?... ¿Por qué lloras?

Un inmenso desconsuelo, que desgarraba el alma en aquella carita de ángel, se pintó en las facciones del niño; con los dientecillos

apretados y los ojos rebosando lágrimas y amarguras  
, contestó al cabo:

--Porque estoy solo. Mi mamá no ha venido. ¡Nadie ha visto mis premios!...

La señora pareció comprender toda la profunda amargura que encerraba aquel sencillo lamento. Saltáronsele las lágrimas, y mientras con una mano acariciaba la rubia cabeza del niño, apretaba con la otra contra su seno la de su hijo, como si temiese que pudiera faltarle alguna vez aquel blando regazo.

--¡Ángel de Dios!--decía al mismo tiempo--. ¡Pobrecito mío!... Tú mamá no habrá podido venir; estará fuera, sin duda... ¿Cómo se llama?...

--La condesa de Albornoz--respondió el niño.

Una violenta expresión de ira se pintó en el rostro de la señora al oír este nombre; volvióse bruscamente hacia una joven que la acompañaba, y exclamó con más impetuosidad que prudencia:

--Pero, ¿has visto?... ¡Si esto clama al cielo!... ¡Pícara madre!  
¡Pícara madre!... Mientras este ángel llora, estará ella escandalizando a Madrid como acostumbra.

--¡Calla mujer!--replicó la otra, mirando con inquietud al niño...

--Pero ¿quién ve con paciencia esto?... ¡Lástima de hijo para tal madre!... Desde el fin del mundo hubiera venido yo

por ver recibir al  
mío su premio de gimnasia... ¡Anda con Dios, hijo!  
Eso indica que cuando  
seas grande sabrás tirar de un carro... ¡Con tal qu  
e me seas bueno!...  
¿No es verdad, Calixto, vida mía?...

Y estampaba en las mofletudas mejillas de su hijo e  
sos estrepitosos y  
apretados besos de las madres, que parecen mordisco  
s del alma.

El niño, enjugándose sus grandes ojos de un azul pr  
ofundo, como el mar  
visto de lejos, no se enteraba de nada. La señora v  
olvió a decirle:

--Vamos, hijo mío, no llores... Anda, Calixto, no s  
eas pazguato, dile  
algo a ese niño... ¿No ves que llora?... ¿Cómo te l  
lamas, hijo?

--Paquito Luján--respondió el niño.

--Pues no llores, Paquito, que tu mamá te estará es  
perando en casa...  
Mira, Calixto, dale una de las cajas de dulces que  
te he traído..., o  
mejor será que le des las dos; yo te compraré otras  
.

Y como viese que el niño rechazaba la linda cajita  
de la Mahonesa, que  
no del todo satisfecho le alargaba Calixto, añadió:

--Tómalas, hijo... Esta para ti, y la otra para tus  
hermanos... ¿No  
tienes hermanitos?...

--Tengo a Lilí.

--Pues llévale una a Lilí. Y llévale también esto..  
. y la buena señora  
estampó en las mejillas del niño, llenas de lágrimas,  
otros dos sonoros  
besos, que en vano pretendían suplir en ellas el calor  
que les faltaba  
de los besos de su madre. Un lacayo con larga libre  
a verde aceituna,  
coronas condales en los botones y sombrero de copa  
con gran cucarda  
rizada en la mano, se acercó entonces al grupo:

--Cuando el señorito quiera, está esperando el coche--dijo  
respetuosamente al niño.

El pobre señorito se levantó de un salto, y abrazando  
con un movimiento  
lleno de gracia al gimnasta Calixto, se dirigió a la  
puerta, sin querer  
entregar al lacayo el envoltorio de sus premios. En  
la verja del jardín  
le detuvo el padre rector, que allí estaba despidiendo  
a los niños;  
besóle Paquito la mano, y abrazándole él cariñosamente,  
le habló brevemente  
al oído.

Púsose el niño muy encarnado, corrieron de nuevo sus  
lágrimas y con  
verdadera efusión llevó por segunda vez a sus labios  
la mano del  
religioso.

Poco a poco fueron desfilando los carruajes, y cesaron  
al fin los gritos  
de despedida.

--¡Adiós!... ¡Adiós!...--repetía el anciano.

Todavía aparecían algunas manitas saludando a lo lejos  
por las

ventanillas de los coches:

--¡Adiós!... ¡Adiós!...

Ocultáronse al fin todos en el último recodo del camino, y sólo quedó la llanura árida, la polvorienta carretera, el pueblo de barracas, el colegio solitario, silencioso como una jaula de jilgueros vacía, y a lo lejos, acechando entre la bruma, Madrid, la gran charca.

El pobre viejo dejó caer entonces los brazos abatidos, bajó tristemente la cabeza, y entróse en la capilla murmurando:

¡Oh Virgen del Recuerdo dolorida!  
¿Se acordarán de ti?

--II--

Era aquella misma tarde poca la animación y escasa la concurrencia en el \_fumoir\_ de la duquesa de Bara. Casi tendida ésta en una \_chaise-longue\_, quejábase de jaqueca, fumando un rico cigarro puro, cuya reluciente anilla acusaba su auténtico abolengo: tenía sobre las faldas, sin anudarlo, un delantillo de finísimo cuero y elegante corte, para preservar de los riesgos de un incendio los encajes de su \_matinée\_ de seda cruda, y sacudía de cuando en cuando la ceniza en un lindo barro cocido, que representaba un grupo de amorcillos naciendo de cascarones

de huevo en el fondo de un nido.

Pilar Balsano fumaba, haciendo figuras, otro cigarrillo no tan fuerte, pero sí tan largo como el de la duquesa, y Carmen Tagle se desquijaraba chupando un \_entreacto\_ que se mostraba algún tanto rebelde.

--Está visto que no tira--dijo de pronto.

Y para cobrar nuevas fuerzas se bebió poquito a poco, y con aire muy distinguido, una tercera copita del whisky, bastante fuerte, que juntamente con el té, los brioches y \_sandwiches\_, habían servido en rico frasco de cristal de Bohemia.

La señora de López Moreno, gorda y majestuosa como las talegas de su marido, contraía sus gruesos labios para chupar un cigarrito de papel, y reía maternalmente al ver a su hija Lucy, recién salida del colegio, dar pequeñas chupadas en el cigarro mismo de Angelito Castropardo. Chupaba la niña y tosía haciendo monadas; chupaba Angelito para darle magistral ejemplo, y tomaba a chupar y a toser la colegialita, encontrando el juego muy divertido. Parecía complacerla mucho tener por maestro un grande de España, y procuraba estudiar el chic de aquellas ilustres damas, que como modelos de distinción le proponía su madre. Todavía, sin embargo, encontraban en ellas sus ojos de colegiala cosas hartas extrañas.

Disgustaban a la duquesa las risotadas de la banque

ra; pero pasaban de  
dos millones las hipotecas que el cónyuge de esta t  
enía sobre los bienes  
de aquella, y ante la perspectiva de una prórroga n  
ecesaria, era preciso  
preparar el terreno con paciencia y amabilidades.

Leopoldina Pastor, varonil solterona que pasaba ya  
de los cuarenta,  
guapa y muy erudita, despachaba una buena ración de  
brioche \_milanaise\_,  
disputando con don Casimiro Pantojas, antiguo direc  
tor de Instrucción  
Pública, académico de la Lengua y celebérrimo liter  
ato. Habíase  
inaugurado aquella semana el tranvía del barrio de  
Salamanca, y  
lamentábase el académico de que el vulgo de Madrid  
se empeñase en hacer  
masculino el nuevo vehículo, contra el dictamen de  
algún colega suyo,  
que por femenino lo tenía.

La señorita de Pastor, ardiente defensora de los fu  
eros gramaticales,  
prometióle hacer por todas partes propaganda de \_la  
tranvía\_; pero  
escapósele al bueno de don Casimiro que era el acad  
émico en cuestión don  
Salustiano Olózaga, y Leopoldina varió al punto de  
dictamen, exclamando  
muy enfadada:

--¡Imposible que sea femenino!... Olózaga es un ind  
ecente amadeísta que  
ha impuesto a Thiers el Toisón de oro; y eso no se  
lo perdona ninguna  
alfonsina... ¡Pues no faltaba más!... ¡El tranvía s  
e dice, y el tranvía  
se dirá!...

Y todos convinieron en poner pantalones al tranvía,



incluso Fernando  
Gallarta y Gorito Sardona, gomosos del Veloz; y el  
grave marqués de  
Butrón, ministro plenipotenciario antes de la glori  
osa, y gastrónomo  
distinguido únicamente después de ella. Era el marq  
ués en extremo  
peludo, y la reina Isabel solía llamarle Robinsón C  
rusoe, porque, según  
aseguraba, sólo con la cara de su ministro plenipot  
enciario podía  
figurarse al famoso náufrago vestido de pieles en s  
u isla desierta. Y en  
honor de la verdad, aquellos destinos del orbe ente  
ro, que encerraba  
Napoleón en el pliegue vertical de su frente, podía  
n quedar entre las  
cejas del marqués perfectamente arropados, como ent  
re dos pellejos de  
conejo.

Frunció, pues, Butrón el formidable pliegue, y mira  
ndo la ceniza de su  
cigarro, dijo solemnemente:

--¡Olózaga!... El y sólo él sirve de puntal a esta  
situación que se  
desmorona... Sin su habilidad y sus esfuerzos, tend  
ríamos ya la  
Restauración planteada hace medio año.

Indignáronse mucho las damas, y Carmen Tagle exclam  
ó lastimeramente:

--¡Y tanta apoplejía vacante!... ¡Tanta pulmonía de  
sperdiciada!...

El marqués, que estaba realmente al tanto de los ma  
nejos de la política  
reaccionaria, siguió perorando, y Carmen Tagle dejó  
de prestar atención  
para ponerla a lo que pasaba a sus espaldas, detrás

de un caballete de terciopelo rojo, medio cubierto airoosamente con una pieza de seda del siglo XVI, sobre la cual se destacaba una linda acuarela de Worms. Asomaban por entre las rojas patas del caballete las faldas de una dama y las piernas de un caballero, y eran estos incógnitos María Valdivieso y Paco Vélez, que sostenían allí hacía media hora una pelotera de dos mil demonios. La colegialita Lucy alargaba también la oreja a ver si pescaba algo, y pescó, en efecto, por dos o tres veces, el nombre de Isabel Mazacán y el de cierto actual ministro, muy joven y muy guapo, llamado García Gómez. A poco hizo otra pesca más gozada: habíasele escapado a la dama un iracundo ¡Canalla! y al caballero una grosera palabrota que hizo a Lucy pegar un respingo, poniéndose muy colorada, y a Carmen Tagle exclamar entre dientes, con su proverbial frescura:

--\_Ô mon Dieu; quel gros mot\_!...

Y levantando la voz un poco, dijo volviendo el rostro hacia el caballete:

--Pero, María, ¿no vienes?... Mira que se está enfriando el té...

Apareció entonces la Valdivieso por el laberinto de monerías y riquezas artísticas que llenaba la pieza, y vino a sentarse junto a Carmen Tagle, muy sofocada y echando por los ojos relámpagos de ira. Paco Vélez salió por el otro lado del escondite con las manos en los

bolsillos, coloradas  
las orejas y mordiéndose los labios, y se detuvo a  
examinar, con aire de  
inteligente, una bellísima lámpara de cobre repujada  
que sobre una  
columna salomónica hacía pendant con el caballete.  
Lucy, que no conocía  
a la Valdivieso, preguntó muy bajito a su maestro Castropardo, si aquel  
otro señor era su marido.

¡Su marido!... ¡Jesús, y qué risa tan grande y tan  
guasona le entró  
entonces a Angelito Castropardo!... Pero ¿de dónde  
diablos había sacado  
aquella criatura la peregrina idea de que fuese aquí  
el un matrimonio?...

--¡Como reñían de ese modo!...--dijo, muy apurada,  
Lucy.

Castropardo sufrió otro acceso de hilaridad, y pudiendo apenas decir  
entre su risa «¡Pues tiene sombra la pregunta!», fue a contar al oído de  
la duquesa la ocurrencia de la colegiala.

Pasóseles por alto a todos los demás este pequeño incidente, distraídos  
con la negra pintura de la situación actual, que de liberadísima-  
mente les  
hacía el peludo diplomático; sabía muy bien que eran el brazo derecho de  
los políticos de la Restauración las señoras de la grandeza, y tenía él  
a su cargo enardecer y dirigir el celo de tan ilustres conspiradores.  
Ellas, con sus alardes de españolismo y sus algaradas aristocráticas,  
habían conseguido hacer el vacío en torno de don Amadeo de Saboya y la  
reina María Victoria, acorralándolos en el palacio

de la plaza de  
Oriente, en medio de una corte de \_cabos furrieles  
y tenderos  
acomodados\_, según la opinión de la duquesa de Bara  
; de \_indecentillos\_,  
añadía Leopoldina Pastor, que no llegaba siquiera a  
indecentes. Las  
damas acudían a la Fuente Castellana, tendidas en s  
us carretelas, con  
clásicas mantillas de blonda y peinetas de teja, y  
la flor de lis,  
emblema de la Restauración, brillaba en todos los t  
ocados que se lucían  
en teatros y saraos. Allí mismo y en aquel momento,  
la señora de López  
Moreno llevaba una colosal, empedrada de brillantes  
; y con mejor gusto  
para aquella hora y aquel traje, llevábanla también  
las otras damas, de  
oro mate con esmaltes. Leopoldina Pastor lucía una  
de trapo del tamaño  
de una zanahoria, colocada en lo más alto de su som  
brero.

Pavoroso era el cuadro que el marqués dibujaba... A  
islado el pobre rey,  
miraba sin cesar hacia la frontera, esperando la co  
ntestación a su  
discurso del 3 de abril que aún no había obtenido r  
espuesta el 21 de  
junio. Sucedíanse las crisis ministeriales, frecuen  
tes, periódicas, como  
calenturas de terciana, hasta engendrar un minister  
io llamado de Santa  
Rita, por ser esta Santa abogada de imposibles. Sub  
levábanse en las  
provincias tropas y paisanos; los tenderos se amoti  
naban en Madrid y  
daban una pedrada al alcalde; y cinco días antes, e  
l 18 de junio, un  
populacho soez recorría las calles apedreando los c  
ristales, y rompiendo

los faroles de la iluminación con que celebraban muchos el aniversario del pontificado de Pío IX, mientras un gentío inmenso, de todos los colores y matices, aplaudía en los jardines del Retiro \_El Príncipe Lila\_, grotesca sátira en que designaban al monarca reinante con el nombre de \_Macarroni I\_. Varios gomosos del Veloz-Club, de los cuales era uno Paco Vélez, habían pagado a tres saboyanitos para que, escondidos en un palco proscenio del teatro a que asistía don Amadeo, interrumpiesen de repente la función, cantando al son de sus violines y arpas el conocido estribillo:

Cicirinella tenía un gallo  
E tutta la notte montava a caballo,  
Montava la notte bella  
¡Viva il gallo de Cicirinella!

Divertía esto mucho a las damas, porque claro está que ello había de allanar el camino de la Restauración porque ansiosas trabajaban; pero lo temible, lo negro--y el marqués acentuaba los pavorosos tintes de su rostro, enarcando las pieles de sus cejas--, era que los carlistas comenzaban a removerse en el norte, y los republicanos en todas partes, y hacía difícil defender de tanta boca abierta la única y apetecida tajada.

--La Restauración es cosa hecha--concluyó \_Robinsón\_ con acento profético--; pero sólo llegaremos a ella atravesando un charco de sangre... ¡Preveo para España un \_noventa y tres\_ c

on todos sus  
horrores!...

Sobrecogiéronse las damas, y en voz queda, contenida, cual si viesan asomar, como María Antonieta por las ventanas del Temple, la cabeza de la Lamballe, clavada en una pica, comenzaron a hablar de la guillotina... Morir las aterraba. ¿Qué sabían ellas lo que era morir? Tan sólo lo comprendían en el Teatro Real, dejándose caer poco a poco en la poltrona de Violeta Valery, cantando al compás de la orquesta y en los brazos de Alfredo: \_¡Addio d'il passato\_!

La duquesa dijo con voz desfallecida que ella había visto en Londres, en la galería de madame Toussaud, la guillotina misma en que murió Luis XVI. La señora de López Moreno se llevó la mano a su gordo pescuezo, como si ya sintiese allí el filo de la fatal cuchilla. Leopoldina Pastor no se asustaba: de morir ella, moriría como Carlota Corday, despachando antes media docena de indecentes, como Marat. Carmen Tagle dio un suspiro, sacó un poquito la lengua y preguntó si aquello dolería mucho.

--Tan sólo se siente un ligero frescor--contestó a lo lejos una voz cavernosa.

Volviéronse todos asustados, creyendo encontrar la sombra de Robespierre, que venía a comunicarles el dictamen de su experiencia.

Tan sólo vieron a don Casimiro Panojas, sonriente,

apretándose con una  
mano el gaznate, rompiendo con la otra el rabo de un  
conejito de  
porcelana de Sajonia que, entre mil costosas baratijas,  
adornaba una  
mesa. Distraído siempre el buen señor, trituraba de  
continuo lo que  
cogía al alcance de sus dedos de espárrago, y a estos  
destrozos sin  
cuento de muebles y cachivaches debía el apodo de \_  
el Ciclón Literario\_.

Riéronse todos; y la salida del académico, que no era  
otra sino el  
informe de Guillotín a la Asamblea francesa sobre su  
terrible invento,  
vino a aclarar algo la sombría atmósfera. Una racha  
viviente, un huracán  
femenino que apareció en la puerta, acabó de despejarla  
del todo; entró  
Isabel Mazacán, con su paso de Diana cazadora, alta  
la cabeza, altiva la  
mirada; demasiado señorial para \_cocotte\_ demasiado  
desvergonzada para  
gran dama.

Besó a la duquesa, quitóse un guante, bebió dos sorbos  
de té...

--Butrón, un cigarro--dijo, y con el aplomo de un veterano,  
de repente,  
sin preámbulos, hizo estallar esta bomba:

--Está nombrada la camarera mayor de Palacio.

La sorpresa hizo saltar de sus asientos a damas y caballeros,  
y  
desapareció como por ensalmo la jaqueca de la duquesa.

--¿Quién es?...

--Pero ¿quién podía ser?...

Porque ¿quién podía ser, en efecto, si la gran habilidad de las señoras alfonsinas había estado en desairar a la reina Marí a Victoria, dejando vacante el cargo de camarera mayor, que exige como requisito indispensable la grandeza de España, y es de suyo tan alto y delicado que no recibe, sino presta autoridad a la persona misma de la reina?...

--¡Bah!--exclamó al cabo la duquesa--, alguna coronela de Alcolea...

--Alguna burguesa distinguida--dijo Carmen Tagle.

--Miss Zaeo, artista ecuestre--opinó Gorito Sardona .

Y Paco Vélez, en crudo, sin repulgos, sin que ninguna dama se espantase, ni ningún caballero le cruzara el rostro de una bofetada, añadió:

--Paca la alta... \_artiste anonyme\_...

Angelito Castropardo, en pie detrás de la gorda López Moreno, la designaba con gesto picaresco, guiñando un ojo como si preguntase si era ella; mas la Mazacán, con mucha pausa y sin que la voluminosa banquera pudiese comprender por la expresión de su rostro qué decía, ni a quién hablaba, le contestó, subrayando las palabras:

--No es \_gorda\_ de España... Es \_grande\_ de España.

Recrudecióse la sorpresa con asomos de indignación,



y hasta el mesurado  
diplomático contrajo sus pellejos de conejo, exclamando:

--¡Imposible!... ¡Imposible!...

--Será alguna grande de provincia... Alguna indecente que nosotros no  
conocemos--dijo Leopoldina Pastor.

--No, señor; es grande de la corte, y de la cepa...  
y me extraña no  
encontrarla aquí...

--¿Aquí?--gritó la duquesa irguiéndose amenazadora.

Y revolvió los ojos en todas direcciones, como buscando debajo de alguna  
mesa o en lo alto de algún \_étagére\_ a la nueva camarera.

--Pero ¿quién es?... ¿Quién es?--gritaron todos.

Isabel Mazacán dejaba escapar una sonrisita maliciosa, como quien  
saborea un triunfo anticipado; presentó una copa a Paco Vélez para que  
se la llenase de whisky, vacióla de un trago, y acabó al fin de soltar  
la bomba.

--Curra Albornoz--dijo.

Lo enorme de la afirmación destruyó su efecto. Un « ¡bah! » general de  
incredulidad brotó de todos los labios, y la duquesa se hundió de nuevo  
en las profundidades de su \_chaise-longue\_, exclamando:

--¡Eso es una \_canard\_!

--¡Sí, señor!... ¡Un camelo!--añadió Gorito muy indignado.

Tocóle la vez de enfurecerse a Isabel Mazacán, y mientras el viejo Butrón disimulaba un repentino sobresalto, como si juzgase aquel nombramiento cosa de grave peligro, dijo ella muy contrariada por el fiasco de su noticia:

--Pues, señor, ¡me pasmo de su pasmo de ustedes!... ¿A qué viene ese espanto?... ¿Acaso Curra ha tenido alguna vez vergüenza?

--¡Eso es otra cosa!--replicó con fresquísima naturalidad la duquesa--. Pero la enormidad que tú le atribuyes sería peor que una culpa; sería una pifia... ¡Camarera mayor de \_la Cisterna\_!... ¡Qué ridiculez!...

--Mira que lo sé de buena tinta...

--Vamos, mujer, dilo sin miedo, que ninguna de nosotras se ha de poner colorada--exclamó María Valdivieso con la intención de un toro de ocho años--. ¿Te lo ha dicho García Gómez?...

La Mazacán titubeó un momento, y sin ruborizarse tampoco por las comentadas intimididades que con el lindo ministro tenía, dijo al cabo:

--García Gómez me lo ha dicho.

--¡Pues aunque lo diga San García Gómez no lo creo!--replicó impertérrita la duquesa--. Necesitaría yo verla en

el coche de \_la  
Cisterna\_ para comprender.

--Ya lo irás comprendiendo, mujer, no te apures--la  
interrumpió Isabel  
Mazacán con mucha sorna--. ¿Te acuerdas de que Curr  
ita estaba en París  
cuando la abdicación de la reina? ¿Te acuerdas de q  
ue nadie se acordó de  
invitarla a la ceremonia?... Bien se guardó ella de  
decirlo; pero su  
marido, ese Villamelón, que tiene más de \_melón\_ qu  
e de \_villa\_, lo dejó  
escapar una noche en casa de Camponegro... ¡Pues ah  
í tienes la madre  
del cordero!... Ella no ha perdonado el desaire, y  
quiere ahora sacarse  
la espina; porque, ¡pásmate, Beatriz, pásmate!... N  
i aun siquiera le han  
ofrecido el cargo; ¡ella, ella es quien lo ha solíc  
itado!...

Horrorizáronse todos, y la Mazacán continuó:

--Verdad es que se hace pagar carillo, porque ha sa  
cado seis mil duros  
de sueldo, y...

--¿Seis mil duros de sueldo?... ¡Qué barbaridad!...  
Pero si ningún  
sueldo de Palacio pasó nunca de tres mil duros...

--Pues para Curra pasa de seis mil, porque, además  
de ellos, se ha  
sacado también...

Aquí intercaló la amiga de García Gómez una risita  
de todos los diablos,  
y añadió muy despacito:

--...la Secretaría particular de don Amadeo, para e  
se Juanito Velarde,

que es ahora su consejero íntimo.

--¿Velarde?--exclamó Pilar Balsano muy sorprendida--. ¡Yo nada sabía!...

--¿Ahora te desayunas de eso?... ¡Vamos, Pilar, que estás siempre en Belén con los pastores!...

--Lo veía mucho con Villamelón, pero nada sospechaba...

--¿Y querías mayor indicio?... En ese matrimonio modelo son comunes hasta las afecciones; el consejero más íntimo de Currita es el amigo que Villamelón pasea... En eso conozco yo quién está de turno.

Riéronse todos, como siempre que la Mazacán empuñaba la tijera, y la señora de López Moreno dijo muy satisfecha:

--¡Qué Isabel esta!... ¡Con qué gracia crucifica a todo el mundo!...

No sentó bien a la Mazacán aquel familiar \_Isabel\_, y como no tenía sobre sus tierras hipoteca ninguna de la banquera, la contestó recalcando mucho el nombre de pila de esta:

--Por eso tengo la seguridad de que a nadie calumnio, mi señora doña Ramona...

La duquesa, que aún no se daba por convencida, quiso replicar algo; pero el marqués, desasosegado y nervioso, impuso silencio, extendiendo una mano que parecía tener, como las de Jacob, mitones de cabrito...

--¡Basta, basta, señores!--dijo--. ¡Están ustedes jugando con fuego!...

Y lanzando en torno una mirada escrutadora, que brillaba entre sus cejas como el sol entre nubarrones, añadió:

--Todos tenemos aquí los mismos intereses, y se puede hablar claro... De ser cierto lo que Isabel dice, el tal nombramiento traerá cola... Lo de la abdicación es exacto, pero fue un olvido; yo estaba allí también, y me lo contó Pepe Cerneta, y la misma señora me lo repitió, lamentándose de ello... Por eso, cuando noté que Currita se había resentido, escribí yo mismo a la reina, aconsejándola que la desagraviara...

--¡Pues muy mal hecho!... ¡Lástima de tiempo perdido!--le interrumpió Isabel Mazacán con un mohín graciosísimo.

--¡No, Isabel, no!... Que cuando un partido está en desgracia, su política ha de ser siempre la de barrer para adentro... Por eso la señora me contestó hace poco que la invitaría para la primera comunión de nuestro príncipe en Roma... ¡Figúrense ustedes el compromiso que será para mí si la señora da ese paso en falso!... ¡Jesús, Jesús, qué disparate!... Pero, Isabel, cabeza de pájaro, ¿por qué no me dijiste eso a mí solo?...

--¡Pues me gusta la salida!... ¿Para que se lo guardara usted muy tapadito?...

--¡Pues claro está!, ¡para eso mismo!... Es menester que todo eso quede entre nosotros, y hable yo cuanto antes con Currita ...

--Aquí la tendrá usted de un momento a otro.

--¿Aquí?...

--Aquí mismo... Quedé citada con ella para ir a la visita de los niños de la Inclusa; ella es de la Junta de Damas.

--¡Oh, sí!--exclamó Carmen Tagle en tono muy devoto --. Currita tiene a esos pobrecitos niños un afecto tiernísimo...

--Maternal--dijo Gorito en el mismo tono.

--Verdaderamente maternal--repetieron varios muy compungidos; y todos se echaron a reír, incluso la colegialita, con sencillez candorosísima, mientras Butrón, muy apurado, repetía con el ademán de Neptuno pacificando los mares:

--¡Juicio, señores; juicio, por Dios!... Que nadie diga una palabra, ni se den por entendidos con ella, hasta que yo le hable.

--¡Ay, no, no; lo que es eso no!--exclamó la Mazacán muy desolada--. Por nada del mundo renuncio yo al gustito de hacerla rabiar un rato...

--¡Pero si eso no puede ser cierto!... ¡Si todo podrá arreglarse!

--Pues mientras usted lo arregla, nosotras nos dive

rtiremos...

Butrón quiso invocar los fueros de su autoridad, pero ya era tarde... A través de la puerta del \_fumoir\_ vieron todos adelantarse, por el salón vecino, a una dama muy pequeñita, flaca, que caminaba con menudos pasos sobre sus altos tacones, dando golpecitos en el suelo con el regatón del largo palo de su sombrilla de encajes. Tenía el pelo rojo, el rostro lleno de pecas, y sus pupilas grises eran tan claras que parecían borrarse a cierta distancia, haciendo el extraño efecto de los muertos ojos de una estatua.

Al verla, Leopoldina Pastor corrió al soberbio piano de Erard, que estaba en un ángulo, arrancó de un solo tirón la rica y antigua colcha brocada que lo cubría, y se puso a tocar furiosamente el flamante himno de doña María Victoria, una de las intemperancias filarmónicas en que tan fecundo fue siempre el partido progresista. Gorito Sardona saltó frente a la puerta, sobre un puff de badana japonesa, y cogiendo a guisa de sombrero una de las bandejas del té, de cincelada plata antigua, se descubrió ante la dama lentamente, tieso, sin mover la cabeza, extendiendo el brazo hasta formar con el cuerpo ángulo recto, como solía saludar por todas partes el rey don Amadeo.

Currita se detuvo un momento en el dintel, sin perder su aire de niña tímida, de ingenua colegiala; oyó el himno, vio a Gorito, abarcó la

situación con una sola y rápida ojeada... y dobló de repente el cuerpo con distinción exquisita, para contestar al saludo amadeísta con otro saludo de corte, profundo, pausado, a la derecha, a la izquierda, poniendo en elegantísima caricatura la ceremoniosa reverencia usual de la reina doña María Victoria.

--III--

El 21 de junio de 1832, Fernando VII, arrastrando los pies más por la gota que por los años, y María Cristina, en todo el apogeo de su lozanía y su belleza, sacaban de pila en la colegiata e iglesia parroquial de la Santísima Trinidad, del Real Sitio de San Ildefonso, a un niño que se llamó Fernando, Cristián, Robustiano, Carlos, Luis Gonzaga, Alfonso de la Santísima Trinidad, Anacleto, Vicente.

Era hijo primogénito de los marqueses de Villamelón, grandes de España, gentilhombre él de su majestad el rey, y dama de honor ella de su majestad la reina. Fue la última criatura que apadrinó Fernando en este valle de lágrimas; quince meses después bajó al sepulcro en el Real Palacio de Madrid, cumpliéndose a la letra el símil de la botella de cerveza con que el socarrón monarca comparaba a su pueblo. Él era el corcho que saltaba, la revolución el espumoso líquido que se difundía



por todas partes.

Aquella misma tarde quiso Fernando examinar de cerca a su ahijado, y en su propia cámara, hundido él en su poltrona, puso al recién nacido sobre sus rodillas, abrióle la boquita con un dedo, y metióle su nariz de pura raza borbónica, como si quisiera examinarle la embocadura del esófago.

El caso era portentoso, y asustado Fernando al cerciorarse de ello, retiró la nariz prontamente... El tierno Villamelón había venido al mundo con toda la dentadura completa.

Enrique IV nació con dos dientes, Mirabeau con dos muelas, y quien de tal modo superaba al gran rey, y se sobreponía al famoso tribuno, preciso era que diese también de sí grandes cosas. Villamelón padre lloraba de gozo, y el conde de Alcudia, que allí se hallaba presente, le aconsejó que emplease para la lactancia de su hijo las veintisiete vacas y cuarenta cabras que servían de amas de cría al hipótamo parvulito, regalo de Abbás-Pachá, que se criaba en París, en el jardín de las plantas. Mas Fernando VII opinó que le diesen de mamar chuletas, y lo destetaran luego con aguardiente, y aquella misma noche envió a su ahijado, como regalo de padrino, un gran trinchante de oro macizo, que tenía esculpidas en el cabo las armas de España.

La reina deseó también cerciorarse del prodigio, metiendo la punta de su rosado dedo en la boca de Villameloncito, y don Tadeo Calomarde, que

llegó en aquel momento, quiso hacer la misma experiencia,  
introduciéndole el suyo manchado de tinta. Mas el niño apretó entonces  
fuertemente sus precoces herramientas, haciendo lanzar al ministro un  
ligero chillido.

--Se conoce que no es tonto--dijo Fernando VII.

Rieron todos la agudeza del monarca, y la frase salió de la cámara  
regia, cruzó por los salones, pasó por las antesalas, y al bajar las  
escaleras comentábanla ya todos, muy admirados del talento de la  
criatura, asegurando que a los tres días de nacida había recitado a su  
augusto padrino el Padrenuestro, el Avemaría, parte de la letanía  
lauretana y una fabulita de don Tomás Iriarte; aquella que empieza:

Por entre unas matas  
Seguido de perros,  
No diré corría,  
Volaba un conejo...

El caso era prodigioso, y de entonces dató la fama de hombre de talento  
que había de gozar el marqués futuro de Villamelón, hasta que los  
repetidos esfuerzos de sus majaderías dieron con ella al traste.

A los veinte años cumplidos, y puesto ya, por muerte de su padre, en  
posesión de su título, entró en la Academia de Artillería, y el año de  
59 marchó a la guerra de África, a bordo de la escuadra que mandaba el  
general don Segundo Herrera. Ansioso de pisar suelo

africano y teñir su  
espada virgen en sangre agarena, saltó Villamelón a  
tierra, en el sitio  
que llaman de Cabo Negro, con ánimos bastantes para  
atravesar todo  
Marruecos y llegar a Túnez, donde un su abuelo habí  
a ganado la Grandeza  
entrando en la Alcazaba con don Juan de Austria...  
Mas de repente  
brotaron de entre las cerradas malezas que cubrían  
la rojiza playa como  
el áspero vello de una fiera bestia, varios rifeños  
dispersos, que  
recibieron a los exploradores con el fuego de sus e  
spingardas...  
Villamelón no titubeó un momento: olvidóse de Marru  
ecos, renunció a  
Túnez y renegó de aquel su abuelo que ganó la Grand  
eza en la Alcazaba,  
para ganar él la chalupa a toda prisa y refugiarse  
en el último rincón  
de su camarote de la \_Blanca\_, sin que volviese a s  
ubir sobre cubierta,  
hasta regresar de nuevo a la Península con patente  
de enfermo. Los  
rifeños le habían parecido muy feos en aquella cort  
a entrevista, y tan  
mal educados, que imposible se hacía a toda persona  
decente tener trato  
alguno con ellos.

Pidió entonces su retiro, y entró en Madrid triunfa  
nte, como Napoleón en  
París de vuelta de la campaña de Egipto, precedido  
de la fama de sus  
hazañas en el combate \_terro-naval\_ de Cabo Negro.  
El combate  
\_terro-naval\_ corrió por toda la corte, ponderado p  
or el héroe mismo, y  
un día que daba la guardia en Palacio, como grande  
de España, y  
mencionaba por centésima vez, durante la comida, el

combate

\_terro-naval\_ de Cabo Negro, le dijo de pronto la reina:

--Mira, Villamelón; varía alguna vez, y que no sea siempre

\_terro-naval\_... Siquiera por hoy, que sea \_navo-terrestre\_.

Y bautizado por los regios labios \_navo-terrestre\_, quedó Villamelón para todos los días de su vida.

Era por aquel tiempo el marqués, sin ser derrochado r, bastante

libertino; pero no con aquel aristocrático libertinaje de los Lauzun y

los Frousac, señoriles hasta en sus vicios, caballescres hasta en la

infamia, que sacudían de sí todo lo vulgar y grosero, con la misma

elegante pulcritud con que sacudían el polvillo del perfumado tabaco de

sus chorreras de encaje. Su libertinaje era, por el contrario, aquel

otro libertinaje tan común en España entre los jóvenes de alta alcurnia:

mezcla extraña, tipo híbrido del manolo y del \_sportmen\_, del gitano y

del muscadin, que se diría nacido del antitético matrimonio de un torero

andaluz con una \_soubrette\_ parisiense. Harto al cabo de chulas y de

lorettes, de toros y de handicaps, de manzanilla y champagne, de callos

y de \_foie-gras\_, resolvió a los treinta años \_dar fin\_; esto es,

casarse... Mas para que Villamelón \_diese fin\_, preciso era que alguna

hija de Eva \_diese principio\_, puesto que por una de esas anomalías que

tienen su razón de ser en el torcido criterio de ci

ertas clases  
sociales, se ha convenido en que el hombre piensa d  
ar fin en aquel mismo  
matrimonio en que juzga la mujer dar principio.

El trabajo de la elección, \_l'embarras du choix\_, c  
omo él mismo decía,  
no fue para Villamelón grande, porque en ningún ord  
en de ideas era  
descontentadizo. Creía en Dios como en una persona  
excelente con quien  
se cumple de sobra, dejándole de cuando en cuando u  
na tarjeta en el  
cancel de una iglesia; el hombre era para él un tub  
o digestivo muy bien  
dispuesto; la vida, una peregrinación, que, con la  
bolsa bien repleta y  
el estómago bien lleno, podía hacerse cómodamente;  
y el matrimonio, la  
fusión de dos rentas y la prolongación de una estir  
pe que había de  
llevar su ilustre nombre, ni más ni menos que lleva  
n el suyo los toros  
de Veraguas o las yeguas de Mecklemburgo.

Viose, pues, a Villamelón, el héroe del combate \_na  
vo-terrestre\_ de Cabo  
Negro, que tanto se había asustado con la desnudez  
relativa de los  
rifeños, pedir sin repugnancia y obtener sin espant  
o la mano de una  
ilustre salvaje completamente desnuda de alma; porq  
ue así como en  
bosques y desiertos se encuentran salvajes que ofen  
den la decencia con  
la desnudez de sus cuerpos, así también se encuentr  
an en plazas y  
salones otros salvajes vestidos por fuera, que insu  
ltan el pudor con la  
desnudez interna de sus almas. Para ellos son del t  
odo inútiles cuantas  
prendas más o menos postizas usa la humanidad para

encubrir sus vicios,  
y lo mismo el santo rubor que la falsa hipocresía,  
el noble decoro que  
la falaz preocupación, les provocan la carcajada de  
extrañeza que causó  
a Cetewayo, destronado rey de los zulús, la camisa  
que le ofrecían sus  
vencedores ingleses.

Esta ilustre salvaje civilizada era la excelentísim  
a señora doña  
Francisca de Borja Solís y Gorbea, condesa de Albor  
noz, marquesa de  
Catañalzor, dos veces grande de España por derecho  
propio, y marquesa de  
Villamelón y de Paracuéllar, con otra Grandeza, por  
el héroe de la  
batalla \_navo-terrestre\_ de Cabo Negro, su ilustre  
marido.

Pero por una de esas excepciones que apartan en alg  
o al individuo de las  
reglas generales del tipo para constituir en el un  
carácter propio,  
tenía la condesa un pudor especial, un extraño pudo  
r que pudiera muy  
bien llamarse el pudor de su marido. Porque lejos d  
e ser este  
matrimonio, como tantos otros de su clase, la parej  
a de perros que se  
esfuerzan por andar tan apartados como permite la t  
raílla harto elástica  
que los une, veíaseles, por el contrario, siempre j  
untos en todas  
partes, abrumando él a ella con cariñosas atencione  
s, correspondiente  
ella a él con monadas de niña tímida, de candorosa  
colegiala cuyo  
encantador infantillage, sobrepuesto a su desvergon  
zado cinismo, traía a  
la imaginación el extraño fantasma de un caribe beb  
iendo en delicadísima

copita de cristal de Bohemia, poquito a poco y sorbo  
o a sorbito,  
espumante sangre caliente; de un antropófago que con  
tenedor y cuchillo  
de brillantísima plata se comiese con la mayor pulc  
ritud posible un  
beefsteak de carne humana.

Villamelón, sin embargo, había realizado su ensueño  
; porque su esposa  
prolongó su estirpe añadiéndole una niña y un niño,  
y la renta de él,  
que, según su frase, daba para comer, se unió a la  
de ella, que daba a  
su vez para cenar; para comer y cenar, se entiende,  
con todas las  
opíparas reglas del arte, porque Villamelón honró s  
iempre su precocidad  
dentífrica y el trinchante de oro macizo, regalo de  
su augusto padrino,  
siendo glotón a la vez que gastrónomo, \_gourmand\_ a  
la vez que  
\_gourmet\_; un tonel sin fondo en cuanto a la cantid  
ad de lo que bebía y  
engullía, y un inteligente Brillat-Savarin en cuant  
o a la calidad y modo  
de lo que engullía, sordo siempre a los clamores de  
la indigestión, que  
de cuando en cuando se encargaba de predicar moral  
a su estómago.

La esposa, por su parte, era también feliz; zambull  
ida en su  
desvergüenza, como los héroes griegos en la Estigia  
, habíase hecho como  
ellos invulnerable, y con su audacia infinita y su  
cínica travesura  
femenina, lograba el único fin de su vida, natural  
anhelo de su vanidad  
inmensa: sobreponerse a todo el mundo, ser siempre  
la primera y lograr  
que todas las lenguas le rindiesen vasallaje, ocupá

ndose constantemente,  
para bien o para mal, que eso poco importaba, de su  
persona y de sus  
cosas. De ella hubiera podido decirse lo que de cie  
rto personaje dijo un  
escritor elegantísimo: «Si asiste a una boda, quisi  
era ser la novia; si  
a un bautizo, el recién nacido, si a un entierro, e  
l muerto».

Y aunque nadie hubiera podido explicar la razón de  
ser de esta  
supremacía de que gozaba Currita en la corte, sin e  
mbargo, con esa  
vergonzosa condescendencia para el escandaloso que  
es a nuestro juicio  
el pecado capital de la alta sociedad madrileña y e  
l origen y fuente de  
sus deformidades, todo el mundo, desde el caballero  
cumplido hasta el  
tahúr elegante, desde la dama honrada hasta la hemb  
ra sin decoro, se  
sujetaban a ella de modo más o menos directo, sin d  
ejar por eso de  
proclamar que en belleza la aventajaban todas, en a  
lcurnia la igualaban  
muchas, en riquezas la superaban bastantes, y sólo  
en audacia y  
desvergüenza caminaba siempre la primera... ¿Sería,  
pues, esta la razón  
de ser de aquella supremacía? ¿Sería que a fuerza d  
e ver refinado el  
vicio y respirar la atmósfera de escándalo llegan c  
iertas sociedades a  
la aberración de aquellos pueblos bárbaros que pres  
tan su homenaje más  
profundo y su culto más entusiasta al ídolo más mon  
struoso?...

Limitémonos a indicar el hecho sin tratar de analiz  
arlo, y veamos lo que  
hizo Currita aquella tarde en casa de la duquesa de



Bara.

Esta se había incorporado en su asiento, y Currita llegó hasta ella, saludando a derecha e izquierda, al son del himno de doña María Victoria, siempre con su cándida risita:

--¡Gracias! ¡Gracias, amado pueblo!

--\_À tout seigneur, tout honneur\_!--le dijo la duquesa devolviéndole sus besos.

Agrupáronse todos en torno a Currita, que se había sentado junto a la duquesa, desairando una taza de té que le ofrecían; pidió en cambio una copita de whisky, porque era de rigor en aquel tiempo, entre algunas damas elegantes que pretendían formar el cogollito \_de la crème\_, fumar y empinar de lo lindo, con mucha distinción y gracia. El respetable Butrón le ofreció un cigarro.

--¡Ay, no, no--dijo ella con su melodiosa vocecita--; eso es paja!... Dame tú uno más fuerte, Gorito...

Y mientras Gorito le daba un veguero, capaz de tumbar de espaldas a un sargento de caballería, y lo encendía ella pulcramente con una prosaica cerilla, le dijo la duquesa:

--¡Pero vamos, mujer... cuenta, cuenta!...

--¿Y qué he de contar yo--dijo ella entre dos chupadas--, si veo que lo saben ustedes todo?...

--¿Pero es cierto?--preguntó Butrón azorado.

--¡Ciertísimo!--replicó con énfasis Currita.

El peludo Butrón levantó ambas manos al cielo, la Mazacán paseó por la horrorizada concurrencia una mirada de triunfo, y la duquesa, irguiéndose iracunda, exclamó violentamente:

--¿Y lo dices con esa frescura?... ¿Y tienes valor para venir a decirlo aquí, en mi casa?...

Currita pareció quedarse sorprendida, casi espantada, y paseando por todo el auditorio sus claros ojos admirablemente azorados, dijo con el tonillo lastimero de una niña a quien amenazan con azotes:

--Pero entendámonos... ¿Qué es lo que ustedes saben?...

--Que estás nombrada camarera mayor de \_la Cisterna\_--dijo Isabel Mazacán con todos sus bríos.

Currita pensó desmayarse.

--¿Yo?--dijo con la ruborosa indignación de una virgen de cuya virtud se duda--. ¿Y ustedes lo han creído?...

--¡Nadie, nadie!--exclamó Butrón soltando el resoplido inmenso de un gigante a quien quitan de sobre el pecho una montaña--Nadie ha dudado ni por un momento de tu lealtad, hija mía querida, y cree que...

--¡Jesús, señor, qué gentes!, ¡qué lenguas!, ¡qué m

odo de tergiversar  
hasta lo más sencillo!--decía Currita con voz debilitada.

Y enjugándose con su finísimo pañuelo una lágrima, que, falsa o verdadera, apareció en sus ojos, dejaba ver al descuido la bellísima flor de lis que traía en el pecho, y una magnífica pulsera de oro, en que con sus gruesos brillantes se leía incrustada la cifra de Isabel II.

--El caso no puede ser más sencillo--prosiguió con aquella suave vocecita que jamás dejaba un mismo y pausado tono-- . Ayer, en el consejo, trataron del nombramiento de camarera, porque la verdad es que la posición de esa pobre Cisterna no puede ser más desairada... Pues nada, hija, el ministro de Ultramar[3] tuvo la ocurrencia de proponer que me hicieran a mí la oferta.

[Nota 3: Advertimos desde luego al lector, que ni en este ni en ninguno de los personajes que se presentan en los muchos episodios históricos de esta novela desempeñando cargos oficiales, se ha querido retratar ni aun siquiera aludir a los que realmente hubieran podido ocupar aquellos cargos en la época a que nos referimos. Por más que disten mucho ciertas personalidades de sernos simpáticas, nos inspiran a lo menos compasión, y al fustigar sin piedad al vicio y al escándalo, nos guardamos muy bien de ensañarnos con persona alguna determinada, a que puede el arrepentimiento haber colocado ya al a

brigo de toda  
censura. Con más razón que Crévillon podemos decir:  
\_Jamais aucune fiel  
a empoisoné ma plume\_.]

--¡Indecente!--gritó Leopoldina Pastor--. ¿Y tu marido no le ha dado ya una estocada?

--Bien la merece; pero, después de todo, el pobre Fernandito es quien tiene la culpa--continuó Currita con aire de pacientísima esposa--. Se empeñó en que su amigo Juanito Velarde había de ser secretario particular de don Amadeo, habló al ministro, este le ayudó, y envalentonado con eso, se ha atrevido a tanto el señor ministro... Lo que yo le decía a Fernandito: si le das el pie a esa gente, se tomarán la mano... En fin, hija, el presidente del Consejo en persona estuvo a hacerme la propuesta... ¡Por supuesto que yo no lo recibí; Fernandito se entendió con él, y tuvieron una escena!... Yo, muerta de susto, porque creí que lo iba a plantar en la calle y acabaría la cuestión a tiros... En fin, se fue por donde había venido, con las orejas calientes; y sabe Dios lo que en venganza dirán de mí ahora... Esto ha sido todo; por eso, cuando al entrar oí el himno y vi el saludo de Gori to, creí que era una broma que ustedes me daban...

Butrón hizo una profunda señal de asentimiento, y la duquesa, ya amansada del todo y queriendo remediar su anterior arranque, dijo vivamente:

--¿Pero podías creer otra cosa?

Y cogiéndola la muñeca en que traía la pulsera de Isabel II, besóla la mano con gran cariño, diciendo:

--Si fueras tú camarera de \_la Cisterna\_ merecerías que se te volviese un grillete esta pulsera.

--¿No me la habías visto?--dijo con mucha naturalidad Currita--. Me la regaló la reina el último día de mi santo.

Mientras la de Albornoz hablaba, Isabel Mazacán, muy impaciente, cuchicheaba al oído de Butrón, diciéndole:

--¿Pero qué grandísima embustera!... ¿Pero qué modo de inventar historias!... ¡Mentira, Butrón, mentira todo!... Si me dijo García Gómez que justamente en el consejo había dado cuenta al ministro de Ultramar del deseo de ella, y entonces quedó acordado el nombramiento, supuesta la aprobación de \_la Cisterna\_... Hoy, hoy por la mañana, es cuando debe de haber ido el presidente del Consejo a notificárselo a Currita.

Y luego, no bien cesó de hablar ésta, se apresuró a decir en voz alta, con marcado aire de triunfo:

--¿Lo ven ustedes?... ¿Lo ven ustedes cómo era lo que yo decía?... Lo mismo, lo mismo que está diciendo Curra fue lo que me contó a mí García Gómez.

Currita, que tenía sobradísimas razones para saber que García Gómez debía de haber dicho cosas muy distintas, dio un par de chupaditas al cigarro, que con tanto hablar ya se apagaba, y dijo a la Mazacán muy despacito:

--Pues mira; también tengo mi quejilla contra... \_tu\_ García Gómez... Porque como ministro de Estado que es, entretiene sus ocios registrando toda la correspondencia que viene de París... ¡Sí hija mía, sí; no lo defiendas!... En el \_gabinete negro\_ se abre toda la correspondencia antes de que llegue a su destino, y por eso pudo decir en el consejillo que ayer vino para mí una carta de la reina, que debió probar al Ministerio todo lo absurdo de sus pretensiones.

Comprendieron todos, y Butrón el primero, a qué carta aludía Currita, y exclamaron en coro general, que dejaba sobresalir bastante las sordas notas de la envidia:

--¿Te ha escrito la reina?...

--Sí--replicó Currita--; me escribe invitándome para la primera comunión del príncipe Alfonso en Roma...

Y se quedó mirando de hito en hito a Isabel Mazacán, cuyas misteriosas ganas de acompañar a la reina destronada en aquella expedición eran de todas conocidas. Esta, que hacía largo tiempo que sentía furiosos hormigueos en la lengua, se aprestó a soltar alguna

de sus crudezas.

Pero Butrón, que no cabía en sí de gozo al ver que su pifia diplomática quedaba orillada, se apresuró a detenerla, llevándola al hueco de una ventana, donde por algún tiempo dialogaron vivamente.

Mientras tanto, Currita, con la vaga mirada fija en el espacio, como era siempre su extraña costumbre mientras hablaba, no la perdía de vista, trazando al mismo tiempo su itinerario. A principios de julio pensaba marchar con Fernandito a Bélgica, para pasar un mes escaso con Mariano Osuna en su castillo de Beauraing; después no sabía a punto fijo dónde iría a esperar el 15 de octubre, fecha en que estaba citada con la reina en Marsella, para emprender el viaje a Roma: quizá fuera a Trouville... El verano anterior lo había pasado allí en una villa preciosa, frente al Chalet Cordier, que era el de M. Thiers... Y por cierto que era Thiers un vejete muy simpático y muy limpio, a pesar de ser republicano; su mujer, una *bourgeoise* así, así... vamos, bastante pasable. Pues ¿y la cuñada mademoiselle Dosne, la ninfa Egeria del presidente?... Era cosa graciosísima verla coser los botones de la bata de su *beau-frère* Adolphe... Parecía el ama de llaves de un notario acomodado.

--¡Era una trinidad deliciosa!

Y con su ingenuidad de colegiala, describió entonces Currita, con todos sus pormenores, una picantísima caricatura de los e

sposos Thiers: una  
indecencia verdusca publicada en Burdeos y recogida  
al punto por la  
policía.

--A mí me proporcionó un ejemplar el duque Decazes,  
y no pude resistir a  
la tentación de enviársela por el correo, con una f  
ajita, a mademoiselle  
Dosne... ¡La cara que pondría!... ¡Ella que es tan  
pulcra, tan  
comedida!...

Y a renglón seguido, sin transición ninguna, Currit  
a se enterneció  
profundamente al pensar en el gozo inmenso que la e  
speraba en Roma,  
besando la sandalia del Santísimo Padre Pío IX... ¡  
Qué figura tan  
gigantesca la del Pontífice! ¡Qué anciano aquel tan  
venerable!... Y  
todas las señoras comenzaron a ponderar su adhesión  
al santo Pío IX,  
prontas a sacrificarle vida, hacienda, todo, todo m  
enos el alma, por  
tenerla ya de antiguo comprometida con el diablo...  
Carmen Tagle dijo  
que le había mirado siempre como si fuese su abuelo  
; la señora de López  
Moreno añadió muy conmovida que ella le enviaba tod  
os los años una pipa  
de doce arrobas del riquísimo moscatel de sus soler  
as jerezanas, y la  
duquesa, verdaderamente indignada, trajo a la memor  
ia los atropellos a  
que cinco días antes se habían entregado las turbas  
, apedreando los  
faroles de la iluminación con que celebraban los ca  
tólicos el  
aniversario del Pontificado del augusto anciano; só  
lo en el palacio de  
Medinaceli rompieron veintidós faroles y treinta y



siete cristales... ¡Y  
mientras tanto, los ministros y las autoridades se  
solazaban en un  
concierto instrumental celebrado en Palacio!... ¡Qu  
é Gobierno aquel, y  
qué populacho tan impío y tan asqueroso!... Siquier  
a ellas veneraban la  
persona del Pontífice encendiendo faroles en honra  
suya, y limitábanse  
tan sólo a apedrear a todas horas la moral divina d  
el Dios a quien aquel  
representaba.

Esto no lo dijeron, por supuesto, aquellas señoras;  
pero lo pensó, sin  
decirlo, don Casimiro Pantojas, que atentamente las  
escuchaba, después  
de haber desorejado a toda una desdichada familia d  
e conejitos de  
porcelana y arrancado los rabos a una parejita de b  
ulldogs, fabricados  
en Bristol.

Y en esto concluyó Isabel Mazacán su aparte con el  
marqués de Butrón, y  
disculpándose con Currita de no acompañarla a la vi  
sita de la Inclusa,  
por habérsele ya hecho tarde, se marchó al parecer  
algún tanto  
disgustada. Currita decidió entonces volverse a su  
casa, y el marqués de  
Butrón se despidió también en el acto.

--¿Tiene usted coche, Butrón?--preguntó ella al dip  
lomático.

--No--respondió este presuroso, aprovechando la oca  
sión que tan pronto  
se le ofrecía de hablar a solas con Currita.

--Pues le llevaré a usted en mi berlina adonde quie  
ra.

--A la calle de Isabel la Católica... Tengo que hacer en la embajada alemana.

--Justamente me coge de paso.

Currita bajó las escaleras apoyada en el brazo de Butrón, encontrando al pie de su berlina, preciosa monería, verdadero juguete forrado de raso azul con botones de terciopelo, que parecía el delicado estuche destinado a guardar una joya.

El diplomático no las tenía todas consigo: para él era evidente que Isabel Mazacán no exageraba ni mentía al repetir las noticias del lindo ministro García Gómez. Pero ¿cómo interpretar entonces la repentina mudanza de Currita? La oportuna carta de la reina Isabel podía explicarla por completo, porque el olvido de la abdicación quedaba con ella satisfecho; y desagraviada Currita, pudo a tiempo renunciar a su revancha. Tranquilo por esta parte Butrón, quiso, sin embargo, asegurar más y más al partido la alianza preciosa de Currita; porque hay ciertas políticas indecorosas y a la larga funestas, que, aun tendiendo a fines honestos, no saben prescindir de individualidades asquerosas. \_Barrer para adentro\_ era la política de Butrón, como si la basura sirviera en alguna parte para otra cosa que para infestar el recinto que la encierra.

Fuese, pues, derecho al bulto, no bien el coche se

puso en movimiento, y  
apoyado en la autoridad de sus años, en la confianz  
a del parentesco que  
con Villamelón tenía y en su dignidad de jefe de la  
\_brigada femenina\_  
conspiradora, le pidió categóricas explicaciones de  
l hecho... Mas  
Currita, volviendo a abrir palmo y medio los claros  
ojos y muy espantada  
y ofendida, y casi llorosa, se limitó a repetir la  
historia ya referida,  
con nuevas afirmaciones y protestas... Suponer otra  
cosa era un insulto  
verdadero. ¿Por quién se la tomaba a ella? ¿Pues no  
había dado toda su  
vida pruebas del más leal afecto a la real familia?  
... Y aun cuando ella  
fuese capaz de semejante infamia, ¿se la hubiera pe  
rmitido acaso  
Fernandito, cuya sangre había corrido en el combate  
\_navo-terrestre\_ de  
Cabo Negro, al grito de Isabel II?... Justamente te  
nía él tal odio a la  
intrusa casa de Saboya, que jamás ponía el sello de  
una carta sin  
colocar al pobre don Amadeo con la cabeza para abaj  
o. ¿Que lo había  
dicho Isabel Mazacán, cuyas intimidades con el mini  
stro revolucionario  
debía hacerla a ella misma tan sospechosa!... ¿Pues  
no sabía todo el  
mundo que la tal condesa de Mazacán era una intriga  
nta, que andaba  
detrás del viaje a Roma con la reina, para tapar a  
García Gómez ciertos  
líos antiguos que debía de arreglar allí con un prí  
ncipe italiano?...

Y tales cosas dijo Currita, y tales protestas hizo,  
y con tal acento las  
pronunció, que el mismo Butrón con ser tan ducho, s  
e quedó perplejo, y

entre las afirmaciones contrarias de aquellas dos c  
ondasas igualmente  
tramposas, sólo sacó en claro una nueva confirmació  
n de aquel principio  
práctico que de toda la vida había profesado: la mu  
jer aborrece a la  
serpiente por celos y envidias del oficio.

Mientras tanto, la berlina corría desempedrando las  
calles y doblando  
las esquinas, con esas airosas vueltas que imprime  
a un fogoso tronco  
la hábil mano de un cochero experto. A la mitad de  
la calle del Turco, y  
dominando el ruidoso rodar del carruaje, llegó a oí  
dos de la pareja un  
extraño rumor lejano: esa especie de sordo mugido,  
amenazador,  
imponente, que sólo es común al mar encrespado y a  
las muchedumbres  
alborotadas... Currita y Butrón miráronse sorprendi  
dos, y repararon  
entonces en algunos transeúntes que venían presuros  
os de la calle de  
Alcalá, y en el conserje de la Escuela de Ingeniero  
s, que cerraba  
apresuradamente la puerta de este edificio. Era est  
o harto común en  
aquellos tiempos de alborotos continuos, y la berli  
na avanzó, sin  
acortar su carrera, hasta la calle de Alcalá, para  
tomar luego por la  
del Barquillo.

Era esto, sin embargo, imposible; un largo y compac  
to cordón humano,  
compuesto de una muchedumbre heterogénea y abigarra  
da, llenaba de un  
cabo a otro la calle de Alcalá, cubriéndola en toda  
la gran extensión  
que por ambos extremos abarcaba la vista.

Era aquella una manifestación pacífica de la democracia, que con grandes clamores y largos garrotes y extrañas banderas enarboladas se dirigía a Palacio pidiendo la entrada en el ministerio de don Manuel Ruiz Zorrilla.

El cochero de Currita, Tom Sickles, enorme tipo del automedonte británico, que pedía a voces el tricornio y la peluca empolvada, y se había sentado en Londres en el pescante del duque de Edimburgo, y en París en el de la princesa Matilde, dirigió los caballos corriendo a lo largo de la manifestación, por ver si adelantaba la cabeza de esta y podía entrar por la calle del Caballero de Gracia o por la de Peligros. También era ya tarde, y viose precisado a detenerse frente al Veloz-Club, entre el remolino que allí se iba amontonando, de lujosos trenes que volvían de la Castellana y humildes simones que pretendían inútilmente cruzar de un lado a otro. Butrón quiso volver atrás y salir por cualquiera bocacalle a la Carrera de San Jerónimo.

--¡Pero si esto es muy divertido!--decía Currita con infantil alborozo--. ¡Qué delicia!... Mire usted, Butrón; mire usted qué graciosos van todos con sus cintitas encarnadas... ¡Uy, aquel jorobadito!... ¡Qué mono!... ¡Ah, pícaro!... ¡lleva una bandera en que pide \_reforma\_!... ¡Pues claro está que la necesita!... ¡pobrecito!, ¡sobre todo por la espalda!...

Otro carruaje se interpuso en aquel momento entre la muchedumbre y la berlina, impidiendo la vista a Currita: en él iba el gobernador civil de Madrid, muy rollizo y pomposo, que se dirigía a Palacio y veíase forzado también a detenerse.

--Ahí va ese mastodonte--dijo Butrón al oído de Currita--. En cuanto nos vea juntos se figura que conspiramos.

Estas sencillas palabras del diplomático parecieron despertar en Currita una de esas ideas atrevidas que se conciben de repente, por más que tardan en madurar años enteros. Asomóse a la portezuela como si desease que el gobernador la viera, y sin contestar al respetuoso saludo que al divisarla este le hizo, metióse bruscamente para dentro y se cubrió con el pañuelo parte del rostro, como si quisiera entonces esconderse.

--¡Qué mal huele la democracia!--decía para ocultar a Butrón aquellas maniobras--. ¡Pero qué peste echan!...

El coche del gobernador arrancó al fin trabajosamente a lo largo de la calle, y desde aquel momento, nerviosa y agitada Currita, pareció impacientarse mucho por aquella misma detención que poco antes la había divertido tanto. Frente a frente de ella, un poco más hacia la Puerta del Sol, asomaban por los balcones del Veloz-Club, bajo sus toldillos de verano, aristocráticos racimos de cabezas de gomosos desocupados, que

miraban el democrático desfile con esa especie de modesta curiosidad burlona, a la vez que tímida, con que se contemplan desde lo alto de un tendido los terribles retozos de una piara de ridículas bestias feroces; parecíales imposible en aquel momento que la bestia pudiera alguna vez alzar su zarpa hasta ellos. La vista de aquellos elegantes espectadores acabó de impacientar a Currita, y de tal modo se enardeció ante ellos su afán de exhibirse y singularizarse, que tiró del cordoncillo hasta descoyuntar el dedo del cochero, y sacó la cabeza por la ventanilla gritando:

--\_Go on, Tom, go on! \_Run Through!... \_Carry them off!...[4]

[Nota 4: ¡Adelante, Tom, adelante!... ¡Atraviesa!...  
·  
¡Arróllalos!...]

Tom no se hizo repetir la orden: sacó el hercúleo pecho, tirando de las riendas, con el esfuerzo de aquellos antiguos aurigas esculpidos por Fidias en los frontones del Partenón, de pie sobre un carro, deteniendo con una mano el galope de cuatro caballos. Piafaron los suyos, encabritándose, castigóles él suavemente con la fusta, y aflojando de repente las bridas, los lanzó con la velocidad y el empuje de una flecha a través de la turba democrática, desapareciendo como un relámpago por la calle de Peligros.

Un alarido terrible de terror y de ira salió de la

muchedumbre, que se bamboleó a uno y otro lado del surco abierto por el coche; comenzó la gente a correr asustada, los gomosos del Veloz-Club se metieron para dentro, cerrando prontamente sus balcones, y el jorobado que pedía \_reforma\_ estuvo a pique de sufrirla por completo entre los pies de los caballos y las ruedas de la berlina.

Mientras tanto, asombrado Butrón de aquel brusco arranque, y muerto de susto ante audacia tan temeraria, echaba a toda prisa las cortinillas para que no le vieses; y Currita, riendo como una loca, se asomaba por el vidrio de la trasera para ver a los transeúntes refugiarse asustados en los portales, y a los guardias públicos correr detrás de la berlina, haciendo señas de que parasen. Mas Tom Sickles, arrebatada la cara de remolacha, hacía terribles visajes, como si llevase los caballos desbocados, mientras con suaves vibraciones de las riendas más y más los azuzaba. En la calle de Isabel la Católica, Tom Sickles hizo otro prodigio: coche y caballos quedaron parados en firme, de un golpe, ante la embajada alemana. La señora estaba servida, mereciendo él la corona triunfal de los Juegos Hípicos.

Currita encontró enfilados a la puerta de su casa tres coches, reconociendo al punto en uno de los cocheros la escarapela encarnada, propia de los ministros. Apeóse entonces en las mismas caballerizas, y por una escalera reservada para el uso de la servid



umbre llegó a sus  
habitaciones sin ser vista de nadie. Al ruido de la  
campanilla acudió  
Kate, la doncella inglesa de la señora.

--¿Quién está con el señor?--preguntó a esta.

--El señor ministro de la Gobernación... El señor d  
uque de Bringas y don  
Juan Velarde juegan en el billar.

--Dile a don Joselito que no recibo a nadie... Teng  
o mucha jaqueca.

Kate pareció titubear un momento y se decidió al fi  
n a decir  
tímidamente:

--¿Ni tampoco a don Juan Velarde?...

--Tampoco: a nadie, a nadie...

De nuevo volvió a insinuar Kate con mucha delicadez  
a:

--El señorito volverá hoy del colegio...

--¡Es verdad!... ¡Pobre Paquito!...

--Y querrá ver a la señora...

--No, no... que se entretenga con Lilí... Mañana lo  
veré... ¡Tengo una  
jaqueca horrible!

--IV--

Cuando Paquito Luján llegó a su casa comenzaba a os

curecer, y la  
escalera y el vestíbulo estaban ya completamente iluminados: cuatro  
grandes estatuas desnudas, de mármol blanco, alumbraban este y aquella,  
elevando sus manos artísticos candelabros de bronce con seis mecheros.  
Al pie de la escalera, un enorme oso de Noruega sentado gravemente sobre  
sus patas de detrás, presentaba con las de delante una bandeja de plata  
destinada a recibir las tarjetas de visita. Era este un capricho del  
príncipe de Gales que había visto Currita en el palacio de Sandringham,  
y apresurándose a copiar a costa de dinero.

La aflicción del niño había desaparecido, con esa dichosa rapidez con  
que se suceden en la infancia emociones a emociones. La impaciencia, la  
natural impaciencia, mezcla de ternura de hijo y del deseo de ser  
alabado, era la que le agitaba en aquel momento, ansioso de caer con sus  
premios en los brazos de su padre, de su madre, de Lili, su hermanita  
del alma... Sentado en el testero del carruaje, con sus premios muy  
agarrados, apoyaba los piececillos en el asiento de enfrente, haciendo  
verdaderos esfuerzos para delante, que creía él ayudaban al coche a  
rodar más rápidamente.

Al entrar en Madrid hubo que perder cuatro minutos encendiendo los  
faroles, y un poco más allá los empleados del resguardo detuvieron de  
nuevo al coche para registrarlo todo de arriba a abajo... ¡Qué  
desesperación! ¡Qué feos y qué tontos eran aquellos

hombres! De seguro  
que ninguno de ellos había tenido nunca padre ni madre, ni Lilí, ni  
sacado en todos los días de su vida un solo premio.  
.. Cuando él fuera  
grande había de ahorcar a todos los empleados del resguardo, colgándolos  
como los chorizos que había visto una vez en la chimenea del capataz del  
Encinar, allá en Extremadura... ¡Y todavía, al doblar la esquina de la  
Universidad, se atravesó un coche, y después un carro de mudanzas y  
luego un gran ómnibus, y hubo que perder otros tres minutos! Al entrar  
al fin en la última calle, ya tenía el niño la mano en la llave de la  
portezuela, dispuesto a abrirla, asomando al mismo tiempo la carita,  
porque de seguro estarían esperándole en algún balcón su padre, su  
madre, o Lilí, o quizá los tres juntos... Ya les enseñaría él desde allí  
abajo los premios, y creerían que no era más que uno, y verían luego que  
eran cinco y dos excelencias. ¡Qué risa entonces!.. Pero los balcones  
estaban todos cerrados, y no se veía en ellos alma viviente. El coche  
entró al fin en la casa, haciendo retemblar los cristales de la gran  
mampara, y se detuvo al pie de la anchurosa y alfombrada escalera...  
También estaba esta vacía, y sólo vio el niño al pie de ella al grave  
oso de Noruega, \_Bruin\_, como le llamaban en casa, abriendo su gran boca  
armada de dientes enormes y presentándole la bandeja, como si le  
invitara a depositar en ella sus premios. Mas no lo soltó el niño, y  
oprimiéndolos contra su pecho, subió a brincos la e

scalera, hasta llegar  
al vestíbulo; cerróle allí el paso una extraña figura que se paseaba de  
un lado a otro con las manos a la espalda. Era un enano feísimo, pero  
perfectamente proporcionado: verdadero pigmeo, émulo de aquel famoso  
Roby que presentaron en la mesa del rey de Sajonia dentro de un pastel  
de venado. Tendría poco más de un metro de altura, y hallábase  
correctamente vestido de etiqueta, frac y corbata blanca, calzón corto,  
media de seda negra y zapato con hebilla. Llamábanle en la casa \_don  
Joselito\_, y cobraba siete mil reales de sueldo, con la sola obligación  
de anunciar las visitas y realzar con su estrafalaria figura la aureola  
de elegante originalidad que rodeaba en todo a Currita.

Inclinóse el enano respetuosamente ante el señorito, y con su vocecilla  
chillona y algún tanto imperiosa, díjole que no podía ver a la señora,  
por haberse acostado media hora antes con una espantosa jaqueca. Un  
repentino vapor de lágrimas vino a empañar los hermosos ojos azules del  
niño; volvió bruscamente la espalda al enano sin decir palabra y echó a  
correr hacia las habitaciones de su padre.

Allí estaba Villamelón, repantigado en una butaca, hablando  
misteriosamente con el ministro de la Gobernación. Lanzóse el niño a su  
padre, y echándole los brazos al cuello, le dio dos besos.

--¡Hola, caballerito!--exclamó Villamelón--. ¿Ya de

vuelta?... ¡Me  
alegro!...

Y como viese que con cierto rubor orgulloso le presentaba el niño sus premios, añadió sin tomarlos:

--¡Hola, hola, los premios!... ¡Pobre chiquitín!...  
¡Muy bonitos!...  
Bien, bien, me alegro... Ea, toma... toma, y dile a Germán que te lleve esta noche al circo.

Y entregándole al niño dos pesetas que había sacado del bolsillo del chaleco, volvió a reanudar su misteriosa conversación con el señor ministro.

Quedóse el niño parado un momento, con los ojos abiertos; dio luego una repentina media vuelta, girando sobre una pierna, y encarnado como la grana, bamboleándose cual si estuviera ebrio, fue a arrimarse a una mesita llena de caprichosas chucherías; había debajo una figura japonesa, con la boca muy abierta, y por ella arrojó el niño, con mucho disimulo, el regalo de su padre, las ¡dos pesetas!..  
.. Luego echó a correr, saliendo disparado del saloncito; detúvose un momento en el dintel, detrás de las cortinas, y agobiado, con los bracitos colgando y caída la cabecita, siguió una galería que iba a parar a la Nursery[5], al destierro, a la Siberia de los niños, que el desapegado egoísmo de la condesa de Albornoz había importado para sus hijos de Inglaterra a su casa.

[Nota 5: Llámase en Inglaterra Nursery al departamento especial en que viven los niños con sus criados completamente aislados del resto de la familia.]

Resonaba en el fondo de la galería un piano destemplado que parecía balbucear, de mala gana, un monótono tema de los ejercicios de Hanon. Esta música sonó, sin embargo, como un concierto celestial en los oídos del niño; desapareció su abatimiento, renació su alegría y echó a correr de nuevo hacia aquella estancia.

--¡Lilí!...

--¡Paquito!...

Y un ángel, una bellísima muñeca de nueve años, saltó del asiento del piano para caer en los brazos del niño, confundíendose por un momento con sus besos, sus gritos, su risa, su alegría, sus almas inocentes y sus vidas inmaculadas, como se confundían los bucles de oro que rodeaban, como una aureola de rayos de sol, las preciosas cabezas de ambos.

El niño se acordó al fin de sus premios.

--¡Mira!... ¡Mira!...

Lilí abrió mucho los ojos admirada, apretó los labios y echó atrás las manitas; su crítica fue la crítica de las grandes admiraciones, la crítica monosílaba.

--¡Uy!--dijo.

--¡Cinco!... ¡Son cinco y dos excelencias!...

--¿Me darás uno, Paquito?

--¡Tonta!... Eso no se da... Se pone en un marco...  
Pepito Vargas dice  
que su mamá se los pone en un marco...

--¿Grande..., grande?--dijo Lilí, indicando con sus  
manitas uno capaz de  
encerrar al \_Pasma de Sicilia\_.

--Sí, grande, grande... Y mira: este es de Aritmética,  
y este...

No pudo continuar el niño; una mano seca, pegada a  
un puño inmaculado,  
salió por entre las cortinas, y después un brazo largo,  
y luego un  
hombro puntiagudo, y más tarde un rostro encarnado,  
característico,  
original, británico, como la cerveza de Bass o las  
galletas de  
Huntley...

--¡Mademoiselle!--dijo Lilí asustada.

Y la mano seca, pegada al puño inmaculado, agarró a  
la niña por un brazo  
y se la llevó para adentro, oyéndose una voz metálica,  
estridente, que  
desgarraba el tímpano como un resorte que rechina.

--\_What's that, Miss\_?... \_You have to learn your piano  
lesson until  
eight o'clock\_...[6]

[Nota 6: ¿Qué es esto, Miss?... Hay que estudiar la  
lección de piano

hasta las ocho.]

Entonces huyó el niño de allí desolado; corrió ciego a la Nursery y se arrojó de cabeza en su blanca camita, con la enconada amargura y la sombría desesperación del suicida que se arroja, solo y sin esperanzas, en un abismo oscuro, negro, profundo... El sueño, el sueño bendito, fiel amigo de los niños, suave consolador de todos sus pesares, vino al fin a acallar sus sollozos y contener sus lágrimas, adormeciéndole allí mismo, sin variar de postura, vestido todavía y con sus premios en la mano...

Y mientras tanto, Villamelón proseguía su misteriosa plática con el ministro. Contaba por aquel entonces el marqués más de cuarenta años, y los estragos de su juventud salíanle prematuramente al rostro. Colgábale la nariz encarnada y algo granujienta, hundíansele las mejillas, dejando salir los pómulos; arqueábasele ya el abdomen, y todo anunciaba en él esa caricatura de la juventud en que consiste la vejez de muchos. Su cuerpo había sido gallardo y conservaba aún restos de arrogancia; mas su rostro ofrecía perfecta semejanza con el de aquel enano de Felipe IV, titulado \_El Primo\_, que retrató Velázquez y copió Goya, grabándolo al aguafuerte: tenía la misma nariz colgante, los mismos ojos tristes, el mismo bigote retorcido, la misma frente extensa y pensadora, con la sola diferencia de que Villamelón partía por medio su ya escasa cabellera con una raya que, arrancando de la raíz del pelo, llega



ba hasta el cogote,  
formándole sobre las orejas dos pequeños cuernecitos.  
s.

Y aquella frente elevada, de abultados parietales,  
que reclamaba para sí  
el dicho de la zorra al busto: \_Tu cabeza es hermosa,  
pero sin seso\_,  
tenía, en efecto, actitudes magníficas cuando, surcada  
por un pliegue  
vertical, se inclinaba, como en aquel momento, al  
excelentísimo señor  
don Juan Antonio Martínez, ministro de la Gobernación,  
y le decía con el  
aire de Bismarck a Gortschakoff, al establecer entre  
ambos el equilibrio  
europeo:

--Desengañese, usted, Martínez... La tesis del doctor  
Wood es absurda...  
Nadie me probará que el pastel de ratas sea superior  
al de erizos y  
ardillas... ¿Usted me entiende?...

El excelentísimo Martínez hizo un gesto que no significaba  
si entendía o  
dejaba de entender; desde que el pobre señor había  
pasado el puente  
natural que lleva del banco azul a las grandes mesas  
de la corte,  
caminaba de indigestión en indigestión, y sentía en  
el estómago la  
nostalgia de aquellas nutritivas sopas de ajo, no  
digeridas del todo,  
que habían hecho de él un tanto robusto hombre de  
Estado, y fueron su  
cotidiano alimento en los tiempos en que rompía sus  
primeros calzones  
entre los pilletes de cierta playa de las costas  
asturianas... ¡Santo  
Dios, y qué dolores de tripas más atroces le había  
costado el \_pâté

foie-gras\_ del último viernes de Palacio! ¡Qué \_col  
iguera\_ más terrible  
\_le chou à la crème\_ que sirvieron dos días antes e  
n la embajada  
francesa!... El excelentísimo Martínez creyóse por  
un momento  
envenenado, y desde entonces fue para él artículo d  
e fe aquel principio  
de Addison:

«Cuando veo las mesas a la moda cubiertas de todas  
las riquezas de las  
cuatro partes del mundo, me imagino ver la gota, la  
hidropesía, la  
fiebre, el letargo y la mayor parte de las enfermed  
ades, ocultas en  
emboscadas, debajo de cada servilleta.»

--Usted lo ha de ver, Martínez--prosiguió Villameló  
n--; el jueves  
próximo haré servir los dos pasteles sin decir lo q  
ue contienen, y  
veremos por cuál se declaran las opiniones. ¿Me ent  
iende usted,  
Martínez?... Excuso decirle que cuento con su voto.

Erizáronsele los cabellos al excelentísimo Martínez  
ante la perspectiva  
de una indigestión de ratas... ¿Cómo podría curárse  
la, si no era  
tragándose un gato?

--Y todo eso--prosiguió Villamelón con ligerísima s  
onrisa que denunciaba  
traidoramente su convencimiento íntimo de la superi  
oridad con que  
manejaba el asunto no es más que la excentricidad i  
nglesa, influyendo y  
echando a perder su cocina... Y cuidado que yo soy  
imparcial, porque mi  
cocina es la cocina eléctrica: lo mejor de lo mejor

, venga de donde  
viniere: este es mi lema. ¿Me entiende usted, Martí  
nez?... Pero no hay  
que darle vueltas, amigo mío, y por más que digan,  
en la cocina, como en  
todo, Francia camina la primera. Esto no tiene vuel  
ta de hoja,  
Martínez... Los ingleses devoran, los alemanes zamp  
an, los italianos  
comen, los españoles se alimentan; pero sólo los fr  
anceses gozan, y ahí  
está el quid, Martínez: en gozar, en gozar comiendo  
. ¿Me entiende usted?

Martínez no entendía, y tomando por burla lo que só  
lo era cansada  
muletilla de Villamelón, tanto \_Martínez\_ y tanto \_  
¿me entiende?\_, se  
apresuró a responder algo amostazado:

--¿En gozar?... ¡O en reventar, señor marqués, que  
no es lo mismo!...

--¡No, no, no y mil veces no, Martínez! Eso es una  
de tantas  
preocupaciones. ¿Me entiende usted? Ciertamente que el h  
ombre es un ser  
débil, insuficiente, que apenas puede soportar ocho  
comidas diarias;  
pero la indigestión no proviene de comer mucho, sin  
o de comer mal...  
Déme usted un cocinero de primera fuerza, de raza,  
\_d'élans\_, y yo le  
garantizo salud eterna... ¡Oh, bien lo entendía el  
príncipe Orloff con  
su ojo tuerto y su brazo manco!... Yo le he visto e  
n París elegir  
cocinero en público concurso; acudieron diez a su p  
alacio de la embajada  
rusa: yo fui del jurado, y probamos, antes de falla  
r, ciento cuarenta  
platos[7]. ¡Ah!, no, no, Martínez; no es el comer m

ucho, lo que trae la indigestión... Mi santa madre lo decía: Tripa llena, alaba a Dios.

[Nota 7: Histórico.]

Y se quedó tan orondo con la cita, porque una de las genialidades de Villamelón era la de nombrar de continuo a su madre, anteponiéndole siempre el calificativo de santa, y poniendo en su boca aforismos tan singulares, y de mal gusto a veces, como el que acababa de soltar.

Entraron en esto el duque de Bringas y Juanito Velarde, que habían terminado ya su partida de billar, y a poco anunció un criado que la señora condesa no asistiría a la comida por haber tomado ya un \_consommé\_ en sus habitaciones, y acostándose al punto con una fuerte jaqueca.

Esta noticia pareció afectar muy poco al caro esposo de la dama y al duque de Bringas; al ministro de la Gobernación hízole, por el contrario, malísimo efecto, dando a sospechar, por sus muestras de disgusto, que algo que la ausencia de Currita chasqueaba por completo le había traído allí y héchole aguantar con paciencia las majaderías culinarias del héroe del combate \_navo-terrestre\_ de Cabo Negro; como Butrón temía, el nombramiento de camarera mayor comenzaba a mover la cola. Juanito Velarde pareció también muy contrariado, comió poco y habló menos durante toda la comida. Villamelón hizo

el gasto, como  
siempre, blandiendo el trinchante de oro macizo, regalo de Fernando VII,  
que usó durante toda su vida, y pasando por las tres distintas fases que  
en aquella hora solemne se reflejaban en su persona:  
hondamente  
preocupado al principio, como hombre que tiene entre manos el más grave  
negocio; comunicativo, pero dogmático; afable, pero todavía circunspecto  
a los medios, y alegre, bonachón, magnánimo y hasta tierno a los  
postres, como si la corriente de satisfacción que le brotaba del  
estómago le dotase de aquellas cualidades que no poseía en ayunas. Esta  
era la hora de pedirle favores, seguro de alcanzarlos, y esta era la  
hora también en que Villamelón, arrastrado por un resabio de educación  
malísima que jamás pudieron quitarle ni su santa madre, ni su dulce  
esposa, hacía bolitas de miga de pan con la punta de los dedos y las  
disparaba a las narices de los comensales, con muestras del más cariñoso  
agasajo y el más tierno regocijo.

Mientras tanto, si algún diablo cojuelo hubiese levantado el techo del  
\_boudoir\_ de la condesa de Albornoz, hubiérase descubierto una extraña  
escena: hallábase este alumbrado por una gran lámpara, sostenida por un  
negro desnudo, de tamaño natural, admirablemente tallado en ébano, y  
Currita, sentada ante un pequeño \_secrétaire\_ muy bajo, parecía  
completamente absorta en un singular estudio caligráfico, mientras  
vagaba por sus labios una finísima sonrisa, semejante

te, no en lo terrible, pero sí en la solapada y astuta, a la que puso el genio de Liezen-Mayer en los labios de Isabel de Inglaterra, al representarla en el acto de firmar la sentencia de muerte de su prima María Stuard.

Con su elegante letra inglesa, fina y corrida, había escrito al frente de un pliego: \_¡Qué animal más hermoso es el hombre!\_ Y con facilidad maravillosa iba copiando, en distintos caracteres de letras, esta frase tan extraña y tan equívoca, que parecía ser reflejo de esa idea íntima, ese pensamiento oculto que jamás se formula y es, sin embargo, el primero que se apresura a estampar todo hombre cuando algo que escribe y algo en que se puede escribir le invitan a solas a trazar allí un concepto. La inscripción se multiplicaba, unas veces en letras rechonchas y apretadas; otras, en perfiles largos y finitos; algunas, en caracteres diminutos, cual patitas de moscas entrelazadas que se prolongasen en forma de cadeneta. En esta tarea empleó Currita media hora larga, con el esfuerzo y la atención de un chiquillo aplicado que copia una plana, o de un petardista prudente que en saya el modo de falsificar o desfigurar una letra.

Diose al fin por satisfecha de sus ensayos, y con los renglones de cadeneta y la letra de patitas de mosca, que no tenía con la suya ordinaria el más remoto punto de contacto, púsose a escribir una carta,

en un pliego de papel sencillo, sin timbre ni inici  
al alguna. La carta  
no fue larga, y en el sobre decía:

EXCMO. SR. GOBERNADOR CIVIL  
DE  
\_Madrid\_

Faltábale todavía el sello, y púsoselo Currita sonr  
iendo socarronamente,  
y cuidando de colocar con la cabeza para abajo el b  
usto del rey don  
Amadeo. Afianzólo luego con dos o tres puñaditas de  
su cerrada mano, que  
parecía complacerse en aplastar al pobre monarca, p  
rincipio y fin de la  
dinastía saboyana.

Cualquiera hubiera creído con esto ya listo el nego  
cio y que sólo  
faltaba llamar a un criado para enviar la misterios  
a carta al correo. No  
lo juzgó así la ilustre condesa: entróse en la esta  
ncia vecina, que era  
su alcoba, y volvió a salir al cabo de un buen cuar  
to de hora  
completamente transformada. Habíase despojado de su  
elegante traje de  
calle, y puéstose en su lugar una falda de lana neg  
ra modestísima y una  
mantilla muy usada, cuyo sencillo velo le ocultaba  
parte del rostro;  
traía en la mano una bujía encendida, puesta en una  
palmatoria de plata,  
y en la otra una llave de gran tamaño. Cogió la car  
ta y echó a andar: en  
aquel momento un reloj lejano daba las once y media  
.

Era el palacio de Villamelón uno de esos antiguos c  
aserones, ya raros en  
Madrid, con anchas galerías, espaciosas salas y cóm

odos departamentos, rodeados por todas partes de pasillos y escaleras excusadas para el uso de la servidumbre. Comunicábanse las habitaciones de Currita con las de Villamelón por la alcoba, y por un cuarto contiguo al del baño, con un largo pasadizo; terminaba este por un lado en el cuarto de Kate, la doncella inglesa, y por otro en una estrecha escalera que iba a parar a un jardín muy reducido. Cerrando, pues, la puerta de la alcoba, la que había a la mitad del pasillo, y la que ponía en comunicación al \_boudoir\_ con los dos salones de la entrada, quedaba el resto de las habitaciones de Currita aislado por completo y en comunicación directa con la calle: a ella daba salida una puertecita, abierta en la tapia del jardín a espaldas del palacio, detrás de un pequeño invernadero. Allí se dirigió Currita después de dejar la luz apagada al pie de la escalera con tal desembarazo y tan gentil desenvoltura, que conocíase bien a las claras no ser aquella la primera de sus nocturnas escapatorias.

Era la noche oscura, y la solitaria plaza a que la puerta del jardín daba salida perdíase a lo lejos entre solares en construcción, alumbrada acá y allá por algunos faroles, cuyas luces parecían brillar en medio de un nimbo de vapor amarillento. La puerta de una tienda de ultramarinos dejaba escapar en la esquina próxima un cuadro de luz vivísima, y veíase en el fondo al tendero, inmóvil ante el mostrador,



ajustando sus cuentas. A cuarenta pasos, debajo de un andamiaje, una farola hacía resaltar las negras siluetas de un chulo de chaquetilla corta y una chula de falda almidonada y pañuelo de seda a la cabeza, que dialogaban vivamente. Aparecía lo demás oscuro y solitario, teniendo todo ello un aspecto de inquietud, de vista panorámica, que completaba allá muy lejos, desde un cuarto piso, el sonido de un mal piano, en que unas manos alevés asesinaban la inmortal cavatina de Bellini \_Casta diva ché inargenti\_...

La condesa, la gran señora que tan raras veces bajaba de su carruaje, como si se desdeñase de pisar con sus elegantes brodequins el polvo de que estaba formada, se internó por aquellos oscuros vericuetos, y atravesando varias callejas, solitarias en aquella hora, que parecían serle muy conocidas, vino a desembocar en la plazuela de Santo Domingo. La afluencia de gente era todavía grande en aquella encrucijada, tan concurrida siempre, y Currita bajó la cuesta para ganar, al abrigo del jardinillo, la Costanilla de los Ángeles. Atravesó rápidamente la calle del Arenal, entró por la de las Fuentes, y dando un gran rodeo por detrás del ministerio de la Gobernación, llegó al fin a la calle de Carretas y depositó por su propia mano en el buzón de la casa de Correos la carta misteriosa... Si aquella mujer era una criminal, era, sin duda, de aquellos criminales avezados y prudentes que miran siempre en todo

cómplice un camino peligroso que va a parar en presidio.

Entonces emprendió el camino de vuelta por las mismas calles por donde había ido, sin tener más que un tropiezo. Un viejo, de aspecto decente, se detuvo de pronto ante ella; sorprendida Currita, pegóse a la pared, y el hombre hizo entonces ademán de darle una moneda de cinco céntimos, una perra chica, como llamaban entonces y aún llaman hoy a esas piezas pequeñas. Habíala tomado por una de esas pobres vergonzantes que a las altas horas de la noche extienden en silencio su mano descarnada al transeúnte que se retira solicitado por el descanso u hostigado por los vicios.

Así lo comprendió la condesa, y con gran impulso de risa tomó la moneda, teniendo todavía valor para profanar en sus impuros labios aquella hermosa deprecación, aquella santa respuesta que da la fe a su hermana la caridad, por la humilde boca del pobre:

--¡Dios se lo pague!...

Cuando la condesa entró en su boudoir, presentaba este un aspecto siniestro: la lámpara agonizaba en manos del negro, cuyos blancos dientes de marfil incrustado resaltaban en la oscuridad, como la sonrisa del genio del mal, complaciéndose en las tinieblas.

Tres horas después resonaban gritos y lamentos al otro extremo de la

casa... Era Paquito Luján, que entumecido por el fresco de la madrugada y aterrado por la oscuridad, despertaba allá en la Nursery, olvidado de todos en aquel suntuoso palacio, morada del padre y la madre que le habían dado el ser, y de diecisiete criados dedicados a su servicio.

--V--

Rióse mucho al otro día la condesa de Albornoz al oír contar a su hijo Paquito sus extrañas aventuras de la noche precedente: al verse solo, a oscuras, vestido y acostado en una cama que no era la suya del colegio, comenzó el niño a gritar lleno de angustia, sin que nadie contestase a sus lamentos. Oíalos Miss Buteffull desde su cama y comprendió al punto la causa: sin duda, nadie se había acordado en la casa de que el pobre niño había vuelto del colegio; quizá se había puesto malo de pronto; quizá habían entrado ladrones y lo estaban asesinando... Miss Buteffull, compadecida, encendió la vela de su palmatoria. Un decoroso reparo la detuvo de repente: el caso era grave... Tenía ella cuarenta y cinco años, once el niño, la hora de la noche era avanzada. ¿Cómo entrar sola en su cuarto?... Miss Buteffull apagó la palmatoria.

Mientras tanto, los clamores desesperados del niño despertaban también a

la doncella de Lili, Magdalena, que dormía allí cerca, y acudía esta presurosa en su auxilio; tranquilizábalo con gran cariño, hacíale acostar y permanecía sentada junto a su camita, hasta dejarlo dormido nuevamente.

Esta relación produjo en Currita una de las repentinas crisis de amor materno que solían atacarla de cuando en cuando en sus días de aburrimiento. Solía entonces pasar horas enteras en la Nursery jugando con sus hijos: comíaselos a besos, llamábales sus \_pichoncitos\_, hacíales traer costosos juguetes y golosinas de todos géneros; y complaciéndose en poner en ridículo a Miss Butefful y en decir pestes de los padres del colegio, destruía en media hora todo lo bueno que, a costa de mil trabajos, habían sembrado y podían sembrar en adelante estos y aquella en los tiernos corazones de ambos niños; porque uno de los grandes escollos en que tropiezan los esfuerzos de las personas dedicadas a la educación, consiste en la imprudente y culpable ligereza con que se complacen muchos padres en presentar ante sus hijos a preceptores y maestros, no como amigos íntimos encargados de guiar sus pasos, ni como seres benéficos que les dispensan el favor insigne de formar sus corazones y alumbrar sus entendimientos, sino como tiranos que les oprimen y mortifican, como carceleros cuya vigilancia hay que burlar con ardides y tretas más o menos inocentes. Destruyese así la

buena opinión necesaria a todo el que manda para ser respetado; la fe humana precisa a todo el que enseña para ser creído, y sólo una cosa existe, a nuestro juicio, que sea tan perjudicial a la educación como lo es esta misma: la pugna que a veces descubre el niño entre la moral de sus padres y la moral de sus maestros... Imposible es describir las angustias perplejidades, las dolorosas dudas que, con harta triste frecuencia, despiertan estas contradicciones en las almas de los niños: vese en ellas la lucha del entendimiento con el corazón, demostrándole aquel que es sana la doctrina del maestro, esforzándose este por persuadirle que no puede ser mala la práctica contraria del padre o de la madre que tanto aman, que no puede ser cierto lo que, por el solo hecho de serlo, ha de dar irremisiblemente a aquellos seres tan amados la patente de perversos... ¡Ah! Jamás olvidará el que escribe estas líneas las angustias de un pobre niño, modelo de candor y de juicio, al oír explicar cierta lección del Catecismo; quedóse el niño muy pensativo, fuese luego poco a poco angustiendo, hasta exclamar al fin convulso, con el corazón encogido, los ojos llenos de lágrimas y temblorosas las manitas:

--¡Entonces... entonces... mi papá es muy malo, muy malo... y se va a ir al infierno!

Importábasele todo esto muy poco a Currita, y sus granizadas

intermitentes de besos, de mimos y de imprudencias  
borraban por completo  
en el ánimo candoroso de Lilí los largos olvidos y  
la egoísta  
indiferencia de su madre; mas no lograban lo mismo  
en el niño aquellas  
sensiblerías tempestuosas. Había en el fondo de aqu  
el tierno corazoncito  
un rinconcillo oculto, en que la memoria iba deposi  
tando con implacable  
fidelidad la lista de todos los agravios, como un g  
rano de simiente  
venenosa entre una vegetación salubre, como un tall  
o de cicuta que había  
de hacer brotar en aquella selva virgen el sombrío  
rencor, el rencor  
callado y paciente, árbol siniestro que produce a l  
a larga los  
envenenados frutos del odio. Todavía aquel corazón  
angelical perdonaba  
fácilmente lo que reputaba por injuria; mas ya habí  
a dado un paso  
adelante, ya le era imposible olvidarlo por complet  
o.

No era, sin embargo, el aburrimiento el que había t  
raído aquella mañana  
a la condesa de Albornoz a entretenerse con sus hij  
os: parecía, por el  
contrario, preocupada, un poco inquieta, y notábase  
en ella esa  
agitación nerviosa de todo el que espera algo que t  
eme o le importa.  
Lilí tuvo una idea felicísima: propuso a su madre q  
ue hiciese retratar a  
Paquito con sus premios. Púsose el niño muy encarna  
do, y movió  
negativamente la cabeza.

--¡Pues es verdad!--exclamó Currita encantada--. Sí  
, sí, ahora mismo...  
¡Verás qué bonito!... ¡A ver, Germán!... Avise uste

d al señor marqués  
que vamos a subir a la \_cabaña\_ a que nos haga un r  
etrato...

Desprendióse el niño, al oír esto, de los brazos de  
Lilí, que, saltando  
de alegría, le abrazaba, y exclamó con enérgica ira  
:

--¡No!, ¡no!... ¡Papá, no!...

--¿Pero por qué?--dijo sorprendida Currita, agarrán  
dole por un brazo.

Forcejeaba el niño por desasirse, muy colorado y co  
nmovido, y con los  
hermosos ojos llenos de lágrimas.

--¿Pero por qué, por qué?--repetía Currita.

--¡Me dijo que me fuera!... ¡Me dio dos pesetas!--g  
ritó al fin el niño  
con gran desconsuelo; y sollozando amargamente, esc  
ondió la preciosa  
carita en el seno de su madre.

¡Qué rayo de luz hubiera sido aquel lamento del niñ  
o para una de esas  
madres santas y prudentes que estudian y dirigen ha  
sta el más ligero  
latido del corazón de sus hijos!... En él aparecía  
revelado un noble  
pundonor, que iba ya camino del orgullo, y una prec  
oz propensión a la  
venganza, que espera oculta y paciente la hora de d  
evolver desaire por  
desaire y ofensa por ofensa. Mas Currita sólo vio e  
n todo aquello un  
capricho de niño voluntarioso, y entre caricias y r  
eflexiones, halagos y  
amenazas, intentó persuadir al niño a que se dejara  
hacer el retrato:

cedió este en la apariencia, y Currita subió con ambos niños de la mano a la espléndida \_cabaña\_ en que tenía el marqués de Villamelón su taller fotográfico.

Porque el ocio, esa gran pesadumbre de los grandes, que en vez de lágrimas tiene bostezos, había despertado en el ilustre prócer y guerrero invicto la afición a la fotografía, no encontrando en él la aptitud necesaria para el cultivo de otras artes más elevadas. Comer, beber, dormir y retratar a todo bicho viviente que cruzaba ante la magnífica lente de su cámara oscura eran las útiles tareas que llenaban y aun hacían rebosar la vida de aquel ilustre prócer, a cuyos abuelos cabía tanta parte en las gloriosas empresas de la antigua España.

Acudió, pues, Villamelón presuroso, como siempre, a la menor indicación de Currita, envuelto en su fresca bata escocesa, que apenas le pasaba de la cintura; venía con él uno de esos magníficos perrazos de Kamschatka, de un blanco amarillento, que arrastran en su país pesados trineos, y había sido el paje continuo de Currita en una larga temporada en que le pareció muy espiritual hacer grandes excursiones a caballo.

Villamelón comenzó al punto a preparar la máquina con sus dedos manchados de nitrato de plata, y Currita disponía mientras tanto el artístico grupo en que habían de retratarse los niños. Colocóse en el



centro un gran sitial gótico, preciosa joya arqueológica y artística, y hundidos en él ambos niños y estrechamente abrazados, habían de aparecer examinando juntos el diploma de los premios, un exacto facsímile de una bellísima miniatura del siglo XV; tendido a la larga ante ellos, \_Tock\_, el perrazo amarillento, apoyaba el hocico en el rojo almohadón de terciopelo en que descansaban los pies de los niños.

--¡Delicioso!--exclamaba encantada Currita--. Mira, Fernandito, parece un cuadro de Meissonnier.

Los premios, sin embargo, no aparecían por ninguna parte, y Paquito se encogía de hombros, asegurando ignorar dónde los había puesto.

--¡Tonto!--gritó Lilí, dándole una palmada--, si los dejaste abajo...

Y en menos de dos minutos fue por ellos y los trajo, mostrándose muy sorprendida de que los vivos colores del diploma apareciesen desteñidos en algunos sitios como por gotas de agua. El niño se puso muy encarnado y no dijo una palabra: sus lágrimas de la noche anterior eran la causa de aquellas manchas.

En aquel momento anunció un criado a Currita que el señor ministro de la Gobernación deseaba hablarla con urgencia. Volvióse ella bruscamente a su marido, dejando caer el diploma que tenía en la mano, y él se incorporó asustado, quedándole por la cabeza el pañ

o negro con que se  
cubría para enfocar la máquina; por debajo asomaban  
sus bigotes  
retorcidos, su nariz colgante, sus ojos azorados en  
aquel momento, fijos  
en Currita, con la medrosa expresión del escolar de  
saplicado cogido in  
fraganti.

La esposa dio dos pasos hacia el esposo, desmintien  
do con los rayos, que  
de sus claros ojos brotaban, la suave voccecita y el  
pausado tono con que  
dijo:

--¿Pues no comió ayer aquí ese \_buey Apis\_?...

--Es un animal--replicó el marido; y para ocultar s  
u turbación,  
escondióse bajo el paño negro, poniéndose a enfocar  
de nuevo la máquina.

--Óyeme, Fernandito, que te estoy hablando--añadió  
Currita con relamida  
pausa.

Incorporóse de nuevo Fernandito, cada vez más turba  
do, sin quitarse el  
pañ negro de la cabeza.

--¿Dijo anoche algo el \_buey Apis\_ sobre el nombram  
iento?

--Nada--balbuceó Villamelón.

--¿Nada?... ¿Estás cierto?...

Los labios de Villamelón temblaron como tiemblan lo  
s del chico que va a  
soltar una mentira.

Y pensándolo mejor, sin duda, recordó al cabo Ferna

ndito que el ministro de la Gobernación, el \_buey Apis\_, como por razón de su corpulencia le llamaban, tan sólo le había dicho que el pastel de ratas debía de ser muy indigesto. ¡Vaya usted a ver qué tontería! Pero en cambio manifestó a Juanito Velarde que aquello no podía quedar así, que nadie se burlaba impunemente del Gobierno y que estaba decidido a reclamar de Currita la aceptación del nombramiento, apoyándose en una carta que--¡frase poco ministerial!...--había de refregarle por los hocicos...

--¿Una carta?--exclamó Currita realmente sorprendida--. ¿Pero de quién?...

--¡Mía!... ¡Mía!...--balbuceó Villamelón; y comprendiendo que con esto soltaba el trueno gordo, pidió a la tierra que se lo tragase. Mas la tierra no tuvo por conveniente darle gusto. Currita avanzó otros dos menudos pasitos, y suavizando más y más su acento, mientras más y más se encolerizaba, añadió:

--¿Pero tú le has escrito, Fernandito?...

Villamelón bajó la cabeza anonadado.

--¿Pero no te dije que fueras a hablarle?... ¿Que en todo este negocio no había que soltar por escrito una sola letra?... ¿Lo ves, Fernandito?...

Villamelón retrocedió un paso como quien espera un cachete, y Currita

adelantó otro, diciendo después de una pausa:

--¿Y dijo que iba a... a... a presentarme esa carta?

--Eso decía Velarde.

--¿Estás seguro?...

--Segurísimo.

Villamelón dio otro paso atrás y Currita otro adelante, repitiendo con tan suave voz que parecía una caricia:

--¿Lo ves?... ¿Lo ves, Fernandito?...

Y tirando de repente con rabioso arranque del paño negro, hundióle la cabeza a su ilustre esposo en la especie de saco que aquel formaba; volvió luego la espalda pausadamente, y sin perder su suavidad, salió de la \_cabaña\_.

Lilí se reía a carcajadas al ver a su padre forcejeando por sacar la cabeza del saco negro, y corrió a Paquito para decirle al oído un secreto muy grande, muy grande...

--¡Pero qué tonto es papá!...

Paquito no la escuchaba, sin embargo: durante toda esta escena había sentado en el sitial gótico a \_Tock\_, el perrazo amarillento, que se dejaba manejar con esa especie de cariñosa paciencia con que a los niños soportan los perros. Colgóle después de su collar de hierro repujado las cinco medallas de los premios, y colocándole en la

cabeza el diploma en  
forma de cucurucho, gritó a Lilí con extraño acento  
:

--¡Anda, que lo retrate papá!... ¡A \_Tock\_ le doy y  
o todos mis  
premios!...

Mientras tanto, pasmábase el lacayo al oír que su s  
eñora le daba, al  
pasar, la extraña orden de encender sin pérdida de  
tiempo la chimenea  
del \_boudoir\_, era aquel día el 25 de junio y el ca  
lor comenzaba ya a  
ser sofocante. Obedeció, sin embargo, con esa espec  
ie de impasibilidad  
automática, propia de los criados de grandes casas,  
y cuando el  
excelentísimo ministro de la Gobernación, don Juan  
Antonio Martínez,  
\_buey Apis\_, por otro nombre, entró en el \_boudoir\_  
, ardía ya en la  
chimenea un alegre fuego, y a su lado le esperaba C  
urrita, tendida en  
una chaise longue, envuelta en una bata de raso, pe  
rfectamente  
enguatada, y arropados los pies con un plaid escocé  
s finísimo:  
descansaba su cabeza en una gran almohada con lazos  
color de rosa, y  
tendiéndole al verle entrar su franca manecita, dij  
o con la débil voz de  
un enfermo desahuciado:

--¡Adiós, Martínez!... Sólo a usted hubiera yo reci  
bido hoy.

El \_buey Apis\_ dio un mugido, expresión fiel de la  
admiración, la  
sorpresa y el sobresalto que al punto le embargaron  
, y comenzó a sudar a  
la vista de la chimenea encendida.

--¿Pero qué es esto, señora condesa?--exclamó desolado--. ¿Sigue la jaqueca?...

--Fatal... ¡Fatal estoy!--contestó Currita--. Creo que tengo calentura... ¡y unos escalofríos!...

Y la muy ladina estremecía el débil cuerpecillo, señalando al mismo tiempo al ministro una pequeña \_marquesita\_ colocada junto al fuego y al alcance de su mano: en ella se sentó el excelentísimo Martínez, dispuesto a dejarse tostar en su mullido asiento como san Lorenzo en las parrillas.

--¡Lo siento... lo siento en el alma!--dijo.

Y con sencillez verdaderamente progresista, añadió, recordando la rústica farmacopea de su tierra nativa:

--¿Por qué no se pone usted dos ruedas de patatas en las sienes?... Eso alivia mucho.

--¿Patatas?--exclamó Currita estremeciéndose de espanto. ¡Jesús, Martínez, por Dios!... Prefiero la jaqueca.

Martínez comprendió que había asomado la oreja luguera bajo la piel del ministro cortesano, y entró en materia, dejando a un lado compasivos preámbulos y recetas caseras.

--Siento entonces venir a aumentarle a usted la jaqueca; pero el negocio es grave y urgente...

La condesa acomodó la roja cabecita en su blanda almohada con lazos rosa y fijó en el ministro sus claros ojos, que expresaban admirablemente la extrañeza. Afianzóse Martínez las gafas de oro, torció la descomunal cabeza, y amenazando a Currita con su gordo y porron dedo, como hace el domine que echa al niño una reprimenda cariñosa, le dijo:

--En Palacio están muy disgustados...

Currita se encogió de hombros, haciendo un gracioso pucherito como quien dice: ¿Y a mí qué me cuenta usted?...

--Sí, señora--prosiguió el ministro--. Su majestad el rey, muy ofendido... Su majestad la reina, sentidísima.

Dióle a Currita ganas de reír la pomposa hinchazón con que pronunciaba el ministro demócrata aquellas sonoras palabras: Palacio..., majestad..., rey..., reina, que parecían llenarle la ancha boca, y preguntó con su suavidad acostumbrada:

--¿Quién?... ¿\_La Cisterna\_?...

Crecióse el ministro como un toro de Veragua al que plantan una pica.

--No, señora--exclamó ofendido en su orgullo dinástico--; su majestad la reina de España, doña María Victoria.

--¡Ya!...--dijo Currita--. ¿Y qué tengo yo que ver con los sentimientos de esa señora?...

--¿Qué tiene usted que ver?...--exclamó el ministro, sofocado por el calor de la chimenea y la calma zumbona de Currita-. ¿Pues le parece a usted poco solicitar el cargo de camarera mayor, para desairarlo luego después de concedido?... ¿Así se juega con una reina a modelo de virtudes? ¡Pues sepa usted que el Gobierno está decidido a reclamar enérgicamente!...

Y el ministro, descompuesto, sudando la gota gorda, colorado como una remolacha, y con ambos puños apoyados en las respectivas rodillas, fijaba en Currita sus ojos de besugo, como si pretendiese tragársela de un solo bocado. No le intimidaban, sin embargo, a ella los mugidos del \_buey Apis\_; incorporóse un poquito, y muy extrañada y ofendida, y con los claros ojos fijos siempre en el vacío, comenzó a decir con su suave vocecita algún tanto apurada:

--¡Pero Martínez, por Dios, no se descomponga así!.. .. ¡Se pone usted tan feo!... Preciso es que haya en eso alguna equivocación, algún \_quid pro quo\_, para que un hombre de su talento de usted diga semejantes desatinos... ¿Yo, camarera de \_la Cister...\_ quiero decir, de doña Victoria?... ¿De dónde ha salido eso?

--¡De usted misma, señora condesa, de usted misma!--gritó el ministro--.  
¿Se atreverá usted a negar delante del ministro de Ultramar que ha solicitado el cargo de camarera, con tal que diesen



a Velarde la  
Secretaría del rey, y a usted seis mil duros de sueldo?...

--¡Pues ya lo creo que lo negaré!--contestó Currita con todo su desparpajo.

--¿Sí?... Pues veremos si su marido de usted lo niega igualmente, cuando todos los periódicos de Madrid publiquen esta carta .

Y el \_buey Apis\_ sacó una de su bolsillo, que puso extendida ante los ojos de Currita, como si pretendiese cumplir su bestial amenaza de refregársela por los hocicos. La condesa fue a echar mano al papel con grande prisa, pero el ministro lo retiró al punto, diciendo brutalmente:

--¡Ca!... Esta no la suelto yo ni un momento; pero ahora mismo la oirá usted de cabo a rabo.

Y poniéndose las gafas sobre la frente, porque era miope, comenzó a leer la carta. En ella, el marqués de Villamelón, de acuerdo con su esposa, pedía para esta, por medio del ministro de Ultramar , el puesto de camarera mayor de la reina, con las dos condiciones indicadas antes por Martínez: la Secretaría particular de don Amadeo para Juanito Velarde y los seis mil duros de sueldo para la dama misma. La prueba no podía ser más concluyente, y Currita pudo comprender toda la imprudencia de su caro esposo al dejar escapar aquella prenda. No se apuró mucho, sin

embargo: mientras el ministro leía, habíase ido incorporando poco a poco, haciendo mohínes de espanto y gestos de protesta, y de repente, con la agilidad de una gata cazadora que se lanza sobre el incauto ratoncillo, arrancó de manos del ministro la peligrosa carta y la arrojó al fuego... El papel se enroscó un segundo entre las llamas, quedando al momento convertido en cenizas.

Atónito el ministro retrocedió bruscamente en la butaca, soltando una palabrota: mas Currita, sin ofenderse por ella, ni asombrarse tampoco, dejóse caer de nuevo en su almohada como si tal cosa, diciendo con su cándida risita:

--¡Vamos, vamos, Martínez!... Preciso será que se ponga usted dos parches de patata... ¡Eso refresca mucho!...

--VI--

Jamás había pasado el pacífico portero de Villamelón un susto tan tremendo como el que le tenía reservado el señor gobernador de Madrid para aquel día memorable, 26 de junio... Eran las diez de la mañana, y Baltasar, sin haberse vestido aún la larga librea azul, con anchas franjas en las bocamangas y cuello, cubiertas de escudos heráldicos, limpiaba cuidadosamente el polvo a las soberbias arcas florentinas, los enormes

sitiales antiguos y las armaduras de brillante acero que adornaban el vestíbulo. Púsose después a peinar las largas lanas de Bruin, el oso de Noruega, su mudo compañero; y en esta operación se hallaba, cuando un tropel de gente sospechosa invadió de repente la casa, en actitud nada tranquilizadora. Asustado Baltasar, cerró de golpe la gran mampara de cristales; pero, a los repetidos porrazos que en ella dieron los que de fuera entraban, cayeron rotos dos de los magníficos vidrios esmerilados que ostentaban en medio la cifra y corona de Villam elón, y aterrado entonces Baltasar, huyó escaleras arriba con el mandil remangado, atropellando a su paso al diminuto \_don Joselito\_, que pacíficamente frotaba con cáscara de limón las varillas metálicas que sujetaban la mullida alfombra en cada peldaño de la escalera. El enano huyó también dando gritos, y a poco la servidumbre entera del palacio corría por todas partes azorada, abriendo y cerrando puertas, e infundiendo la alarma por todo el vecindario.

Mientras tanto, los invasores llegaban a una antecámara completamente desierta, y el que parecía capitanearlos comenzó a golpear el suelo con su bastón de borlas, citando a la condesa de Albornoz en nombre de la justicia. Era este individuo el jefe de orden público, y venía en nombre del gobernador a registrar el palacio de la condesa e incautarse de todos sus papeles. Acompañábanle media docena de guardias municipales,

un alcalde de barrio y hasta diez o doce hombres de mala catadura, provistos de grandes garrotes, que parecían por las trazas pertenecer a la por aquel tiempo famosa \_partida de la porra\_. Guardáronse todas las puertas, quedando franca para todo el mundo la entrada, prohibida para todos la salida.

Mientras tanto, dormía Villamelón el sueño del justo. Currita, por el contrario, levantada contra su costumbre desde muy temprano, como si algo esperase, notó al punto el alboroto; púsose muy pálida, y una sonrisa de diablillo crispó por un momento sus delgados labios.

Temblando como una azorada, entró Kate, la doncella inglesa, a participarle lo ocurrido; pareció entonces azorarse mucho la dama, como si de nuevo la cogiese, y quiso a toda prisa avisar al marqués de Butrón lo que acontecía. Las puertas estaban ya, sin embargo, guardadas y prohibida la salida; púdose, a pesar de todo, hacer saltar la tapia del jardín a un pinche de cocina, y este fue el encargado de llevar al diplomático la embajada de la condesa.

El despertar de Villamelón fue horrible: la imagen del terror había quedado grabada de antiguo en su cerebro, bajo la forma de los salvajes rifeños de África, y ellos, con sus espingardas, fueron los primeros fantasmas que vio asomar en su imaginación en ese primer momento de confusión de ideas que sigue al despertar de todo hombre. El

excelentísimo Martínez, el colosal \_buey Apis\_, vino al punto a destacarse entre ellos, presentándole con una mano su imprudente carta, echándole la otra al pescuezo para conducirle sin piedad al Saladero... Villamelón pensó morir del susto, porque a su carta, y sólo a su carta, como muy bien le había profetizado el día antes Currita, podía atribuir la repentina llegada de la policía. Pronto, sin embargo, tomó su partido: acurrucóse de nuevo en la cama y juzgó lo más prudente darse allí mismo por muerto. ¿No era Currita quien le había metido en aquellos berenjenales?... ¡Pues allá se las compusiera ella como buenamente pudiese!... En vano le instaba la condesa, temblando de ira, para que se levantase y saliera a recibir la caterva de polizontes: Villamelón contestaba que estaba constipado, que estaba sudoroso y cogería de seguro un pasmo a poco que le diese el aire.

El tiempo urgía, y la intrépida Currita viose al fin precisada a salir ella misma al encuentro de los invasores: no lo hubiera hecho con más arrogancia la viuda de Padilla al presentarse a las tropas de Carlos V en el alcázar de Toledo. Con altivo continente pidió al jefe de orden público el mandato del gobernador, legalizado por el juez, único que, según las leyes vigentes, podía autorizar aquel atropello: presentóse respetuosamente el funcionario, y rasgólo ella en dos pedazos después de leerlo. Hizo entonces una valiente protesta en que sacó a relucir sus

leales opiniones alfonsinas, y mandando a un viejo empleado en la contaduría de la casa que guiase a sus habitaciones a aquellas gentes y presenciara el registro, retiróse dignamente a la sala de billar, seguida de sus doncellas como una reina de sus damas: allí hizo traer a los dos niños, Lili y Paquito, y abrazándolos tiernamente y sentándolos en sus rodillas, parecía parodiar el triste grupo de la reina María Antonieta, refugiándose con sus hijos en un rincón de las Tullerías, invadidas por el populacho. Kate lloraba desconsolada; Miss Buteffull se había puesto el sombrero y los guantes, como si esperase la orden de marchar.

No hacía Currita aquellos alardes artísticos sentimentales a humo de pajas: la noticia había corrido en un segundo por los círculos políticos y aristocráticos de la corte, extendiéndose después por casinos y cafés, tiendas y plazuelas. El pueblo comenzó a agolparse con su estúpida curiosidad a las puertas del palacio, y a poco una larga hilera de coches ocupaba toda la calle, suspendían un momento su pausada marcha, abríanse y cerrábanse con estrépito las portezuelas, y bajaban encopetados señorones, aristocráticos gomosos y damas elegantes; venían estas de trapillo, mirando a todas partes, entre asustadas y curiosas, y abrazaban a Currita haciendo exclamaciones de sorpresa, de indignación, de entusiasmo y de lástima. Esto era lo que esperaba la taimada condesa;

con su sonrisa de colegiala, apretaba a unos la mano en silencio,  
repetía a otros la relación del atropello, y elevaba los ojos al cielo  
con aire de víctima resignada que se inmola, abrazada a sus hijos, en  
araras de la proscrita dinastía. ¿Qué sería de ellos?  
¡Pobres hijos  
suyos!... ¡Y Fernandito, tan afectado, tan nervioso  
, postrado en cama e  
inspirando su salud serios cuidados! Quizá les esperaba el destierro,  
quizá la cárcel, quizá... ¡Oh! Las damas se estremecían de furor y de  
espanto, hablando todas a un tiempo, confortando a la víctima con sus  
consejos y dándose todas al diablo allá en sus adentros, porque era a  
Currita y no a ellas a quien había tocado la suerte de hacerse  
sospechosa a la policía y llegar al apogeo de la celebridad de un solo  
salto.

Llegaron también varios periodistas a caza de noticias, lápiz en ristre  
y reparos a la espalda, y fueron muy bien recibidos, dignándose la misma  
Currita darles noticias del suceso. Pedro López, el cronista de los  
salones elegantes, que acudía a comidas y saraos con los bolsillos del  
frac forrados de hule para poderse llevar a mansalva dulces y  
emparedados, estuvo admirable. Currita le tendió una mano, enternecida a  
la vista de aquel fiel amigo que tantas veces había descrito los  
primores de su falda, él se la estrechó en silencio, repitiendo por tres  
veces:

--¡Ominoso!... ¡ominoso!... ¡ominoso!...

Y apartándose un buen trecho, púsose a garrapatear con ardor febril en su cartera, no sin que todas las damas y muchos caballeros vinieran a hacérsele presentes, mendigando una mención honorífica en aquella crónica que había de ser al otro día la \_great attraction\_ de la corte. La apoteosis de Currita prometía ser ruidosísima, y preciso era figurar en ella, aunque sólo fuera de comparsa.

Llegó Leopoldina Pastor, sofocadísima, con un devocionario enorme en la mano: venía de Misa, porque estaba haciendo en San Pascual una novena para impetrar del cielo una apoplejía fulminante para don Salustiano de Olózaga. Irritóse mucho de que Currita no hubiese tirado por la ventana al jefe de orden público; juró que no saldría de allí aquel indecente sin oír antes de sus labios cuatro palabritas bien dichas, y alborotando y accionando, y sacando la lengua a los agentes de orden público que encontró al paso, fue a parar al comedor, porque eran ya las doce, estaba en ayunas, tenía hambre y se hacía imposible salir de allí hasta que terminara el registro. Muchas damas y caballeros la siguieron, dispuestos a caer sobre las provisiones de Villamelón como una nube de langostas, y el pasmo de todos fue entonces grande. ... Sorprendieron al moribundo marqués en un rincón del comedor, apoyado en un trinchero de roble, zampándose en pie y a toda prisa, y mirando a todas partes



azorado, una inmensa jícara de succulento chocolate,  
con una pirámide  
colosal de dorados picatostes... Pasado el primer s  
usto, y no escuchando  
ya en la casa otro ruido extraordinario que el ince  
sante ir y venir de  
la gente que de la calle entraba, Villamelón sintió  
en toda su pujanza  
el aguijón más terrible que podía hostigarle: ¡el a  
guijón del hambre! En  
vano llamó una vez y otra vez que le trajesen como  
todos los días:

Ancha bandeja con tazón chinesco,  
Rebosando de hirviente chocolate.

Los criados, diseminados por la casa, no acudían a  
su llamada, y  
prefiriendo Villamelón los riesgos de otra muerte a  
la muerte de hambre,  
decidió al cabo levantarse y escurrirse por pasadiz  
os y corredores hasta  
la misma cocina, en busca del cotidiano alimento: u  
na vez en posesión de  
él, refugióse en el rincón más cercano y allí comen  
zó a devorarlo.

La llegada de los importunos huéspedes hízole levan  
tar el campo, huyendo  
hacia el interior con el chocolate en una mano y lo  
s picatostes en la  
otra. Mas, con grandes risotadas le detuvo la señor  
il y hambrienta  
turba, y alcanzándole Leopoldina Pastor por los cor  
tos faldones de la  
bata, le gritaba muerta de risa:

--¿Pero dónde vas, Fernandito?... ¡No te vayas, hom  
bre!... ¡Si para  
sentir es menester comer!... ¡Si nosotros venimos a  
ayudarte!...

Y desde el \_maître d'hôtel\_ hasta \_don Joselito\_, comenzaron a trabajar, sin dar apenas abasto en servir a la emocionada con currencia un \_lunch\_ improvisado, un \_pic-nic\_ sustancioso.

--VII--

Era el marqués de Butrón una de esas medianías que en los tiempos de escasas notabilidades pasan por eminencias, debiendo sólo su altura a las escasas proporciones de los hombres y cosas de su época. Hase dicho, sin embargo, que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, y no se libraba el gran \_Robinsón\_ de esta ley general de las ilustres celebridades. Consistía, pues, una de sus secretas flaquezas en teñirse cuidadosamente la barba, blanca ya por completo, para ponerla al nivel de su todavía abundante cabellera, que se conservaba negra como las alas del cuervo.

Disponíase, pues, el respetable diplomático en aquella mañana del 26 de junio a esta operación importantísima, cuando le pasaron precipitadamente el recado de Currita. El peludo señor perdió por completo la cabeza, y temiéndolo todo de la bellaqueería de la condesa, que tenía él muy bien conocida, pidió a toda prisa un simón, y sin acordarse para nada de que su barba sin teñir iba a revelar el hasta

entonces bien guardado secreto a las lenguas más hábiles en cortar sayos  
que encerraba la corte, corrió al palacio de aquella equívoca oveja que  
tanto le importaba conservar en el redil alfonsino.

Los polizontes que  
guardaban la puerta le dejaron pasar, según la consigna, mirándole con  
esa especie de receloso respeto que a las gentes bajas de un partido  
causan siempre los pájaros gordos del partido contrario.

La noticia de su llegada causó sensación profundísima entre la turba de  
amigos y amigas que invadía el palacio, y todos, hasta los que en el  
comedor se hallaban, corrieron a su encuentro. Su presencia allí daba al  
suceso una importancia y un colorido que había muy bien calculado  
Currita al mandarle buscar con tanta urgencia. El gran \_Robinsón\_  
extendió ambos brazos al verla, exclamando: «¡Hija mía!», y la dama se  
dejó caer en ellos con filial abandono, sollozando fuertemente y  
mostrando a sus hijos, que se agarraban asustados a la falda de Miss  
Buteffull, siempre tiesa e impasible.

El coro general de damas comenzaba a emocionarse; pero acertó a reparar  
Gorito Sardona en la desteñida barba del diplomático, y apresuróse a  
comunicar el descubrimiento al oído de Carmen Tagle; echóse a reír ella,  
dijolo a su vecina, esta al que tenía al lado, y a poco, una porción de  
solapadas risitas hacían fracasar por completo la parte patética del  
espectáculo.

Butrón, sin embargo, no cayó en la cuenta, y con el majestuoso continente que las circunstancias requerían, arrastró con suavidad a Currita al próximo gabinete. Sudaba como un pato, y la camisa no le llegaba al cuerpo, temiendo alguna nueva trapisonda de la ilustre condesa, que viniera a desacreditar sus manejos diplomáticos. Azorado y en voz baja, y mirando a todas partes, como si temiese ver aparecer a los polizontes que invadían el palacio, le dijo:

--Pero ¿qué es esto?... ¡Habla, hija mía!...

Currita se dejó caer en un sofá, cubriéndose el rostro con el pañuelo.

--¡Estoy perdida!--dijo.

El respetable Butrón abrió la boca, como si fuera a tragarse un queso entero.

--¡Fernandito es un imbécil!--continuó Currita muy afligida.

Butrón movió de arriba abajo la cabeza en señal de profundo asentimiento.

--Le ha engañado Martínez... Me ha comprometido atrocemente... Es horrible, horrible... ¡Infame, Butrón, infame!

--¡Habla bajo!--exclamaba el diplomático, sobresaltado--. Sosiégate, hija mía, sosiégate... y cuenta para todo conmigo.. . Para todo, ¿lo oyes?... para todo...

Y con las dos peludas manos apretaba \_Robinsón\_ con efusión paternal la mano de Currita.

--Lo sé, Butrón, lo sé, y por eso acudí a usted al punto--dijo ella más sosegada--. ¡Pero es horrible, horrible!... ¡Figúrese usted que todo lo que decían de mi nombramiento de camarera es cierto!...

--¿Cierto?--exclamó Butrón como si se le atragantas e en el esófago el queso que antes parecía tragarse.

--Fernandito le escribió al ministro solicitando para mí el cargo... ¡sin decirme nada, Butrón!... ¡sin contar conmigo!.. .. ¡Vamos, si es horrible, horrible!... ¡Ay, qué marido!... Le aseguro a usted que si no fuera por mis hijos entablaba el divorcio...

Aquí derramó Currita algunas lágrimas en aras del honrado Himeneo, cuya antorcha corría riesgo de apagarse, y continuó muy bajito:

--Por eso, como yo no sabía nada, dije antes de ayer en casa de Beatriz lo que creía, ¡claro está!, la verdad... Que el ministro vino a ofrecirme el cargo, y yo me había negado a aceptarlo muy ofendida, tomándolo por una majadería de esa gentuza... Figúrese usted mi sorpresa cuando ayer se me entra por las puertas ese animal de Martínez, tan ordinario, tan groserote, muy ofendido con mi negativa, gritando como un energúmeno que nadie jugaba con el Gobierno, y amen

azándome con una  
carta de Fernandito, que iba a refregarme... ¡por los  
hocicos, Butrón,  
por los hocicos!...

Y aquí ahogó de nuevo el llanto la voz de Currita,  
prosiguiendo a poco  
entre sollozos:

--¡Qué ultraje, Butrón, qué vergüenza!... ¡Creí morir  
irme de  
sentimiento!... ¡Al padre de mis hijos debo esta of  
ensa!... Bien se lo  
he dicho mil veces: tu condescendencia con esa gent  
uza nos va a perder,  
Fernandito...

--Pero ¿viste tú esa carta?--exclamó Robinsón estupefacto.

--¡La vi, Butrón, la he leído!... ¡Qué vergüenza!...  
. ¡Creí morir!...  
Decía el \_buey Apis\_ que el ministro iba a publicar  
la en los periódicos  
si yo no aceptaba el cargo. ¡Lloré, supliqué, pidiéndosela  
en nombre de  
mi honra, en nombre de mis hijos!... Todo en vano:  
o aceptaba yo el  
cargo, o la carta se publicaba... Entonces le ofrecí  
dinero, y mi hombre  
empezó a blandearse... Me pidió cinco mil duros; luego  
tres mil,  
¡regateando, Butrón, regateando como un judío!... Por  
fin se cerró el  
trato en los tres mil, y anoche, a la una, volvió a  
entregarme la carta  
y recibir el pago... Porque, claro está, yo no tenía  
dinero bastante,  
tampoco podía pedírselo a Fernandito, y he tenido que  
empeñar una  
porción de joyas...

Butrón escuchaba asombrado, tragándose, una a una, como un bolonio, toda aquella sarta de mentiras, diestramente entrelazadas con algunas escasas verdades; cruzó las manos con trágico ademán y exclamó con el aire de un Catón escandalizado:

--¡Eso es nauseabundo!

--¡Pero si hay más, Butrón, si hay más!... ¡Si es infame!--prosiguió Currita muy animada--. A la una me entregó anoche el \_buey Apis\_ la carta... A las diez llega hoy, de repente, la policía a registrarme mis papeles... ¡Negocio redondo que buscaba el gran canalla!... ¡Coger de nuevo la carta y quedarse con mi dinero!...

--Pero ¿la han cogido?--exclamó Butrón consternado.

--¡Ca!... ¡Primero me quitan la vida!... Tuve tiempo de romperla y echar los pedazos por el vertedero del baño.

--¡Berr!--hizo Butrón como si le dieran náuseas; y con las manos cruzadas a la espalda, actitud de las grandes perplejidades, y fruncido el formidable guardapolvo de sus cejas, señal en él de graves preocupaciones, comenzó a medir a grandes pasos la estancia. Currita le miraba marchar con el rabillo del ojo, dando de cuando en cuando nerviosos suspiros.

Indudable era para Butrón que la dama era una trampa; pero lo que decía era en todo perfectamente verosímil y explica

ba por completo la  
extraña visita de la policía. ¿Qué había ido, si no  
, a buscar en aquella  
casa?... Por otra parte, aquel repentino suceso ase-  
guraba al partido la  
alianza de aquella mujer que dominaba al Madrid ele-  
gante con el poderoso  
imperio de la moda, y esto bastaba a las teorías de  
l diplomático;  
detúvose, pues, de repente ante ella y díjole solem-  
nemente:

--Es preciso hacer una manifestación ruidosísima, q  
ue levante el  
espíritu y sirva de protesta a este atropello...

Currita se encogió de hombros, disimulando bajo una  
perplejidad afectada  
el rayo de vanidosa alegría que iluminó su semblant  
e.

--¡Pero, Butrón, por Dios!--dijo--, por mí no hay i  
nconveniente; pero ya  
ve usted que quien pierde aquí es Fernandito.

--Mira, Curra, Fernandito no pierde nada, porque na  
da tiene que  
perder... Tu marido es un imbécil Y eso lo sabe tod  
o el mundo.

--Es verdad--dijo con heroica conformidad Currita.

--Además, yo te garantizo el secreto... El negocio  
es grave y puede  
sacarse de él mucho partido.

--Eso bien lo veo yo... Por eso no me opongo... Des  
pués de todo, lo  
primero que hay que mirar es el bien de la causa...  
Yo todo se lo  
sacrifico... Bien lo he probado siempre... ¡Bien lo  
estoy ahora



probando!...

Y Currita se enterneció otra vez, emboscando entre sus nuevas lagrimitas este ruego inocentísimo:

--Lo único que pido es que escriba usted mismo a la señora la verdad de lo que está pasando... ¡Le tengo un miedo a los enredos, a los chismes de este Madrid!... ¡Esa Isabel Mazacán es tan chismosa... me tiene una envidia!...

Cuadróse Butrón delante de la dama y dijo golpeando se el pecho:

--¡Confía en mí, Curra!... ¡Yo respondo!

En aquel momento llamaron a la puerta: el registro había ya terminado y el jefe de orden público pedía permiso a la señora condesa para presentarle sus excusas.

--¡Ay, no, no!--exclamó Currita--. Dígale usted que puedo muy bien pasarme sin ellas.

--Y añádale--dijo Butrón con toda la majestad olímpica que su misión allí requería--que la señora condesa de Albornoz se reserva el derecho de protestar en todos los terrenos de semejante atropello... Y dígale también que toda la aristocracia española y todas las gentes sensatas y honradas están a su lado para apoyarla y defender la causa santa que ella representa en estos momentos...

Esto dijo Butrón con arrogante tono, y acentuando m

ucho la palabra  
\_causa\_, paseó después una larga mirada por la concurrencia, como quien dice: «¿Habéis entendido?», y entróse por los grupos, dejando caer palabras huecas que la curiosidad y la necesidad rellenaron de grandes cosas.

--El negocio es grave--decía--. ¡Currita, admirable!  
¡Una heroína!...  
¡Mariana Pineda!...

Entró entonces el viejo empleado en la contaduría, don Pablo Solera, que había presenciado el registro: traía las orejas muy coloradas y un gran papel en la mano, que presentó a la condesa... Rodeáronle todos llenos de curiosidad, haciéndole mil preguntas, que el viejo se apresuró a satisfacer aturdido, en parte, al verse ante tan ilustre concurrencia.

El registro había sido escrupuloso en demasía y durado dos horas enteras: el jefe del orden público había leído todas las cartas que encontró a mano, sin perdonar pesquisa alguna, registrado todos los papales, hojeado todos los libros y puesto aparte todo aquello en que creyó encontrar miasmas conspiradores, para sujetarlo al examen del gobernador de la provincia. El prudente viejo le exigió entonces un recibo, firmado por el mismo jefe de orden público, en el cual habían de consignarse todos los papeles que se llevaba, y este era el documento que don Pablo presentaba a la condesa.

--¿Hay algo importante?--preguntóle Butrón en voz baja, leyendo la lista al mismo tiempo que Currita.

--¡Pchs!... Nada--contestó esta.

Mas sus ojos se fijaban con extrañeza en esta partida inventariada en la larga lista: «Un paquete de veinticinco cartas, atado con una cinta de color de rosa».

El respetable Butrón tomó de nuevo la palabra. El peligro había pasado, pero era necesario sacar todo el partido posible de aquella victoria: hacíase indispensable meter mucho ruido, gran ruido, propagar el escándalo por todas partes para despertar la indignación y excitar los ánimos en contra del Gobierno y de la dinastía intrusa... Para ello, todas las señoras acudirían aquella tarde a la Castellana con las airoas mantillas españolas y las clásicas peinetas de teja, que eran ya señal convenida de valiente protesta; y a la noche siguiente, él, Butrón mismo, daría un gran baile en honra de Currita de puro carácter político, al cual podían ya darse por convidados todos los presentes... Las señoras lucirían todas, en la cabeza, la flor de lis, emblema de sus esperanzas; los caballeros, un lazo blanco y azul en el ojal del frac, colores propios y significativos de los desterrados Borbones.

El entusiasmo fue entonces indescriptible; las damas rodearon el grupo que Currita y Butrón formaban, empujándose unas a o

tras, charlando todas  
a un tiempo, esgrimiendo los colosales abanicos que  
por aquel verano  
estaban de moda con el poco elegante nombre de \_Per  
icones\_.

--¡Bien! ¡Bravo!--gritó Gorito Sardona--. ¡El coro  
de los puñales!...  
¡Butrón, a usted le toca bendecirlos!

Y se puso a cantar el

Giusta é la guerra, e in cuore  
Mi parla un santo ardore,

de Meyerbeer en los \_Hugonotes\_. Esto hizo reír muc  
ho a todas aquellas  
señoras, y unas en pos de otras comenzaron a retira  
rse, nerviosas,  
entusiasmadas, confesándose mutuamente que era muy  
entretenido conspirar  
danzando y luciendo trapos en la Castellana; que er  
a más fácil de lo que  
ellas creían derribar un trono a abanicazos.

Mientras tanto, Villamelón, escurriéndose tras cort  
inas, puertas y  
tapices, miraba desfilas la ilustre concurrencia si  
n osar presentarse  
ante ella. Lo que más le incomodaba a él era que le  
hubiesen roto dos  
cristales, allá abajo, en la mampara.

Al verse a solas Currita, preguntó al viejo emplead  
o, enseñándole la  
lista:

--Pero diga usted, don Pablo... ¿De quién eran esas  
veinticinco cartas?

El viejo se encogió de hombros.

--No sé--contestó--. El jefe de orden público leyó tres o cuatro y se las guardó con una risita que me dio mala espina.

--¿Pero dónde estaban?

--En aquella arquita antigua que está en el gabinete de la señora condesa... Es un cajoncito con secreto.

--¿En el \_secrétaire\_ del \_boudoir\_?--dijo Currita aún más sorprendida--. ¡Pero si allí no había nada!... A ver, venga usted conmigo.

Había, en efecto, en un rincón del \_boudoir\_, una preciosa \_arquilla\_, obra acabadísima de marquetería italiana del siglo XVI, de ébano, tallado con ricas incrustaciones de carey, plata, jaspes y bronce. Currita abrió la gran tapa delantera, cuyas bisagras y cerrajas doradas dejaban ver, a través de sus artísticos calados, un fondo de terciopelo rojo, y entonces apareció el interior de aquel precioso mueble, compuesto de bellísimos arcos, de galerías en miniatura en que encajaban infinidad de cajoncillos, ocultándose los unos a los otros, con múltiples secretos.

--Pero ¿dónde estaban esas cartas?--preguntó Currita impaciente, abriendo uno a uno los lindos cajoncitos.

--Aquí abajo--contestó don Pablo.

Y apretando un resorte de bronce, hizo saltar otro cajoncito oculto, que

dejó escapar, al abrirse, un suave olor de violetas secas. Currita metió dentro la mano y encontró en el fondo un ramo marchito de aquellas fragantes flores; miró algún tiempo con cierta extrañeza, como quien pretende recordar algo, y exclamó al fin, cayendo en la cuenta:

--¡Ya!

Y de repente, poniéndose muy seria con la enfurruñada cara de quien se teme un chasco pesado, murmuró muy enfadada:

--¡Pues tendría que ver!... ¡Estaría bonito!...

--VIII--

Bueno estaba para bollos el horno del señor gobernador a las dos de la tarde de aquel mismo día 26 de junio. La noticia de la visita de la policía al palacio de Villamelón había llegado a las altas esferas del Gobierno, causando en ellas sorpresa y disgusto: ignorábase allí la causa de aquella violenta medida del gobernador, y esperábase todavía, por otra parte, obligar a la Albornoz a aceptar el cargo de camarera, a pesar de la escena cómico-dramática que entre ella y el excelentísimo Martínez había tenido lugar la víspera. Porque, como el lector habrá ya adivinado, no obstante los enredos de la tramposa señora, los compromisos de esta con el Gobierno eran tan reales

y positivos como  
había asegurado dos días antes la condesa de Mazacá  
n en casa de la  
duquesa de Bara.

Resentida profundamente Currita por lo que ella cre  
yera desaire de la  
abdicación, había decidido al punto pasarse con arm  
as y bagajes al  
enemigo, satisfaciendo de este modo sus femeniles d  
eseos de venganza y  
realizando al mismo tiempo su continuo anhelo de da  
r que hablar a todo  
el mundo y ser siempre la primera de la primera lín  
ea. El nuevo monarca  
era joven y guapo, y una vez teniéndole ella a su a  
lcance en el puesto  
de camarera, parecíale fácil amalgamar en poco tiem  
po, en sí misma, dos  
personalidades históricas que le eran muy simpática  
s: mademoiselle de La  
Vallièrre y la princesa de los Ursinos.

Costóle, sin embargo, algún trabajo reducir a Villa  
melón a secundar sus  
planes, porque encastillado este en lo que llamaba  
su honor, empeñábase  
en vivir y morir fiel a la dinastía caída. Supo al  
cabo Currita  
convencerle, y cauta siempre, y sin dar ella la car  
a, encargóle a él  
entablar las negociaciones con don Juan Antonio Mar  
tínez y el ministro  
de Ultramar, personajes ambos que con traidora prev  
isión había procurado  
desde mucho tiempo antes atraer a su casa, importán  
dosele un bledo los  
aristocráticos aspavientos de sus ilustres amigas.  
Las condiciones  
impuestas por la condesa eran un considerable aumen  
to de sueldo para  
ella y la Secretaría particular de don Amadeo para

Juanito Velarde,  
adorado amigo que a la sazón privaba.

El encargo era fácil, dado el afán que de llenar aquel desairado cargo con un grande de España existía en la corte y en el Gobierno.

Villamelón, sin embargo, cometió una pifia contra las terminantes prescripciones de Currita. Habíale encargado esta que por ningún concepto soltara prenda por escrito en el manejo de aquel negocio, y por no faltar el majadero a una cita que con cierta vida problemática tenía, a la misma hora en que le citaba también el ministro, dejó escapar aquella malhadada carta dirigida a este, que tan serias complicaciones había de traer más tarde.

Mientras tanto, la carta de la reina Isabel vino a desbaratar todo lo hecho, y con su desfachatez sin igual, volvióse atrás Currita, dejando a la corte y al Gobierno burlados, y en las astas del toro a su marido. No satisfecha con esto, y para acallar los peligrosos rumores, que, atizados por Isabel Mazacán, corrían de lo sucedido, imaginó denunciarse a sí misma al gobernador, escribiéndole un anónimo en que con pruebas patentes y señales manifiestas aseguraba que la condesa de Albornoz y el marqués de Butrón urdían un complot vastísimo, existiendo en poder de ellos papeles muy importantes para la causa alfonsina. El incauto gobernador cayó en el garlito, y ya hemos visto la admirable profundidad con que secundó los atrevidos planes de aquella ilu



stre bribona, cuyas  
mezquinas intriguillas traían en conmoción a toda l  
a corte. La visita de  
la policía afianzaba para siempre la fama de su lea  
ltad alfonsina,  
dándole una importancia en el partido que la ponía  
por completo a  
cubierto de las pretensiones de la corte amadeísta.

Así lo comprendió el  
excelentísimo señor don Juan Antonio Martínez, y he  
cho un basilisco fue  
a pedir al gobernador cuenta de su torpeza; alborot  
óse este, y  
guardándose muy bien de confesar que sólo en un año  
nimo cifraba él las  
pruebas del complot de Currita, aseguró campanudame  
nte que le constaba  
la existencia de una vasta conspiración alfonsina,  
que el marqués de  
Butrón la dirigía, y que la señora condesa de Albor  
noz era una  
trapisondista de tomo y lomo.

--¡Si me lo querrá usted decir a mí!--exclamó el \_b  
uey Apis\_ resollando  
por la herida.

Y contó al gobernador, con todos sus pormenores, la  
historia del  
nombramiento de camarera y la escena de la carta ar  
rojada al fuego, que  
había ya hecho desternillar de risa, en las narices  
mismas del ministro,  
a todos sus compañeros de gabinete. Mordióse el gob  
ernador los labios,  
comenzando a sospechar que habían hecho un pan como  
unas hostias, y el  
\_pas trop de zéle\_ de Talleyrand acudió a su mente  
como un reproche.  
Detuvo, sin embargo, un momento su cólera y sus tem  
ores la entrada del  
jefe de orden público, que venía a entregarle los p

apeles sorprendidos  
en poder de Currita.

Lanzóse el gobernador sobre ellos con todo el ardor  
de su picado amor  
propio, y púsole su mala suerte ante los ojos, lo p  
rimero, un  
plieguecillo de esquila, con el timbre de la condes  
a de Albornoz, y  
escrito en él, con diversos caracteres de letra, es  
te extraño letrado:

\_¡Qué animal tan hermoso es el hombre!\_ Examinaba a  
tentamente el  
gobernador el papelillo, creyendo encontrar alguna  
clave oculta o algún  
santo y seña misterioso entre aquellos diversos car  
acteres de letras,  
rechondas y apretadas unas, largas y finitas otras,  
diminutas cual  
patitas de moscas entrelazadas que se prolongasen e  
n forma de cadeneta,  
las últimas. Estas despertaron en su mente un vivo  
recuerdo; buscó  
apresuradamente el anónimo que encerraba la denunci  
a, cotejó ambas  
letras, y el velo se rasgó entonces por completo. ¡  
Era la misma!...

Probado quedaba que la excelentísima señora condesa  
de Albornoz era una  
trapisondista de tomo y lomo, y el excelentísimo se  
ñor gobernador de  
Madrid un majadero de siete suelas.

Su furor no tuvo entonces límite, y vino a aumentar  
lo el cazurro  
Martínez, que con los carrillos hinchados y la boca  
llena de risa  
reventaba por soltar la presa, y soltóla al fin, di  
ciendo a modo de  
fisga:

--¡Abortó la conspiración!... ¡España puede ya dorm

ir tranquila!...

Su excelencia encontraba cierto maligno gustito en no ser la única víctima de los enredos de aquella grandísima tuna que tan pesados chascos estaba dando a los Epaminondas y Arístides de la España con honra. El señor gobernador comenzó a echar sapos y culebras por la boca, lo mismo que cualquier rufián de callejuelas, y volviendo y revolviendo los papeles, vino a topar con el paquete de las veinticinco cartas. Su gozo fue entonces inmenso: tenía ya asegurada la venganza.

La noche anterior había hecho Currita un escrupulos o escrutinio en sus papeles, quitando de en medio lo que podía comprometerla, y poniendo bien a la vista lo que favorecía sus planes; excusado es decir que la carta de la reina Isabel quedó en puesto tan visible, que presto pudo dar con ella el jefe de orden público. Dos descuidos imperdonables tuvo, sin embargo: quedósele trasapelado en la carta de escribir el plieguecillo en que había hecho sus pruebas caligráficas y olvidóse por completo de que en un cajoncito oculto de la arquilla antigua del \_boudoir\_ existía, hacía más de tres años, un paquete de cartas. Eran estas de cierto capitán de artillería, andaluz, de gran familia, arrogantísima figura y poquísima vergüenza, que había antecedido a Juanito Velarde en el puesto de confianza que a la sazón ocupaba este en la casa.

Triunfante el gobernador, preguntó a Martínez si le parecía conveniente publicar aquellas cartas en los periódicos.

--Pero, hombre, no sea usted mentecato--replicó el ministro--. ¿Cree usted que hay alguien en Madrid que no sepa o suponga que esas cartas existen o han existido?...

--Pero entonces, ¿qué partido sacamos de ellas?

--Uno muy sencillo... ¿No tiene usted que devolvérselas a la condesa?

--¡Claro está!... Como que el jefe de orden público le ha dejado recibo.

--Pues en vez de enviárselas usted a la mujer, se las envía al marido... Es la única manera de practicar en este asunto la obra de misericordia de enseñar al que no sabe.

--¡Magnífico!--exclamó el gobernador, admirado de la maquiavélica política de su excelencia.

Y, sin pérdida de tiempo, púsose a escribir un atento B. L. M. al marqués de Villamelón, presentándole mil excusas por el mal rato que le había dado aquella mañana, anunciándole la devolución de los papeles incautados y suplicándole cortésmente los repasase uno a uno y muy en particular las veinticinco cartas del paquete, no fuera que por casualidad se hubiese alguna de ellas traspapelado.

En aquel momento, un portero entregó al señor gobernador una esquelita perfumada, que parecía ser de una dama coqueta, y era del lindo ministro García Gómez, el elegante de la situación, el \_dandy\_ de aquel gabinete eminentemente progresista. Enterado por su amiga Isabel Mazacán de la orden del día dada por el marqués de Butrón en la casa de Currita, apresurábase a poner en conocimiento de la primera autoridad de la provincia la manifestación de mantillas y peinetas que las damas de la aristocracia preparaban para aquella tarde en la Fuente Castellana. El gobernador comenzó a bufar de nuevo, amenazando entre enérgicas interjecciones hacer con mantillas y peinetas lo que Esquilache hizo con capas y sombreros.

--¡Pero, hombre, no sea usted mentecato!--volvió a decir el ministro con su risa de paleta--. Eso tiene muy fácil remedio.

--¿Cuál?

--Llame usted a Claudio Molinos.

Llegó Claudio Molinos, bribón consumado, especie de baratero político que en aquel tiempo alcanzó gran boga, y era, según la voz pública, el galeoto del Gobierno en sus enjuagues de mala ley, y el reclutador y generalísimo de la partida de la porra. Recibiéronlos ambos personajes de igual a igual, y con grandes extremos, y después de una corta conferencia, tornó a salir Claudio Molinos muy apresurado. Martínez

salió también con gran pachorra, inclinada la cabeza, y las manos y el bastón a la espalda, y quedóse el gobernador muy satisfecho, restregándose las manos chiquitas y regordetas con alguna que otra uña no limpia del todo.

A las seis y media de aquella misma tarde no se veía a un solo carruaje en el Retiro ni en el Parque, y centenares de ellos, por el contrario, atravesaban al trote largo el Paseo de Recoletos, atestado ya de gente, y seguían en confuso remolino hacia la Fuente Castellana. Jamás Viena corriendo hacia el Práter, Berlín hacia el Linden, París hacia el Bosque, habían presentado espectáculo tan original y pintoresco como el que ofrecía a la puesta del sol aquella inmensa avalancha de trenes lujosísimos, la mayor parte descubiertos, atestados de mujeres de todos tipos, de todas edades, con trajes de colores vivos, mantillas blancas o negras, peinetas de teja y flores en la cabeza, en el pecho, en las manos, en los asientos y portezuelas de los coches, en las frontaleras de los caballos y en las libreas de los cocheros, confundiéndose, sin atropellarse, en aquella baraúnda ordenadísima, carruajes, caballos, jinetes, arneses, prendidos, libreas, cocheros con la fusta enarbolada, lacayos con los brazos cruzados, retintines de bocados y crujidos de látigos, efluvios de primavera y perfumes de tocador, olor a búcaro de la tierra recién regada, y fragancia de lilas, azucenas y violetas;

envuelto todo como en una gasa en un polvillo fino y brillante,  
iluminado todo con golpes de luz bellísimos por los reflejos del sol  
poniente, que penetraba por entre las copas de los árboles, haciendo  
brotar resplandores de incendio en la plata de los arneses, los botones  
de las libreas y el herraje de los coches.

Por las anchas aceras de la calle de Alcalá desembocaba también en  
Recoletos muchedumbre compacta de gente de a pie, d estacándose de trecho  
en trecho grupos de mantillas más o menos bien llevadas, peinetas de  
teja puestas en cabezas más o menos airosas. No correspondía, sin  
embargo, la animación y la algazara al número y al lujo de aquella  
muchedumbre; marchaban los paseantes con esa curiosidad más ávida  
mientras más medrosa, que inspiraba siempre un espectáculo peligroso;  
con esa curiosidad propia del cobarde que espera oír a cada momento el  
estampido de un arma de fuego. Las damas de los coches, por su parte,  
cruzaban entre sí saludos, señas y sonrisas, sin poder disimular un  
involuntario azoramiento, semejante al del chico de scarado que se  
resuelve a hacer una travesura en las barbas mismas del maestro.

De repente, a la altura de la Casa de la Moneda, paráronse los  
paseantes, agrupándose bajo los árboles, y los coches moderaron su  
carrera, llamándose a derecha e izquierda para dejar una calle en  
medio... Por ella se adelantaba al trote largo un m

agnífico landó de  
Binder, caídas a uno y otro lado las capotas de \_ch  
agrín\_ finísimo,  
arrastrado por dos soberbios bayos oscuros, dos ste  
ppers de grande  
alzada y poderoso trote que la mano férrea de Tom S  
ickles manejaba tan  
fácilmente como movía el viento los ramos de lilas  
y claveles que lucían  
los nobles brutos en las brillantes frontaleras. Te  
ndida en los  
almohadones de raso, con aire distinguidísimo, pase  
aba la condesa de  
Albornoz su desvergüenza, dando la derecha a su ami  
ga y pariente la  
marquesa de Valdivieso; vestían entre las dos prima  
s los colores  
nacionales: traje amarillo con mantilla negra la de  
Albornoz; rojo con  
mantilla blanca la de Valdivieso, y grandes peineta  
s de carey una y  
otra, con ramos de claveles blancos y encarnados en  
la cabeza y en el  
pecho. Arremolinábase la gente al verlas pasar, las  
damas las saludaban  
con los pañuelos desde los coches, arrojándoles flo  
res muchas de ellas,  
y una turba de gomosos a caballo trotaban a uno y o  
tro estribo del  
coche, a guisa de caballerizos. De esta manera triu  
nfal hizo Currita su  
entrada en la Castellana.

Formaban ya allí los carruajes ordenada fila, y ent  
onces pudo apreciar  
el marqués de Butrón todo el numero y arrogancia de  
sus huestes  
femeninas. Allí estaba él en un landó de colores os  
curos, teniendo a su  
derecha a la marquesa, respetable señora que llevab  
a uno de los nombres  
más ilustres de España, y podía hacer gala de una d



e las reputaciones  
más sin tacha de la corte. Más lejos iba Isabel Maz  
acán con Leopoldina  
Pastor, en un milord preciosísimo; Pilar Balsano, l  
a duquesa de Bara,  
Carmen Tagle y otra infinidad de estrellas y conste  
laciones del gran  
mundo, entre las que descollaba la señora de López  
Moreno con su hija  
Lucy, vestida ella de azul con mantilla blanca y gr  
andes rosas en la  
cabeza, ocupando casi por completo una gran carrete  
la con arreos a la  
calesera, y cochero y lacayo con sombrero calañés,  
pantalón y chupa de  
oscuro terciopelo. Todas ellas, mujeres problemátic  
as, y otras mil y mil  
mujeres frívolas y superficiales en apariencia, per  
o honradas en el  
fondo las más, sólidamente virtuosas y sensatas muc  
has de ellas,  
saludaban al pasar a la ilustre bribona, inclinándo  
se todas a su paso,  
rindiéndole el homenaje de sus sonrisas y su envidi  
a, haciéndose reas de  
la perniciosa condescendencia con el vicio, llaga m  
ortal de las grandes  
sociedades, contribuyendo con su presencia y con su  
lujo, por necesidad,  
por debilidad o por malicia, al gran pecado del esc  
ándalo, al triunfo de  
la más ruin bellaca que urdió jamás trapisondas en  
la corte.

No duró mucho, sin embargo, la apoteosis... Nadie h  
a podido explicar  
nunca cómo sucedió aquello: unos dicen que vino del  
Hipódromo; otros,  
que del barrio de Salamanca; algunos, que de un hot  
elito que, emboscado  
en un jardín, existe en la Castellana. Es lo cierto  
que, de repente,

apareció en la fila de coches un gran landó a la Daumont con cuatro caballos blancos; venían dentro dos mujerzuelas de vida airada, abigarradamente vestidas de encarnado, con pomposas mantillas y enormes peinetas, poniendo en asquerosa caricatura a las damas de la aristocracia. En el asiento de enfrente, un rufián con sombrero de copa un poco ladeado y largas patillas postizas, parecía parodiar a cierto prócer famoso que en aquel tiempo hacía gran papel en las filas alfonsinas[8].

[Nota 8: Histórico todo.]

Aquello no fue un bofetón, fue una coz, una patada del excelentísimo Martínez, que acababa de un golpe con las peinetas y mantillas, con más facilidad que acabó Esquilache con los sombreros y las capas. Díjose luego que, desde una ventana del hotelito escondido, había él presenciado la escena, con las manos a la cabeza, sacudiendo la cabezota, dejando oír su risita de cazurro, de paleto empingorotado.

--¡Ju, ju, ju, ju!...

Entonces hubo un momento de confusión grandísima, de alarma verdadera: algunos hombres de a pie y de a caballo se lanzaron sobre el coche con los bastones enarbolados, para hacerlo salir de la fila. Intervinieron los guardias de orden público en favor de las mujerzuelas, y mientras tanto, huyeron en un segundo los lujosos trenes, al

galope, a la  
desbandada, mordiéndose los hombres el bigote de de  
specho, escondiendo  
las mujeres, llenas de vergüenza, los rostros azora  
dos.

Sólo quedó Currita incorporada en su coche, abriend  
o mucho los claros  
ojos, abofeteando a todas aquellas mujeres honradas  
, cuya culpa  
consistía en admitirla a ella en su trato, con esta  
s candorosísimas  
palabras, dichas para tranquilizar a su prima:

--Pero mujer... ¿Qué ha sucedido?... ¿Por qué se va  
n?... Que haya otras  
dos más, ¿qué importa?...

--IX--

Los periódicos ministeriales de la tarde guardaban  
un estudiado silencio  
sobre la visita de la policía al palacio de Villame  
lón, como si  
obedeciesen todos a una misma consigna. Los diarios  
oposicionistas, por  
el contrario, soltaban, ocupándose del suceso, todo  
s los registros de  
sus respectivas trompeterías, prorrumpiendo en gemi  
dos o gritos de  
horror, según les soplaba el viento, a la elegía o  
al ditirambo...

Ningunos gemidos, sin embargo, tan perfumados; ning  
unos gritos de horror  
tan rítmicos, como los lanzados por la pluma del es  
piritual Pedro López  
en el artículo \_El primer paso\_, que publicaba aque

lla tarde \_La Flor de  
Lis\_. Indudable era que Pedro López había mascado r  
aíz de lirio antes de  
lanzar aquellos suspiros confitados, que había modu  
lado sus gritos de  
horror sobre aquellos trinos de Stagno:

Voi parlate di patria  
E patria piu non è.

que había llorado sobre el rosado papel lágrimas de  
agua de Colonia; que  
había, en fin, creído, al empuñar la pluma en sus m  
anos lavadas con  
\_pâte agnel\_, tremolar una bandera con un palo de s  
ombrilla por asta y  
un encaje de Bruselas por lienzo... ¡Oooh!... Cuand  
o Pedro López posó  
su turbada planta en el palacio de los marqueses, c  
uando vio profanadas  
por groseros pies de sicarios de un poder bastardo  
y despótico aquellas  
mullidas alfombras que tantas veces habían hollado  
en rítmicos  
movimientos del baile las bellezas más valiosas de  
la corte, angustia  
mortal oprimió su corazón, nube de sangre cegó sus  
ojos, y una palmada  
de su propia mano vino a herir su frente sin que--;  
pásmese el  
lector!--notase Pedro López que sonaba a hueco... S  
onóle a un ¡ay!  
fatídico, a voz triste, lejana, misteriosa, crepusc  
ular, que murmuraba a  
lo lejos: ¡El primer paso!... ¡El primer paso dado  
hacia el noventa y  
tres... el primer paso dado hacia el Terror!... ¡Oo  
oh!... Allí había  
visto Pedro López sumida en el más profundo descons  
uelo, y vistiendo  
elegante \_saut du lit\_, con falda \_plissée\_, de ful  
ar de seda y encajes

crema a la bella condesa de Albornoz, ideal como la Ofelia de Shakespeare a orillas del lago, digna como la María Stuard de Schiller en el castillo de Fotheringhay, sublime como la princesa Isabel, la hermana de Luis XVI, que llamó la posteridad el \_Ángel de la guillotina\_... ¡Aaaah! Allí había visto Pedro López y estrechado su mano al hidalgo caballero, al pundonoroso marqués de Vilamelón, postrado en el lecho del dolor, cual león enfermo, derramando lágrimas de varonil despecho por no poder desenvainar, en defensa de su noble hogar allanado, la gloriosa espada de cien ilustres progenitores... ¡Oooh!... Y en torno de aquellas dos nobles figuras realzadas aquel día por el infortunio, elevadas por ruin despotismo de un gobierno sobre el gloriosísimo pedestal de la picota de sus iras, Pedro López había visto agruparse, más hermosas mientras más doloridas, y tan elegantes en su sencillo negligé; de mañana como en sus soberbias \_toilettes\_ de otras ocasiones, a las bellísimas duquesas de A., B. y C.; a las lindísimas marquesas de D., E. y F.; a las encantadoras condesas de G., H. y L; a las preciosas vizcondesas de J., K. y L.; a las monísimas baronesas de M., N. y Ñ., y a las espirituales señoras y señoritas de O., P. y Q. También el sexo feo estaba dignamente representado por el venerable marqués de Butrón, espejo de caballeros, y por los duques, marqueses, condes, vizcondes, barones y señores de tal o cual, y por otras muchas

personas notables que, en lo inmenso de su emoción,  
quizá dejaba Pedro  
López involuntariamente de enumerar.. ¡Aaah! ¡El pr  
imer paso!... Todas  
las frentes parecían inclinarse bajo el peso de un  
mismo pavoroso  
pensamiento... Mas habló el ilustre marqués de Butr  
ón, y al eco de su  
mágica palabra irguiéronse las nobles cabezas y vié  
ronse allí ilustres  
vendeanos dispuestos a disputar palmo a palmo el te  
rreno; garridas  
Marfisas y Bradamantes, capaces de realizar con el  
brillo de sus ojos  
las proezas de aquellas heroicas amazonas de las pr  
imeras cruzadas...

Aquí ponía Pedro López cuatro líneas de puntitos su  
spensivos, y añadía  
luego:

«Nosotros oímos sus palabras, y un rayo de celeste  
esperanza se deslizó  
en nuestro pecho».

Más puntitos suspensivos.

«El villano atentado del gobernador de Madrid ha si  
do el primer paso  
dado hacia el Terror... Mas--¡renazca la esperanza!  
--ya

...El león de Castilla  
Sacude la melena!!!»

Y a renglón seguido:

«Excusado es decir que la esplendidez proverbial de  
los marqueses de  
Villamelón proporcionó a la ilustre concurrencia un  
exquisito lunch  
improvisado, en que llamaran la atención de todos l

os delicados sorbetes  
de naranja, servidos en la misma cáscara de la fruta, que no obstante lo  
impropio de la hora, hizo el calor del día deliciosos. Felicitamos a los  
marqueses de Villamelón por haber introducido esta elegante novedad, que  
no tardará en ser imitada en las mesas y salones de la corte».

Todas estas y otras majaderías por el estilo leía Currita con ávido  
deleite, mirando con desdén, desde la altura de su triunfo, a Metternich  
y a Pitt, a Cavour y a Bismarck. Parecía muy natural que la llamasen a  
ella Ofelia, María Stuard y Ángel de la guillotina; reía allí en sus  
adentros de ver transformado a su marido en león enfermo y pundonoroso  
caballero, y dejáballo correr todo junto, porque sabía muy bien que nadie  
sube hoy al templo de la fama sin alas hechas de recortes de periódicos.  
Vino entonces a colmar su satisfacción el director de cierta famosa  
revista, que con grandes reverencias y aspavientos, y presentándole una  
tarjeta en que el marqués de Butrón eficazmente le recomendaba,  
manifestó su deseo de publicar en la revista el retrato de la heroica  
condesa y algunos grabados de actualidad relativos al suceso que todo  
Madrid discutía. Recibióle ella con esa amable condescendencia, propia  
de las grandes señoras con cualquier pelafustán que las adula, y  
concedióle su petición al punto, quedando convenido que la revista  
publicaría el retrato de la condesa con el traje que había de lucir

aquella misma tarde en la manifestación de mantilla  
s y peinetas de la  
Castellana, y otros dos grabados conmemorativos, re  
presentando uno la  
fachada del palacio en el acto de ser invadido por  
la policía, y otro el  
momento en que salió Currita con varonil entereza a  
l encuentro de los  
invasores.

--Convendría entonces--dijo el periodista--tener al  
gunas fotografías del  
local, que sirvan de pauta al artista para marcar b  
ien los detalles.

--Desde luego--replicó Currita muy complacida--. El  
señor marqués es muy  
aficionado al arte, y tendrá gusto en proporcionárs  
elas a usted él  
mismo.

Y sin pérdida de tiempo envió un recado a Fernandit  
o, suplicándole  
viniese en el acto al salón en que se hallaban. Pro  
nto trajo un lacayo  
la respuesta: el señor marqués había pedido a las c  
uatro la berlina y  
aún no había vuelto a su casa.

Fernandito corría, en efecto, en aquel momento, det  
rás de una duda  
misteriosa que ansiaba resolver. Con grandísima zoz  
obra había recibido  
el B. L. M. del gobernador, y tranquilo ya, después  
de leerlo, púsose a  
registrar cuidadosamente los papeles devueltos. Ley  
ó la primera de las  
veinticinco cartas sin comprenderla; en la segunda  
tropezóse con esta  
frase, escrita de puño y letra del artillero: «En c  
uanto a tu marido,  
bueno será que le suprimamos el \_villa\_ y le dejemo



s \_melón\_: está  
probado que el pobre pertenece a la familia de las  
\_cucurbitáceas\_».

Fernandito no leyó más: con la boca y los ojos muy  
abiertos quedóse  
largo tiempo suspenso, hasta que, levantándose de r  
epente y entrando en  
su cuarto de vestir, cogió un bastón con puño de pl  
ata, una delgada caña  
de bambú nudosa y flexible que cortaba el aire con  
silbidos de culebra  
al esgrimirla con gran furia Villamelón, dirigiéndo  
se presuroso y  
descompuesto a las habitaciones de la espiritual Cu  
rrita, de la vaporosa  
Ofelia, de la sentimental María Stuard, a quien ame  
nazaba, sin duda, en  
vez del poético lago o del dramático tajo, un tranc  
azo soberano, una  
paliza descomunal.

No quiso Dios, sin embargo, que acabase de manera t  
an prosaica criatura  
tan ideal; a la mitad de una gran galería, adornada  
con plantas  
exóticas, jaulas de pájaros y curiosidades de todos  
géneros, salió al  
encuentro de Villamelón el gran perro de Kamschatka  
, meneando  
cariñosamente la cola, y de repente, cual si resona  
sen en sus oídos  
aquellos acentos de Otelo:

...a compir la vendetta  
il ciel me invita,

descargó en la cabeza del perro el trancazo descomu  
nal que reservaba,  
sin duda, para la poética Ofelia... Luego, como el  
borracho que,  
engolosinado con la primera copa, no para ya hasta

apurar la botella,  
comenzó a menudear sobre los lomos del animal una g  
ranizada de golpes,  
una lluvia de palos, como jamás se registró igual e  
n los anales perrunos  
de la helada península Kamschatka. Jadeante y sudor  
oso, volvió a su  
cuarto, desnudóse apresuradamente y se metió en la  
cama.

¡Morro, ma vindicato  
Si, doppio lei morro!

Diez minutos después volvió a levantarse y pidió la  
berlina; fuese  
derecho a Fornos, después al Casino, luego al Veloz  
, recibiendo por  
todas partes enhorabuenas e interpelaciones acerca  
del suceso que todo  
Madrid comentaba; hacía con grandes reserva y disim  
ulo, al oído de  
cuantos amigos prudentes se iba encontrando, cierta  
pregunta misteriosa.

Encogíanse algunos de hombros; otros se echaban a r  
eír; contestábanle  
todos que no, y Villamelón seguía adelante con su e  
nigmático empeño.  
Encontróse, al cabo, en un apartado gabinete del Ve  
loz, a un viejo con  
grandes patillas canas y una cabellera blanca y esp  
esísima, más digna de  
coronar la frente del rey Lear que aquel rostro enc  
arnado y granujiento  
en que había dejado impresa su huella todos los vic  
ios. Contrastaba su  
indisputable aire de gran señor con su traje abando  
nado y hasta sucio, y  
dábale todo ello el aspecto de un anciano monarca d  
isfrazado de tendero.  
Hallábase sentado ante una gran botella de ginebra,  
que despachaba poco

a poco en una inmensa copa de cristal, echando de cuando en cuando algunos terrones de azúcar. Llamábase Pedro de Vivar, era segundón de una gran casa, vivía del juego el tiempo que no estaba borracho y hacíanle famoso en Madrid su cinismo y sus cuentos chocarreros, conociéndole todo el mundo por el nombre de Diógenes. Era de esas personas que han llegado a tener \_cosas\_, y una vez en posesión de esta ejecutoria, pueden ya cometer a mansalva toda clase de desmanes sin otro temor que el de ver a las gentes encogerse de hombros murmurando:

--¡Cosas de Fulano!

Sabíalo él muy bien y aprovechábase de ello para decir a todo el mundo las mayores desvergüenzas con el acierto que le inspiraba siempre su claro entendimiento y su mucha práctica del mundo. Era un sinapismo ambulante, que dejaba siempre al pasar algunas ampollas levantadas.

Acercósele, pues, el inocente Villamelón, preocupado por su idea, y después de algunas palabras insignificantes que dieron tiempo a Diógenes para vaciar por dos veces la copa, soltó al fin la pregunta misteriosa mirando a todas partes con cuidado:

--¡Hombre, Diógenes!... Tú que conoces a todo el mundo, ¿podrías decirme quién es la familia de Cucurbitáceas?

Miróle Diógenes un momento de hito en hito, pensando sin duda que más

presto se conoce la necedad o el talento de un hombre por sus preguntas  
que por sus respuestas, y díjole al cabo:

--¡Ya lo creo!... Ven acá...

Y llevándole frente a un espejo, y cogiéndole con una mano por el  
cogote, dióle con la otra una gran palmada en la cabeza, añadiendo muy  
serio:

--Aquí tienes a la madre...

Luego, gritóle desaforadamente al oído:

No se envanezca de su ilustre raza  
Quien debió ser melón y es calabaza!!!...

Al otro día, los periódicos ministeriales de la mañana rompían al fin la  
estudiada reserva que se habían impuesto, y uno de ellos, \_La España con  
Honra\_, publicaba un pequeño suelto en que se veía la manaza de Martínez  
levantando la punta del velo que encubría el suceso, con esa táctica  
refinada de la malicia que, sin necesidad de nombrar, designa señalando  
con el dedo.

«Ayer--decía el periódico--ha sido objeto de grandes comentarios en  
todos los círculos la visita de la policía al palacio de los señores  
marqueses de Villamelón, previo auto del juez y orden del gobernador,  
según prescriben las leyes vigentes. Por un lamentable descuido del  
jefe del orden público fueron comprendidos entre los papeles políticos  
incautados en las habitaciones de la señora marques

a algunas cartas importantes de índole puramente doméstica. El señor gobernador devolvió al punto caballerosamente estos papeles al señor marqués de Villamelón, comprendiendo que en asuntos conyugales sólo al marido toca hacer reclamaciones. Creemos, sin embargo, que el lance no tendrá consecuencias de ningún género, dada la prudencia proverbial de las personas interesadas.»

Otro periódico ministerial, «El Puente de Alcolea», completaba estas noticias con el siguiente sueltecito, en que no asomaba ya la manaza, sino la pataza del excelentísimo Martínez, descargando una coz digna de la formidable pezuña del legítimo «buey Apis»:

«Es completamente inexacto que el registro llevado a cabo por la policía en el palacio del señor marqués de Villamelón no produjese resultado alguno. El señor gobernador no erró la pista: tan sólo equivocó la pieza, y en vez de saltar la liebre saltó un venado».

Y más adelante añadía, describiendo el concurso de personajes ilustres que habían acudido al palacio de Villamelón en aquellos momentos críticos:

«Con gran asombro de todos, llegó también presuroso el señor marqués de Butrón, trayendo blanca por completo su poblada barba, negra de ordinario, como las alas del cuervo. No es creíble que el sentimiento y

el sobresalto del señor marqués fuesen tan grandes que le hicieran encanecer la barba de repente: creemos más bien que habría olvidado aquella mañana los secretos de alquimia de su tocador, sin duda por no tener presente la siguiente anécdota que le recomendamos:

Cuentan de Carlos V que, visitando una vez cierto convento de Alemania, vio un monje que tenía la barba negra y el pelo blanco por completo. Preguntóle la causa de tan extraño fenómeno, y el monje contestó:

--Señor... He trabajado más con la cabeza que con los dientes.

Presentóse algunos meses después al César un embajador polaco que tenía el cabello negro y la barba blanca. Recordó entonces Carlos la respuesta del fraile y dijo a sus cortesanos:

--He aquí un embajador que ha trabajado más con los dientes que con la cabeza.

Sea, pues, más cauto en lo sucesivo el ilustre diplomático, si no quiere que se haga sobre su persona la reflexión que sobre el embajador polaco hacía Carlos V».

Villamelón y Currita leyeron cada uno por su parte todas estas noticias y guardáronse muy bien de comunicarse mutuamente sus impresiones, pareciéndole a ella más prudente hacerse la sueca y a él más fácil hacerse el desentendido. El marqués, por su parte,

había ya desahogado  
su corazón en el perro amarillento de Kamschatka, y  
Currita se apresuró  
a desahogarlo también en la fina amistad de Juanito  
Velarde, que acudió  
muy alarmado a pedir categóricas explicaciones del  
hecho. La sola fecha  
de las cartas bastó para tranquilizarle por complet  
o, y este fiel amigo  
tomó entonces a su cargo acortar las distancias y e  
char a la mar  
pelillos, repitiendo al oído de uno y otro cónyuge  
la frase del pato de  
la fábula:

Paz, caballeros, paz.

Firmáronse, pues, estas sin grandes repugnancias, y  
aquella noche  
comieron los tres juntos en familia, para ir luego  
a casa del marqués de  
Butrón, donde Currita quería presentar a su amigo y  
protegido Juanito  
Velarde.

Mientras tanto, las gacetillas de \_La España con Ho  
nra\_ y \_El Puente de  
Alcolea\_ corrían por todo Madrid, entre las rechifl  
as, burlas y  
sarcasmos de tirios y troyanos, capuletos y montesc  
os. ¡Cosa singular!  
Los que con más ahínco clavaban el diente y más sat  
isfechos corrían de  
un lado a otro comentando la noticia, eran los ello  
s y las ellas que la  
tarde antes honraban a Currita en la Castellana com  
o a una reina y se  
aprestaban a honrarla del mismo modo aquella noche  
en el baile del  
marqués de Butrón; que no parece sino que en cierta  
s sociedades quita la  
envidia con una mano lo que la adulación da con la

otra, sin comprender  
que mientras más al desnudo deja la deformidad del  
ídolo que adora, más  
indecoroso y repugnante aparece el culto que le tri  
buta.

A las once, el calor y la afluencia de gente hacían  
ya insoportable la  
estancia e imposible el tránsito por los salones de  
l marqués de Butrón:  
hallábanse abiertas de par en par cuantas puertas y  
ventanas había en la  
casa, y más que concurso de gentes, parecía aquello  
un confuso revoltijo  
de joyas, plumas, flores, telas vistosísimas y muje  
res medio desnudas,  
entre las que se destacaban las manchas oscuras de  
los hombres,  
revolviéndose entre ellas sofocados y sudorosos, co  
mo un enjambre de  
gusanos negros que hubiera fermentado aquella compa  
cta masa de mundo,  
demonio y carne... En el gabinete más próximo al ve  
stíbulo, el marqués y  
la marquesa de Butrón recibían a sus convidados, vi  
endo desfilas con la  
misma amable sonrisa grandes nombres y grandes verg  
üenzas, inocencias  
completas y malicias refinadas, honras sin tacha y  
reputaciones  
escandalosas, barajadas y confundidas en aquella ca  
sa, sin disputa  
alguna noble y honrada, por la impúdica y funesta t  
olerancia de las  
grandes sociedades modernas.

A las doce menos cuarto llegó la condesa de Alborn  
o, imponiendo a todo  
el mundo su desvergüenza y su cinismo, haciendo fan  
go en el mismo cieno,  
según la enérgica expresión de un historiador antig  
uo. Venía apoyada en



el brazo de Juanito Velarde y caminaba a retaguardi  
a su marido. El  
marqués y la marquesa de Butrón salieron a su encue  
ntro, y mientras  
Fernandito les presentaba al adorado amigo, decía C  
urrita con su  
encantadora vocecita de niña tímida:

--¡Es un pícaro, Butrón, un pícaro!... No diré yo q  
ue sea un converso,  
pero es un catecúmeno que por primera vez se pone h  
oy nuestra enseña.

Y con su abanico de plumas señalaba la fiel partida  
ria de los Borbones  
el lacito azul y blanco que, una vez desechada la S  
ecretaría particular  
de don Amadeo, aparecía también en el frac de Juani  
to Velarde. Butrón  
estrechó la mano de este, murmurando algunas frases  
cortesas, y metiendo  
Currita la cabeza entre ambos con el descoco más in  
fantil del mundo,  
dijo muy bajito, saltando casi de alegría, con la p  
ueril vanagloria de  
la niña que pescara en una fuente un pececillo enca  
mado:

--¡Conquista mía, Butrón, conquista mía!... Ya ve u  
sted si me debe el  
partido...

Mientras tanto, la llegada de Currita había produci  
do un murmullo  
general y unísono en que se hermanaba la obscena ch  
ocarrería que con un  
guiño truhanesco cambiaron entre sí los lacayos del  
vestíbulo, con las  
pulcras y aceradas observaciones que se comunicaban  
al oído las damas  
más relamidas que llenaban los salones. Nadie, sin  
embargo, dejó de

apretarse y estrujarse por estrechar la mano de la heroína del día y alcanzar, aunque sólo fuera desde lejos, alguna de las sonrisas de sus labios que a diestro y siniestro iba prodigando.

Bailóse entonces, en honra suya, una especie de rigodón de honor, en que tomaron parte las damas más ilustres y los caballeros más empingorotados que se hallaban presentes. Butrón bailó con Currita, la marquesa con Fernandito, Juanito Velarde, como presentado de la heroína, con la duquesa de Astorga, una de las mujeres más sensatas y honradas que figuraban en la corte.

Creció la marejada al compás de aquel rigodón, comenzando a sublevarse los pudores de todas las que se creían con derecho a tomar parte en aquella honorífica cuadrilla.

El calor arreciaba con la mayor afluencia de gente, y muchas señoras se habían refugiado en un salón bajo que se prolongaba en un pequeño jardín también atestado de gente y vistosamente iluminado con farolillos a la veneciana. Varios lacayos con pelucas empolvadas y gran librea verde y amarilla, colores de la casa, cruzaban por todas partes, ofreciendo a la concurrencia, en grandes bandejas de plata, \_sorbetes a la Albornoz\_. Eran los famosos helados de naranja, servidos en la mitad de la cáscara de la fruta, artísticamente vaciada al efecto. Currita, impulsada por el repostero de Butrón, llegaba a las columnas de Hércules de la celebridad

femenina.

--¡Magnífico!--exclamó tomando uno la duquesa de Bara--. El pensamiento es oportuno... Curra simbolizada por un sorbete... No se puede dar imagen más completa de su frescura. ¿No es verdad, Diógenes?...

Diógenes acudió, arrastrando los pies, y se dejó caer en una silla.

--Estoy malo--dijo.

--¿Qué tienes, hombre?...

--¿Qué ha de tener?--dijo Carmen Tagle--. Lo que tienen las cepas: oidium...

Diógenes soltó una atrocidad, acompañada de la interjección favorita que solía emplear entre señoras, sustituyendo a otras más enérgicas: ¡Polaina!... Había merendado aquella tarde en San Antonio una ensalada de pepinos y se le habían indigestado algún tanto. Riéronse mucho las damas, entonando el consabido estribillo:--¡Qué cosas tiene!--y Carmen Tagle, para desagraviarle, le ofreció un sorbete diciéndole:

--Vamos, hombre... Tómate \_un Curra Albornoz\_ y te curas... No es más indigesta la ensalada de pepinos que el suelto de \_El Puente de Alcolea\_, y ahí la tienes a ella bailando tan fresca.

--¡Sí, es mucha Curra esa!--dijo lastimeramente una señora vieja,

avellanada, pringosa, que asomaba entre rasos y blondas, como en su papelillo calado un dulce de almíbar.

--Yo nunca creí que tuviera valor para presentarse aquí esta noche--observó otra.

--¡Bah!... A eso y mucho más llega su desvergüenza.

--¿Su desvergüenza?--preguntó Diógenes--. ¿Y por qué?

--¿Por qué?... Capaz serás tú de defenderla.

--¡Pues ya lo creo que la defiende!... ¡Su desvergüenza!... La desvergüenza de ustedes justifica la suya... Si vos otras la tenéis para recibirla, ¿por qué no la ha de tener ella para presentarse?...

--¡Vaya!--exclamó escandalizada la marquesa de Lebrija, presidenta general de tres asociaciones piadosas--. Yo quisiera que me dijera usted qué se hace entonces en Madrid con esa clase de personas...

Miróla Diógenes de hito en hito, y con la procacidad de su vergüenza de su lenguaje de taberna, con la inexorable lógica de su profundo buen sentido, contestó al cabo:

--¡Cerrarles a piedra y lodo la puerta, o no quejarse, señora mía!... ¡Polaina!... Si levanta usted la tapa del común, ¿con qué cara viene a quejarse luego de que apeste?...

--X--

Se ha dicho que la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde a la virtud, y es igualmente cierto que la falsa idea de l honor es un acatamiento que los bribones hacen a los hombres de bien, esclavos del honor verdadero. Este es un hijo humano de la moral divina del Evangelio; aquel, una teoría convencional dictada por la moral acomodaticia de los pícaros y los necios; aquel defiende, cual una coraza de brillante acero, la pureza del alma y la rectitud de la conciencia, y este pretende defender con la celada de Bayardo al gran polichinela social, revestido de todas las miserias y todas las ridiculeces humanas.

De aquí que el honor, según estos, nunca pueda perderse, y se ofenda con razón el embustero porque le digan que miente, y el ratero pida una satisfacción al que le acusa de robo, y el presidiario que arrastra una cadena pueda llevar al campo del honor al juez que se la ha impuesto. De aquí también que la sangre que mancha la conciencia lave el honor hasta dejarlo limpio, y sean llamados a resolver casos de honra hombres que jamás conocieron la vergüenza: Eacos, Minos y Radamante, vacíos de mollera o cargados de picardías, que sólo por deficiencias del Código no llevan otra cadena que la que les sujeta el reloj e

n el chaleco. De aquí  
también que la condesa de Albornoz tuviera así mismo su cachuco de honor, y se lo hubiera herido profundamente el suelto de \_La España con Honra\_.

Hay personas que padecen una especie de estrabismo moral que les hace ver lo flaco donde está lo gordo, y lo gordo donde sólo lo flaco existe. Villamelón no vio otra cosa que le llegara al alma, en el registro de la policía, sino el que le hubiesen roto dos cristales de la mampara, y dio orden de que jamás se compusiesen, recordando que Wellington nunca reemplazó los de su casa, rotos por el pueblo de Londres, un día que este se olvidó de Waterloo; todo lo demás echábalo él en el montón de las bagatelas enojosas, indignas de ocupar la atención de un hombre serio, de las \_pequeñeces\_ de una sociedad corrompida y etiquetera, que rotulaba con la manoseada frase de \_cuestiones bizantinas\_.

Currita, por su parte, tampoco halló otro motivo de ofensa en lo que acerca de su persona publicaban los periódicos, que aquella coletita de \_La España con Honra\_: «Creemos, sin embargo, que el lance no tendría consecuencias, dada la prudencia proverbial de las personas interesadas».

Tenía Currita puesta la celada de Bayardo sobre su fama de mujer a la moda, y esto iba a pegarle en la cimera, a herir directamente su honor,

significando, como significa en sustancia, que era ella una Jimena sin ningún Cid que la defendiese; atroz insulto, ofensa imperdonable hecha a una dama que sobrepujaba en celebridad a cuantos to reros, cantantes, saltimbanquis, pulgas industriosas y monos sabios h abían hasta entonces alcanzado fama en la corte.

--¡Lo veremos!--dijo la fiera Albornoz, y nombró al punto paladín de su causa a su buen amigo Juanito Velarde.

Larga entrevista celebraron ambos a solas hasta bien entrada la noche, y al despedirle Currita en la puerta del \_boudoir\_ dí jole con suaves mimitos:

--Conque quedamos en que yo encargaré el almuerzo en Fornos... y habrá \_écrevisses à la Bordelaise\_...

Velarde hizo una mueca que parecía una sonrisa, y siguió adelante: detúvose en la puerta del salón y volvió la cabeza. Hízole entonces ella otra cariñosa señal de despedida, y él salió al fin lentamente, preocupado, como si le arrancasen de allí a la fuerza.

La noche estaba hermosísima, y Velarde siguió a pie por las extraviadas calles que llevaban al palacio de Villamelón, tropezando a cada paso con los humildes vecinos de las buhardillas y sotabancos, que tomaban el fresco sentados en las aceras. Presto llegó a la Plaza de Oriente, dio dos vueltas en torno del jardín circular y sentóse

al cabo en un banco,  
frente al palacio.

Por la puerta del príncipe salía un chorro de luz vivísima, que cortaba con un gran rectángulo las negras sombras del adoquinado; a su reflejo distinguíanse los centinelas, armas al brazo, a la puerta de sus garitas; gentes de medio pelo, soldados y criados de servicio, por ser aquel día domingo, poblaban los jardines, ya sentados, ya paseando; algunos grupos de chiquillos trasnochadores corrían de acá para allá con gran algazara, riéndose porque se caían, riéndose porque se levantaban, riendo siempre con esa alegría de la infancia, espontánea y comunicativa, que recuerda la alegría de los pájaros cuando saludan al alba. Una rueda de niñas gritaba al lado mismo de Velarde, cantando acompasadamente:

Luna, lunera,  
Cascabelera,  
Dame dos cuartos  
Para pajuela...

Él, extraño a todo, con ambos codos apoyados en los muslos, dibujaba caprichosas figuras en la arena, con su elegante \_rotén\_ con puño de malaquita... Al amanecer del día siguiente debía de batirse con el director de \_La España con Honra\_; así se lo había exigido Currita, ávida siempre de ruido, confundiendo la voz de la celebridad con los gritos del escándalo, creyendo que aquel desafío había de colocar la



única perla que faltaba a la corona merecida de su última escaramuza. En vano le hizo presente Velarde el ridículo inmenso que atraería aquel duelo sobre Villamelón, sobre ella, sobre él mismo; había ya Currita tirado su programa, y su espíritu inquieto, arrastrado siempre por mil objetos que le atraían sin satisfacerle, habíase fijado en aquel duelo que ansiaba ver realizado con esa fuerza expansiva del vapor comprimido que caracteriza los deseos en las almas de temple enérgico.

¿Acaso tenía ella la culpa de que Villamelón fuese un Juan Lanús?... ¿Iba a dejar ella que un periodistilla cualquiera se riese de su aislamiento?... ¿Sería capaz de abandonarla en aquel trance, él, su único amigo, el hombre en que había puesto su amistad y su confianza?... Y, por otra parte, la suerte de ambos estaba ligada y erales necesario, desde luego, hablar gordo a aquella gentuza: a ella, para que entendiesen de una vez para siempre que sabía hacerse respetar; a él, porque era muy joven, comenzaba su carrera en el mundo, y ningún paso más acertado, ningún exordio más oportuno que poner el pie en esta senda erizada de peligros, descalabrando a un periodista; que no en balde se ha dicho:

En aquesta salvaje y fiera liza,  
Lleva más razón quien más atiza.

Además, ella no pedía ninguna catástrofe, ningún duelo a muerte;

contentábase con un poco de ruido, un duelo de moji  
ganga como tantos  
otros: cruzar un par de tiros e irse después a almo  
rzar en Fornos...  
Ella se encargaba del almuerzo y haría poner, desde  
luego, \_écrevisses à  
la Bordelaise\_, que era, en sus días de broma, el p  
lato favorito del  
buen Juanito Velarde. ¿Acaso podía darse atención m  
as exquisita? ¿Por  
ventura había en todo aquello algo de particular?..  
.

--¡Nada, absolutamente nada!--pensaba el paladín tr  
azando monigotes en  
la arena; pero ante la perspectiva del duelo, ante  
la idea de cruzar un  
par de tiros, parecíale oír ya el estampido de las  
armas de fuego; y a  
este eco siniestro surgía en su mente el fantasma d  
el crimen, primero;  
el de la muerte, después; el del infierno, por últi  
mo, donde no hay  
reposo ni paz, ni descanso, ni esperanza, sino eter  
no llanto, eterno  
crujir de dientes, eterna rabia. Velarde quiso reír  
se de esta idea que  
había oído llamar tantas veces espantajo de niños y  
de viejas; mas la  
risa volteriana no encajaba entonces en sus labios,  
y se reía, sí, se  
reía, pero sintiendo al mismo tiempo en la raíz del  
pelo cierta especie  
de molesto escalofrío. Porque aquel hombre no era u  
n malvado: era un  
pobre muchacho lleno de ilusiones a quien la vida d  
el gran mundo se le  
subía a la cabeza, como se sube un vino de mucho cu  
erpo en un estómago  
acostumbrado sólo al agua. Al llegar de su provinci  
a, trayendo por todo  
patrimonio algo semejante a lo que el antiguo fuero

de Vizcaya asignaba a los segundones de casas nobles, un árbol, una teja y una armadura, encontróse de repente en medio de aquel brillante mundo, cuyas puertas le franqueaba su ilustre nombre, y parecióle entonces, como a Galo en Roma, que detrás de aquella asamblea de dioses nada había ya. Quiso entonces tomar en ella asiento por derecho propio, y la casualidad y su bonita figura le depararon a Currita, Angélica a la sazón vacante, a quien plugo darle en su casa el destino de Medoro. Diole esto gran importancia a Velarde, y agarrado a las faldas de Currita y a los faldones de Villamelón, fuese introduciendo en todos los salones de la corte, mientras se preparaba a entrar con algún brillante destino en aquel Palacio real que tenía delante, prefiriendo su vanidad y su haraganería la vida aparatosa del palaciego a la vida activa del político. Así se lo prometía Currita a todas horas, y así se lo había prometido la noche antes el marqués de Butrón, el astuto viejo que barría para dentro en los tiempos de desgracia, mientras no llegaba la hora de barrer para fuera, que sería seguramente la hora del triunfo.

Velarde dejó de mirar a la tierra para mirar al Palacio que tenía delante, morada del monarca cuyo secretario particular había estado a punto de ser... ¡Qué fastidio tener que esperar de nuevo tanto tiempo!... Porque preciso era que se fuese \_aquel\_ y que viniese después

el otro, y mientras tanto, ¿quién sabe?... ¡Quizá a  
lguno de aquellos  
tiritos que iban a cruzarse vendría a hacer trizas  
el cántaro de la  
lechera que Currita y Butrón le ayudaban a fabricar  
!...

De repente vino a interrumpir sus reflexiones un vo  
zarrón juvenil que  
resonaba a su lado, modulando entre sus discordante  
s notas todas las  
delicadezas del cariño y la ternura.

--Pero ajonde usted, madre--decía--. ¡Si es que no  
coge usted náa!...

Velarde volvió la cabeza y vio un aguaducho a su es  
palda: sentados a una  
mesilla de hierro había un muchachote que parecía u  
n obrero y una vieja  
que era sin duda su madre. Un vaso de horchata hela  
da de chufas estaba  
en medio, y ambos metían dentro la cuchara, tragánd  
ose él con delicia  
cuanto salía, mirándole ella con plácida sonrisa y  
mojando apenas su  
cuchara, como si le dejase a él saborear a sus anch  
as la golosina y le  
bastase a ella saborear la dicha inmensa de ser aqu  
el un obsequio del  
hijo de su alma.

Velarde comprendió al punto todo lo que aquello sig  
nificaba, el valor  
inmenso de aquella dicha comprada por ocho cuartos,  
y una oleada de  
afectos y sentimientos dormidos se levantó entonces  
de su corazón,  
poniéndole de repente delante todo el pasado, con l  
a amargura del bien  
por nuestra culpa perdido, con la poesía que revist  
e en la mente de la

juventud todo recuerdo, con ese vago hormigueo de sombras queridas que despiertan en la imaginación toda época lejana... En medio estaba su madre, cuyo primogénito era, y en torno sus hermanos pequeños, llorando todos, como los había dejado él tres años antes al darles el último abrazo. Ella le había estrechado entonces contra su corazón con delirio, con fuerza increíble, como si quisiese incrustarle a él en el pecho todo lo que le amaba o quisiera incrustarse en el suyo propio aquella imagen tan querida; su frente ya arrugada descansaba en su hombro, y sus labios temblorosos le dijeron al oído:

--¡Juan, hijo mío!... ¡Que seas buen cristiano y reces a la Virgen de Regla!... ¡Que te acuerdes de tu padre, que murió como un santo!... ¡Te lo digo, hijo, te lo digo; lo sé, lo sé, que no puede morir bien quien no vive como cristiano!...

Y luego, más tarde, allá por la madrugada, cuando por reocupado él con su viaje cerraba las maletas en su cuarto, oyó en el silencio de la noche moverse la llave en la cerradura: salió al punto y encontró a su madre a medio vestir, descalza, que venía cautelosamente de puntillas a mirar por el ojo de la llave.

--¿Qué es eso, mamá?... ¿Tiene usted algo?

--No, hijo, nada; no tengo nada... ¡Es que quería verte otra vez, hijo del alma!... ¡Es que te vas mañana!...

Y volvió a decirle al oído, llorando, con la energía de la fe que ofrece un remedio seguro, con la angustia del amor que se agarra a una esperanza:

--¡Que reces a la Virgen de Regla, Juan!... ¡Que seas siempre buen cristiano, hijo del alma!

Velarde sintió vergüenza de sí mismo, y la ola misteriosa subió, subió del corazón a los ojos, hasta hacerle llorar, con la cabeza entre las manos, llorar a lágrima viva, llorar también sollozando, con más debilidad que una mujer, con más pavor que un niño. .. ¡Su madre sí que le adoraba!... ¡No le aconsejaría ella cruzar un par de tiros, ofendiendo a Dios; ponerse delante de una bala con riesgo de perder la vida, con riesgo de perder el alma! ¡Y se habían pasado ya tres años sin verla!... ¡Y estaba tan lejos la santa viejecita! ¡Y acababa él, ingrato y perverso, de dejar pasar cerca de dos meses sin escribir una letra a la pobre anciana!...

Velarde sintió la necesidad de escribirle al punto, de vaciar en un papel aquel cariño, aquella angustia, aquellas lágrimas que le asfixiaban, y a grandes pasos tomó el camino de su casa, repasando lo que había de decirle, hilvanando una carta llena de cariño, de protestas, de esperanzas halagüeñas, de todo lo que a ella más le gustara... ¡Celebraba ella tanto sus gracias! ¡Cuán

to se había reído  
veinte años atrás, cuando explicándole un día el catolicismo, se espantaba  
él de que fueran sólo tres los enemigos del alma!

--¿Náa más?--decía muy asombrado, y la madre se reía, se reía... ¡Dios mío! ¡De qué manera tan distinta se reía él veinte años después, en medio de sus lágrimas!... ¡Ay! ¡Entonces tenía él seis años, y preciso fue que pasaran otros veinte para hacerle comprender que eran sólo tres en efecto, y que con ellos solos bastaba y sobraba! ...

A la mitad de la calle del Arenal comenzó a seguirla un muchacho, empeñado en venderle un décimo de la lotería.

--¡Mañana se juega!--gritaba.

Velarde lo rechazó por dos veces impaciente, dándole la última vez un palo; mas variando de pronto de opinión, volvió atrás y le compró, no sólo el décimo, sino el billete entero. ¡Si aquel billete saliese premiado, cuántas cosas había de hacer entonces!... Y pensando en ello y haciendo combinaciones, llegó Velarde al final de la calle del Príncipe, donde estaba situada su casa: pidió luz y se encerró en su cuarto. En un cajón de su escritorio estaba en un cuadrado la estampa de la Virgen de Regla que el día de su marcha le había regalado su madre; púsola en pie, delante de sí, apoyada en el tintero, y comenzó a escribir, a escribir, y se llevó dos horas escribiendo... Estaba contentísimo; sus negocios

marchaban muy bien, y la Restauración era cosa segura. La condesa de Albornoz...

¡Oh, no, no, no!... ¡Imposible que figurara aquel nombre en aquella carta!...

Borrólo, pues, con apretadas y menudas tachaduras, para que no pudiera entenderse, y puso en su lugar el marqués de Butrón... El marqués de Butrón le había asegurado que no tardaría un año, y prometido para entonces un porvenir brillantísimo. Esta sería la ocasión de pensar en el de los niños: Enrique y Pedro podrían venirse con él a Madrid, y Luisito, el chiquitín, su niño querido, su ojito de recho, podría quedarse allí hasta que se graduara de bachiller... Pero de esto ya hablarían despacio, porque pensaba... ¡Ah!, pensaba... ¿No lo había ella adivinado?... ¿El corazón no se lo había dicho? Pues pensaba ir a pasar con ellos todo el mes de agosto y quedarse allí hasta el 8 de septiembre, para hacer con toda la familia la novena de la Virgen de Regla... Luego venían las preguntas sin fin, después los encargos sin cuento, y, a lo último, el trueno gordo, lo que había de hacer estallar de gozo y de consuelo el corazón de su pobre viejecita... El día 3 de julio, aniversario de la muerte de su padre, iría a confesar y comulgar, para solemnizar en lo posible aquella tristísima fecha.

Y conforme lo iba escribiendo, así lo iba pensando



el desdichado,  
pidiéndole al mismo tiempo a la Virgen de Regla que  
le sacara en bien de  
aquel par de tiritos que a la mañana siguiente habí  
an de cruzarse...  
Porque, claro está, que en aquello estaba ya su hon  
or interesado: era  
negocio resuelto, pecado cometido de que le era ya  
imposible excusarse.

Echó entonces él mismo la carta en el correo, y a l  
as dos se acostó sin  
desnudarse del todo, para descansar hasta el alba.  
El cansancio de la  
noche precedente, pasada en el baile del marqués de  
Butrón, le rindió  
bien pronto y durmióse al fin pensando en su madre,  
que le llevaba de la  
mano, como cuando era niño, al santuario de la Virg  
en de Regla,  
encaramado sobre un peñasco, dominando el mar que s  
e confunde en el  
horizonte con el cielo, como si fuese imposible pre  
sentar dos imágenes  
distintas del infinito, y vuelve después, soberbio  
siempre y constante,  
a estrellarse contra las rocas de la costa, mugiend  
o como una  
desesperación eterna e impotente...

A las cuatro despertó Velarde despavorido, porque s  
u criado le sacudía  
bruscamente por un brazo: habían llegado dos señore  
s en un coche, y se  
espantaban y no podían creer que estuviese dormido  
todavía. Vistióse  
apresuradamente, bajó azorado, aturdido, y entró co  
n ellos en el coche;  
y este comenzó a rodar, sin que él se diese cuenta  
de lo que hablaban,  
ni de lo que le decían, ni del camino que tomaban,  
ni pudiera definir

otra cosa en su mente que un cartel de toros pegado en la esquina de la casa de Alcañices y un guardia que, al pasar ellos, abría la verja del Retiro, con grandes patillas blancas, iguales a las de Diógenes. ¿Por qué tendría aquel hombre patillas y no bigote?... Esto le preocupó un momento, y volvió a acordarse de ello cuando, una hora después, se detenía el coche a la entrada de una inmensa alameda formada por árboles frondosísimos, en que miles y miles de pájaros cantaban en todos los tonos las maravillas de Dios... Había allí un hombrecillo con patillas ralas y gafas de oro, tan pálido como él, tan azorado y tembloroso, con otros dos señores muy serios. Parecióle a Velarde que hablaban entre sí, y medían el terreno, y le daban a él una pistola y otra al hombrecillo, y los ponían a los dos frente a frente. Sonó luego una palmada, después un tiro... Velarde dio un salto atroz y un alarido horrible, y árboles, montes, tierra y firmamento giraron bruscamente derumbándose sobre él para aplastarle: cególe después una nube de sangre, luego otra negra, y después nada... nada más vio en la tierra...

Sólo vería en lo alto a Jesucristo, vivo y terrible, que se adelantaba a juzgarle, y detrás la eternidad, oscura, inmensa, implacable.

La noticia de la muerte de Velarde llegó a Madrid a  
l punto, y la condesa  
de Mazacán fue la primera que se presentó en casa d  
e la Albornoz con la  
intención dañadísima de darle la triste nueva. Inmu  
tóse Currita  
atrozmente, y por un momento pareció que el mundo e  
ntero se le venía  
encima.

--En Madrid ha hecho esto una impresión horrible--d  
ijo la Mazacán  
apretando el torniquete--; todo el mundo habla de s  
u pobre madre: era él  
su único amparo...

Currita comprendió el terrible reproche que esta in  
tencionada  
observación encerraba, y sin tiempo para reflexiona  
r, y convirtiendo en  
ira contra los demás el propio remordimiento, achaq  
ue común de todos  
los mezquinos, olvidóse de su suavidad y mansedumbr  
e, y se revolvió  
furiosa, como una gata arisca a que pisan el rabo;  
en la impetuosidad de  
su ira, cometió la imprudencia de disculparse:

--¿Y qué tengo yo que ver con eso?--gritó--. ¿Acaso  
le he dicho yo que  
se bata? ¿Quién le mandó meterse en camisa de once  
varas?... También el  
papel de don Quijote tiene sus quiebras, hija mía..  
.

--Y las tuyas el de Dulcinea del Toboso, querida--r  
eplicó la Mazacán  
comenzando a sulfurarse.

--¡Ya lo creo que las tiene!... Sobre todo cuando s  
e atraviesa lo que yo

me sé...

--¿Y qué es ello?...

--La envidia, hija, la envidia.

--¿La envidia?... ¿De quién?...

--Tuya, por ejemplo.

La Mazacán saltó a su vez hecha una hiena, porque el tiro fue a dar en el blanco.

--¿Mía?...--gritó--¿Yo... envidia... de ti? ¿De la Villamelón? ¿De la Vi... lla... me... lo... na?

Y se reía con una carcajada en que iban envueltos todos los rencorcillos mujeriegos de tiempos atrás almacenados, mientrasacentuaba las sílabas de aquel Vi... lla... me... lo... na, que era, por una extraña manía, el mayor insulto que podía hacersele a Currita.

Entonces comenzó entre la espiritual Ofelia y la Diana cazadora una contienda digna de tener a Pedro López por cronista. Peleáronse como dos rabaneras, lanzáronse a la cara verdades y calumnias, puñados de fango amasado con agua de Colonia, con el desparpajo y el encono de dos Marfisas o Bradamantes de cabo de barrio, dispuestas a agarrarse por el moño y rodar por la mullida alfombra, lo mismo que ruedan las otras por en medio del arroyo. La Mazacán había roto los guantes apretando los puños y daba gritos con su hermosa voz de soprano. La otra, tiesa en su

asiento, erguida la cabecita como la de una víbora que se defiende, escupía sus desvergüenzas sin moverse, sin mirar a ninguna parte, como una figurilla de ira petrificada.

En mitad de la contienda aludió Isabel Mazacán a las cartas del artillero, y este recuerdo trajo otro a la memoria de Currita, que pareció causarle grande sobresalto. Marchóse atropelladamente dejando a su rival con el insulto en la boca y corrió en busca de Kate, su doncella. Juanito Velarde debía de tener una porción de cartas suyas y era preciso recogerlas sin pérdida de tiempo antes de que fuesen a parar a otras manos y resultase algún compromiso como el de marras. Kate subió apresuradamente a un coche, y una hora después entregaba todas las cartas a su señora: entre ellas venía por equivocación el billete de la lotería que la noche anterior compró Juanito Velarde al retirarse a su casa. ¡Extraña burla de la suerte! Aquel billete estaba premiado con 15.000 duros, que, después de tirar muy despacio sus planes, se apresuró a cobrar la condesa de Albornoz secretamente.

Madrid entero comenzó a desfilarse otra vez por casa de Currita, dándole el pésame por aquella desgracia, con uno de esos cinismos de que ofrece la corte frecuentes ejemplos... Ella estaba pasada de pena; había sentido en el alma la muerte de aquel pobre muchacho, tan simpático, tan cariñoso, apegado como un perro a Fernandito y a ella... El golpe había

sido atroz, y se encontraba mala de resultas; porque ella no sabía nada, nada... ¡Claro está! Habíase guardado muy bien el pobre cillo de decirles una palabra a Fernandito y a ella, comprendiendo que, por delicadeza le impedirían, desde luego, semejante disparate... Porque, después de todo, había sido aquella una impertinencia de bonísima intención; una de esas pruebas de amistad que se prestan a interpretaciones a pesar de su heroísmo, y llegan hasta a ofender el decoro... y por otra parte, traía aquello una cola larga, larga, que les era muy gravosa...

Aquí bajaba Currita la voz, y añadía en el mayor secreto al oído de los charlatanes y charlatanas de profesión que más fama de ello gozaban en la corte:

--Figúrese usted que esa pobre gente no tiene fortuna y la madre queda en la miseria... Yo no la conozco; pero claro está que es cuestión de delicadeza... Por eso Fernandito y yo hemos tenido que hacer un sacrificio, y ya están depositados en el Banco de España 15.000 duros para que esa infeliz cobre la renta...

Y así era, en efecto: Currita había depositado en el Banco de España los 15.000 duros ganados a la lotería por Velarde, y escrito luego una carta a la madre de este, dándole el pésame por la heroica muerte de su hijo y lamentándose de aquel duelo a que su excesiva caballería le había arrastrado. Añadía después, con un rodeo no exent

o de habilidad ni de ficticia delicadeza, que siéndoles conocidas las circunstancias de su posición a su marido y a ella, querían ambos demostrar la amistad íntima que con el simpático Juanito les unía, ofreciéndole a ella una renta y un capital que quedaban depositados en el Banco de España y cuyos resguardos le enviaba adjuntos.

Y una vez terminada esta carta, Currita se encogió de hombros y se quedó tan fresca.

Mientras tanto, nadie se cuidaba de preparar a aquella pobre madre para el golpe atroz que la amagaba; y feliz ella con la carta de Juanito, disponíase, con la exagerada previsión del cariño que se complace en forjar necesidades que no existen, por el solo gusto de ponerles remedio, a preparar las habitaciones de aquel hijo querido que, no obstante su ingratitud y sus defectos, se le presentaba entonces como el modelo más acabado de amor de hijos. Nada hay tan dispuesto a perdonar como el corazón de una madre, ni nada tampoco como la ausencia para borrar de la memoria los defectos de las personas queridas, y poner sólo delante sus buenas prendas y los momentos de dicha debidos a su cariño.

Entró, pues, en aquellas habitaciones cerradas tres años hacía, santuario de su amor de madre que ella sola visitaba, y comenzó a disponer lo que había de retirarse, lo que había de sustituirse y lo que

se había de añadir, para que nada faltara al huésped y encontrase allí satisfechas las nuevas necesidades que hubiese adquirido en la corte. Anunciáronle, entonces, la visita del párroco, y ella bajó algún tanto extrañada, porque era la hora intempestiva por todos conceptos. El buen señor había leído en los periódicos la terrible catástrofe, y corrió desolado a casa de la infeliz madre para prepararla poco a poco, antes que algún indiscreto le diera la noticia de un golpe.

Con mil angustias y rodeos, y sin saber él mismo lo que se decía, comenzó su triste tarea, viniendo a decirle al cabo que su hijo estaba enfermo en Madrid y muy grave.

La pobre mujer saltó de la silla blanca cual un papel, extrañada y casi irritada como si fuese aquello una broma horrible que le vinieran a darle.

--¡Imposible!--gritó--. ¡Si me escribió ayer! ¡Si tengo yo aquí la carta!...

Y daba vueltas como loca por el cuarto buscándola, y la puso abierta ante los ojos del cura, temblando como una azogada, con los ojos desencajados, sintiendo horribles escalofríos que le comenzaban en la nuca y le seguían por toda la espalda.

--¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted?...--decía--. Y viene por el mes de agosto... hasta la Virgen de Regla... Y el día 3 se va a confesar...



¡No, no, imposible que se muera! ¡Hijo de mi alma!..  
..

Acudieron los tres chicos y las dos criadas, demudados todos, presintiendo, al oír los gritos de su madre, después de la entrada del cura, alguna espantosa catástrofe. Este le tomó la carta, y comprendió por la fecha que la había escrito el desdichado algunas horas antes de su muerte.

--Por desgracia, mis noticias son posteriores--dijo --. Después de escrito esto, le atacó una apoplejía fulminante, y está muy grave... muy grave.

--¡Jesús del alma!... ¡Virgen de Regla!--exclamó la madre; y clavando su mano en el brazo del cura e hincándole los ojos en la cara, le preguntó con los labios blancos:

--¿Y se ha confesado?... ¿Sabe usted si se ha confesado?

El cura no respondió, y ella volvió a repetir la pregunta, sacudiéndole el brazo.

--¡Su alma, señor cura, su alma sobre todo!--exclamaba con angustia que hubiera roto un corazón de piedra.

Preciso fue decirle que nada se sabía de aquello, y ella dominó de repente su dolor, poniéndose a dar órdenes para marchar a Madrid aquel mismo día, en aquel mismo momento; órdenes secas, lacónicas,

terminantes, crujidos de su dolor inmenso que aguijoneaba la  
impaciencia... El correo pasaba a las cuatro, y necesitaban dos horas de  
coche para llegar a la primera estación de la vía férrea. Enrique  
vendería con ella; Pedro, a un gesto de su madre, corrió al parador a  
encargar un coche; las criadas salieron a disponer las maletas; Luisito,  
el chiquitín, comenzó a llorar; su madre le besó en la frente.

--No llores--le dijo.

Ella no derramaba una lágrima: asustado el cura, quería detenerla.

--Pero si no alcanza usted el tren--le decía.

--Se pone un especial.

--Eso cuesta muy caro.

--Tengo diez mil reales en casa... Y si no, se vende todo... Se pide limosna.

--Pero, señora, espere usted...

--¿Y su alma, señor cura, y su alma?--gritaba ella con \_los ojos\_ muy  
abiertos--. ¿Acaso esperará la muerte?... ¡Y estará allí solo..., solo,  
el hijo de mi vida, sin su madre que le haga confesar, que le ayude a  
bien morir si Dios le llama, que le cierre los ojos y le acueste en la  
tierra!...

Volvió Perico demudado, temblándole las manitas, queriendo sonreír y no

pudiendo... La voz le faltaba: no había llegado al  
parador. ¿A qué  
correr tras la desdicha, si salía al encuentro la e  
speranza?... En el  
camino habíale dicho Martín Romero que él tenía not  
icias que Juanito  
estaba mejor, casi bien del todo...

--¿Lo ve usted?... ¿Lo ve usted?--gritó la madre tr  
iunfante.

Y tuvo una explosión de alegría formidable, rompien  
do a reír  
violentamente y entrecortando su risa con profundos  
sollozos sin  
lágrimas.

El cura se apresuró a desmentir aquella falsa nueva  
, hija de una  
compasión estúpida, y preciso fue ya decirle de una  
vez que su hijo  
había muerto... Pero el cura se detuvo allí espanta  
do y no tuvo valor  
para decirle cómo ni cuándo.

Ella recibió el golpe encogiéndose, retrocediendo,  
oscilando, dejándose  
caer en una silla, sin voz, sin pulso, sin alientos  
, sin lágrimas,  
meneando la cabeza y agitando los labios como una i  
diota, llevándose  
ambas manos al corazón, donde sentía algo que se le  
moría de pronto,  
cierta cosa helada y terrible como debe de ser la m  
uerte...

El cura lloraba como un niño y procuraba consolarla  
: ella le escuchaba  
con los ojos fijos y enjutos, como se escucha un vi  
ento que brama, sin  
comprender lo que dicen sus mugidos que aterran, pe  
ro sabiendo bien que

traen consigo el rayo y la tormenta. Sus hijos se arrojaron en sus brazos llorando, y al contacto de aquellas tres cabezas despertó su corazón de madre, desgarrándole el pecho un sollozo inmenso, y encontrando al fin su dolor una salida, un alivio, un consuelo: ¡las lágrimas!...

Todo el mundo en el pueblo respetó aquella pena sin medida, y nadie tuvo valor para referirle los horribles detalles de la muerte de su hijo. Mas a los tres días llegó la carta de Currita, y allí los encontró todos juntos la mísera anciana.

Su instinto de madre le hizo adivinar cuanto allí había, y sin proferir una queja ni desplegar los labios lívidos por el dolor y la ira, hizo pedazos los resguardos del Banco, los metió en un sobre con la carta que los acompañaba y lo devolvió todo a la condesa sin añadir una sola letra.

Quedóse esta estupefacta al recibir aquella extraña respuesta, y se encogió de hombros murmurando:

--Será alguna vieja rara... ¡Vaya usted a ver: una cosa hecha con tanta delicadeza!

Y quedóse luego muy pensativa, porque no sabía qué hacerse con aquellos 15.000 duros que había pretendido regalar a su legítima dueña. Sus escrúpulos de \_Zapirón\_ se resistían a embolsárselos del todo, y el

recto tribunal de su conciencia le aconsejó entonces emplearlos en alguna obra benéfica. Ocurriósele dar un gran baile, una fiesta ruidosísima y brillante, a beneficio de los niños de la Inclusa, pero la estación estaba ya muy adelantada; todo el mundo había creído asfixiarse pocas noches antes en el baile de Butrón, y ella debía también emprender al fin de semana su viaje a Bélgica. Entonces tuvo una idea felicísima: hacer con aquel dinero un espléndido donativo al papa Pío IX, cuando fuera a visitarlo a Roma, a principios de otoño. Entusiasmóle por completo este pensamiento, que acababa sus escrúpulos y satisfacía su vanidad, imaginándose ver ya en todos los periódicos de Europa pomposos elogios tributados a la piadosa munificencia de la excelentísima señora condesa de Albornoz.

Aquella noche llegó María Valdivieso muy animada, cerca ya de las nueve... Era preciso, indispensable y urgentísimo que Currita se viniese con ella al Circo del Príncipe Alfonso... \_Debutaba\_ Miss Jesup, una \_diva\_ monísima hija de un general yanqui. Había venido recomendada a Pepa Alcocer y a otras varias de la Grandeza; Paco Vélez se lo había dicho.

--El lunes pasado, justamente el día que murió Vela rde, cantó en casa de Alcocer el rondó final de \_Cereréntola\_... ¡Chica! En mi vida he oído cosa igual: va a tener un succés asombroso... Conqu e vístete y vámonos,

que no quiero perder el aria final del primer acto.  
.. ¡Chica! ¡Qué gran  
verdad aquella!... Yo me la apropio.

Y se puso a cantar con malísima voz y detestable oído el

Sempre libera deggio  
Transvolare di gioia in gioia

de la *Traviata*, ópera a la sazón muy en boga y es cogida por Miss Jesup para presentarse por primera vez en la escena madrileña.

--¡Ay, no, no!--dijo Currita muy displicente--. No tengo ganas de ópera.

--Pero, mujer... ¿Te vas a enterrar en vida?... Tres días hace que no sales.

--Y además, ya tú ves, de luto...

--¡Pero si llevas ya cinco días!... ¿A cuándo aguardas para dejarlo?... No me lo hubiera yo puesto diez minutos por Juanito Velarde, porque por más que tú digas, era muy soso, hija, muy sosito.

--Entonces, me pondré esta noche medio luto... Justamente tengo un vestido sin estrenar, blanco y negro; es bonito, pero no creo que pueda servir para otra cosa.

--Pues aprovecha la ocasión, tonta... Pero anda lista, que es muy tarde.

Y ella misma se levantó para tirar de la campanilla y dar a Kate las órdenes necesarias.

Currita se vistió en breve tiempo, y mientras tanto  
dábale conversación  
la Valdivieso, ponderándole la voz y la hermosura d  
e Miss Jesup y lo  
bien que había estado Stagno la noche anterior en \_  
Un ballo in  
maschera\_, sobre todo en el aria final, cuando lo a  
sesinaban. Paco Vélez  
se lo había dicho.

--Oye, y a propósito de muertos... ¿Te contestó ya  
la madre de Velarde?

--Justamente hoy he tenido carta... Por cierto que  
debe de ser una vieja  
rara...

Kate se permitió interrumpir a las dos primas, preg  
untando si la señora  
condesa llevaría guantes blancos o negros.

--¿Qué te parece, María?

--Los blancos irán bien...

--Me parece que caerán mejor los negros.

--Traiga usted un par de cada color y lo veremos.

--Pues sí; debe de ser una vieja rara... Figúrate q  
ue se niega a recibir  
la pensión.

--¡Jesús, mujer, qué rareza!

--Lo que oyes... Me escribe una carta muy agradecid  
a, muy altisonante,  
con su poquito de deberes morales y de Providencia  
divina, y concluye  
diciendo que nada necesita y que todo le sobra.

--Pues mejor para ti... Eso más te encuentras.

--Sí, pero ya tú ves; yo tenía hecho ya por el pobre Juanito ese sacrificio, y no porque la doctora de su madre se niegue me voy a volver atrás... Por eso he pensado, cuando vaya a Roma por octubre, hacer el donativo de esos 15.000 duros al Padre Santo, para que le conceda indulgencias...

María Valdivieso se quedó muy edificada, y las dos primas salieron, cogiendo Currita, distraída con la conversación, un guante blanco y otro negro. Echó de ver su error al ir a ponérselos, ya cerca del teatro, y quiso volver a su casa para cambiarlos. Mas la Valdivieso, riendo como una loca, le dijo:

--Pero, mujer, no seas tonta, pónelos... Lo tomarán por una originalidad, y mañana tienes ya la moda en planta.

--¡Pues es verdad!--exclamó encantada Currita.

Y así sucedió en efecto: a todos pareció muy chic a aquel nuevo capricho, y a la noche siguiente se veían por todas partes en el teatro trajes de dos colores diversos con guantes de dos colores distintos.

El debut de Miss Jesup alcanzó una ovación ruidosísima, y sólo hubo que lamentar un chistoso ridículo. Al final del último acto, cuando la heroína acabada de expirar en la escena, y Alfredo, su padre y el doctor



entonaban el último terceto, una racha de viento colado pilló descuidada a la \_diva\_ y le arrancó, después de difunta, un estrepitoso estornudo.

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa en Madrid que de la ovación de la Jesup, de su importuno estornudo y de los guantes de Currita; nadie se acordaba ya del nombramiento de camarera, ni de la muerte de Velarde, ni del registro de la policía.

Currita respiró ya tranquila, viendo cortada por completo, gracias a sus manejos, la larga cola que había profetizado Butrón a su nombramiento de camarera; su consecuencia política quedaba fuera de toda duda, produciendo, entre otros resultados, tres \_pequeñeces\_ diversas:

Una madre desolada.

Un alma en el infierno.

Y la moda de los guantes distintos.

Mientras tanto, Villamelón preparaba con grande afán las fotografías de donde habían de sacarse los grabados para la \_Revista Ilustrada\_; todo lo demás había echado en el cajón de las \_cuestiones bizantinas\_.

Fin del libro primero

Libro II

--I--

El tren expreso de Marsella a París traía cuatro horas de retraso, por haberse roto un puente la noche antes entre Gallician y Saint-Gilles. Los viajeros llegaron a las cuatro y media a la gran capital, apeándose en la \_gare de Lyon\_, hambrientos y malhumorados. Un hombre de unos treinta años saltó el primero de un \_sleeping-car\_, y atravesando el andén antes que la multitud lo invadiese, llegó al carrefour con ese aire seguro y exento de toda perplejidad que anuncia siempre al viajero práctico en añagazas de aduanas, estaciones y caminos de hierro.

Hizo una señal al primero de los muchos coches de alquiler que en ordenada fila esperaban, y el cochero acudió presuroso, midiendo antes con la vista, de pies a cabeza, la traza del viajero. Traía este por todo equipaje una de esas \_fundas\_ inglesas arrolladas en correas, que encierran tanto en tan poco trecho y bastan para guardar todo lo necesario a cualquier \_touriste\_ inglés que se dispone a dar la vuelta al mundo.

El cochero pareció quedar satisfecho de su examen: entre las ricas pieles que forraban el abrigo del viajero, había descubierto su vista perspicaz lo que basta para constituir un gran pers

onaje a los ojos del  
vulgo parisiense: asomaba una cintita amarilla y blanca por el ojal de su americana. ¡\_Il était décoré\_!...

Al poner el pie en el estribo, limitóse a decir el viajero en francés muy bien acentuado:

--\_Grand Hôtel\_... \_Boulevard des Capucins\_...

El coche arrancó dando tumbos como cualquier simón de nuestra España, y el viajero no pareció experimentar esa sorpresa mezclada de admiración, curiosidad y entusiasmo que embarga a todo el que llega a París, una, dos, tres y hasta cuatro o cinco veces.

Arrellanóse en los almohadones de raído paño azul del coche y sin conceder siquiera una mirada al primer aliento de París, que comenzaba ya a ensordecer y atronar sus oídos, arrancando de la gran plaza irregular de la Bastilla, en que desembocan cuatro boulevards y diez calles, púsose a pasar revista con gran cuidado a los papeles contenidos en una bolsa de viaje, cuya correa le cruzaba el pecho de derecha a izquierda.

Ninguno de ellos faltaba: en la bolsa de la derecha había varias cartas abiertas, algunos papeles sueltos y un pequeño atadito de billetes de Banco; en la izquierda, un gran cartapacio, sellado con una corona real sobre lacre rojo. En el sobre decía:

A SU ALTEZA REAL, EL DUQUE DE AOSTA,

REY DE ESPAÑA.

El viajero dio varias vueltas al cartapacio con cierta curiosidad contenida, y aun llegó a mirar al trasluz con el intento de distinguir algo de lo interiormente escrito a través del sobre. La satinada superficie del rico papel de hilo no dejaba, sin embargo, traslucir su secreto, y el viajero tuvo que contentarse con leer una y otra vez aquellas letras gordas y corridas del sobrescrito, trazadas por una mano más acostumbrada a firmar y anotar que a escribir extenso, y tan orgullosamente italiana sin duda, que anteponía el triste ducado de Aosta a la Corona real de España.

El coche había cruzado, mientras tanto, el bulevar Beaumarchais y el de Filles du Calvaire, y llegado al del Temple, sin que el viajero hubiera dirigido una sola mirada a las magnificencias que va presentando París a los ojos del que llega, a medida que se avanza hacia el bulevar des Italiens y el de Capucins, centro vertiginoso de la gran Babilonia y lupanar dorado y perfumado donde acuden a revolcarse, a costa de su oro, el vicio y la locura de los cuatro ángulos de la tierra. Allí la calle se convierte en plaza, la acera en calle; la multitud en torrente que se precipita con cierto relativo silencio por entre dos paredes de cristal, formadas por los escaparates inmensos de las tiendas atestadas de cuanto puede dar de sí la industria humana para transformar lo superfluo en

necesario, lo elegante en fastuoso, lo precioso en maravilla, la vida en fiebre de vanidades locas y concupiscencias monstruosas.

El viajero, abismado en sus reflexiones en medio de aquella multitud inmensa, cuyo rasgo característico es el de ofrecer siempre el aspecto del ocioso que corre en pos del placer y no del que marcha en busca del trabajo, había acabado por sacar una carterita de piel de Rusia y puéstose a ajustar en ella enmarañadas cuentas. Al frente de una hoja escribió \_esperanzas\_ y al frente de la otra \_realidades\_, y así, debajo de aquello que sin duda esperaba, como debajo de aquello otro que al parecer poseía, comenzó a amontonar guarismos que formaban números y estos a su vez sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, que se confundían en caos aritmético, y vinieron a producir al cabo en la columna de las esperanzas, bajo una raya horizontal, esta cifra preñada de misterios: \_Doscientos mil duros y una cartera\_. En la hoja de las realidades, el resultado no necesitaba interpretación alguna; decía simplemente: \_Cero\_.

Y como si todavía hubiese podido deslizarse en aquella absoluta carencia de realidades algún error ilusorio, el viajero, rasándose a veces un momento con el extremo del lápiz la ancha y hermosa frente, prosiguió trazando guarismos y haciendo cálculos, hasta tirar otra raya horizontal, derecha, negra e inflexible como un des

tino adverso, por  
debajo de la cual apareció esta vez algo menos que  
cero, una cantidad  
negativa, una deuda formidable, que era, sin duda a  
lguna, la única  
realidad con que aquel hombre contaba en el mundo:

\_¡¡150.000 duros al 15 por 100!!...\_

El viajero quedóse un momento mirando aquella cifra  
angustiosa, y  
apretando el lápiz entre sus blancos dientes, hasta  
romperle la punta,  
apartó al fin los ojos como asustado, para fijarlos  
en el golpe de vista  
más admirable que puede ofrecer la inmensa Babiloni  
a de París.

El coche atravesaba entonces la Plaza de la Concord  
ia, regada con la  
sangre de María Antonieta y Luis XVI; al frente se  
extendía la calle  
Real, cerrada en el fondo por la soberbia fachada d  
e la Magdalena,  
descansando sobre sus cincuenta y dos gigantescas c  
olumnas corintias; a  
la espalda, el palacio Borbón, asomando por detrás  
del puente de la  
Concordia, rodeado de jardines y de estatuas; a la  
izquierda, la avenida  
de los Campos Elíseos, cerrada a enorme distancia p  
or el Arco de la  
Estrella; a la derecha, del lado de acá del río y e  
ntre los frondosos  
jardines imperiales, lo que quedaba entonces de las  
Tullerías: algunos  
muros calcinados por el incendio, un tremendo desen  
gaño histórico, una  
imagen de la majestad real, abofeteada, escupida y  
asesinada a  
garrotazos por Rochefort y Luisa Michel; y en medio  
de la plaza,

levantándose entre las dos fuentes monumentales, como un gigante de otras edades, el decano de París, el obelisco Lucsor, el amigo de los faraones, el testigo de las épocas fabulosas que cuenta por meses las centurias y se ríe, acordándose de sus momias egipcias, de aquel hormiguero humano que a sus pies se agita, haciéndole repetir lo que puso años antes un poeta en su lengua de granito:

\_Oh! dans cent ans, quels laids squelettes\_  
\_Fera ce peuple impie et fou,\_  
\_Qui se couche sans bandelettes\_  
\_Dans des cercueils qui ferme un clou!\_

El viajero pasaba por toda la vista sin fijarse en nada, con esa indiferencia con que se mira lo que hasta la saciedad nos es conocido. Tan sólo al salir de la calle Real asomó curiosamente la cabeza, y sus ojos buscaron a lo lejos la famosa terraza del \_Petit-Club\_, más familiarmente \_Baby\_, que domina toda la Plaza de la Concordia y es punto de reunión y observatorio predilecto de la \_haute gomme\_ parisiense.

El día estaba magnífico, y bajo un pabellón de dril, listado de blanco y rojo, veíanse algunos socios del club fumando y conversando; en la balaustrada de piedra que da a la plaza, dos o tres jóvenes echados de bruces veían desfilar los carruajes que por la calle \_de Boissy d'Anglas\_ se dirigían al Bosque. El viajero experimentó al ver el pabellón del Círculo cierto impulso de alegría, y p

or un movimiento  
espontáneo, que tenía mucho de pueril, quitóse el sombrero como para  
saludarle a tan enorme distancia, con tanto respeto y entusiasmo, como  
si a su sombra hubiera de encontrar \_lo menos... 15  
0.000 duros al 15 por  
100\_, que daban por suma total los varios sumandos de sus realidades.

Sin duda, sabía muy bien que en el \_Petit-Club\_, en el inocente \_Baby\_, se jugaba gordo.

Al descubrirse el viajero, quedó por completo a la vista su fisonomía, presentando un extraño prodigio... Hubiérase dicho que lord Byron en persona, abandonando su tumba de Nottingham, atravesaba la plaza de la Magdalena en un coche de alquiler, saludando el pabellón del \_Baby\_ cual si fuera la bandera de Inglaterra.

Tenía aquel hombre la misma hermosura varonil del gran poeta, la misma bella cabeza airoosamente puesta sobre un cuello nervudo, dispuesto siempre a enderezarse con la altanera inflexión del desdén. Formaba su rostro el mismo óvalo perfecto, con la barba un poco saliente, los ojos pardos hermosísimos, el cabello castaño, encrespado en artísticos remolinos naturales sobre una frente ancha y nobilísima, que parecía hecha expresamente para ceñir los laureles de una corona. Crispaba sus labios en ambas extremidades aquel pliegue oblicuo, huella de la amargura, del desprecio, del escepticismo, del vicio o cansado siempre y



no satisfecho nunca, que aparece tan al vivo en los  
buenos retratos de  
Byron, como si por allí se deslizaran todavía aquel  
las abrumadoras  
palabras de su \_último lamento\_:

¡Por todas partes, implacable y frío,  
Fue detrás de mis pasos el hastío!...

Dos cosas faltaban, sin embargo, al viajero para ha  
cerle en todo  
semejante al poeta gran señor: su pie izquierdo no  
cojeaba, ni brillaba  
tampoco en su frente el rayo de genio que inspiró \_  
Childe Harold\_. Si  
por un prodigio del cielo era Byron aquel hombre, h  
abía vuelto sin dudas  
al mundo dejándose en Nottingham su genio y su coje  
ra, y trayéndose tan  
sólo la hermosura de sus veinticinco años y los vic  
ios de toda su vida.  
Aquel Byron no hubiese ido a la Grecia para liberar  
la, sino para  
explotarla; en sus ojos no brillaba el ansia de lo  
ideal, sino el  
reflejo de la sensualidad ansiosa de encontrar dine  
ro.

Todo en él era, sin embargo, elegante y aristocráti  
co, y desde las  
correas de piel de Rusia con hebillas y asa de plat  
a que sujetaban su  
exiguo equipaje, hasta la cartera de la misma piel  
en que había ajustado  
sus cuentas de realidades y esperanzas, revelaban e  
se señoril lujo de  
nimios detalles, propio de las personas nacidas y a  
costumbradas a vivir  
siempre en medio de la opulencia.

Una sola nota discordante resaltaba en su traje, un  
detalle cursi,

cursísimo, que sólo pudiera concebirse en algún peluquero afamado o en algún cantante italiano de segundo orden: la cintita amarilla y blanca que asomaba por el ojal de su americana de viaje. Mas esto probaba, por el contrario, un profundo conocimiento de aquel terreno que pisaba, en que cualquier cintajo honorífico aseguraba el respeto y las consideraciones debidas a un personaje. Era una precaución prudentísima, una especie de broquel con que se resguardaba el viajero de mil impertinencias para todos molestas y para él tal vez peligrosas.

El coche se detuvo al fin en el \_Boulevard des Capucines\_, ante el vasto pórtico del \_Grand Hôtel\_. El nuevo lord Byron pagó con esplendidez al cochero y subió ligeramente las gradas, topándose en la misma puerta con un viejo alto, con grandes patillazas blancas, que se dirigía a la calle arrastrando los pies.

Volvióse el viajero rápidamente al verle, como para evitar su encuentro, y entróse en el \_bureau de réception\_ para entregar su tarjeta. Mas el viejo, aligerando el tardo paso y alcanzando al fin al fugitivo, le gritó en castellano:

--¡Jacobo! ¡Polaina! ¿Me huyes?... Señal de que traes dinero.

--¡Diógenes!... ¿Tú aquí?--exclamó Jacobo, volviéndose muy sorprendido y alborozado y estrechándole ambas manos con gran cariño.

Mas Diógenes, sacudiendo la gran cabeza y dándole palmadas en la espalda, dijo sentenciosamente:

El hombre que nace pobre  
Con el frío es comparado:  
Todos le huyen el cuerpo,  
No les suelte un resfriado.

--¡Falso, falsísimo!--gritó Jacobo riendo--. Ni tú has nacido pobre, ni...

--No lo soy de nacimiento, pero lo soy por enfermedad.

--Pues júntate conmigo: el constipado que tú me sueltes rechazará al que yo te suelte a ti... Ya sabes, querido: *\_similia si milibus curantur\_*.

--¿Y qué has hecho entonces en Constantinopla, embajadorcillo?... Yo creí que te traerías hasta las barbas del Sultán.

Jacobo levantó a la altura de las narices de Diógenes su exiguo equipaje, diciendo como Simónides:

--*\_Omnes divitiae sunt mecum!\_*

--¡Honrado plenipotenciario!--exclamó Diógenes--. Quien no te conozca que te compre: ya habrás dejado el botín en la estación, farsante... ¿De dónde vienes ahora?

--De Génova... Y tú ¿qué haces aquí?

--Pasar la pena negra, chico... Anoche me desplumó una sota: cinco mil

francos se llevó de un golpe.

--¿Pero es posible?... ¿Todavía dura la afición?...  
Yo creí que te  
habías cortado la coleta.

--Hasta que me entierren, chico, hasta que me entierren... Ya te darás  
una vuelta por el \_Petit-Club\_; se juega gordo... A  
noche ese guacamayo  
de Ponoski hizo un copo de dos mil luses.

--¿Está aquí Ponoski?... Con gusto le vería, pero me voy mañana.

--¿Mañana?... ¿Y adónde demonios vas?

--A Madrid.

--¿A Madrid?... ¡Polaina!... ¿A que te peguen un balazo?...

--¡Chico, chico!... ¿Se reparte por allí eso?...

--¿Pues de dónde sales tú, embajadorcillo?... ¿No has visto los  
partes?... Hoy por la mañana se ha largado Amadeo a  
Lisboa, diciendo:  
«Ahí queda eso.» Y a estas horas Figuerillas y el lorito de don Emilio  
estarán barriendo las calles de Madrid a cañonazos  
para instalar  
decentemente la República... Te desbancaron, chico,  
te desbancaron...

Quedóse Jacobo estupefacto al oír tales noticias, y cogiendo a Diógenes  
por un brazo, exclamó muy inmutado, como si aquella inesperada  
catástrofe política tuviera para él gran importancia:

--¿Pero qué estás diciendo?... ¡Eso es imposible!

--¡Polaina!... Ven acá y te lo dirá quien lo sabe.  
Ayer presentó el  
italiano su renuncia a las Cortes, y una hora después estaba aceptada...  
Hoy ha salido para Lisboa a las seis, y a estas horas estará ardiendo  
Madrid por todos los cuatro costados... Más de veinte telegramas hay ya  
en el \_Grand Hôtel\_ pidiendo cuartos.

Y mientras esto decía Diógenes, muy acalorado, subió a con Jacobo las  
gradas que llevan del patio a la terraza del \_Grand Hôtel\_.

Cualquiera hubiérase creído allí en un salón aristocrático de la corte  
de España: oíase hablar por todas partes en castellano, con esa  
vehemencia y esos gritos propios de los españoles cuando se exaltan, y  
en grupos y corrillos acá y allá diseminados, veíanse damas y gomosos de  
la aristocracia madrileña, hombres políticos del partido de Isabel II y  
algunos de esos personajes innominados que suelen verse a todas horas y  
en todas partes, sin que nadie pueda decir de ellos sino que son un tal  
Sánchez o un tal Pérez.

Todos discutían las noticias de España, haciendo pronósticos según las  
fuerzas de su imaginación y la vehemencia de sus deseos, y mientras unos  
creían ver ya al príncipe Alfonso en el trono abandonado por Aosta,  
otros se figuraban la República arraigando al amparo de las masas  
populares de Madrid, apoderándose del palacio vacío

y de la corona  
vacante.

El miedo y la distancia ennegrecían todos los colores, y unos y otros convenían en que Madrid debía de estar a aquellas horas convertido en un charco inmenso de sangre. Esperábase, pues, con grande ansiedad la llegada del correo, y con más impaciencia todavía la vuelta del tío Frasquito, que había ido al pasaje Jouffroy en busca de noticias, y la del general Pastor y Cánovas del Castillo, que habían sido llamados con grande urgencia al palacio Basilewsky por la reina destronada.

A la derecha de la última puerta del salón de lectura que se abre en la terraza, hallábanse algunas señoras sentadas en bancos de hierro: entre ellas estaban Currita Albornoz y la duquesa de Bara. Más lejos, de pie, en medio de un grupo de hombres, peroraba Leopoldina a Pastor con gran vehemencia, optando por empuñar las armas y exponiendo su plan estratégico.

La cosa era sencillísima: bastaba con que la colonia madrileña residente en París se presentase en la embajada española, cogiera por un brazo al embajador y lo plantase en la calle, proclamando allí mismo por rey de España al príncipe Alfonso. ¡Ya contestarían al punto del otro lado de los Pirineos!... ¿Que chillaba el embajador? Pues se zambullía al embajador en el Sena, que ya tenía el tal don Salustiano viente

bastante para sobrenadar lo mismo que una boya... ¿  
Que Thiers se  
enfadaba? Pues se cogía a Thiers por su copetito de  
pelos y se le  
enviaba a cuidar de su casa, dejando en paz la del  
vecino, y ¡chitón,  
chitito!...

Reíanse los caballeros oyendo a Leopoldina, y ella  
les tiraba de los  
botones del chaleco, llamándoles indecentes. ¡Ah, s  
i tuviera ella  
pantalones!... Y casi, casi, estaba por ponérselos  
como Miss Walker, la  
médica del Serrallo de Túnez, que paseaba en aquell  
os días los  
boulevards con calzones zuavos y chambergo.

La llegada de Jacobo produjo mala impresión en todo  
el concurso:  
ligábanle con la mayor parte de los presentes lazos  
de amistad y  
parentesco, así por parte de su familia como por la  
de su mujer, que  
llevaba un título ilustre entre la Grandeza. Mas, s  
eparado de esta diez  
años antes, había hecho en París y en Italia lujosí  
sima vida de soltero,  
hasta que, perseguido por sus acreedores, vino a re  
fugiarse de nuevo en  
España el año 68, tomando parte activísima en la Re  
volución y  
recorriendo, al lado de Prim, las provincias andalu  
zas, arengando a las  
muchedumbres montado, como Lafayette, en un caballo  
blanco. Formó parte  
de las Cortes Constituyentes del 69, y de repente,  
cuando el asesinato  
de Prim, desapareció otra vez de Madrid, apareciend  
o a poco en  
Constantinopla de ministro plenipotenciario.

Extrañó, pues, a todos, verle aparecer en tan críticos momentos,  
abandonando su alto puesto, y recibieronle con el despreciativo recelo  
que infunde siempre el enemigo derrotado que se pasa después de la  
batalla al campo victorioso.

Jacobo, sin embargo, aparentando no echar de ver la frialdad con que le  
recibían, cercioróse por sí mismo de la verdad de las noticias de  
Diógenes, sin dejar traslucir tampoco la inquietud que al pronto le  
habían estas causado. Él lo ignoraba todo, o aparentaba ignorarlo; había  
salido dos meses antes de Constantinopla para Turín, marchando luego a  
Florencia y Génova, y hecho después un viaje delicioso a lo largo de la  
corniche italiana, deteniéndose en Bordighera, en Niza y, últimamente,  
en Mónaco cerca de una semana.

Currita miraba atentamente desde su asiento al apuesto viajero, retrato  
de lord Byron, su héroe favorito, tipo adorable de hombre, según ella,  
cuyo magnífico busto desnudo, esculpido en mármol blanco, tenía en su  
\_boudoir\_ siempre a la vista. Al pronto no le había conocido, porque  
difícil era reconocer en aquel arrogante mozo al débil jovencillo Jacobo  
Téllez-Ponce, casado doce años antes con la marquesa de Sabadell, prima  
lejana de Currita; desde entonces no había vuelto a verle esta, y jamás  
le hubiera reconocido si, corriendo a ella Leopoldina Pastor, no le  
dijera:



--¿Has visto a Jacobo Téllez?... Decían que se había casado en Constantinopla con una turca monísima... ¿Qué traerá aquí ese indecente?

La duquesa de Bara contestó una indecorosa paparrucha, mirándole con desprecio; las señoras se echaron a reír, y Currita exclamó muy admirada:

--¿Pero es ese Jacobo?... ¡Dios mío! Si me estaba pareciendo desde aquí Byron en persona, mi poeta querido... ¡Qué semejanza tan exacta!...

Y sin esperar más explicaciones, levantóse vivamente para ir a su encuentro; la duquesa de Bara la detuvo bruscamente por el vestido, y ella, procurando desasirse, decía:

--Pero, mujer, si es mi primo... La abuela de su mujer y la mía, primas segundas... ¿Cómo voy yo a desairar a un pariente?..  
..

Este, atraído, sin duda, por el amor de la familia, acercábase en aquel momento al grupo de las señoras; saludólas besando la mano a la duquesa y a Currita, que eran sus más allegadas, y esta, con mil cariñosas monerías, hízole sitio a su lado, en el banco de hierro.

La conversación giró un momento sobre el viaje de Jacobo, hasta que vino a interrumpirla la entrada del tío Frasquito, que volvía del pasaje Jouffroy cargado de noticias. Todos corrieron a su encuentro, y Jacobo

el primero; mas antes, deteniéndole Currita por el brazo, con familiaridad de prima cuarta de su esposa legítima, le dijo:

--¿Nos veremos, Jacobo?... Quiero presentarte a Fernandito... Vivimos en el segundo piso, número 120.

La duquesa se inclinó al oído de Leopoldina, diciéndole:

--¿Oyes?... Quiere presentarlo a Fernandito.

Leopoldina hizo una mueca y replicó:

--Pues, entonces... ¿verde y con asa?...

--¡Alcarraza!--concluyó la duquesa.

Y las dos se echaron a reír con inocente regocijo.

--II--

Engomado, teñido, peinado y reluciente a fuerza de cosméticos, y bailando sobre las puntas de los pies, por no permitirle andar de otra manera el calzado estrechísimo, que le torturaba, sin disimularlos del todo, dos morrocotudos juanetes, entró con grande prisa en la terraza el tío Frasquito, tío universal de toda la Grandeza de España, y de aquellos sus adyacentes de nobles de segundo orden, ricachos de todos cuños, notabilidades políticas y literarias, capigorriones de oficio,

aventureros atrevidos y personajes anónimos que forman el \_todo Madrid\_ de la corte, el abigarrado \_dessus du panier\_ del gran mundo madrileño.

Llamábale todo este mundo el \_tío Frasquito\_, porque el buen tono así lo había decretado, y él aceptaba complacido el parentesco de todos aquellos cuya sangre azul empalmaba realmente, siglo antes o siglo después, con la suya preclarísima; a los demás, sin rechazar tampoco lo apócrifo del parentesco, colocábalos con cierta protectora condescendencia en la categoría de \_sobrinos espurios\_.

En medio, pues, de esta familia universal se destacaba el tío Frasquito, hacía medio siglo, viendo desfilar generaciones y generaciones, legítimas o espurias, de sobrinos y sobrinas que nacían y crecían, se casaban y multiplicaban, se morían y se pudrían, sin que, abroquelado él tras el corsé apretadísimo que sujetaba las insolentes rebeldías de su abdomen, hubiese pasado jamás de los treinta y tres años; los suyos, semejantes a las semanas de Daniel, eran años de años, aunque más complacientes que aquellas, se alargaban o encogían según demandaban las circunstancias. Treinta y tres contaba cuando en el año cuarenta asistió a la boda de la reina de Inglaterra, acompañando al enviado extraordinario de la corte de España, y los mismos tenía cuando, en 1853, presenció la de su \_sobrina\_ Eugenia de Guzmán con el emperador

Napoleón III; casamiento desigual, \_messa alianza\_ humillante que reprobó en absoluto el tío Frasquito, por no satisfacerle de todo la prosapia de Bonaparte, y aunque nunca llegó a relegar al nuevo sobrino a la categoría de los espurios, tampoco consintió en designarle de otro modo que con el nombre de \_mi sobrino el conde consorte de Teba\_[9].

[Nota 9: Sabido es que la emperatriz Eugenia, antes de casarse, llevaba por su ilustre familia el título de condesa de Teba.]

Susurraba la leyenda que el tío Frasquito llevaba en su cuerpo treinta y dos cosas postizas, entre las cuales se contaba una nalga de corcho. Es lo cierto que, en el momento en que lo presentamos a nuestros lectores, volviendo del pasaje Jouffroy para confirmar a sus compatriotas la abdicación del duque de Aosta, la obesidad había trocado su talle de palmera en puchero de Alcorcón, y el arte, la industria y hasta la mecánica trabajaban de consumo y a porfía en la restauración diaria de aquel Narciso trasnochado, en riesgo siempre de convertirse en acelga, como en flor se convirtió el antiguo Narciso de la mitología griega.

El tío Frasquito era soltero, rico, vivía ordenadamente, no tenía vicios conocidos, ni tampoco deudas; era afable, cortés, servicial, complaciente, tenía modales de doncella pudorosa y cadencias en la voz de damisela presumida. Coleccionaba sellos diplomát

icos, bordaba en tapicería, tocaba desastrosamente la flauta y pronunciaba las \_erres\_ de esa manera gutural y arrastrada, propia de los parisienses, que imitan en España algunos afrancesados elegantes, y es defecto natural en otros muchos, para quienes se inventó aquello de: «El perro de San Roque no tiene rabo, porque Ramón Ramírez se lo ha robado».

Diógenes le llamaba de ordinario \_Francesca di Rimini\_, a veces \_señá Frasquita\_, y perseguíale y acosábale por estrados y salones, y hasta entre las faldas de las damas, donde el afeminado prócer acostumbraba a refugiarse, con intempestivos abrazos que le arrugaban y tiznaban la inmaculada pechera; besos extemporáneos que obligaban a la pulcra víctima a lavarse y frotarse con \_cold cream\_; pisotones disimulados que le deslustraban el calzado y le reventaban los guantes, o bestiales apretones de manos que le descoyuntaban los dedos, poniendo en riesgo de esparcirse por todas partes los treinta y dos componentes que asignaba a su cuerpo la leyenda.

Aquellos dos viejos, de caracteres y costumbres tan diversas, eran, sin embargo, dos tipos rezagados de la misma sociedad, dos ejemplares fósiles de aquellos próceres del pasado siglo, malos los viciosos y cínicos unos, petimetres, insustanciales y afeminados otros, que prepararon en España la ruina y el descrédito de la Grandeza.

Entró, pues, el tío Frasquito en la terraza con ademanes de doncella atribulada, y todos se agolparon en torno suyo, acosándolo a preguntas... ¡Todo, todo quedaba por nuevos partes confirmado, y el \_sauve qui peut\_ era en Madrid general!...

Corroborábase la noticia de que don Amadeo había huido a Lisboa con su familia, y el telégrafo transmitía los nombres de los individuos que formaban el primer ministerio de la recién nacida República.

--¡De la Rrrepública española!--exclamó el tío Frasquito quitándose el sombrero con burlesca solemnidad.

Y entre risas despreciativas y observaciones irónicas, comenzó a leer en su elegante carterita, donde estaban apuntados los nombres de los nuevos ministros[10]... ¡Pero qué nombres, Virgen Santísima! ¡Si aquello era cosa de morir de risa!... Figueras, Castelar, Pi y Margall, los dos Salmerones, Nicolás y Paquito... Córdoba.

[Nota 10: Suponemos que el lector comprenderá que los juicios sobre personas determinadas que aparecen en boca de los personajes de esta novela no son juicios del autor, sino reflejo de los que formaban en aquella época la parte de la sociedad que dichos personajes representaban. El autor, que tan sin escrúpulos de ningún género ataca de frente al vicio y a la insolencia, se reserva siempre su juicio sobre individuos determinados, y se halla muy distante de

pretender herir  
personalidad ninguna, por despreciable que le parec  
ca.]

--¡Córrrrrdoba, señores, Córrrrdoba!... ¡Ferrrnandito  
Córrrrdoba,  
rrrepublicano!... ¡Quién lo creyerra, cuando íbamos  
juntos a casa de la  
Benavente, cuando Fernando VII lo envió a Portugal  
con su hermano Luis,  
detrás del infante don Carlos y la princesa de Beyr  
ra!... Porr supuesto,  
que yo era entonces un niño, una verrrdadera criatur  
ra...

El tío Frasquito no cayó en la cuenta de que, según  
aquellos datos,  
debió de haber asistido seis años antes de su nacim  
iento a los saraos de  
la duquesa de Benavente, y prosiguió enumerando a l  
os ministros  
restantes: ¡Echegaray, Beranger y Becerra!... ¡Sant  
o Dios!... Si esto  
era para España la coz del asno; y aquellos enanill  
os de gorro frigio,  
encadenando al león de Castilla, recordaban aquella  
grandiosa imagen:

\_Ce grand peuple espagnol, aux membres enervés,

—

\_Expire dans cet antre ou son sort le termine\_,

\_Triste comme un lion rongé par la vermine\_!

¡Y qué chistosamente cursis resultaban siempre aque  
llos demócratas!...

¿Pues no se les había ocurrido lo primero ir a darl  
e una serenata al  
interesantísimo don Emilio tocando la Marsellesa?..  
.

\_¡Ah! ça ira, ça ira, ça ira...\_

\_Celui que s'élève on l'abaissera.\_  
\_Celui que s'abaisse on l'élèvera.\_  
\_¡Ah! ça ira, ça ira, ça ira...\_

--¡Qué delicia!--exclamó Currita--. ¿Y no les echó él un discursito?

--¡Ya lo creo!... Desde el balcón, como cantaba la Nilson en Viena; y luego obsequió a la concurrencia con carramelos y cigarritos...

--¡Qué monada!... De seguro que este invierno tendrá recepciones.

--¡Sí! Para los ciudadanos \_sans culottes\_.

--¡Polaina!--exclamó Diógenes--. En cuanto cuelgue un jamón en la puerta, tiene allí a Madrid entero, y tú, Curra, irás la primera.

Azoróse el tío Frasquito al oír la voz de Diógenes, y temiendo algunos de sus amagos de intempestivo cariño, fuese escurriendo con disimulo, soltando casi a media voz su última noticia. Anunciaba también el telégrafo que don Carlos había entrado en España por Zugarramurdi, y que aprovechando sus parciales aquella confusión, aprestábanse a hacer un supremo esfuerzo para apoderarse de la corte.

Disgustó esto mucho a toda la concurrencia, por parecerle más temible el carlismo que la República, y en aquel momento llegó a confortar los ánimos un viejo alto, de aspecto marcial y largos y retorcidos bigotes blancos: era el general Pastor, hermano de Leopoldina, que volvía del



palacio Basilewsky de conferenciar con la reina.

Entró, pues, el general radiante y satisfecho cual si viese ya en  
lontananza la cartera de la Guerra, y contestando con sonrisas y  
palabras huecas a las mil preguntas que de todas partes le dirigían,  
apresuróse a dar cuenta a la condesa de Albornoz y a la duquesa de Bara  
de una embajada de su majestad la reina... Esta las designaba para  
acompañarle al día siguiente, a la capilla expiatoria del bulevar  
Haussman, donde debía celebrarse la Misa de aniversario, algún tanto  
retrasada aquel año, del infortunado Luis XVI; el espectáculo prometía  
ser curioso, porque los príncipes de Orleans, reconciliados con el conde  
de Chambord, asistirían por primera vez, en público, a aquellas  
simbólicas honras.

Abrió entonces el saco de noticias el general Pastor, y dando a  
entender, con cierta vanidad política, que callaba mucho más de lo que  
decía, confirmó todo lo dicho por el \_tío Frasquito\_, añadiendo que la  
proclamación de la República era un paso gigantesco dado hacia la  
Restauración; que los desórdenes más terribles no tardarían en estallar  
en España, y alarmadas las potencias europeas con los escarmientos de la  
Commune en Francia, se apresurarían a intervenir en favor del príncipe  
Alfonso. Notas secretas de algunos embajadores extranjeros habían  
llegado ya al palacio Basilewsky, y Thiers mismo, temeroso de que el

zurriago de las monarquías coligadas le deparase a él algún latigazo, negábase a reconocer la nueva República.

Tan sólo míster Harrilin, embajador de los Estados Unidos en España, habíase apresurado a reconocer el nuevo orden de cosas en nombre de su Gobierno, presentándose en el palacio de la Presidencia con todo el ceremonial de costumbres en tiempos de la monarquía, y asegurando en su discurso, con la truhanesca formalidad de Jonathan en persona, que «los Estados Unidos de América no podían menos de contemplar con emoción y simpatía, convertido en República, el imperio de Fernando e Isabel».

--¡Pues vaya con el indecente!--exclamó Leopoldina Pastor hecha una furia--. Para esos yanquis farsantes, igual da Figueras que Fernando el Católico, y lo mismo representa una corona que un gorro de algodón. \_Cotton is King\_!... ¡Monísimo!... ¡Y pensar que hace tres semanas bailábamos todas en su casa!... ¡Vamos! Si después de todo, resulta que cuando se trata de divertirse perdemos todas la vergüenza.

--\_¡Tu dixisti!\_--gritó Diógenes con grande ahínco.

--Y lo repito--prosiguió Leopoldina--. Pero yo le aseguro a ese indecente que ha de oír de mis labios cuatro palabritas bien dichas... ¡Oh, si yo lo tenía previsto! En el último baile que le dio llevaba medias azules de algodón...

--Como que su suegro tiene en Boston una fábrica.

--¡Qué delicia!--exclamó Currita--. Pues cuando den la \_Jarretière\_ al yerno, ya puede el suegro regalarle la media.

--De seguro que las habrá él anunciado en la Presidencia al terminar su discurso, como aquel \_preacher\_ yanqui que terminó su sermón: «Ya os he demostrado, mis buenos hermanos, que sólo por la virtud se gana el cielo. Sólo me resta, para terminar, recomendaros la magnífica sombrerería de Míster Francis Morton, 24, Catherine Street. Allí todos los artículos son distinguidos y baratos.--\_Net cash.\_--Que viene a ser \_No se fía\_».

El timbre eléctrico que anuncia \_aux hommes d'équip es\_ la llegada de nuevos viajeros, comenzó a repicar en aquel instante, y, a poco, llegó Gorito Sardona, muy conmovido, anunciando que la señora de López Moreno se apeaba en aquel momento en el \_Grand Hôtel\_, que venía de Madrid, y que a poco más la asesinan en el camino.

--¡Trae una oreja colgando!--añadió tirándose de una suya.

Horrorizóse la concurrencia, y todos salieron a su encuentro deseosos de ver a la banquera desorejada. La duquesa, sin embargo, temiendo sin duda que trasladase esta a sus orejas las famosas hipotecas que sobre sus tierras tenía, quiso escurrirse por la sala de lectura, con tan mala

suerte, que fue a toparse en el patio mismo con la López Moreno, su hija Lucy, dos doncellas, un criado, diecisiete baúles y número ilimitado de cajas y sombrereras. La banquera llegaba pálida y abatida, y tenía, en efecto, ensangrentado el lóbulo de la oreja izquierda.

Al verse cogida la duquesa, salió al encuentro de la López Moreno, exclamando muy cariñosa:

--¡Pero, Ramona!... ¿Cómo no me ha avisado usted?

--¿Avisar?--exclamó con espanto la López Moreno--. ¡Gracias que llego con vida!... ¡Qué viaje, duquesa, qué viaje!... En el camino a poco más me asesinan... ¡Nací ayer!... ¡Un milagro, un milagro!

--¡Qué horror!--exclamó la duquesa.

Y mirando en torno suyo, con la esperanza de que el prodigio divino no hubiera alcanzado también al señor López Moreno, añadió:

--Pero ¿dónde está su marido de usted?... ¿No viene?...

La tierna esposa hizo otro gesto de espanto y contestó sin enternecerse demasiado:

--¡En Matapuerca está..., si es que vive!...

--¿En Matapuerca?--exclamó Diógenes--. ¡No puede ser!... Será en Matapuerco...

--No, no; en Matapuerca--replicó la López Moreno sin comprender la pulla del viejo.

Y rodeada de todos los españoles, que atraídos por la curiosidad iban poco a poco acudiendo, la voluminosa señora comenzó el relato de sus infortunios... De aquella hecha se llevaba la trampa a la España entera; la gente se escapaba de Madrid a bandadas, y no parecía sino que la trompeta del Juicio Final había sonado en la corte.

--¡Me alegro!--exclamó Diógenes--. A esa trompetita estoy yo aguardando... ¡Qué cosas han de saberse cuando diga el ángel: cada peso duro con su dueño, y cada hijo con su padre!...

La duquesa le hizo callar de un abanicazo, y la López Moreno, llena de satisfacción al verse objeto del interés de todos, continuó el relato de su susto, un susto atroz, una barbaridad de susto... El tren traía cuarenta y dos coches atestados de gente que iba a Biarritz, a San Juan de Luz, a Bayona, a cualquiera parte, con tal de pasar la frontera. En Vitoria añadieron otra máquina y entraron cuatro compañías del Regimiento de Luchana. ¡Malo!... Por la noche todo fue bien, pero al llegar a Alsasua, ¡Virgen Santísima!... ¡Los carlistas! Y de pronto, ¡prurrrruumm! ¡Una descarga atroz!...

--Pero, de repente, hija, de repente, sin avisar siquiera, sin decir agua va: nada, nada, nada. ¡Prurrrruumm! caiga el qu

e caiga... La tropa,  
¡claro está!, contesta ¡prurrrruumm! otra descarga.  
Yo, muerta, Lucy,  
muerta debajo del asiento, sin resollar siquiera, y  
¡prurrrruumm! arriba,  
¡prurrrruumm! abajo; hora y media de tiritos... De p  
ronto, se abre la  
ventanilla, entra una mano, me arranca una oreja y  
se va...

--¡Qué atrocidad!--exclamaron todos. Y Gorito Sardo  
na, con su guasona  
formalidad, añadió:

--¿Pensarían hacer una chuleta?...

--No, señor--replicó la víctima algún tanto ofendid  
a--. Lo que pensaron  
fue llevarse un brillante de quinientos duros que t  
raía en ella, y se lo  
llevaron en efecto... Decían luego que fue un pille  
te de la estación,  
pero a mí no me quita nadie de la cabeza que fue el  
cura Santa Cruz...  
Como que esto era en mitad del túnel, a oscuras, y  
en la pared de  
enfrente vi yo la sombra del sombrero de teja...

--¡Qué barbaridad!...

--¿Pero usted vio a los carlistas?...

--¿Que si los vi?... Al salir del túnel, en un alti  
to había un montón de  
ellos, y en medio uno con entorchados, que era don  
Carlos... Lucy decía  
que no, pero yo creo que sí. Uno chiquitillo, bizco  
, con barba rubia,  
picado de viruelas, que nos hizo con el puño así...

Y la señora de López Moreno enarbolaba el suyo robu

stísimo, con gesto  
horrible de amenaza.

--¡Pero si don Carlos es muy alto, moreno, con barba  
negra!... Yo le  
conocí en Vevey...

--Pues vendría disfrazado; no es tan difícil teñirse  
la barba de rubio.

--Pero es imposible, teniendo dos metros de largo,  
encogerse hasta tener  
la mitad.

--Podrá ser que me equivoque, pero lo dudo--replicó  
la López Moreno, que  
no renunciaba fácilmente a la honra de haber sido a  
menazada por un puño  
real.

El general Pastor oíalo todo complacidísimo, viendo  
en aquella  
catástrofe los primeros truenos de la terrible tempestad  
que comenzaba a  
desencadenarse en España. De aquel caos había de salir  
la Restauración,  
y la política del partido dirigía, por lo tanto, todos  
sus esfuerzos a  
excitar y mantener el desorden. Una palabra imprudente  
del general  
reveló a los más avisados que estaba bien al tanto  
de aquellos manejos:  
preguntó a la señora de López Moreno si, al salir de  
Madrid, no se  
decía nada en la corte de levantamientos socialistas  
en Andalucía.

--¿Y me lo dice usted a mí?--exclamó la banquera con  
enérgica ira--.  
¿Pues no saben ustedes lo de Matapuerca?...

--¡Ay, por Dios, señora!--la interrumpió Currita con

n toda su  
aristocrática impertinencia--. ¿No podría ser Mata.  
.. cualquiera otra  
cosa?

--¡Pero si se llama Matapuerca!... Es una dehesa ma  
gnífica en la  
\_provincia\_ de Extremadura, de más de tres mil aran  
zadas, con  
veintisiete caseríos... En fin, un pequeño reino...  
Era de los frailes  
Agustinos, y mi marido lo compró cuando lo de Mendi  
zábal...

Currita hizo un gesto de resignación pacientísima,  
y preguntó:

--¿Y qué ha sucedido en el pequeño reino de Mata...  
esos animalitos?...

--Pues nada, ¡una friolera!... Que en cuanto procla  
maron la República,  
invadió la dehesa una horda de aquellos bandidos, a  
sesinaron al aperador  
y a tres guardas, y se repartieron las tierras. Lóp  
ez Moreno salió para  
allá corriendo, y estoy inquietísima... No sé lo qu  
e va a hacer...

--¿Pues qué ha de hacer?--exclamó Diógenes--. ¡Pola  
ina! Lo que hicieron  
los frailes Agustinos cuando su marido de usted y M  
endizábal les  
quitaron la dehesa... ¡Tener paciencia!... A cada p  
uerco le llega su San  
Martín, doña Ramona; figúrese usted si no le llegar  
á también en  
Matapuerca... Amigo, ¡los socialistas, los socialis  
tas!... Esos han  
aprendido lógica; ahí tiene usted los nuevos desamo  
rtizadores.



La López Moreno iba a contestar muy picada, pero el general Pastor, frotándose las manos de júbilo, la contuvo, diciend o:

--Nos trae usted excelentes noticias, señora... La cosa marcha viento en popa, mejor de lo que yo esperaba.

--¡Pues me hace gracia!--exclamó la banquera estupefacta--. No diría usted lo mismo si le hubiesen robado una dehesa y arrancado una oreja con un brillante de quinientos duros...

--Nada, doña Ramona, hay que resignarse por algún tiempo a ser reina destronada de Matapuerca... La Restauración la restablecerá a usted muy pronto en su trono... ¿Y sabe usted lo que estoy pensando?--añadió el general como asaltado de una idea repentina--. Que la reina tendrá mucho gusto en oír de usted misma esas noticias. ¿Tendría usted inconveniente en venir a Palacio?...

La banquera pensó ahogarse de satisfacción, y la duquesa, que se apresuraba a pagarle con honras y relumbrones lo que no le pagaba en dinero, exclamó vivamente:

--¡Magnífica idea! Yo misma la llevaré... Mañana pido a la señora la audiencia...

--¡Pues ya lo creo que la reina tendrá mucho gusto en oírla!--observó pausadamente Currita--. Doña Ramona narra muy bien y usa unas armonías imitativas de muchísimo efecto... Cada vez que dice

¡prurrrruumm! parece  
materialmente que se huele a pólvora... ¡Qué delici  
a... oírle contar la  
\_dégringolade\_ de Matapuerca!

La señora de López Moreno no se enteraba de nada de  
esto, ocupada en dar  
gracias, enternecida, al general y a la duquesa...  
El sueño dorado de  
toda su vida, ser recibida en Palacio, iba a realiz  
arse, y no le parecía  
cara tamaña honra, al precio de una oreja desgarrad  
a y una dehesa  
perdida.

El general, por su parte, seguía la política de But  
rón, barrer para  
dentro, y calculaba ya las copiosas sangrías que, e  
n nombre de los  
conspiradores, podría hacer su espada victoriosa en  
las repletas arcas  
de los consortes López Moreno.

Durante toda esta escena, Currita no había perdido  
de vista un momento a  
Jacobo, que escuchaba atentamente sin darse prisa a  
subir a su cuarto a  
lavarse y descansar. Al disolverse la reunión, porq  
ue la hora de comer  
se aproximaba, echóle de menos Currita en la terraz  
a; asomóse vivamente  
a la sala de lectura, salió al patio y no le encont  
ró por ninguna parte.

Por la escalera de enfrente subía en aquel momento  
el tío Frasquito  
dando el brazo a su sobrina espuria, la reina destr  
onada de Matapuerca,  
que se detenía en cada peldaño para ponderarle lo t  
errible de su susto,  
lo soberbio de su dehesa, el dolor de su oreja, lo  
pavoroso de aquellas

descargas atronadoras...

¡Prurrrruumm!

--III--

La oportunidad es en todas las cosas precursora del éxito, y el llegar a tiempo ha levantado no pocas veces el pedestal de muchas celebridades y ceñido los laureles a infinitos héroes. Cada carácter requiere, pues, circunstancias especiales que le favorezcan, época adecuada que le sirva de marco, momento histórico oportuno que le permita desarrollarse en toda su pujanza. Un Hércules en los tiempos prehistóricos, un Cid en los tiempos caballerescos, serían un Quijote en los tiempos de la partida doble y el tanto por ciento. Un Espartero y un Mendizábal, por el contrario, hubieran sido en aquellas épocas remotas, prestamista judío el uno, cuadrillero de la Santa Hermandad el otro.

Jacobo Téllez creía haber tenido la desgracia de errar al nacer, en las circunstancias de lugar y también en las de tiempo. Entre el oleaje sangriento de la gran Revolución francesa, juzgaba él que hubiera sido, por su talento, un Mirabeu; por su valor, un Lafayette; mas entre los cenagosos remolinos de la Revolución española del 68, tan sólo fue, a juicio de los que le conocieron, como político, un

pobre demonio; como  
caudillo, un gran mentecato.

Aquellas dos grandes figuras de aristócratas renega  
dos como él, le  
sedujeron por completo; mas el peluquín del uno y l  
a casaca del otro le  
venían grandes, y al querer amalgamar en sí mismo a  
quellas dos  
personalidades, rompiendo los lazos morales como el  
primero, y  
seduciendo a las multitudes como el segundo, result  
ó tan sólo un bribón  
infatuado. Así y todo, hizo papel, porque hay Aríst  
ides grandes y  
Arístides chiquitos; Cincinatos de dos en libra, de  
tres al cuarto y de  
ochavo la \_jartáa\_, que es como venden en Andalucía  
los higos chumbos.

Este, pues, higo chumbo revolucionario no llegó des  
de la aristocrática  
piña en que había nacido hasta la plebeya cuna en q  
ue vino a florecer,  
ni por peripecias dramáticas, ni por trágicas revol  
uciones: llegó  
naturalmente, con suavidad, como tras de la hinchaz  
ón viene el pus, y  
tras el pus la gangrena. Llegó resbalando sin viole  
ncias por la  
voluptuosa pendiente que lleva del placer al vicio,  
del vicio a la  
aberración, de la aberración al tedio, al desencant  
o, al espantoso  
vacío del corazón que produce vértigos en la cabeza  
y despeña al hombre  
en todas las locuras y en todas las infamias, en bu  
sca de placeres  
nuevos que despierten su sensualismo embotado, de i  
mpresiones  
desconocidas que sacien la voracidad de sus concupi  
scencias estragadas.

Nada hay más peligroso para el hombre que pasar en breve tiempo por todas las ilusiones de una larga vida; y Jacobo, con ese afán de gozar que caracteriza la sociedad presente, que teme dejar para mañana el placer de que puede disfrutar hoy, que precipita las edades y pasa de la infancia a la vejez decrepita, suprimiendo la juventud si es que por juventud se entiende esa edad venturosa en que brotan del corazón nobles impulsos y bullen en la mente generosas ideas, que constituyen más tarde, después de solidificadas, los grandes caracteres; Jacobo, decíamos, había recorrido aquella larga jornada en menos de treinta años...

A los quince, libre ya de ayos y maestros, era el \_sietemesino\_ más galán que aspiraba a afeitarse, y dirigía cotillones en los grandes salones de la corte; a los veinte, era un afortunado tenorio de mala ley, que hacía gala en el Veloz Club de sus aventuras escandalosas; a los veinticinco, era un perdido aristocrático, elegante, modelo, que no retrocedía ante una estocada de mentirijillas, ni ante un steeplechase, ni ante un copo de veinte mil duros, y derrochaba los millones de su mujer con la misma facilidad con que la varilla encantada de un mágico hace fluir del centro de la tierra tesoros escondidos y guardados por gnomos y salamandras.

A los treinta había visto, como Salomón, \_cuncta qu

ae flunt sub sole\_,  
pero no comprendía, como él, que todo fuese vanidad  
y aflicción de  
espíritu, sino que lloraba como Alejandro, porque n  
o había otro mundo de  
goces que disfrutar; y seco su corazón, embotada su  
inteligencia por el  
prematureo desarrollo de sus pasiones, arruinada su  
casa por locas  
prodigalidades, era un fruto podrido que no había m  
adurado nunca, un  
hombre en la flor de la vida a quien faltaba el obj  
eto de la vida, un  
ruinoso despojo del placer y la impiedad, que no in  
terrogaba como Hamlet  
lo eterno, sino que se arrastraba por todos los rin  
cones de lo terreno,  
buscando un charco de placeres desconocidos en que  
zambullirse y  
revolcarse y gozar...

Entonces, por curiosidad, por diversión, por aburri  
miento, por encontrar  
en las tenebrosidades del misterio algo desconocido  
que se resolviese en  
placer y en dinero, se hizo hombre político. Gariba  
ldi le inició en las  
logias de Milán, y Prim le introdujo en Inglaterra,  
en el complot que  
grandes traidores urdían contra el trono de España.  
..

La Revolución triunfó, y a las agitadas emociones d  
el conspirador  
sucedieron en Jacobo las halagüeñas embriagueces de  
l triunfo, las  
cínicas rapacidades de pretor romano, las ruidosas  
apoteosis de arcos de  
cartón y farolillos de papel a que le llevaban en h  
ombros masas  
estúpidas arrastradas por su verbosidad, multitudes  
frívolas, que, por

tener algo de mujer, prendábanse de su gallardía y gentileza y se prometían llevarle a defender la soberanía popular en los escaños del Congreso, a él, aristócrata orgulloso, tan sólo de nombre renegado, que se reía de ellos llamándoles paletos, babiliecas y burgueses mentecatos, y corría, al separarse de estrechar sus manos, a lavarse y enjabonarse y perfumarse, para echar lejos de sí aquel insoportable \_hedor de la canalla\_...

A poco abríase en su vida un paréntesis negro, tenebroso, ante el cual la maledicencia misma se detuvo aterrada, temerosa de resbalar en un charco de sangre...

Un día, el 27 de diciembre, un trabucazo tendió en la calle del Turco a la audacia más temeraria que dio impulso a la Revolución. El general Prim había sido asesinado, y su amigo íntimo, su portaestandarte, el marqués de Sabadell, indicado ya para la cartera de Fomento, desaparecía súbitamente de la corte, a la misma hora en que corría la falsa nueva de que las heridas del general no eran de muerte y se habían escapado de sus labios terribles revelaciones.

Prim murió, sin embargo, el día 30, llevándose a la tumba la clave del misterio, y tres meses después publicaba la \_Gaceta\_ un real decreto nombrando al marqués de Sabadell ministro plenipotenciario de la corte de España en Constantinopla. «Me he convencido--escribía al presidente

del Consejo el nuevo embajador--que mis disposiciones naturales son para la vida de Oriente, y pongo todas mis ilusiones en El Cairo, Bagdad, Ispaham o Constantinopla.»

El resultado de estas ilusiones no tardó en presentarse.

Una mañana, la cadina Sarahí no se asomó a su adorada celosía para mirar las azuladas montañas del Asia, y la puerta de su quiosco permaneció cerrada. Susurrábase en el palacio que la noche antes había resonado un lamento y vístose dos sombras que se perdían en el laberinto de corredores oscuros, llevando una cosa negra...

El centinela de la torre del mar de Mármara había escuchado sobre el agua un golpe siniestro.

A la mañana, al otro lado del Bósforo, apareció en la orilla opuesta el cadáver de un eunuco estrangulado. Desde la embajada española, allá en lo alto de Pera, veíase flotar sobre el límpido azul de las olas su largo levitó oscuro, ceñido por el zurriago de cuero de hipopótamo, insignia de su clase, que había servido de dogal.

El embajador no pudo verlo; había salido aquella noche de Constantinopla con tan grande urgencia, que sólo llevaba por equipaje una pequeña maleta de mano... Y con esta pequeña maleta de mano hemos visto a Jacobo llegar al \_Grand Hôtel\_, después de merodear dos meses por las logias más tenebrosas y los garitos más elegantes de Itali



a.

El ministro fugitivo de Constantinopla hallábase alojado en el cuarto piso del hotel, en una habitación de doce francos diarios, hartamente opulenta para quien sólo contaba en el mundo con tres millones de deuda al 15 por 100, y sobrado mezquina para lo que juzgaba indispensable a su decoro el excelentísimo señor don Jacobo Téllez-Ponce Melgarejo, marqués consoorte de Sabadell.

A la luz de un candelabro de color que ardía en uno de los extremos de la chimenea, devoraba Jacobo los periódicos españoles que relataban el nuevo cambio político acaecido en España y los franceses que lo comentaban haciendo pronósticos y formulando juicios, Frecuentes exclamaciones y aun palabras groseras que se escapaban de sus labios revelaban en él esa sorda cólera que despiertan en el ánimo violento las grandes contrariedades.

Arrojó al fin los periódicos y agitándose furioso un instante, y apretando los puños llenos de rabia, quedóse largo tiempo pensativo, hundido en la poltrona en que se hallaba sentado, contraída la boca, frunciendo el entrecejo, fijos los ojos en el fuego de la chimenea, cuyas movibles llamas prestaban a su rostro un resplandor rojizo.

Hubiérase dicho que meditaba un crimen, y también que lo había decidido, cuando, dando un fuerte puñetazo en el br

azo de la poltrona,  
se levantó de repente. El espejo que coronaba la chimenea reflejó  
entonces su fisonomía descompuesta, y al verse allí retratado tuvo uno  
de esos miedos solitarios, pueriles, que cortan de un solo golpe a la  
audacia sus alas gigantescas.

Miró en torno suyo: en la alcoba, forrada de papel oscuro, se movía  
suavemente una cortina a impulsos del aire levantado por él mismo al  
moverse. Arrojóse a ella vivamente y la descorrió de pronto, y riéndose  
entonces de sus miedos infantiles, dirigióse a una gran cómoda de nogal  
que había en el fondo.

Sobre ella hallábase abierta y extendida la pequeña maleta, y en el  
cajón superior, cerrado con llave que tenía él en su bolsillo, estaba la  
cartera de viaje. Sacó el gran cartapacio que dentro venía, y púsolo  
sobre un velador que había en el centro.

Resonaron en esto pasos en el corredor de fuera, y Jacobo corrió  
vivamente en puntillas a la puerta, escuchó un instante, y con el menor  
ruido posible echó la llave por dentro. Escogió entonces, en un pequeño  
\_nécessaire\_ de viaje, un instrumentito con mango de e Carey, una especie  
de limeta para las uñas, con hoja delgadísima y perfectamente afilada, y  
púsose a caldearla con gran cuidado en la llama de la chimenea.

Aún vaciló un momento, y miró a todas partes otra vez, y prestó oído

atento a los lejanos rumores del bulevar, bocanadas de locura y de placer que escalaban las ventanas, y se decidió por último.

Con ligereza suma introdujo la hojilla caldeada por debajo del lacre del cartapacio, y haciéndola girar lentamente, desprendió el sello tan entero y tan intacto, que de nuevo podía volverse a pegar sin rastro alguno de fractura. Después púsolo con grande precaución en un extremo del velador, sobre una hoja de papel blanco.

Quedó abierto el misterioso cartapacio, y Jacobo, con avidez no exenta de temor, púsose a registrarlo. Dentro venía una carta en italiano, no muy larga, de la misma letra, gorda y corrida, del sobre, firmada por Vittorio Emmanuele; venían también otros dos grandes sobres en blanco, sellados con la insignia de la francmasonería, un compás y una escuadra, cruzados en forma de rombo, sobre lacre verde.

Mirólos Jacobo por todos lados, sin muestra alguna de sorpresa, y con la misma habilidad y ligereza de antes, arrancó también los sellos de ambos: el primero contenía un gran pliego, escrito de letra menuda, marcados sus párrafos con números romanos en forma de artículos, y anotados varios de ellos al margen, por la misma letra gorda de la carta y el sobrescrito.

Jacobo leyó todo ello con atención, mas sin sorpresa, y como si todo lo que allí se trataba le fuera conocido; tan sólo al

recorrer los últimos  
artículos en que el nombre del marqués de Sabadell  
aparecía consignado,  
una sonrisa truhanesca entreabrió sus labios mientr  
as murmuraba:

--¡Ah, pillo!...

Llególe entonces el turno al último paquete, que er  
a el más voluminoso:  
abriólo con mucho tiento, por haberse pegado una es  
quinita del sobre, y  
al punto salieron de él otros dos en blanco, y un t  
ercero en que venía  
escrito un nombre que hizo a Jacobo pegar un salto,  
murmurando una de  
esas palabrotas groseras, familiares en momentos de  
cólera o sorpresa  
aun a personas que presumen de cultas.

Habíase quedado estupefacto; latíale el corazón, te  
mblábanle las  
rodillas, y revolvía aquellos papeles con el ansia  
temerosa, el gozoso  
terror, si así es posible sentirlo, del débil hombr  
ecillo que se  
encontrara de repente entre las manos fabulosas riq  
uezas de un gigante  
formidable que no ha de dejárselas arrebatarse. Por d  
os veces dirigió una  
mirada furtiva a la puerta, como si temiera verla a  
brirse, a pesar de la  
llave que la cerraba por dentro.

Había allí un verdadero arsenal de cartas y papeles  
comprometedores,  
importantísimos por los nombres que los firmaban, p  
erfectamente  
ordenados y clasificados en una especie de memoria  
adjunta, en que una  
pluma muy hábil había estampado datos interesantes  
y preciosas

observaciones. Era aquello un tesoro de gran valor,  
una palanca  
formidable que, bien manejada, podía dar al traste  
en breve tiempo con  
gran parte de los políticos revolucionarios que pul-  
ulaban en España.  
Eran letras de cambio pagaderas a la vista, que cua-  
quiera podía cobrar  
en poder o en dinero.

Todo lo devoró Jacobo línea a línea, letra a letra,  
pasando por todas  
las emociones de la sorpresa: el pasmo, el rencor,  
la esperanza, el  
recelo; hundiéndose ambas manos en su crespa cabell-  
era y apretándose el  
cráneo como para impedir que su atención se distraje-  
se; oprimiendo  
algunos de aquellos papeles entre sus dedos temblor-  
osos, como si  
quisiera indicar que eran suyos, que a él solo pert-  
enecían, y nadie en  
el mundo se los había de arrebatarse; a veces, detení-  
ase un instante,  
cerraba los ojos y respiraba con fuerza, como si le  
faltase el  
aliento...

Cuando acabó de leer estaba pálido, y la vaga y tem-  
erosa mirada que  
arrojó en torno expresaba la desconfianza, el temor  
que hace creer a  
todo criminal, aun en medio de un desierto, que le  
miran y le acechan  
ojos escrutadores.

Levantóse entonces y comenzó a pasear, haciendo ges-  
tos de temor y de  
alegría, piruetas de niño y de loco, parándose ante  
el espejo como si  
quisiera interrogar a su propia imagen, deteniéndose  
ante el velador

para coger las gotas de esperma que se deslizaban a lo largo de las bujías color de rosa, y estrujarlas entre los dedos haciendo bolitas con ademán reflexivo, imponente, amenazador...

De pronto pareció estorbarle la luz y las mató todas de un soplo; luego abrió la ventana de par en par, y la muchedumbre, siempre compacta, de París, lo desafiaba, precipitándose por el bulevar entre torrentes de luz, sin detenerse un momento, sin descansar nunca, como un alma réproba condenada por Dios a una fiesta eterna.

Entre los remolinos de aquella muchedumbre y los mil cambiantes de luces de todos colores y reflejos, que asemejaban el bulevar al fantástico escenario de un baile de hadas, Jacobo sólo veía un pensamiento, un plan cuyas primeras líneas se le torcían a cada instante, empujadas por ideas opuestas, por inconvenientes inesperados, por temores fundadísimos que le hacían titubear, gimiendo de dolor como un niño caprichoso a quien quitan de las manos una golosina, rugiendo de rabia como un león encadenado a quien arrancan de las garras su presa; que esto era para él la idea de devolver aquellos documentos, de no quedarse con ellos utilizándolos en provecho propio, y siendo actor principalísimo en vez de mero instrumento... Mas ¿cómo responder entonces a la reclamación del terrible propietario? ¿Cómo evitar la sospecha de aquel robo, hecha a un ladrón sin duda, pero al fin y al cabo robo? ¿Cómo prevenir la venganza

terrible e inevitable que había de seguirse al descubrimiento?...

Entre las mil mojigangas ridículas de que tantas veces se había reído en las logias, destacábase entonces en su imaginación algo terrorífico, algo amenazador, que tomaba forma sensible en aquella palabra misteriosa que siempre había pronunciado riendo y recordaba ahora temblando:

--\_¡Neckan!\_ ¡Venganza!...

Preciso era obrar con prudencia y reflexionar, y pensar, y medir, y decidir sin tardanza...

Y, como si esperase hallar con el movimiento alguna de esas ideas que se ocurren de repente al volver una esquina o brotan en medio del arroyo, lanzóse a la calle después de encerrar en la cómoda todos los papeles, y siguió por el bulevar des Capucins, y entró por el de la Magdalena, y recorrió luego toda la calle Real, y entróse después por un laberinto de calles desconocidas, para volver a las dos horas al hotel, rendido, fatigado, sin haber pensado nada ni decidido nada tampoco...

Porque era Jacobo de esos hombres audaces a la vez que irresolutos, en quienes la reflexión, lejos de allanar el camino al entendimiento que plantea y tirar de la brida a la apasionada voluntad que se desboca, sólo consiguen enredar al primero en intrincadas imaginaciones, y exasperar a la segunda hasta hacerla saltar al fin,

de repente, de un golpe, cuando menos lo requiere la oportunidad y lo aconseja la prudencia. Caracteres por lo general fogosos, impacientes, que obran por brotes más bien que por razonamientos, y tomando por realidades las perspectivas de la imaginación, edifican sobre ellas fuertes castillos, sin más cimientos que el aire.

Por la escalera, agarrándose a la balaustrada, subí a renqueando un viejo, envuelto en un largo y amplio gabán de mackintosh, capaz de preservar de todas las humedades a un explorador del Polo.

Parecióle a Sabadell aquella estantigua el tío Frasquito en persona, y comenzó a subir ligeramente con la idea de alcanzarlo. Mas el viejo, al notar que le perseguían, zambulló el rostro en su gran cuello de pieles, y ocultando con presteza en el bolsillo del gabán algo que en la mano llevaba, entróse prontamente en el cuarto contiguo al de Jacobo. Quedósele este mirando sorprendido y receloso, y dudando entonces de que fuese el tío Frasquito, entró también en su aposento.

En el fondo de este había una puertecita de escape que dividía en dos un solo departamento, cerrado para ello con doble pasador por una y otra parte. Acercóse a ella Jacobo de puntillas y púsose a escuchar atentamente. Oyó entonces que echaba un fósforo el vecino y aseguraba la puerta del corredor cerrando la llave por dentro...



Oyó después  
acercarse a la débil puertecilla unos ligeros pasos  
que no ahogaba del  
todo la alfombra, y sintió un leve crujido en el pa  
sador por la parte  
opuesta...

Azorado, Jacobo dio un paso atrás conteniendo casi  
el aliento, y  
lanzando una mirada rápida a la cómoda que guardaba  
los papeles, sacó  
del bolsillo del pantalón un revólver de seis tiros  
... El vecino le  
espiaba, y en su acalorada fantasía vio ya el masón  
traidor los puñales  
de todas las logias de Italia dispuestos a reclamar  
le el precioso  
depósito.

El pestillo crujió de nuevo mientras tanto; indudab  
le era que el vecino  
lo echaba o descorría, y como natural era suponerlo  
echado, podía muy  
bien sospecharse que intentaban abrirlo. La puerta,  
charolada con gran  
primor, no presentaba agujero ni resquicio alguno q  
ue permitiera la  
vista.

Los ligeros pasitos volvieron a resonar otra vez al  
ejándose, y Jacobo  
tornó a acercarse con el revólver montado y el oído  
atento. A poco sonó  
una tos sospechosa; no era la pulcra, perfumada y c  
adenciosa tos del tío  
Frasquito, sino una tos asmática, tos de viejo, que  
recordaba esos  
crujidos peculiares que anuncian en las casas ruino  
sas el próximo  
hundimiento.

Otro ruido extraño vino a aumentar su zozobra: oyós

e un ligero golpe  
metálico, argentino, semejante al de la hoja de un  
puñal chocando con  
precaución sobre una superficie cristalina o marmórea; después, a  
intervalos y por largo rato, un ruido sordo de algo  
que frotaba con  
rapidez y ligereza...

Quizá el vecino afilaba el puñal, quizá lo estaba envenenando...

Todo quedó en silencio un breve rato; oyéronse después los ligeros  
pasitos en diversas direcciones; tornáronse a acercarse a la puerta,  
sintiéndose tras ella el roce del vecino sospechoso que espiaba, y más  
tarde, al dar la una en el reloj del hotel, oyóse un golpe semejante al  
de un cuerpo pesado que cae sobre un colchón de muelles; después un  
¡Aaaaaah! prolongadísimo, un bostezo formidable, que vino a tranquilizar  
a Jacobo.

Nadie que va a matar se prepara bostezando.

Tranquilo ya entonces, aunque siempre receloso, puso el revólver sobre  
la mesa, y con el deleite del avaro que revuelve sus tesoros, engolfóse  
de nuevo en la lectura y examen de los papeles.

De repente saltó otra vez azorado en el asiento, echando mano al  
revólver: en el cuarto vecino había resonado un salto violento, pasos  
precipitados, varios golpes en la puerta, y al punto una voz cascada,  
angustiosa, que gritaba en castellano:--¡Socorro!...  
¡Socorro!...

Después, con el intervalo de un lamento, volvió a escucharse en francés:

--\_Au secours\_!... \_Au secours\_!...

--IV--

De malísimo humor volvió aquella noche al \_Grand Hôtel\_ el tío

Frasquito: había aguantado dos horas el aristocrático aburrimiento del

Círculo de la Unión, \_sancta sanctorum\_ del \_Faubourg Saint-Germain\_

masculino, en que tan escasos profanos logran entrada franca, y es, por

lo mismo, objeto codiciado por todos los vanidosos ilustres. Siempre la

gallina del vecino nos parece una pava, y bostezar en compañía de los

Montmorency y los Rohan no deja de tener cierto encanto, aun para los

que suelen unir sus bostezos a los de los Osunas y los Medinacelis.

Solía quejarse el tío Frasquito con harta frecuencia de dolor de muelas,

y aprovechaba esta ocasión para desplegar toda la boca con gesto

doloroso, poniendo de manifiesto una magnífica dentadura, limpia, igual

y blanca, como las teclas de un piano que le había costado diez mil

francos en casa de Ernest, famoso dentista de Napoleón III.

Lamentábase entonces de sufrir dolores tan acerbos con una dentadura

tan sana, y guardábase muy bien de añadir que radicaban estos en cierta muela rezagada, única propia, existente allá en los confines de sus encías, como una piedra miliaria en mitad de un desierto.

La impresión del frío prodújole a la salida del Círculo una ligera punzada en la muela fósil, y apretó el paso sobresaltado para llegar pronto al hotel y tomar buchadas de elixir que le librasen de una noche toledana. En mitad de la escalera miró a todas partes con grandes precauciones, y no descubriendo alma viviente que sorprendiera su secreto, sacóse prontamente la dentadura y envolvióla en el pañuelo: eso le aliviaba mucho, y le desfiguraba tanto, que parecía entonces su fisonomía una burlesca caricatura de sí misma.

El tío Frasquito tenía su habitación en el piso cuarto, y al llegar al segundo, notó con sobresalto que alguien le seguía por la escalera... Apretó el paso azorado, y mirando por el rabillo del ojo, descubrió al marqués de Sabadell que subía de dos en dos los escalones, para alcanzarle sin duda. ¡Santo Dios, y qué apuro tan grande!

Zambulló la cara hasta las cejas en el gran cuello de pieles, guardóse prontamente en el bolsillo la dentadura y apretó a correr hasta llegar sin resuello a la puerta del aposento.

¡Perrrrverrsa suerrte!

Sabadell le seguía sin descanso, y deteníase al fin a la puerta del cuarto vecino sin osar acercársele, pero mirándole de hito en hito, extrañado, atento, receloso...

--¡Se tragó la parrtida!--pensó el tío Frasquito--.  
Mañana sabe todo  
Parrrrís que no tengo dientes.

Y afligido con esta idea, entróse atropelladamente en su cuarto, encendió la luz y corrió a asegurar la puertecilla de comunicación por la parte de dentro, temeroso de que el importuno vecino acechase sus secretos.

Este parecía, en efecto, abrigar intenciones perversas, porque el tío Frasquito percibía claramente del otro lado del tabique ruidos extraños que le desasosegaban, poniéndole nervioso; la puertecilla, sin embargo, no tenía rendija alguna traidora que diera paso a una mirada, y esto lo tranquilizó algún tanto.

Tomó sus buchadas de elixir, desaparecióle por completo el dolor de muelas y púsose a limpiar la dentadura, frotándola con un cepillo de mango atornillado de plata, que producía al chocar contra el cristal o el mármol del lavabo sonidos metálicos.

Hecha esta operación, comenzó el tío Frasquito a desprenderse de sus accesorios componentes para meterse en la cama; mas antes, en puntillas y ya en mangas de camisa, hizo un tercer viaje de exploración a la

puertecilla sospechosa; el vecino parecía tranquilo y el tío Frasquito emprendió el viaje de vuelta, dando largas y sigilosas zancadas, y tarareando muy bajo, con pueril satisfacción, aquello de \_Las Hijas de Eva\_:

Tranquila está la venta,  
No se oye ni un mosquito...

Quitóse con grandes precauciones la perfumada peluca y calóse prontamente un gorro de dormir de forma piramidal, terminado en una borlita: un sencillo y majestuoso \_casque à mèche\_, de aquellos que recomendaba Jerónimo Paturot a sus parroquianos por usarlos así monsieur Víctor Hugo. Sabido es que el \_bonnet de nuit\_ es entre los franceses una veneranda institución social que nivela todas las cabezas, como las niveló en otro tiempo la cuchilla de la guillotina. Felipe Augusto y el último de los albigentes aparecían tan iguales a la sombra del primero, como Robespierre y Luis XVI aparecieron siglos después bajo el filo de la segunda.

Media hora larga tardó el tío Frasquito en desarmarse de todo, y cuando envuelto en su largo camisón se dejó caer en la cama, Hubiérase dicho que el tío Frasquito que se acostaba era la raíz cúbica del tío Frasquito que, relleno y compuesto, se exhibía por todas partes.

A la luz de la palmatoria que sobre la mesilla de noche ardía púsose a

leer, según su costumbre, una novela del vizconde \_  
d'Arlincourt\_, para  
conciliar el sueño. Gustábale el género romántico,  
y pasábansele a veces  
las noches de claro en claro, cual si tuviese quinc  
e años, compadeciendo  
los dolores de alguna Clarisa o participando de las  
ternezas de algún  
Adolfo. La primera cabezada del sueño hízole dar co  
n las narices en la  
mesilla de noche, y el libro rodó por el suelo: inc  
linóse, sin embargo,  
a recogerlo, porque el capítulo era interesante y q  
uería terminarlo.

A poco, un fuerte olor a trapo quemado llegó a sus  
narices, haciéndole  
incorporarse con sobresalto, temiendo los riesgos d  
e un incendio. Miró a  
todas partes; nada se descubría por ningún lado que  
denunciase el voraz  
elemento, y, sin embargo, el tufillo o trapo quemad  
o seguía dándole en  
las narices con progresiva persistencia.

Asomó la cabeza fuera de las cortinas del lecho, mi  
ró bajo la almohada,  
entre las mantas, en la fosforera de porcelana que  
sobre la mesilla  
tenía... ¡Nada, nada! Quizá había caído alguna pren  
da de vestir en la  
chimenea: algún calcetín, algún pañuelo...

El tío Frasquito saltó fuera de la cama y corrió al  
lí muy alarmado...  
¡Tampoco!... El fuego ardía en la chimenea moderada  
mente, y la espesa  
grille metálica que la cerraba no permitía el paso  
a ninguna brasa.

--¡Cosa más singularr!...

¿Sería quizá en el cuarto vecino, o en el corredor de entrada, o tal vez en el bulevar, algún incendio formidable que hiciera penetrar a través de las maderas sus inflamados miasmas? El tío Frasquito corrió primero a la puerta de entrada, a la de comunicación luego, y a la ventana por último, sin encontrar rastro alguno de incendio, con las narices abiertas, olfateando siempre y percibiendo, mientras más se movía de una parte a otra, el alarmante tufo más marcado.

--Perrro, señorr, ¿qué se quema?... ¡Si esto parece cosa de magia!--pensaba el tío Frasquito, en camisa, en mitad del aposento, con los brazos cruzados, el cuello tendido, y dirigiéndose a los cuatro ángulos sus narices dilatadas y sus ojos muy abiertos.

Parecióle entonces sentir un calorcillo alarmante en lo alto de la cabeza, y miró al techo... ¡Nada tampoco!... Volvióse rápidamente, y un grito de espanto se escapó de sus labios al verse frente a frente de un espejo... En él se reflejaba su estrafalaria figura, cubierta por el largo camisón y coronada por el gorro de dormir, en cuya punta brillaba una rojiza llamita... ¡Cielo divino, allí estaba el incendio!

El miedo no raciocina nunca, y el que sintió el tío Frasquito impidióle comprender que la borlita del gorro se había inflamado en la palmatoria al inclinarse para recoger en el suelo el malhadado libro... Perdió,



pues, del todo la cabeza el pobre viejo, lanzóse al timbre eléctrico, corrió luego a la puerta pidiendo socorro, y aporreando después la de Jacobo, gritó de nuevo:

--\_Au secours\_!... \_Au secours\_!...

Abrióse entonces violentamente la puertecilla y apareció en ella Jacobo, revólver en mano... Imposible era reconocer al tío Frasquito en aquel esperpento, y Jacobo no vino en la cuenta de quién era hasta que tendiendo el fantasma hacia él los brazos abiertos, gritó angustiado:

--¡Jacobó!... ¡Jacobó!...

Este, sin comprender nada todavía, dióle por primera providencia un gran sopapo en la cabeza, y el gorro inflamado rodó por el suelo,--dejando al descubierto una calavera monda y lironda, blanca y reluciente como un melón invernizo.

Fue todo aquello una grotesca escena de sainete, acabada en un segundo, y, sin embargo, aquella pequeña y ridícula trivialidad de la vida decidió para siempre de la suerte de Jacobo...

El criado de servicio en aquel departamento llamaba, atraído por el timbre, a la puerta del cuarto; comprendió entonces el tío Frasquito lo ridículo de la situación, y cada vez más angustiado, calóse prontamente una gorra de pelo, envolvióse en un abrigo de pieles, púsose la dentadura y refugióse en el aposento de Jacobo, dic

iéndole a este medio  
lloroso y suplicante:

--¡Contesta tú, Jacobito!... ¡Que no me vean!...

Entonces, de repente, entre la espesa bruma de temores y perplejidades que envolvía la mente de Jacobo como una cerrazón del océano, paralizando su natural audacia, brotó un punto luminoso... El tío Frasquito era rico, influyente, tenía entrada en todas partes, y aquella ridícula aventura le ponía en su poder atado de pies y manos, dadas las femeniles manías del presumido viejo. Las torcidas líneas de su plan comenzaron al punto a enderezarse, y una idea germinó al fin en su mente, vaga todavía e indecisa, pero visible ya, como el capullo del gusano de seda a través de su sedosa borra.

Despidió al criado, disculpando al tío Frasquito con una alarma infundada, apagó el gorro, todavía inflamado, en la jofaina llena de agua, abrió un poco la ventana para renovar el aire y volvió presuroso a su cuarto, donde el tío Frasquito le aguardaba.

Este, sosegado ya y tranquilo, hallábase arrellanado en la poltrona, al calor del fuego; cuando entró Jacobo, examinaba atentamente, con aire de aficionado, los tres sellos de lacre arrancados a los cartapacios por el masón traidor y olvidados en su azoramiento encima de la mesa.

Los papeles estaban a buen recaudo, encerrados bajo llave en la cómoda

del fondo.

--¡Qué alboroto más necio!--exclamó el tío Frasquito al verle.

Y queriendo atenuar lo ridículo de la escena, no dándole importancia alguna, añadió en seguida:

--¿Qué sellos son estos?... No los conozco...

El tío Frasquito coleccionaba sellos diplomáticos, según ya dijimos, y tenía un álbum de curiosos ejemplares que compraba a precios muy subidos. Días antes había pagado doscientos francos por un sello antiguo de cera de Yacoub Almanzor, que ostentaba en letras árabes esta hermosa leyenda: «Que Dios juzgue a Yacoub, como Yacoub hay a juzgado».

--La corrrona esta es de Italia: corrrona rreal sobre la cruz de Saboya--prosiguió el tío Frasquito--. Uno idéntico tengo de Víctor Manuel, perrro estos otros no los conozco...

Embarazado Jacobo al ver en manos del tío Frasquito aquella prueba flagrante de su atentado, no contestaba, y el viejo, volviendo y revolviendo en todas direcciones los dos sellos verdes, preguntaba sin cesar:

--¿De quién son?... ¿Te sirven?

Jacobo, más y más embarazado, contestó por decir algo:

--¿A que no lo aciertas?...

--¡Toma!--exclamó de repente el tío Frasquito--. ¡Y a lo creo! El compás y la escuadra y la rramita de acacia en medio... ¡T orrrrpe de mí! ¡Si esto huele a logia que trasciende!...

Jacobo se echó a reír forzadamente, y el tío Frasquito, con el ardor de un amateur que tropieza con una ganga, añadió entusiasmado:

--Pues me los vas a darr, Jacobito... De estos no tengo ninguno, y son curriosísimos... Supongo que no te servirán; a lo menos, uno me llevo...

¡Cosa extraña y, sin embargo, harto común en caracteres como el de Jacobo! Cuatro horas llevaba este batallando consigo mismo sin osar decidirse, y de repente, en un momento, con cuatro palabras tan sólo, quemó sus naves y decidió su suerte.

--Llévate los tres, si quieres--dijo encogiéndose de hombros.

\_Alea jacta est\_!... Una vez entregados los sellos, imposible era colocarlos en su lugar y devolver los papeles, conservando copia de ellos, como había sido su primera idea, y hacía preciso correr los riesgos de aquel audaz atentado, sin que hubiese ya lugar al arrepentimiento. Aquel punto luminoso le deslumbraba sin duda, o el capullo de su idea iba poco a poco aclarando la borra nebulosa en que antes aparecía envuelto.

El tío Frasquito no se hizo repetir la invitación: envolvió los sellos con gran cuidado en el papel en que se hallaban puestos y guardóselos prontamente en el bolsillo, como si temiese que Jacobo revocase la dádiva. Este le miraba hacer con una extraña sonrisa, y cuando el terrible papelito desapareció en el bolsillo del viejo, murmuró en lengua turca:

--\_¡Olsum!\_[11]...

[Nota 11: Amén.]

Y levantándose de pronto, propuso al tío Frasquito pedir un \_bowl\_ de \_punch\_ bien caliente. Excusóse este, dando por pretexto lo avanzado de la hora; mas Jacobo, con frases cariñosas y expresivas y cierto aire melancólico que sentaba muy bien a su varonil hermosura, le instó a que se quedase. ¿Iba a negarle aquel rato de expansión? ... ¡Estaba tan triste, tan abatido, tan solo en el mundo!

Miróle el tío Frasquito extrañado, y la curiosidad, que es la fuerza de resistencia más sufrida que se conoce, le clavó en el asiento... Quizá iba a despejar la X misteriosa que se debatía aquella misma tarde en la terraza del \_Grand Hôtel\_, la incógnita que representaba la presencia intempestiva de Jacobo en París, abandonando su Embajada de Constantinopla. El tío Frasquito recordaba haber aprendido en el Colegio Imperial, allá cincuenta años antes, aquello de Horacio: «\_Fecundi

calices quem non fecere disertum?»». Y el ponche fue aceptado con disimulado entusiasmo.

Horacio no se equivocó, en efecto: Jacobo comenzó a inter pocula sus confidencias, hablando lentamente, muy bajo, a ratos, como un hombre agobiado de pena que destila gota a gota por los labios la amargura que inunda su alma... Abrumábase el peso de un remordimiento, de una espantosa catástrofe de que había sido él causa involuntaria, obligándole a huir de Constantinopla con el corazón hecho pedazos y la conciencia salpicada de sangre...

El tío Frasquito pegó un brinco en el asiento, abriendo los ojos tamaños, y Jacobo inclinó la cabeza entre las manos, mirando atentamente su copa vacía y guardando silencio.

--¡Hombre, hombre... eso es serio!--murmuró el viejo asustado; y como viese que el otro prolongaba su silencio, tiróle de la lengua, diciendo:

--Sería cuestión de faldas, sin duda...

--O de pantalones, que para el caso viene a ser, en Turquía, lo mismo--replicó Jacobo.

Y de repente, de un tirón, con el violento esfuerzo de un hombre que arroja lejos de sí un peso que le abrumba, refirió con todos sus detalles la terrible historia de la cadina Sarahí... El tío Frasquito escuchaba con la boca abierta, encogiéndose, encogiéndose en

la poltrona,  
convencido de su pequeñez, a medida que lo novelesco y lo terrible agigantaban en su imaginación la figura del héroe de aquella aventura legendaria, de que era el primer confidente y esperaba ser futuro cronista... Y a la idea de ser el primero en lanzar a los cuatro vientos de la publicidad la trágica aventura, el tío Frasquito se alargaba, se alargaba en la poltrona, hasta hombrearse con el héroe como la sombra se hombrea con el cuerpo y el eco con la música, y Homero con Aquiles, y el inmortal Virgilio con el divino Eneas. ¡Y pensar que era ya demasiado tarde para correr de casa en casa aquella misma noche dando la noticia!...

Jacobo leía en la cara de babieca del tío Frasquito lo que allá para sus adentros iba pensando, y no pudo contener una sonrisa de triunfo al ver conseguido su primer intento. Al día siguiente, la historia de la cadina correría por París entero, justificando gloriosamente su fuga de Constantinopla, y rodeándole a él de la aureola de lo novelesco, de lo absurdo, de lo imposible; pedestal el más alto sobre el que suele colocar sus ídolos de un día el público de papanatas ilustradas, que anda a caza de novedades y cuentos.

Harto conocía Jacobo aquel público, y necesitaba y le bastaba un solo día para sentar seguramente el pie en el nuevo terreno a que sus planes le llevaban. Quiso, sin embargo, remachar el clavo,

y levantándose sin  
decir palabra, fuese a la maletilla abierta sobre l  
a cómoda, revolvió un  
poco y arrojó después sobre el velador, delante del  
tío Frasquito, un  
pequeño objeto, diciendo:

--¡Único recuerdo de mi idilio de Oriente!...

Era una babucha, pero una babucha inverosímil por s  
u tamaño, de raso  
blanco, con puntera de filigrana de oro y lazos de  
pluma de cisne  
sujetos con esmeraldas: una preciosidad artística,  
cortada sin duda  
alguna a la medida del pie de un hada, y hecha, más  
bien que para  
encerrar un pie humano, para guardar joyas y dijes  
sobre el tocador de  
una dama.

El tío Frasquito se quedó pasmado, viéndose otra ve  
z chiquitito,  
chiquitito como el \_little man\_ Carlos Statton, que  
podía bañarse en  
aquella ponchera, y figurándose a Jacobo alto, alto  
como el Napoleón de  
la columna de Vendôme, que mira a los hombres por l  
a coronilla...

Un deseo irresistible, tentador, nació entonces en  
su alma y se detuvo  
en sus labios tímido y respetuoso. Hubiera dado su  
más preciada joya, su  
dentadura misma de Ernest, por tener tan sólo veint  
icuatros horas aquella  
presea de la cadina y pasearla por todos los salone  
s y enseñarla a todos  
los curiosos, desempeñando así un \_bout de rôle\_ en  
aquella novelesca  
tragedia que había de ser al día siguiente tema obl  
igado de todas las



conversaciones. París entero correría a postrarse ante aquel exótico zapato y él sería entonces el sumo sacerdote que mostrase la reliquia a la turba de noveleros.

Y como si Jacobo leyese en su frente aquel deseo, y desde las alturas de la columna de honor en que el viejo le colocaba se dignase realizarlo, le dijo de pronto:

--Tío Frasquito..., hazme un favor...

--¿Qué?...

--Guárdate eso...

--¡Perrro, hombre!...

--¡Sí, sí!... Llévatelo y que no lo vea más... Para mí es un recuerdo triste, y para ti es un \_bibelot\_ curioso, que puedes colocar encima de tu mesa...

--Perrro, Jacobito, hijo..., no sé si debo...

--Sí debes, hombre, sí debes... Ahí llevas la zapatilla de Ceneréntola; el día en que encuentres una mujer que pueda calzársela, ese día me la devuelves.

--Pues entonces es mía parra siempre--replicó el tío Frasquito encantado--. No creo que fuerria de Turquía se calcen en las mujeres con hojas de lirrio.

Despidióse al fin el tío Frasquito de Jacobo con las mayores muestras de

cariño, y no bien se vio a solas en su cuarto, comenzó a examinar la babucha por todos lados, acabando por meter dentro las narices... Retirólas, sin embargo, al punto, haciendo un gesto de disgusto: no encontraba allí aquel suave perfume de Smirna, mezcla de áloe y de incienso, que se figuraba él había de dejar dondequiera que se posase el pie de una odalisca: lejos de eso, olía mal, muy mal--y el tío Frasquito fruncía la boca y arrugaba las narices--; olía a una cosa rara, así como mezcla de cuero sin adobar y engrudo medio podrido.

Miró entonces a la suela, y estaba esta limpia, flameante, como si jamás se hubiera puesto en contacto con el suelo, ni sufrido la presión de la más ligera golondrina... ¡Hum!... ¿Si resultaría después de todo que el tal Jacobito era un grandísimo embustero, que le había encajado una sarta de mentiras?...

Y pensando en esto, el tío Frasquito quedóse largo rato inmóvil, mirando atentamente la suela del zapato, como si interrogase a la Esfinge... Encogióse al fin de hombros: después de todo, aunque la reliquia resultase apócrifa y tuviera que ver con la cadina lo que sus calzones de él con los del gran Turco, nada se perdía en ello... \_Se non è vero, è bene trovato.\_ ¡Mayores \_pamphlets\_ había visto él correr por el mundo!...

De pronto se acordó de una cosa importantísima, y c

orrió a dar discretos  
golpecitos en la puerta de Jacobo; este, con su truhanesca sonrisa  
estereotipada sobre los labios, ocupábase en aquel momento en esconder  
en el último rincón de la maleta la babucha compañera de la regalada al  
tío Frasquito. La historia de la cadina era cierta, mas la babucha  
habíala comprado él en el Gran Bazar, por mero capricho, a uno de esos  
viejos turcos de rostro impasible, ojos de vidrio, enorme turbante y  
caftán naranjado, que recuerdan todavía en la Constantinopla moderna los  
tiempos de Bayaceto y Solimán el magnífico. El tío Frasquito asomó  
tímidamente la cabeza, diciendo:

--Jacobito, Jacobito..., dispensa... Me parece lo mejor que no digas  
nada de aquello...

--¿Y qué es aquello?

--Pues hombre, aquello... Lo del gorro, lo del incendio.

--¡Ah, ya!, ni siquiera me acordaba.

--¡Pues claro está! Es una tontería... Pero y a tú ves; ¡la gente  
es tan necia!... Se ríe de todo y lo pone a uno en ridículo...

--Descuida, hombre, descuida... ¿A quién voy yo a contar semejantes  
sandeces?

--Pues, buenas noches, Jacobito... Dispensa... Si ocurre algo, pega en  
el tabique... Yo tengo el sueño de un pájaro; en

eso parrrezco un  
viejo...

El tío Frasquito acostóse al fin muy satisfecho, pensando en mañana, y al apagar la luz, esta vez con grandes precauciones, tuvo un escalofrío de espanto... Parecióle que se arremolinaban las tinieblas en medio del aposento y surgía de ellas mismas el eunuco estrangulado, con el dogal al cuello, los ojos fuera de las órbitas, el paso lento, la mano extendida, fría, yerta, que se alargaba, se alargaba hacia él... y le tiraba de las narices.

El tío Frasquito se tapó la cabeza con la sábana, apretó mucho los ojos y por tres veces se santiguó muy de prisa.

--V--

El certamen de belleza femenina, celebrado primero en Spa y luego en Budapest, despertó en la condesa de Albornoz la felicísima idea de hacer circular por toda Europa artística y civilizada la suya propia. Verdaderamente, era para ella una desgracia llamarse Albornoz, porque de ser su nombre menos ilustre, hubiera corrido a la capital del antiguo reino de los Esteban y Vladimiro a disputar el premio de la hermosura a Cornelia Szekely, la húngara laureada.

No pudiendo, pues, ganarlo en persona, ideó ganarlo

en efigie,  
discurriendo para ello hacerse retratar por Bonnat  
y enviar la obra  
maestra de exposición en exposición, para que, apod  
erándose de ella el  
buril y la fotografía, no quedara rincón del mundo  
en que se ignorase  
que la condesa de Albornoz tenía los ojos, según la  
frase de Diógenes,  
pasados por agua. Así y todo, creíalos ella, allá e  
n las morbosas  
excitaciones de su amor propio, capaces de realizar  
el sueño de  
Alejandro y de Napoleón: someter el universo.

Esta idea trascendental deteníala en París desde el  
mes de noviembre, y  
tres veces por semana dignábase \_posar\_, para bien  
de la humanidad, en  
el estudio del gran artista. El retrato debía de es  
tar concluido para la  
próxima exposición de Viena, y costábale el caprich  
ito la friolera de  
cuarenta mil francos. Carillo era, sin duda, ¿pero  
para qué, si no, le  
había dado Dios el dinero?

Aquella mañana había enviado Currita un recado a Bo  
nnat para que no la  
aguardase, a causa de tener que acompañar a su maje  
stad la reina a la  
capilla expiatoria del bulevar Haussman. Las once h  
abían dado ya en el  
reloj del \_Grand Hôtel\_, y Kate, la doncella ingles  
a, prendía con dos  
largas agujas de oro en la cabeza de Currita la riq  
uísima mantilla  
española de encajes con que se proponía la dama qui  
tar la devoción a los  
pocos que la tuviesen, en las honras fúnebres del i  
nfortunado Luis XVI.

La duquesa de Bara habíale ya avisado con su doncella que le estaba aguardando, para ir juntas al palacio Basilewsky, y Currita, nerviosa e impaciente, preguntaba sin cesar a Kate si el señor marqués no había vuelto.

--No, señora--respondió la doncella.

--Pero ¿a qué hora salió?... ¿Cómo ha madrugado tanto?

--Si no ha salido...

--¿Pues cómo es eso?

--Porque desde anoche no ha vuelto.

--¡Ya!--exclamó Currita.

Y mirándose en el espejo, se arregló con sumo cuidado un rojo ricito que con gran prudencia encubría sobre su frente una mancha de pecas.

La duquesa de Bara, cansada de aguardar, llegó en busca de la perezosa.

--¿Pero, Curra, qué haces?... ¡Mira que la reina estará aguardando!...

--¡Vamos, vamos, Beatriz!... Parece que no conoces a la señora: las doce nos darán sin salir de la cámara.

Y observando que completaba también la toilette de luto de la duquesa una mantilla española, exclamó muy alborozada:

--¡Mujer, hemos tenido la misma idea!... ¡Qué delicia!... Les grands

esprits se rencontrent\_...

--Para representar a España, no se podía ir de otra manera... Lo que siento es no haber pensado en el abanico...

--Pues por lo mismo compré yo ayer uno... Míralo, no es feo... ¿Quieres otro igual? Kate te lo traerá en un momento: lo compré en la \_Compagnie Lyormaise\_, ahí, a la vuelta de la esquina.

La duquesa, ante la perspectiva de un abanico gratis, sintió aminorarse su prisa. Era un abanico muy bonito, de nácar quemado, muy oscuro, con país de seda negra. Kate lo pagaría en la tienda, y ella se olvidaría, de seguro, de pagarlo a Kate; porque en estas cosas de pagar era la duquesa mujer muy distraída... Al salir Kate, avisó que el señor marqués había vuelto.

--Dispensa un momento, Beatriz--exclamó vivamente Currita--. Voy a decir adiós a Fernandito.

La duquesa hizo un gesto de complacencia íntima ante la ternura conyugal de su amiga.

--¡Qué par de tórtolos!--dijo--. Te aseguro que me das envidia.

Y Currita, con patética entonación, contestó desde la puerta:

--Verdaderamente que es un don del cielo no haber tenido en catorce años de matrimonio un solo disgusto.

Fernandito acababa de llegar, y a la verdad que no eran sus trazas de haber estado rezando el rosario. Traía en pie el cuello del gabán, ajada la camisa, un apabullo en el sombrero, rojos e hinchados los ojos, y trascendíale el aliento a vino trasnochado. Quedóse muy sorprendido y turbado a la vista de Currita, y con la forzada sonrisa del escolar que encubre una picardihuela con una mentira, le dijo:

--He estado a ver a los antropófagos... En el Jardín de las Plantas.

Ella, con tiernísima solicitud, exclamó muy alarmada:

--¡Jesús, Fernandito, me dan miedo esas cosas!... ¿Están sueltos?... ¿Muerden?...

--¡Ca, no!... Si son unos negros cualquiera... ¡Más feos!...

Y se abrochaba con disimulo el gabán, para ocultar a Currita que llegaba su consideración a los antropófagos hasta el punto de visitarlos a las diez de la mañana, de frac y corbata blanca. Ella, con su sencillez columbina, no reparaba en esto, y se apresuró a preguntar con ingenuidad adorable:

--¿Hiciste mi encargo?

--¿Qué encargo?...

--¡Pues me gusta!... ¿No te dije que fueses a ver a Jacobo Téllez?...



--¿A Jacobo Téllez?... ¿Y quién es Jacobo Téllez?

--Pues, hombre, Jacobo Sabadell, el marido de mi prima Elvira.

--¡Ah, ya!... Si yo creía que se llamaba Benito...

En los claros ojos de Currita brilló un relámpago de ira, y a poco más pierde su mansedumbre.

--Y aunque se llamara Policarpo--exclamó--. ¿Es razón esa para no hacer lo que te digo?...

--Pues nada, hija, se me olvidó. ¿Qué hemos de hacerle?

--¡Ir ahora mismo! ¿Te enteras?... Y convidarlo a almorzar... Mira que a mi vuelta he de encontrarlo aquí contigo.

--Bien, hija, descuida, así se hará... ¿Dices que se llama Benito?

--¡Dale con Benito!... Se llama Jacobo, y es un muchacho distinguidísimo, a quien quiero que consideres como mi primo que es.

Currita disertó un momento sobre el amor de la familia y el imperioso deber que tiene todo ciudadano de estrechar estos lazos venerandos, y dejando ya convencido a Fernandito, marchó a reunirse con la duquesa.

Al subir al carruaje ambas damas, apareció el tío Frasquito presuroso, muy lozano, pulcro y resplandeciente, haciéndolas señas de que le aguardasen. Subió con ellas al coche, sacó del bols

illo una curiosa  
cajita de cartón y púsola sobre sus rodillas. Las d  
amas le miraban  
atónitas y él sonreía picaresco; levantó al fin la  
tapa con mucho  
misterio, y entre perfumados papeles de seda aparec  
ió la babucha.

Mientras tanto, Jacobo, sin salir de su aposento de  
l Gran Hôtel, daba  
vueltas a su proyecto. La claridad de juicio va en  
razón directa de la  
conveniente distancia a que se contemplan los hecho  
s, y al despertar  
aquel día, libre ya de las perplejidades y angustia  
s que atormentaban su  
ánimo, pudo apreciar su situación con exactitud ver  
dadera.

Las líneas de su plan aparecieron entonces claras y  
firmes en todos sus  
contornos, a la manera que después de una inundació  
n y cuando las aguas  
se retiran, aparece distintamente la altura de los  
collados y lo extenso  
de los llanos y lo profundo de los valles. Encontró  
se entonces Jacobo  
con que sus collados eran montañas, y sus llanos de  
siertos, y sus valles  
abismos...

Y lo peor del caso estaba en que el primer abismo q  
ue se abría a sus  
pies y le era forzoso salvar, habíalo abierto él co  
n sus propias manos  
la noche antes, por jugarlo todo impremeditadamente  
a una sola carta,  
olvidando que era su juego de cartas dobles y compl  
icadas. Porque la  
babucha comprada en el Gran Bazar y la necesidad del  
tío Frasquito iban a  
colocarle aquel mismo día en lo alto de la columna

del escándalo, en la  
gloriosa picota de la moda, que asentaba esta vez s  
us cimientos sobre  
los cadáveres de dos seres degradados, muerto el un  
o con un dogal,  
cosida la otra a puñaladas y arrojada en su saco de  
cuero, sin expirar  
todavía, viva y palpitante, en lo profundo del mar  
de Mármara.

Mas desde aquella columna, donde se podían dictar l  
eyes al mundo del  
fausto y del escándalo, sólo se lograba inspirar de  
sprecio y repugnancia  
invencible a ese otro mundo, no más pequeño, pero s  
í más desconocido, de  
la honradez y la virtud, y justamente en aquel mund  
o callado y oculto  
era donde se escondía la persona que a toda costa n  
ecesitaba él en  
aquellas circunstancias... ¿Y quién ponía ya diques  
al viento? ¿Quién  
sujetaba al tío Frasquito, que babucha en mano reco  
rría ya las calles de  
París en busca de un pedacito de celebridad, de un  
solo rayito de la  
aureola del héroe?...

Preciso era tirar por otro camino, y la casualidad  
trajo a Jacobo quién  
había de indicárselo. Era este Diógenes, que acudía  
muy de mañana,  
atraído por el dinero que se le figuraba traer el p  
lenipotenciario, como  
los buitres acuden al olor de la carne muerta.

Diógenes no era como Sabadell, que jamás se apeaba  
de su papel de gran  
señor, y lo mismo gastaba en boato y en caprichos e  
n tiempo de las vacas  
gordas que en tiempo de las flacas, con la sola dif  
erencia de pagar en

los de aquellas y no pagar en los de estas. Diógenes, por el contrario, vivía en una modesta *\_maison meublée\_*, y sentábase de diario a la primera mesa que hallaba puesta, sin esperar a que le invitasen, por cierta especie de derecho de cuchara que garantizaba su poquísima vergüenza, por una tradición constante que la inveterada costumbre había convertido en ley escrita en las pandectas de la *capigorronería* madrileña. Cuando tenía dinero lo derrochaba espléndidamente, y cuando no lo tenía, pedíalo prestado, con la intención jamás retractada de no pagarlo nunca, según su axioma favorito: *Cobra y no pagues*, que somos mortales.

Aquella mañana habíase propuesto almorzar con Jacobo y llevárselo después al *\_Petit-Club\_* a tirar de la oreja a Jorge, con ánimo deliberado de darle por el camino algún *\_sablazo\_* bien dispuesto.

Su sorpresa fue, pues, grande cuando Jacobo, con la austeridad de un *san Pablo* primer ermitaño y la fortaleza de un *san Antonio* en el desierto, se negó rotundamente a salir del hotel, diciendo que había jurado no pisar el impuro suelo de París, que jamás tomaría en la mano una carta y que no pareciéndole ya conveniente marchar a Madrid a causa del cambio político, había decidido salir a la mañana siguiente para Biarritz, donde pensaba intentar una reconciliación con--¡polaina!--¡con su mujer!...

Escuchábale Diógenes en silencio, mirándole de hito en hito, clavados en sus ojos los suyos, abotagados por la borrachera continua. Cuando acabó de hablar, díjole muy serio:

--¡Vamos!... Tú dices lo del gitano del cuento: ¡Señó! Toos píen el pan de cada día... Yo sólo pío que me pongan donde lo h aiga, que ya yo me arreglaré...

--No te entiendo...

--Pues vaya más claro... Tú dices: mi mujer ha ganado su pleito con la Monterrubio y tiene una porción de miles de renta.. . Yo tengo el hambre del hijo pródigo; pues me voy allá y me como el ternero...

Alborotóse Jacobo al oír tan fielmente expresado parte al menos de su pensamiento, y con aire de dignidad ofendida, exclamó:

--Te aseguro...

--¡Vamos, Jacobito!... ¡Si conoceré yo a los cojos en el modo de andar!...

--Te digo...

--¡Si sabré yo el lino que cardo, Jacobito!...

--Creo lo que quieras, pero yo...

--¿Si querrán los pollos engañar a los recoveros?, pichón dorado... Mira niño: ni tú tienes vergüenza, ni yo tampoco; pero p

ara ser pillo, lo  
primero que se necesita es talento, y cuando tú vas  
, ya estoy yo de  
vuelta. ¿Estamos?...

La dignidad sublevada de Jacobo pareció sosegar-se m  
ucho, y después de un  
momento de silencio, preguntó:

--Según eso, ¿te parece mi plan un disparate?...

--¿Un disparate? Para ti, un negocio redondo; para  
ella, un robo a mano  
armada.

--¿Y crees que Elvira...?

--¿Se dejará robar?... ¡Pues ya lo creo!... Lo que  
es por ella, en  
cuanto le guiñes el ojo... Si te quiere, hombre; te  
quiere lo mismo que  
el primer día en que la engañaste. ¡Mentira parece!  
...

--Pues entonces...

--Entonces, queda el rabo por desollar.

--¿Y de quién es ese rabo?...

--Amigo mío... del padre Cifuentes.

--¡Ya!... Ya me lo habían dicho.

--Pues no te engañaron.

Quedóse Jacobo un momento pensativo, y rascándose d  
espués levemente la  
cabeza, añadió con su truhanesca sonrisa:

--Entonces... será preciso confesarse con el padre  
Cifuentes.

Diógenes se puso muy serio.

--Mira, Jacobo--le dijo--. ¿Me ves tú a mí?... Soy un truhán, un borracho, un perdis, que todo lo que no sea matar, todo lo he hecho... Pues para que veas: las cosas de Dios yo las respeto... Las respeto, porque lo mamé. ¡Polaina! Lo mamé con la leche... No soy bueno porque no quiero jorobarme siéndolo; pero al que se joroba y lo es, yo le venero; que no porque merezca yo un presidio dejo de conocer que hay quien merece la gloria; y no porque me revuelque en un lodazal dejo de ver que hay estrellas en el cielo...

Jacobo escuchaba estupefacto la extraña salida de Diógenes, que pronunciaba su arenga babeando la ancha bocaza, dando golpes, ora en su propio pecho, ora en la mesa.

--¿Y a qué viene todo eso?--preguntó al fin Jacobo.

--¿A qué?... A que dejes tranquila a tu mujer, porque sólo con pensar en ella la manchas.

--¡Pues me hace gracia!... ¡Valiente paladín le ha salido a la Elvirita!... ¿Y dónde han hecho ustedes su compadrazgo? Supongo que no será en el confesonario del padre Cifuentes.

--No, por cierto... La veo y la he sabido apreciar en casa de María Villasis, que es su amiga íntima.

--¿Conque amiga íntima de tu íntima amiga la Villas is?... ¡Ahora lo entiendo!... ¿Y qué hace esa perfecta viuda, como la llamaba la de Bara en otro tiempo?... Supongo que te habrá sucedido con ella lo que sucede con los perros chinos, que de puro feos hacen gracia... ¿Y mi mujer, será, sin duda, vuestra confidente?...

--¡Alto ahí, canalla, o te rompo el morro!--exclamó Diógenes poniendo su formidable puño en las narices mismas de Jacobo--. ¿Qué es lo que buscas tú? ¿Dinero?... Pues ahí tienes a la de Albornoz; una... pelona como tú, que te dará lo que quieras... ¿Qué más te da, llámame Jacobo que monsieur Alphonse?...

¡Oh!... Jacobo se incomodó esta vez de veras, porque jamás le habían refregado por la cara una verdad tan áspera. Contúvose, sin embargo, porque sabía cuán terribles eran las embestidas de Diógenes, y con forzada sonrisa contestó:

--Mira, Diógenes, la borrachera de ayer te dura todavía... ¿En qué cabeza cabe sino en la tuya, de bala rasa, que fueras a yo a venderme a mi mujer por un puñado de duros?...

--Amigo, cuando no dan más en la puja, hay que decir lo del otro gitano del cuento... Se confesó de haber robado tres pesetas, y el cura le dijo: «¿No te da vergüenza, infeliz, de condenarte por tres miserables pesetas?...» «¿Y qué quería usted que \_jiciese\_, si no había más?...»



Aquí interrumpió la disputa el marqués de Villamelón, que entraba restaurado ya por completo de sus desperfectos de la mañana. Al verle Diógenes, cogió prontamente un periódico y púsose a leer junto a la chimenea, en el lado opuesto.

El marqués fuese derecho a Jacobo, que ceremoniosamente se levantaba para recibirle, y apretándole ambas manos, díjole con grande afecto:

--Adiós, Benito, ¿cómo te va?... Tú siempre tan famoso...

Y con protectora afabilidad dióle dos cariñosas palmaditas en el hombro izquierdo.

--Dispensa que no viniera a verte ayer, Benito--prosiguió Villamelón, sentándose--. Pero en este París, ¿me entiendes?, no hay tiempo para nada... Curra te espera a almorzar. ¿Lo sabes?... A las dos: un poco tarde quizá; pero hoy está de servicio con la reina. ¿Me entiendes?

Ofendióse la altivez de Jacobo con los aires protectores del héroe del combate \_navo-terrestre\_ de Cabo Negro, y quiso declinar fríamente la honra del convite; mas Villamelón le atajó la palabra, diciendo:

--¡Nada, nada, nada! ¿Me entiendes?... No admito excusas, Benito; y Curra se ofendería de muerte. ¿Sabes?... Tiene debilidad por la familia, y lo que es por ti, delira. Siempre está con Benito

arriba, Benito  
abajo...

Diógenes gritó desde su asiento:

--Pero, Villamelón..., quiero decir, ¡majadero!...  
¡Si no se llama  
Benito!...

--¡Ay! Es verdad, que era... ¿Cómo era?...

--Jacobo.

--¡Eso es, Jacobo!... Pues dispensa, Jacobo; pero tengo una memoria  
infelicísima, y lo peor es que cada día se me va de  
bilitando...

Quejábase con harta razón Fernandito de su falta de  
memoria, síntoma  
fatal a veces de los reblandecimientos cerebrales.  
Mas Diógenes, que no  
perdonaba ocasión de descargar su terrible mandoble  
, púsose a recitar  
como si leyera en el periódico:

Hablando de cierta historia,  
A un necio se preguntó:  
--¿Te acuerdas tú?--Y respondió:  
--Esperen que haga memoria.  
Mi Inés, viendo su idiotismo,  
Dijo risueña al momento:  
--Haz también entendimiento,  
Que te costará lo mismo.

Jacobo y Villamelón se miraron entre sí, miraron de  
spués a Diógenes, y  
tornado a mirarse ambos, echáronse a reír, diciendo  
al cabo Fernandito:

--¡Qué cosas tiene!... No hay más remedio que dejar  
lo o matarlo. ¿Sabes,

Benito?...

--VI--

El tío Frasquito no podía ya con las piernas, y esforzándose en vano por discurrir algo parecido a la hazaña de Churruca en Trafalgar, cuando privado también de una de las suyas por una bala de cañón, siguió mandando el combate desde el puente del navío metido en un tonel de afrecho.

¡Oh!... ¡Si aquello le hubiese sucedido a él veinte años antes, cuando en un solo día hizo sesenta y nueve visitas para anunciar el primero aquel famoso casamiento que alistaba en el número de sus sobrinos a Luisito Bonaparte, el conde consorte de Teba!

Y lo peor del caso era que cuando, a las cuatro de la tarde, volvió al Gran Hôtel rendido y desalentado por no haber podido enseñar más que a las dos terceras partes de la colonia española la babucha apócrifa de la cadina, encontrarse con que la trágica historia tenía una segunda parte, interesantísima también, pero pía, devota, sentimental, romántica, en que cabía a su persona no sólo el papel del cronista, sino el de agente poderoso, de intercesor efficacísimo, de \_ama de llaves de la Providencia\_, que hubiera dicho Diógenes, en el bello final de aquel

drama que comenzaba su acción en las barbas del Sultán e iba a terminarse bajo el manto del padre Cifuentes. Acorde el tío Frasquito de Matilde y Malek-Adhel, y se sintió enternecido; la emoción le produjo un golpe de tos violentísimo, que fue necesario calmar con tres caramelos de malvavisco.

Porque Jacobo había acudido a él de nuevo en demanda de auxilio y abiértale su corazón hasta lo más recóndito. Era singular lo que por él pasaba, y en vano había intentado explicárselo. La noche antes daba vueltas en el lecho, inquieto y desvelado, viendo desfilar en su memoria los treinta y tres años de su vida cargados de placeres, de aventuras, azares sin mañana, flores sin raíces, gozos sin recuerdo, locuras sin felicidad que le causaban entonces en el ánimo la impresión de repugnancia que causa al estómago ahito e indigesto el recuerdo de manjares sustanciosos.

El tío Frasquito le escuchaba atento y boquiabierto, creyendo ver apuntar en el corazón apasionado de Malek-Adhel aquellos alborotos misteriosos que trocaron los de Rancés y Mañara... Mas de repente, dejando Jacobo el tono sentimental de su perorata, preguntóle en prosa llana dónde andaba a la sazón su mujer Elvira.

El tío Frasquito hizo una mueca de disgusto, como si viera trocar a Malek-Adhel el blanco turbante por el sombrero de copa alta, o le

hicieran saltar de una página de Madame Cottin a otra de la \_Guía de forasteros\_.

--¿Elvirrrra?--contestó--. Pues no sé, perrro debe de estar en Biarrrriz... Ayerrr dijo la López Morrrreno que la había visto.

Quedóse Jacobo mudo y pensativo por un momento, y el tío Frasquito, reventando de curiosidad, se apresuró a añadir muy atento y oficioso:

--Perrro si quierrrres noticias cierrtas, yo conozco a una persona que puede dármelas.

--¿Quién?...

--El padre Cifuentes.

--¡Hombre!... ¿Conoces tú al padre Cifuentes?...

--¡Ya lo crreo! Si es mi sobrino: hermano de madrre de la Vegallana...

Es hijo de Tonino Cifuentes, que fue subsecretario de Estado en tiempo de Iztúrrriz, y entró en la Compañía, cuando...

--¿Pero está también en Biarritz?

--No: está aquí en Parrrís; en la rrue de Sévres... Desde el 68 no ha estado en España sino de paso.

Y con cierto delicado recelo, añadió tímidamente:

--¿Quierrres que lo vea?...

--No... Quiero verlo yo mismo.

El tío Frasquito brincó otra vez emocionado, viendo ya a Malek-Adhel fundando, como Rancés, una Trapa, o un hospital como don Miguel de Mañara... ¡Todo, todo iba saliendo lo mismo, igual, idéntico que en la \_Favorita\_!... Fernando, \_la bella del Re\_, fray Baltasar... Faltaba tan sólo el convento, y ansioso él de poner la primera piedra, se apresuró a decir:

--Pues te llevarrrré cuando quierrras.

--Mañana mismo.

--Conformes.

Cautamente, sin embargo, el tío Frasquito, y deseando prevenir en el ánimo del novicio las deficiencias que pudiera tener en su papel de fray Baltasar el padre Cifuentes, apresuróse a decirle que era este un cuitadito, un infeliz sin pizca alguna de mundo, que hablaba \_oportuno\_ y \_importuno\_ del infierno, pintando unos diablitos feos y groseros que en nada se parecían a los diablillos correctos, perfumados, elegantes, que se figuraba el tío Frasquito de frac y corbata blanca, pelo rizado, guardaba en el ojal, monóculo en el ojo izquierdo y un lazo de color de fuego en la punta del rabo.

--Porrrque mirrrra, la verrrrdad--prosiguió con aire de íntima confianza--.

Yo soy muy católico, muy creyente, perrro lo que es el clerrro, deja mucho que desearr en todas parrtes... No se encuentra un sacerrdote que

nos conozca bien, que sepa amoldarse a nuestro modo de sentir, al modo de sentir de las gentes de nuestro círculo... El mismo padre Cifuentes, el otro día, en el entierro del general Tercena, me dio la tarde, hijo, me dio la tarde... empeñado en convencerme de que yo me había de morir también, y que era menester prepararse y pensar en lo eterno... En fin, hijo, me angustió, ¡me angustió de verrras!... Y cuando lo de Pepita Abando, ¿tú no sabes?... Estuvo atrozo, atrozo, cruelísimo... Una muchacha tan buena, tan elegante, tan carritativa, que nunca tuvo más pasión que Pablo Verrra, y todo Madrid lo sabía y lo sancionaba, y hasta su mismo marido se hacía cargo... Pues nada, hijo, el padre Cifuentes no se lo hizo: se puso malo Pablitos, y Pepita, ¡clarro está! atropelló por todo, y se instaló a su cabecerra. Avisarron al padre Cifuentes, y este contestó que no podía entrarr en aquella casa sin que Pepita salierrra prrimerro... ¡Figúrrrate tú qué exigencia!... Ella se negó, por supuesto, y Pablitos también, y por más vueltas que dierrron parrra convencer al santo varrrón de que errra una crueldad separrrrarlos, y que todo el mundo le criticarrría a ella abandonarrlo en la última horrra, nada, nada, nada... Têtu, como un arrragonés: se metió las manos en las mangas y dijo que no, que no y que no, y lo dejó morrrirr como un perrro. Y eso que iban ya a pedir la bendición a Su Santidad y todo, todo...

--Te advierto esto--prosiguió el tío Frasquito, empujando el  
dedo--porque si piensas consultarle alguna... vocación o  
confesarre...

--¿Confesarme yo?--exclamó muy ofendido Jacobo--. ¿  
De dónde sacas tú  
eso?

--Como decías que deseabas hablarle...

--¿No es el padre Cifuentes el confesor y el director íntimo de mi  
mujer?...

--Sí, por cierto...

--Pues lo que yo quiero exigir de él es que obligue  
a Elvira a acceder a  
mis pretensiones.

--¿Perrro cuáles son tus pretensiones, Jacobito?--preguntó el tío  
Frasquito muy alarmado.

--Una muy sencilla y muy cristiana... Reunirme con  
mi mujer y olvidar  
todo lo pasado.

--¡Aaah..., yaaa!--exclamó el tío Frasquito estupefacto y desolado, al  
ver que la Trapa se quedaba sin fundar, y el hospital sin concluir, y el  
novicio sin tomar el hábito.

Y rabiosillo y enfurruñado de que la leyenda de Mal  
ek-Adhel tuviera el  
ramplón desenlace de cualquiera comedia moratinesca  
, dejóse llevar de su  
espíritu de chismografía hermafrodita, diciendo:



--Perrro ¿has meditado bien tus pretensiones?

--\_Je parecen acaso imposibles\_?...

--Hombrrre, imposibles no... ¿Perrro sabes tú la vida que Elvirrra hace?

--Justamente iba a preguntártelo.

El tío Frasquito hizo dos o tres visajes remilgados de ¡reviento si no lo digo!, y contestó titubeando:

--Hombrrre, te dirrré... La cosa es pública... perrro yo no sé si debo...

--¿Pues no has de deber, tío Frasquito?--exclamó Jacobo violento y azorado--. Yo tengo el derecho de preguntar, y tú, si eres mi amigo, tienes el deber de responderme.

--¡Ya lo crreo que soy tu amigo, Jacobito! ¿Lo dudas?... Y lo fui de tu padre, y de tu abuelo... Quierrrro decirr... a tu abuelo lo conocí siendo yo una criaturrra... Perrro hay ciertas cosas...

--¿Pero qué cosas?... ¡Dilas, hombre, dilas!...

--Pues mirrra, Jacobo, la verdad... Tu mujerr ha dado mucho que hablarr en todas partes...

--¿De veras?...

--Lo que oyes: siento mucho decírtelo, perrro es muy cierrrto... Está \_déclassée\_, hijo, \_déclassée\_ por completo. Todo Madrid le ha dado de

lado, y sólo se trata con mi sobrina Villasis, ¡otra que tal!... Perrro siquierrra esta es mujerr de arranque, y gasta y hace ruido...

--¿Pero qué es lo que hace Elvira?...

--¡Horrorrrrrres, Jacobito, horrorrrrrres!... Empieza porque desde que se separrrró de ti, no se la ha vuelto a verr en ninguna parrrte: ni en un teatro, ni en un baile, ni en la Castellana, ni siquierrra un domingo en casa de Montijo... Dicen que está fanatizada... Carmen Tagle tuvo una doncella que había estado en su casa ¡y contaba unas cosas!... Siempre detrás de los criados, porque hoy errra día de ayuno, y mañana de Misa, y al otro día de vigilia... En fin, insufrible; ninguno le paraba... ¡Y ella, unas rridiculeces!... Decían que dormía sobre una tarrrima, y ayunaba a pan y agua, y a ejemplo de no sé qué varrrrón piadoso, se disciplinaba con un gato[12].

[Nota 12: En la vida de V. P. Eusebio Nieremberg se cuenta, que solía disciplinarse con uno de esos instrumentos de garfios de hierro llamados \_gatos\_, y sin duda a este \_gato\_ y a este varón ilustre, son a los que alude el tío Frasquito.]

--¡Qué atrocidad!... ¿Con un gato?... ¡Pero eso es imposible!...

--Pues, hijo, así lo asegurraban... no te puedes figurrarr lo que nos rreímos una noche en casa de Carmen Tagle, discutiendo el asunto...

Algunos pensaban que el gato estarrría muerrto; lo que es así, también yo me disciplinaba... Lo mismo podía hacerrse con un plumerro...

Jacobo pareció tranquilizarse por completo al oír los \_horrorrrres\_ que el tío Frasquito le relataba, y cortóle el hilo del discurso, diciendo:

--¡Bah!... Si no es más que eso, de mi cuenta corre desfanatizarla.

El tío Frasquito iba a replicar muy disgustado, pero Jacobo le atajó la palabra, preguntándole:

--¿Y cómo vive Elvira?... ¿Gasta mucho?...

--¡Ca!... Si parrrece la viuda de un cesante... Está seca, desgavilada; ella, que tenía un cuerpo tan airrroso, tan elegante... En fin, hijo, un día la vi en casa de mi sobrina Villasis, y me parrreció hasta sucia... Como si parrra serr santa se necesitarrra serr puerca, cuando el aseo es una virrtud que se ejerrcita con agua fresca y un estropajo... De la casa no te digo nada, porque no la he visto: tres veces estuve allí porrr currriosidad, y no me rrrecibió ninguna. Perrro vive en un principal muy modestito, allá, junto a las Carbonerarras...

--Eso no es extraño; la pobre debe andar mal de cuartos.

--¡Ca!, no lo creas... ¿Perrro tú no sabes?... Si está rrica; como que ganó el pleito con la Monterrrrubio y debe de tenerr

de quince a veinte  
mil durrros de rrrenta.

--¡Hombre!... ¡Lo siento!--exclamó Jacobo muy pesaroso.

--¿De verrrras?

--Y tan de veras... Porque siendo ella más rica que yo, no faltarán malas lenguas que atribuyan al interés mi vuelta a su lado...

--¡Oh, no, no, Jacobito, porr Dios! ¡Porr Dios, Jacobito!... ¡Quien piense eso..., no te conoce!

--En fin, ya lo veremos... Lo que importa ahora es que yo me entienda con el padre Cifuentes.

--Pues si te parrrece, mañana irrremos.

--Sin falta.

El tío Frasquito, resignado con el giro clásico que tomaba la leyenda, convino con Jacobo la hora en que habían de hacer a l otro día la trascendental visita, porque el arrepentido esposo quería marchar a Biarritz cuanto antes.

Despidiéronse al cabo protector y protegido, y aquel, para lanzar al público sin pérdida de tiempo la noticia, corrió a ponerse, desde luego, de punta en blanco para sus nocturnas correrías, y bajar de seguida a la terraza del hotel, donde toda la colonia española esperaba, como siempre, la llegada del correo.

Pero ni la incertidumbre de nuevas desdichas en la madre patria, ni los mil chismes que por la patria adoptiva corrían, lograron apartar la conversación general de la novelesca historia de la cadina, cuya apócrifa babucha habían contemplado todos, después de algunas prudentes precauciones que, para la mise en scène, juzgo indispensable el tío Frasquito. Porque temeroso este de que algún ánimo suspicaz pusiese en duda lo auténtico de la presea, apresuróse antes de presentarla a la veneración pública a frotar la suela sobre el pavimento, a fin de que apareciese usada, y a desvirtuar con ricas esencias aquel importuno hedor a zapato nuevo que la noche antes había despertado en sus narices dudas tan peligrosas.

La duquesa de Bara no había encontrado todavía ocasión oportuna de hacer el análisis crítico de la solemnidad religiosa--política a que había asistido horas antes, y hasta la señora de López Moreno, reina destronada de Matapuerca, habíase olvidado por un momento de la honra insigne que al día siguiente la aguardaba. La duquesa le había anunciado que su majestad la reina se dignaba recibirla, y a renglón seguido, como quien no quiere la cosa, habíale pedido prórroga para el pago de aquellos piquillos que hacía varios años le adeudaba.

--¡Pues no faltaba más!... ¡Lo que usted quiera!--había contestado la

generosa acreedora.

Y a renglón seguido también, y como quien no quiere la cosa, había plantado esta estaquita matrimonial, con sonrisa indagatoria:

--Lucy y Gonzalito (primogénito de la duquesa), encantados de verse juntos... ¡Qué pareja tan mona hacen!... Hoy se han ido al \_Skating-Rink\_, porque Gonzalo está enseñando a patinar a Lucy...

La duquesa pescó al vuelo la indirecta, y contestó tan sólo con una sonrisa que encubría este pensamiento:

--¡Estás fresca!... ¡Cualquier día te cobras, endosándome a la niña por nuera!... ¡Una duquesa de Bara, \_née\_ López Moreno! ¡Dios nos asista!

Currita, por su parte, guardaba aquella tarde un solemne silencio, hijo de una rabieta de dos mil demontres que le bailaba por dentro. Jacobo había desairado su almuerzo con el frívolo pretexto de que necesitaba descansar del viaje, y ella había descargado su ira sobre el indefenso Villamelón, que sentado a su espalda, en actitud pensadora, se consolaba de los rigores de su esposa pensando en las musarañas y distrayendo su imaginación con vivos recuerdos de su visita a los antropófagos.

Leopoldina Pastor alborotada por ciento, proponiéndose referir a Octavio Feuillet la historia de la cadina para que escribiese un cuento

original, y lamentándose de que Jacobo Sabadell no apareciese por ninguna parte, aguardándole todos tan impacientes para tributarle el justo homenaje de admiración que su novelesca aventura les inspiraba, tan distinto del frío recibimiento con que le habían acogido la víspera.

Apareció entonces el tío Frasquito, vestido ya de gran gala, cargado de perfumes y de noticias, que, como las burbujas al hervor del agua, anunciaba en su rostro una significativa y prolongada sonrisa. La inesperada resolución de Jacobo causó en el auditorio sensación profunda, y cuando el tío Frasquito anunció que el héroe pensaba marchar a Biarritz quizá al día siguiente, dos personas, Diógenes y Currita, no pudieron contenerse... Levantóse el primero y fuese derecho al tío Frasquito como si quisiera pegarle, y la segunda, sin que denunciase su violenta ira más que una extraña vibración en su dulce vocecita, comenzó a vomitar injurias y vituperios contra la marquesa de Sabadell, su muy amada prima, con gran pasmo de Villamelón, que recordaba todavía el sermoncito sobre el amor de la familia que había escuchado aquella mañana.

La grey femenil hizo coro a los vituperios de Currita, y todos convinieron en que la marquesa de Sabadell era una intriganta, una beata hipocritona, una mala esposa que, habiendo campado por su respeto diez años entre curas y monaguillos, quería ahora oscure

cer al pobre Jacobo  
bajo la tutela del padre Cifuentes, y que era caso  
de conciencia y  
obligación imprescindible de todo fiel cristiano ar  
rancar a la pícara el  
antifaz y advertir al cándido muchacho el lazo que  
le tendían.

Diógenes, que, a mitad del camino pareció hacer de  
repente al tío  
Frasquito gracia de la vida, arremetió briosamente  
contra la hueste  
femenina, diciendo que era maldición de gitanos: «;  
en lengua de hembras  
te veas!»; que quien dijo mujer, dijo demonio, y qu  
e de tan mala ralea  
era la casta, que todos, todos los bichos, hasta la  
s chinchas,  
¡polaina!, eran mujeres...

Riéronse mucho todas las presentes de la ocurrencia  
de Diógenes, y este,  
más que por darles placer, por machacarles las lien  
dres, contóles  
entonces que Dios no había formado a nuestra madre  
Eva de la costilla de  
Adán, sino del rabo de una mona[13]... Porque aunqu  
e este fue su primer  
intento, y tenía ya la costilla en la mano para for  
mar de ella a la que  
había de ser causa de tantas desdichas, una mona qu  
e le miraba hacer  
atentamente, arrebatóle de repente el hueso y echó  
a correr para  
esconderlo en su madriguera. Quiso el Señor persegu  
irla y alcanzóla por  
el rabo; mas tan fuerte tiró la mona, que el rabo s  
e le arrancó,  
quedándosele al Señor en la mano. Encogióse entonce  
s de hombros y dijo:

[Nota 13: Este cuento y el siguiente son antiquísim



os cuentos populares de Andalucía, recogidos por el autor e inventados por el gracejo, profundo a veces, de los campesinos de aquella tierra. La sencillez misma de su forma y lo manifiesto de su inocente al par que picaresca intención, excluyen de ellos toda otra idea irreverente.]

--Para lo que voy a hacer, lo mismo da...

Y de aquel extraño utensilio formó a la madre del linaje humano.

Alborotáronse las damas con el cuento de Diógenes y Currita, pesarosa de haber dejado escapar en la explosión de ira algo que le convenía tener muy guardado, apresuróse a seguir la broma, diciendo:

--Pues mira, Diógenes, quizá tenga algo de verdad tu historia, porque a mí me contaron con respecto a la formación del hombre otra muy parecida. Dicen que Dios había criado ya a todos los animales; pero le faltaba todavía crear al hombre; era ya muy tarde y estaba cansado. Entonces, por ahorrarse tiempo y trabajo, cogió al primer animalillo que encontró a mano y le dijo:

--Mira, habla tú--y quedó formado el hombre.

Y al decir Currita: «Habla tú», dio un golpecito con la punta de su abanico en el hombro del marqués de Villamelón, su caro esposo. Este interpretó la seña como una muestra de reconciliación, y sonrió

satisfecho, dulce y placentero, mientras Currita, inclinándose a su oído, le dijo muy bajo:

--Mira, Fernandito..., me parece natural que vayas a ver si ha descansado Jacobo, y que le convides a comer.. Dile que le espero sin falta, porque tengo que hablarle de cosas que le interesan.

Anunciaron en aquel momento la llegada del correo y Diógenes aprovechó la confusión natural que esto produjo para acercarse al tío Frasquito y cogerle sin miramiento alguno por la abierta solapa de su rico gabán de pieles, que dejaba al descubierto una pechera inmaculada, en cuyo centro relucía, bajo la corbata blanca, una bellísima turquesa, celeste como el cielo.

Azoróse el tío Frasquito al verse solo y sin defensa en las garras de Diógenes, y procuró encubrir sus temores, acogiendo le humilde, sonriente, cariñoso, llamándole \_Perriquito\_, y ofreciéndole ricos cigarros que él no fumaba nunca, pero llevaba siempre a prevención para casos apurados. Mas Diógenes, fijando en él sus ojos abotagados por el ron y la ginebra, con el maléfico influjo de la serpiente que magnetiza al incauto pajarillo, le preguntó con muy malos modos después de un imperioso «¡oye, Frasquita!», si era cierto que andaba en compadrazgo con Jacobito.

¡Él, con Jacobito!... ¡Jesús!... Pues si justamente

era Jacobo una  
persona que le estaba reventando desde su cuarto y  
que sin saber por qué  
se le había indigestado... Verdad era que le había  
pedido una  
recomendación para su sobrino el padre Cifuentes, y  
él--claro está--,  
por salir del compromiso, le había ofrecido una tar  
jeta; ¿pero en qué  
cabeza podía caber que fuera él a acompañarle, ni a  
mezclarse en asuntos  
de familia, ni a meterse en \_tripotages\_ de mala le  
y con un loco  
semejante?...

Y mientras esto decía el tío Frasquito, iba poco a  
poco escurriendo  
escurriendo su solapa de manos de Diógenes, hasta q  
ue, libre al fin,  
abrochóse prontamente el gabán hasta la barba, para  
poner a cubierto su  
nivea pechera de cualquier acometida de Diógenes. E  
ste, dejándole hacer,  
tornó a preguntarle:

--¿Y cuándo se va Jacobo a Biarritz?...

--Mañana por la noche...

Y con ademán misterioso y tono de íntima confianza,  
añadió:

--Porr supuesto, que Jacobo sólo va allí al olorrci  
llo de los millones  
de la Monterrrrubio, que disfruta hoy Elvirrrra... ¿Y  
qué harrrrá ella?...  
Porque no cabe en cabeza humana que una muchacha ta  
n buena, tan santita,  
quierrra hacerr de nuevo ménage con ese Poncio Pila  
tos...

Diógenes le volvió la espalda sin preguntarle nada

más, y el tío  
Frasquito, gozoso de verse libre al solo precio de  
hacer traición a su  
amigo, corrió a noticiar a Currita que Diógenes tom  
aba partido por la  
Sabadell, y a lamentarse con la de Bara de que la p  
olicía correccional  
no pusiera coto, ni en España, ni en Francia, a los  
desafueros de aquel  
cínico viejo.

Este había salido de la terraza por el salón de lec  
tura, y entrando en  
un gabinete, cogió pluma y papel, y con letra inver  
osímil, púsose a  
escribir esta carta:

«Mi querida María...».

Aquí se atascó Diógenes, y rascándose la nariz con  
el cabo de la pluma,  
quedóse perplejo, hasta que añadió por fin al encab  
ezamiento esta  
reverente coleta:

«...muy respetada: Mañana sale de aquí para esa el  
perillán de Jacobito  
Sabadell, que lleva las de Caín, pues trata nada me  
nos que de intentar  
una reconciliación con su pobre mujer Elvira. Anda  
huído de  
Constantinopla, donde ha hecho no sé qué atrocidade  
s, y por lo visto ha  
olido que Elvira tiene dinero y quiere ahorrarle el  
trabajo de  
guardarlo. Mañana, antes de salir, tendrá una confe  
rencia con el padre  
Cifuentes, que \_Francesca di Rimini\_ le servirá de  
tercero...»

Aquí notó Diógenes que la concordancia era vizcaína  
, y añadió:

«...o de tercera. Te advierto todo esto por si puedes hacer algo por esa pobrecita, que será capaz de entregarse atada de pies y manos al bribón de su marido, si no hay alguien que la aconseje. Si sirvo yo para algo, incluso para romperle un esternón a Jacobito...».

De nuevo se detuvo Diógenes dudoso, por no saber a punto fijo si Jacobo podía tener uno o más \_esternones\_, y dispuesto sin duda a romperle cuantos tener pudiera, prosiguió al cabo:

«...avísame y ahí me tienes. Yo sigo tan campante con mis sesenta y dos auestas, caminito, caminito de esa cama del hospital que tantas veces me has pronosticado. ¿Llegará en el sesenta y tres?».

Y dando con esta pregunta por terminada la carta, firmóla como Antonio Pérez las suyas a \_milady\_ Richs:

«Perro desollado de vuestra señoría, \_Diógenes.\_»

«P. D.--Un beso a Monina.»

Y aquí se detuvo otra vez perplejo, meneó lentamente la gran cabezota, y su rostro granujiento tomó una expresión indefinible de ternura y de tristeza.

Aquella Monina, bellísima criatura de cuatro años, ídolo de su corazón por un fenómeno semejante al que hace a los grandes perrazos encariñarse con los niños, que le tiraba de las patillas y le hacía andar a cuatro

pies, guiándole ella por una oreja, había rechazado un día un beso de sus aguardentosos labios, diciéndole con infantil repugnancia:

--¡No..., que apesta!...

Y Diógenes, el cínico Diógenes, que se burlaba de la opinión del mundo entero y hacía gala de revolcarse en los más inmundos lodazales, sintió, ante la repugnancia de aquel ángel, que una gran vergüenza invadía su corazón y subía hasta su frente, tiñéndola de carmín, y asomaba a sus ojos llenándolos de lágrimas... Por tres días enteros estuvo sin beber una copa; al cuarto, rindióle el vicio otra vez; mas jamás volvió a besar a la niña.

Y entonces, a tan gran distancia del bello angelito, creyó faltar a su propósito escribiendo en aquella postdata la palabra \_beso\_, y borrándola con grandes tachaduras, puso en su lugar: «A Monina, que le llevaré un muñeco que dice papá y mamá». Después escribió en el sobre:

Mme. LA MARQUISE DE VILLASIS

\_Villa María.\_

\_Biarritz.\_

--VII--

El capricho de una soberana hizo en poco tiempo de un villorio olvidado uno de los centros más a la moda entre los semidioses que regulan sus costumbres, su lujo, sus necesidades y hasta su conciencia, a veces, por las extravagantes leyes de esta tirana caprichosa.

La emperatriz Eugenia levantó en Biarritz la ville Eugénie, y Biarritz quedó al nivel de Trouville, Dieppe y Etretat. Los españoles lo invaden en verano, los ingleses en invierno y los rusos en otoño, como si por turno quisieran disfrutar sus comodidades bastante problemáticas y sus encantos hartamente discutibles.

El lujo se apresuró a levantar allí villas y palacios; la especulación, hoteles y casinos; sólo la piedad se quedó con las manos quietas. En Biarritz apenas si existe una iglesia.

En la carretera de Bayona hay hacia el lado del mar una villa deliciosa, que se asienta en un reducido parque como una paloma en su nido de verdura: extiéndose aquel a lo largo del camino, cerrado por una gran verja de hierro, en cuya puerta campea en uno y otro lado este letrero: Villa María. Da esta entrada a una gran calle, que sombreada por árboles magníficos, describe tres caprichosas vueltas, saltando un diminuto riachuelo y lleva a una plazoleta semicircular, atestada de flores, especie de \_square\_ delicioso, que sirve como de patio de honor a la casa.

Tres gradas de mármol blanco dan ingreso al piso bajo, destinado sólo a recibimiento y adornado con esa pulcra sencillez que adopta todo lo bello y destierra todo lo suntuoso, y constituye el buen gusto y la elegancia en el decorado de un palacio de campo. En el fondo del vestíbulo abríase la puerta del salón, y llegábase por este a un pequeño gabinete, tapizado todo de cretona, con grandes flores cobrizas. Ocupaba uno de sus frentes una chimenea de mármol blanco, y formaba el otro una gran ventana de cristales, abierta de arriba abajo, que dejaba entrar el sol a raudales y permitía ver la verdura del parque en primer término, la arena de la playa más lejos y el azul del mar en lontananza.

Las once habían dado ya en el reloj del torreoncito de la villa, y dos señoras, sentadas a uno y otro lado de la chimenea, hablaban en el gabinete. Una lloraba en silencio; la otra parecía consolarla.

Representaba esta más de cuarenta años, y su falta absoluta de pretensiones en nada disimulaba la sorda lima del tiempo. Un sencillo peine de concha sujetaba su abundante cabellera, blanca casi por completo, y su rica bata de paño labrado, con vueltas de terciopelo, lejos de prestar realce alguno a su persona, parecía a más bien recibir ella misma del talle airoso y noble de la dama la severa elegancia de su corte y de sus pliegues.



Su rostro, algo moreno y nada correcto en sus rasgos, tenía, sin embargo, esa móvil belleza que da la expresión y viene a ser, con respecto a la fisonomía, lo que el colorido con respecto al dibujo: belleza más bien moral que física, que se escapa siempre al pincel, y constituía el principal encanto de aquella señora, dotada de cierta viveza natural que no le quitaba señorío; cierta gracia espontánea y cariñosa que, unida a un ligerísimo ceceo, acusaban su procedencia andaluza.

Era la otra mucho más joven, parecía abatida y estaba enferma; su rostro descolorido formaba un óvalo perfecto, y llamaban en él la atención los ojos, por lo dulces; la boca, por lo triste. Aquellos, grandes, azules, de mirada vaga, un poco alta, como lo es en medio del dolor la mirada de la esperanza; esta, pálida, caída por los extremos, con esa curvatura que indica el sufrimiento habitual y es el primer signo que estampa la agonía en los enfermos desahuciados y en los condenados a muerte. Traía puesto un sombrero oscuro, sin velo, un largo abrigo de piel de nutria, y escondía sus enguantadas manos en un manguito de la misma piel.

Era esta señora la marquesa de Sabadell, y la otra, en cuya casa se hallaba, era la de Villasis, su amiga íntima.

El correo de aquella mañana había traído a las dos señoras noticias importantes: la de Villasis había recibido la carta

de Diógenes, y otra  
larga y detallada del padre Cifuentes. La marquesa  
de Sabadell, por su  
parte, encontróse al volver de misa con una carta,  
que hizo vibrar en un  
instante cuantas fibras sensibles existían en su co-  
razón: por un  
momento creyó la infeliz mujer que iba a desmayarse  
.

Diez años se le habían pasado sin ver la letra de J  
acobo, y aun antes de  
fijar los ojos en el sobre, ese algo certero y mist-  
erioso que en  
circunstancias dadas agita el corazón y fija de rep-  
ente el pensamiento  
en un punto remoto y olvidado, le avisó de quién er-  
a la carta.

Tambaleándose entró en su alcoba, bebió con mano tr-  
émula un sorbo de  
agua y dejóse caer sin fuerzas en una butaca, miran-  
do la carta que tenía  
en las manos, sin osar abrirla.

El pasado entero se le vino a la memoria de un golp-  
e, como una de esas  
grandes olas que revientan en la playa, borrando po-  
r completo la espuma  
de otras menores. Sus breves días de ventura, cuand-  
o enamorada  
perdidamente de su esposo y creyéndose de él corres-  
pondida, había se  
creído en posesión del falso objeto de la vida, que  
es la dicha, y se  
había olvidado del objeto verdadero, que es Dios, s-  
e le pusieron  
delante.

Esta fue su única culpa, culpa de hijos ingratos en  
que incurre la  
inmensa mayoría del linaje humano, que se olvida de

Dios en la felicidad  
y sólo le recuerda en el llanto, porque cuadra más  
a su condición  
egoísta pedir remedios que agradecer bondades. ¡Har  
to lo conocía ella  
entonces y hartó lo estaba expiando!...

Vinieron luego las pequeñas infidelidades y los peq  
ueños desencantos,  
sufridos sin reproche, perdonados sin restricción,  
que no lograron  
derribar el ídolo de aquella alma enamorada, manso  
río sin borrascas,  
arpa eolia en que hasta los mugidos del huracán se  
transformaban en  
suspiros... Después vinieron las grandes ofensas, y  
a poco los terribles  
descubrimientos de vicios enormes, que brotaban com  
o setas monstruosas  
bajo el aspecto de seductor de aquel esposo adorado  
; de inclinaciones  
depravadas, pasiones indómitas, costumbres disoluta  
s e innumerables  
defectos, que nacían y vivían en su alma como en la  
carne podrida los  
gusanos asquerosos.

El ídolo hízose monstruoso, y la infeliz mujer quis  
o arrojarlo de su  
corazón indignada, como se arroja lo que ofende, lo  
que mancha, lo que  
deshonra; mas el alma íbasele detrás, llena de angu  
stias y de vergüenza,  
porque el ídolo seguía en pie, siempre reinando en  
ella, y no por ser  
monstruoso dejaba de ser ídolo.

Llegó al fin la ruina, y tras la ruina vino luego e  
l abandono, los  
largos días solitarios, esperando en vano una carta  
mil veces contestada  
antes de ser escrita, aguardando siempre la demanda

de un perdón ya de  
antemano concedido, acostándose con la agonía de de  
spertar... de  
despertar al día siguiente para hallarse de nuevo s  
ola, ¡sola!, en la  
arena del combate y del dolor, preguntándose a sí m  
isma como el  
infortunado Delfín de Francia a su madre María Anto  
nieta: ¿Hoy es  
todavía ayer?... ¡Y el ayer era siempre hoy, el ído  
lo era ídolo  
siempre!...

Y en aquel momento, al revolver aquella carta, desp  
ués de tantos años,  
aquel turbio oleaje de penas abrumadoras, punzantes  
desdenes, ofensas  
terribles, negras ingratitudes, lágrimas solitarias  
y despreciados  
sacrificios, veía la infeliz levantarse en su coraz  
ón el amor a su  
marido, vivo siempre, fuerte, avasallador, resistie  
ndo al olvido, al  
desdén, al insulto, al tiempo mismo y a la ausencia  
misma, viviendo sin  
esperanzas que le mantuvieran y le dieran savia, y  
por eso, inmortal  
como el alma.

La pobre mujer tuvo miedo de sí misma, y un llanto  
amarguísimo brotó de  
su corazón a raudales. Acordóse de su hijo, cuyo án  
gel de la guarda era  
ella, encargada de defender sus intereses y su educ  
ación contra su padre  
mismo, y temió que aquel amor apasionado fuera en s  
u corazón el punto  
flaco que la llevara a pactar con el enemigo, la pl  
anta viciosa que  
arrebata a cuantas la rodean los jugos de la tierra  
, apropiándose ella  
sola la savia que vivifica y da frescura y lozanía.

Había en el fondo de la alcoba un tríptico precioso sobre un  
reclinatorio sencillísimo, y en este se arrojó la marquesa, llorando a  
mares, para leer a los pies de la Virgen la carta inesperada.

Jacobo, sin preámbulos de ningún género, anunciaba a su mujer su próxima  
llegada, para tratar con ella de asuntos importantes, cuyo arreglo le  
había aconsejado el padre Cifuentes, excelente persona que había  
conocido en París, llenando su corazón abatido de esperanza y de  
consuelo...

La marquesa creyó haber leído mal aquel último párrafo de la breve  
carta, y tornó una y otra vez a leerlo. La hipocresía era el único vicio  
que jamás había observado en Jacobo, y, o aquella carta la rebosaba por  
todas sus letras, o Dios había hecho en él uno de sus prodigios.  
¿Confortado con esperanzas y consuelos del padre Cifuentes, aquel  
corazón cuyo frío egoísmo le mantenía siempre fresco e insensible, como  
un cadáver entre témpanos de nieve?...

Absurdo era esto, pero era posible; era su oración cotidiana hacía doce  
años, su plegaria más ardiente, su súplica más repetida, y ¡Dios era tan  
bueno, tan grande, tan Padre!...

Y aunque algo duro e inflexible se alzaba en el fondo de su corazón,  
gritando que aquello era una farsa, una nueva vilez

a, la marquesa  
ahogaba esta voz sin darse cuenta de ello, para dejar entrar allí un rayo de sol que disipase las tinieblas de su triste abandono, para dejar que la esperanza y el deseo levantasen juntos y a su placer un bello castillo en el aire.

Sin acordarse de desayunar siquiera, ni detenerse más tiempo que el preciso para lavarse en el tocador los ojos llorosos, corrió Elvira a casa de la marquesa de Villasis, haciéndose la ilusión de que iba a buscar en el claro entendimiento y en el cariño acentrado de su amiga un consejo prudente, y yendo en realidad en busca de algo que con la autoridad de aquella pudiera robustecer y dar cuerpo a su esperanza...

La Villasis sabía muy bien a qué atenerse, porque el padre Cifuentes le daba en su carta cuenta detallada de su entrevista con Jacobo. Habíasele presentado este disimulando, bajo su arrogante petulancia, el encogimiento y la especie de miedo receloso que suelen infundir los jesuitas a las personas mundanas que sólo les conocen por las mil patrañas que en pro y en contra de ellos corren contadas o escritas.

Mas al ver delante de sí aquel hombre pequeñito, insignificante en su persona hasta la vulgaridad, llano en el decir hasta el desaliño, que jamás sacaba las manos de las mangas, como no fuera para tomar rapé en su tabaquera de cuerno, y ponía de manifiesto con d

eploable frecuencia  
un pañuelo de hierbas insolente de puro feo, a cuadros azules y amarillos, con algunos vivitos verdes, trocóse su recelo en desprecio, y con la desdeñosa frialdad que guarda el grande orgullo para el pequeño que juzga empingorotado sobre una superioridad usurpada, manifestóle su \_deseo\_ de reconciliarse con su mujer, olvidando todo lo pasado, y expresóle su \_voluntad\_ de que fuera él mismo quien aconsejara a la esposa abandonada acceder a sus pretensiones.

Y entonces fue cuando Jacobo quedó convencido de que el padre Cifuentes era un infeliz, un cuitadito sin pizca alguna de mundo, como el tío Frasquito le había dicho antes.

Las manos del jesuita se hundieron más y más en lo profundo de sus mangas, y muy alborozado y satisfecho, opinó que nada había más conforme a la moral cristiana que la paz de la familia y el perdón de las injurias... Pero--y aquí apareció de nuevo la tabaquera de cuerno para suministrar a los dedos del padre Cifuentes un polvo digno del gran Federico--en cuanto a aconsejar él a la señora marquesa que accediese a las pretensiones del señor marqués, había de tener en cuenta el señor marques que la señora marquesa nada le había consultado, y que la primera condición del consejo prudente es la de ser pedido...

Jacobo abrió la boca para replicar, pero el pañuelo a cuadros azules y

amarillos, con algunos vivitos verdes, salió a relucir, y el padre Cifuentes añadió que creía, tenía entendido, le parecía probable que la señora marquesa de Sabadell estaba a punto de salir de Biarritz, y que en el caso de no encontrarla, lo más prudente y oportuno para el señor marqués sería dirigirse a la señora marquesa de Villasis, persona muy su amiga, de grandes luces y mayores virtudes, para la cual se brindaba a darle una carta suplicándole que las tomase ella en el asunto.

El tío Frasquito, que con gran falta de delicadeza, hija de su deseo vehementísimo de seguir las peripecias del drama, se había constituido en testigo de la conferencia, metió entonces su cucharada, asegurando que aquello estaba muy bien pensado, que su sobrino el padre Cifuentes tenía razón hasta por encima del solideo, y que lo más derecho para su sobrino Jacobo era dirigirse desde luego a su sobrina Villasis, porque lo que esta no alcanzase de su sobrina Sabadell nadie en el mundo, fuera o no sobrino suyo, podría alcanzarlo.

Jacobo meditó un momento el plan que le proponían y pensando escribir, desde luego, a su esposa, para detener su marcha con la noticia de su ida, aceptó a todo evento la carta para la marquesa de Villasis y despidióse del padre Cifuentes, llamándole don Gregorio. En todo el transcurso de la plática había evitado con marcada afectación designarle con el nombre de \_Padre\_, llamándole siempre señor



Cifuentes.

El señor Cifuentes acompañó hasta la puerta a la aristocrática pareja,  
con sus manos siempre metidas en las mangas, y al verla desaparecer en  
el coche, permitiéndose murmurar del sobrino de su tío  
y de su tío mismo,  
diciendo para su sotana:

--¡Exacta alegoría del mundo!... La necedad amparando al vicio.

Y sin perder un momento, púsose a escribir a la marquesa de Villasis,  
dándole un juicio sobre los planes de Jacobo, que coincidía por completo  
con el dado ya por Diógenes, suplicándole que evitase a toda costa que  
Elvira y su marido se viesan, a fin de que este no pudiera engañarla, y  
encargándole también, con grandes instancias, que ahuyentara para  
siempre con algún recurso de su femenino ingenio a aquel desdichado que  
pretendía explotar a su infeliz mujer, con grave riesgo de su inocente  
hijo.

Guardóse muy bien la Villasis de comunicar a Elvira estas noticias, y  
como el experto médico que debilita en varias dosis un brebaje demasiado  
fuerte, trocándolo de veneno en medicina, dispúsose a desengañar a la  
infeliz, poco a poco y por partes. Leyó, pues, atentamente la carta que  
agitaba y temblorosa le presentaba Elvira, y devolviéndosela sin decir  
palabra. Ella le interrogaba con los tristes ojos penetrados de lágrimas;  
la Villasis dijo entonces moviendo lentamente la ca

beza:

--Eres turco y no te creo...

Elvira bajó anonadada la suya, porque le pareció que aquellas palabras derrumbaban de un golpe el castillo que allá en el fondo de su corazón levantaron antes la esperanza y el deseo. Dos grandes lágrimas se desprendieron de sus ojos, mientras murmuraba tímidamente:

--¡He rezado tanto!... ¡He llorado tanto!...

--¡Es verdad!... ¡Pero ha mentido tanto!... ¡Ha rodado tanto!...

--Dios puede hacer un milagro...

--Y el hombre puede hacerlo inútil.

--Yo espero que no...

--Yo temo que sí.

--¿Pero a ti quién te lo dice?...

--¿Y a ti quién te lo asegura?

El llanto de Elvira se trocó entonces en sollozos, y como si aquella pena fuese nueva para ella, sintió en toda su plenitud la primera necesidad de todos los débiles en la desgracia: buscar unos brazos amigos en que arrojarse, un pecho leal en que esconder el rostro lleno de lágrimas...

La Villasís la recibió en los suyos, estrechándola contra su corazón,

besándola en la frente, hablándola al oído, con la voz suave y cariñosa con que se habla a un niño enfermo o desolado. Ella, sollozando sin cesar, repetía:

--¿Y qué hago?... ¿Qué hago?...

--Irte.

--¿Pero adónde?...

--A Lourdes... A esperar junto a la Virgen Santísima a que pase la tormenta.

--Iré allí a buscarme...

--No irá... Yo me encargo de detenerlo.

--Pero, ¿y si fuera verdad, María?--tornó a decir Elvira, aferrándose a su idea--. ¿Y si su arrepentimiento es cierto y se encuentra el pobre con que le cierro la puerta?...

--Entonces sabré yo conocerlo y te lo llevaré a Lourdes yo misma... Iremos los tres a buscarte: él, yo y tu hijo.

--¡Ay, Alfonsito!... ¡Pobre hijo de mi corazón!... ¿Y qué hago con él? ¿Me lo llevo?...

--No, déjalo en el colegio.

--¡Oh, no, no, eso no!--exclamó Elvira fuera de sí--. ¿Y si su padre va a verlo y se lo lleva y me lo quita?... ¡Hijo de mi alma!... ¡Verme yo sin él!... ¡Me muero entonces!... ¡Me muero!

Y ante esta idea que la aterraba, la infeliz mujer, abrumada por el dolor y debilidad por la inanición, sufrió un ligero desvanecimiento. Hízola la marquesa tomar una taza de caldo y una copa de vino generoso, y poco a poco logró al fin tranquilizarla.

Entonces concertaron su plan: Elvira había de partir aquella misma noche a Lourdes, acompañada de mademoiselle Carmagnac, señora muy respetable, que había sido aya de la única hija de la marquesa de Villasis. Esta dictó a Elvira una carta que había de entregar a Jacobo cuando se presentara en casa de su esposa; decíale en ella que los asuntos muy urgentes le impedían esperarle en Biarritz, y que la marquesa de Villasis quedaba con amplios poderes para tratar con él toda clase de negocios, conformándose Elvira, desde luego, con lo que ambos concertaran.

A todo asentía la marquesa de Sabadell con esa especie de inercia moral que enerva la voluntad cuando en cualquier negocio de la vida se apaga la fe y muere la esperanza. Mas en las naturalezas heroicas crecen las fuerzas en la misma proporción que crece el dolor del sacrificio, y sin derramar una lágrima ni mostrarse ya acongojada ni afligida, ocupóse tan sólo de sus preparativos de marcha.

Las dos señoras almorzaron juntas en casa de la Sabadell, entregó esta a su amiga algunos papeles importantes que la Villasis quería tener a

mano, por si en su conferencia con Jacobo le fueran necesarios, y marcharon después ambas a Guichon, pequeña aldehuela situada entre Bayona y Biarritz, donde los jesuitas expulsados de España por la Revolución habían abierto el colegio en que Alfonsito Téllez se educaba.

Despidióse Elvira de su hijo sin decir cuándo ni adónde iba, y el rector del colegio, que conocía a fondo todas las pesadumbres de la dama, quedó encargado de no permitir que el niño recibiese otra visita que la de la marquesa de Villasis durante la corta ausencia de su madre. Dos horas después despedíase aquella de Elvira en la estación de la Negresse, y volvía triste y preocupada a la Villa María, dando al punto orden de no recibir a nadie.

Encerróse temprano en su gabinete y pasó gran parte de la noche repasando y estudiando los papeles de Elvira, y escribiendo una especie de documentos en forma de artículos numerados. Levantóse muy de mañana al otro día, fuese a la capilla de Santa Eugenia, oyó dos misas y comulgó devotamente; la prudencia de la mujer había tirado la noche antes sus cálculos, y la fe de la cristiana iba a buscar entonces en el Sacramento la gracia divina que necesitaba para vencer en la lucha.

La mañana estaba magnífica y prometía uno de esos espléndidos días de invierno en que los miembros se desentumecen, el alma se alegra y el

barómetro sube, como si quisiera descubrir a lo lejos la llegada de la primavera. A las tres de la tarde hallábase abierto de par en par el mirador de cristales del gabinete que ya conocemos, y el sol entraba a raudales, llenándolo todo de luz, de colores y de reflejos. La marquesa amaba el sol y el aire con la pasión con que los aman los pobres, y odiaba ese misterioso y coquetuelo *\_petit jour\_* en que se refugian las beldades trasnochadas para ocultar los estragos del tiempo. Uníanse en el jardín las carcajadas de Monina, que saltaba a la cuerda, con los mugidos del mar, que azotaba a la costa, como si en aquella naturaleza tan bella, tan en calma, tan espléndida, se armonizara lo inocente con lo terrible, el mar y el niño, la extrema debilidad y la extrema fiereza.

La Villasis, apoyada en la ventana, seguía con la vista los juegos y carreras de aquel bello ángel, que ocupaba y llenaba por completo su corazón, con ser este tan grande. Era aquella niña su nieta, hija de su única hija, muerta al darla a luz cinco años antes, y huérfana también de padre. De repente, la marquesa cerró la ventana y sentóse junto a ella, al lado del pequeño *\_secrétaire\_* en que solía despachar su correspondencia ordinaria. Había escuchado a lo lejos el ruido de un coche que se deslizaba sobre las enarenadas calles del parque, y a poco, un criado anunciaba en el gabinete al marqués de Sabadell.

La marquesa se santiguó vivamente no bien desapareció el lacayo, fijó un momento sus grandes y vivos ojos negros en un cuadro bellísimo de la Virgen que había en el testero, y volvióse hacia la puerta, tan risueña, tan señora y tan serena como cuando recibía en Madrid a sus amigos íntimos.

--VIII--

Para que el lector pueda comprender toda la importancia que tenía para Jacobo aquella entrevista, preciso es ponerle en aquellos antecedentes que el tiempo y la casualidad han suministrado hasta hoy, haciendo alguna luz en las tinieblas que rodean a crímenes todavía impunes y a intrigas no del todo desenredadas.

Nadie ignora que la masonería quedó triunfante en España al estallar la Revolución de 1868; pareció, sin embargo, con harta razón, a algunos caciques de la secta que no estaba aún maduro el pueblo de España para plantear la República, y resolvieron entronizar mientras tanto a un monarca constitucional que fuera entre sus manos un mero instrumento. Fue entonces elegido a este propósito el duque de Aosta, y encargáronse de ofrecerle la corona, como delegados de la secta, el general Prim y don Manuel Ruiz Zorrilla, nombrado más tarde Gran O

riente honorario del  
Supremo Consejo de España.

Estallaron con estas causas graves disidencias en el seno mismo de las logias, que vinieron a dar por resultado el asesinato del general Prim, mientras la comisión encargada de ofrecer oficialmente la corona de España al duque de Aosta volvía de Florencia.

Formaba parte de aquella comisión cierto personaje, hombre práctico y prudente, cuya memoria nos guardaremos bien de deshonestar, suponiéndole, sin dato alguno fidedigno que lo pruebe, afiliado a las sectas; es, sin embargo, cierto que dicho personaje tomaba caluroso partido por la política de una de aquellas fracciones, y llevaba consigo en aquel viaje, con designio misterioso, papeles de gran importancia que comprometían a muchos de los secuaces de la política contraria.

La muerte sorprendió al personaje en Génova el 11 de diciembre, e ignórase al presente por qué mano fueron a parar entonces aquellos papeles a cierta logia de Milán, que los remitió más tarde a Víctor Manuel como armas preciosas que podían muy bien afianzar en España el trono siempre vacilante de su hijo, atando de pies y manos a ciertos políticos venales, modelo en todas las épocas de de slealtad y de imprudencia.

Acertó entonces a llegar a Milán, fugitivo de Constantinopla, el marqués



de Sabadell, perdido y arruinado, y presentóse en aquella logia, donde años antes le había iniciado Garibaldi. Acogieronle los venerables como a enviado del Gran Arquitecto, y presentaronle al punto a Víctor Manuel como el hombre a propósito para llevar a España documentos e instrucciones, e imprimir a la política de don Amadeo el rumbo deseado en Italia.

El refuerzo llegó, sin embargo, tarde y ya hemos visto cómo la caída del duque de Aosta destruyó en París las cuentas galanas que no sin probable fundamento tiraba Jacobo. Viose entonces de nuevo solo y arruinado, y la necesidad, mala consejera siempre y móvil las más de las veces de empresas descabelladas, sugirióle la idea de utilizar en provecho propio el precioso depósito, y aquí comenzaron las complicaciones y los peligros, los planes trazados y abortados.

Era su idea madre poner sus preciosas armas al servicio de alfonsinos o carlistas, según tuvieran estos o aquellos más o menos probabilidades de triunfo, y para destruir por de pronto el mal efecto que en los primeros había causado su repentina presencia en París, apresuróse a propalar por medio del tío Frasquito la novelesca historia de la cadina, que tan gloriosamente justificaba su fuga de Constantinopla.

Mas érale preciso al mismo tiempo y antes que nada hacer perder la pista a los masones chasqueados, y a este propósito ideó

Jacobo reconciliarse  
con su mujer y oscurecerse a su lado por un año, du  
rante el cual viviría  
tranquilamente de las rentas de esta, garantizaría  
con ellas, en lo  
posible, el pago de sus deudas y tantearía el terre  
no despacio y sin  
ruido, hasta encontrar el mejor postor a los servic  
ios que pensaba sacar  
a pública subasta.

Su reconciliación con Elvira era, por tanto, la cla  
ve del arco que había  
fabricado, y tratábase de colocarla en aquella entr  
evista. Entró, pues,  
en el gabinete, armado de toda su osadía, sereno, r  
isueño y con aire de  
amigo que prepara a otro con su presencia una sorpr  
esa inesperada y  
agradable. Al verle entrar la marquesa, tendióle la  
mano con grande  
afecto, diciendo cariñosamente:

--¡Adiós, Jacobo!... ¿Cómo te va?... Pero, ¡Dios mí  
o! ¡Si por ti no pasa  
el tiempo!... Te encuentro lo mismo, lo mismo que c  
uando nos vimos hace  
cinco años en Bruselas. ¿Te acuerdas?

Jacobo apretó cordialmente entre las suyas la mano  
que la dama le  
tendía, y le contestó con no menor cariño y agasajo  
:

--¡Ya lo creo que me acuerdo!... Los encuentros con  
tigo no se olvidan  
fácilmente... Pero tú sí que te has plantado en los  
veinticinco años:  
siempre tan...

--¡Jacobó, por Dios!... Que abofeteas a la verdad p  
or decir una

galantería. ¿No me ves la cabeza?... ¡Blanca!

--¡Ca!... Eso es refinamiento de coquetería; que te empolvas el pelo, como las marquesas de la corte de Luis XV...

--Ya voy teniendo algún punto de contacto con ellas ...--exclamó riendo la marquesa--. A lo menos, en lo añejo de la fecha.

Jacobo habíase sentado mientras tanto en una silla, al otro lado del pequeño secrétaire, que vino a quedar entre ambos; encontróse algún tanto embarazado después de este primer saludo, y esperando que la marquesa entrase la primera en el terreno en que uno y otro deseaban encontrarse, púsose a hablar de la afluencia de hombres políticos de todos colores que llegaban en aquellos días a Biarritz; parecía aquello la costa a que la República de España fuese arrojando los restos del naufragio de la monarquía saboyana.

La marquesa dio entonces el primer paso, diciendo con intención marcadísima:

--Sí... Parece que Biarritz es el teatro escogido para las negociaciones diplomáticas.

Hízose Jacobo el sueco y contestó con tono doctoral de hombre político:

--Dudosas se presentan... No creo que cuaje ninguna ...

--¿Ninguna?--preguntó riendo la marquesa--. ¿Ni tam

poco las mías?

--¡Ah, ya! ¡Eso es otra cosa!--replicó jovialmente Jacobo--. A la diplomacia de las faldas no hay quien resista. Recuerdo haberle oído a Castelar que el mundo es de las faldas y de las faldas: es decir, de las enaguas y de las sotanas.

--Pues téngaselo usted por dicho, señor de Bismarck ... Porque supongo sabrás que estoy nombrada plenipotenciaria...

--Sí--replicó Jacobo--, ya me han entregado las credenciales.

Y al decir esto, puso sobre la mesita del \_secrétaire\_ la carta que, dictada por la Villasis misma, le había escrito Elvira la víspera. Leyóla atentamente la marquesa, como si le fuera desconocida, y devolviósela a Jacobo, diciendo:

--Me parece que están en regla... Puede el señor Bismarck, cuando guste, exponerme la marcha de su política.

--Yo creo más correcto que el señor..

Jacobo se detuvo sonriendo, como si ignorase el nombre de su antagonista diplomático, y la marquesa le apuntó muy formalmente:

--Antonelli... Así no saldremos de faldas.

--...que monseñor Antonelli exponga antes la suya.. . El mundo ha sido siempre el decano del cuerpo diplomático.

--Y por lo mismo debe de hablar el último; con que cayó usted en un renuncio, señor de Bismarck... Pero no hay que apurarse por ello, que yo expondré la mía con una sinceridad impropia del oficio... Mi política es esta: «Padre nuestro que estás en los cielos... Hágase tu voluntad... Perdónanos nuestras deudas, \_como nosotros perdonamos a nuestros deudores\_... No nos dejes caer en \_la tentación\_... Líbranos de \_mal\_...».

La marquesa supo dar tal inflexión a algunas de estas palabras, que su política fue perfectamente comprendida por Jacobo. Aquello de que los deudores quedaban perdonados sentóle muy bien y le llenó de esperanza.

--¡Política italiana!--dijo moviendo la cabeza--. Es la más hábil.

--Italiana no, romana--replicó vivamente la marquesa--. ¡Es la más santa!...

Jacobo creyó llegado el momento de dejar este tono humorístico, tan peculiar a los españoles hasta en los más graves asuntos, y se dispuso a entrar en materia; colocó los guantes que se había quitado sobre la mesa del \_secrétaire\_, y apoyando en ella ambos codos y dando vueltas al magnífico brillante que en uno de sus meñiques tenía, comenzó a decir mirando sus reflejos:

--Mira, María... Me alegro de tratar contigo este asunto mejor que con

Elvira, porque eres una mujer de mundo y sabrás comprender mi situación y ponerte en mi caso... Elvira es un ángel... con alas de cisne; tú eres también un ángel, pero con alas de águila...

La imagen resultaba bonita, y la marquesa agradeció el cumplido con una ligera sonrisa.

--Mi situación actual--prosiguió Jacobo--puede concretarse en esta fórmula: «He corrido mucho y me he cansado pronto». Recuerdo haber leído en Confucio...

La marquesa no pudo contener la risa al oír el santo Padre que con tan pedantesca formalidad alegaba Jacobo, y corrido este algún tanto, preguntó contrariado:

--¿Te ríes?...

--No, hombre, no... Me río del autor, no de la cita... Veamos la sentencia.

--Y bien profunda que es--replicó Jacobo--: «Subía la montaña de Tam-Sam, y el reino de Sú me pareció pequeño; seguí subiendo al monte de Tai-Sam, más elevado aún, y el imperio me pareció pequeño». Así me ha sucedido a mí: mientras más alto me han elevado los eventos de mi vida, más despreciables me han parecido mis triunfos.

--Pues verdaderamente que el señor Confucio no anduvo desacertado en la parabolita--dijo la marquesa--. Pero al aplicarte tú el cuento, te las

calzas al revés, amigo mío... No debes de decir \_su bí\_, sino \_bajé\_, porque esos \_triunfos\_ de tu vida no te han ensalzado, sino rebajado mucho... Por eso debiste decir: «Bajé al charco de Tam-Sam y la idea de la virtud la perdí de vista, me hundí en la cisterna de Tai-Sam, mucho más profunda, mucho más cenagosa, y las ideas del honor y del deber se borraron del todo...»

Esta brusca e inesperada arremetida desconcertó por completo a Jacobo, y mordiéndose los labios, dijo amargamente:

--¡Política romana, con todas sus intransigencias!..  
..

--¡Política \_bismarckiana\_! la tuya, con todas sus criminales, ¡nótalo bien!, ¡sus criminales condescendencias!...

Jacobo bajó en silencio la cabeza, pálido de ira, y se puso a estirar sus guantes sobre la mesa; comprendió que ese tergiversado criterio moral, que disfraza con pomposos nombres ruines defectos y vicios enormes, se lo rechazaban allí por falso; que la \_política romana\_ llamaba al pan pan y al vino vino, al vicio vicio, a la infamia infamia, y a las \_pequeñeces\_ monstruosidades, y convenciéndose, por ende, de que había errado el camino, tratando de justificar el pasado. Resolvióse, pues, a cantar la palinodia por completo, y a echar mano al mismo tiempo de lo que juzgaba él su artillería de reserva.

La marquesa, por su parte, habíale acometido tan br

usca y cruelmente  
para ensanchar el campo en que quería examinarle, y  
no descubrir con una  
confianza hartó prematura y hartó crédula el lazo q  
ue tendía ella al  
farsante con su estrategia.

--Tienes razón, María--dijo al cabo gravemente--. P  
ero no podrás menos  
de concederme que algo indica y algo merece el amor  
propio que se  
doblega hasta hacer esta confesión, y que no es car  
itativo ni cristiano  
retirar a quien quiere salir del charco la mano que  
puede ayudarle... El  
padre Cifuentes--añadió con triste sonrisa--, con s  
er más \_romano\_ que  
tú, me ha concedido ambas cosas.

--¿Qué te ha dicho el padre Cifuentes?...

--Me dio para ti esta carta--contestó Jacobo entreg  
ándole una.

Leyóla también la marquesa como si le fuera descono  
cida, y aparentando  
darle un alcance que por ningún concepto tenía, dij  
o vivamente, con aire  
de satisfacción grandísima:

--Esto es ya otra cosa... El voto del padre Cifuent  
es es para mí  
decisivo, y me tienes por completo de tu parte. Exp  
ónme ahora tus  
deseos, claros y concretos.

«¡Castelar tenía razón!... ¡Indudable era que las s  
otanas partían con  
las faldas el imperio del mundo!...» Y mientras est  
o pensaba Jacobo, con  
cierto rabioso despecho, que le hacía aún más antip  
ático al padre



Cifuentes, púsose a trazar un plan encantador, un verdadero idilio aristocrático, mitad campestre, mitad feudal, que fue exponiendo poco a poco y por partes.

Él no tenía deseos, ni podía concebir otros que los que Elvira tuviese: él era el vencido, el perdonado, y no podía tener otras aspiraciones que obedecer en todo y por todo, y resucitar aquel tiempo lejano en que tan felices habían sido ambos, amándose tanto, tanto... Y aquí pareció Jacobo muy conmovido, y dio muestras de su erudición, trayendo a la memoria aquello de Dante:

Nessun maggior dolore  
Che ricordarsi del tempo felice  
Nella miseria.

y parafraseándolo con aquello otro del marqués de Santillana:

La mayor cuita que aver  
Puede ningún amador,  
Es membrarse del placer  
En el tiempo del dolor.

La marquesa parecía encantada y también conmovida, y le instó a que, dejando a un lado honrosas delicadezas, le manifestara el plan de vida que sería su gusto entablar, supuesta, \_como ya podía suponerse\_, su reconciliación con Elvira.

Creyóse ya Jacobo con esto dueño del campo, y su vanidad inmensa le hizo sentir la satisfacción de haber sabido engañar, antes que el goce de

haber logrado su objeto. Las mil frases bonitas que  
había leído y  
conservado en la memoria para matizar con ellas su  
pintoresca elocuencia  
acudieron en tropel a sus labios saliendo a borbotones.  
¿Qué plan de  
vida podía tener él, como no fuera pasar la suya en  
tera adorando a  
Elvira, con una pasión humilde, discreta, satisfecha  
a con arder a lo  
lejos, como en la última grada del altar el cirio de  
un pobre?...

Allá en tierra de Granada tenía él un castillo antiguo,  
la torre de  
Téllez-Ponce, con terrenos de labor y montes espesísimos,  
donde,  
desengañado de la Revolución, había soñado muchas veces  
combatirla,  
realizando el ideal del grande de España antiguo, apoyado  
en el arado y  
en la espada, siendo a la vez señor y protector de la  
comarca, padre de  
sus colonos, y al mismo tiempo su caudillo... ¿Quería  
Elvira ayudarlo  
en aquella obra, encerrándose con él en aquel retiro?

¡Ah, si la Grandeza entera de España, comprendiendo  
al fin sus intereses  
hiciera lo mismo, y dejando a los ricos improvisados  
y a los políticos  
de pacotilla, el lujo con sus vicios, el poder con  
sus truhanerías,  
fuese ella caritativa en los campos, mientras eran  
ellos usureros en la  
corte, diese ella su mano al pobre campesino, mientras  
ellos le rechazan  
con altanería, el pueblo, el verdadero pueblo comprendería  
al fin cuáles  
eran sus amigos sinceros, y el lodo de la política  
podría fermentar en

la corte, producir revoluciones, lanzar sobre el país decretos inmundos!... Mas toda aquella insolencia expiraría sin fuerzas sobre la yerba de los campos, y la ola de cieno no mancharía jamás el dintel de sus iglesias y castillos, defendidos por un baluarte de caseríos.

La marquesa miraba y escuchaba a Jacobo con entusiasmo, con admiración..., con admiración tan grande y profunda, como que algo parecido a aquella hermosa perorata lo había leído ella en Veuillot hacía varios años; como que allí mismo, en el \_secrétaire\_ que tenía delante, hallábase guardada entre los papeles de Elvira la escritura de venta de la torre de Téllez-Ponce, sacada a pública subasta por los acreedores de Jacobo y comprada bajo cuerda por Elvira misma, para salvar de los usureros aquel último recuerdo histórico de la familia a que pertenecía su hijo.

La bondadosa sonrisa de la marquesa no desapareció, y sin embargo, ante farsa tan innoble, y entusiasmada y conmovida, apresuróse a asegurar a Jacobo que no podía imaginar un plan más al gusto de Elvira, y que ella lo aceptaba desde luego y lo refrendaba en su nombre.

--¿No es verdad que mi idea es profunda?--exclamó Jacobo, cegado por la vanidad de orador, que era la más grande y la más mimada de todas sus vanidades.

¡Ah, muchas y tristes experiencias le había costado concebirla y desarrollarla!... Y lo que en aquel momento le hacía encontrarla más oportuna, más cara a su entendimiento y más grata a su razón, era que ella misma venía a orillar el único reparo que al intentar su reconciliación con Elvira se le había puesto delante: reparo de delicadeza, de hombre de pundonor que quiere ponerse a cubierto de las hablillas del vulgo.

Habíase enterado en París por el tío Frasquito de que Elvira había ganado un pleito de interés, que era a la sazón muy rica, y esto estuvo a punto de retraerle, porque el mundo era muy malévolo y mil lenguas murmuradoras se apresurarían a decir que no eran el desengaño y el arrepentimiento, sino el dinero de su mujer y la ruina propia los que le impulsaban a dar aquel paso... Mas retirándose a Téllez-Ponce, podían vivir con las rentas de aquella finca suya, de él propia, y conservar el caudal de Elvira intacto, para patrimonio de su hijo.

Aquella era la primera vez que en todo el transcurso de la conversación nombraba Jacobo al niño, y hacíalo para asegurar una fraudulenta impostura. La marquesa sintió que el corazón se le oprimía, oyéndole hablar de aquel arrepentimiento en que no entraba la idea de Dios; de aquel amor a su mujer en que no entraba la ternura hacia su hijo, y dulcificando con un esfuerzo de su poderosa volunta

d más y más su  
sonrisa, y dando a su acento más marcado tinte de c  
onfianza y de cariño,  
dijo moviendo desdeñosamente la cabeza:

--¡Bah!... No pienses en eso...

--Sí, María, sí; hay que pensar en ello, porque lo  
que se cuenta de los  
hombres, sea o no cierto, ocupa de ordinario tanto  
lugar en sus vidas  
como lo que realmente han hecho. ¡Bien lo sé yo por  
experiencia propia!

--¡Obrar bien, que Dios es Dios!--dijo sentenciosam  
ente la marquesa--.  
¡Ese es mi lema!

--Y el mío también... desde hace algún tiempo. Pero  
no hay que perder de  
vista que si la virtud depende de nuestras propias  
acciones, la honra  
depende de la opinión ajena.

--Pues ya tienes en favor tuyo la de las gentes hon  
radas... ¿Qué más  
quieres?...

--Nada, nada más quiero--replicó Jacobo--. Por eso,  
en cuanto el padre  
Cifuentes me lo aconsejó, cesaron al punto mis duda  
s.

--Y además de eso--añadió la marquesa con ingenuida  
d sencillísima-- , tu  
pensamiento ha coincidido con el mío... ¡Claro está  
!, un hombre decente  
no podía pensar otra cosa; y por eso había yo previ  
sto, para acallar tus  
escrúpulos, un remedio facilísimo.

--¿Cuál?--preguntó Jacobo algún tanto suspenso.

La marquesa levantó la tapa del secrétaire, y sacando el documento escrito por ella misma la noche antes, púsoselo a Jacobo ante los ojos, diciendo con su sonrisa habitual, tan franca y tan simpática:

--Con firmar este papel estamos ya del otro lado.

Jacobo comenzó a leer el documento con algún sobresalto, y a medida que recorría sus renglones, contraíanse sus labios y tornábanse color de grana sus orejas. La marquesa fijaba en él una mirada de compasión profunda. Él, al terminar su lectura, arrojó el papel sobre la mesa, murmurando:

--¡Pero, María!... ¡Imposible!... ¡Imposible!... ¡Yo no firmo eso!...

El documento era una renuncia completa y explícita a toda intervención y a todo derecho que pudiera concederle la ley a la administración de los bienes de su mujer y al usufructo del caudal de su hijo, tan perfectamente detallada, meditada con tal prudencia, que la codicia y la rapacidad de Jacobo quedaban atadas de pies y manos con sólo poner allí la firma...

Antonelli había vencido a Bismarck; el ángel, con alas de águila, había cogido bajo el pie al demonio, con alas de murciélago.

Jacobo, herido en su vanidad, derrotado en sus planes, revolvíase

furioso al verse cogido en sus propias redes, mientras la marquesa, muy sorprendida y admirada, preguntábale sin perder un punto de su aparente ingenuidad y su señorial aplomo:

--¿Pero por qué no quieres firmar?... ¿Qué encuentras en ello de malo?

--Porque..., porque..., porque firmar eso, es renunciar a mi dignidad de marido.

--¿A tu dignidad de marido?... ¿Pues no decías hace un momento que tan sólo el reparo que este papel allana te había hecho vacilar al intentar lo que intentas?

--Es que ese papel rebaja mi dignidad...

--Ese papel realza y asegura tu dignidad en la opinión pública...

--Cuando se trata del honor hay que prescindir de la opinión...

--¿Prescindir de la opinión?... ¿Pues no decías ahora mismo que lo que se dice de los hombres, sea o no cierto, ocupa de ordinario tanto lugar en su vida como lo que realmente han hecho?

--Hay casos en que el testimonio de la propia conciencia es, para el hombre de honor, suficiente:

--¡Pero hombre... de honor!... ¡Si me decías hace un momento que, aunque la virtud depende de nuestras propias acciones, la honra depende de la opinión ajena!...

Jacobo forcejeaba como el lobo cogido en la trampa para buscar una salida, y no hallándola, exclamó al fin, rompiendo el freno de las formas, último que suele romper el más inepto de los diplomáticos:

--¡Política romana con todas sus hipócritas bajezas y sus intrigas de sacristía!...

--¡Cuidado con lo que dices, Jacobo!--exclamó enérgicamente la marquesa--. ¡Mira que me autorizas a pensar que tu política \_bismarckiana\_ ocultaba alguna vileza!

--¡La tuya sí que oculta una intriga en que asoma la mano del padre Cifuentes!...

--¿La mano del padre Cifuentes?... ¡Pobre padre Cifuentes!... La descubrirás tú, sin duda, desde aquella montaña de Tai-Sam a que subiste hace poco... Yo, como vivo en terreno llano, no la descubro.

Jacobo, golpeando con ambos guantes la tapa de la mesa, guardaba silencio. La marquesa le preguntó al cabo, sin perder su serena calma:

--¿Conque decididamente no firmas?

--No firmo--replicó Jacobo con ira.

--Pues conste que, si la reconciliación no se efectúa, tú tienes la culpa; que tu mujer ha cedido cuanto es posible ceder, y tú..., tú



mismo, por una obcecación bien sospechosa, destruye  
s todo lo hecho.

--Destruyo lo que tú o ese bendito Cifuentes habéis  
urdido; pero yo me  
entenderé con Elvira...

--Es que Elvira no vendrá a Biarritz.

--Pues iré yo a buscarla.

--¿A que no vas?

--¡Pero, señor!--exclamó Jacobo exasperado--. ¿Son  
estas las gentes  
timoratas?... ¿De dónde saca mi mujer esos aires de  
independencia?...

Nosotros no estamos separados legalmente y la ley m  
e autoriza para  
reclamar cuando quiera a mi mujer y a mi hijo.

La marquesa se irguió entonces en su butaca, arroga  
nte y amenazadora,  
desplegando por vez primera sus poderosas alas de á  
guila. Con el puño  
cerrado dio un fuerte golpe sobre la mesa, diciendo  
al mismo tiempo:

--¡Inténtalo!... ¡Atrévete!... ¡Inténtalo, y en el  
momento en que des el  
primer paso, presenta ella ante esos tribunales una  
demanda de divorcio  
que te hunde por completo!...

El aspecto, la voz, el enérgico desprecio de aquel  
reto sobrecogieron a  
Jacobo por un momento; recobrando, sin embargo, bie  
n pronto su audacia,  
replicó lleno de rabia:

--¡Que la presente si quiere!... ¿Dónde tiene las p  
ruebas?...

--En su poder las tiene... Suficientes para alcanzar un divorcio:  
bastantes para hacer poner el capuchón... a cualquiera que lo merezca...

--¡María!

--¡Jacobo!... ¿Te habías pensado tú que por el solo hecho de ser buena  
había de ser tu mujer siempre mártir?... La paciencia tiene un límite  
que marca a veces el decoro, y ¡ay de las zorras el día en que las  
gallinas se cansen de ser gallinas!...

La terrible indicación de la marquesa amedrentó a Jacobo en medio de su  
aturdimiento y de su rabia; y quiso sondear si la existencia de aquellas  
pruebas era una mera amenaza.

--¡No se me asusta a mí con leones de paja!--exclamó irónicamente--. Mi  
conciencia me dice que esas pruebas no existen, y no creo en ellas...

--Pues a ver si tus ojos convencen a tu conciencia--replicó vivamente la  
marquesa.

Y abriendo de un tirón el cajoncillo del secrétaire, mostró a Jacobo,  
desde lejos, un paquete de cuatro o cinco cartas, diciéndole:

--A fe que la letra de Rosa Peñarrón y la tuya propia son lo bastante  
claras para que no necesiten en los tribunales de peritos que las  
reconozcan.

La sangre entera de Jacobo refluyó en su rostro, y por uno de esos brutales impulsos con que, en el hombre de la naturaleza y no de la civilización se manifiesta el instinto, hizo ademán de arrancárselas a la dama. Mas esta, veloz como el rayo, abrió de un solo golpe la ventana de cristales, y echando fuera el busto entero y la mano en que tenía las cartas, gritó con gran fuerza:

--¡Monina!... ¡Que te vas a caer!... No saltes más. .. Mademoiselle, quite usted a la niña la cuerda...

Y volviéndose después a Jacobo, un poco pálida, pero perfectamente serena, añadió sin abandonar la ventana:

--¡Creí que se mataba!... ¡Con estos diablos de niños no se gana para sustos!

Jacobo habíase quedado aplanado en su asiento, y tarramudeó entonces:

--¿Tienes aquí a Monina?...

--¿Pues no la había de tener?... ¿Quién me separa a mí de mi niña?...

¿Tú no la conoces?... ¿Quieres verla?...

Y sin esperar respuesta, volvió a gritar desde la ventana:

--¡Mademoiselle!... Traiga usted aquí a la niña...

A poco entraba Monina seguida del aya, y corrió a echarse en el regazo de su abuela, mirando a Jacobo con esa media sonrisa de los niños

mimados, acariciados por todo el mundo, que parece decir al extraño:

¿Pero no me dice usted que soy muy bonito?...

Jacobo, aturdido por completo, no le decía nada, intentando en vano adivinar por dónde habían llegado a manos de Elvira aquellas cartas, pruebas irrefragables de uno de los episodios más vergonzosos y comprometedores de su vida.

La marquesa abrazaba a su nieta como hubiera abrazado al ángel de su guardia, dando gracias a Dios desde lo íntimo de su pecho por haber dado a Jacobo el golpe de gracia con una espada de hoja de lata. Porque aquellos terribles papeles con que su presencia de espíritu y su enérgica audacia habían anonadado al farsante, eran simplemente tres o cuatro cartas de sus administradores que en el cajoncito del secrétaire estaban guardadas. El hecho vergonzoso era cierto, mas las pruebas no existían, y muerta la Peñarrón, único cómplice, dos años antes, imposible era que Jacobo descubriese ya el engaño.

El astuto Antonelli había atado para siempre a Bismarck con hilo de araña.

Jacobo, sin hacer una sola caricia a la niña, despidióse fríamente, y Monina le miró marchar, chupándose, con altivez de dama ofendida, tres dedos al mismo tiempo.

Aturdido todavía y lleno de saña, entróse precipitadamente Jacobo en el

carruaje y dio orden al cochero de volver a Bayona,  
al Hotel de Saint  
Etienne, donde se había apeado la víspera. Biarritz  
era demasiado  
pequeño para permanecer oculto y evitar embarazosos  
encuentros con los  
emigrados alfonsinos y carlistas que, desde mucho t  
iempo antes, poblaban  
todos los contornos, y los hombres políticos y medr  
osos de todo jaez con  
que la caída de don Amadeo y la proclamación de la  
República engrosaban  
en aquellos mismos días el número de españoles disp  
ersos.

El desengaño había sido cruel, y tornábase de nuevo  
angustiosa la  
situación de Jacobo al ver hundirse todas sus ilusi  
ones, dejando tan  
sólo en su ánimo zozobras y rencores terribles que  
encendían en su  
corazón, contra la marquesa de Villasis y el padre  
Cifuentes, la rabia  
implacable que siente el perverso contra todo aquel  
en quien se ve  
forzado a reconocer el derecho de despreciarle.

De las heridas que el derrotado plenipotenciario de  
Constantinopla  
llevaba en el alma, ninguna escocía tanto a su vani  
dad, ninguna  
irritaba tanto su soberbia como el que fueran sus v  
encedores una beata y  
un fraile.

En el paroxismo de su furor imaginábase estrangular  
algún día a la  
taimada Villasis con el pañuelo a cuadros azules y  
amarillos del  
hipócrita Cifuentes.

Fin del libro segundo

### Libro III

--I--

Memorable fue aquella noche... Pedro López aseguró al día siguiente, bajo su firma, en las columnas de \_La Flor de Lis\_, que el espíritu de Meyerbeer había abandonado la mansión de las armonías para inspirar en el Real el estreno de \_Dinorah\_. Algo impalpable y armónico que se reflejaba en las voces de los cantantes y en los ecos de la orquesta lo había visto él, Pedro López, descender del carro de Febo, que decora el techo, y dinfundirse por la atmósfera embriagadora de la espléndida sala...

También Villamelón había visto algo; sentado de espaldas al escenario, en el fondo del palco, apoyada la pensadora cabeza en el débil tabiquillo y fijos los ojos en el techo, recibía de lleno el formidable soplo de aquel feísimo Eolo que, por detrás del carro de Febo, parece lanzar pulmonías y catarros sobre las calvas, vistas en proyección, de los melómanos faltos de pelo.

Currita, sentada en primer término, frente a Leopoldina Pastor,

hallábase arrobada por aquel sublime terceto de la  
compañía, final del  
primer acto, cuando retumba el trueno a lo lejos en  
tre los sordos  
bramidos de los contrabajos y el suave murmullo de  
los violines, dulce,  
delicado, bellísimo, que parece revelar el hálito t  
ibio de la tormenta  
que se acerca, el tenue susurrar de las hojas de lo  
s árboles que sacuden  
ya las primeras ráfagas, el vago perfume de la tier  
ra que anuncia la  
cercana lluvia.

\_Che oscuro è il cieli\_!...

Y Currita, tan conmovida como Dinorah misma, que in  
tenta en vano detener  
a Bellak, la blanca cabra querida, miraba de reojo  
al palco del  
Veloz-Club, donde charlando y riendo entre sí, asom  
aban Gorito Sardona,  
Paco Vélez, Diógenes, Angelito Castropardo, y por d  
etrás de todos,  
descollando entre ellos por su gallarda postura y  
su aire altanero,  
Jacobo Sabadell, flechando los gemelos con descarad  
ísima insistencia a  
otro palco que Currita no podía ver porque estaba c  
olocado justamente  
encima del suyo.

--¡Delicioso!--decía Currita más y más conmovida, p  
orque la cabra se  
escapaba en aquel momento. Dinorah corría en su bus  
ca, Höel arrastraba a  
Corentino medio loco de terror y la orquesta se apa  
gaba lentamente,  
pianissimo, en un suave murmurio que dejaba sobresa  
lir lejos, cada vez  
más lejos, hasta convertirse en un eco apagado, mis  
terioso, mágico, las

vibrantes notas de la campanilla de plata de Bellak  
, la cabra  
blanca[14].

[Nota 14: El análisis técnico de esta ópera está tomado de un artículo crítico del señor Peña y Goñi.]

El telón cayó entonces, y el público permaneció un segundo mudo, atónito, escuchando aún en aquel silencio que hubiera permitido oír la caída de una hoja, embargado por esa especie de pavor suavísimo que infunde en el alma el sentimiento de lo sublime. Una tempestad de bravos y de aplausos estalló al fin en el teatro, y Villamelón salió entonces de su arrobamiento, exclamando con aire de reconcentración profunda:

--¡Lo dije!... El \_vol-au-vent\_ de codornices se me indigesta siempre...

Currita, prescindiendo también de su emoción artística, inclinóse vivamente al oído de Leopoldina, para preguntarle rabiada y preocupada:

--Pero, mujer... ¿A quién mirará tanto Jacobo en ese palco de arriba?...

Leopoldina volvió lentamente la cabeza, con ese arte inimitable que tienen las mujeres para ver sin mirar, y echó una rápida mirada al palco del Veloz.

La \_garçonniere\_ andaba revuelta, y Jacobo, de pie en el palco, flechaba los gemelos con distinguidísima insolencia en la dirección marcada por



Currita, sin hacer caso de las chistosas observaciones que, a juzgar por sus risas, parecían hacerle los compañeros. Diógenes, mirando también hacia el mismo sitio, cogió a Jacobo por un brazo y echó al mismo tiempo, con la mano izquierda, una gran bendición en el aire. Riéronse los del palco estrepitosamente, y Leopoldina dijo muy seria:

--¡Anda!... Ya los casó Diógenes...

Currita, muy alterada, volvió a preguntar:

--Pero ¿quién puede estar ahí?...

Leopoldina, furiosa dilettante, que recorría siempre de gorra todos los palcos del Real, tenía al dedillo los abonos de cada turno y los abonados a cada localidad. Calculó un momento la dirección en que los del Veloz miraban, y dijo al cabo:

--No sé quién puede ser...; ese palco no está abonado.

Fernandito, con las manos en los bolsillos del pantalón, daba pataditas en el suelo, diciendo tímidamente:

--Estoy fastidiado... ¿Sabes, Curra?...

Curra nada sabía, ni parecía tampoco querer averiguarlo, y aconsejaba mientras tanto a Leopoldina que fuera en aquel entracte a visitar a Carmen Tagle en su platea, desde donde podían perfectamente descubrirse las incógnitas o incógnita del palco de arriba. Hízole a Leopoldina

poquísima gracia la propuesta, pero érale imposible rehusar aquel pequeño servicio a la amiga generosa, en cuyo palco, coche y mesa, tenía un lugar siempre dispuesto; porque era Leopoldina de esas personas de clase inferior, entrometidas y gorronas, que sufren toda especie de molestias y desaires a trueque de aparecer a los ojos del vulgo, codeándose en todas partes con las primeras figuras de la moda y de la Grandeza. La faja de su hermano y la Capitanía general de Madrid, que desempeñó este algún tiempo, habíanle abierto las puertas del \_beau monde\_, y allí se había encastillado ella y tomado carta de naturaleza.

Villamelón, dando sus pataditas, repetía por centésima vez muy angustiado:

--¿Sabes, Curra?... Malo estoy.

--Fernandito, ¡por Dios!... No me lo digas...

--Indigestión... El \_vol-au-vent\_ de codornices. Lo tengo dicho: siempre se me indigesta. ¿Me entiendes?...

--¡Vaya por Dios, vida mía!... Mira, pasea un poquito y eso te vendrá bien... Acompaña a Leopoldina y vuélvete pronto...

Y cada vez más impaciente, advirtió a esta por lo bajo:

--Que no se huela Carmen a lo que vas... Mira que las pesca al vuelo.

Villamelón, haciendo figuras, se atrevió a decir:

--Quizá en casa...

--¿En casa?... Jesús, hijito mío, y ¿qué te vas a hacer allí solo?... ¿Y si te da algo?... No, por Dios; ve con Leopoldina y vuélvete despacito.

El duque de Bringas entró en el palco, y a poco llegó el tío Frasquito acompañando a su sobrina Valdivieso, que rebosaba, como siempre, entusiasmo y necesidad, chismes y enredos.

La Ortolani era un portento. ¡Qué berceuse aquella: Si carina, carprettina!... El tío Frasquito no estaba conforme: gustábale más la romanza L'incantator della montagna, y estábala ensayando en la flauta, sin cuidarse para nada del percance del rey Midas, que desde mucho tiempo antes le tenía pronosticado Diógenes. El duque de Bringas estaba muy enfadado porque no le llenaba la partitura; aquello no era sino una ópera cómica francesa, convertida en ópera italiana; en cuanto a la Ortolani, ¡pchs!... no vocalizaba mal, pero ¡estaba tan flaca!...

--¡Como si tuviera que cantar con los mofletes!--exclamó María Valdivieso con muy buen sentido.

Y variando de conversación púsose a contar a Currit a una historia muy chistosa de la duquesa de Bara, que se hallaba un poco más abajo, en el palco de los consortes López Moreno, restaurados ya en su trono de Matapuerca. Lucy se casaba al fin con Gonzalito, co

nformándose la  
duquesa a tragarla por nuera. Paco Vélez se lo había  
dicho.

--¡Ya me lo figuraba yo!--exclamó Currita con maligna complacencia--. Si  
quien habla mal de la pera, la bendice y se la lleva.

--¡Exacto! Lo mismo dijo Paco Vélez... Ahí los tienes a los dos tan  
amartelados en el palco, publicando las amonestaciones... ¡Dice Paco  
Vélez que ha habido unas historias!... López Moreno sitió a Beatriz por  
hambre, y entre el embargo y la boda no hubo más remedio que capitular.  
Beatriz entrega el ducado, el otro perdona la deuda, y pata... Pero lo  
más chistoso es que Lucy dota a Gonzalito en cuatro millones...

--¡Qué delicia!... De modo que, en caso de viudez, Gonzalo quedará  
siempre prince douairier, es decir, douairier de Matapuerca.

El duque y el tío Frasquito creyeron morirse de risa al oír la agudeza  
de Currita, y la de Valdivieso añadió entre carcajadas:

--¡Exacto! ¡Qué frase tan feliz!... Se la contaré a Paco Vélez... ¡\_Le  
prince douairier\_ de Matapuerca!... Es menester que le dejemos el  
nombre; justamente andan muy afanados ahora buscando el árbol  
genealógico de Lucy...

--Pues mira, mujer, yo se lo daré hecho... En la primera rama que pongan

al Mal Ladrón, y en la última a López Moreno ahorcado...

--¡Pero, Curra, mujer, estás de vena esta noche!-- exclamó muerta de risa la Valdivieso--. Cuánto daría Beatriz porque el árbol de Lucy rematase de ese modo... Dice Paco que López Moreno está riquísimo...

Aquí se detuvo como espantada un momento, y mirando atentamente hacia la sala, añadió con su intemperancia ordinaria:

--Pero, mujer, ¿no has visto eso?... ¿No ves allí a Jacobo con la Mazacán?... ¡Pero qué escándalo!... ¿Cómo permites tú eso?...

¡Vaya si lo había visto Currita!... Como que el berrenchín que tenía por dentro era la nerviosa musa que inspiraba aquella noche sus aceradas agudezas, y desde que terminó el acto no había perdido de vista un momento a Jacobo, viéndole comenzar su toumée por los palcos de las damas, que le recibían todas en palmas, mimándole y agasajándole con sus más encantadoras sonrisas y sus más dulces palabras. Isabel Mazacán, sobre todo, parecía querer comérselo, y por dos o tres veces, mientras le tuvo en el palco lanzó al de Currita una mirada que parecía decirle: ¡Rabia de firme!... Él acogía todos aquellos homenajes con la exquisita naturalidad, el desembarazo distinguidísimo del elegante de raza que se reconoce de moda, del leader del día cuyos saludos se mendigan, sus frases se repiten, sus trajes se copian, sus toses

y estornudos se  
numeran y comentan.

Jamás había otorgado Madrid un perdón tan generoso  
y tan amplio como el  
que concedió al antiguo revolucionario al saber su  
novelesca aventura  
de Constantinopla y al verle entrar de nuevo en el  
redil aristocrático,  
a la sombra de Butrón y la Albornoz, arrepentido, p  
ero con la cabeza  
alta; no implorando protección, sino ofreciéndola a  
todo el mundo.

Allá en los profundos rincones de los \_boudoirs\_ y  
en los secretos  
conciliábulos políticos murmurábanse cosas extrañas  
. Decíase en estos  
que Jacobo había prestado un gran servicio al parti  
do restaurador,  
echando a pique con ciertos misteriosos papелitos a  
tres personajes  
intrigantes y tramposos que, ávidos siempre de pode  
r y dinero, habían  
querido en Biarritz, después de la caída de Amadeo,  
injerirse  
traidoramente en la restauración del trono, que ell  
os mismos habían  
contribuido a hundir cinco años antes. Fuera o no e  
sto cierto, éralo,  
sin embargo, que el respetable Butrón había apareci  
do de repente,  
cubriendo a Jacobo con el manto protector de su con  
fianza; que Currita  
habíale proporcionado la desinteresada amistad de s  
u caro esposo  
Fernandito, y que así, en aquellos ocultos rincones  
de los \_boudoirs\_  
como en las amplias aceras de las plazas públicas,  
designábanse a los  
tres personajes con los nombres de \_el joven Teléma  
co, el prudente

Mentor y la invulnerable Calipso\_, murmurándose al mismo tiempo que Jacobo estaba arruinado, que el partido restaurador garantía su porvenir asegurándole una cartera en pago de sus servicios, y Currita atendía a su presente con una esplendidez que amenazaba dar a l traste con la hasta entonces bien cimentada fortuna de la opulenta casa de Villamelón.

--Y es natural--había dicho una noche la duquesa de Bara--. Curra está ya muy \_fanée\_, y Jacobo no es ningún Juanito Velar de que se mantenga con un destinillo de veinte mil reales.

Mientras tanto, Leopoldina Pastor entraba en la platea de Carmen Tagle, y besándola en ambas mejillas, decíale al oído:

--Vengo huida...

--¡Mujer!... ¿Quién te persigue?

--Curra... Esa Curra... que es atroz, hija, atroz... ¡No vuelvo a presentarme en público con ella!... No me gustan evidencias; no quiero escándalos... Por eso dije: aunque sólo sea este en treacto, me la quito de encima y me voy con Carmen...

--Gracias por la elección, querida...

--Pues nada... Empeñada en saber quién estaba en el palco de arriba... Y todo porque \_el otro\_ no hacía más que mirar para allá \_poniendo varas\_.

Al decir esto, Leopoldina cogió a Carmen Tagle sus gemelos de nácar y

púsose a mirar hacia el palco que tanto inquietaba a Currita. Había en él dos señoras: una, joven, sentada en primera fila, y otra, de edad ya madura, casi oculta en el fondo... Parecía la primera una verdadera niña, delicada, fantástica, una de esas espirituales gatitas rubias que se crían a orillas del Sena y suelen tener, en efecto, todas las solapadas mañas de la raza felina. Sentada de espaldas al escenario, parecía no haber roto un plato en todos los días de su vida, y paseaba la vista por la espléndida sala, sin fijarla en ninguna parte, con esa indiferencia con que se mira una multitud del todo desconocida: más bien que para ver, parecía estar allí para ser vista, y la exagerada elegancia, algún tanto extravagante, de su traje de terciopelo negro con camelias rojas indicaba claramente el plan preconcebido de atraer todas las miradas. Su compañera, que podía muy bien ser su madre, era una mujer muy flaca, de aspecto distinguido, con el pelo gris peinado a la inglesa, un traje de terciopelo negro cerrado hasta arriba y un vistoso aderezo de brillantes falsos. Ambas parecían extranjeras, y en toda la noche no habían cruzado entre sí una sola palabra.

Examinólas Leopoldina detenidamente, y dijo al cabo, meneando la cabeza:

--Negro y encarnado... ¡Malo!... Los colores del diablo... ¿Y quiénes son esas individuosas?...

Carmen Tagle se echó a reír encogiéndose de hombros



, y Leopoldina volvió  
a mirarlas, diciendo por debajo de los gemelos:

--Pues te digo que con el terciopelo que gastó la madre en cubrirse  
hasta las orejas podía haber subido un poquito el escote de la hija...  
¡Vaya con la indecente!... Y la chica es monísima...  
. ¿Cómo se llama?...

--Si nadie la conoce... El martes se presentó en ese mismo palco vestida  
de blanco con camelias rosa... Ayer estaba en la Castellana en un milord  
muy bonito, con camelias blancas en el sombrero y en el pecho... Hoy,  
terciopelo negro con camelias rojas...

--Pues ya tenemos nombre que darle--exclamó Leopoldina riendo--: \_La  
dama de las camelias\_.

Y sobre estos varios motivos improvisaron las dos amigas una alegre  
fantasía, hasta que Leopoldina volvió al palco de la Albornoz momentos  
antes de comenzar el acto segundo. Currita la esperaba impaciente, y la  
falaz exploradora apresuróse a decirle, con cierto maligno gustito, que  
la incógnita en cuestión era una muchacha monísima, de todo el mundo  
desconocida, a quien acababan de bautizar ellas, por tenerlo muy bien  
merecido, con el significativo nombre de \_La dama de las camelias\_.

--Por supuesto, que no se enteraría Carmen de que yo te enviaba--dijo  
Currita muy pensativa; y Leopoldina, con el hociquito fruncido y los  
ojitos entornados, como quien se ofende de la pregu

nta, contestó:

--¡Mujer!... ¿En qué cabeza cabe?... ¿Acaso soy yo boba?...

Comenzó el acto: Villamelón seguía indigestado; Currita, emberrenchinada y con el rabillo del ojo alerta; Leopoldina, que era, en efecto, aficionada e inteligente, sin perder una nota, y el tío Frasquito, que allí se había quedado, muy satisfecho por hallarse al lado de Leopoldina, una de las sobrinas espurias a que más predilección mostraba, por su \_allure\_ varonil y decidida y sus excéntricas genialidades.

En el palco del Veloz habían quedado solos Diógenes y Jacobo; despatarrado aquel frente al público, como si quisiera indicarle que todo él junto no se le importaba un comino; mirando este sin cesar, como un cadete, al palco de la dama de las camelias. En la escena, Dinorah, la pobre loca, cantaba la bellísima aria que la inspira su propia sombra proyectada en el suelo por la blanca luz de la luna, una de las más felices inspiraciones de Meyerbeer, que interpretaba admirablemente la entonces célebre Ortolani.

Cambió la escena de pronto, y la cascada, el precipicio y el torrente arrancaron un murmullo de admiración a los espectadores, que pocas veces habían contemplado en aquel género una obra de arte tan acabada y tan bella. Höel quiere obligar al gaitero Corentino a b

uscar el tesoro en el fondo del precipicio; de nuevo el cielo se encapota, y entonces aparece otra vez el terrible Meyerbeer, el genio de los \_Hugonotes y Roberto el diablo\_, que sabe describir con las ocho notas del pentagrama toda la rabia de los elementos y todos los furores del corazón.

De improviso, rompe la orquesta bruscamente la cadencia, rugen los contrabajos estrepitosamente, las flautas dejan oír agudos silbidos, el metal, desencajado, truena con espantosa violencia, los timbales redoblan convulsamente. Ya no parece aquello una tempestad, ni un huracán, sino un cataclismo que amenaza desquiciar la tierra, y en aquel momento, el supremo de la ópera, apareció por entre las cortinas de terciopelo carmesí que cerraba el fondo del palco de Currita una cabeza peluda y cetrina, que el tío Frasquito tomó por la del terrible Adamastor, genio de las tempestades, y Fernandito por el bilioso espectro de la indigestión, que evocaban ante él sus jugos gástricos alterados.

Era Butrón, el respetable Butrón, que entraba de puntillas, con el dedo sobre los labios, haciendo gestos de que nadie se molestara, y yendo a sentarse en la silla que, no obstante su susto y su entripado, se apresuró a cederle Villamelón, al lado de Currita.

La tempestad seguía rugiendo: Höel y Corentino gemían aterrados, y

Dinorah, la pobre loca, desencajada, con el cabello flotante y el rostro iluminado por la luz de los relámpagos, desafiaba la furia de los elementos, dominando con su voz pura y vibrante los roncos estampidos del trueno y los estridentes alaridos del viento, que encubrieron también estas breves palabras deslizadas por Butrón al oído de Currita:

--Llegó la hora... ¡Concha está con nosotros!...

Escapósele a aquella una leve exclamación de sorpresa, que el tío Frasquito pescó al vuelo; mas un azulado relámpago iluminó en aquel momento la escena; un inmenso diseño cromático, nacido en las alturas de la orquesta y resuelto en las profundidades de los bajos en un rumor apagado y fatídico, anunció la caída del rayo, y entre truenos y relámpagos y sublimes convulsiones de los instrumentos de cuerda, escapósele lo que Butrón añadía, pudiendo percibir tan sólo estas palabras dichas por el diplomático con grande insistencia:

--Mañana, a las cuatro, en casa... ¡Por Dios!, que no faltes, ni dejes de avisar a Jacobo...

La curiosidad hizo al tío Frasquito perder la cabeza, y por querer fiscalizarlo todo a un tiempo, ni vio a Bellak, la cabra blanca, cruzar como una flecha el rústico puentecillo, ni a Dinorah caer en el fondo del barranco, ni a Höel precipitarse desesperado en su auxilio, ni a

Currita que ceñuda y apretando con inexplicable rabia las varillas del abanico, decía a Butrón muy por lo bajo:

--¿A Jacobo?... ¿Acaso le veré yo esta noche?... Ya ha correteado todos los palcos y todavía no me ha dirigido un saludo.

--¡Ah, ingrato!--susurró Butrón--Corro a traértelo.

Y de nuevo se fue como había venido, de puntillas, sonriendo a todos, haciendo muchos ademanes para que nadie se incomodara, y dejando al tío Frasquito estupefacto... ¡Oh!, pues lo que es a él no se la pegaban...

¿Currita a las cuatro en casa de Butrón y avisando antes a Jacobo?...

Algo gordo sucedía cuando el prudente Mentor, el joven Telémaco y la invulnerable Calipso se avistaban en secreto, con la extraña

circunstancia de acudir la dama a casa del caballero, y no los caballeros al palacio de la dama, como parecían dictar las más elementales leyes de la galantería.

--¡Cosa más singularr!...

Y mirando a Jacobo a lo lejos, aumentóse su curiosidad al ver que

aparecía Butrón por detrás de la cortina del palco del Veloz, hacíale

una seña y llevábaselo consigo, siguiéndoles a los dos, sin que ninguno

le llamase, el cínico Diógenes... Al terminar el acto, Butrón,

triunfante y satisfecho, entraba otra vez con Jacobo en el palco de

Currita, y empujándole hacia la dama con aire de pa

pá bonachón que  
satisface un capricho de la niña, cogió con una de  
las suyas las dos  
manos que ella y él se estrechaban al saludarse, mu-  
rmurando, con  
sentenciosa indulgencia, aquellas palabras de Shake-  
speare:

--\_Old, old history\_!...

Hecho esto, el espejo de caballeros, según Pedro Ló-  
pez, el integérrimo  
diplomático, el sesudo político, el anciano venerab-  
le y fervoroso que  
tenía ya un pie en el sepulcro, miró al reloj, enar-  
có las cejas y  
despidióse apresuradamente. Eran ya las once, y est-  
aba citado a las once  
y cuarto con el cardenal arzobispo de Toledo: tratá-  
base de un atentado  
de la canalla gubernamental republicana contra la I-  
glesia y deseaba él  
representar en aquel conflicto el papel de Constant-  
ino.

Ensanchósele el corazón al tío Frasquito, creyendo  
llegada la hora de  
averiguar algo, y aguzó las orejas y aprestó la len-  
gua para sondear con  
habilidad a Jacobo y a Currita. Mas, de repente, un  
a mano aleve cogió el  
mediato lazo de su corbata blanca, y dándole una rá-  
pida vuelta, vino a  
ponérselo sobre la nuca. Volvióse indignado y sorpr-  
endido, y vio  
inclinada sobre la suya la gran cabezota de Diógene-  
s, que, sonriendo y  
babeando, le decía amorosamente:

--¡Francesca mía!... ¡Si soy yo, Paolo!...

Verde de ira y amarillo de miedo púsose Francesca,

cual si viese asomar  
por detrás de Paolo la sombra siniestra de Gianciotto, y gruñó entre  
dientes:

--¡Qué cosas tienes!... De verras que erres pesado.  
..

Y despidiéndose atropelladamente por temor de algun  
a más grave demasía,  
fuese a componer la corbata en el espejo del antepa  
lco, dejando vacío su  
asiento, que era lo que buscaba Diógenes. Ocupólo e  
ste entonces con la  
mayor frescura y dando una gran palmada en el muslo  
a Villamelón, díjole  
tal atrocidad, relativa a su entripado, que Jacobo  
y Leopoldina se  
miraron espontáneamente, como quien dice: «¡Animal!  
». Currita, muy  
enfadada, dijo:--¡Jesús, hombre, qué cosas tienes!.  
.. ¡Eres shoking,  
shoking, de veras!--Y Fernandito, con resignada son  
risa, contestó:

--El \_vol-au-vent\_ de codornices... Siempre se me i  
ndigesta. ¿Sabes?

--¡Pues ya lo creo que lo sé, polaina!... Por eso t  
omo yo siempre  
\_vol-au-vent\_ de sopa de ajo--replicó Diógenes.

Y cediendo a su instinto natural de desvergonzada c  
apigorronearía,  
añadió:

--Oye... ¿Y quién me lleva a mí luego en su coche,  
tú o Jacobo?

--Lo que es yo no te llevo--replicó vivamente este-  
-. Me voy ahora  
mismo.

--Ni yo tampoco--añadió al punto Currita--Fernandito no se siente bien, y no hemos de andar por ahí dando vueltas.

--Pero, mujer, si te coge al paso... Me dejas en la calle de Alcalá, en la chocolatería de doña Mariquita... Por nada del mundo pierdo yo mi gran jícara con su par de \_mojicones\_...

--Son sabrosos--opinó Villamelón.

--¡Qué delicia!--dijo Currita--. Si te los dieran todas las noches en los dientes no tendrías la lengua tan larga.

--¡Polaina!... Si te los dieran a ti donde yo me sé, no darías motivos para que te alcanzasen las lenguas.

Currita se mordió los labios comprendiendo que era imposible la lucha con aquel cafre, que parecía complacerse en ponerle relieve, con sus crudezas, las vergonzosas condescendencias del mundo, y Jacobo se despidió afectuosamente al comenzar el acto con un ambiguo \_hasta luego\_, que dejó a Currita muy complacida. A la mitad del acto cuando Dinorah recobra la razón y quiere recordar la bellísima plegaria \_¡Sancta María!\_ entre sublimes vacilaciones de la orquesta, que parecen revelar los esfuerzos mentales de la pobre loca, en volvióse Currita en su soberbio abrigo de terciopelo granate, forrado de pieles blancas, y aceptando en señal de reconciliación el brazo de Diógenes, salió del palco escoltada por Villamelón y Leopoldina, gozoso



él por irse a dormir  
su indigestión, furiosa ella por marcharse sin oír  
el coro final de la  
romería.

El \_foyer\_ estaba aún desierto, y los lacayos, zambullendo las encarnadas narices en sus inmensos cuellos de pieles, comenzaban a asomar ya, para avisar a los señores la llegada de los coches. Antojósele entonces a Currita sentarse en un diván, para esperar la salida de la gente. Angustióse Villamelón.

--¡Pero, hija mía, por Dios!... ¡Si esto está helado, Curra!...

Y se liaba a toda prisa al pescuezo un \_gran foulard\_ finísimo, y levantábase el cuello del gabán a la altura de las orejas...

--Te digo que vale más volver al palco, si...

Un estornudo formidable le cortó la palabra y le acrecentó la angustia.

--¿Lo ves?... ¿Lo ves?... Ya pillé un constipado... Fortuna tengo hoy... ¿Sabes?... ¡Ya tengo para una semana!...

La gente comenzó a desfilar por delante de Leopoldina y la Albornoz, que, dejando estornudar a Fernandito y sin perder de vista su negocio, saludaban a diestro y siniestro a los innumerables conocidos que iban pasando. De pronto, Leopoldina tiró suavemente del vestido a Currita, diciéndole muy bajo:

--Mírala... ¡Esa es!...

No vio nada: dos fantasmas blancos pasaban por delante, arrastrando por debajo de los amplios albornoces las largas colas de terciopelo negro, dejando asomar la vieja por el abrigado capuchón una corva nariz caída y afilada, luciendo tan sólo la joven unos ojazos azules, que creyó Currita se fijaban en ella con provocativa insolencia. El blanco albornoz de la incógnita pasó rozando el terciopelo granate del abrigo de Currita, y una frase alemana, que esta pudo oír y no pudo entender: «Ahí la tienes», pareció caer entonces de la nariz corva y afilada, y ambos fantasmas desaparecieron entre el gentío precipitados de un \_groom\_ monísimo que apenas contaría doce años.

--Pero, hija, ¿arrancaremos al fin?--decía Villamelón mientras tanto--. Diógenes, dale tú el brazo... ¡Buen constipado he pillado!... ¿Qué haces tú cuando te constipas, Diógenes?

--¿Yo?... Estornudar...

--II--

El respetable Butrón daba puñetazos en los muebles y cruzaba a grandes zancadas el aposento, llamando a su mujer, según su costumbre, unas veces \_Geno\_, otras \_Veva\_, nunca por completo Genoveva y prodigándola

con todas sus letras los dicterios de imbécil, estúpida, vieja del diablo, beata de Barrabás, que no sabiendo sino rezar el Pater noster, quería darle lecciones a él, Pirro en el ingenio, Ulises en la prudencia, Anteo en el ánimo, Alejandro en la magnanimidad y Escipión en lo afortunado.

Curiosas escenas íntimas del hogar doméstico, que parecerán inverosímiles a los que sólo conocen la \_parte oficial\_ de los grandes personajes, y que debieran esculpirse cual bajos relieves en los pedestales que levantan el vulgo y la opinión a muchos de los prototipos sociales que brillan en las academias y congresos, estrados y salones.

La marquesa, la anciana señora de virtud intachable, de educación exquisita, escuchaba aquel torrente de denuestos muda e inmóvil, con la cabeza baja y las lágrimas en los ojos, semejante a la estatua de la paciencia, contemplando sus propios sufrimientos. Por dos veces quiso interrumpir a su marido, mostrándole una carta que en las manos tenía; mas los gritos y denuestos del sesudo diplomático la atemorizaron y aturdieron, y volvió a guardar silencio. Las escenas de Lauzun, amenazando con el bastón a la duquesa de Montpensier, su esposa, y gritándole: «¡Luisa de Borbón, quítame las botas!», no eran, sin duda, desconocidas a la infeliz señora.

Hallábanse ambos esposos en el despacho particular

del diplomático,  
vasta pieza decorada en otro tiempo con severa magnificencia, pero sobre la cual habían pasado los años sembrando manchas y desconchones, sombras y deterioros que la larga cesantía del magnate no había permitido hasta entonces restaurar. Veíase en un extremo, tras un gran biombo de nueve hojas de laca de Coromandel, descascarado por todas partes, una enorme mesa cargada de papeles y rodeada de artísticos armarios, todos al alcance de la mano, *\_sancta sanctorum\_*, donde sólo penetraban los iniciados en los asuntos y manejos del diplomático.

Al otro extremo, frente a una alta vidriera que daba al jardín, y al lado de una chimenea de mármol negro, había una gran mesa del siglo XVII, de nogal, cuadrada, con ancha talla y hierros escarolados, y cómodas butacas y mullidas poltronas, algún tanto desteñidas y un mucho destrozadas, dispuestas en torno: allí recibía Butrón a los profanos a que les era lícito traspasar el dintel de su despacho privado. Veíanse por todas partes, sobre las mesas, en las dos chimeneas, por los armarios y colgados de las paredes, retratos de reyes, príncipes y personajes ilustres, de fotografía unos, magníficamente grabados en acero otros, con pomposas dedicatorias al integérrimo diplomático, que pregonaban sus grandes relaciones y sus altas influencias. Sobre un sofá de rica badana japonesa, hundido todo y despellejado, había en lugar preferente, una gran fotografía del príncipe Alfonso, con el uniforme de escolar del co

legio de María

Teresa, y esta dedicatoria, escrita de puño y letra del futuro monarca:

«Al leal marqués de Butrón, modelo de caballeros. Recuerdo del 2 de diciembre de 1870. Alfonso». Aquella fecha solemne era la del día en que Butrón se avistó por primera vez, después de la Revolución, con los augustos desterrados y juró a los pies del regio niño restaurarlo en el trono de España o morir en la demanda.

Más lejos, a uno y otro lado de una gran panoplia llena de orín y descabalada, había dos hermosos grabados de Luis Felipe y la reina Amalia, con sendas dedicatorias, y entre otra porción de notabilidades regias, políticas y literarias, diseminadas por todas partes, un retrato en litografía de Martínez de la Rosa, en los tiempos en que le llamaban \_Rosita la pastelera\_, con este campechano letrero: A \_Pepillo Butrón, su dómine Paco\_.

Mas entre todos aquellos monumentos de altas estimaciones, era el más curioso una hermosa fotografía de la reina de Inglaterra, colocada con afectada naturalidad sobre la chimenea en un pequeño caballete de plata oxidada, cuyas molduras tapaban, en parte, la honrosa dedicatoria. Habíasela dado la majestad británica en Roma, con motivo de cierto oportuno servicio, y deseando demostrarle la más exquisita deferencia, puso en castellano el autógrafo. Mas su graciosa majestad no manejaba sin duda con gran arte el habla de Cervantes, y sie

ndo su intento  
escribir según la construcción inglesa: Al \_marqués  
de Butrón,  
recuerdo\_, olvidóse de poner la u, y resultó: Al \_m  
arqués de Butrón,  
receurdo\_, firmado y rubricado de puño y letra de s  
u graciosa majestad  
la soberana de los tres reinos unidos, emperatriz t  
ambién de las Indias.

El pasmo de Butrón fue grande al verse colocado red  
uplicativamente por  
aquella importuna síncopa en la rama más desacredit  
ada de la extensa  
familia de los paquidermos, y apresuróse a colocar  
habilidosamente la  
regia dádiva en una moldura que, sin ocultar por co  
mpleto el honroso  
letrero, encubriese el sangriento \_lapsus calami\_ d  
e su majestad  
británica.

Ocurrían graves sucesos, y la pelotera que Butrón s  
ostenía con su mujer  
reconocía en ellos su origen. Pavía había dado el g  
olpe de 3 de enero,  
derrumbándose la república parvulita al eco de tres  
o cuatro tiros  
disparados al aire en los pasillos del Congreso. El  
poder cayó de nuevo  
en las garras de Serrano, y el desquiciamiento gene  
ral, la indisciplina  
del ejército, que peleaba sin fe ni esperanza en aq  
uellas dos grandes  
esclusas de Cartagena y el Norte, que se tragaban t  
orrenes de sangre y  
arroyos de dinero, indicaban a los pacientes alfons  
inos, cruzados de  
brazos, que se acercaba la hora de extender la mano  
para coger la breva,  
madura ya por completo. La escena de Aristófanes, e  
n su comedia \_La

Paz\_, cuando el pacífico Trigeo sube al Olimpo montado en un escarabajo, se representaba entonces en España: el Olimpo estaba desierto y sólo quedaban allí la Guerra y el Estrago, machacando en un mortero una nación entera y sirviéndoles de mano un general ambicioso.

Otro general de valor, de prudencia y de prestigio, encargóse entonces de inclinar hacia los alfonsinos la rama de que pendía la fruta apetecida y disputada. Fue este el general Concha, que aceptando el mando del ejército del Norte, partió para Bilbao, dispuesto a restablecer la disciplina, aniquilar a los carlistas y proclamar rey de España al joven príncipe Alfonso. Era necesario, sin embargo, allegar recursos para preparar el ejército, y las bolsas exprimidas, las codicias alarmadas y los egoísmos latentes dificultaban mucho la ejecución del proyecto. El ingenio del marqués de Buitrón encargóse entonces de hallar remedio, y al frente de su brigada femenina acometió la empresa: imaginó, por de pronto, crear una asociación de señoras para socorrer a los heridos del Norte, que, difundida por toda España, había de allegar recursos de todos géneros para ser distribuidos abundantemente en el ejército a nombre de las señoras alfonsinas, preparando así los ánimos para secundar el movimiento[15].

[Nota 15: Varias fueron las asociaciones de señoras que se fundaron

en aquel tiempo con el fin de socorrer a los heridos del Norte, siendo la que más benéficos resultados produjo la presidencia por la ilustre y virtuosa señora marquesa de Miraflores, cuyo nombre ha aparecido siempre unido a todas las obras buenas y caritativas. Excusado nos parece advertir al lector que la asociación que nosotros suponemos no tiene nada que ver con ninguna de estas, y que, aunque toda es del natural parte de su fisonomía, es, en su conjunto, pura invención nuestra.]

El plan fue aprobado con entusiasmo por los prohombres del partido, y el gran Robinsón sólo pensó entonces, con la enérgica actividad que le caracterizaba, en organizar la Junta central de señoras en la corte. Ocupóse, lo primero, en buscar la presidenta, piedra fundamental de todo el edificio, y un nombre ilustre que había de llevarse tras de sí cuanto grande, bueno y respetable encerraba la corte; acudió primero a su mente la marquesa de Villasís... Mas las teorías conciliadoras del peludo diplomático juzgaban necesario allegar otros elementos, y pensó entonces en la condesa de Albornoz para el cargo de vicepresidenta. Esta atraería al Madrid de rompe y rasga, que brilla y que bulle, pequeña, pero venenosa levadura que corrompe la sociedad entera y la hace aparecer, al imponerle sus leyes a sus vicios, escandalosa hasta un punto que no lo es ciertamente; la otra atraería al Madrid honrado, sensato y devoto, no tan escaso como muchos creen, y en torno de uno y o



tro bando se  
agruparía al punto el Madrid verdaderamente inmenso  
, la gran falange  
cortesana de gente más bien frívola que corrompida,  
más bien  
insustancial que viciosa, que vive de reflejos y es  
candaliza o edifica,  
según es escandaloso o edificante el astro que le c  
omunica sus  
resplandores.

El plan era bellísimo. Mas ¿quién le ponía el casca  
bel al gato? ¿Quién  
aliaba a la tiesa y austera Villasis con la amable  
y despreocupada  
Currita, aunque se tratase de ir a conquistar junta  
s la Tierra Santa?  
¿Quién doblegaba la vanidad inmensa de la Albornoz,  
hasta el punto de  
hacerla aceptar cualquiera empresa que fuese un pue  
sto secundario?...  
El astuto Butrón resolvió tentar el vado, aproxima  
ndo a las dos señoras,  
y citólas en terreno neutral, su propia casa, sin a  
dvertir a ninguna la  
presencia de la otra, con el pretexto de tratar res  
ervadamente, en junta  
de notables, un asunto de la mayor importancia para  
el partido.  
Encargóse él de avisar a Currita la noche antes en  
el teatro, y, por  
orden expresa suya, escribió su mujer a la Villasis  
, con quien la unía  
una amistad antigua, cariñosa y sincera. La futura  
presidenta olióse  
desde luego la partida, y un oportuno constipado at  
roz y empedernido  
vino a impedirle salir fuera de casa; así se lo not  
ificaba con grande  
sentimiento y cariñosas frases a su buena amiga Gen  
oveva en una elegante  
esquelita cuadrada, en cuya esquina se leía, bajo l

a corona ducal propia  
de los Grandes de España, su nombre de María.

Esperábase la Butrón la llegada del constipado, díjole así a su marido al mostrarle la carta, y entonces fue cuando el respetable diplomático descargó su berrinche sobre la pobre dama, prodigándole los dicterios que al comenzar este capítulo apuntamos.

De repente, recobró su cortesana sonrisa, su continente señorial y aparatoso: entraba la duquesa de Bara, otra de las citadas, antigua amiga suya, aunque no de tan añeja fecha, de quien la maledicencia se había ocupado muchos años atrás y se solía ocupar aún de cuando en cuando. Era la duquesa mujer muy discreta, nada escrupulosa, conocía a Madrid palmo a palmo y escuchábala Butrón como a un oráculo en todo lo referente a guerra femenil de intriguillas y abanicos. Al poco llegó el general Pastor, próximo a partir también al Norte para secundar el movimiento de Concha, y vino luego un don José Pulido, hombre listo y travieso, pies y manos de Butrón y también su ninfa Egeria, que había sido condiscípulo suyo en la Universidad y desempeñado muy buenos puestos a la sombra del diplomático. Eran ya las tres, y a las cuatro debían de llegar Jacobo Sabadell y la Albornoz y hubiera llegado también la Villasís si su providencial constipado no se lo estorbaba. El prudente Butrón había los citados con una hora de intervalo, para poder preparar en aquella antejunta de íntimos lo que en

presencia de los  
otros había de tratarse más tarde.

Sentáronse todos al lado de la chimenea, en torno de la mesa cuadrada, y el respetable Butrón expuso el caso. La duquesa de Bara no le dejó acabar: juzgaba ella imposible hacer tragar a la Villasis la vicepresidencia de Currita, como no fuera cogiéndola de sorpresa, presentando de improviso la candidatura aprobada ya por unanimidad en la junta magna de señoras que había de celebrarse; y aun así y todo, desconfiaba mucho del éxito, porque era María Villasis una quijota impertinente y ridícula, capaz de desairar a Madrid entero si se le ponía entre ceja y ceja el hacerlo.

--No se me olvidará nunca--dijo--lo que hizo con la pobre Rosa Peñarrón, cuando aquel concierto famoso que organizó a beneficio de los inundados de Valencia. Le envió Rosa tres billetes, y tuvo la desfachatez de devolvérselos con el precio justo, unas quince o veinte pesetas, y enviar luego a Valencia, por mano del arzobispo, una limosna de tres mil duros...

Butrón enarcó las formidables cejas, el general Pastor se atusó el largo bigote y don José Pulido, más práctico y menos puntilloso, ensanchó la barbilampiña cara, diciendo suavemente:

--Con tal de que nos envíe a nosotros otro tanto, aunque sea por mano del moro Muza...

Ofendióse la duquesa, que acababa de vender su hijo y su ducado al señor López Moreno, y con mucha dignidad contestó severamente:

--¡Oh, no, no, Pulido!... Ni el decoro se vende, ni tiene precio, ni necesitamos acá que venga la Villasis a damos lecciones...

Y además, desconfiaba ella mucho de la actitud de esta e ignoraba hasta qué punto podría contarse con ella para los trabajos de la Restauración... Ciertamente que su amistad con la reina destronada había sido siempre íntima, leal y consecuente, pero le constaba a ella de buena tinta que Bravo Murillo tuvo la impertinencia de comunicar a la marquesa la respuesta dada por el arzobispo de Valladolid a la consulta de si la Restauración había de conservar o no la unidad católica, y esta no podía ser más terminante: «No era lícito a ningún partido político prescindir de ella». Que era esto una tontería, una chochez del arzobispo, corriente. Pero era lo bastante para alarmar la conciencia de una mojigata como la Villasis, y encontrar en ello un pretexto para tirar de los cordones de la bolsa.

La marquesa de Butrón bajó los ojos como distraída al oír hablar de la unidad católica, y acentuóse aún más la sombra de tristezza que nublaba siempre su rostro. El integérrimo diplomático y el señor Pulido cruzaron entre sí una rápida mirada; indudable era que los d

os compadres habían  
hablado más de una vez del asunto en junta de íntim  
os, del lado de allá  
del biombo. Butrón tomó la palabra, extendiendo la  
peluda mano:

--Respondo de María Villasis--dijo enérgicamente--.  
Lo que tú dices es  
cierto, Beatriz; pero la pifia de Bravo Murillo la  
enmendé yo mismo...  
María acudió entonces a mí muy alarmada, pidiendo e  
xplicaciones  
categóricas, y yo la prometí solemnemente que la Re  
stauración  
conservaría a todo trance la unidad católica como l  
a joya más preciada  
de las glorias de España.

La duquesa se encogió de hombros, con muestras de g  
rande impaciencia.

--Pues no dice eso el manifiesto que se negó a firm  
ar Bravo  
Murillo--dijo.

--Tampoco dice lo contrario.

--Entonces...

--Entonces queda en pie lo que yo he prometido... E  
l porvenir no puede,  
sin embargo, asegurarse, y quizá pudiera suceder qu  
e, contra nuestra  
voluntad y nuestros deseos, nos viéramos forzados a  
respetar un hecho  
consumado o a ceder ante una votación contraria hec  
ha en Cortes...

El señor Pulido hizo una profunda señal de asentimi  
ento, bajando con  
previsoria resignación los ojos, y la duquesa, haci  
endo alarde de la

perspicacia de su ingenio, exclamó ligeramente:

--¡Entendido, entendido...; basta!... Queda, sin embargo, el otro extremo por conciliar. ¿Crees tú que \_la mona Jenny\_ se contente con la vicepresidencia?

Asombróse Butrón de aquella extraña candidata humano que trataba de ingerir la duquesa en la ilustre junta de damas, y exclamó muy sorprendido:

--¿\_La mona Jenny\_?...

--Pues, hombre, Curra... La Villamelona. ¿No sabes? ... Diógenes le ha puesto ese nombre desde que le dio por fumar en pipa, en un narghilé precioso que le regaló el embajador de Marruecos... Es una mona famosa que hay en el jardín zoológico de Londres--yo la he visto--y fuma en pipa con una gracia y unos mohínes que recuerdan a Curra por completo.

--¡Vamos, vamos!--exclamó con bondad olímpica el diplomático--. No he visto nada como Madrid para motes y chismecillos... Todos queriéndose mucho, todos juntos noche y día, y todos arrancándose a tiras el pellejo y poniéndose en ridículo en cuanto vuelven la espalda...

--¡Miren el puritano, el caritativo!... \_Ami de la vertu, plutôt que vertueux\_! Pues ya tenías tiempo de haberte ido acostumbrando.

--Empezaré a acostumbrarme por la mona Jenny... La

mona Jenny aceptará  
la vicepresidencia.

--¿Crees tú?...

--Lo espero... Le tengo reservado otro papel de gran importancia que le hará olvidar lo secundario de este.

Entonces explicó Butrón su plan con todos sus pormenores... No se trataba de una asociación de señoras exclusivamente alfonsinas, mil veces lo había dicho y no se cansaría jamás de repetirlo. Era necesario \_barrer para adentro\_, conciliar todas las voluntades, ahuyentar todos los escrúpulos, ahondar en cualquier rincón en que pudiera encontrarse un ochavo, escarbar en todo muladar en que pudiera hallarse un pelotón de hilas sucias, agotar todos los recursos de fiestas, bailes, toros, beneficios, francachelas y festivales, con que la caridad moderna ha encontrado el secreto de enjugar las lágrimas, al mismo tiempo que ensancha los corazones, refocila los estómagos y estira las piernas... ¡Socorrer a los heridos del Norte!... ¡Qué anzuelo tan a propósito para pescar desde las carlistas más recalcitrantes hasta las liberales más radicales!... Por eso había pensado él, para dar aquel barrido general y definitivo, en un gran baile, una fiesta sonada y famosísima, de \_ancha base\_, que debía dar \_la mona Jenny\_, Curra, convidando a todo el Madrid explotable, desde la presidenta consorte del comité carlista, hasta la ministra cesante, esposa dignísima del excelentísimo

o señor don Juan  
Antonio Martínez... Y allí, al calorcillo del champ  
agne, que ablanda los  
corazones compasivos, bajo la influencia de las van  
idades estimuladas  
que excitan el deseo de figurar, tender la red de l  
a caridad, echar el  
anzuelo de los infelices heridos del Norte y pescar  
de una sola redada  
entre las mallas de la asociación de señoras a todo  
el Madrid femenino  
capaz de soltar la mosca... Celebraríase luego una  
junta general  
preparatoria en casa de Butrón mismo, presidida por  
Genoveva, y en ella  
había de presentarse y aprobarse por sorpresa la ca  
ndidatura de una  
junta directiva, preparada ya antes, en que entrase  
n todos los elementos  
tan hábilmente combinados; que el partido restaurad  
or tuviese mayoría y  
pudiera Butrón, entre bastidores, manejar a la Junt  
a y a la Asociación  
entera con la misma facilidad con que se maneja el  
manubrio de un  
organillo. La junta directiva era, pues, la clave d  
el arco, el clou del  
proyecto, y el respetable Butrón terminó su perorat  
a suplicando a los  
presentes se dignasen estudiarlo maduramente, prese  
ntando sus  
candidaturas con arreglo a este croquis que tenía é  
l apuntado en un  
papelito:

Una presidenta, beata de gran nombre. (Nadie como l  
a Villasis.)

Una vicepresidenta elegante, de rompe y rasga. (Nin  
guna como la  
Albornoz.)



Seis vocales: una carlista, bastante tonta; otra, radicala, de pocos alcances; y cuatro alfonsinas, de la Grandeza, del cogollito, honradas, por supuesto, listas y de arranque.

Una secretaria literata.

Una tesorera de alta banca.

El general Pastor aplaudió entusiasmado la hábil estrategia del diplomático; el señor Pulido bajó modestamente los ojos, como si le tocara grande parte en la paternidad de la idea, y la duquesa, encantada, comenzó a vomitar nombres propios, juicios críticos, filiaciones y datos biográficos que probaban bien a las claras su consumada pericia en el arte de averiguar vidas ajenas. Tontas encontraba ella a porrillo; listas tampoco faltaban; lo que le parecía difícil de hallar eran las honradas, y no porque no las hubiese a montones, sino porque la duquesa no sabía encontrarlas, por aquello de que nadie hay más exigente ni que se complazca tanto en verlo todo manchado como quien vive zambullido en medio del fango.

El respetable Butrón acogía aquellos homenajes con majestuosa sonrisa, y temiendo ver entrar de un momento a otro a Currita, recomendó de nuevo a los íntimos la mayor discreción, con respecto a esta; era necesario ocultarle el plan de la junta y entusiasmarla con la idea del baile, haciéndole creer que con ello ponía el partido en s

us manos el éxito del  
proyecto. Una vez entretenida con esto, fácil era h  
acerle tragar por  
sorpresa, a su debido tiempo, lo secundario de la v  
icepresidencia.

Llegó al fin Currita, \_la mona Jenny\_, con Jacobo S  
abadell, el joven  
Telémaco; había tardado un poquillo, pero tenía la  
culpa el tío  
Frasquito... ¡Qué risa con el pobre posma! ¡Habíase  
olido, sin duda, que  
algo se fraguaba, y presentándose a almorzar con un  
a cara de pregunta,  
con un aire de sospecha!... ¡Ella le había estado \_  
tomando el pelo\_ todo  
el almuerzo, hasta que al fin, para quitárselo de e  
ncima, tuvo que  
armarle una emboscada, un \_guet-apens\_ chistosísimo  
!... Díjole si quería  
acompañarla a dar una vuelta por el Retiro con Miss  
Buteffull y con los  
niños y le envió con estos al coche mientras ella s  
e ponía el sombrero.  
¡Pobre viejo!... En cuanto volvió la espalda, escap  
óse ella con Jacobo  
por la escalera de la servidumbre, y en el coche de  
este habíanse venido  
los dos solos, juntitos, como si fuesen un matrimo  
nio. ¡Qué delicia!...

Y besó con piedad filial a la marquesa, con amor fr  
aterno a la de Bara,  
estrechó la mano de Butrón con infantil afecto, y t  
uvo una cariñosa  
sonrisa para el general Pastor y un saludito protec  
tor y monísimo para  
el señor Pulido.

Hízola sentar Butrón junto a sí, al lado de la marq  
uesa; y ella, con los  
claros ojos fijos en el gran duque Alejo, que, somb

reado por una  
telaraña, tenía delante, comenzó a lamentarse, con  
frases muy pulcras,  
del entripado de Fernandito... Casi, casi había est  
ado a punto de no  
venir, por miedo de dejarlo solo; pero las noticias  
que le había dado  
Butrón eran tan graves, tan lisonjeras, que acabó a  
l fin por decidirse.

--Si tú no hubieras venido, hubiéramos ido todos a  
tu casa--exclamó  
Butrón con gran vehemencia--Como que sin ti no pued  
e hacerse nada y en  
tus manos está, en rigor de verdad, la suerte del p  
artido.

La vanidad hizo en el rostro de la Albornoz lo que  
jamás había  
conseguido la vergüenza: sonrojarlo.

--¡Jesús, Butrón, pobre de mí!--exclamó con su dulc  
e vocecita--Pues si  
está en mi mano, no tenga usted miedo de que la sue  
lte.

Butrón comenzó a exponer el proyecto, como si fuese  
desconocido de todos  
los presentes, haciendo caso omiso de la junta y pr  
esentando con grande  
habilidad la fiesta deseada, como el eje sobre que  
había de girar la  
ejecución del proyecto, la restauración del trono,  
la felicidad de  
España y la paz del mundo y el equilibrio europeo.  
Currita parecía  
titubear, porque había mirado a Jacobo como si le c  
onsultase, y este  
fruncía las cejas; la pícara era ducha y no era del  
todo fácil hacerle  
tragar el anzuelo. El diplomático reforzó sus argum  
entos, y el general

Pastor, con militar franqueza, dijo resueltamente:

--Condesa, más puede usted hacer en ese baile con su abanico que yo en el Norte con mi espada.

Y el señor Pulido, dando vueltas a sus pulgares, añadió con suavísima sonrisa:

--¡Oh, señora condesa!... Si usted quiere, con razón se llamará ese baile \_la dulce alianza\_...

La dama extendió ambas manitas con gesto de cómico espanto.

--¡Ay, no, no, Pulido, por Dios!... ¡Si así se llama la confitería de la Carrera de San Jerónimo!

La duquesa salió entonces a la palestra, y con habilidad mujeril disparó el más certero saetazo, sirviéndole de ballesta una mentira muy gorda.

--Después de todo--dijo--, no hay que apurar mucho a Curra, porque si ella no puede dar el baile, Isabel Mazacán se compromete a darlo...

El tiro dio en el blanco, y Currita soltó al pronto la prenda.

--¿Y por qué no he de poder yo?--dijo--. La cosa no puede ser más fácil... Dentro de quince días es Carnaval. ¿Les parece a ustedes bien un gran baile de trajes?...

--¡Te cuesta un sentido!--murmuró Jacobo con tan mal humor como si

hubiera él de pagarlo.

Mas la duquesa, que pescó al vuelo la frase y comprendió la económica idea de monsieur Alphonse, impidió que llegase a oídos de Currita, rompiendo a reír a carcajadas; todos la miraron con extrañeza...

--¿De qué te ríes?...

--Pues nada, mujer.. Estaba pensando en el traje que escogerá la señora de Martínez para ir al baile... Como no sea el de Teresa Panza, la mujer de Sancho...

--III--

El trato continuo con Bonnat había despertado en París las aficiones artísticas de Currita, y no contenta con el papel de Mecenaz, quiso cultivar ella misma el arte del divino Apeles. Visitó a Meissonnier, convidó a comer a Carlos Durand, y pudiendo conseguir que Raimundo Madrazo le diese algunas lecciones por pura galantería de cumplido caballero, volvióse a Madrid, dejando a Rosa Bonheur tamañita y royéndose los codos de envidia.

Una vez en la corte, necesitó tener a su lado un genio complaciente, un numen auxiliar que comunicase con sus pinceles vida y expresión a los muertos y aplanados monigotes que brotaban de su pa

leta de artista.

Hallólo, al fin, en Celestino Reguera, famoso acuar  
elista de la Escuela  
sevillana, de esos que prefieren lo correcto a lo g  
randioso y tienen en  
más un paisaje de Watteau que una sibila de Miguel  
Ángel. El pincel de  
Celestino entraba y salía por los lienzos de Currit  
a con tanta  
frecuencia y libertad, que al terminar esta sus cua  
dros podía repetir,  
con harta razón, lo que dijo el monaguillo de marra  
s: «Yo y el cura le  
dimos los Sacramentos».

Pero aun más que de su gloria artística, ocupóse Cu  
rrita, a fuer de  
mujer elegante, del marco que había de encerrarla,  
instalando en su casa  
un estudio lujosísimo, digno de Fortuny o de Pradil  
la, Delaroche o  
Makart. Era una vasta pieza con estudiadas luces de  
oriente y cenital,  
atestada de preciosidades artísticas y arqueológica  
s, que sobre tapices  
de Beauvais y los Gobelinos cubrían todas las pared  
es, atestaban todas  
las mesas y apenas dejaban un sitio en que poner la  
planta sin encontrar  
algo que admirar o algo en que tropezar. Bronces an  
tiguos, raras  
porcelanas, macetas de Pompeya con plantas tropical  
es, lámparas árabes,  
persas y romanas, igual una de estas a la célebre d  
i capo danno del  
Museo Vaticano; bustos, cuadros, estatuas, yelmos,  
espadas, partesanas y  
armaduras completas de varias épocas rodeaban cual  
páginas sueltas de la  
historia de todos los tiempos el caballete de Curri  
ta, que, colocado en  
luz conveniente, parecía recibir un reflejo de la l

uz del cielo, que el grandísimo tuno de Celestino Reguera aseguraba ser el mismo, mismísimo que derramaba en otro tiempo el grupo de las nueve musas sobre las frentes de Rafael, Velázquez y el Ticiano.

Daban la guarda a uno y otro lado de la puerta dos maniquíes vestidos de reyes de armas del siglo XVI, con gigantescas adargas y dalmáticas auténticas de terciopelo morado, bordadas de castillos y leones, y frente por frente, en el otro extremo de la pieza, y en una especie de ancha, alta y profunda hornacina, a que se subía por tres gradas de mármol blanco, había un diván turco, cubierto el pavimento por legítima alfombra de Persia y mullidos almohadones de raso y terciopelo, y decorados el techo y las paredes con mosaicos romanos y de Pompeya, bajos relieves egipcios y brillantes azulejos moriscos. Allí estaba el narghilé, regalo de Sidi-Mohammed-Vargas, el embajador de Marruecos, y sobre primorosas mesitas de Fez, que no levantaban dos palmos del suelo, otras varias pipas en que Jacobo enseñaba a Currita a saborear el sueño voluptuoso del \_hatchis\_, y había inspirado a Diógenes, para designar a la hurí de aquel paraíso el gráfico nombre de la mona Jenny.

Refugiado en un rincón, oculto como quien está allí de limosna, entre una reducción de la estatua de Byron, presentada en Turín por Pozzi, y una arca tallada del siglo VI, que decían haber pertenecido a Isabel la

Católica, había otro caballete pequeño; allí pintab  
a Paquito Luján,  
callado siempre, taciturno, tímido y receloso, bajo  
la dirección también  
de Celestino Reguera, que hallaba realmente en el n  
iño las disposiciones  
artísticas que faltaban a la madre.

Gran discusión sosteníase en aquel templo de las ar  
tes, tres días  
después de la junta de íntimos celebrada en casa de  
l diplomático.  
Currita, sentada ante una preciosa mesa redonda, cu  
ya tapa era un ónix  
mexicano, examinaba una gran porción de láminas y d  
ibujos que le  
presentaba Celestino Reguera, y pasábalos a su vez  
a Jacobo y a Tonito  
Cepeda, vago elegantísimo, entendido en caballos co  
mo el hijo de Teseo,  
amateur de todo lo que era arte, y digno por su exq  
uisito gusto de que  
la patria agradecida le votase una pensión en Corte  
s, como  
representante en España del buen tono parisiense. T  
onito Cepeda era más  
que chic, más que \_pschutt\_: era \_v'lan, tschock\_.  
Mas el pobrecito  
joven, incapacitado de poner precio a las innumerab  
les consultas que de  
todas partes le dirigían, andaba lleno de trampas y  
no tenía dónde  
caerse muerto.

Grave era la cuestión que Currita había sometido el  
día antes a sus  
despabiladas luces, y digna de sujetarse al arbitra  
je de un areópago de  
elegantes, como Domiciano sujetó en otro tiempo a l  
as discusiones del  
Senado la salsa en que había de guisarse un rodabal  
lo. Una vez decidida



la dama a dar el baile de trajes, la gran fiesta de  
\_ancha base\_ en que  
habían de bailar \_pêle-mêle\_ tirios y troyanos, ran  
cios personajes que  
figuraban en la \_Guía\_ y plebeyos burgueses empinad  
os por la Revolución,  
era necesario encontrar algo nuevo, algo sorprenden  
te que fuera el clou  
de la fiesta y dejase con la boca abierta a los pob  
recillos profanos, a  
los Martínez y comparsa, convidados espurios que hu  
biera dicho el tío  
Frasquito, que cuidaría muy bien ella de barrer de  
sus salones en cuanto  
la caritativa empresa de socorrer a los heridos del  
Norte hubiera dado  
un buen tanteo a sus repletas bolsas.

Las cuadrillas del minué y la pavana, las figuras d  
e la zarabanda y la  
chacóna, estaban ya muy vistas y habían servido mil  
veces en  
aristocráticos salones como protesta de acendrado e  
spañolismo contra el  
intruso don Amadeo. Celestino Reguera propuso la id  
ea de representar una  
alegoría de España, en que parejas de damas y cabal  
leros habían de lucir  
los trajes característicos de las diversas provinci  
as. El proyecto fue  
desechado por Currita.

--¡Jesús, Reguera!--dijo--¡Parecería eso un concurs  
o de Geografía!...

Tonito Cepeda miró desdeñosamente al pintorcillo y  
propuso uno de esos  
espectáculos que constituyen jalones de la época en  
que se verifican:  
imitar la peregrina idea de la Princesa de Segán, q  
ue había resucitado  
en París las fábulas de Esopo dando un gran baile d

e trajes, en que  
recibía ella vestida de pava real y acudieron todos  
los invitados  
representando cada cual un animalito. Él, Tonito Ce  
peda, había llamado  
mucho la atención con su traje elegantísimo de sapo  
verde. La idea no  
era nueva, pero estuvo a pique de seducir a Currita  
; hubiérale gustado  
mucho vestirse de gata blanca con botas color de ro  
sa.

Mas Jacobo, con la prudencia con que moderaba todos  
los gastos de  
Currita desde que metía él la mano hasta el codo en  
sus arcas, desechó  
terminantemente el proyecto, imponiendo más bien qu  
e presentando otro  
más económico y también más nuevo... Dos cuadrillas  
imitando las piezas  
de un juego de ajedrez, blancas y negras, y una par  
tida jugada por ellas  
mismas en forma de contradanza; Luis Fonseca, su co  
mpañero de embajada,  
habíalas visto jugar así en Conchinchina cuando las  
fiestas en honor de  
Phara-Norodon, rey de Cambodge. El proyecto fue ace  
ptado con desdeñosa  
condescendencia por parte de Tonito, con sumisión e  
ntera por la de  
Currita, y Celestino Reguera quedó encargado de tra  
er al día siguiente  
dibujos para el traje de la dama que había de repre  
sentar la reina  
blanca, y un soberbio juego de ajedrez, trabajado a  
dmirablemente en el  
Japón, cuyas grandes piezas de marfil podrían ser c  
opiadas en los demás  
trajes de la cuadrilla.

Currita titubeaba en la elección de modelo, y Jacob  
o, con la autoridad

delegada que ejercía en aquella casa como amigo íntimo de Villamelón y primo cuarto de la condesa, hízola decidirse al punto por uno cualquiera, el más barato... Currita obedeció sin hacer ninguna observación, sin replicar una palabra: conocíase a las claras que estaba supeditada por completo a aquel hombre, que él era allí el amo, y todos en la casa, desde Villamelón hasta Joselito, desde la Albornoz misma hasta la última fregona, obedecían servilmente sus órdenes, adivinaban sus deseos y amoldaban a sus caprichos sus gustos propios. Sólo dos seres, los más débiles e indefensos, Paquito y Lilí, resistían a la voluntad omnipotente del desvergonzado parásito, a quien el instinto de ángel de ambos niños representaba siempre como un reptil bañado por los rayos del sol, brillante a la vez que asqueroso.

Un día, a poco de haberse injerido Jacobo en la amistad íntima del matrimonio, pintaba Currita en su estudio un retrato que decía ser de Byron, el poeta querido que en sus cuadros, bustos y estatuas tenía representado por todas partes; pero que era en realidad la imagen de Jacobo perfeccionada por Reguera, ceñida la frente de laurel y abierto hasta la mitad del pecho el ancho cuello de su camisa escocesa a la antigua. Los dos niños, embobados de pie a un lado y otro de su madre, miraban en silencio correr el pincel de la dama, que con cierta complacencia íntima daba los últimos toques al airoso y nervudo cuello

del Byron de contrabando. De pronto, Lilí, con esa expresión seria y meditabunda que toman a veces los niños, dijo a su madre:

--Mamá... ¿Tú por qué quieres tanto al tío Jacobo?..  
..

La condesa se volvió sorprendida, apoyada en el tien-  
to, y hasta llegó a inmutarse algo; mas reponiéndose al punto, dijo con mucho cariño:

--¿Pues no le he de querer, hija?... Si es mi primo... tu tío...

La niña movió la cabecita haciendo un mohín de duda.  
.

--¡Sí!--dijo--. Yo también quiero al primo Bautista y al primo Carlos...  
Pero más que a ti y a Paquito, no..., no..., no...!

Y se echó a llorar amargamente, con el corazón encogido, escondiendo la preciosa carita en el seno de su madre, como si buscara allí lo que encuentra la más pequeña golondrina en el fondo de su nido: el calor de la ternura materna. Paquito nada había dicho; púsose muy encarnado, con ese santo carmín con que el pudor instintivo tiñe las facciones de la inocencia, y destrozando entre sus deditos, sin darse cuenta de ello, una anforita romana, extraño lacrimatorio de vidrio que había sobre una mesa, ocultó con varonil esfuerzo las gruesas lágrimas que le brotaban de los ojos.

En otra ocasión, algunos meses más tarde, acercábas e el día del santo de Currita, 10 de octubre, fiesta de san Francisco de Borja. Los dos niños tramaban juntos una conspiración para dar una sorpresa a su madre.

Paquito, en quien comenzaban a revelarse sus notables disposiciones para la pintura, especialmente de retratos, había pintado al pastel uno de su padre, un Villamelón deforme, color de zanahoria, que parecía tener el carrillo izquierdo hinchado, pero no por eso dejaba de tener con el original un más que mediano parecido. Era lo más notable del retrato la parte de la frente y la cabeza, en que el niño había copiado fielmente la escasa cabellera de su padre, partida con una raya por en medio y formándole sobre ambas orejas dos pequeños cuernecitos a lo Napoleón

III, que había alargado más de lo conveniente la impericia del artista.

Lilí, por su parte, había hecho con ayuda de Miss Buteffull, que estaba en el secreto, un marco de piel de Rusia, con flores de realce; y

reuniendo ambos su trabajo, quedó completo el regalo; al pie de este, escribió Miss Buteffull con su mejor letra inglesa:

«A su querida mamá  
en el día de su santo»; y lo firmaron ambos niños, \_Lilí\_, \_Paquito\_.

¡Oh! La obra era magna, había costado mucho y preciso era que los autores se cobrasen, presenciando por completo la alegre sorpresa de su madre... Llegó el ansiado día, y ocultando Lilí bajo su capita de pieles el magnífico regalo, entráronse ambos niños a hurta

dillas en el estudio  
de su madre: allí solía venir ella todos los días a  
ntes de almorzar,  
bastante después de las doce, y era la ocasión más  
a propósito para  
darle la sorpresa. En el caballete de Currita, sobr  
e el cuadro mismo que  
estaba pintando, colocó Paquito con sumo cuidado su  
obra maestra...  
Luego, riéndose como ángeles del cielo, con la agit  
ación de las grandes  
expectaciones, con la candorosa confianza en el más  
santo de los  
cariños, corriéron presurosos a ocultarse entre los  
innumerables  
cachivaches, debajo de una papelera antigua de acer  
o, ocultos por un  
gran tapiz, que tenía unas figuras muy largas, muy  
secas, muy feas: las  
tres Parcas... Veíase desde allí el caballete, dest  
acándose en medio el  
monigote, y los dos niños, muy agazapados, muy junt  
itos, apretándose el  
uno contra el otro, contemplaban su obra.

--¡Qué bien está!--decía Lilí.

Pasó media hora; Lilí se impacientaba y estiraba la  
s piernas.

--No viene--decía.

--¡Calla, tonta!...

Sonó un ruido; Lilí dio un codazo a su hermano; sus  
urróle al oído:

--¡Ya viene!--Y se encogió mucho, mucho...

Y venía, en efecto; pero no venía sola... Venía con  
ella el tío Jacobo,  
hablando de cosas que ellos no entendían, ¡qué fast

idio! Deudas que era  
menester pagar, acreedores que querían cobrarse, un  
a firma que era  
necesario sorprender a Villamelón al pie de un paga  
ré por tres veces  
protestado... Un préstamo, un mero préstamo pagader  
o al verificarse la  
Restauración, cuando pudiera él cobrar lo que había  
n valido ciertos  
misteriosos papelitos...

Jacobo hablaba con voz desmayada, y animábale Curri  
ta, muy alegre, muy  
satisfecha, diciendo a todo que sí, que no tuviera  
cuidado... De pronto  
miró al caballete.

--¿Qué es eso?...

Los niños no respiraban y apretábanse mucho, muy pe  
gaditos, muy  
pegaditos... Sonó entonces una carcajada.

--¿Has visto?...

Otra risa de hombre, la del tío Jacobo, hizo coro a  
la primera, oyéndose  
esta vez:

--¡Valiente majadero!...

Y volvieron a reírse los dos, el tío Jacobo y la ma  
dre, con una risa que  
desconcertó por completo a los niños, porque no era  
la risa alegre,  
tierna, agradecida, rebosando amor y ternura de mad  
re que ellos  
esperaban, sino una risa acre, burlona, desvergonza  
da, que les  
recordaba, sin saber por qué, la que usan para insu  
ltarse las mujeres  
malas de la calle...

--¡Qué ocurrencia!... ¡Pobres criaturas!... ¡Y qué feísimo está el  
babioca!... Mira, parece que tiene dolor de muelas.  
¡Qué delicia!...

--Y el chico le coronó de firme...

--¡Pues es verdad!...

Hubo entonces un infame cuchicheo de risas y palabras entrecortadas...  
Algo cogieron de una mesa, algo pusieron en el retrato, y de nuevo  
resonaron aquellas carcajadas que hacían daño.

Los niños nada decían; habíanse apartado el uno del otro como si  
temieran comunicarse sus impresiones, y estaban allí acurrucados,  
quietos, muy calladitos..., muy calladitos...

Un criado entró en el estudio anunciando que el almuerzo estaba servido,  
y Jacobo y Currita se fueron a poco sin volver a ocuparse más del regalo  
de los niños.

Paquito salió el primero: tenía el aire de un chico que ha sentido en  
una pesadilla un peso enorme, que no ve, ni palpa, ni comprende, pero  
que le oprime y le anonada y le deja el pecho jadeante. Lilí salió  
después y se le quedó mirando; los dos se acercaron al retrato.

--¡Uy!--dijo Lilí desolada--¡Lo que le han puesto!..  
..

Una mano infame había trazado con carbón de diseñar  
, en los dos ricitos



del retrato, la prolongación más sarcástica, el insulto más villano.

El niño se puso muy rojo, luego pálido, muy pálido. Cogió el retrato, escondiéndolo bajo el gabán y fue hacia la puerta sin decir palabra. Lilí se puso a llorar; entonces volvió el niño y le dio un besito.

--No llores, tonta...

Él no lloraba; estaba muy serio, con las naricillas pálidas, la boca seca, blancos los labios... Empinó el dedo y dijo mirando a la alfombra:

--Y no digas nada a mademoiselle... ¿Sabes? Nada, nada... Yo me voy a mi cuarto.

Y se fue a su cuarto el inocente, y allí, en aquella soledad en que nadie había de consolarlo, lloró a lágrima viva, lloró a raudales... Porque sentía una pena profunda que le destrozaba el corazón sin comprenderla, como destroza las entrañas sin dar la cara un cáncer oculto; porque sentía una vergüenza, por decirlo así, anónima, que le hacía ocultar el rostro bañado en lágrimas en la blanca almohadita... ¿Y por qué, por qué sentía él aquella vergüenza, si era bueno y amaba a su padre y a su madre, y adoraba a Lilí, y tenía siempre notas de sobresaliente, y le rezaba a Dios todos los días, y también a la Virgen Santísima que estaba allí delante, en un cuadro, con el Niño en los brazos?...

Se serenó un poco. ¡Oh! Qué feliz debió de ser aquel Niño divino con poder llamar a aquella Madre tan pura: ¡Madre!... ¡Madre!...

Muy pocos días después Currita retiró repentinamente a su hijo del colegio de Nuestra Señora del Recuerdo. Contaba ya el niño doce años, y el padre rector manifestó a su padre, un día de visita, que era menester disponerle para recibir la primera Comunión. Currita no estaba delante, y Villamelón se apresuró a aprobar la idea. Quería él, ante todo, que su hijo fuese cristiano.

--Y no crea usted, padre rector, esto me viene de casta. Mi mujer es parienta de san Francisco de Borja y yo lo soy de santa Teresa, y por los Benedetti, de san Francisco de Caracciolo...

¡Ah! Los Villamelón habían sido siempre muy piadosos... Celebraban todos los años una novena a san Roque, abogado de la peste, en Quintanar de Oreja, donde tenían posesiones. El era patrono de la iglesia y tenía facultad para nombrar al párroco.--¿Usted me entiende, padre rector?...

El rector lo entendió muy bien, y confiando en san Francisco Caracciolo, dio otro paso adelante; la fiesta de la primera Comunión había de celebrarse el 19 de marzo, día de san José, y parecía natural, era muy conveniente, sería muy edificante que él, padre del niño, y la señora condesa, su madre, le acompañaran a la Sagrada Mesa

. También aceptó  
Villamelón.

--¡Sí, señor, padre rector, comulgaré con mi hijo!.  
.. Mi santa madre lo  
decía: conviene tener con Dios ciertas atenciones.  
¿Usted me  
entiende?... Y además, esas escenas de familia me c  
onmueven; yo aspiro a  
una familia patriarcal... Mi madre era una santa; m  
i mujer es un ángel  
que se mira en mis ojos y no tiene voluntad propia:  
Currita, esto;  
Curra, lo otro, eso hace. ¿Usted me entiende, padre  
rector?...

El rector, que era escrupuloso, no se atrevió a dec  
ir que entendía por  
miedo de soltar una mentirilla, y Villamelón prosig  
uió con el aire de un  
monarca que se brinda a ser padrino de un pordioser  
o:

--Pues nada, padre rector, comulgaremos los dos con  
el niño, y yo, no  
crea usted, vendré de uniforme.

El rector, que cazaba de largo y veía venir las cos  
as de lejos,  
prevínole que sería conveniente vinieran ya los dos  
confesados al  
colegio, porque los padres de allí andaban siempre  
faltos de tiempo y  
quizá les fuera imposible despacharlos.

--Corriente, padre rector, corriente... Yo tengo mi  
confesor fijo; nunca  
me he confesado con otro... El padre Pareja, excele  
nte sujeto. ¡Un  
santo, padre rector, un santo! ¿Usted me entiende?

El padre rector lo entendió tan bien, que estuvo a

pique de soltar la  
risa. El padre Pareja, confesor ordinario del señor  
marqués, había  
muerto diez años antes.

Villamelón volvió a su casa muy satisfecho y refirió a Currita el  
compromiso que había contraído. Ella, con la rápida  
percepción de su  
claro entendimiento, comprendió al punto todo lo grave del compromiso, y  
una idea horrible, la del sacrilegio, cruzó por su  
mente cual un pájaro  
siniestro... Mas se detuvo asustada ante ella, porque aun la mala mujer  
española es rara vez impía; allá, en el fondo de su  
corazón, cree  
siempre y teme, y menos aterra el sacrilegio a la falsa devota que a la  
francamente escandalosa. Su fecunda imaginación ofrecióle al punto otro  
expediente digno de la superiora de Port-Royal, la mística jansenista  
Sofía Arnaud.

--¿Pero qué estás diciendo, Fernandito?... ¿Comulgar un niño de doce  
años?... ¡Qué barbaridad!... Eso es una irreverencia y yo no puedo  
permitirlo.

Villamelón abrió la boca espantado.

--Pero, mujer, Curra, ¿sabes?... Si el padre rector dice que sí...

--Pues yo digo que no. ¡Nadie comulga en Francia antes de los catorce  
años... lo menos!

--Pero como estamos en España...

--Mira, Fernandito, vida mía; te he dicho que no hables en ninguna parte... Eso no es cuestión de clima. ¿Te enteras?.. De modo que mañana vuelves al colegio y le dices a ese señor rector, de mi parte, que yo no permito que Paquito comulgue sin estar convenientemente preparado... ¡He dicho!

En vano alegó el padre rector que el niño lo estaba de sobra, que aquel rigorismo francés era un resto del jansenismo que las indicaciones de la Iglesia y el celo del clero habían ya hecho desaparecer por completo, y que era una maldad, un verdadero delito, privar por tanto tiempo a un alma inocente del auxilio de un sacramento que obra ex opere operato... Villamelón se encogía de hombros, no comprendiendo bien de qué \_óperas\_ se trataba; los astutos escrúpulos de Currita no cedían, y sospechando el padre rector la hipócrita hilaza, dijo terminantemente que, de seguir el niño en el colegio, comulgaría el día de san José, sin el permiso de sus padres. Indignóse con esto Currita, y para evitar la horrenda profanación, apresuróse a retirar al niño.

Entonces comenzó el inocente a fijar su candorosa atención en las extrañas escenas que pasaban en su casa. Solo casi siempre el pobre niño escapábase a las caballerizas, donde pasaba la mayor parte del día entre lacayos y mozos de cuadra, escuchando conversaciones que al principio le hacían enrojecer y acabaron por hacerle reír, a medida que se le iba

encalleciendo el pudor, especie de epidermis delicadísima que preservaba la pureza del alma. El enano don Joselito le divertía mucho, y a él acudía con dudas misteriosas que el malvado pigmeo se apresuraba a resolver, poniéndole de manifiesto secretos tan curiosos como los que descubría a su discípulo el Diablo Cojuelo, el impuro y asqueroso Asmodeo...

El niño iba atando cabos.

Vino entonces a la corte una famosa compañía dramática francesa, y Currita mandó reservar el abono de un palco para que fuesen los niños todas las noches al teatro. Hablaban aquellas criaturas un francés tan chabacano, tan de provincia, que era preciso aprender de viva voz el puro acento parisiense. En aquella escuela de acento y de prosodia siguió el niño atando cabos, y un día, después de una larga conversación con don Joselito, en que el maldito enano tanteó todo lo que podía esperar su codicia de aquel ánimo generoso si conseguía iniciarle de una vez y guiarle más tarde por los laberintos del vicio, el niño ató el último cabo... Desde entonces varió de carácter; había visto más de lo que esperaba ver, y una gran vergüenza clara ya y distinta, y un odio feroz, implacable y reconcentrado, nacieron a la vez en su corazón, impidiéndole aquella levantar los ojos delante del último lacayo, haciéndole este afilar en silencio el puñal de su rencor, para cuando él

fuera hombre, para cuando él mandara en su casa...

Su padre le inspiraba desprecio, su madre despego, y sólo seguía adorando a Lilí, único ángel que quedaba ya en la casa. En cuanto a Jacobo, evitaba su presencia en lo posible, y más de una vez sorprendió Currita, con verdadero miedo, en los ojos del niño una mirada de rencor profundo, que relucía entre sus largas pestañas rubias como un acero al salir de la vaina. Dedicóse entonces con ardor a la pintura, y pasaba largas horas pintando en su caballete, teniendo a Lilí sentada a su lado, cual si fuese el ángel de su guarda. Así los sorprendieron aquel día los que para trazar el plan del baile de trajes entraban con Currita, y los niños, resistiendo a la curiosidad, permanecieron en su rincón callados e inmóviles. Mas cuando Celestino Reguera comenzó a formar sobre el tablero maqueado las magníficas piezas del ajedrez, y se puso Jacobo a explicar el pintoresco modo como habían de moverse al jugar la partida las personas que las representaran, Lilí no pudo resistir la tentación y aproximóse al grupo de puntillas, haciendo señas silenciosas a su hermano para que viniese. ¡Era aquello tan bonito!...

El niño se decidió al fin, y levantóse para mirar un momento, con la paleta en una mano y el tiento en la otra. Había crecido mucho, iba ya a cumplir trece años y prometía ser muy lindo de cara, y de cuerpo esbelto a la vez que fornido. Acercóse al grupo, sonriendo

a Lilí, y púsose a  
mirar, empinándose un poco, por detrás de su madre  
y al lado mismo de  
Jacobo. De repente, en el calor de su explicación,  
hizo este un brusco  
movimiento con el brazo y pegó en la paleta del niño;  
desprendiósele  
esta con fuerza de la mano, y fue a caer sobre la man  
anga izquierda de  
Jacobo, manchándosela toda de pintura. El muchacho  
retrocedió un paso,  
poniéndose lívido.

Volvióse Jacobo colérico, soltando impaciente una s  
ucia palabrota, con  
esa obscena grosería que se oculta con frecuencia b  
ajo las pulidas  
formas sociales de ciertos hombres y brota espontán  
eamente en cuanto la  
excita la ira o la impulsa una confianza sin decoro  
. El chico, al oírla,  
miró iracundo a su madre y a Jacobo, haciendo un ge  
sto amenazador, en  
que se veía palpar el hombre bajo la frágil envol  
tura del niño.

--¿Qué?--gritó Jacobo desafiándole--. Nadie te ha l  
lamado aquí... ¡Vete!

Injectáronse en sangre los ojos del niño, y dio tan  
fuerte golpe con el  
tiento, que lo rompió en dos pedazos.

--¡No me da la gana!--gritó.

Jacobo hizo ademán de lanzarse a él, mas Currita le  
detuvo asustada...  
El niño, ronca la voz por la ira, breve y cortada c  
omo la de un  
calenturiento, volvió a gritar:

--¡No me da la gana!... ¡Vete de aquí!... ¡Aquí no



mandas tú!... ¡Esta  
no es tu casa!...

Y se detuvo jadeante, sin voz, en medio de un silencio siniestro,  
parecido al que reina en la tempestad entre ráfaga y ráfaga... Jacobo  
habíase vuelto con los puños apretados, tartamudeando entre sus labios  
blancos de ira:

--Está pidiendo un cachete...

No terminó la frase: con la fuerza y prontitud que caracterizan al león  
en su ataque, con la sanguinaria avidez con que el cachorro de un tigre  
se arroja sobre su primera presa, lanzóse el niño a Jacobo, clavándole  
las uñas en la garganta, dándole cabezadas en el rostro, pateándole todo  
el cuerpo con las robustas piernecillas, que parecían tener músculos de  
acero. Sorprendido Jacobo, rechazó el brusco ataque, separando al niño  
con un poderoso esfuerzo de sus nervudos brazos, y arrojólo lejos de sí,  
cual si fuese un saco de arena, a cuatro pasos de distancia; su cabeza  
fue a chocar contra un enorme jarrón japonés, de bronce antiguo, que  
despidió un sonido metálico.

Con los ojos dilatados de terror, púsose Lilí a su lado de un salto y  
levantó entre sus manos la lívida cabecita. Celestino le cogió en sus  
brazos y llevóselo apresuradamente fuera de la estancia.

Quedó Lilí arrodillada en la alfombra, mostrando a su madre sus manitas

ensangrentadas, tartamudeando con la opaca vibración de un terror sin medida:

--¡Sangre!... Mamá... ¡Sangre!...

--IV--

Pedro López creyó sucumbir de plétora de inspiración al dar cuenta en \_La Flor de Lis\_ del gran baile de \_ancha base\_ celebrado el lunes de Carnaval en casa de los excelentísimos señores marqueses de Villamelón... Hay situaciones, hay espectáculos que el hombre comprende y admira con su instinto, pero no puede describir ni comentar con su talento; en tales casos, el poeta más grande, el escritor más maestro, es el que exhala el grito más natural, la exclamación más vehemente... Por eso juzgó Pedro López la mejor manera de describir el mágico baile estampar al frente de una cuartilla un «¡¡¡Oh!!!» profundo, un verdadero \_do\_ de pecho literario, y dejar todo lo demás en blanco.

Más allá, por la madrugada, cuando retirado en la \_serre\_ tomaba apresuradamente algunas notas, acercósele Butrón, rendido y satisfecho, como el caudillo después de la victoria, y adelantando la torneada pierna que el calzón corto y la media de seda negra ceñían por completo, haciendo ondular con juvenil garbo la airosa capa v

eneciana, díjole con  
entonación solemne, con misterio profundo, metiéndole la punta de la  
nariz dentro de la oreja izquierda:

--¡López!... ¡Mucho ojo!... Su \_compte-rendu\_ de usted nos asegura el  
triunfo... Que toda esa gentecilla cursi vea su nombre en \_La Flor de  
Lis\_, ensalzada por el \_reporter\_ elegante de los salones, y es nuestra  
para siempre... ¡Fuera escrúpulos!... ¡La de Martínez, bellísima!... ¡La  
García Gómez, encantadora!... Esta que viene aquí, un portento; la  
Victoria Colonna, de este siglo...

Y atento y obsequioso, corrió a estrechar la mano de la Victoria Colonna  
del siglo XIX, una jamona muy madura, de metro y medio de largo y doce  
arrobas de peso, vestida de Safo, con corona de mirtos en la cabeza,  
lira de latón dorado en la mano, y en la chata nariz--¡Manes de Phaon,  
estaos quedos!--¡gafas de oro!...

Era la excelentísima señora doña Paulina Gómez de Rebollar de González  
de Hermosilla, eminente literata, poetisa afamada, a quien Butrón había  
echado el ojo para secretaria de la junta de señoras.

La redada había sido, en efecto, completa y calificábala Butrón de  
\_pesca milagrosa\_; el caritativo anzuelo de socorrer a los heridos del  
Norte había prendido en todos los corazones, verificando la fusión  
deseada, y el heterogéneo personal de la Asociación de señoras quedó

reclutado, faltando tan sólo organizarlo. Triunfante Butrón y rejuvenecido, felicitaba a unos, animaba a otros, multiplicábase por todas partes, tendiendo siempre la caña, y entre el calorcillo de la cena y el humo de las satisfacciones, estuvo a pique de desquiciarse aquella cabeza tan firme, hasta el punto de pasar por ella la idea de invitar para el cotillón a la excelentísima señora doña Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermosilla. Un extraño rumor que comenzaba a circular por los salones vino a detenerle al borde del abismo, más profundo que el agitado mar, sepulcro de la Safo auténtica, al pie de la roca de Léucades.

Susurrábase que allá, en un apartado gabinete, había surgido un lance de honor entre dos personajes de mucha cuenta. Azorado Butrón, corrió a informarse por sí mismo, temeroso de que aquel incidente imprevisto viniese a romper los lazos de unión con tanto trabajo anudados. Acercóse a un grupo; en medio peroraba Gorito Sardona, vestido de peón de ajedrez y muy enterado del caso; habíalo presenciado todo y era uno de los contendientes el tío Frasquito.

--¡Polaina!--exclamó Diógenes--. ¿Y a qué es el duelo?... ¿A tijera o a aguja?...

--Algo parecido anda de por medio--replicó Gorito.

Y prosiguió diciendo, con grandes ponderaciones y mucho misterio, que el

otro contendiente era sir Roberto Beltz, capitán de guardias agregado a la embajada inglesa, hombre muy posma, muy preguntón, muy aficionado a investigar el porqué de todas las cosas, y metódico y ordenado hasta el punto de reírse por la mañana de los chistes oídos la noche antes.

Al oír hablar de sir Roberto Beltz, hizo Diógenes un gesto como si le asaltara gran tentación de risa, y quedóse, sin embargo, muy serio escuchando la narración del gomoso. De ella resultaba que el tío Frasquito había observado con sorpresa al principio, con recelo luego y con inquietud más tarde, que sir Roberto Beltz le seguía a todos los lados sin perderle un momento de vista; atribuyólo, al pronto, a la admiración que pudiera causarle su magnífico traje de gran mandarín, capaz de despertar las envidias del \_Mikado\_, porque era el tío Frasquito el feliz mortal que había tenido la honra insigne de figurar como rey blanco, al lado de Currita, en la famosa partida de ajedrez que acababa de representarse. Mas al terminar esta, encontróselo repetidas veces entre los frecuentes apretones del baile, rozándolo siempre con intención muy marcada y sacudiéndole en dos ocasiones.

--¡Unos codazos--decía la víctima en su capítulo de cargos--horrorrosos..., horrorrosos!... Ni más ni menos que si pretendiese averriguarr si sonaba yo a hueco...

Y algo más tarde, hallándose el venerable mandarín hablando con unas señoras, un poco inclinado hacia adelante por estar ellas sentadas, acercósele sir Roberto con mucho disimulo, oculto entre el gentío, y sin provocación ninguna, sin objeto alguno justificado, ¡zas!, hundióle con flema británica, hasta la cabeza, un alfiler en la nalga izquierda...

--¡Majadero!--exclamó Diógenes--Si le dije que era la derecha... La derecha es la de corcho.

Y en medio del pasmo de todos y de sus risas después, explicó entonces Diógenes el enigma... Mientras las cuadrillas del ajedrez bailaban, hallábase sir Roberto Beltz al lado de Diógenes, mirando con grande atención al tío Frasquito, que muy pomposo y satisfecho en su papel de rey, movíase con pausa y majestad sobre el tapiz a cuadros rojos y blancos que representaba el tablero.

--¿Quién es ese \_goven\_?--preguntó a Diógenes.

--¿\_Goven\_?... ¡Polaina!... Dos años me lleva a mí, y tengo sesenta y tres; conque ajuste usted la cuenta.

Estiróse la cara de pasmo perpetuo de sir Roberto, y Diógenes acrecentó su asombro, añadiendo muy serio:

--Ahí, donde lo ve usted, lleva en el cuerpo treinta y dos cosas postizas.

--¡Oh, señor de Diógenes! Usted estar un andaluz mu

y crecido...

--¿Que no?... Pues vaya usted contando...

Y comenzó a enumerar los componentes que suponía en el tío Frasquito la leyenda, acabando por poner en el catálogo la nalga de corcho. Sir Roberto, asombrado, creyendo encontrar un nuevo modelo de \_hombre clástico\_ que colocar en el British Museum, quiso aplicar al hallazgo su método experimental, y recibió, en cambio, un espontáneo abanicazo que, en la irascibilidad de sus nervios excitada, le sacudió el tío Frasquito con su abanico de mandarín en lo alto de la cabeza.

La sangre no llegó, sin embargo, al río; intervino Currita muy indignada contra las zafias bromas de Diógenes, y puso fin a la contienda apoyándose en el brazo de sir Roberto Beltz, para dar una vuelta por la \_serre\_, y encargando antes al tío Frasquito que convidase para el día siguiente a comer con ella a todos los que habían tomado parte en las dos cuadrillas, blanca y negra. Fernandito quería fotografiarlas en ambos grupos y en sus respectivos trajes, para que publicasen luego un gran grabado de ellas en \_La Ilustración Española y Americana\_.

La comida fue divertidísima; Currita tuvo el capricho de mandar preparar a su cocinero un \_menú\_ japonés, y todos se sentaron a la mesa con los mismos trajes japoneses con que en diversos grupos y actitudes se habían

retratado en la cabaña de Fernandito. A los postres  
tuvo el tío  
Frasquito una idea nueva y felicísima, una verdader  
a inspiración nacida  
entre los vapores de su estómago agradecido, y acog  
ida con entusiasmo  
por todos los presentes. Ocurriósele, para eterniza  
r la memoria de aquel  
baile famoso, para grabar el recuerdo de aquellos t  
rajes lujosísimos,  
para no separar nunca de su reina aquella aristocrá  
tica cuadrilla  
japonesa, reclutada por él mismo en los salones del  
Veloz-Club,  
prolongar la mascarada, transformándola en una espe  
cie de guardia de  
honor que sirviese y acompañase a Currita por todas  
partes, llevando  
alguna particular contraseña que la diferenciase de  
l resto de los  
mortales. Currita aceptó encantada la idea, y señal  
ó como distintivo de  
la nueva orden de caballería una corbata azul, colo  
r de la famosa liga  
de la condesa de Salisbury, para fundar la antigua  
y nobilísima orden de  
la Jarretière. Brindóse la dama a regalar a todos l  
a insignia de la  
nueva orden y envióle a cada uno una preciosa corba  
ta azul de rica seda  
japonesa, sujeta por un alfiler formado por una gru  
esa perla,  
procedentes todas de un magnífico collar que había  
pertenecido a su  
madre. El tío Frasquito fue nombrado por aclamación  
gran maestro de los  
ilustres caballeros, que tomaron el dictado de \_Mos  
queteros de Currita\_.  
La cáustica sátira madrileña, la más sangrienta qui  
zá que hemos  
conocido, hízoles bien pronto variar de nombre. Car  
men Tagle,



profundamente resentida, porque habiendo representa  
do ella a la reina  
negra en la partida de ajedrez no se había formado  
ninguna guardia en  
honra suya, comenzó a designar a la de su rival, po  
r su origen japonés,  
con el nombre de \_Mikado\_.

--¡Ese, ese es el nombre propio!--gritó la Mazacán,  
entusiasmada al  
oírlo--. Lo natural y lógico es que para guardar a  
\_la mona Jenny\_ se  
cree un cuerpo de \_micos\_.

Y desde aquel entonces quedó confirmado el cuerpo d  
e mosqueteros con la  
nueva denominación de \_Micos de Currita\_.

También el tío Frasquito conquistó en aquella esca  
muza otro  
sobrenombre, que vino a aumentar ese largo catálogo  
de ellos que  
prodigan la malignidad y la envidia con tan grande  
profusión, en la alta  
sociedad madrileña. La duquesa de Bara habíale enco  
ntrado gran parecido,  
vestido de mandarín, con un retrato publicado en \_L  
a Ilustración\_, de  
Pan-Hoei-Pan, célebre literata china, y \_Pan-Hoei-P  
an\_ comenzó a  
llamarle desde entonces la inmensa falange de sus s  
obrinos legítimos y  
espurios.

Jacobo, con la egoísta y rapaz avaricia con que mod  
eraba todos los  
gastos de Currita, y la despótica autoridad que sob  
re ella ejercía,  
reprendióle agriamente aquel derroche de perlas, de  
sperdiciadas en  
regalar corbatas a sus \_micos\_. Ella, ciega por la  
más temible y la más

tupida de todas las vendas, y temerosa siempre de verse privada de las luces y consejos de aquel hombre, que llenaba la escasa cavidad de su corazón y satisfacía las inmensas proporciones de su vanidad, resolvió entonces, para desagraviarlo, hacerle el 30 de abril, día de su cumpleaños, un magnífico regalo. Iluminó, pues, con ayuda de Reguera, una gran fotografía en que se hallaba representada ella misma con su rico traje de reina japonesa, y encargó dibujos para un marco suntuoso que habían de ejecutar, en oro, plata y pedrería, Marzo y Ansorena. Los dibujos, sin embargo, no la satisfacían; el 30 de abril se acercaba, y apremiada por lo breve del plazo, desesperaba ya de ver realizado su proyecto. Propúsole entonces Celestino Reguera comprar un marco antiguo, de plata cincelada, que procedente de cierta casa de ucal muy conocida, estaba de venta en la Exposición de arte retrospectivo. Currita se dio una palmada en la frente.

--¡Tonta de mí!--dijo--. Si no se necesita; si tengo yo aquí mismo, en casa, al alcance de la mano, algo mejor y mas rico que cuanto pudieran ofrecerme.

Con la viveza de una niña que corre a satisfacer un soñado capricho, atravesó Currita los vastos departamentos del palacio, en que resplandecían por todas partes el lujo y la molición; llegó a uno de sus extremos, la de honor en otro tiempo, habitada entonces por la

servidumbre. En una especie de rotonda, adornada con antiguas pinturas al fresco, ya del todo desteñida y borradas, abría una gran puerta de roble con herraje de bronce y bellos tableros de talla. En vano intentó la condesa levantar con sus delicadas manecitas el enorme pestillo cincelado: estaba la llave echada. Acercóse entonces a la salida de un corredor que daba a la cocina y gritó muy impaciente:

--¡Germán!... ¡Basilio!... ¿No hay nadie?...

Acudió Germán muy presuroso y extrañado de encontrar a la señora condesa por aquellos andurriales.

--La llave de aquí--dijo ella.

Germán se encogió de hombros. ¿Quién iba a saber dónde estaba aquella llave?

--¡Pues buscarla en seguida!--gritó Currita--. ¡Pregunte usted a don Joselito, en la contaduría, en todas partes!... ¡Jesús! ¡Qué fastidio!

Y daba pataditas en el suelo, llena de impaciencia, mientras Germán se lanzaba presuroso por toda la casa en busca de la llave. Volvió, al fin, después de un cuarto de hora trayendo una muy grande, llena de orín, con un tarjetón de pergamino colgando, en que se leía: Oratorio. La llave entró rechinando en la cerradura, y en vano forcejeó Germán para hacerla dar vueltas; preciso fue sacarla de nuevo, untar las guardias con

aceite, e introduciendo un palo por el ojo, giró al cabo al sexto o séptimo empuje. Otros dos o tres vigorosísimos que dio Germán con todo su cuerpo sobre una de las hojas hicieron girar a esta lentamente, dejando escapar una bocanada de viento húmedo: el interior estaba oscuro.

--Espere usted aquí--dijo Currita con cierto airecillo de miedo.

Y adelantóse ella con las manos extendidas para no tropezar, cerrando los ojos un momento para poder acostumbrarse a aquellas tinieblas. Algunos reflejos de tenue luz entraban por dos altas y rasgadas ventanas laterales, cubiertas ambas con grandes cortinones de rojo damasco, desteñido y empolvado. Currita quiso descorrer uno de ellos, tirando violentamente del cordón de seda que a lo largo de la pared bajaba desde lo alto; mas la cortina rechinó sin descorrerse, y podrido sin duda el cordón, rompióse por arriba, cayendo sobre Currita enroscado, cual si fuese una larga y delgada serpiente. La dama dio un chillido, y una nube de espeso polvo se desprendió al mismo tiempo, y dos murciélagos salieron de entre los pliegues del brocado y comenzaron a revolotear de una a otra parte.

¡Germán!--gritó Currita muerta de miedo.

Y disimulando, al verle entrar, su repentino azoramiento, añadió, huyendo del malhadado cordón, cual si fuese en real

idad una serpiente:

--¡Jesús, hombre, qué torpeza!... Acabe usted y descorra esa cortina...

Con gran trabajo y tirando de los dos cordones a la vez, con sumo  
tiento, pudo Germán descorrer la contraria, y asustada por la luz, saltó  
entonces del altar una gallina y echaron a correr dos o tres pollos  
cacareando, entrándose por una puertecilla entreabierta que a la derecha  
del retablo había. Currita miró a Germán estupefacta, y este,  
conteniendo a duras penas una carcajada, que le pareció falta de respeto  
a su ilustre dueña, contestó muy grave.

--El cocinero encierra aquí a los que ha de matar para tenerlos más a  
mano.

--¿Pero por dónde los mete?... ¡Si estaba la puerta tan atrancada!...

--Por la otra puertecilla de la sacristía que da junto a la cocina...

--¡Ya!...

Penetraba la luz por los sucios y empolvados cristales, escasa y como  
avergonzada, mas era suficiente para iluminar aquel cuadro desolador de  
impío abandono... Era el oratorio una preciosa capilla de alta bóveda  
pintada al fresco, construida con grande gusto y riqueza a fines del  
siglo XVII. Hallóse en tiempos tapizada de arriba a bajo con ricos paños  
de damasco encarnado, que caían entonces en sucios

guiñapos a lo largo  
de las paredes, llenas de manchas y desconchones, como el rostro de un  
virolento; a trechos, veíanse encerrados en ricos marcos, ya podridos,  
amarillentos pergaminos en que constaban las innumerables gracias y  
privilegios concedidos por los sumos pontífices a los fundadores de la  
capilla. La rica talla, algún tanto churrigueresca del retablo,  
desaparecía bajo una espesa capa de polvo y de telarañas, y las varias  
imágenes que ocupaban las hornacinas parecían tener esa palidez lívida  
que indica en los hombres lo supremo del espanto. Sobre el altar veíanse  
el ara rota, el tabernáculo hundido, y dos bellos ángeles, que a un lado  
y otro sostenían antes lámparas de plata, levantaban entonces sus manos  
vacías, crispadas, como anunciando la cólera del Señor... A los pies de  
la capilla, sobre un confesonario destrozado y varios reclinatorios  
rotos, hallábanse amontonados trastos viejos, muebles inservibles y el  
armazón de un teatro en que había representado la condesa, tiempos  
atrás, unos famosos \_cuadros vivos\_. Sobre las dos gradas que formaban  
el presbiterio había, a la izquierda del retablo, una especie de armario  
de cristales, embutido en la pared, donde se guardaban reliquias: allí  
se dirigió Currita, mandando a Germán que abriese la puerta. En la parte  
inferior había varios estuches medio abiertos que encerraban vasos  
sagrados, y tirada en un rincón, arrugada y hecha un lío, una casulla de  
terciopelo negro, con ricos bordados de oro, que pr

esentaban en  
primoroso realce las armas de la casa. Al verla Currita, acordóse instantáneamente de la última misa celebrada en aquel recinto profanado: había sido quince años antes, estando allí mismo de cuerpo presente la vieja marquesa de Villamelón, madre de Fernandito: aún se veían a lo lejos, entre los amontonados restos del teatro, las piezas del catafalco que había sostenido su cuerpo. Currita sintió una especie de escalofrío de miedo y miró instintivamente al sitio en que solía oír todos los días misa la anciana marquesa. Allí estaba su sillón de terciopelo, hundido todo y destrozado, y delante el reclinatorio, conservando aún sus almohadones apolillados las huellas de sus rodillas y sus brazos. Currita volvió bruscamente la espalda, como si temiese ver aparecer allí, pálida y airada, la sombra de la vieja dama.

Estaba la parte superior del armario forrada de terciopelo rojo, bastante bien conservado, y sobre almohadillas del mismo terciopelo hallábanse varios relicarios de plata, guardando huesos de santos; en un rincón, de pie contra la pared, había un objeto de más de una tercia de largo, envuelto en una funda de oscuro tafilete, rodeada toda de ratones, y esto fue lo que cogió Currita, sosteniéndolo por su mucho peso con ambas manos, y saliendo al punto de la capilla muy de prisa, azorada, como si hubiese cometido un robo en lugar sagrado.

A solas ya en su estudio, cuando abrió la destrozada

a funda, quedóse ella  
misma admirada: era aquello una preciosidad artísti  
ca de valor inmenso,  
un marco de plata cincelada, obra admirable de orfe  
brería del siglo XVI,  
que ostentaba cual noble ejecutoria, esculpido en e  
l pedestal de una de  
sus mil bellas figurillas, el nombre ilustre de Enr  
ique de Arfe, autor  
de la custodia de Córdoba y de la llamada Cruz anti  
gua. Aquella  
maravilla servía, sin embargo, de marco a un objeto  
harto extraño e  
insignificante: sobre un fondo de raso blanco y cub  
ierto por limpidísimo  
cristal chafianado, veíase sencillamente un harapo,  
un pedazo de burdo y  
raído sayal pardo. Por el reverso, cerraba el cuadr  
o una gran chapa de  
plata, sujeta por finas tuercas, que no sin grandes  
esfuerzos consiguió  
destornillar Currita. Liados en blancos tafetanes,  
amarillos ya por el  
tiempo, halló dentro dos papeles escritos con clarí  
sima letra del siglo  
XVI, que sin esfuerzo ninguno podían perfectamente  
descifrarse. En uno  
decía: «Pedazo de la cogulla del venerable siervo d  
e Dios fray Alonso de  
Luján, muerto en olor de santidad en su convento de  
Talavera de la  
Reina, a los 23 de enero de 1590». Y a renglón segu  
ido, con la candorosa  
arrogancia de los magnates de aquella época, firmab  
a sencillamente:  
\_Doña Catalina\_.

--¡Ya!--exclamó Currita muy admirada--. ¡Con que \_e  
sto\_ era de  
\_aquel\_!...

Y sus ojos fueron a buscar, entre las mil preciosid



ades que adornaban el estudio, una admirable cabeza, pintada por Pantoja, de un capuchino[16] muerto, en cuyo rostro resplandecía esa serena calma a que deja impresa la muerte, como señal de predestinación, sobre la frente de los justos. Era, en efecto, aquella cabeza venerable el retrato de fray Alonso de Luján, hermano del cuarto marqués de Paracuéllar, y había sido trasladado años atrás del oratorio a los salones de la casa, no como objeto de piedad, sino como monumento de arte.

[Nota 16: Esta cláusula está tomada literalmente del testamento citado, sin otra variación que la de introducir en ella el nombre supuesto de la Marquesa de Paracuéllar.]

En el otro papel hallábase copiada esta cláusula del testamento de doña Leonor Manrique de la Cerda, repartiendo entre sus parientes un hábito de su primo hermano, el venerable padre fray Alonso de Luján, religioso capuchino: «Mi señora, la duquesa del Infantado, es coja la pieza que le pareciere, y otra se dé al conde de Salvatierra, y otra al conde de Montijo, y otra a mi sobrina doña Catalina, marquesa de Paracuéllar, y el cordón se dé al conde de Salinas, mi sobrino, que lo tenga y venere como cordón y reliquia de un tan venerable y santo varón como yo lo he tenido; y una cogulla que yo tengo del dicho padre fray Alonso mando también a mi señora duquesa, y le suplico la dé cuando a su excelencia le pareciere al conde del Cid, y la pieza que su ex

celencia escogiere,  
la dé al duque de Béjar, de cuya casa era muy devoto  
o el dicho padre fray  
Alonso.»

Currita estaba admirada... Mentira parecía que aquellas buenas gentes,  
tan grandes señores, por otra parte, tan famosos en la historia muchos  
de ellos, se repartiesen entre sí, como joyas preciosas, el burdo sayal  
de un pobre fraile. ¡Lo que varían los tiempos!... La buena de doña  
Catalina se había gastado un dineral en fabricar una joya para su  
pedacito de cogulla, sin sospechar siquiera que había de ahorrarle a  
ella el gastarlo en...

Con una brusca sacudida echó fuera, sin tocarla, la reliquia, y puso  
después en su lugar el retrato. Estaba perfectamente, y sólo con  
recortarle un poco los bordes encajaría tan bien como si hubiese sido  
hecho el marco a su medida. Currita calculaba complacidísima el efecto,  
alejando de sí el retrato, y la mano con que le sostenía fue a tropezar  
con el pedazo de cogulla del fraile; retiróla bruscamente, cual si  
hubiese tocado una brasa ardiendo, y miró con miedo, con espanto casi,  
la magnífica cabeza de Pantoja, que tan admirablemente expresaba sobre  
el lienzo la imponente y serena calma de la muerte. Con los mismos  
papeles que encerraban la auténtica y la cláusula testamentaria, cogió  
la reliquia de fray Alonso, y sin tocarla, con un gesto que lo mismo  
expresaba la repugnancia que el miedo, el asco que

el respeto, arrojólo  
todo en una preciosa cestilla destinada a recibir p  
apeles para la  
basura. Arrepintióse al punto; había oído ella que  
las cosas santas no  
deben tirarse, sino quemarse, y volviólo a recoger  
todo de la misma  
manera para no tocar la reliquia, y fue a echarla e  
ntonces en una  
chimenea encendida que ardía en un ángulo. Otra vez  
lanzó, sin poderlo  
remediar, una mirada a hurtadillas, con medroso rec  
elo, a la pálida  
cabeza del fraile muerto.

Un fuerte olor acre y desagradable del paño que se  
quemaba extendióse al  
punto por toda la estancia. En aquel momento entró  
Villamelón muy alegre  
y satisfecho, que volvía de Chamartín de la Rosa, d  
onde en su preciosa  
quinta de Miracielos estaba ensayando con gran entu  
siasmo la incubación  
artificial de los huevos de gallina.

--¡Jesús, hija, qué mal olor!--exclamó deteniéndose  
a la entrada--. ¿Qué  
has quemado?... Si \_huele\_ aquí a infierno...

Currita se puso muy seria, muy enfadada, y hasta un  
poco pálida.

--Mira, Fernandito, no digas tonterías... No me gus  
tan bromas con las  
cosas del otro mundo.

Y como si fuese cosa de él, volvió a lanzar otra mi  
rada furtiva y  
medrosa a la imponente cabeza de fray Alonso.

--Pero hija, Curra, ¿sabes?... Que abran esa ventan  
a; si \_huele\_ aquí\_ a

chamusquina, a cuerno quemado...

--Pues nada, hombre; un pincel viejo que tiré en la chimenea... Vamos, dejemos ya eso. ¿Has visto a Lilí?...

Villamelón dio una gran palmada.

--¡Mujer!... Se me olvidó...

--¿Pues no te dije que fueras a verla?--gritó Currita muy colérica.

--Pues, nada, hija, se me olvidó... ¿Qué vamos a hacerle?...

--¡Jesús, qué hombre este!... Se acuerda de ver las gallinas y se olvida de visitar a su hija...

Porque el lector ignora aún que ninguno de los dos niños estaba ya en la casa... Cuatro días después de la escena que en el anterior capítulo queda referida, cayó Currita en la cuenta y convenció de ello a Fernandito de que, no pudiendo dedicarse ella exclusivamente a la educación de sus hijos como hubiera sido su deseo, era lo mejor enviar a Lilí al colegio que tienen en Chamartín las religiosas del Sagrado Corazón, y a Paquito al que por aquel tiempo tenían los jesuitas en Guichón, del lado de allá de los Pirineos... Ni ella ni Jacobo habían tenido en cuenta que en aquel mismo colegio se educaba Alfonsito Téllez-Ponce, el hijito de este.

Villamelón, muy contrito de su falta, prometió remediarla al día

siguiente, cuando fuese a Chamartín a inspeccionar los períodos de la incubación artificial, que ocupaba en aquella época toda su atención y todo su tiempo. Diógenes, al saber las nuevas aficiones del ilustre prócer, había dicho:--No hay que extrañarse... Está clueco.

--V--

La cola que formaban los coches frente al palacio del marqués de Butrón cogía casi toda la calle de Hortaleza, atravesaba la red de San Luis e iba a perderse en la de la Montera. Los carruajes avanzaban lentamente, parábanse un momento, abríanse y cerrábanse con estrépito las portezuelas, y corrían luego a estacionarse en la Plaza de Santa Bárbara. Los transeúntes deteníanse extrañados y quedábanse muchos contemplando aquella larga procesión de damas, rara en Madrid, a la clara luz de las tres de la tarde. El Gobierno parecía alarmado: varios agentes de orden público paseábanse por la acera de enfrente, a lo largo del palacio, y algunos polizontes se mezclaban entre los curiosos o trababan conversación con cocheros y lacayos, que charlaban entre sí desde los pescantes, designándose, según la clásica costumbre, por los ilustres nombres de sus amos.

Las damas saltaban ligeramente de los coches, atrav

esaban el gran  
portal, subían la escalera alfombrada y perdíanse,  
con aire de  
conspiradoras, en aquel ancho salón del teatro, fam  
oso en otro tiempo  
por haber representado en él don Ventura de la Vega  
\_El hombre de mundo\_  
y dirigido Bretón de los Herreros en persona los en  
sayos de \_El pelo de  
la dehesa\_. Reinaba en él una media luz prudentísim  
a, un prematuro  
crepúsculo que velaba con paternal indulgencia entr  
e sus sombras  
misteriosas los grandes deterioros del decorado, in  
capaces de resistir  
con honra la descarada luz de las tres de la tarde.

Desde fuera, parecía aquello el zumbido de una colm  
ena colosal, en que  
doscientas mujeres murmurasen al mismo tiempo entre  
el crujido de las  
sedas, el ric-rac de los abanicos, las tosecillas a  
fectadas que dan  
tiempo a preparar una respuesta, las melifluas risi  
tas que acompañan  
siempre a la afectuosidad femenina, y los perfumes  
peculiares a  
doscientos gustos diversos y doscientos tocadores d  
istintos. A veces,  
reinaba de repente uno de esos súbitos silencios qu  
e el pueblo andaluz  
atribuye al involuntario respeto que infunde el inv  
isible aleteo de un  
ángel que pasa; era más bien algún diablillo que ll  
egaba, alguna dama  
famosa por cualquier concepto que traspasaba el din  
tel, obligando a la  
crítica a replegarse sobre sí misma, para estudiar  
el blanco sobre que  
había de disparar su metralla.

Ningún hombre aparecía a la vista; en el fondo, tras la sencilla cortina de rojo terciopelo, con las armas de Butrón bordadas en el centro, que cerraba la emboscadura del teatro, adivinábase, sin embargo, algo masculino, algún espíritu no santo que tosía y esto rnuaba como el resto de los mortales, porque dos toses y un estornudo, habían llegado al oído avizor de la señora de Barajas, que estaba allí cerca; tocó con el codo a su hermana, diciéndole muy bajo: «Aquí hay duendes»; y la otra, sin volver la cabeza, contestó muy seria:

--Robinsón y su negro Domingo, que se habrán constipado en la isla desierta.

Así era, en efecto: el gran Robinsón y el señor Pulido hallábanse tras el telón, observando por los dos imperceptibles agujeritos que servían en otro tiempo para registrar la sala a los ilustres actores que habían pisado aquella escena aristocrática. El respetable diplomático parecía inquieto, y el señor Pulido iba y venía sigilosamente de uno a otro agujero, apretando los labios y moviendo la cabeza, con muestras también de alguna zozobra.

La concurrencia era numerosa, escogida y a propósito para secundar los planes del diplomático; mas notábase, sin embargo, un síntoma alarmante, una peligrosa falta de disciplina en la mesnada aristocrática, las alfonsinas de raza, pertenecientes, en su mayor parte, a familias de la

Grandeza. Habíanse sentado todas ellas hacia el lado izquierdo, formando un grupo, y, cuchicheando y cambiando entre sí risitas y señas burlonas, miraban entrar y amontonarse en el lado opuesto a las cursis radicalas, con el aire de desdeñosa protección de la gran señora que permite a su doncella sentarse a su presencia, a cuatro metros de distancia. Tan sólo la duquesa de Bara, fiel a la consigna del caudillo, habíase apresurado a sentarse entre las dos ministras cesantes: la de Martínez, mujer sencillísima y modesta, que se hallaba allí como gallina en corral ajeno, y la de García Gómez, cursi pretenciosa, que pretendía deslumbrar a pájara tan larga como la duquesa con sus alardes de elegancia y de buen tono.

En vano iba de un lado a otro la marquesa de Butrón, intentando, con su fino tacto y sus delicadas maneras, ahogar en germen aquellos puntillos femeniles, aquellas vanidades alborotadas que amenazaban dar al traste con la suspirada fusión a duras penas obtenida en el baile de Currita; tan sólo pudo conseguir su ímprobo trabajo colocar a la duquesa de Astorga, mujer bondadosísima, al lado de la excelsísima señora doña Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermosilla, cuya colosal figura se destacaba sobre un asiento muy alto, aislada entre tirios y troyanos, silenciosa y pensativa, cual Safo meditando su suicidio en lo alto de la peña de Léucades.



Las carlistas, por su parte, pocas en número, pero en valor muy aguerridas, formaban otro grupito sospechoso, teniendo al frente a una viejecilla chiquitilla, flaca y nerviosa, de ojos vivísimos. Era la baronesa de Bivot, ilustre catalana, que se removía sin cesar en el asiento, esgrimiendo el abanico con el bélico ardor del veterano ansioso de combate que huele la pólvora a lo lejos. Carmen Tagle la bautizó al punto.

--Allí está \_Zumalacárregui\_--dijo a su vecina--. Mírala, el cuerpo le pide pendencia.

El respetable Butrón se daba a todos los demonios temiendo una catástrofe, y aplicaba el oído en vez del ojo al agujero, a ver si podía pescar alguna palabrilla suelta que indicase el rumbo que tomaba la tormenta. No se oía nada; un zumbido colosal de colmena en momentos de mudanza, que le sacaba de quicio, poniéndole nervioso.

--¡Pero que siendo tantas no haya una sola que calle!--exclamó hecho un basilisco; y el señor Pulido, sin perder su pausa, con filosófica profundidad, replicó muy bajito:

--Las prefiero hablando, Pepe... Callar sería contra naturaleza.

Y en aquel momento, como si quisieran probar aquellas amables criaturas que llevar siempre la contra es el rasgo peculiar del sexo, callaron

todas de repente, siguiéndose un silencio profundo,  
un \_calderón\_  
prolongadísimo de cerca de un minuto, seguido, a su  
vez, de un alegre  
alborotado, un crescendo inverosímil, rápido y viva  
ce... Algo gordo  
sucedió, y el respetable Butrón y el filosófico Pul  
ido acudieron al  
punto muy azorados a sus respectivos observatorios.  
.. Entraba la condesa  
de Albornoz, con aquel paso de que habla Virgilio,  
que revela una reina  
o una diosa, inclinando la cabeza con el aire de va  
nidad satisfecha de  
aquel emperador romano que encogía la suya al pasar  
bajo los arcos de  
triunfo, por miedo de tropezar en ellos con la fren  
te; seguía la la  
marquesa de Valdivieso, una de las cómodas amigas d  
e fácil contener que  
traía ella siempre a retortero para que la acompaña  
sen como damas de  
honor, sirviendo, según su frase, de marco a su ele  
gancia.

Cogióla Leopoldina Pastor por las faldas, al pasar  
por su lado, y quiso  
obligarla a sentarse entre ella y Carmen Tagle... E  
ra necesario  
escarmentar a aquellas indecentes radicalas que est  
aban allí con la boca  
abierta, \_dándose pisto\_, soñando quizá con la pres  
idencia...

--¡Míralas, qué retablo!...

Deseando estaba que Genoveva tomase la palabra para  
tener ocasión de  
decir a aquellas cursis cuatro palabritas bien dich  
as, ¡pero iba a estar  
aquello muy frío!... A ella le hubiese gustado disc  
utir a caballo, con

los hunos de Atila. Dióle Currita cariñosamente en el hombro con el abanico, murmurando: \_C'est drôle\_; saludó con una monísima cabezadita al amplio círculo de sus ilustres amigas y dejóse llevar suavemente por la Butrón al lado opuesto, sentándose, al fin, junto a la duquesa de Bara y las dos ministras. Apretóle cariñosamente la mano a la de Martínez, diciéndole: «¡Querida mía!», y manifestó a la García Gómez su desolación profunda por no haberse encontrado el día antes en casa cuando estuvo esta a visitarla.

--Coraje me dio al ver su tarjeta... Hubiera deseado que charlásemos un rato... Quiero que seamos amigas...

La García Gómez creyó reventar de dicha ante honra tan repentina, y miraba a todas partes, tan oronda y satisfecha entre aquellas dos grandes de España como la rata de la fábula en el queso de Holanda. María Valdivieso, con prudencia inusitada en ella, mordíase los labios para no soltar la risa. El venerable Butrón seguía desde su agujero toda aquella pantomima, y murmuraba nervioso y exaltado:

--¡Bien por Currita!... ¡Es lista esa \_mona Jenny\_, caramba!... ¡Con que María Villasis haga lo mismo, triunfamos!

El señor Pulido, profeta siempre de desdichas, se permitió dudarlo; su olfato finísimo había adivinado un escollo en que el respetable Butrón no paraba mientes.

--Aquella trae ya cara de presidenta, Pepe--dijo.

--¿Quién?...

--La Currita, Pepe... ¡Te lo dije!...

Así era, en efecto: tan penetrada estaba esta de su superioridad que ni por un momento dudó de ser elegida, y pareciéndole que tras del baile había de venir la presidencia, de manera tan lógica y fatal como tras de la noche viene el día, había ya comunicado varias órdenes al tío Frasquito, gran maestro de los micos de su guardia, y confiado a María Valdivieso aquella misma tarde, en el camino, varios de los mil regocijos caritativos que a beneficio de los heridos del Norte proyectaba, y sobre todo, una kermesse famosísima que había de producir millones y millones.

Púsose Butrón al oír a Pulido muy enfadado, levantando los brazos como si quisiese coger las bambalinas.

--¿Que trae cara de presidenta?... ¡Pues se quedará con la cara, Pulido!... ¡No faltaba más! Una mujer sin crédito, sin pizca de vergüenza... Me espantaba toda la gente de sacristía... ¿Qué diría el arzobispo cuando fuera a pedirle la bendición para la obra?... María Villasis es la única..., la única, Pulido.

Nueva manifestación de duda de la ninfa Egeria, acompañada siempre del vocativo de su Numa Pompilio, fórmula de la íntima

y familiar amistad  
que le unía con el personaje.

--Lo dudo, Pepe...

--¿También a esa la encuentras peros?...

--La encuentro calabazas, Pepe...

Butrón, muy incomodado, dio media vuelta diciendo que más bien serían camuesas, y el señor Pulido, sin perder su paz, repitió muy bajito:

--Digo calabazas, porque no vendrá, Pepe...

--¿Que no vendrá?...

--Es muy propensa a constipados... Acuérdate de la última junta, Pepe.

--Que viene, hombre, que viene... Si se lo prometió ayer a Veva, que la mandé yo expresamente.

Y así era, en efecto: la marquesa de Butrón había estado la víspera en casa de la Villasis a pedirle por todos los santos del cielo que no dejara de asistir a la junta; la pobre señora parecía azorada, y pedíasele con tal ahínco, como si le fuera en ello la vida. La Villasis, sin embargo, no se mostraba muy propicia, y echándose a reír, le dijo:

--¿Pero qué falta hago yo, mujer?... La misma que los perros en misa...

--No digas eso, María, porque ni tú misma lo crees--replicó la otra muy apurada.

--Pues mira, Genoveva, te seré franca... Si fuera cosa tuya..., tuya exclusivamente, iría con el alma y con la vida... Pero tratándose de lo que se trata..., vamos... que no me gusta ese \_barrer para adentro\_ de tu marido, que la pone a una siempre en el riesgo de tropezarse con basura... Y, francamente, no quiero ponerme en el caso de encontrarme mano a mano con una... Curra Albornoz u otra de su ralea.

--Tienes razón... ¿Pero qué se le va a hacer, si Madrid es un lodazal?

--No, no es un lodazal; porque tú y yo y otras muchas somos Madrid y, gracias a Dios, no somos lodazales... Di más bien que en Madrid \_hay un lodazal\_, que puede perfectamente evitarse andando con la ropa un poquito recogida... Pero, sin duda, es el maldito lodazal de agua de colonia, y como huele bien, a pocos veo que les repugne zambullirse dentro.

--Pero mi casa no está en ese lodazal, María.

--Lo sé; lo sé mejor que nadie, porque como nadie te conozco y te quiero... Por eso yo no me niego a ir a tu casa, si no a la junta \_que tu marido hace celebrar en tu casa\_. ¿Me entiendes?

Y como si temiese que la otra encontrase la distinción harto metafísica, apresuróse a torcer un poco el camino, añadiendo prontamente:

--No creas, por eso, que me niego también a contribuir a los fines de la asociación como una de tantas... Sé muy bien que lo de socorrer a los heridos es una pantalla; que se trata de preparar al ejército... No importa: yo también contribuiré a ello, pero sin disfrazarlo de obra caritativa... Lo hago, porque he visto nacer al príncipe y le miro y le quiero como cosa mía; y lo hago, sobre todo, porque se me ha prometido solemnemente que el primer cuidado de la Restauración será restablecer la unidad católica; que sin este requisito, nada, nada haría.

La Villasis se detuvo un momento, y sin el menor alarde de esplendidez, con la sencilla naturalidad de quien ofrece una cosa insignificante, añadió en seguida:

--Por eso, en cuanto quieras disponer de ellos, tengo a tu disposición diez mil duros... Si más pudiera, más daría.

La oferta de aquel cuantioso donativo no deslumbró a la de Butrón; habíase turbado mucho mientras hablaba su amiga, y moviendo la cabeza vivamente dijo:

--Lo creo, porque naciste para ser rica y sabes serlo... ¡Pero tu nombre, tu nombre vale más que los diez mil duros!..  
..

Y la otra, dándole palmaditas cariñosas y remedando su mismo tono lastimero, añadió en son de burla:

--Pues mi nombre, mi nombre es justamente lo que no doy... Díselo así a tu marido.

La de Butrón dejó caer ambas manos abatida y dijo con voz acongojada, imperceptible casi:

--¡Dios mío!... ¿Y cómo le digo yo eso?...

Y de repente, dejando escapar un súbito sollozo, tapóse el rostro con el pañuelo, y un llanto desconsolador brotó de sus ojos, revelando un profundo abismo de amargura, un dolor hasta entonces callado y oculto. Quedóse un momento suspensa la Villasis, atónita y afligida por el temor de haber causado aquella honda pena.

--¡Pero, Genoveva, por Dios!... ¿Te he ofendido?...

La otra meneaba vivamente la cabeza, intentando decir entre sollozos:

--No..., no..., no... Es que Pepe...

--Pues bien, ¡no le digas nada!... ¿Quieres tú que vaya?... Pues iré, iré de mil amores... ¿Cómo había yo de imaginarme que iba a causarte esa pena?

Y tan afligida como su amiga, estrechaba entre las dos suyas una de sus manos, mientras la de Butrón, sin quitarse el pañuelo del rostro, cual si la vergüenza, al par que las lágrimas, la ahogaban, tartamudeaba:



--Pepe..., el pobre..., es tan violento...

Esta última palabra fue para la marquesa de Villasis un rayo de luz que le descifró el enigma: cruzó las manos con un gesto de ira, de sorpresa, de lástima profundísima, de compasión sin medida... ¡Luego era verdad, luego era cierto el chisme que varias veces había llegado hasta ella de que el noble Butrón, el leal caballero, el correcto diplomático, maltrataba con frecuencia a aquella esposa modelo, aquella ilustre señora, aquella débil anciana que sollozaba allí, ocultando la vergüenza de su marido en el fondo de su pecho, envuelta en su propia desdicha!...

Un violento impulso de noble ira se levantó pujante en su corazón, y hubiera querido arrancar del todo a la infeliz su secreto, no sólo para remediar su dolor, sino también para vengarlo. Mas la noble anciana, fiel a su decoro de esposa, guardó ese difícil silencio con que las almas heroicas saben coronar una de las penas más vivas que existen en la tierra: el sacrificio despreciado, el sacrificio inútil, y la marquesa de Villasis no se atrevió a interrogarla; el primer cuidado de la delicadeza, al consolar un dolor, es respetarlo, y nada hiere tanto una pena como la curiosidad, sacrilegio, por decirlo así, de la impertinencia.

Un llanto callado, el más sublime de todos los llantos, el llanto de la caridad, que cuando no remedia ni alivia consuela,

llorando con el que  
llora, brotó entonces de sus ojos, y tan sólo al as-  
egurarle una y mil  
veces que iría con sumo gusto al día siguiente a su  
casa, atrevióse a  
añadir con uno de esos brotes del corazón en que ap-  
arece la amistad tan  
santa y tan bella:

--¿Quieres otra cosa, Genoveva?... ¿Te puedo servir  
en algo más?  
¡Dímelo!...

Otro quejido que revelaba el complemento de los gra-  
ndes dolores, la  
falta del último consuelo, la soledad del alma, se  
escapó entonces de  
los labios de la anciana.

--¡Sí, sí, de mucho!... ¿Pues no lo ves? ¡Para pode-  
r llorar delante de  
alguien, para tener quien llore conmigo!...

Y al despedirse, serena ya del todo y consolada en  
lo posible, dijo a la  
Villasis con intención marcadísima:

--Te advierto que yo sólo te he pedido que \_vengas  
mañana a casa\_... De  
lo demás que pudiera sobrevenir nadie me hará respo-  
nsable, y puedes  
negarte sin miedo.

Y añadió con tristísima sonrisa:

--Si yo estuviera en tu caso, haría lo mismo.

--VI--

La marquesa de Villasis tardaba; eran ya las tres y media y el respetable Butrón sentía angustias de muerte, temiendo verse por segunda vez chasqueado por la dama. Con el ojo pegado al agujerillo del telón disimulaba su mal humor y sus temores, por no exponerse a las machaconas observaciones del señor Pulido, mientras observando este por el otro agujero, se afirmaba más y más en los suyos, ofreciendo ambos al que entraba por el fondo del teatro un espectáculo original y extraño en demasía. Hallábanse los agujeros bastante bajos por estar disimulados, en el lado opuesto, entre el bordado del escudo, y hacíaase preciso, para observar por ellos, ponerse en cuclillas, posición harto molesta, muy semejante, por no citar otras, a la que usan los salvajes de Ohio para deliberar en el Consejo. Ovidio no refiere si el enamorado Píramo se ponía en actitud tan cómica cuando buscaba en la muralla una hendidura por donde contemplar a Tisbe; si así era, fortuna tuvo el galán en no ser visto por la dama.

De repente, sonaron hacia el fondo del teatro pasos importunos, que hacían crujir las tablas del escenario; furioso Butrón volvióse agitando las manos extendidas e interpelando en colérico \_sotto voce\_ al imprudente, como al bueno de Kent el rey Lear:

--¡Despacio, demonio, despacio!...

Era el tío Frasquito, que llegaba atropellando la c

consigna de no  
permitir la entrada en aquel recinto, apresurado y  
ansioso por ver lo  
que pasaba en el congreso femenino, luciendo una co  
rbata vistosísima,  
prenda hermafrodita en que profundos observadores s  
uelen encontrar,  
reflejado con frecuencia, el carácter moral del ind  
ividuo. La del tío  
Frasquito era la corbata de gran maestre de los mic  
os de Currita, de  
seda azul japonesa, sujeta coquetamente con el alfi  
ler de una sola  
perla. Habíale encargado la Albornoz venir a buscar  
la a casa de Butrón,  
para darle sin pérdida de tiempo sus primeras dispo  
siciones de  
presidenta.

Hizo el recién venido al diplomático mudas señas de  
que no se molestase,  
y renegando \_Robinsón\_ por lo bajo, volvió a su obs  
ervatorio, encargando  
disimuladamente al señor Pulido que saliese a repet  
ir a los criados la  
rigurosa consigna. Mas temeroso este de que le usur  
para su puesto el  
intruso, hízose el desentendido, dejando abierta la  
puerta a la mayor  
calamidad que por ella pudiera entrarse.

Mientras el tío Frasquito buscaba en vano otro aguj  
ero y decidíase, no  
encontrándolo, a abrirlo él mismo disimuladamente c  
on un cortaplumas,  
una gran sombra apareció en el fondo de la escena,  
deslizándose muy  
despacio, con el cuerpo agobiado, los pies arrastra  
dos, la mano  
extendida... Era Diógenes, el cínico Diógenes, que  
al ver a los tres  
personajes pegados al telón, vueltos de espalda y p

uestos en cuclillas,  
detúvose un momento, dejando escapar una risa silen  
ciosa, risa de  
chacal, risa de hiena, que de verla el tío Frasquit  
o hubiera sentido  
erizarse los pelos e su peluca. Cruzóse de brazos,  
movió de arriba abajo  
la gran cabezota y desapareció sigilosamente por en  
tre los bastidores,  
metiéndose luego por debajo del escenario como un n  
ihilista que se  
zambulle en el centro de la tierra para fraguar sin  
iestros proyectos...

--¡La Villasis! ¡La Villasis!--susurró en aquel mom  
ento Butrón con aire  
de triunfo; y pegó al punto el ojo al agujero, para  
no perder ningún  
incidente de la escena que iba a seguirse.

La marquesa entraba, en efecto, causando su presenc  
ia un movimiento  
general de sorpresa, seguido de un murmullo prolong  
ado que disipó las  
angustias de Butrón, hizo sonreír triunfalmente a l  
a de Bara y morderse  
los labios a Currita, adivinando desde luego una ri  
val, la más temible,  
porque era la más detestada. En la conciencia de to  
das las señoras  
presentes brotó al mismo tiempo la idea de que aque  
lla era la llamada a  
ser la presidenta, porque a todas se imponía la mar  
quesa por diversos  
conceptos: las sensatas y honradas admiraban en ell  
a el tipo de la gran  
señora de virtud y de prestigio, digna y afable, qu  
e, firme en sus  
convicciones en medio de una sociedad frívola y cor  
rompida, imponía  
sobre todos, callando siempre, la poderosa crítica  
del buen ejemplo. Las

otras, más ligeras o menos honradas, veían, sin embargo, en ella la mujer de talento, la dama de gran nombre, de riquezas inmensas, de carácter firme e independiente, que sin prescindir jamás de las justas conveniencias que exige un rango elevado, sabía sacudir toda imposición que repugnase a su conciencia o a su decoro, constituyendo así lo que admiran tanto las medianías rutinarias, que sólo saben copiar lo que halaga la vanidad o seduce al instinto: un tipo original, genuinamente noble, digno y honrado.

Algunas, ignorando, como ignoraban todas, excepto la Butrón y la de Bara, el modo cómo había de nombrarse la junta, dejaron escapar la idea entre sus misteriosos cuchicheos, y la señora de Martínez, con ingenua sinceridad, algún tanto lugareña, soltó esta frase, que hubiera provocado en otra ocasión las crudas sátiras de la de Bara:

--¡Esa sí que es una marquesa de veras!...

María Valdivieso, con su falta de tacto acostumbrado, inclinóse hacia Currita como para quitarle una pelusilla que perfeccionaba el complicado lazo de las bridas de su sombrero y le dijo muy bajo:

--¿Eh?... ¿Qué tal?... Con esta prójima no contábamos... ¿Te inquieta?...

Irguióse la otra como una Juno a quien dijeran que la ninfilla más

patimondada del Olimpo iba a sentarse en su carro tirado por pavos reales, y contestó desdeñosamente:

--¿A mí?... Jamás me ha merecido ni un bostezo, que es el último de los gestos despreciativos...

También la marquesa de Villasis hacía sus observaciones. Tendió la vista por la sala y pudo contemplar, desde luego, el Madrid heterogéneo de siempre, en que la virtud y el vicio se mezclan en amigable consorcio, representando la historia eterna de la manzana podrida que comunica a las sanas su podredumbre y sus gusanos, sin tomar de ellas ni el sabor exquisito, ni la fragancia saludable; la indecorosa y dañina mescolanza de grandes nombres y grandes vergüenzas, honras sin tacha y reputaciones escandalosas, revestidas todas con el mismo brillante barniz de formas elegantísimas, barajadas y confundidas por el mismo apetito ciego de placeres, por los mismos impulsos necios de vanidad, por el mismo afán irresistible de sacudir el ocio, de distraer el tedio, espantosa y continua tentación de los grandes y de los ricos, que les arrastra a todas sus extravagancias y les lleva a todos sus extravíos.

--¡Señor!--pensaba la dama--. ¡Qué grande obra sería a la de deshacer esta mescolanza que repugna, que envenena, que liberta el vicio de toda sanción social que le marque la frente como con una señal de infamia, y lo contenga, ya que no con el temor de Dios, con la

vergüenza al menos y  
con el respeto humano; que familiariza con el escán  
dalo hasta a las  
conciencias más rectas, y destruye la poderosa barr  
era de horror y de  
extrañeza que debe separar al bueno del escandaloso  
, y comenzando por  
hacer a este tolerable, acaba por hacerle pasar por  
imitable!... ¡Qué  
grande obra haría quien con el mismo espíritu de ca  
ridad cristiana con  
que se fundan asilos para huérfanos y casas de refu  
gio para doncellas en  
peligro, fundase \_un salón\_ para mujeres \_honradas\_  
y hombres  
\_decentes\_, en que sin riesgo alguno de mal ejemplo  
pudiese encontrar la  
juventud las justas, legítimas y aun necesarias dis  
tracciones propias de  
sus años; hallar sin desvergonzada levadura ese tra  
to señorial y digno a  
la vez que alegre y placentero, que afina y suaviza  
las inclinaciones  
del hombre, fortalece y alecciona las de la mujer,  
y fomenta el trato  
mutuo y el mutuo conocimiento de que brotan castas  
simpatías, germen de  
puros y tranquilos amores, que sirven de base solid  
ísima a matrimonios  
felices y meditados, de que nacen luego familias cr  
istianas y  
ejemplares!... Y la caridad, la caridad derivada de  
l cielo, única santa  
y legítima, que todo lo ve con sus ojos de lince, q  
ue todo lo abarca con  
su actividad insaciable, que todo lo precave con su  
perspicacia amorosa,  
y no deja dolor sin alivio, ni pena sin consuelo, n  
i llaga sin remedio,  
¿no se ha fijado nunca en esta úlcera ensangrentada  
?... ¿Acaso es más  
digna de lástima la pobre labriega, la infeliz cria



da de servicio que el  
abandono precipita en un lodazal de escaleras abajo  
y salva la caridad  
en una casa de refugio, que la encopetada señorita,  
la rica heredera que  
un abandono distinto, sólo en la forma, precipita d  
el mismo modo en otro  
lodazal de salones adentro?... ¡Y pensar que no es  
tan difícil el  
remedio como a primera vista parece; que bastaría q  
uizá que una mujer de  
prestigio y de energía, cerrando los oídos a indeco  
rosos respetos  
humanos y a culpables condescendencias sociales, fu  
ndase, por el amor de  
Dios, un \_salón de refugio\_, lanzando a los cuatro  
vientos de la alta  
sociedad madrileña, por toda esquila de convite, es  
ta estupenda noticia:  
«La marquesa tal, o la duquesa cual, se queda todas  
las noches en casa,  
para las señoras honradas y los caballeros decentes  
»!...

Y cuando algo muy hondo, pero muy claro y distinto,  
le decía a la  
Villasis en el fondo de su conciencia que ella podí  
a y aun debía ser  
aquella tal marquesa o aquella cual duquesa, vino a  
distrarla de sus  
extrañas reflexiones la voz de Genoveva Butrón, que  
dando ya por reunido  
el congreso femenino, comenzaba a exponer el objeto  
de aquella junta.

La marquesa atenía en sus palabras a la pauta tra  
zada de antemano por  
Butrón, evitando con habilidad suma los puntos esca  
brosos y las mentiras  
gordísimas marcadas por el diplomático; hablaba muy  
despacio, con  
sencillez exenta de toda pedantería y el aplomo y l

a seguridad que dan a las personas nacidas y criadas en altas esferas el trato continuo de gentes y la conciencia de su propia grandeza. Butrón, en cuclillas, delante de su agujero, seguía con el alma en un hilo el discurso de su mujer, extendiendo las manos y llevando el compás como un director de orquesta que dirige una partitura, o como un magnetizador que desprende de sí con extraños pases el misterioso fluido. Quedó bastante satisfecho.

La miseria en que yacían los infelices soldados heridos en la campaña del Norte era grande y dolorosa, y debía precisamente despertar en el corazón de todas las señoras españolas los sentimientos más compasivos... Por eso habíase atrevido ella, la Butrón, a citar a todas las presentes para pedirles, por amor de Dios y con pasión hacia aquellos infelices, que uniesen sus esfuerzos para socorrerlos, formando una asociación de señoras que, propagada por todas las provincias, pudiera allegar cuantiosos recursos para este objeto.

A esto se redujo la primera parte del discurso de la marquesa, que fue escuchado con religioso silencio. Hubo una pausa, en que las diversas fracciones se miraron unas a otras, alerta todas, silenciosas, con la solemne expectación de ejércitos enemigos que esperan para venir a las manos el sonido de la primera descarga.

La baronesa de Bivot, el bizarro \_Zumalacárregui\_,

rompió el fuego la primera con la certera puntería de la lógica más exacta.

--El pensamiento no puede ser más caritativo ni más santo, y supongo que merecerá la aprobación de todas estas señoras, como merece la mía--dijo, echándose lentamente fresco con el abanico--. Pero debo hacer notar que en la campaña del Norte hay dos ejércitos \_españoles\_...

Y la pícara vieja acentuaba lo de \_españoles\_ con una ambigua risita que hacía saltar a Butrón detrás de su agujero...

--...Uno del Gobierno y otro carlista: en los dos hay heridos y en los dos hay miseria... Supongo, por lo tanto, que esos recursos que se alleguen se dividirán en dos partes iguales: una para los heridos del Gobierno y otra para los carlistas...

Silencio sepulcral en toda la sala y saltos nerviosos de Butrón, que bufaba fuera de sí en su escondite.

--¡El demonio de la vieja!... ¡Pues no faltaba más!... ¡En eso estaba yo pensando! ¡En que con los fondos de mi asociación comprasen fusiles los carlistas!... ¡Y la estúpida Veva se calla!... Contesta, Geno, demonio: contesta que no, que se vaya si quiere, que no saca de aquí un ochavo... ¡La denuncio primero!

Aturdida, la marquesa no contestaba, en efecto, por que ninguna respuesta tenía aquella lógica observación, tan oportuna e in

esperada. La Villasis, compadecida de la angustia de su amiga, acudió al punto en su auxilio.

--La baronesa tiene mucha razón--dijo--; pero sin duda no se ha fijado en un inconveniente insuperable... El Gobierno permitirá, sin duda, que se repartan en el ejército toda clase de recursos; pero imposible es que tolere el pase de dinero alguno para los carlistas. .. Por eso, la asociación tendrá que limitarse a socorrer a los heridos del ejército, dejando que secretamente acudan todas las que quieran al socorro de los carlistas...

Y dirigiéndose a la baronesa, añadió con significativa sonrisa:

--Supongo, baronesa, que usted conocerá bien el camino; pero si alguna no lo conoce, yo puedo indicarle un medio muy seguro o por donde enviar socorros a esos infelices, que no están menos necesitados, ni son menos dignos... Yo tengo tirado ya mi plan: la mitad de lo que pueda dar lo entregaré a Genoveva; la otra mitad la enviaré por este conducto de que hablo a los carlistas...

¡Bonito se puso Butrón! A las primeras palabras de la marquesa, respiró con fuerza, murmurando: «No está mal el remedio». Mas cuando vio, por el giro que daba la dama a su respuesta y por el plan que exponía, que no era una estratagema la que usaba, sino un verdadero proyecto que podían

imitar otras muchas, saltó fuera de sí muy incomoda  
do, gruñendo entre  
sus bigotes puestos en punta:

--¡Demonio..., demonio..., demonio!... Si el remedi  
o es peor que la  
enfermedad, si lo echa todo a rodar con eso... Se l  
leva la mitad, nos lo  
quita, nos lo roba...

El señor Pulido, con su flemática suavidad, díjole  
entonces:

--Descuida, Pepe..., pocas darán si hay que dar en  
secreto...

El valiente \_Zumalacárregui\_, parado en firme con l  
a réplica no menos  
lógica de la Villasis, replegó su guerrilla y parap  
etóse en el monte  
Aentino, con una retirada digna de Jenofonte.

La marquesa de Butrón aprovechó tan favorable coyun  
tura para reanudar su  
discurso por la parte más espinosa... Era necesario  
nombrar una junta  
directiva, y a este propósito iba a leer una candid  
atura formada con el  
consejo de personas autorizadas, para sujetarla a l  
a aprobación de  
todas las señoras presentes.

El golpe era atrevido y la imposición resultaba man  
ifiesta; preciso era  
suponer que nadie osaría oponerse a un plan propues  
to en su propia casa  
por dama tan respetable... El silencio era profundo  
y hubiérase podido  
oír el inquieto pestañear de Butrón y de Pulido, pe  
gados a sus agujeros;  
los resoplidos que costaba al tío Frasquito mantene  
rse tieso en su

incómoda postura, y los amagos de risa de Diógenes, que, metido en la concha del apuntador, frente al telón y de espaldas a la concurrencia, ocultábase a todos, oyendo a unos y otros, y maquinando, sin duda, algún plan endiablado que le hacía reírse a sus solas.

La marquesa sacó un gran pliego y comenzó a leer es forzando la voz un poco:

--Presidenta: excelentísima señora marquesa, viuda de Villasis.

Murmullo general de aprobación... Brusco movimiento de Currita y repentina llamarada de ira, de rabia reconcentrada presta a desbordarse en sus claras pupilas... Tras el telón, Butrón sonríe satisfecho y Pulido suspira desahogado; el tío Frasquito, sorprendido y acongojado al ver a su reina destronada, pierde el equilibrio y se agarra al telón, poniendo en riesgo el que guardan sus compañeros: mudos ademanes y miradas furibundas de estos le llaman al orden... En la concha, Diógenes hace una mueca que quiere decir: «¡Estáis frescos!», y prosigue riéndose solo... La marquesa de Butrón continúa leyendo:

--Vicepresidenta: excelentísima señora condesa de Albornoz.

Silencio profundo... Doscientos ojos escrutadores se fijan en la elegida, e Isabel Mazacán le envía desde lejos un irónico saludito de enhorabuena... Currita se muerde los labios y aparecen istrías

sanguinolentas en torno de sus pupilas; un pedacito de encaje del pañuelo resbala por la seda de su falda y cae sobre la alfombra... Tras el telón, Butrón se azora de nuevo; Pulido murmura: «¡Lo dije!», y el tío Frasquito desiste de velarse el rostro con las manos por miedo de perder de nuevo el equilibrio... Diógenes ha desaparecido de la concha... La marquesa de Butrón prosigue:

--Vocales: excelentísima señora duquesa de Astorga, excelentísima señora condesa de Villarcayo...

Movimiento de horror en las huestes de \_Zumalacárregui\_...

Gesto de protesta del caudillo... La agraciada sonríe con una cara de babieca que revela la razón por que figura en la lista... La marquesa de Butrón continúa:

--Excelentísima señora condesa de Minahonda. Excelentísima señora doña Servanda Molinillos de Martínez.

Modestísimo rubor en el rostro de la agraciada, que extiende las manos y mueve la cabeza diciendo que no... La duquesa de Bara la anima cariñosamente... La García Gómez detiene su indignación, hasta ver si está ella incluida en la lista... Tras el telón, Butrón mira a Pulido, y Pulido mira a Butrón, y ambos se ríen... El tío Frasquito, envuelto en su dignidad, permanece en cuclillas... Diógenes aparece sobre el tablado y busca algo junto a la pared, dentro de los bastid

ores del lado  
izquierdo... La marquesa de Butrón prosigue...

--Excelentísima señora condesa de Nacharnudo. Excel  
entísima señora  
duquesa de Bara...

Recóndito asombro de esta al verse incluida en el g  
rupo en que por  
exigencias de Butrón habían de figurar tan sólo muj  
eres honradas... La  
marquesa hace una pausa, examina un momento al audi  
torio y prosigue  
leyendo:

--Secretaria: excelentísima señora doña Paulina Góm  
ez de Rebollar de  
González de Hermosilla...

Fogosísimo brinco de Leopoldina Pastor, que esperab  
a la plaza, y  
enérgico «¡Indecente!» que revolotea anónimo en el  
aire sin saber dónde  
posarse... Carmen Tagle se desternilla de risa... L  
a agraciada guarda  
majestuoso silencio, compónese las gafas de oro y p  
royecta reparar en la  
retórica de Marco Tulio la parte preceptiva de los  
documentos  
oficiales... La duquesa de Astorga la felicita sin  
pizca alguna de  
malicia... Tras el telón, Butrón espera, Pulido tem  
e, el tío Frasquito  
medita... Diógenes ha encontrado junto a la pared u  
n cordelito que  
parece bajar del techo y lo examina detenidamente..  
. La marquesa de  
Butrón concluye:

--Tesorera: excelentísima señora doña Ramona Gómez  
de López Moreno...



Amago de apoplejía en la interesada... La duquesa consuegra la saluda desde lejos... Grandes cuchicheos que crecen, crecen cual ráfaga de viento huracanado que comienza por silbar y acaba por rugir.. De repente, crujido misterioso... Silencio profundo... Sorpresa general.

Diógenes ha tirado del cordelito, el telón sube rapidísimo y aparecen los tres Píramos en cuclillas, Butrón, Pulido y el tío Frasquito, ante los ojos asombrados de aquel centenar de Tisbes... Cuadro final.

--VII--

La asociación de señoras hizo fiasco y sólo dos meses más tarde pudo Butrón, a costa de trabajo, organizar otra nueva, en forma muy distinta, que no dejó de hacer, sobre todo en provincias, un agosto abundantísimo. La marquesa de Villasis habíase negado rotundamente a aceptar la presidencia; Currita rechazó la humillante oferta de un cargo secundario, con muestras de gran resentimiento; las carlistas, muy indignadas, tiraron por un lado, y las radicales, muy ofendidas, se fueron por el otro, dejando vacante el canto épico a la caridad que perpetraba en silencio la excelentísima señora doña Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermosilla, y vació el gran bolsón Pompadour de

terciopelo rojo que la señora de López Moreno pensaba encargarse a la modista para recoger las colectas. El señor Pulido desplegó las tres falanges de su dedo índice para decir, agitándolo de arriba abajo: «¡Lo dije, lo dije!», y el sesudo diplomático, con la energía de la constancia que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin, tomó por otro camino para llegar a su objeto, consolándose con que Napoleón cometió también faltas en la guerra de Rusia, Ciro en la de los Scitas, César en África y Alejandro en la India.

Hubo al otro día en la casa de la Albornoz congreso de ofendidos, y la altiva dama adoptó por suya la respuesta de Marat a Camilo Desmoulins y Freron, cuando le proponían estos refundir el periódico de ellos, \_La Tribuna de los Patriotas\_, en el suyo, \_El Amigo del Pueblo\_: «El águila va siempre sola; los pavos forman manadas». Ella era el águila y las demás señoras los pavos; Butrón era el pавero.

La suerte de aquellos infelices heridos del Norte condolía, sin embargo, a la sensible condesa, y resolvió hacer ella sola y por su cuenta propia cuanto estuviese en su mano para aliviarla, entendiéndose directamente con el general en jefe del ejército y con el bizarro general Pastor, hermano de Leopoldina. Convocó a sus micos, reunió a sus íntimos y trazóse un plan encantador de fiestas, bailes y regocijos a beneficio

todos de los heridos, entre los que había de llevar se la palma una famosa \_kermesse\_ ideada por Currita, a imitación de la organizada en París por \_El Fígaro\_, en el teatro de la ópera, a beneficio de los inundados en Szegedin. Las actrices más famosas y las damas más conspicuas, niveladas por el mismo sentimiento compasivo, habían hecho en ella prodigios de caridad, sacrificando, en aras de los pobres, los quilates más o menos subidos de sus respectivas vergüenzas. En dos horas escasas había recaudado madame Judic más de cinco mil francos vendiendo \_marrons glaces\_. ¿Qué no recaudaría Currita vendiendo por media hora, aunque sólo fueran altramuces o garbanzos tostados?

Faltaba, sin embargo, al proyecto el visto bueno de Jacobo, requisito sin el cual no osaba la dama dar un paso en nada que hubiese de aventurar dinero, y justamente Jacobo no pareció por allí en toda la noche, ni vino tampoco a almorzar al día siguiente, según su costumbre ordinaria. Alarmada Currita, envió un recado a casa del amigo ausente, para informarse de la causa de su extraño eclipse; la respuesta del lacayo fue terminante:

--El señor marqués de Sabadell había salido de Madrid la noche antes.

Currita se quedó helada... ¿Marcharse Jacobo sin decirle una palabra, sin enviarle un recado, sin ponerle siquiera cuatro letras?... ¿Qué

puñalada para su corazón y, sobre todo, qué bofetón para su amor propio! Porque ¿qué dirían las gentes cuando llegaran a tra slucir el desprecio y el desvío que aquello representaba?...

Pasaba esta escena en el comedor, donde los dos esposos almorzaban en compañía de María Valdivieso, Celestino Reguera y G orito Sardona, cuya flamante corbata azul indicaba ser aquel día el mic o de guardia. Miraron todos a Currita con grande extrañeza y aire de pregunta al saber la marcha de Jacobo, y Villamelón, suspendiendo por un momento la actividad febril con que manejaba el trinchante de oro macizo , regalo de Fernando VII, dijo con voz lastimosa:

--¡Jacobo anda mal y me da pena!...

Y como si el dolor que inspiraban los males de su amigo sirviera para facilitar sus funciones digestivas, embaulóse de un golpe una \_côtelette\_ entera, que se le deshizo en la boca de puro blanda, cual si fuese un merengue.

--Pues, hijo--replicó María Valdivieso--, no sé que padezca del pecho... Está gordo y robusto; Paco Vélez me lo decía ayer: va echando papada de comerciante de ultramarinos.

--Si no es eso, María, ¿sabes?--dijo Villamelón con la boca llena--. Digo que anda mal, porque anda en malos pasos. ¿Me entiendes?

Callaron todos, metiendo las narices en el plato, y

los rabillos de cada  
ojo fueron a fijarse en Currita, que desganada, sin  
duda, mondaba con  
suma pulcritud y esmero un hermoso albaricoque. Vil  
lamelón, que luchaba  
siempre en la mesa entre sus ganas de hablar y sus  
ganas de comer,  
prosiguió con alguna impaciencia.

--La francesita esa..., esa... ¿Cómo se llama? ¡Señ  
or, por días pierdo  
la memoria!... Tú, Gorito, ¿sabes?... ¿Cómo se llam  
a, hombre?... La de  
las camelias.

Gorito abría mucho los ojos y estiraba la boca sin  
acordarse de nada,  
nada... Su memoria se había quedado de repente limp  
ia, rasa, cual una  
hoja de papel blanco. María Valdivieso hizo a Curri  
ta un rápido guiño,  
como dándole a entender que ella podría informarle  
de grandes cosas, y  
Villamelón concluyó cada vez más impaciente:

--Pues nada, no me acuerdo... Pero, en fin, esa...,  
esa es la que lo  
está desplumando.

Hízose el silencio aún más embarazoso y el geniecil  
lo maléfico de la  
hilaridad comenzó a revolotear en torno de los come  
nsales, como si a  
todos ocurriese que las plumas arrancadas a Jacobo  
salían del pellejo de  
Villamelón. Currita, mondando siempre su albaricoqu  
e, aprovechó un  
momento en que los criados se alejaban para decir a  
media voz con su  
acento más suave:

--Pero, Fernandito, vida mía, si tienes el don de l

a importunidad; si  
pareces un reloj descompuesto... ¿A quién se le ocu  
rre hablar de esas  
cosas delante de los criados?... Sabe Dios lo que p  
ensarán del pobre  
Jacobo...

Villamelón, con mucha dignidad, replicó al punto:

--Mira, Curra, en la mesa no discuto... ¿Sabes?...  
Pero tienes  
parcialidad por Jacobo y vas a llevarte un chasco m  
uy grande, muy  
grande... ¿Me entiendes, Curra?... Ese viajeito repe  
ntino me da mala  
espina: apuesto a que no va solo.

Currita puso en el plato el albaricoque ya mondado,  
lavóse las puntitas  
de los dedos en el enjuagador de rico cristal de Ve  
necia que tenía  
delante, y mirando las gotitas de agua que se despr  
endían de sus rosadas  
uñitas, dijo ingenuamente:

--¡Pues claro está!... Llevará algún ayuda de cámar  
a...

Sulfuróse Villamelón y miró a su mujer y luego a Go  
rito y después a  
Reguera con cierta especie de colérica complacencia  
retratada en el  
semblante, arrebatado y apoplético por los vapores  
que le subían del  
repleto estómago... ¡Le exasperaba a veces aquella  
sencillez de Curra,  
que jamás podía comprender la malicia de ciertas co  
sas!...

Terminóse al fin el almuerzo y Currita salió del co  
medor del brazo de su  
prima, llevando en la mano un platito de porcelana

con migas de pan,  
para dar de comer a los pececillos de colores que en una magnífica pecera de cristal y bronce dorado adornaban una de las galerías... La enamoraban a ella aquellos animalejos de colores tan brillantes, y la pesca era, entre los placeres del \_sport\_, el que más emociones le causaba.

Regalaréte entonces  
Mil varios pececillos  
Que al verte, simplecillos,  
De ti se harán prender.

María Valdivieso oía estupefacta aquellas expansiones idílicas, cuando esperaba ella que Currita se apresuraría a interrogarla con el mismo furor y los mismos transportes con que Otelo interrogaba a Yago. El chasco le pareció pesado, y exclamó muy despechada:

--¡Vaya unas emociones que tiene la pesca!... No encuentro definición más exacta que la que daba uno de la caña de pescar : «Un palo largo que termina por un lado en un pez y por otro en un tonto».

--Cuestión de gusto--replicó tranquilamente Currita.

Y se puso a echar sus miguitas a los peces, hablándoles con el cariño y el mimo de una madre que acaricia a sus hijuelos...

--¡Hola, tragoncillos! ¿Hay apetito?... Vamos, haya paz, que para todos

hay... ¡Mira, mira, María, cómo abren el hociquito!  
... ¡Qué delicia!  
¡Qué monada!

--Pero esta mujer tiene sangre de chufa--pensaba la  
Valdivieso muy  
enfadada--. ¿Sí?... Pues, aguarda, allá va... ¡Anda  
, fastídiate!...

Y se puso a contarle, en apoyo de la tesis de Villa  
melón, horrores...,  
horrores de Jacobo... Paco Vélez se lo había dicho  
todo la noche antes:  
ella, ¡claro está!, por prudencia había callado tan  
to tiempo; pero ya  
era hora de hablar, y a fuer de buena amiga debía d  
esengañarla...

--¡Pícaro! ¡Tragón!--dijo en aquel momento Currita-  
-. ¡No le muerdas!...  
¿Habrás visto?... ¿Para quién son esos sopirritone  
s?... Para ti...  
¿Para mí, esos sopirritines?...

E incorporándose un poco, dijo mirando siempre a la  
pecera:

--Hija, dispensa. ¿Dónde decías que vive esa france  
sa?

--¡No, si no lo decía!--gritó la otra pasando del d  
especho a la furia--,  
pero te lo digo ahora para que abras los ojos. Vive  
en la calle de  
Rebollo, número 68, en un hotel. ¿Te enteras? En un  
hotel muy bonito, y  
se llama... ¿Cómo se llama?... Pues, señor, no me a  
cuerdo; ello era un  
nombre así como de píldora.

--Chismes, mujer, chismes de gente ociosa--replicó  
Currita sobando



tranquilamente sus migas.

Y con ansia febril repasaba en su interior los nombres de todas las píldoras conocidas y hacía esfuerzos inauditos para grabar en la memoria la calle de Rebollo y el número 68.

--¿Chismes?--exclamó fuera de sí la Valdivieso--. ¿Y también es chisme lo del viaje... con el ayuda de cámara, por supuesto?...

--¡Pues claro está que lo es!--exclamó Currita de repente, echando con mucha cólera todas las migas en la pecera--. ¡Chisme, chisme, y de malísima intención, María!... ¿Si lo sabré yo, caramba?... Sino que de todas las cosas no se ha de dar un cuarto al pregonero... Tú eres mi amiga y te lo digo en secreto: Jacobo ha ido a negocios del partido y estará de vuelta muy pronto... ¡Ya ves cómo se escribe la historia!...

--¡Ya!--exclamó María Valdivieso tragándose la bola. Y Currita respiró al fin algo más desahogada, porque aquella mentira, que se apresuraría la prima a propagar por todo Madrid, por habérsela dicho en secreto, dejaría a los ojos de las gentes la herida de su amor propio disimulada.

A las tres pidió la señora condesa la berlina y dio al lacayo, como la cosa más natural del mundo, las señas de Jacobo. Vivía este en la calle de Alcalá, en un precioso cuarto de soltero, y constaba su servidumbre

de un ayuda de cámara, un jockey, una ama de llaves y un cocinero; en las cuadras, situadas al final de la calle del Barquillo, tenía cuatro caballos ingleses, tres de tiro y uno de silla, una berlina, un \_char-à-bancs\_ y una victoria. La munificencia de los esposos Villamelón sufragaba todos estos gastos, que había de pagar el fiel amigo cuando al verificarse la Restauración pudiera sacar el jugo a la cartera, precio de sus misteriosos papelitos...

Currita subió ligeramente al entresuelo, vivienda de Jacobo, y por tres veces tocó el timbre, sin que nadie contestara; abrióse al fin la puerta y apareció el jockey sin librea, cuello ni corbata, brillantes los ojos, arrebatadas las mejillas y oliendo a vino a dos metros de distancia. Aturdido, al verse frente a frente de la dama, dio un paso atrás, diciendo atropelladamente:

--El señor marqués está fuera...

Ya lo sé... Busco a Damián.

No fue necesario llamarlo: por el extremo del pasillo asomaba esta la cabeza, y veíanse detrás el ama de llaves y el cocinero, todos rubicundos y sofocados, como si viniera a sorprenderles la visita al final de un opíparo banquete. Damián se adelantó muy sereno, cruzando con el turbado jockey un guiño picaresco, un gesto de pillo redomado, que vio muy bien la condesa, sintiendo, a pesar de su vergüenza, que se

le sublevaba allá por dentro lo poco de gran dama que quedaba en ella.

--Pase vuestra excelencia, señora condesa--dijo.

Y abrió muy presuroso de par en par las dos puertas del salón, levantando la cortina de terciopelo para dar paso a la dama; atravesó esta rápidamente la pieza, abrió por sí misma la puerta de un gabinete y no se detuvo hasta llegar al despacho de Jacobo, como si todo aquello le fuese muy conocido. Sentóse en un sillón y dijo:

--¿Pero qué es esto, Damián?... ¿Cómo ha sido esa marcha tan repentina?... Sólo pude ver al señor marqués un momento, y eso delante de la gente...

--Pues no sé--replicó Damián encogiéndose de hombros--. El señor marqués se levantó ayer a la una y salió sin almorzar de casa... Volvió a eso de las seis y mandó preparar las maletas.

--¿Llevó mucho equipaje?... Me dijo que pensaba detenerse varios días.

--Sí, señora; llevó un mundo y dos maletas. Yo mismo las hice.

--¿Y fue por fin solo?... Me dijo que quizá tendría que acompañar a unas señoras francesas...

Quedóse Damián muy parado y tornó a encogerse de hombros.

--Demetrio le acompañó a la estación... Yo me quedé en casa.

--Llame usted a Demetrio... Me interesa saberlo.

Llegó Demetrio medio borracho y tomó a mirar a Damián, disimulando una sonrisa... Él no había visto nada entre tanto bullicio, pero en el coche en que se acomodó el señor marqués había ya otros equipajes...

--¿No iba en \_sleeping\_?

--No, era un reservado.

Currita se mordió los labios.

--¿Y les ha dejado aquí sus señas?

--No, señora.

--Lo decía para que pudieran enviarle el correo... Amí me las ha dejado.

--Si la señora condesa quiere enviárselo, yo le llevaré las cartas que lleguen.

--Sí, eso es lo más derecho y lo más pronto--dijo vivamente Currita.

Y en aquel momento entróle deseo vehementísimo de ver toda la casa: era muy bonita y estaba todo muy bien puesto: el salón, los dos gabinetes, el despacho, la alcoba, el cuarto de baño, el tocador... Un cuadro le llamó la atención en esta última pieza: representaba un ramo de camelias, saliendo del centro el busto de una mujer rubia muellemente reclinada en aquel lecho de flores, con mucho arte dispuesto... ¡Oh!, no

había duda, era la francesa anónima, la del nombre de píldora que tan cruelmente se le estaba atragantando a ella. Detuvo se a mirar el cuadro con aire de inteligente.

--¡Bonita idea!... La fattura es correcta... ¿Quién es?...

De nuevo se encogió Damián de hombros.

--Es una francesa, huérfana de un general, que pint a esas cosas... El señor marqués le compró hace tiempo ese cuadro...

--¡Ah, sí!... Ya sé quién es: vive en la calle de Rebollo, número 68. ¿Cómo se llama?...

--Se llama..., se llama... Pues no me acuerdo. Una cosa rara, así como un nombre de jarabe...

Currita moderó un movimiento de impaciencia, porque la cosa iba ya picando en historia. La una decía que era nombre de píldora y el otro que de jarabe, y sólo se sacaba en claro que era cosa de botica.

Al pasar por el comedor salió a saludarla el ama de llaves, muy atenta y obsequiosa, ensanchando cuanto pudo su robusta persona para taparle la vista de la mesa en que se hallaban los restos de la francachela que, en ausencia de su amo, celebraban aquellos granujas. Acudió el cocinero por el otro lado, píllo de siete suelas con aire de bonachón y campechano, y la invitó también a ver su cocina. Currita se puso muy encarnada... y no

se atrevió a rehusar.

Apretando los puños de rabia y de despecho, entró la dama en su berlina y dio orden al cochero de ir a casa del general Beluga... Aquella taimada risita del jockey, aquel barullo inverosímil que le impedía ver si su amo acompañaba a unas damas, dábanle malísima espina y preciso era que ella apurase la verdad por sí misma.

El coche del general estaba en la puerta, reclinado el lacayo contra el quicio, tieso el cochero en el pescante con la fusta enarbolada. La condesa encontró en la escalera, prestas a salir de paseo, a la generala y a sus hijas, dos ángeles acabados de salir del colegio de York, en Inglaterra, que comenzaban a perder en la atmósfera viciada de los salones su perfume natural de candor y pureza, como pierden su sana fragancia el romero y el tomillo encerrados en una caja de almizcle. Llamábalas la condesa sus ahijaditas, porque en su famoso baile de \_ancha base\_ habían sido presentadas bajo los auspicios de la dama por primera vez en el mundo.

Las señoras quisieron volver atrás, y Currita, sin oponerse mucho al cumplimiento, consintió bien pronto en ello... ¡Oh!, traía ella las de Caín; como que venía nada menos que a embargarle por la tarde a una de sus ahijaditas; estaban atareadísimas ella y otras señoras, pidiendo por todas partes hilas para los pobrecitos heridos y objetos de todo género

para la rifa, la \_kermesse\_, que prometía estar divertidísima. Habíanla dejado a ella sola aquella tarde, y por eso venía a buscar una companera agradable, un \_ángel de la guarda\_ que la ayudase a tender la caña.

¿Qué corazón compasivo resiste a un anzuelo semejante?...

Y besó en la mejilla a la mayor de las dos hermanas, Margarita, que fijaba en ella sus ojazos de color de cielo, sonriendo con la inocencia con que sonríe un niño a los varios juegos de luz que forma el reflejo sobre las brillantes escamas de una serpiente. La generala aceptó en seguida, creyéndose honradísima, y aquella señora ejemplar, aquella madre cariñosa y cristiana que había educado a sus hijas en el santo temor de Dios y en el cercado de la pureza, fió sin reparo alguno el más bello de sus ángeles a aquella pícara redomada, aquella bribona indecentísima...

Salieron todas juntas delante la Albornoz, apoyada en el brazo de Margarita; en mitad de la escalera volviése aquella muy animada:

--Como despacharemos tarde, me llevaré a comer a mi ahijada. ¿Me da usted su permiso?

--¡Pues no faltaba más, condesa!

--¡Gracias, querida, gracias!...

En el tarjetero de la berlina traía Currita un pape

lito en que se veían  
apuntados gran número de nombres y de señas; hicier  
on dos visitas, a una  
magistrada del Tribunal Supremo y a una brigadiera  
de artillería,  
dignísimas señoras, a quienes, después de sacar los  
cuartos la olímpica  
condesa, puso en ridículo con desvergonzado gracejo  
, haciendo  
desternillar de risa a la inocente Margarita. Enton  
ces dio al lacayo  
unas señas que estaban apuntadas con lápiz, las últ  
imas, de su letra  
misma.

--Calle de Rebollo, número 68... Hotel...

--¿Quién vive allí?--preguntó Margarita.

--Pues no sé... Es una francesa que pinta... Con ta  
l que le saquemos  
algún cuadro...

--¿Sabe usted que esto es muy divertido?...

--¡Ya lo creo, divertidísimo!... Ver las caras tan  
cólicas de esa pobre  
gente cuando se les pone al pecho el puñal de la ca  
ridad. ¡La bolsa...  
o el ridículo!... Y entregan las pobrecillas la bol  
sa y se quedan  
también con el ridículo.

--¿Me traerá usted otra tarde, condesa?...

--Sí, hija mía, con mil amores... Pero no me llames  
de usted, hálame de  
tú, dime Curra... ¡Vamos, que no soy tan vieja!...

Llegaron a la calle de Rebollo, número 68, y paró e  
l coche ante el  
hotel, especie de bombonera, más pretenciosa que ar



tística, más bonita  
que lujosa. Currita bajó la primera, nerviosa, un poco pálida, pero no  
de vergüenza ni de miedo, sino de ira, de anhelo, de despecho... Por  
fin, iba a entrar agarrada al manto de la caridad, haciendo hincapié en  
las llagas de los heridos del Norte, en la guarida de la fiera, y a  
cerciorarse por sí misma de si eran de la droga aquella, fuese píldora o  
jarabe, los equipajes que había visto Demetrio en el coche reservado.  
Por eso, y sólo por eso, había emprendido la broma a aquella ronda  
caritativa, escogiendo por compañera aquella inocente niña, incapaz de  
sondear la capa de cieno que estaba pisando. Un \_groom\_ monísimo, el que  
había visto Currita en el Teatro Real la noche del estreno de \_Dinorah\_,  
se hallaba a la puerta: preguntóle ella si las \_señoras\_ estaban en casa  
y el chico contestó afirmativamente, haciendo entrar a las damas en un  
saloncito de la planta baja. Currita pensaba:

--De fijo que está de viaje y me encuentro cara a cara con la vieja...

Un perrillo microscópico y feísimo salió de entre unas mantas al lado de  
la chimenea y comenzó a ladrar, retirándose después gruñendo y  
tiritando. Diole a Margarita miedo el feo animalejo.

--¡Parece un diablillo malo!--decía.

Estaba el salón medio a oscuras, los muebles sucios y revueltos, y  
veíanse prendas de vestir sobre algunas sillas. En

una mesa maqueada, de  
trabajo muy lindo, había, entre varios juguetes de  
porcelana y un álbum  
de retratos, una gran chocolatera de cobre, vieja y  
requemada, con su  
molinillo de palo muy tieso, chorreando espeso líqui-  
do. La condesa  
mostró a Margarita con la punta de la sombrilla el  
extraño \_bibelot\_,  
diciendo muy bajo:

--Caprichos de artista...

Margarita rompió a reír, conteniéndose a duras penas,  
y la condesa, no  
obstante su preocupación, viose forzada también a so-  
lutar la risa,  
añadiendo a media voz:

--Con tal que no nos mande a la \_kermesse\_ este ute-  
nsilio...

Sonó una puerta en el interior, luego otra más cerca,  
y el \_groom\_  
levantó la cortina: Currita respiró desahogada... En-  
traba la dama  
duende, la incógnita de las camelias, con el aplomo  
y el descoco de una  
\_diva\_ de café cantante que se presenta ante el púb-  
lico, fijando en él  
una mirada de provocación más bien que de temor o d-  
e extrañeza. La  
condesa no se aturdió tampoco; con la exquisita dis-  
tinción de la gran  
señora de raza, que tan en alto grado poseía, y el  
aplomo de la mujer de  
mundo que encuentra reparos para todos los apuros,  
y salida para todos  
los laberintos, y palabras para todas las situacion-  
es, expuso a la dama  
anónima el objeto de su visita. Ella se conmovió mu-  
cho... \_Amaba a la

España muy fuerte, y estaban los carlistas unos brigantes muy atrevidos, como Diego Corrientes y Gosé María.\_

Currita, al oírle chapurrear tan desastrosamente el castellano, hablóle en francés y ella agradeció la atención con una amable sonrisa. Comenzó entonces a hablar con gran soltura y elegancia, lamentando los estragos de la guerra, ensalzando la misión de la mujer, ponderando la virtud de la caridad con el fuego y el entusiasmo de Vicente de Paúl en persona.

Currita le dijo sonriendo:

--Veo que no me he engañado al apelar a sus sentimientos de usted, y espero que nos enviará algún socorro para nuestros pobres heridos.

--¡Oh!, sí, sí...

--Cualquier cosa, lo que usted pueda... Algún \_bibe lot\_ para la \_kermesse\_.

--¡Oh!, sí, sí... Enviaré algún objeto de arte...

Margarita se mordió los labios para no soltar la risa: pensaba si sería la chocolatera el objeto de arte prometido. Currita díjole entonces con graciosa sonrisa:

--Y si ese objeto de arte es obra de su genio de usted, será mucho más agradecido.

--¡Oh!... ¿Mi genio?--exclamó la otra muy sorprendida.

--Sí, su genio he dicho... Ya sabe usted que esas cosas no pueden ocultarse... Su paisana, madame Staël, lo dijo: donde hay genio, brilla.

--¡Oh!...

--El marqués de Sabadell--prosiguió Currita, dejando caer lentamente las palabras--me enseñó aquel ramito de camelias que... \_le envió usted\_ hace tiempo... ¡Es un \_quadretto\_ delicioso! Si manda usted a la \_kermesse\_ una \_pochade\_ parecida, no habrá regalo que la iguale...

La dama anónima sonreía, sonreía siempre, con los ojos bajos, como abrumada por el peso de aquellas lisonjas que hacían vibrar las aletas de su fina nariz con estremecimientos de rabia. Currita quiso darle el golpe de gracia, y con aire de bondadosa protección dijo entonces:

--¿Y tiene usted muchas discípulas?...

Enderezóse la otra bruscamente, como si la idea de que trabajase para vivir la ofendiera demasiado.

--Me había dicho el marqués que daba usted lecciones de pintura.

--¡Oh!, no, no. No soy profesora: discípula, pobre discípula.

Y con su suave acento y sus modestos meneos disimulaba y contenía el impulso feroz que hace a la gata rabiosa tirarse a los ojos del

contrario; dióse al fin Currita por satisfecha y marchóse, dejando a su parecer a la dama duende confundida y humillada. Al arrancar la berlina, soltó al fin Margarita la risa, exclamando entre inocentes carcajadas:

--¿Pero qué haría en el salón aquella chocolatera?..  
..

--¿Pues no te lo he dicho?--replicó la Albornoz haciendo coro a las risas de la niña--. De seguro que la manda a la \_kermesse\_ como un \_bibelot\_ nunca visto; verás cómo no me equivoco.

Tres días después pudo Margarita convencerse de que su ilustre amiga y madrina se equivocaba por completo... Pedro López había dicho, y millares de lectores lo vieron en \_La Flor de Lis\_, que el ángel de la caridad había sentado sus reales en el palacio de la celestial condesa de Albornoz... Fuese o no esto cierto, éralo, sin embargo, que de los cuatro ángulos de la Villa y Corte afluían al palacio preciosos regalos para la \_kermesse\_, patrocinada por la dama, que iban quedando expuestos al público con grande primor colocados en los varios salones; por las noches, en uno de ellos espléndidamente iluminado y en torno de una larga mesa cubierta por rico tapiz de tintas oscuras, agrupábase un risueño enjambre de jóvenes doncellas y apuestos donceles--así los llamaba Pedro López--que, barajados y confundidos, formando parejas, y más pegaditos entre sí ellas y ellos de lo que la temperatura ordinaria

pedía de suyo, dedicábanse a la caritativa tarea de hacer hilas para los infelices heridos del Norte. Currita, deseando despertar la emulación en provecho de los pobrecitos heridos, distribuía los de esta suerte, y era verdaderamente un encanto, que arrasaba en lágrimas los ojos, ver aquellas tiernas parejas de inocentes doncellitas de quince a veinte años, y castos mancebitos de veinte, treinta y hasta cuarenta, sacando hilas del mismo trapito, sosteniendo por lo bajo pláticas caritativas que les animaban a la santa obra, todo, por supuesto, bajo la inspección de la angelical condesa de Albornoz, que iba de un lado a otro distribuyendo las parejas, repartiendo los trapitos, recogiendo en bandejas de plata, ayudada de sus micos, la obra ya hecha; animando a los perezosos con una sonrisa, enfervorizando a los tibios con una palabra, prendiendo por todas partes el fuego de caridad que la abrasaba a ella misma. Ni el báculo de san Francisco, ni el manto de santa Teresa, ni el ceñidor de san Ignacio de Loyola hicieron nunca curas tan milagrosas como las que habían de operar aquellas hilas, con tan pura intención trabajadas, en las heridas, llagas y tolondrones de los pobrecitos heridos del Norte. Aquello merecía ser visto, y Diógenes, que lo vio una vez, manifestó en el Veloz-Club, ya muy entrada la noche, lo que le habían parecido las parejas de operarios y lo que le había recordado su directora y maestra...

Los personajes más conspicuos de la corte pasaban por allí pagando su tributo; y hasta don Casimiro Pantojas había hecho una noche sus hilitas, sin más que un ligero percance, hijo de su cortedad de vista: equivocó el trapo con el rico pañuelo de batista de la dama vecina, olvidado encima de la mesa, y púsose muy afanado a sacar hilas de este, haciendo dos pelotones finísimos. Alzó el grito la dama, porque tenía para ella el pañuelo grandes recuerdos, y desolado don Casimiro al reconocer su error, devolvióselo con un fleco en torno de cuatro dedos de ancho.

Dos figuras de primera magnitud habíanse, sin embargo, hecho notar por su ausencia, y eran estas el marqués de Butrón y el tío Frasquito: creíase que un pertinaz constipado tenía encerrado a este entre las cuatro paredes de su casa, y no se ignoraba tampoco que las relaciones del gran Robinsón con la ilustre dama habíanse enfriado algún tanto con motivo de la vicepresidencia ofrecida y desairada. Sorpresa causó, pues, aquella noche ver entrar al peludo diplomático en el caritativo taller de las hilas y acercarse a la condesa con la más risueña de sus caras y el más expresivo de sus gestos; ella dejó escapar al verle una ligera exclamación de infantil alegría, y acrecentó el pasmo de todos gritándole con sus mimitos más suaves:

--¡Butrón... un trapito!... Nada, nada, aquí no se quieren ociosos...

Venga usted a sacar hilas conmigo... Allí, junto a mí, en mi mismo trapo...

Y dejando abandonada a su propio impulso la filantrópica tarea de enardecer el fervor de sus operarios, retiróse a un rincón con el diplomático, llevando en la mano un fino trapito cuadrado y una bandeja de plata para colocar las hilas. Nada sabía aún Currita de Jacobo, y al ver entrar al sabio Mentor, figurósele que este le traería noticias del prófugo joven Telémaco. Butrón estaba, sin embargo, en la misma ignorancia, y el mismo pensamiento y los mismos interesados deseos traíanle en busca de la invulnerable Calipso. La repentina marcha de Jacobo habíale alarmado, temiendo que ocultase tras de ella algún enredo que perjudicase a sus trabajos políticos, y fingiéndose enterado de lo que deseaba saber, proponíase arrancar con maña a la dama el hilo del ovillo.

Currita y Butrón se miraron un momento en el apartado rincón, como invitándose a hablar mutuamente, y ella, viendo que el respetable diplomático no daba luz ninguna, púsose muy afanada a sacar sus hilas, y comenzó a confiarle sus pesares domésticos... Fernandito andaba muy mal y le inspiraba su salud serios cuidados; su falta de memoria llegaba ya al punto de habérsele olvidado días atrás que había comido, y armar una pelotera terrible, queriendo por segunda vez sentarse a la mesa...



Sánchez Ocaña y Letamendi le habían reconocido, y ambos opinaban que era aquello un principio de reblandecimiento cerebral que le llevaría lentamente a la sepultura...

Ella estaba acongojada: si fuese siquiera una enfermedad repentina, que se lo llevara Dios en pocos días... vamos, sensible era siempre quedar una mujer sola, con dos hijos que educar, sin tener a su lado hombre alguno... ¡Pero verle padecer tanto tiempo, consumirse poco a poco, sin esperanza ninguna!...

--Y cada día más tonto, Butrón; crea usted que no exagero... Yo creí que sería imposible serlo más; pues nada, todos los días progresa...

El respetable Butrón dio un suspiro, y poniendo en el anzuelo el cebo de un consuelito, tendió delicadamente la caña.

--Siempre te quedará Jacobo, excelente amigo, que se habrá aconsejarte...  
¿No te ha escrito?...

Ella, arreglando con mucho primor su manojito de hilas, contestó sencillamente:

--Sí, ayer tuve carta... Por supuesto, que a usted también le habrá escrito...

--No, no he recibido carta ninguna, pero no me extraña... Al despedirse me dijo que hasta no tener noticias seguras no me escribiría. ¿De dónde te escribe ya?...

Las hilas se enredaron y preciso fue inclinarse hacia la luz para buscar el hilito, haciendo una pausa mientras tanto.

--¿Querrá usted creer que no pone fecha ninguna?...  
Me dice, sin embargo, que escribe en el \_restaurant\_ de la estación, esperando el tren ascendente... Como el pobre es tan extremoso, quiso a toda prisa sacarme de cuidados...

--Sí, muy extremoso--replicó Butrón--, pero también muy atolondrado. ¿A que no te pone señas ningunas?...

--No, ningunas...

--Pues ya tú ves, a mí tampoco me las ha dejado, y me precisa enviarle ciertas instrucciones que después de su marcha he recibido... Por eso venía a preguntarte esta noche si sabías tú dónde paraba.

--Pues no lo sé, Butrón, y me tiene esto muy perpleja... Porque Damián me ha traído varias cartas que le han llegado por el correo y no sé dónde enviárselas...

--¡Si falta en esa cabeza algún tornillo!... Preciso será esperar a que escriba de nuevo, y te encargo mucho que en cuanto recibas sus señas me las envíes de seguida.

--Descuide usted, Butrón, pero le encargo también que no tarde en mandármelas si las recibe usted primero.

--¡Oh!--replicó Butrón con mucha galantería--. Imposible es que Jacobo cometa semejante pifia...

--¡Ay, no, no Butrón!--dijo Currita con melancólico acento--No crea usted que me hago yo ilusiones algunas; sé muy bien que no hay rival tan temible para una mujer como la sota de bastos o la esperanza de una cartera...

Y aquí se detuvieron los dos, convencidos por completo de haberse engañado recíprocamente, creyendo ella, hecha una furia, que Jacobo, de acuerdo con Butrón, había marchado a negocios del partido sin decirle una palabra; juzgando él, hecho un basilisco, que Currita y Jacobo se emancipaban de su tutela, constituyéndose en cantón independiente y obrando por cuenta propia en los negocios políticos ... Un suceso repentino impidióles seguir explorando con la misma habilidad los respectivos campos: entró un criado trayendo un gran estuche de terciopelo granate muy oscuro, magnífico regalo para la \_kermesse\_, que acababan de traer a aquella hora intempestiva con la idea deliberada, sin duda, de que pudiera ser admirado al mismo tiempo por toda la brillante concurrencia. Gorito Sardona, mico de guardia aquella noche, tomó el estuche de manos del lacayo y púsolo sobre la mesa, llamando a gritos a Currita. Acudió esta seguida del diplomático, y un ligero grito que pareció arrancarle la admiración, y le arrancaban en realidad el

temor y la sorpresa, se escapó de sus labios a la vista del estuche...

Habíale recordado al punto otro enteramente semejante, con la sola diferencia de que sobre el oscuro terciopelo de la tapa de aquel otro se destacaba, bajo una corona de marqués, una caprichosa \_S\_ de oro mate, y en este sólo se veía en aquel lugar un poco chafado el terciopelo...

Tres segundos permaneció, sin embargo, inmóvil, con templando el estuche, sin osar abrirlo; agrupábanse todos a su alrededor, oprimiéndola y estrujándola contra la mesa, ansiosos de contemplar la maravilla, y no hubo más remedio que apretar el resorte y levantar la tapa...

Una exclamación general de asombro se escapó de todos los labios, ahogando el sordo rugido de rabia y despecho que hinchó la garganta de Currita... Sobre el blanco terciopelo que forraba el interior destacábase, en toda su magnificencia, la obra maestra de Enrique de Arfe, el marco antiguo de plata cincelada que había regalado ella a Jacobo en aquel mismo estuche, con su propio retrato de reina japonesa... Este había desaparecido, y veíase en su lugar otra extraña fotografía: representaba una camelia de tamaño natural, y echada sobre ella como sobre el alféizar de una ventana, aparecía el busto de una mujer, de la dama duende que todos conocían, apoyada a la mejilla izquierda sobre ambas manos cruzadas, mirando al frente con provocativa insolencia, sacando la lengua con gesto de pilluelo

redomado a todo el  
que mirase el retrato por cualquier lado que fuese;  
por debajo, leíase  
escrito con muy buena letra inglesa:

A LA EXCMA. SRA. CONDESA DE ALBORNOZ,  
\_Mademoiselle de Sirop.\_

Nadie dijo una palabra, nadie hizo un comentario...  
En el embarazoso  
silencio que deja al descubierto las grandes vergüen-  
zas, oyóse tan sólo  
la suave vocecita de la Albornoz, que decía algún tan-  
to temblorosa:

--¿Mademoiselle de Sirop?... ¡Qué delicia!... ¿Si se-  
rá prima del jarabe  
Henry Mure que han recetado a Fernandito?...

--VIII--

El despertar de Jacobo fue alegre: había ganado la  
noche antes, jugando  
en el Casino hasta las cuatro de la mañana, más de  
cinco mil duros. Hay,  
sin embargo, algo en el hombre que despierta antes  
que la razón y los  
sentidos, y levanta la voz y grita y no calla ni au-  
n en esos momentos de  
duerme--vela en que flotan las ideas como cabos sue-  
ltos, sin que la  
voluntad, dormida todavía, haya tenido tiempo de atar-  
las y enderezarlas  
o torcerlas a su albedrío. Este algo se llama remor-  
dimiento, y él, con  
su punzante aguijón, puso ante los ojos de Jacobo,  
antes que los cinco  
mil duros ganados, las aterradas fisonomías de la m

uier y de los hijos  
del que los había perdido, padre de familia, jugado  
r de oficio, marcado  
con ese sello de desdicha común a los del gremio, q  
ue por ser desdicha  
buscada no despierta en ellos mismos compasión, sin  
o enojo. En las  
ganancias del juego, ha dicho uno, hay siempre algo  
parecido al robo,  
porque con razón puede decirse que se toma lo ajeno  
contra la voluntad  
de su dueño; y si bien es cierto que se gana este d  
inero ajeno  
exponiendo el propio, también lo es que los ladrone  
s en cuadrilla  
exponen sus vidas en las encrucijadas de los camino  
s, y la vida, aunque  
sea de un facineroso, vale más que el dinero.

Volvióse Jacobo del otro lado, ahogando estas refle  
xiones con su  
voluntad ya despierta, y tiró de la campanilla, mur  
murando entre  
dientes:

Amar a nuestro prójimo  
Nos manda la doctrina,  
Y al prójimo en la guerra  
Le dan contra una esquina.

Entró Damián, trayendo, como todos los días, el cor  
reo y los periódicos,  
que puso al alcance de la mano de Jacobo sobre la m  
esa de noche. Abrió  
luego las persianas, descorrió las cortinas y entró  
se en el cuarto de  
vestir para preparar el agua caliente y la ropa del  
señorito. Habían  
dado ya las doce y media.

Era Jacobo muy perezoso y costábale gran trabajo ar  
rancarse del lecho;

dio en él varias vueltas, estirándose y revolviéndose con esa dejadez del que no tiene cuidados, ni le esperan obligaciones, ni encuentra para saludar al nuevo día otra fórmula, otra oración, otro brote de sentimiento que un prolongado bostezo. Decidióse al fin a sacar una mano, y tomó de sobre la mesilla de noche las varias cartas; eran estas cuatro o cinco, y llamóle la atención, desde luego, una grande y cuadrada que traía el sello del Congreso, porque parecióle notar el tacto que venía en el interior, además del papel, un pequeño objeto redondo. Diole vueltas por todos lados examinando el sobre, con esa necia perplejidad que al recibir una carta de letra desconocida nos impulsa a conjeturar y adivinar lo que con sólo romper el sello podemos saber de cierto. Hízolo así al cabo, rasgando el sobre por completo, y a la duda sucedió entonces en él la sorpresa y el azoramiento; encontróse con un pliego en blanco, de papel muy recio, doblado por la mitad en dos partes: en la superior destacábase, cuidadosamente pegado con goma, un gran sello de lacre verde, del diámetro de medio duro... Al pronto no distinguió bien Jacobo lo que era aquello; llegaba la luz muy debilitada, filtrándose por los visillos del balcón y la gran cortina de tul bordado, en una sola pieza, que arrancando de los lambrequines de damasco amarillo llegaba hasta el suelo barriendo la alfombra. Con grande ansiedad incorporóse bruscamente, inclinando el cuerpo fuera del

lecho para buscar la luz, y pudo distinguir entonces en todos sus detalles la empresa del sello: era la escuadra y el compás cruzados en forma de rombo y la rama de acacia, emblema de los masones.

Una sospecha terrible, una idea aterradora con visos ya de evidencia cruzó al punto por su mente cual un pájaro siniestro. Arrojóse de un salto fuera del lecho y corrió al balcón para examinar con mejor luz todavía la extraña carta y el misterioso sello. No había duda: si no era el mismo, era igual a uno de los que había arrancado él en París, en el \_Grand Hôtel\_, de los cartapacios que en la logia de Milán le habían entregado... ¿Qué significaba, pues, aquello?... ¿Era una broma? ¿Un aviso? ¿Una amenaza?

Con los ojos muy abiertos quedóse mirando a la calle, como si buscara allí la solución a sus dudas, la respuesta a sus temores... Frente por frente de la suya estaba la gran casa del marqués de Riera, cerrada hacía tantos años, con ese aspecto de secreto, ese aire de misterio que parecen tomar los edificios abandonados por largo tiempo, haciendo fantasear a la imaginación detrás de sus muros recuerdos de crímenes y sombras de aparecidos. El día estaba triste; uno de esos días de lluvia menuda y continua en que sólo se ven en el suelo cieno y lodazales y en el cielo nubes pardas, inmóviles, pegajosas, que parecen lamer las torres y las cúpulas, cual la viscosa baba de un mo



nstruo inmenso. Los transeúntes cruzaban por la acera muy de prisa, armados de paraguas e impermeables, chapalateando sobre el fango, que salpicaba las sayas remangadas de las mujeres, los pantalones recogidos o las altas botas de los hombres. Un capitán de lanceros, muy gordo y rubicundo, bajaba de la Puerta del Sol, pisando muy fuerte, con las espuelas y las polainas manchadas de cieno, calada la corta capota azul con vueltas blancas. Antejósele a Jacobo que aquel militar era de la clase de tropa que iría al ministerio de la Guerra y siguióle con la vista muy atentamente... Mas el militar dobló la esquina de la casa de Riera, dando un resbalón, y desapareció por la calle del Turco... ¡La calle del Turco!... ¡Ah! ¡La calle del Turco!... Allí se había cometido cuatro años atrás un asesinato, \_otro\_ asesinato, en la persona de un hombre famoso, de un amigo que le había hecho a él grandes favores, favores de lobo a lobo, pero al fin y al cabo siempre favores... También entonces habíase vislumbrado en \_aquello\_ la mano de los masones, y él, ¡oh!, él sabía bien a qué atenerse... Por eso tuvo que huir a toda prisa impulsado por el destino, pícaro destino, que le arrebatava a Constantinopla a resbalar en otro charco de sangre y a emprender otra fuga a Italia, a Francia, a España más tarde.

Jacobo sintió mucho frío, un frío muy grande y muy natural, porque estaba medio desnudo, y que parecíale a él le penet

raba las carnes y le  
llegaba hasta los huesos y le pasaba el alma de parte a parte, con una  
sensación glacial y desagradable que se le figuraba  
semejante a la hoja  
de un puñal al hundirse en su pecho. Volvióse a la  
cama buscando el  
calor de las mantas, y acurrucóse entre ellas, escondiendo el rostro en  
las almohadas para pensar, para reflexionar, para meditar, para no mirar  
al hueco del balcón, donde le parecía ver al general Prim y a la cadina  
Saharí, y al eunuco estrangulado, dándose las manos, haciéndole  
cortesías, como hacen los actores cuando salen a la escena a recibir la  
ovación al final de un drama. ¡Y él, que se había despertado tan alegre,  
imaginando el medio de ocultar a sus acreedores los cinco mil duros  
ganados!

Damián asomó discretamente la cabeza, preguntando si el señor marqués no  
iba a levantarse, porque el agua caliente se enfriaba.

--Allá voy..., allá voy--respondió Jacobo.

Y mientras se calzaba las pantuflas y se envolvía en una bata de abrigo  
muy bien enguatada, iba discurrendo que el modo seguro de averiguar de  
cierto lo que sobre el particular hubiera, era preguntar al tío  
Frasquito lo que había hecho de aquellos tres sellos que en el \_Grand  
Hôtel\_ le había regalado. Quedóse con esto más tranquilo, casi sereno  
del todo: indudablemente era que se reducía aquello a una necia broma...

Cierto que habíale sucedido a él en aquel negocio e  
spinosísimo lo que  
acontece a todos los caracteres fogosos; que una ve  
z dado el primer  
empuje, caen luego en la mayor apatía, abandonando  
los planes con tanta  
rapidez fraguados y con tanto calor emprendidos. Ma  
s tampoco era  
verosímil que al cabo de año y medio de silencio ab  
soluta, de completo  
olvido, salieran los masones reclamando los papeles  
e iniciando su  
petición con la ridícula bromita--muy en carácter,  
por cierto--de  
enviarle un sellito... Y además, ¡qué demonio!, a é  
l le habían entregado  
unos papeles para el rey Amadeo, y el rey Amadeo se  
había ido. ¿Iba a  
correr de ceca en meca en busca del rey cesante?...  
¿Y con qué derecho  
le pedía cuentas la masonería española, pertenecien  
do él a la italiana?  
Porque la carta era de Madrid mismo, puesto que el  
sello del Congreso la  
franqueaba... Nada, nada, fuera temores, que el der  
echo era suyo. ¡Qué  
demonio! A quien Dios se la dio, san Pedro se la be  
ndiga; y el que está  
más cerca de la cabra, ese la mama...

Púsose Damián a afeitarse como todos los días, y al  
sentir sobre la  
garganta el frío del acero, no pudo contener un est  
remecimiento de  
espanto... Un ligero golpecito, un leve movimiento,  
y correría la  
sangre, y vendría la muerte, y se acabaría la vida  
allí mismo, sin  
auxilio, sin remedio, pasando de la agonía a la som  
bra pavorosa de eso  
que llaman eterno, corriendo por Madrid la noticia  
del \_crimen de la

calle de Alcalá\_, como había corrido cuatro años antes la del crimen impune y misterioso de la calle del Turco... Y aquel ligero golpecito, aquel leve movimiento, podía determinarlo en la mano de Damián, otro ligerito golpecito del oro de los masones. Porque ¿que sabía él lo que era Damián?... Un pícaro probablemente, un bribón como todos, puesto que, a juzgar por lo que de sí mismo sentía él, sólo pueden admitirse dos clases de hombres: los ahorcados y los que merecen serlo.

Rióse al cabo de sus locas imaginaciones, y vestido ya del todo, pidió un sombrero, unos guantes, un paraguas...

--¿El señor marqués almorzará en casa?...

--No.

--El cochero espera la orden...

--Que se vaya, que vuelva a las cuatro.

Y se dirigió a la puerta, para retroceder al momento... ¡Qué tontería! Quizá en alguna de aquellas otras cartas que había olvidado en su azoramiento vendría algún dato, alguna explicación de la estúpida broma del sellito. Abriólas una a una, y una a una las fue arrojando con furia sobre la gran piel de oso blanco, colocada al lado del lecho... Nada, nada: una invitación para un baile, una carta de Ángel Castropardo preguntando si le acompañaría a cenar aquella noche con las bufas de Arderíus después del teatro, una diatriba de un acr

eedor exasperado que  
le amenazaba con el embargo...

Seguía cayendo aquella lluvia menuda, lenta, constante, que cala hasta los huesos y los enfría, como cala hasta el corazón y lo hiela un pensamiento triste y monótono que no se puede desecar. En las Cuatro Calles, frente a las ruinas \_seculares\_ de la calle de Sevilla, coronadas ya, como las de Itálica, por el amarillo jaramago, tomó Jacobo un simón para evitar la afluencia, eterna en aquel sitio, de gentes que van y vienen, formando en las aceras cordones interminables de hombres, de mujeres, de niños, cobijados todos aquel día bajo sus paraguas, que remedaban, yendo y viniendo y cruzándose, una larga procesión, una contradanza fantástica de hongos fenomenales. Diez minutos después apeábase a la puerta del tío Frasquito.

Peinado, teñido y reluciente de puro limpio, sentábase este a la mesa para almorzar en su lindo comedor perfectamente caldeado por magnífica chimenea de mármol negro atestada de leña. Con el ansia cariñosa con que recibe todo el que tiene gana de charlar a cualquiera que puede servir de auditorio, recibió el viejo a Jacobo, mandando al punto poner otro cubierto en la mesa... Necesitaba él desahogarse, porque el berrenchín, el bochorno que había pasado el día anterior aún no le había salido del cuerpo. Las cosas de Diógenes iban llegando a un extremo, que si hubiera en Madrid autoridades, si hubiera en España un Gobi

erno, se castigaría  
lo menos, lo menos con cadena perpetua... ¡Oh! ¡Lo  
del día anterior  
merecía por primera providencia que le cortasen la  
mano derecha!  
¡Burlarse de ese modo de todas las señoras de Madri  
d, congregadas para  
un asunto piadoso! Poner en evidencia, en ridículo,  
en berlina, a  
tres... a dos personas respetables; porque el tal P  
ulidete era un  
\_parvenu\_, un cursi, un cualquier cosa, que se lo t  
enía todo muy bien  
merecido... Mentira parecíale que Pepe Butrón, un h  
ombre de tanto  
talento, se hubiese \_tirado una plancha\_ semejante,  
y sin duda fue el  
Pulidete quien le dio el mal consejo. ¡Proponer a M  
aría Villasís para  
presidenta!... ¡Si eso no se le ocurre ni al que as  
ó la manteca!... Y  
claro está, sucedió lo que tenía que suceder: que l  
a muy mojigata dio  
con todo al traste, pero con un atrevimiento, con u  
na insolencia,  
aludiendo claramente a la pobre Curra, diciendo con  
una risita de mil  
demonios que su modestia le impedía ser ella presid  
enta donde había una  
vicepresidenta tan digna... Y la pobre Curra calló,  
calló por prudencia;  
pero bien se le conoció que quedaba sentidísima...

Hizo aquí una pausa, tragóse un buen bocado, prepar  
ó otro muy grande y  
dijo mientras tanto:

--Perro ¿no comes, hombre?... ¡Si no has tomado más  
que las ostrras!...

--No tengo ganas...

--Ni yo tampoco... Porr supuesto, que lo mejorr que ha podido sucederr es lo que ha sucedido; porrrque si mi sobrina Villas is llega a serr presidenta, quedaban rreducidas las obrras de la As ociación a novenas y triduos de rrogativas, y a limosnitas rrecogidas po rr las socias a la puerrta de las iglesias... Y ni aun esto siquierra, porque yo mismo la he oído decirr, yo, yo mismo--y el tío Frasquito, c on ademán imponente, se tiraba de una oreja--, que es un escándalo, una profanación poner rreclamos de niñas bonitas a la puerrta de las igle sias. ¡Vaya usted a verr qué modo de entenderr las cosas!... Perro, en fin, los pobrecitos herridos no se quedarrán sin socorrro, y lo que la perrfecta viuda les quita porrr un lado, se lo proporrcionarrá porrr otro la pícarra Samarritana. Porque Curra, con ese corrazonazo que tiene, ¡claro está!, ¡lo ha tomado con un calorrr, con un empeño!... ¡y l o que es la kerrmesse, ha de darr mucho dinerro!... Anoche, com o no estuviste allí, no podrías enterrarte, pero se trata ahorra de busc arr el sitio; unos dicen que en la platterría de Martínez, otros que en el Rreal. ¿Qué te parece?...

Jacobo, aburrido de aquella charla insustancial y m ujeriega, estuvo por decir que le parecía mejor la punta de un cuerno, y el tío Frasquito, viendo que no contestaba, se apresuró a añadir:

--Yo creo que en el Rreal... En la Óperra se hizo l a de Parrís, cuando

los inundados de Szegedin, y estuvo brillantísima..  
. Perro, francamente,  
le temo a Diógenes, que se colocará allí, de seguro... le temo, le  
temo; te digo que le temo. Porque, ¿qué se hace uno, si ni aun queda el  
recurso de desafiarlo?...

--¿Que no?--replicó Jacobo riendo, a pesar suyo--.  
Desafíalo tú, y  
córtale las orejas.

--¡Oh! ¡Lo que es por mí no quedaría!--exclamó lleno de ardor bélico el  
tío Frasquito--. ¡Pero si es imposible! ¿Sabes lo que pasó con Paco la  
Granda... otro animal como él?... Pues le hizo Diógenes una barrabasada,  
y Paco le mandó sus padrinos. Diógenes dijo que sí,  
que se batiría,  
perro como le tocaba la elección de armas, exigió que el duelo fuera a  
cañonazos, ¡figúrate tú!... Paco le envió a decir entonces que donde  
quiera que le encontrase le daría de bofetadas; Diógenes contestó que  
se le acercara si podía... Y se le acercó, en efecto. ¿Perro parra  
qué, Jacobo, parra qué?... Parra que el animal de Diógenes, como es tan  
grandote, le diese un estacazo que le rompiera dos costillas... ¡Dos  
costillas!... No creas que exagero: ¡dos costillas!

Y el tío Frasquito, rebosando indignación, palpaba con el reverso de  
la mano el sitio en que, naturales o postizas, debía de tener las suyas.

Jacobo nada decía, y comenzando el viejo a notar su preocupación,



indicóle bonitamente que el almuerzo terminaba y le estaba ya estorbando.

--Pues creo que pondremos al fin la kerrmesse en el Rreal--dijo--.

Ahorra mismo voy a casa de Curra, parra que decidamos... ¿Cómo no has almorzado tú allí hoy?...

Jacobo arrojó la servilleta hecha un lío encima de la mesa y dijo gravemente mirando al tío Frasquito:

--Porque necesitaba hablarte.

--¡Ya!--exclamó el viejo.

Y abrió palmo y medio de boca y púsose muy azorado, porque desde aquella noche fatal en que descubrió Jacobo en el \_Grand Hôtel\_ el secreto de su peluca y de sus dientes mirábale y temíale con ese temeroso recelo que inspira siempre la persona que puede perder nuestra reputación o nuestra fortuna con sólo dar suelta un poquito a la lengua. No le deseaba la muerte, pero hubiérale visto con gusto descender a la tumba, con tal que se llevase a ella el secreto. Jacobo preguntó:

--¿Te acuerdas de aquella noche en que se te quemó el gorro de dormir en el \_Grand Hôtel\_?...

Alborotóse el tío Frasquito pensando ¡ciertos son los toros!, e inmutado y nervioso y lleno de sobresalto, comenzó a mirar a los criados, diciendo por lo bajo:

--¡Calla, hombre, calla!... En el \_boudoir\_ tomarre  
mos el café y allí  
nadie vendrá a incomodarnos.

Porque el tío Frasquito tenía también su \_boudoir\_,  
un verdadero  
\_boudoir\_ de dama elegante, atestado de todas esas  
chucherías que llaman  
los franceses \_bibelots\_ y han venido a sustituir e  
n los palacios  
modernos a las antiguas obras de arte. No faltaban  
allí, sin embargo,  
estas, y era la más notable el retrato de un caball  
ero, tipo de  
arrogancia y varonil hermosura, pintado por Van Dyc  
k en Inglaterra, al  
mismo tiempo que aquel otro famoso de Carlos I, ima  
gen admirable en que  
se refleja, junto al orgullo del monarca, una espec  
ie de adivinación de  
su trágica desventura. Era aquel personaje el quint  
o duque de Aldama,  
embajador en Londres de Felipe IV, y era el tío Fra  
squito hijo tercero  
del vigésimo duque del mismo nombre. Al pie del ret  
rato había colgadas  
una daga y una espada de gabilanes, de exquisita la  
bor y gran precio,  
que habían pertenecido al personaje. Frente por fre  
nte, en muy buena luz  
colocado, había un pulido bastidor de caoba, en que  
el tío Frasquito,  
nieta en el siglo XIX del prócer del siglo XVII, bo  
rdaba en tapicería  
unas preciosas babuchas.

Sirvieron el café; Jacobo habíase dejado caer negli  
gentemente en una  
butaca, con la pierna derecha echada por encima del  
brazo de esta, y  
puéstose a fumar el exquisito cigarro puro que le o  
freció el tío

Frasquito. Este sacó con mucho misterio una preciosa  
tabaquera de oro  
guarnecida de brillantes, con el retrato de la reina  
María Luisa en la  
tapa, y tomó un polvo de rapé haciendo mohínes picarescos.

--Es mi vicio--decía--, nadie lo sabe; un secreto..  
\_Péché caché, est  
tout à fait pardonné\_.

Y estornudó por tres veces, haciendo figuras y monadas con que creía  
apartar de la mente de Jacobo la maldita idea del gorro quemado: mas  
este, no bien salieron los criados, después de servir el legítimo ron de  
Jamaica, tomó a preguntar:

--¿Te acuerdas de aquella noche?...

El tío Frasquito contestó un ¡sí! tímido y vergonzoso, cual si le  
recordase la pregunta algún crimen nefando.

Jacobo volvió a preguntar:

--¿Y te acuerdas de unos sellos de lacre, dos verdes y uno rojo, que te  
regalé aquella noche?

--Sí--replicó el tío Frasquito más animado.

--¿Qué has hecho de ellos?...

--En mi álbum los tengo... ¿Quieres verlos?

--Enséñamelos.

El tío Frasquito, libre ya de temores, volvióse vivamente y arrastró  
hacia Jacobo un precioso caballete, sobre el cual d

escansaba un gran  
infolio, una especie de libro de coro, cuyas lujosa  
s tapas eran una obra  
de arte, un mosaico acabadísimo, hecho sobre piel d  
e zapa, con  
peregrinos dibujos y colores muy vivos, formando el  
todo un conjunto  
digno de competir con las más lujosas encuadernacio  
nes antiguas que se  
admiran en la biblioteca del Vaticano; cerraba el l  
ibro un gran broche  
de acero calado, representando las armas de los Ald  
amas, rematadas por  
la corona ducal del jefe de la casa.

--No hay otra colección igual, es la primera de Eur  
opa--decía el tío  
Frasquito abriendo el libro sobre el caballete con  
el ardor de un  
amateur que luce sus aficiones.

Y se puso a repasar el índice, porque estaba el lib  
ro dividido en varias  
partes: sellos reales, nacionales, particulares y m  
isceláneas. El tío  
Frasquito buscaba en la miscelánea, y dio al fin co  
n ellos, en la página  
117. \_Sellos masónicos. Marqués de Sabadell.\_ Porqu  
e tenía la atención  
el coleccionista de apuntar siempre, junto al donat  
ivo, el nombre del  
donante.

Apareció al fin la página 117... y el tío Frasquito  
miró a Jacobo  
estupefacto, y Jacobo al tío Frasquito horriblement  
e pálido. Las  
numerosas casillas de la hoja aparecían cubiertas d  
e sellos, excepto dos  
de ellas que estaban en blanco; en ambas decía arri  
ba: \_Masónico\_, y  
abajo: \_Marqués de Sabadell\_. Los sellos habían des

aparecido, y  
notábanse sobre la fina vitela las asperezas de la  
goma con que habían  
estado sujetos. Jacobo, con voz ahogada y gesto de  
medrosa ansia, dijo  
entonces:

--El otro... el rojo... ¿Dónde está?...

Asustado el tío Frasquito al notar la emoción de Ja  
cobo, no acertaba a  
decir palabra, temiéndose algo gordo, y comenzó a b  
uscar  
precipitadamente entre los sellos reales, murmurand  
o aturdido:

--De Víctorr Manuel erra, me acuerrdo muy bien... E  
starrá entre los  
soberranos de Italia; con un duque de Parrma y un F  
errnando de Nápoles  
lo puse... Porrque la Italia una, no me pasa; vamos  
, que no me pasa...

Y apareció al fin, después de mucho revolver, la pá  
gina 98, llena de  
sellos reales, y entre uno del último duque de Parm  
a reinante y otro de  
Fernando de Nápoles, hallaron otra casilla en blanc  
o. Arriba decía: \_Rey  
de Cerdeña\_; debajo: \_Marqués de Sabadell\_.

Dio entonces Jacobo una puñada en el brazo de la bu  
taca, diciendo con  
voz sorda:

--¡Me has perdido!...

--¡Ay, Jesús, Jacobito!... ¡Porr Dios, dímelo!... ¿  
Qué pasa?--exclamó el  
tío Frasquito muerto de susto.

--¡Me has perdido!... ¡Me has perdido!--repetía Jac

obo.

Y bajo la impresión del temor y el aturdimiento, confió con su impremeditación ordinaria al necio viejo, si no la parte más culpable, la más peligrosa, al menos, de la aventura de los masones. El tío Frasquito, muerto de miedo, creyendo ver brotar puñales masónicos a través de la mullida alfombra, comenzó a dar vueltas desatinado, tropezando por todas partes como corneja puesta de repente a la luz del sol.

--¡Ay, ay, ay, Santa Marría, qué berrenjenal! Por supuesto, Jacobito, que tú te acordarrás muy bien de que yo no querría tornarr los sellos. ¿Te acuerrdas?... Tú me los diste y yo no los querría tornarr.. Por complacernte, porr darrte gusto los tomé y me arrepiento; que yo no los necesitaba, ni quiero nada de esos señores. ¿Te enteras?... Y conmigo no cuentes, porque yo lo digo todo clarrito, clarrito, y me lavo las manos.

Detúvose de pronto y dióse una gran palmada en la frente, como quien ata de improviso un cabo importante. ¡Tú, tú, tú!... Aumentóse su terror, y fuele preciso sentarse.

--¡Ahorra lo entiendo todo! Ahorra me lo explico y lo veo claro...  
¡Santa Marría, lo que me está pasando!...

--¿Qué?--dijo Jacobo con ansia.

La emoción de este parecía haber pasado al tío Frasquito, y conociendo el pobre viejo su debilidad, decidióse a buscar apoyo en el más fuerte... Cogió por un brazo a Jacobo y llevólo sigilosamente a su alcoba, nido risueño, tapizado con seda de Persia celeste, cubierto el pavimento con pieles blancas, con una cama de palo de rosa muy baja, muy aérea, vago conjunto de encajes, holandas y sedas celestes, semejante a una crespada ola del mar coronada de espumas blancas. Había allí un mueble precioso, también de palo de rosa, con cerradura de plata, donde el tío Frasquito guardaba los papeles importantes; abrió un cajoncito y sacó un paquete de cartas.

¡Lo que le estaba pasando hacía más de tres meses!.. Si aquello era para volver loco al más pintado; primero le incomodó, dióle después rabia, y al presente, ahora, en aquel momento le espantaba; ¡vamos, que le espantaba, que le ponía los pelos de punta!...

--Un día, me acordé muy bien, el 9 de diciembre, recibí por el correo una carta de San Petersburgo...

Y el tío Frasquito sacaba la primera del paquete, cuyo sello tenía, en efecto, la efigie del zar Alejandro II.

--De San Petersburgo... La abrí extrañado y me encontré con esto...

Y abría, a la vez que hablaba, la carta, poniendo ante los ojos atónitos de Jacobo un pliego en blanco, en cuyo centro se le

ía escrita esta sola  
palabra:

=¡MENTECATO!=

Un gran flujo de risa brotó por encima de todos los  
terrores de Jacobo,  
y soltó el trapo a reír con todas sus fuerzas. Mas  
el tío Frasquito, muy  
desolado, prosiguió diciendo:

--¿Te rríes?... ¡Aguarrda, aguarrrda!... Yo decía ca  
vilando toda la  
noche: ¡Mentecato en San Peterrsburrgo? Y me devana  
ba los sesos y se me  
espantaba el sueño sin acerrtarr... Al otro día otr  
a carrtita... ¡Perro  
de dónde crees?... ¡De Chinchón, Jacobo, de Chinchó  
n!... La abro, y el  
mismo lema: ¡Mentecato! Al día siguiente, carrta de  
Fuente Obejuna,  
provincia de Córrdoba, y lo mismo... En fin, hijo,  
desde entonces todos  
los días, sin faltarr ninguno, una carrtita de letr  
a diverrsa, de parrrte  
distinta, las más rremotas en todas las partes del  
globo, de Francia, de  
Inglaterra, de Alcorrcón, de Alemania, de Chinchill  
a, de Calcuta. ¡Ya tú  
ves! De Calcuta, de Constantinopla, de Terrrones, J  
acobito, de  
Terrrones, pueblecillo de tres casas, en la provinc  
ia de Salamanca; y  
siempre con el mismo lema: ¡Mentecato!... Un día, e  
l 20 de enero, san  
Sebastián márrtir, ¡me acuerdo muy bien!, estaba má  
s tranquilo; llegó el  
correo y no trajo carrta ninguna... Porr la tarrde  
abro ahí--y abrió la  
mesilla de noche--y allí... dentro me encuentro una  
carrta; la abro...  
¡Mentecato!... Dime tú si eso no es para volverrse



loco; si no encierra  
un misterio terrible, que tu carrtita del sello me  
va ahorra  
explicando...

Jacobo iba también comprendiendo, y desde luego pensó que nadie que no fuera Diógenes era capaz, ni en Madrid ni en todo el mundo, de dar una broma tan constante a aquel pobre majadero, para lo cual se necesitaba paciencia a toda prueba, relaciones muy extensas y medios de comunicación difíciles y complicados. Con verdadero asombro, preguntó entonces:

--¿Pero de veras no te ha faltado ningún día?

--¡Ninguno!... A veces, cuando la carrta venía de muy lejos, sobre todo, estaba dos o tres días sin rrecibirrla; pero luego llegaban juntas...  
¡Si te digo que ni un día me ha faltado! Mírralas, cuéntalas--añadió con acento de desolación profunda, desparramándolas todas sobre la mesa--y verrás cómo salen a carrta porr día... Desde el 9 de diciembre hasta el 15 de marrzo, que somos hoy, van noventa y siete días, porque febrerro trrae veintiocho. Pues nada, ahí tienes noventa y nueve ¡Mentecatos!...  
Aquí está el de hoy.

Y sacó del bolsillo otra carta de Chiclana, provincia de Cádiz, en la cual se leía también la palabra sibilítica, el misterioso conjunto:  
¡Mentecato!

La situación de Jacobo no era para reír mucho, y ap

agóse bien pronto el  
arranque de hilaridad que le había producido aquella  
burla pacientísima  
que no podía ser de otro que de Diógenes.

Arrepintióse al mismo tiempo, al ver los medrosos  
espavientos del tío  
Frasquito, de haberle confiado en parte su secreto,  
y resolvió asegurar  
su silencio haciéndole creer que le alcanzaba a él  
también la inminencia  
del peligro. Detenidamente examinó las cartas, cont  
eniendo, a pesar de  
los pesares, nuevos accesos de risa, y dijo al cabo  
con aire de  
convicción profunda:

--¡Evidentemente que esto viene de los masones!...  
A mí me sentencian  
por lo que hice y a ti te avisan que eres un mentec  
ato por haberme  
encubierto...

--¡Perro si eso no es verrrdad!--gritó el tío Frasqu  
ito muy apurado--. Si  
yo no te he encubierrrto, si tomé los sellos porrrque  
tú me los diste...

--Lo cual quiere decir--prosiguió Jacobo sin hacerl  
e caso--, que si a mí  
me \_apiolan\_ al volver de una esquina, a ti te dan  
una paliza en cuanto  
te cojan a mano.

Pegósele al tío Frasquito la lengua al paladar y ex  
clamó medio llorando:

--¡Darré parte al goberrnadorr de Madrid!... ¡Le ha  
blarré a Paco  
Serrrano!...

--Lo cual sería meterte tú mismo en la boca del lob

o, porque lobos de la misma camada son uno y otro... Mira, tío Frasquito, aquí no hay más que una salida... En primer lugar, echarse un nudo a la lengua, y que ni tu sombra trasluzca lo que pasa...

--Lo que es eso, corre de mi cuenta.

--¡Bueno!... En segundo lugar, tener dispuesta la bolsa; porque, amigo mío, con \_mosca\_ a la mano se va lejos, y entre mas ones y no masones por dinero baila el perro.

El tío Frasquito hizo un gesto de resignación del paciente a quien sentencian a sacarse una muela, y Jacobo continuó:

--En tercer lugar, irse con pies de plomo, siguiendo la pista... Así es, que vamos a cuentas... ¿Quién sospechas tú que haya podido robar esos sellos?...

El tío Frasquito comenzó a hacer sobrehumanos esfuerzos para coordinar sus recuerdos... Seguro, segurísimo estaba de que quince días antes estaban allí los tres sellos; habíale enseñado despacio todo el álbum a otro amateur, el barón de Buenos Aires, y no notó hueco alguno... A los pocos días vino un individuo desconocido, recomendado por su camiserero, que quería venderle con mucho empeño tres ejemplares curiosos: entonces hojeó otra vez el álbum... Después no le había tocado.

--¿Quién era ese individuo?

--Pues no sé... Un pobre diablo con carta de hambre , cualquier cosa...

--¡Ahí está el hilo del ovillo!--exclamó con grande interés Jacobo--.

¿Le dejaste solo? ¿Tocó el álbum?...

--No..., no... ¡Ay, sí, sí, sí, Jacobito!... Ahorra me acuerdo que sí, que vino Vicentito Astorrga y le recibí en el salón porque no vierra semejante estafermo, y estuvo solo más de diez minutos... lo menos, lo menos.

--¡Aquí tenemos ya la púa del trompo!... Vamos ahora mismo a casa del camisero.

A la puerta esperaba enganchada la berlina de tío Frasquito, y en ella subieron ambos, dirigiéndose a casa del camisero, honrado comerciante de la calle de Carretas... Tampoco conocía este al incógnito; sabía tan sólo que era un comisionista italiano, amigo de otro francés que tenía negocios con la casa, en el ramo de perfumería... Al oír la nacionalidad del desconocido, llegó a su colmo la inquietud de Jacobo, porque parecióle ya evidente que se entendían en aquel asunto las logias de Italia y de España. Indicó, pues, al tío Frasquito que no era necesario averiguar más, y regresaron preocupados y silenciosos a casa de este. Despertóse por el camino la fogosa actividad de Jacobo a la vista del peligro, y en aquel breve trayecto trazó un plan atrevido, único a su juicio que podía remediar los yerros pasados y dete

ner las consecuencias  
de su imprudente apatía. Aquella misma noche, sin d  
espedirse de nadie,  
sin dar a persona alguna razón de su marcha, ni dej  
ar sospechar siquiera  
el fin de su viaje, saldría para Italia, avistarías  
e en Caprera con  
Garibaldi, que le había iniciado en otro tiempo en  
las logias de Milán,  
y ante él trataría de justificar el secuestro de aq  
uellos documentos,  
inventando un embuste, una historia, un enredo cual  
quiera, que viniese a  
sacarle de una vez de aquella situación falsa y ang  
ustiosa. Dinero tenía  
de sobra con los cinco mil duros ganados la noche a  
ntes, y la mina del  
tío Frasquito podía también muy fácilmente explotar  
se. Manifestó, pues,  
al atribulado viejo, al llegar a casa de este, part  
e de su plan, y  
concluyó diciendo que, puesto que el riesgo era de  
ambos, justo era  
también que ambos pagasen los gastos, y que era nec  
esario le aprontase  
en aquel momento dos mil duros en billetes de banco  
; el viaje duraría  
dos semanas, y a su vuelta ajustarían cuentas, part  
iendo como hermanos  
los gastos que la empresa ocasionara.

Alborotóse el tío Frasquito, juzgando que le salían  
los tres sellos  
harto caros, y vencido al fin por las razones, vati  
cinios y amenazas de  
Jacobo, aprontó el dinero que le estafaban y despid  
ió al compadre  
haciendo pucheros. Acrecentáronse sus temores al ve  
rse solo, sintióse  
malo y se metió en la cama, dando orden rigurosa de  
no recibir a nadie.  
A la mañana siguiente trajéronle el correo; venía u

na carta de Segura,  
pueblecillo célebre por sus quesos, escondido en el  
rincón más áspero de  
las montañas de Guipúzcoa; en ella decía: ¡Mentecat  
o!

Subióle dos grados la fiebre, y mandó llamar al cur  
a de la parroquia: se  
quería confesar.

Fin de libro tercero

## Libro IV

--I--

El miguelete que cobra el portazgo en lo alto de la  
cuesta de los Meagas  
aseguró formalmente a José Ignacio Bernaechea que j  
amás había cruzado de  
San Sebastián a Zumárraga un coche más elegante, ni  
unos caballos más  
hermosos, ni unas gentes más locas. Aún se oía a lo  
lejos, allá por la  
cuesta abajo, el estridente sonido de su cometa, qu  
e resonaba entre  
aquellas altas montañas de una manera extraña, prof  
ana, como pudiera  
resonar una risotada en un templo, una chanza en un  
a oración, el himno  
de una bacante entre las solemnes y pausadas notas  
de un canto  
gregoriano. Porque aquella naturaleza seria y salva  
je, aquellos valles  
profundos cortados por riachuelos, salpicados de ca

seríos sumergidos en  
un mar de verdura, a que las distintas luces y los  
distintos matices  
parecen prestar flujos y reflujos fecundados por el  
trabajo,  
santificados por iglesias, siempre verdes, siempre  
bellos, siempre  
pavorosamente melancólicos, como lo es en la imagin  
ación del campesino  
vasco la idea misteriosa de las Maitagarris, tienen  
algo de la  
silenciosa majestad de un templo, de la serena tris  
teza de los paisajes  
de otoño, que parecen llorar y sonreír al mismo tie  
mpo; de la suave  
melancolía que inunda el alma al caer de la tarde,  
cuando la campana de  
la iglesia hace resonar el toque del \_Ángelus\_ y se  
despide el día  
murmurando al oído del hombre aquella palabra mil v  
eces repetida, sin  
pensar jamás en su alcance infinito: ¡Adiós!...

La bajada era peligrosa por lo inclinado de la pend  
iente y lo rápido de  
las vueltas, y los seis caballos del tiro hincaban  
con fuerza los cascos  
delanteros, inclinaban hasta los pechos las airosas  
cabezas, henchían  
con ahínco los poderosos ijares y aparecía el sudor  
bajo los brillantes  
arneses en forma de espuma blanca. Rechinaba sin ce  
sar el torno, bajando  
o subiendo la plancha, y en la banqueta más alta de  
l elegante  
\_mail-coach\_ chillaba Leopoldina Pastor como una de  
sesperada, gritando  
que aquellos indecentes caballos iban a despeñarla  
por la montaña  
abajo... Sentado a su lado, el tío Frasquito, con u  
n finísimo pañuelo  
prendido en su sombrero de paja para preservar de l

os ardores del sol la  
blancura de su cutis, miraba con gesto de susto lo  
profundo del  
precipicio y agarrábase a cada vaivén del coche a l  
os hierros del  
asiento, gritando angustiado:

--¡Currra, porr Dios, cuidado!... ¡Cuidado, Currra!

En la primera de las banquetas de detrás, María Val  
divieso, Paco Vélez y  
Gorito Sardona reían a carcajadas, disputándose el  
honor de soplar con  
alientos de buzo en la sonora corneta, avisando a l  
os pacíficos aldeanos  
y a los mensurados bueyes, a las modestas \_cestas\_  
de camino y a las  
chillonas carretas cargadas de helechos, que se qui  
tasen de en medio,  
que se echasen a un lado y se tirasen todos de cabe  
za por cualquier  
barranco, porque el \_mail-coach\_, con seis caballos  
, de la excelentísima  
señora condesa de Albornoz, necesitaba libre toda l  
a carretera de  
Guipúzcoa. En la última banqueta de detrás, tendido  
cual una masa  
inerte, iba un hombre cubierto con un \_waterproof\_  
de señora, que los  
rayos del sol recalentaban: bamboleábase con grave  
riesgo de caer a los  
movimientos del coche y roncaba con esa especie de  
ruido asmático,  
propio de los borrachos viejos cuando duermen la mo  
na.

En los asientos del centro, entre varias fiambreras  
, cajas y piezas de  
una pequeña tienda de campaña desarmada, iban Kate,  
la doncella inglesa  
de la condesa de Albornoz; Fritz, su lacayo prusian



o, y Tom Sickles, su famoso cochero, que sin perder su flema inglesa miraba de cuando en cuando con inquietud las evoluciones no del todo diestras que imprimía al fogoso tiro la débil manecita de su ilustre dueña. Porque la condesa de Albornoz en persona era quien venía guiando los briosos brutos desde Biarritz, de donde había salido el convoy la víspera, prefiriendo aquella molesta caminata por la carretera al cómodo trayecto del camino de hierro, por uno de esos caprichos, de esas excen tricidades que forman las leyes de la moda y constituyen las reglas del buen tono, basadas las más de las veces en aquella razón tan filosófica y profunda:

Cuando pitos, flautas;  
Cuando flautas, pitos.

Sentado a su lado, en el pescante, iba el marqués de Sabadell, afable y cariñoso, defendiendo de los rayos del sol el rostro de la dama con una gran sombrilla de grueso tafetán encarnado, y atento siempre a remediar con su vigoroso puño cualquier descuido que en su ardua tarea de guiar el coche pudiera tener el aristocrático cochero. Pronto se le ofreció ocasión oportuna: a una vuelta del carruaje enredóse la sombrilla en las ramas de un roble, y despedida aquella con violencia, vino a caer sobre uno de los caballos; espantóse el animal, reculando bruscamente; retrocedió el coche a su empuje, osciló un momento y quedó inmóvil, inclinado, hundiéndose, hundiéndose suavemente... U

n grito de espanto  
escapóse de los labios de todos, y una vieja que cr  
uzaba guiando un  
borriquillo gritó, extendiendo los enjutos brazos,  
con esa energía de la  
fe en los momentos de angustia:

--¡Aita San Ignazio..., salbazazu!.[17]

[Nota 17: ¡Padre san Ignacio..., sálvalos!]

El peligro era inminente; hallábase una de las rued  
as traseras fuera del  
camino, sostenida sobre el precipicio tan sólo por  
el tronco de un roble  
inclinado, cuyas raíces se sentían crujir y ceder a  
cada momento,  
arrancando grandes pelotones de tierra... Un instan  
te perdido, un solo  
movimiento de cualquiera de los espantados brutos,  
y coche, caballos y  
viajeros rodarían por el alto repecho de la cuesta,  
haciéndose trizas.  
Jacobo no se aturdió, ni Tom Sickles tampoco; empuñ  
ó el primero las  
riendas sin hacer ningún movimiento y saltó el segu  
ndo fuera del coche,  
abalanzándose a la rueda opuesta a la hundida, y ti  
rando hacia el centro  
del camino con todas sus fuerzas; la vieja casera a  
cudió en su ayuda,  
tirando con sus descarnados brazos, que parecían te  
ner el aguante de dos  
poderosos cables. Saltó Fritz detrás de Tom y fue a  
sujetar por el  
diestro al caballo espantado, que era el de la izqu  
ierda del primer  
tronco. El terror había enmudecido a todos, dejándo  
los inmóviles, sin  
osar rebullirse por miedo de apresurar la catástrof  
e; el hombre del  
\_waterproof\_ seguía roncando.

A un grito de Tom Sickles fustigó Jacobo los caballos bárbaramente, azuzólos Fritz dando voces y el coche arrancó al fin crujendo, bamboleándose un momento hacia el precipicio, dando, al entrar en la carretera, un vaivén violentísimo, que despidió al hombre dormido desde lo alto de su banqueta en mitad del camino, donde cayó inerte y pesado cual una piedra de diez arrobas, mientras el coche desaparecía entre una gran polvareda por el declive de la cuesta y seguía corriendo hasta llegar frente de Oiquina, donde pudo al fin Jacobo detener el tiro a la sombra de unas higueras, cubierto de polvo, sudoroso, jadeante... Ya era tiempo: el roble, descuajado por completo, cayó a lo largo del violento repecho del camino, quedando suspendido sobre el precipicio por algunas raíces. Tom Sickles, sin cuidarse del hombre tendido en tierra, miraba correr el coche, apretando los puños y dirigiendo en inglés tremendas imprecaciones, no a los caballos, sino a su ilustre señora y dueña.

Mientras tanto, Fritz y la casera acudían al caído en el momento en que, desembarazándose este del \_waterproof\_ que le envolvía y sentándose en el suelo, dejaba ver la granujienta faz de Diógenes, azorada, reflejando todavía la colosal borrachera que se había tomado la víspera, mirando a todas partes con aire de extrañeza, sin acertar a explicarse cómo, habiéndose dormido en lo alto de una banqueta del \_mail-coach\_,

despertaba sentado en el suelo en mitad de un camino. Los dolores de sus huesos vinieron a revelárselo, y agarrándose a Fritz, trató de levantarse, murmurando:

--¡Polaina!... Si parece que me han dado una paliza... Comenzó a andar, sin embargo, sin sentir grave molestia, con el sombrero en la mano, cubierto de polvo, arrastrando por detrás el \_waterproof\_, que llevaba terciado al hombro izquierdo. Los del coche habían recobrado el habla al verse fuera de peligro y chillaban todos al mismo tiempo, comentando el suceso, sin acordarse ninguno de dar gracias a Dios, que les había arrancado de las garras de la muerte con un verdadero prodigio; tan sólo Kate, la doncella inglesa, encogida en un rincón, blanca cual un papel todavía, con las manos cruzadas, cerrados los ojos, inclinada la cabeza, parecía rezar entre dientes... Echaron entonces de menos a Diógenes y viéronle venir a lo lejos, seguido de Tom Sickles y el prusiano, que traía la sombrilla encarnada causa del percance. El buen humor acabó de disiparles el susto, y recibieron todos al caído con grandes carcajadas, excepto Leopoldina Pastor, que dominando las risas con su poderosa voz de contralto, gritaba furiosa:

--¡Pues mira el indecente cómo trae mi \_waterproof\_ arrastrando!... ¡Diógenes, hijito!... ¡Recoge ese impermeable!... ¿No ves que me lo estás poniendo hecho un asco?...

Oyóla muy bien Diógenes, y liándose al cuerpo el \_waterproof\_, con el garbo del torero que se ciñe la capa para hacer con la cuadrilla el saludo al presidente, quiso hacer una pirueta; un ligero vahído se la cortó, sin embargo. Al pasar junto al balneario de Cestona acometióle otro ligero desvanecimiento, y Leopoldina Pastor, que unía siempre algún rasgo de locura a los impulsos de su corazón, realmente bueno y compasivo, empeñóse en hacerle beber un par de vasitos de aquellas famosas aguas medicinales. Contestóle Diógenes una de sus indecentes paparruchas, que rieron todos en coro, y detúvose, en efecto, en el balneario para beber una enorme copa de ginebra, que tomó, según su costumbre, echando antes en el fondo un par de terrones de azúcar. Volvióle el alcohol la salud y la alegría, y desde Cestona hasta Azpeitia charló sin cesar, comentando, con grandes risas de todos, su tremendo batacazo.

--¡Polaina, señá Frasquita!... Si te lo llegas a dar tú, ¿eh, comadre?... Te desbaratas en treinta y dos partes, lo mismo, lo mismo que un rompecabezas...

¡Saltar así a los sesenta y cinco años!... ¡Polaina!... Pero se acordaba él de otro salto aún más mortal todavía: el que dio cierto \_barbián\_ amigo suyo, desde el almuerzo de un lunes a la comida de un jueves, sin tropezar siquiera en un garbanzo.

Al trote largo atravesaron las calles de Azpeitia sin hacer caso de los bandos del alcalde y las multas impuestas; y con riesgo de atropellar a cada paso a los pobres alpargateros que trabajaban en los umbrales de las tiendas y a los chiquillos que por todas partes pululaban, entraron al fin en el trozo de carretera que lleva en línea recta al prado de Loyola... En el fondo, sombreado por la alta cumbre del Izarraiz, destacábase la majestuosa mole del Real Colegio y Santuario trazados por Fontana, rico joyel construido por una reina para engrazar la casa de un santo. En mitad del prado levantábase sobre un pedestal, resguardado por una verja, la estatua de san Ignacio de Loyola, hijo y patrono de Guipúzcoa, alzando la mano como para bendecir aquella comarca en que se mecía su cuna y en que parece proyectarse aún la sombra benéfica de su figura gigantesca.

Formando ángulo recto con el Real Colegio de Loyola, hay otro edificio construido en la misma época, que llaman \_la Hospedería\_; allí suelen albergarse los viajeros que acuden a visitar el santuario, y allí pensaba Currita partir la jornada, deteniéndose a comer, descansando un par de horas y prosiguiendo su camino hasta Zumárraga, para alcanzar el tren expreso para Madrid, que pasaba a las cinco y media.

El día estaba magnífico, aunque algún tanto caluroso, como suelen serlo en Guipúzcoa los últimos de septiembre; y bajo el e

spacioso cobertizo  
que forman los ocho arcos que dan entrada a \_la Hos  
pedería\_, mandó la  
condesa de Albornoz disponer la mesa. Extendíase al  
frente el prado,  
verde, risueño, lleno de luz y de alegría, con una  
fuentecilla alegre y  
bullidora que por cuatro caños murmuraba; a la izqu  
ierda, alzábase la  
majestuosa mole del Colegio, adelantando el soberbi  
o pórtico de su  
iglesia como adelantaría un soldado de Cristo el fu  
erte brazo mostrando  
un crucifijo, elevando la grandiosa cúpula como ele  
varía al cielo la  
frente, buscando allí la fortaleza, el impulso, la  
luz. A la derecha,  
abríase el valle de Azpeitia, cruzado por el Urola,  
alegre también y  
risueño, ligando al pueblo con el Santuario como co  
n un lazo de flores,  
pareciendo su alegría, sobre el tinte melancólico d  
e todo el paisaje, un  
ramo de rosas sobre la tumba de un justo, una dulce  
sonrisa sobre el  
austero rostro de un trapense; el alto Izarraiz, ve  
rde en la falda como  
la vida en su primavera, áspero y ceniciento en la  
cumbre como la vejez  
ya desengañada, cerraba bruscamente el fondo, y en  
medio de todo  
aquello, elevada sobre la tierra, inalterable entre  
lo alegre y lo  
triste, indiferente entre lo pobre y lo rico, elevá  
base la estatua de  
san Ignacio, la imagen de la santidad, serena siemp  
re, igual, tranquila,  
orando y bendiciendo.

Sonó una campana en el interior del Colegio, y a po  
co contemplaron los  
viajeros un espectáculo común en aquel lugar, pero

nuevo y extraño para ellos. Por la escalinata que da entrada a la portería salían los novicios a paseo, de tres en tres, con el rosario a la ceñidor, el continente modesto, los ojos bajos; tomaban todos hacia la carretera, serenos y alegres, descubriéndose al pasar ante la estatua de su fundador, con el cariñoso respeto con que se saluda a un padre, y repartíanse luego en distintas direcciones, por diversos caminos y senderos. Dos o tres ternas de novicios pequeñitos encantaron a Leopoldina; con la servilleta en la mano levantóse de la mesa y salió fuera de los arcos para verlos mejor, diciendo entusiasmada:

--¡Mira, mira... qué indecentillos más monos! ¡Si parecen curitas de barro! ¡Qué chiquitos! ¡Qué preciosos!...

--Pues cómprales dulces--respondió Jacobo despechado.

--¡Ya lo creo que se los compraría si quisieran tomarlos!... ¡Si dan ganas de coger un par de ellos y ponerlos en una rincón, como si fuesen juguetes!...

--No están malos juguetitos los tales nenes--dijo Jacobo con ira reconcentrada--. La primera pifia que ha dado la Restauración ha sido abrir la puerta a esta canalla... ¡Dejar que se forme ahí una almáciga de intrigantes, una pépinière de hipócritas revolucionarios!...

Entablóse entonces una discusión acalorada sobre lo



s jesuitas, en que  
salieron a relucir autorizados textos de Eugenio Su  
e, en su novela \_El  
Judío Errante\_, quedando al cabo decidido que, term  
inada la comida y  
mientras los caballos descansaban, irían todos a vi  
sitar la tenebrosa  
madriguera... Diógenes, que hasta entonces nada hab  
ía dicho, aseguró  
terminantemente que él no iba, porque no acostumbra  
ba poner los pies  
donde tenían derecho a ponerle en la calle, y si aq  
uellos señores  
obraban en razón, era eso lo que debían hacer con l  
as parejas de mocitos  
y mocitas que amenazaban invadirles la casa. Echáro  
nse todos encima con  
grande furia y él comenzó a soltar a diestro y sini  
estro enormes  
desvergüenzas, mientras Currita, con altivez de rei  
na ofendida, llamaba  
a Fritz el lacayo y dábale orden de ir al punto a L  
oyola para anunciar  
al superior que la señora condesa de Albornoz iría  
de dos y media a tres  
a visitar la casa y el Santuario.

Hablaba Diógenes pálido y agitado, con el tono irac  
undo que solía usar  
cuando hablaba de veras, y levantándose de repente  
de la mesa, entróse  
por un cobertizo que iba a parar en las cuadras; vi  
éronle, a poco, salir  
lívido más bien que pálido y dejarse caer como sin  
fuerzas en un banco  
de hierro que bajo los arcos estaba: con grandes an  
sias y sudores había  
arrojado en un rincón de la cuadra lo poco que habí  
a comido.  
Acercáronsele entonces Gorito y Leopoldina, temeros  
os de que el batacazo  
de por la mañana comenzara a tener consecuencias, y

esta, con verdadero  
interés, le dijo:

--Mira, Diógenes, tú estás malo y es necesario que  
te vea el médico.

--¿El médico?--balbuceó Diógenes con los ojos extra  
viados--. En mi vida  
llamé a ninguno... La alopátia es un cañón Armstron  
g, y la hemopatía la  
carabina de Ambrosio: con que vete a freír monas co  
n tus médicos y  
medicinas, que yo me curo solo...

--Pues llamaremos entonces al albéitar--repuso Gori  
to.

--Eso es otra cosa: estos tienen más ciencia, porqu  
e curan al paciente  
sin sacarle palabra alguna... Pero tampoco es neces  
ario, porque yo me  
curo a mí mismo.

Y pidiendo una botella de ginebra, comenzó a beber  
copa tras copa,  
echando, en vez de dos, tres y hasta cuatro terrone  
s de azúcar.  
Mientras tanto, María Valdivieso hacía una escena s  
entimental a Paco  
Vélez, porque lejos de ocuparse de ella, durante el  
riesgo de la mañana,  
había pensado tan sólo en salvarse a sí mismo; Jaco  
bo y el tío Frasquito  
habíanse entrado en \_la Hospedería\_ sin decir adónd  
e iban, y Currita,  
llevada de sus gustos idílicos, entreteníase en ech  
ar migas de pan a un  
altanero gallo que merodeaba por el prado, seguido  
de algunas sumisas  
gallinas. Acercóse entonces un hombre de aspecto mo  
desto que traía una  
carta en la mano, y preguntóle sin ceremonia si la

señora condesa de Albornoz era ella misma; la altiva dama dignóse tan sólo responder con una ligera inclinación de cabeza, y el hombre le entregó entonces la carta, entrándose al punto en Loyola, de donde había salido, por la escalinata de la portería. Currita leyó extrañada estas solas líneas:

«Si la señora condesa de Albornoz viene a Loyola a confesar sus pecados y a pedir a Dios perdón de sus extravíos, no tiene que fijar hora ni tiempo, porque todos son igualmente oportunos... Pero si viene sólo a hacer a esta Santa Casa testigo del escándalo de su vida, se la suplica encarecidamente evite el disgusto de tener que cerrarle la puerta a su afectísimo en Cristo y humilde servidor, PEDRO FERNÁNDEZ, S. J.»

Quedó Currita atónita con la carta en la mano, mirando atentamente al gallo, que con una pata en alto, torcida la cabeza y fijo en ella el ojo inflamado, parecía ofrecerle caballerosamente, en caso de guerra, el auxilio de sus espolones.

La dama volvió a leer la carta y comprendió entonces una sola cosa; pero una cosa para ella inverosímil, que vino a despertar en su ánimo el movimiento de ira, de sorpresa, de rabia desesperada que causa al potro bravío el primer espolazo que desgarrar sus ijares, el primer serretazo que le hace detener su voluntariosa carrera, anunciándole que hay alguien que puede, y quiere, y debe sujetarle y hum

illarle...

¡Comprendió que por primera vez en su vida le cerraban una puerta, y que era el que se la cerraba un hombre desconocido, un pobre fraile, un Pedro Fernández!... ¡La fuentequilla que corría allí al lado murmurando llegó a los oídos de Currita como el eco de la sarcástica carcajada que había de soltar el mundo al verla vencida por Pedro Fernández!...

Resonó en aquel momento a su espalda la voz de Jacobo, y apresuróse a esconder prontamente en el bolsillo de su falda la malhadada carta.

Jacobo reunía a su grey, porque iban ya a dar las dos y media, y a poco que se detuvieran en la visita a Loyola podrían llegar a Zumárraga demasiado tarde. Currita salió a su encuentro, andando lentamente, diciendo con mucha displicencia:

--¿Sabes que me encuentro mala... y sería lo mejor dejarlo?...

Creyéronla todos, porque aparecía su rostro pálido y alterado, y decidióse entonces salir al punto para Zumárraga y descansar allí en la fonda una hora larga, antes de que el tren llegase.

La ginebra había repuesto a Diógenes por completo, y púsose a ayudar a Tom Sickles y al prusiano a enganchar el tiro, cantando con aguardentosa voz de cualquier mozo de cuadra una tonada antigua que llamaban \_El Mayoral\_:

Vamos, caballeros,  
Vamos a marchá

¡Al coche, al coche!  
¡Basta de pará!

Vamos ligerito,  
Vamos a partí.  
Empués los calores  
Nos van a freí...

Jacobo y Currita ocuparon el pescante, tomando aque  
l esta vez las  
riendas, y colocáronse los demás en el mismo orden  
en que habían venido.  
Al pasar ante la estatua de san Ignacio, quitóse Di  
ógenes el sombrero,  
como había visto hacer antes a los novicios, y repi  
tió en voz muy alta,  
con el acento de un cariñoso saludo, aquella hermos  
a frase que inspiran  
a los caseros de Guipúzcoa su piedad, su sencillez  
y su amor al santo,  
gloria de sus montañas:

--\_Aita\_ San Ignazio... \_agur\_[18]

[Nota 18: ¡Padre San Ignacio... adiós!]

Luego, sin hacer caso de los furiosos aspavientos d  
e Currita, que le  
amenazaba con plantarle en medio del camino si no g  
uardaba silencio,  
comenzó a cantar de nuevo las estrofas de \_El Mayor  
al\_:

¡Cuidado ese bache!  
¡Bájate, zagal!...  
Si voy, salerosa,  
Te voy a matá...

Volaba el \_mail-coach\_ por la carretera, dejando at  
rás los baños de San  
Juan, el caserío de Juin-Torrea emboscado en sus ja  
rdines, el convento

de Santa Cruz encaramado en su monte, el palacio ruinoso de la Florida en que Juan Jacobo Rousseau en persona presidió más de un conciliábulo de enciclopedistas. Atravesaron al paso, más sosegados que por la mañana, las calles de Azcoitia, y entraron de nuevo en la carretera, flanqueada siempre por el río, hundiéndose a poco en la cañada estrechísima y bravía que forman dos altas montañas, cubiertas de bosques sombríos que trepan cual escuadrones de árboles que quisieran escalarlas, para desgarrar en su cumbre el seno de las nubes, azuladas a veces, vaporosas como la flotante túnica de una poética maitagari; cenicientas otras, flotantes también, pero tétricas como el sudario que cubre las rígidas formas de un muerto. Era aquella naturaleza agreste y sombría, y hacíanla pavorosa los muchos saltos de agua que se despeñaban de los riscos, el continuo lamentar de la corriente del río detenida por las peñas y la falta de sol que ocultaban ya en aquella hora las dos altas montañas.

Currita, sentada en el pescante, sombría como la naturaleza y no como ella en calma, daba vueltas en su memoria a la carta de Loyola. Sentía una especie de irritación sorda que no acertaba a comprender quién se la inspiraba, porque, por un extraño fenómeno que no sabía ella misma explicar, aquel Pedro Fernández, autor de la carta, causante de la ofensa, tan sólo acudía a su mente en un lugar secundario,

presentándosele, más bien que como representante, como instrumento de un ser más poderoso que parecía imponerse a la orgullosa dama, obligándola a confundirse, y a humillarse, y a callar...

Un poco más lejos, al volver una punta, vio parados en la vertiente misma de la montaña a tres de los novicios pequeños que habían entusiasmado a Leopoldina. No estaban solos; había con ellos una vieja decrepita, cubierta la cabeza con la blanca toca de las caseras vascongadas, esforzándose por cargar en sus hombros, ayudada de los novicios, un pesado haz de leña que había puesto en el suelo para tomar alientos un instante y descansar. Inútil fue su empeño: a los diez o doce pasos rindióla la fatiga, y el haz de leña, superior a sus fuerzas, cayó de nuevo en tierra: la mujer se echó a llorar. Los novicios hablaron entre sí un momento, y uno de ellos, el más fuerte, cargóse entonces el haz a la espalda y comenzó a trepar por la áspera pendiente, hacia un caserío ruinoso que se divisaba en la cumbre, pequeño y escondido cual un nido de pájaros.

Leopoldina comenzó a alborotar, conmovida a su manera, gritando que aquellos indecentillos eran unos ángeles del cielo, unos santos chiquititos a quienes era necesario venerar, y que en cuanto llegara a la corte había de enviarles a cada uno un par de medias negras, hechas por sus propias manos, con el estambre más fino que pudiera hallarse...

Riéronse todos; Currita callaba, sin embargo, sintiendo un extraño enternecimiento que la humillaba y que se apresuraba por lo mismo a combatir, oponiendo a su benéfico influjo el parapeto del orgullo, del inquebrantable orgullo, que viene a ser en el alma como la fortaleza del mal... Aquellos tres novicios, aquellos tres Pedros Fernández en embrión, humillándose por caridad a una mendiga, hiciéronle comprender que aquel otro Pedro Fernández habría podido imponérsele por deber a ella, orgullosa Grande de España, y una luz súbita, semejante a la de un relámpago que ilumina a la vez que aterra, hízole ver claramente lo que antes sospechaba: que aquella carta, que aquella ofensa no venía de un desconocido, de un pobre fraile, de un Pedro Fernández; porque aquella puerta primera que se le cerraba en la vida, no era la puerta de Loyola, era la puerta de Dios...

Sintió frío y pidió a Kate un ligero abrigo en que se envolvió pensativa siempre y silenciosa... Seguía aquella luz alumbrando en su alma, y a su reflejo parecióle contemplarse a sí misma por fuera de sí misma, como debía de contemplarla el desconocido Pedro Fernández, sentada en aquel pescante al lado de Jacobo... Instintivamente miró a este, y por primera vez en la vida parecióle lo que no le había parecido nunca: le pareció un cómplice.

Rodaba ya el coche por las calles de Villarreal, atravesó el puente que



separa a esta villa de Zumárraga y se detuvo frente a la estación, entre varias diligencias y coches desenganchados, a la puerta de una conocida fonda, cuyo extenso comedor se abre a la plaza misma, en la planta baja. Apeáronse todos; las damas pidieron un cuarto para arreglarse un poco; los caballeros tiraron cada cual por su lado; Tom S ickles y el prusiano recogieron el \_mail-coach\_ y los caballos en una cochera próxima, para conducirlos a Madrid en el correo del día siguiente : faltaba para la llegada del tren una hora larga.

El tío Frasquito, cepillado ya, limpio y resplandeciente, con sus finísimos guantes de piel de Suecia en una mano y un ligero cabás de Leopoldina Pastor en la otra, entró en el comedor y pidió un refresco de grosella... No llegó a tomarlo: una muchacha de las del servicio apareció dando gritos, sin poder articular, haciendo gestos desesperados de que la siguiese... En un pasadizo cerca de la cocina, frente a una puerta entreabierta, estaba Diógenes, tendido boca arriba, con los brazos en cruz, doblada una pierna, revestido el semblante de una palidez cadavérica, sobre la que se destacaba sus rojas manchas granujientas, amoratadas entonces, casi negras: parecía muerto.

El tío Frasquito dio un chillido y echó a correr, llamando a voces a Jacobo y a Gorito; acudieron todos los de la fonda y llegó también Jacobo, mirando el reloj con gesto de grande enfado

.

--¡Hasta para morir es importuno!--dijo al verse frente a Diógenes.

Llevábanle ya dos robustos mocetones, hijos del dueño de la fonda, y pusiéronle en la cama de un cuarto del primer piso.

Llegó el médico a toda prisa, llamado poco antes, y al saber la caída de por la mañana y después de reconocerle, hizo un siniestro pronóstico: aquello era un ataque cerebral, efecto de la caída, y si volvía en sí del primero, no tardaría en sucumbir al segundo.

Las damas, muy sobrecogidas, no se atrevían a salir del cuarto y mucho menos a ver al enfermo. María Valdivieso, con profunda compasión, preguntó si se había puesto muy feo. Leopoldina, con pesar no fingido, gimoteaba ruidosamente. De pronto, dijo:

--¿Si traerá el pobrecito dinero?...

Acercóse mientras tanto el fondista a Jacobo y pidióle órdenes; mas este, encogiéndose de hombros con estudiada indiferencia, díjole que ni él ni ninguno de sus compañeros tenían nada que ver con aquel hombre; que era un amigo, un mero conocido que en Biarritz se les había colocado en el coche sin que nadie le llamara, y que ni podía responder de él, ni mucho menos dar órdenes. La hora del tren se aproximaba, y decididos todos a partir, después de una ligera discusión en que triunfó el más cruel egoísmo, pusiéronse en marcha. Leopoldina, mu

y desasosegada,  
suplicó entonces a Currita que dejase por lo menos  
al cuidado de aquel  
infeliz a Fritz, su lacayo prusiano. Currita le con-  
testó:

--Si quiere quedarse esta noche, no tengo inconveni-  
ente... Será una mala  
noche que pase a su cuenta... Pero lo que es mañana  
tendrá que marcharse  
en el correo: Tom no puede ir solo a Madrid con los  
seis caballos.

Fuese entonces Leopoldina al fondista y díjole con  
grande ahínco:

--Yo no sé si ese pobrecito traerá dinero... Si no  
lo trae, todo cuanto  
pueda necesitar me lo pone usted en cuenta... Soy h-  
ermana del general  
Pastor, y mis señas son estas.

Y se las dio apuntadas con mucho primor en una tarj-  
eta: acercóse también  
el tío Frasquito y suplicóle encarecidamente que, n-  
o bien muriese aquel  
infeliz, se lo avisase al punto por telégrafo; diol-  
e entonces su nombre  
y señas, y el importe del telegrama: una peseta.

A las nueve de la noche pareció el enfermo experime-  
ntar gran fatiga, y  
asustado el dueño de la fonda, mandó llamar al cura  
párroco para que le  
administrase los santos óleos. Pasó, sin embargo, l-  
a crisis, y ya cerca  
de las doce abrió Diógenes los ojos, y vio delante  
de sí al fondista, un  
hombre gordo, alto, completamente afeitado, sin cor-  
bata, calada la  
boina, y el chaquetón largo, tipo característico de  
l guipuzcoano de

pueblo acomodado. Tardó algún tiempo el enfermo en coordinar sus ideas, y diose al fin cuenta de algo de lo que le estaba pasando: un pensamiento, para él muy pavoroso, acudió el primero a su mente... Con voz quebrantada, agonizante, que dejaba, sin embargo, traslucir todas las agonías del terror, las inflexiones de la súplica, las ansias de la incertidumbre, dijo muy bajo:

--¿Me llevarán al hospital?...

Miróle el fondista extrañado, con ira casi, y contestó con toda la brusca hombría de bien del genuino guipuzcoano:

--¡Quite usted, caballero, allá!... ¿Usar eso en Guipúzcoa?...  
¡Nunca!...

Diógenes dio un suspiro de descanso y se echó a llorar.

--II--

Diógenes no se dio cuenta de haber recibido la extramañación, y tranquilo en parte por la respuesta del fondista comenzaron a abrirse paso otros pensamientos entre las espesas nieblas que envolvían su mente... Mas un sopor pesadísimo, un letargo profundo, que tenía ya dejos de la muerte, avasallaba a veces todo su ser y esparcía acá y allá aquellas ideas que se afanaba por coordinar, aparec

iendo estas entonces  
como imperceptibles puntos luminosos flotando en un  
a inmensa bruma,  
alejándose lentamente, apagándose poco a poco todos  
ellos hasta quedar  
uno solo, que ora se le presentaba desconsolador co  
mo la candela de la  
agonía, ora triste como el cirio que arde ante un m  
uerto, ora terrible  
como un resplandor de las llamas del infierno: ¡era  
la idea de morir,  
acompañada y rodeada de la incertidumbre de lo eter  
no!...

Crecía a veces el letargo y apagaba también aquella  
luz pavorosa, pero  
al fin y al cabo luz, y al verse a oscuras Diógenes  
, al sentirse caer en  
aquel sueño que le parecía el último, en aquella so  
mbra negra en que se  
perdía la mirada y en aquel silencio siniestro en q  
ue se perdía la voz,  
clavaba las uñas en las sábanas y las hacía jirones  
, como si se agarrase  
desesperadamente al borde de la fosa en que le hubi  
eran de enterrar.. y  
despertaba, despertaba no bien había pegado los ojo  
s, como si algún  
importuno le empujara de improviso, con pesadillas  
horribles en que los  
más ligeros ruidos tomaban proporciones colosales,  
pareciéndole el rumor  
del tren el de una catarata de bronce fundido que s  
e despeñase en sus  
orejas; el de los cascabeles de un coche, redobles  
de mil tambores  
golpeando en sus propios tímpanos; el chirrido pecu  
liar de las carretas  
vascongadas, el \_soñua\_ que avisa al casero vasco e  
n las revueltas del  
camino, un ruido del infierno que por diabólico pro  
digio se encarnase

en una sierra candente y le dividiera la masa de los sesos mitad por mitad... Así pasó la noche; un poco antes del alba desapareció el sopor, huyó el letargo con sus pesadillas, y un sueño tranquilo le adormeció entre sus brazos más de dos horas. Un ruido acompañado que hacía mal a su cabeza y resonaba como un eco amigo en su corazón despertó entonces: era la campana de la iglesia que tocaba a Misa.

Diógenes abrió los ojos y le pareció encontrarse mucho mejor; incorporóse un poco y creyó hallarse bien del todo: su cabeza estaba despejada, sus miembros débiles, pero ágiles; hasta le pareció sentir un poco de hambre, hasta le ocurrió pedir para desayunarse una gran copa de ginebra con su par de terrones de azúcar. Miró en torno suyo: chisporroteaba una lamparilla sobre la mesa; una mujer de edad madura roncaba desapaciblemente al pie de la cama, en un gran butacón, y por las rendijas de las dos ventanas, cerradas ambas, entraban discretos rayos de luz, cual si el nuevo día se adelantase de puntillas y sonriendo a dar la enhorabuena al enfermo. Sentóse este en la cama alegremente sorprendido, y recobrando con la vida su humor chancero, tiróle a la mujer lo primero que halló a mano, una almohada, soltando un gran grito, un ¡polaina! formidable que la hizo saltar en el sillón desfavorida, murmurando algunas palabras en vascuence.

Mandóle entonces abrir de par en par las dobles puertas de ambas ventanas, y la luz entró a torrentes y el aire fresco a raudales, juguetón como un niño, acariciando los blancos cabellos del enfermo, trayéndole, como un nietecillo cariñoso sus presentes, el olor a búcaro de la tierra cubierta de rocío, el sano perfume de las montañas, el alegre trinar de los pájaros, el solemne acento de la campana de la iglesia, que parecía repetir en su oído como una amorosa voz de lo alto: ¡Ven! ¡Ven!... ¡Qué necios temores los suyos! ¡Qué espantos tan ridículos los de la noche! ¡Morir! ¿Quién piensa en morir cuando nace el día, y sube el sol por el azul de un cielo tan bello, y se divisan a lo lejos las montañas verdes, floridas, doradas por resplandores tan alegres y risueños?...

Entró a poco el médico, acompañado del fondista, y Diógenes los recibió chanceándose con el primero, dirigiendo al segundo cariñosos gruñidos, expresivas miradas de sus ojos inyectados en sangre, que no carecían de ternura e iban a demostrar la gratitud que le inspiraba su caritativa conducta. Mas el médico, registrándole cuidadosamente, haciéndole un sinfín de preguntas a que Diógenes contestaba entre mohíno y risueño, levantólo los párpados que encubrían a medias dos pupilas dilatadas y sanguinolentas, faltas de convergencia, y meneó la cabeza siniestramente... El primer ataque había pasado, pero ya estaban allí

los síntomas del segundo, y era imposible que aquella naturaleza, alcoholizada por completo, pudiera resistir a su tremendo empuje. Cruzó entonces con el fondista algunas palabras en vasconce, que escuchaba Diógenes mirando a uno y otro lleno de inquietud, y de repente, sin paliativos ni preámbulos, díjole con rudeza campesina que la muerte se aproximaba sin remedio y érale necesario aprovechar aquellos momentos lúcidos que el mal le concedía, para arreglar sus negocios con los hombres y saldar sus cuentas con Dios.

El golpe fue cruel, porque al oírle, Diógenes sintió que le arrancaban de allá, muy hondo, algo que era la esperanza de la vida, la más arraigada de todas las esperanzas, por ser la última, que no se arranca nunca sin llevarse detrás lágrimas de los ojos y sangre del corazón... Cególe un movimiento feroz de ira, porque nada hay más ilógico que el terror, y pareciéndole aquello un robo descarado que venía a hacerle, revolvióse furioso contra el médico como si fuera él quien pretendiera hacerle el hurto, y arrojóle a la cara cuantas injurias y obscenidades encontraron en la sentina de su alma la cólera y el horror... Asustados y sorprendidos el médico y el fondista, retiráronse al punto, dejando a Diógenes solo, revolcándose furioso, comprendiendo por la postración y la angustia que le embargaron al punto tras su arrebató, que el médico no exageraba ni mentía, que la muerte se aproximaba, en efecto, y que



era forzoso condenarse o capitular..

Créese, con razón, que nada hay tan horrible como sondear la conciencia de un pecador endurecido en el trance de la muerte; supónense tras aquel rostro lívido y desencajado luchas aterradoras que sostienen el imperio del mal y la moción del bien, fantasmas pavorosos que se levantan en la conciencia, combates encarnizados que traban en torno de aquella alma empedernida el ángel del arrepentimiento y el demonio de la impenitencia. Horrible es esto; pero hay allí lucha, y donde hay lucha hay siempre una esperanza, una probabilidad de vencer... Por eso sobrepuja a este horror aquel otro horror que suele encontrarse tras aquellas pupilas vidriosas, aterradoras en esos momentos, cual la puerta siniestra ante la cual se sintió Dante desfallecer y vacilar: el marasmo, la quietud horrible de un alma que se hunde poco a poco en lo eterno, dándose cuenta de ello, pero sin que crucen por su mente más que ideas triviales, bagatelas con que procura distraerse y divertirse, ocultándose a sí propia el abismo, hasta que la muerte descarga de súbito la guadaña, y despierta de improviso aherrojada ya en lo profundo del infierno. ¡Letargo letal, pendiente horrible que, sin un prodigio de la divina gracia, va a parar derecha a la condenación eterna!...

Este fue el estado de Diógenes al quedarse solo, y rabioso y fatigado se dejó caer en las almohadas, volviéndose de cara a l

a pared. El  
pensamiento del infierno cruzó el primero su mente,  
mas se distrajo en  
seguida mirando el feísimo papel verduzco que tapizaba las paredes,  
cruzado de arriba abajo por guirnaldas de flores, entre las cuales se  
entrelazaban largas ristras de micos que subían hasta el techo en  
actitudes grotescas, dándose todos las manos: parecíanle diablillos  
aquellos feos animalejos y púsose a contarlos uno a uno, haciendo para  
seguirlos esfuerzos increíbles con la vista, y contando en todo lo que  
con ella abarcaba más de quinientos veinte...

La mujer que había velado durante la noche estaba allí, sentada en un  
rincón, haciendo calceta; llamáronla desde fuera un momento y Diógenes  
pensó entonces que también a él le llamaban a dar cuenta, y encontró al  
punto la respuesta en uno de sus mil cuentos chocareros que le puso  
delante la memoria.

Confesábase un gitano, ladrón empedernido y díjole el cura:--¿Qué  
harías, infeliz, si el Juez Supremo te llamara ahora al juicio?--¿Pues  
qué había de jacer?... ¡No dir!...

--¡No ir!... ¡No ir!...--repetía Diógenes, y púsose a combinar al punto  
un fantástico viaje de huida, en que se le figuraba subir al coche que  
acababa de parar en la puerta, cuyos sonoros cascabelles llegaban a su  
oído taladrándole la cabeza, y correr a escape a San Sebastián, y  
embarcarse allí para el fin del mundo, huyendo como

Caín de aquel juez  
que le perseguía, dando vueltas por la tierra, vuel-  
tas y más vueltas,  
que vinieron por fin a marearle, produciéndole bas-  
as terribles, entre  
las que creyó ver asomar ya la guadaña de la muerte  
... ¡La muerte! Aquel  
maldito despertador que estaba sobre la mesa se la  
recordaba de  
continuo, pareciéndole que al compás de su siniestr-  
o tic-tac regulaba su  
paso, rapidísimo como nunca, y lleno de ira mandó a  
la mujer que lo  
parase; mas entendió esta que quería verlo para ent-  
erarse sin duda de la  
hora que apuntaba, y apresuróse a llevárselo... Dió  
genes, arrancándoselo  
de la mano con un arretrato feroz de rabia, estrelló  
lo contra la pared de  
enfrente, haciéndolo trizas.

Mientras tanto, enviábale el cielo un auxilio inesp-  
erado en aquel mismo  
coche en que su desasosegada imaginación fantaseaba  
huir del Juez  
Supremo; en él volvía de Zaldívar, cuyas aguas medi-  
cinales tomaba todos  
los años, la marquesa de Villasis, con su nieta Mon-  
ina, el aya de esta,  
una doncella, un mayordomo viejo que la acompañaba  
en todos sus viajes y  
un criado antiguo que venía en el pescante; era su  
idea alcanzar el  
sudexpreso que pasa por Zumárraga a las dos y media  
y estar en Madrid  
aquella noche misma. Trabó al punto conversación el  
fondista con don  
Federico, el mayordomo, y preocupado con la estanci-  
a de Diógenes en la  
fonda, contóle su percance y sus apuros. Sorprendid-  
o el viejo,  
apresuróse a dar a la marquesa aquella nueva que ta

nto había de  
interesarla, y esta, profundamente conmovida, quiso  
al punto ver al  
moribundo; reflexionando, sin embargo, un momento,  
y deseosa de ir sobre  
seguro, hizo llamar al fondista para conocer antes,  
en todos sus  
detalles, aquella triste aventura, cuyo fúnebre des  
enlace estaba ya a la  
vista. Mas no bien supo que el médico no garantía l  
a vida del enfermo  
más allá de la medianoche, creyó saber bastante, y  
dio al punto a don  
Federico la orden de suspender el viaje y pedir cua  
rtos para todos allí  
mismo, en la fonda. Entróse en seguida en el despac  
ho mismo del fondista  
y escribió rápidamente al superior de Loyola, pidié  
ndole que enviase un  
padre a toda prisa para auxiliar a un moribundo, cu  
yo nombre y condición  
le manifestaba en la carta. Un propio a caballo par  
tió a galope a llevar  
esta, y una hora después estaba ya entregada.

La marquesa pensó entonces en ver al enfermo; mas a  
ntes, temerosa de que  
su presencia repentina pudiera causarle alguna emoc  
ión violenta, pidió  
al fondista que fuese a anunciarle poco a poco su l  
legada. Subieron  
ambos hasta la misma puerta que se abría a un corre  
dor, y el fondista  
asomó tímidamente la cabeza. Diógenes, muy postrado  
, con la repugnante  
cabezota hundida en las almohadas, tendidos ambos b  
razos sobre la  
colcha, y arrollando entre las manos las sábanas si  
n notarlo, comenzaba  
a sentir de nuevo aquel horrible sopor, aquel letar  
go siniestro que le  
había atormentado la noche antes... Adelantóse el f

ondista unos pasos,  
dejando la puerta entreabierto, y díjole en voz alta:

--Señor..., señor... Aquí tiene visita...

Torció Diógenes un poco la cabeza y balbuceó con ira:

--¿Visita?... ¿Quién?... ¿El enterrador?... ¡Polaina!  
a!... ¡Que  
aguarde!...

--Es una señora...

--¿Una señora?... ¡Polaina!

Y soltó una atrocidad, una indecencia que aturdió por completo al  
fondista e hizo enrojecer a la marquesa detrás de la  
puerta, con ese  
santo rubor que realza tantas veces a los fuertes y  
castos ángeles de la  
caridad que sirven en los hospitales, sin asustarle  
por eso, ni  
hacerles huir de la cabecera de ciertos enfermos. El  
fondista, muy  
turbado, quiso terminar de un golpe, diciendo:

--Es la señora marquesa de Villasis.

Diógenes dio una gran voz, un grito doloroso, como si acabara de  
pronunciar una blasfemia; quiso arrojarse de la cama, incorporarse  
siquiera, y le faltaron las fuerzas, cayendo pesadamente, levantando los  
brazos, agitando las manos, lanzando bramidos ininteligibles, extraños  
balbuceos que parecían retratar la emoción de una fiera agonizando en  
su caverna. La marquesa se adelantó entonces, y sin

asco ni temor apretó  
entre las dos suyas aquellas manos sudorosas.

--¡María!... ¡María!...--exclamaba Diógenes.

--¿Qué es eso, Perico?... ¿Qué es eso, hombre?--decía ella dulcemente,  
inclinando su rostro lleno de lágrimas sobre el desencajado del viejo.

--¡Me muero, María!... ¡Me muero!... Te saliste con la tuya... No es en el hospital, pero es de caridad... En la fonda.

--¿Y qué importa?... Más cerca del cielo está la cama de un hospital que la de un palacio.

Diógenes calló sollozando, y la marquesa fue a dar otro paso adelante; mas el moribundo, sin dejar de sollozar, preguntó entonces:

--¿Y Monina?

--Abajo está... ¿Quieres verla?...

--¡Sí..., sí quiero!... ¡Angelito!... Le daré un beso..., ¿verdad?...  
¿Me dejas?... ¡Será el último, María!... ¡Le besaré el zapatito..., nada más que el zapatito!... ¡Anda, por Dios te lo pido, déjame!... Si no le dará asco...

La marquesa, conmovida hasta lo sumo, pareció tener entonces una inspiración repentina: desprendió sus manos de las de Diógenes, que se las sujetaba fuertemente, y dijo:

--Espera un poco... Voy a traértela...

Fuera ya de la estancia enjugóse precipitadamente las lágrimas para no asustar a Monina, y sentando a esta en sus rodillas, púsose a explicarle muy bajo y con gran vehemencia algo que debía de ser importante... Escuchábala la niña con los ojos muy abiertos, con ese aire de atención profunda que revela a veces en los niños un instinto superior a sus años para adivinar lo peligroso o lo terrible; cuando cesó de hablar su abuela, dijo que sí con la cabeza... Besóla esta en la frente con amor inmenso y volvió a repetirle con gran cuidado lo que antes le había dicho, recalcando mucho algunas frases; Monina, sin decir palabra, volvió a decir que sí con la cabeza. Tomóla entonces la dama de la mano y entró con ella en el cuarto de Diógenes; púsola sobre la cama sin decir palabra, y salió de la estancia, cerrando la puerta.

¿Qué sucedió entonces?... ¿Comprendió realmente aquel ángel de seis años el encargo de su abuela? ¿Habló por su inocente boca al ángel de la guarda de Diógenes?... Es lo cierto que la niña, sin asustarse de aquella horrible cabeza desgredada, en que se pintaba ya la agonía de la muerte, sin mostrar repugnancia al asqueroso vaho que exhalaba el sudor del enfermo, hundió sus rosadas manitas en las blancas patillas del viejo, y tirando de ellas a medida que hablaba, según su antigua costumbre, díjole muy bajo, poniendo sobre el oído de él su roja

boquita:

--Teno biscochos de Mendaro y te daré uno... Y no me traíste la muñeca que dicía papá y mamá; pero mamá abuela me compró un niño llorón grande, grande... Y dice mamá abuela que te vas a morí, y si quieres confesá... y yo rezaré por ti cuando rece por mi papá y por mi mamá y por el abuelito, que están en el cielo... Y yo iré también... ¿Tú quieres i?... ¡Pues confiesa!...

Y Monina, cumplida su misión, dióle un beso en la frente, escurrióse de la cama y echó a correr hacia la puerta. Diógenes lanzó tal sollozo, que pareció romperse su pecho, como si le estallara el corazón dentro; crujió la cama a los violentos impulsos de su cuerpo, y agitando los brazos en alto, balbuceaba con la lengua cada vez más torpe:

--¡Quiero!... ¡Quiero!... ¡Quiero confesar!... ¡María..., María!... ¿Oyes lo que dice la niña?... ¡Quiero confesar!... ¡Pero con quién..., con quién?... ¿Quién me confiesa a mí, Dios mío?... ¿Dónde hay espuerta tan sucia que reciba mis pecados?... ¡Soy un infame, un perverso!... ¡Me pesa, Dios mío, me pesa!...

Y con ambos puños cerrados se daba terribles golpes en el pecho, que retumbaban en todo el aposento y le hacían toser horriblemente, y le produjeron a poco un ligero vómito de sangre... Monina, falta ya de valor al verse al lado de allá de la puerta, agarrá



base, con los labios blancos, a las faldas de su aya, preguntando muy bajito:

--¿Se ha morido ya?...

Mientras tanto, procuraba la marquesa sosegar a Diógenes, diciéndole que había mandado a toda prisa a Loyola por un padre jesuita, que debía de llegar de un momento a otro. Diógenes exclamó:

--Con ellos me eduqué... Pero no lo digo nunca... ¡Los deshonro!...

Aquella emoción violentísima parecía haber despejado las facultades del enfermo, mas su físico resentíase de ella y veíasele perder fuerzas por momentos. La marquesa pidió un crucifijo, y poniéndoselo delante, díjole que hiciera ante él examen de conciencia, en tanto que llegaba el padre; tomólo Diógenes con ambas manos y besólo devotamente, mas dejólo caer a poco sobre la colcha, llorando desconsolado.

--¡Si no sé, María!... ¡Si no me acuerdo!...

--No te apures, hombre, yo te enseñaré en un momento...

Y púsose con gran cariño a explicarle el modo de hacer examen de conciencia, escuchándola Diógenes atentamente, mirando a veces el crucifijo. Cuando la marquesa cesó de hablar, díjole a él con sencillez de niño:

--Se me va a escapar algo... Lo mejor será que te l

o diga a ti todo...,  
y tú se lo dices luego al padre..., y entre los dos  
ven si falta algo...

--¡No, hombre, si no es preciso!--replicó la marquesa sin poder contener una sonrisa--. Piensa tú ahora, y luego el padre te ayudará.

Largo rato permaneció Diógenes silencioso, sosteniendo con ambas manos el crucifijo, fijos en él los ojos. A veces levantaba su pecho el temblor de un sollozo, y lágrimas abundantes corrían por sus mejillas; besaba entonces los pies del Cristo, entornaba los párpados y parecía rezar... La marquesa habíase sentado a los pies de la cama, en el gran butacón, y rezaba el rosario. Sonaron los cascabeles de un coche, y la dama hizo un movimiento para levantarse.

Diógenes abrió los ojos muy azorado.

--María... ¿Te vas?...

--No..., iba a ver si llegaba el padre.

--¿Pero no te irás?...

--No, hombre, descuida; no me voy...

--¿Estarás aquí hasta que muera?...

--Hasta que mueras estaré--replicó ella dulcemente.

Diógenes cerró los ojos, sosegado y tranquilo, como el niño que se duerme a la vista de su madre... Al cabo de un gran rato, dijo:

--María..., no me acuerdo del Credo... ¿Cómo era aquello?... «Subió a los cielos y está sentado...» ¿Dónde está sentado?..  
..

--«A la diestra de Dios Padre»--dijo sonriendo la marquesa.

--«Todopoderoso»--prosiguió Diógenes; y terminó lentamente y en alta voz el símbolo de la fe, besando luego con grande afecto el crucifijo.

Entreabrióse a poco la puerta y asomó la cabeza del fondista, diciendo que dos padres de Loyola habían llegado. La marquesa quiso levantarse para salir a su encuentro; mas Diógenes, con gran sobresalto, apresuróse a decir:

--¡María..., no te vayas! Que entren ellos... ¿Para qué has de ir tú?...

Abrióse entonces la puerta para dar paso a una extraña figura que sorprendió a la marquesa e hizo a Diógenes echarse atrás en la almohada, al verla adelantarse hacia él extendiendo los brazos: hubiérase dicho que la muerte en persona, cubierta con la sotana de un jesuita, se presentaba en el aposento. Era un viejo alto y descarnado, hasta el punto de traslucirse todos sus huesos; traía una vieja sotana ceñida a la cintura por un orillo de que pendía un rosario, y escapábanse de su gran becoquín largos mechones blancos. Andaba lentamente, tambaleándose, con las manos extendidas como si temiese tropezar,

porque estaba medio  
ciego, y así llegó sin ver a la marquesa hasta el l  
echo de Diógenes, y  
allí comenzó a palpar hasta tropezar con una mano d  
e este; entonces, con  
sonrisa de niño que contrastaba con sus cabellos bl  
ancos, con voz  
cascada pero dulce, que el asma atroz que padecía t  
ornaba un poco  
premiosa, dijo muy bajo:

--¡Perico..., Periquito..., hijo mío! Soy yo... ¿No  
me conoces?

Asombrado Diógenes, miraba aquella extraña aparició  
n sin acertar a decir  
palabra, e interrogaba con la vista, ora a la marqu  
esa, ora a otro padre  
más joven que tras el viejo había entrado; este año  
dió:

--Soy el padre Mateu..., tu inspector del Colegio d  
e Nobles... ¿Te  
acuerdas?...

--¡Sí!... ¡Sí me acuerdo!--exclamó Diógenes con una  
gran voz,  
estrechando entre las suyas, sin soltar el crucifij  
o, aquella mano  
helada de esqueleto, que llevó con gran vehemencia  
a sus labios.

El viejo, con su serena sonrisa de niño, volvió el  
rostro hacia su  
compañero, diciendo con satisfacción íntima:

--¡Se acuerda..., se acuerda!... ¡Bien lo decía yo!  
... ¡Sí, por cierto!

--¡Sí que me acuerdo!--repetía Diógenes con grande  
ahínco--. Usted fue  
muy bueno para mí, y me quería, ¡oh, sí!, me quería

mucho..., y me enseñó a rezar el \_Bendita sea tu pureza\_, y luego las tres Ave Marías... que decía usted alcanzaban de la Virgen misericordia...

--¡Y lo digo, Perico, lo digo!--repuso gravemente el viejo--. La alcanzan, sí, por cierto... Y en ti mismo lo ves ahora..., porque tú las habrás rezado...

--¡Sí, padre, sí..., siempre, siempre! Y se las enseñé a Monina... Ni una noche las dejé, aunque hubiese...

El viejo le atajó con gran viveza la palabra:

--¿Lo ves?... ¿Lo ves cómo la Virgen Nuestra Señora te concedió la misericordia?... Yo se lo pedía, se lo pedía--y sin dejar de sonreír cruzaba las manos y las levantaba, mirando al cielo con expresión beatífica--, porque me dijo Miguelito Tacón hace algún tiempo, cuando lo vi en Cuba de capitán general, el año treinta y cinco, que andabas..., vamos..., un poco alegre... ¡Y mira qué buena fue nuestra Madre!... ¡Porque lo viese yo, me ha conservado ochenta y seis años, Perico, ochenta y seis años!... Sí, por cierto...

Diógenes, cada vez más postrado, lloraba en silencio; el viejo, buscando a tientas la mano del enfermo, añadió apretándosela con todas sus escasas fuerzas:

--Porque tú querrás que yo lo vea... ¿No es verdad, Perico?... Querrás

confesarte...

--¡Sí, padre..., sí quiero! ¡Con usted... Ahora mismo!--exclamó Diógenes  
tendiendo los brazos hacia él, como un niño que llama a su madre.

Y el otro viejo, sin dejar de sonreír, pero rompiendo también a llorar,  
se arrojó en ellos murmurando:

--¡Ochenta y seis años!... ¡Ochenta y seis años esperándote!...

Mientras tanto, la marquesa de Villasis y el otro padre habíanse salido  
del cuarto, y aquel explicaba a la dama la historia del viejo. El padre  
Mateu había conocido a Diógenes muy pequeñito, en el Colegio de Nobles,  
y enterado de que se hallaba moribundo en Zumárraga, pidió permiso al  
superior para ir a auxiliarle; negósele este, temeroso de que en su edad  
avanzadísima le costara aquella obra de caridad la propia vida, mas el  
anciano instóle con tanto afán, suplicóle con tal ahínco, asegurándole  
con convicción tan profunda que Dios le había conservado ochenta y seis  
años sólo para aquello, que el superior no pudo menos de darle gusto.

A través de la puerta cerrada oíanse a veces los sollozos de Diógenes, y  
escuchábanse otras los gritos de horror que él mismo se inspiraba a sí  
mismo, seguidos del llanto de la contrición, desolado, abundante, pero  
dulce y sin amargura, como lo es el de todo dolor que se apoya en la fe  
y en la esperanza. Sonó al cabo de una hora una cam

panilla dentro del  
cuarto, y la marquesa y el otro jesuita se apresura  
ron a entrar... El  
padre Mateu estaba sentado a la cabecera del lecho,  
extenuado y  
jadeante, como si en aquella hora escasa hubiera pe  
rdido el corto resto  
de fuerzas que le quedaban. Dos hilos de lágrimas q  
ue iban a perderse en  
sus blancas patillas brotaban de los ojos de Diógen  
es; con una leve  
señal llamó a la marquesa, y díjole al oído con sen  
cilla expresión de  
gozo inefable:

--Dice el padre Mateu... que Dios me ha perdonado..  
.

Y luego, con el profundo desprecio del pecador que  
se considera a sí  
mismo, con la cristiana humildad del hombre que se  
ve a dos pasos de  
convertirse en tierra, añadió muy bajo, como si fue  
ra su voz un débil  
quejido, queriendo y no pudiendo levantar una mano  
para golpearse el  
pecho:

--¡A mí!... ¡A mí!

Hizo entonces el otro jesuita que el padre Mateu se  
volviese a Loyola  
antes que cerrase la noche, acompañándole don Feder  
ico en el coche que  
esperaba, y los dos ancianos, los dos moribundos, s  
eparáronse sin pesar,  
como dos amigos que en el dintel de un palacio en q  
ue han de entrar por  
puertas distintas se estrechan la mano diciéndose:  
¡Hasta luego!...

Pensóse entonces en traer el santo Viático al enfer

mo, y este acogió la noticia entornando los ojos con humildad profunda, diciendo siempre:

--¡A mí!... ¡A mí!...

De allí a poco vio la marquesa agitarse mucho, gemir profundamente, revolver los ojos azorados; acercóse a él... Habías él olvidado un pecado muy gordo, muy gordo..., y antes que tuviera tiempo la dama de llamar al padre, decíale ya él con gran trabajo:

--Yo..., por divertirme..., por fastidiarle..., escribía todos los días una carta a Frasquito... diciéndole: ¡Mentecato!... ¡Cuatro meses le escribí!... Cuando Jacobo volvió de Italia, dejé de hacerlo... Me lo pidió él: decía que le interesaba... Tú le pedirás perdón a Frasquito... ¡Me pesa! ¡Me pesa!...

Llegó el Viático, y recibiólo el enfermo con muchas lágrimas y cierta especie de pavor afectuoso y humilde, que le hacía repetir de continuo:

--¡A mí!... ¡A mí!...

Entonces pidió la extremaunción, y dijéronle que ya la había recibido la víspera; mas él, con gran sencillez, quiso recibirla de nuevo.

--Si no me enteré--decía--. Que me la den otra vez; así iré más limpio.

A las siete hallábase aún bastante entero, y dando una gran voz de repente, llamó a Monina... La marquesa hizo traer a



la niña y púsola,  
como por la mañana, frente a él, encima del lecho;  
la inocente criatura  
agarrábase asustada al cuello de su abuela y miraba  
al enfermo con los  
ojos muy abiertos, sorprendida y silenciosa, sin atreverse a llorar. El  
moribundo quiso levantar una mano y no pudo; miró a  
la niña con ternura  
inmensa, y haciendo un penoso esfuerzo, dijo:

--Yo te enseñaré... \_Bendita sea tu pureza\_... Dilo  
.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas y su pechito comenzó a  
estremecerse como el de un pájaro asustado; su abuela le dijo al oído:

--Dilo, hija mía... Si lo sabes tú, dilo...

La niña cruzó las manitas y comenzó su oración, repitiéndola Diógenes en  
voz baja, muy lenta, con cierta especie de solemnidad augusta que  
recordaba las notas de un órgano acompañando el canto de un ángel:

Bendita sea tu pureza  
Y eternamente lo sea,  
Pues todo un Dios se recrea  
En tu graciosa belleza.  
A ti, celestial Princesa,  
Virgen sagrada María,  
Yo te ofrezco en este día  
Alma, vida y corazón.  
Mírame con compasión...

Apagóse aquí la voz de Diógenes, y oyóse tan sólo la temblorosa voccecita  
de Monina, que por un infeliz error o por una inspiración del cielo,

equivocaba el último verso:

¡No \_le\_ dejes, Madre mía!

Diógenes ya no la oía: comenzaba entonces el estertor, y su angustioso resuello interrumpíase a veces por más de un minuto. Lleváronse a la niña; la marquesa y el jesuita se arrodillaron y comenzaron a rezar la recomendación del alma; a las once menos cuarto, sin ningún estremecimiento, sin verdadera agonía, sin soltar de las manos el crucifijo, abrió un poco la boca y expiró.

A la otra mañana, cuando después de la solemne misa de \_réquiem\_ que hizo celebrar la marquesa en Zumárraga, volvió el jesuita a Loyola, oyó que las campanas de la iglesia tocaban también a muerto... Había fallecido aquella noche el padre Mateu; encontraronle al amanecer ya frío, tendido en su lecho. Tenía en las manos el rosario y vagaba aún en sus labios su pura sonrisa de niño; sobre su frente, amarilla como el marfil antiguo, un nimbo de cabellos blancos realzaba el tipo más peregrino de belleza moral que puede fingirse el hombre: la inocencia con la cabeza blanca...[19]

[Nota 19: La muerte de este santo anciano, acaecida al mismo tiempo que la de la persona que auxiliaba, es un hecho rigurosamente histórico.]

--III--

Muchos y graves sucesos habían tenido lugar desde que al terminar el libro anterior dejamos a Jacobo camino de Italia, hasta que hemos vuelto a encontrarle en la carretera de Guipúzcoa, guiando, al lado de Currita, el \_mail-coach\_ con seis caballos. Y fue el primero la aparición de un extraño fenómeno a las puertas de Madrid, que vino a causar al marqués de Villamelón un pavor tan grande, como no lo causó nunca Catilina a las puertas de Roma, ni Mahomet II a las de Constantinopla, ni Isabel la Católica a las de Granada, ni Guillermo I a las de París. ¡La trichina!...

Aquello era un dolor y un horror; tener que renunciar con severidad israelítica al jamón extremeño, rosado y aromático, y al salchichón de Génova, matizado como un mosaico, o exponerse a tragar el endiablado microbio que el atribulado Fernandito seguía con la imaginación en todas sus transformaciones, viéndole alargarse, alargarse hasta convertirse en tenia, y engordar, engordar luego hasta trocarse a costa de los jugos de su estómago en una serpiente boa, igual a las que había visto tragarse gallinas y conejos y aun cabritos, con la facilidad con que se tragaba él, una tras otras, un barrilito entero de aceitunas sevillanas.

Sucedía esto a los ocho o diez días de la repentina

marcha de Jacobo, y  
entre aflicciones de espíritu, quebrantamientos de  
estómago y apreturas  
de entendimiento, recibió Villamelón una cariñosa c  
arta de este tierno  
amigo, en que, con previsión amorosísima y delicade  
za exquisita, le  
enviaba una receta infalible contra la trichina, re  
cogida de los labios  
mismos de los hermanos Tramponetti, fabricantes de  
embutidos en la  
salchichonesca Génova. La receta era bien sencilla:  
bastaba pasar tres  
veces por el hervor de agua ordinaria las carnes de  
cerdo y los  
utensilios en que hubieran estas de cocinarse. Fern  
andito, creyéndose en  
posesión de un talismán precioso, corrió a dar la n  
oticia a su cara  
esposa Currita, dispuesto a pasar por agua todos lo  
s jamones de su  
despensa, todas las cacerolas de su cocina y todos  
los pinches de ella,  
con el cocinero a la cabeza. ¿Y por qué no?... Días  
antes relataba un  
periódico que el emperador de Birmania había mandad  
o enterrar vivas a  
setecientas personas para aplacar los espíritus dia  
bólicos que habían  
esparcido por sus Estados la viruela negra. ¿Por qu  
é no había él de  
hervir a un cocinero y tres pinches para librar de  
la trichina a su  
persona y a la de sus deudos y amigos?

Currita recibió la noticia con frialdad aterradora  
y negóse rotundamente  
a hacer uso de la receta, con cierta especie de ren  
corosa terquedad,  
impropia del caso; también ella había recibido aque  
l día carta cariñosa  
de Jacobo, fechada asimismo en Milán, hablándole va

gamente de grandes  
peligros y grandes negocios, y prometiéndole, con la  
a fatua seguridad de  
quien presume ser esperado con ansia, el gozo imponderable de su próximo  
regreso y la explicación satisfactoria de su repentina  
marcha.

--¡Excelente amigo!--exclamaba Villamelón--. Ahora  
mismo voy a  
contestarle dándole las gracias...

Currita abrió la boca con un gesto de ira como para  
decirle algo, y  
dominándose repentinamente, la volvió a cerrar, diciendo a poco con su  
suavidad acostumbrada:

--Pues mira... mándame la carta y le pondré yo cuatro  
letras; así me  
ahorro de escribirle largo...

Media hora después presentábale un lacayo en una bandeja de plata la  
carta de Fernandito, y la dama, después de leerla, hízola mil pedazos  
con extraños gestos de rabia... Otras dos cartas de  
Jacobo habían  
llegado en aquel mismo día a la corte: una larga y  
enfática para el  
marqués de Butrón, llena de mentiras y enredos, que  
sin engañar del todo  
al presuntuoso diplomático, hicieronle comprender que  
lejos de  
emanciparse el joven Telémaco de su tutela, la necesitaba más que nunca,  
y podía, por tanto, seguir explotándole en sus trabajos políticos. Había  
leído en La Bruyère, y hecho suya, aquella sentencia muy común entre  
políticos y no políticos, que despojaba él del tinte de finísima ironía

con que su autor la escribe: «Aun los Grandes y ministros mejor intencionados necesitan tener a su lado bribones; su uso es muy delicado y se necesita saber manejarlos, pero hay ocasiones en que no pueden ser suplidos por otros. Honor, virtud, conciencia, cualidades siempre respetables y a menudo inútiles. ¿Qué queréis a veces que se haga con un hombre de bien?».

Era la otra carta, larga también, para el tío Frasquito, escrita con grandes visos de misterio, asegurándole haber conjurado el peligro a fuerza de astucia y de dinero, y prometiéndole la completa extirpación del misterioso «¡Mentecato!» en cuanto llegara él a Madrid y pudiera comunicar a las logias las órdenes que de Italia llevaba. Firmaba esta carta con un nombre supuesto, no ponía en ella fecha a ninguna, y encargábale mucho quemarla después de leída y aventar luego las cenizas. Hízolo así el tío Frasquito, lleno de miedo, y creyendo ya poder aventurarse a salir con algunas precauciones, presentóse aquella noche en casa de Currita, en el taller de las hilas, tosiendo lastimosamente y ofreciendo a todas las damas caramelitos de rosa, único remedio para la horrible tos que le había dejado el pertinaz catarro.

Currita no contestó a Jacobo, y extrañado este, tornó a escribirle, sin obtener tampoco respuesta. Alarmóse entonces el futuro ministro y escribió a Butrón pidiéndole categóricas explicacio

nes de aquel  
obstinado silencio que le hacía sospechar en la dam  
a algún  
resentimiento, peligroso siempre y funesto en aquel  
las circunstancias,  
en que la amistad íntima y la repleta caja de los c  
onsortes Villamelón  
le eran de todo punto indispensables.

Con mensurado tono y severidad paterna contestó ent  
onces \_el sabio  
Mentor\_ al \_joven Telémaco\_, enterándole del regalo  
hecho por  
mademoiselle de Sirop a la \_kermesse\_, del justo en  
ojo de Currita al  
recibir aquel ultraje, que revelaba la traición del  
amigo íntimo a quien  
tantos beneficios había prodigado, y de la ferocida  
d con que las lenguas  
murmuradoras se habían echado sobre la aventura, co  
mentándola y riéndola  
a mandíbula batiente. El \_sesudo Mentor\_ terminaba  
con protectora  
solicitud y paternal indulgencia: «Tu ligereza ha s  
ido grande; pero  
inventa una disculpa, apresúrate a venir y tratarem  
os de arreglarlo».

Jacobo no se hizo repetir el aviso, y cinco días de  
spués \_el joven  
Telémaco\_ y \_el sabio Mentor\_ se presentaban en el  
\_boudoir\_ es decir,  
abordaban a las playas de la isla de Ogigia, retiro  
encantador de \_la  
invulnerable Calipso\_... La escena debió de ser con  
movedora; mas ninguna  
ninfa hizo traición a la diosa, revelando lo que oy  
ó o pudo ver en la  
misteriosa gruta, e ignórase al presente cómo llega  
ron los tres  
personajes a la perfecta avenencia que todo Madrid  
pudo observar desde

entonces entre ellos. Corrió, sin embargo, a los pocos días por los periódicos la noticia de que el marqués de Sabadell había acusado de ladrona ante los tribunales a cierta aventurera francesa llamada mademoiselle de Sirop; súpose más tarde que esta había desaparecido, y murmuróse, por último, muy sotto voce, que el mismo marqués, su acusador público, la tenía escondida en su casa: nadie pudo comprobar, sin embargo, la exactitud de este hecho inexplicable.

Las cosas quedaron, pues, como estaban un mes antes y tan sólo Jacobo pudo notar en Currita, con hartazgo suyo, esa extraña anomalía de la mujer, que consiste en mostrarse servilmente sumisa con el hombre que la oprime y ferozmente tirana con el que se le somete: rasgo a la verdad poco noble, que hace común san Ignacio de Loyola en su famoso libro de los Ejercicios al mismísimo demonio, con estas textuales palabras: «El enemigo se hace como mujer, en ser flaco por fuerza y fuerte de grado...». Mientras en sus relaciones íntimas con la dama se mostró Jacobo duro y despótico, imponiéndole en todo su voluntad como dueño, hallóla siempre dócil y sumisa, pronta a sacrificarse por él y a prestarle todos los homenajes, con la humildad del pobre que al quemar ante el ídolo su incienso no espera ni pide otra recompensa que la satisfacción de verlo aceptado. Mas cuando, por las circunstancias que quedan referidas, tuvo Jacobo que humillarse a ella y mostrársele



rendido y avasallado, crecióse Currita al punto, y sin disminuirle en nada su íntima confianza, ni cercenarle tampoco los continuos y siempre indecorosos beneficios que le prodigaba, comenzó a dejarle sentir su yugo, a hacerle comprender que ella era allí la dueña absoluta, y a saciar su vanidad, primer elemento que en todos los actos de su vida y todos los sentimientos de su corazón entraba, presentándole a los ojos del mundo, vencido, sujeto y atado, como un hermoso rey prisionero, a las ruedas de su carro.

Por lo demás, nunca supo nadie lo que había hecho Jacobo en Italia; guardóse él muy bien de decirlo, y con muchas y variadas mentiras explicó a todo el mundo los motivos de su ausencia, quedando esta nueva aventura envuelta en las nubes vagas e indecisas que habrá notado siempre el lector, así en las cosas como en el carácter de este histórico personaje.

Era, sin embargo, cierto que había visitado en Capri a Garibaldi, y confiándole una peregrina historia que explicaba por completo la desaparición de los papeles, sin culpa de nadie, por supuesto. Mas el viejo mamarracho, sin guardar siquiera memoria de aquello, encogióse de hombros al oírle, y seducido por la labia de Jacobo, ofrecióle cordialmente cartas comendaticias para los venerables de Milán y de España que le pusieran a cubierto de todo recelo. Aceptólas Jacobo

gozosísimo, creyendo ya con esto conjurado el peligro, y gastóse alegremente en excursiones por Italia todo su dinero, dejándose en la ruleta de Mónaco hasta el último céntimo del que había sacado al tío Frasquito. Las noticias del \_sabio Mentor\_ hiciéronle apresurar su vuelta a España, y engolfándose de nuevo a su regreso en su antigua vida ordinaria de crápula elegante y vagancia aristocrática, interrumpida a veces por solemnes intervalos políticos, quedáronsele en la gaveta las cartas de Garibaldi, pasósele el susto que le había llevado a Italia, y en su impresión natural de niño revoltoso, no volvió a acordarse de los masones, juzgando que también ellos le tendrían olvidado.

Mientras tanto, los trabajos alfonsinos tocaban a su término, y Jacobo, creyendo haber pagado a buen precio con la entrega de sus papeles el logro de sus ambiciones, importunaba de continuo a Butrón y hacía presente a todas horas en el centro de hombres políticos que dirigían los trabajos del partido, en demanda de una cartera que jamás se le había prometido en serio, pero que se le había hecho vislumbrar a lo lejos como precio de su hurto, en los tiempos en que era la consigna barrer para adentro. Mas había llegado ya la hora de barrer para fuera, y el taimado Butrón levantaba con disimulo la escoba para sacudir \_al joven Telémaco\_ el primer escobazo, sin echar de ver que otra escoba más poderosa se levantaba también a su espalda con la i

dea deliberada de  
ejecutar con él la misma maniobra. La estrategia de  
unos y otros era  
graciosa: comenzaban ya a organizarse las combinaci  
ones ministeriales, y  
en todas ellas hacíase el papel, delante de Butrón  
y delante de Jacobo,  
de reservarles a uno y otro las ansiadas carteras;  
mas volvía la espalda  
el \_joven Telémaco\_, y decían todos \_al prudente Me  
ntor\_, y este era el  
primero en afirmarlo, que era una temeridad, un des  
crédito para el  
partido dar entrada en el futuro gabinete a un bota  
rate, un loco sin  
decoro como Sabadell, y que la cartera que este esp  
eraba había de darse  
al señor Fernández Gallego, hombre probo, orador fa  
moso, capaz de  
desatascar un carro, cuanto más a un Gobierno, con  
sólo hacer oír en las  
orejas del tiro los rotundos períodos de su enérgic  
a palabra.

Así quedaba convenido; mas tocábale la vez al respe  
table Butrón de  
volver la espalda y decíanse todos entonces que era  
una necesidad, una  
pifia, desperdiciar una cartera en aquel pobre homb  
re, político  
mujeriego, que debía de contentarse, a lo más, con  
una plenipotenciaria,  
pudiendo emplearse aquella, si no con honra, a lo m  
enos con provecho, en  
el señor don Eusebio Díaz de la Laguna, pajarraco g  
ordo en tiempo de  
Amadeo, que, como acontece en todas las restauracio  
nes, habíase pasado  
con armas y bagajes al bando alfonsino en cuanto vi  
slumbró en él la  
aurora del triunfo, ejecutando una de esas maniobra  
s que en la farisaica

jerga de los hombres gubernamentales se llaman \_cambios políticos\_,  
debiendo de llamarse charranadas o vilezas. Su entrada en el ministerio  
había de ser un poderoso puntal que aparcase las tendencias tolerantes y  
olvidadizas de la política restauradora.

Al olfato finísimo del señor Pulido habían llegado todos estos apartes,  
y apresuróse a notificarlos al amigo Pepe, temeroso de perder la  
deslumbradora proyección que sobre su persona y parentela arrojaría la  
poltrona ministerial de este. Entróse, pues, una mañana en casa del  
respetable Butrón, nervioso y descompuesto, y con las falanges de su  
dedo índice ya desplegadas y la frase sacramental-- ¡lo dije!--, colgando  
de los labios, traspasó el misterioso biombo de nueve hojas que servía  
de reducto con el despacho a los secretos del diplomático. Allí estaba  
este, sumido en profundas meditaciones ante unos papeles que debían  
encerrar altos secretos de Estado, de los cuales apartó los ojos tan  
sólo un segundo para mirar al recién venido, murmurando con aire  
distráido:

--¡Hola, Pulidito!...

Mas Pulidito, alargando el inexorable dedo indicador, cual si fuesen sus  
falanges elásticas, y agitándolo de arriba abajo con la fatal oscilación  
de un péndulo acompasado, exclamó con temeroso acento:

--¿Lo ves, Pepe?... ¿Lo ves?... ¡Lo dije!... ¡Lo di

je!...

--¿Qué?--replicó Butrón con el aire resignado de quien se prepara a recibir un importuno chubasco.

--¿Qué?--replicó el señor Pulido en el mismo tono-- . Pues nada... ¡que te birlan la cartera, Pepe, que te la birlan!...

Y al compás de las oscilaciones de su dedo, comunicó el diplomático sus noticias alarmantes... El respetable Butrón no se conmovió ni pizca.

¿Acaso era él bobo?... Al tanto estaba de todos aquellos manejos; pero callaba, callaba y hacía la vista gorda, porque tenía la seguridad--y

su vanidad inmensa se la daba, en efecto--de que el futuro gabinete no

podría prescindir de su persona y sus servicios...

En cuanto a Sabadell,

era otra cuestión: habíase forjado ilusiones absurdas, que en el futuro

orden de cosas era imposible realizar. Sabadell era un loco, un

mentecato que había prestado por carambola algunos servicios al partido,

pero que no era de la madera de que la Restauración había de hacer sus

ministros; hubiera podido serlo con un Prim o con un Serrano, pero nunca

con un Cánovas del Castillo y con un Butrón...

Detúvose aquí el diplomático con solemne pausa, y añadió

sentenciosamente:

--Todo árbol es madera, pero el pino no es caoba...

En mi opinión, ni

Sabadell puede ser ministro, ni yo puedo dejar de serlo.

El dedo del señor Pulido comenzó a subir y bajar con riesgo manifiesto de descoyuntarse, cual si marcaran sus oscilaciones los grados de impaciencia de su dueño.

--¿Y crees tú, Pepe, que el señor Cánovas del Castillo será de tu misma opinión?...

Miróle el diplomático con aire de lástima y díjole al cabo:

--Mira, Pulidito, hijo mío, creo que no soy del todo imbécil... Cánovas no da un paso sin contar antes conmigo.

--¿Y ha contado contigo para proponer la candidatura del señor Díaz de la Laguna?...

Pasmóse interiormente el gran \_Robinsón\_, porque ignoraba por completo que semejante candidatura se hubiera presentado; mas pareciéndole contrario a su decoro manifestar ignorancia, y cediendo a su hinchada vanidad, que le llevaba siempre a disfrazarlo todo con solemnes mentiras y enigmáticos conceptos, a fin de mantener en alza su crédito político, replicó imperturbable.

--Ha contado.

--Entonces...

--Entonces, puedo asegurarte que el señor Laguna quedará siempre rana del pasado charco.

Y dando una gran palmada con su mano de Esaú, extendida sobre los papeles que tenía delante, dijo solemnemente, con cierto aire de reserva dignísima que indicó al señor Pulido que tras el biombo de la mesa estaba el biombo de las cejas del diplomático, custodiando dentro de su frente arcanos misteriosos que a él no le era dado penetrar:

--Mira, Pulidito, dejemos ya eso... Los secretos míos puedo confiarlos a un amigo; los ajenos, jamás... Para tu tranquilidad y tu gobierno, te diré, sin embargo, dos cosas... Primera, que anoche estuvo Antonio Cánovas conferenciando conmigo en esa misma silla en que estás sentado, hasta las cuatro de la mañana...

Hizo el respetable Butrón un alto, para dejar saborear al señor Pulido la gordísima mentira, y prosiguió diciendo:

--Segunda..., que al despedirse Cánovas, me entregó este proyecto de tratado secreto con Alemania--y golpeaba los papeles que tenía delante--, y necesito para estudiarlo... tiempo y soledad...

Quedóse tamañito el señor Pulido ante el perfil de perro dogo de Bismarck que las palabras del diplomático evocaban sobre la mesa, y comprendiendo que se le recordaba con aquel elegante giro que el undécimo mandamiento de la ley de Dios es no estorbar, despidióse esta vez con el dedo índice muy plegadito, medrosico y esperanzado, mas no

sin echar antes una ojeada furtiva al proyecto de tratado secreto con Alemania, que la extendida mano del diplomático parecía proteger contra todo amago de curiosidad. Algo atisbó, sin embargo, que vino a despertarle la sospecha de que el tal proyecto de tratado secreto no era precisamente con el Gobierno alemán, sino con la repostería de Lhardy, poderosa potencia gastronómica de la Carrera de San Jerónimo: entre los peludos dedos del diplomático asomaba por una esquina la viñeta de las cuentas del célebre Emilio.

Mas no era el señor Pulido hombre que, una vez puesto en la pista, retrocediese ante ningún peligro ni reparo; fuese, pues, derecho a casa de Lhardy y preguntóle si el señor marqués de Butrón tenía en su repostería alguna cuenta pendiente. Emilio, creyendo sin duda que aquel señor vendría a pagárselas, díjole que tenía cuatro, de las cuales era la más antigua la del buffet de un baile dado tres años antes en honra de Currita, y que el día anterior se las había remitido todas juntas por centésima vez, sin haber logrado aún cobrar ninguna. Enderezóse entonces el dedo del señor Pulido con la fuerza de una catapulta, y atónito Emilio, oyóle exclamar dos veces:

--¡Lo dije!... ¡Lo dije!...



Amaneció por fin el día 29 de diciembre de 1874, y a las once y cincuenta y seis minutos de la mañana, el ministro de la Guerra, Serrano Bedoya, saltaba violentamente de la cama, como había de saltar veinticuatro horas más tarde, violentamente también, de la poltrona ministerial... Anunciábale un telegrama del gobernador militar de Sagunto que el general Martínez Campos había proclamado rey de España al príncipe Alfonso, en las Ventas de Puzol, al frente de la brigada Dabán. Alborotóse el Gobierno, reunióse al punto Consejo extraordinario en el ministerio de la Guerra y tomóse por primera providencia la de echar el guante al señor Cánovas del Castillo y a otros muchos personajes de cuenta, entre los que se contaban el señor Pulido, el joven Telémaco y el respetable Mentor\_. Encerráronles por de pronto en el Saladero, con la sana intención de enviarles más tarde, una vez sofocada la intentona, a tomar camino de Filipinas los saludables aires de mar. La cortesanía del gobernador de Madrid, señor Moreno Benítez, proporcionóles horas después mejor alojamiento en el Gobierno civil; mas fuese pérfida intriga de los amigos o cruel ensañamiento de los contrarios, es lo cierto que los tres compadres, Jacobo, Butrón y Pulido, quedaron presos en el Saladero, pasando entre temores y sobresaltos todo el día 29 y también el 30, hasta que en la madrugada de este, muy cerca ya del alba,

abrióronse ante ellos las puertas de su prisión, para cerrarse ante sus ojos la puerta de sus esperanzas... A las nueve y cuarto de aquella misma noche, hundido para siempre el Gobierno de la Revolución, había quedado investido de todos los poderes el capitán general de Madrid, don Fernando Primo de Rivera, y puestos al punto en libertad los prohombres alfonsinos detenidos en el Gobierno civil, apresurándose a nombrar un ministerio-regencia, del cual formaban parte el Gallego y el Laguna, quedando excluidos, por supuesto, \_el joven Telémaco y el respetable Mentor\_[20].

[Nota 20: Formaban este primer gabinete alfonsino, bajo la presidencia de don Antonio Cánovas del Castillo, los señores Castro, Cárdenas, Jovellar, Salaverría, marqués de Molins, Romero Robledo, Ayala y marqués de Orovio. Excusado nos parece advertir que, al fingir nosotros un señor Gallego y un señor Laguna formando parte de este Ministerio, no aludimos para nada a ninguno de los señores que en realidad lo formaron. Y ya que de alusiones hablamos, bueno será hacer constar, una vez más, que yerran por completo los que han creído ver en algunos personajes de la presente novela retratos de personas harto conocidas, que sin duda lo fueron muy poco de los que tal juzgan, cuando encuentran semejanza entre unos y otros. Nuestros personajes no son retratos de individuos determinados, sino tipos de caracteres sociales;

y si puede halagar la vanidad del artista que resulten sus creaciones tan reales que no pueda concebírselas sin un modelo vivo, debe de repugnar ala delicadeza y aun a la conciencia del escritor honrado al convertir por este medio un libro escrito con altos fines morales en un intencionado libelo.]

Quedóse este anonadado, púsose Jacobo furioso, y el señor Pulido, sin fuerzas para enarbolar el dedo indicador, sin alientos para murmurar--¡lo dije!--, enmudeció como Casandra a la vista de Troya destruida y Grecia triunfante. Butrón bufaba, Pulido gemía, Jacobo echaba ajos, y entre peroratas enérgicas, amargos reproches, violentas reclamaciones y planes de campaña propuestos para derrocar aquel Gobierno que les había estafado, pasáronse algunos días, hasta que desembarazado algún tanto el ministerio-regencia con la llegada del joven monarca, pudo al fin dar vuelta a la llave de la despensa, y enarbolando la rama de sustanciosos dátiles, que ha venido a sustituir a la de olivo, antiguo símbolo de la paz, comenzó a distribuir puestos, honores y destinos entre sus diversos paniaguados, tocándole a Butrón una plenipotenciaria de primer orden. Hízose de rogar este cuanto sufría por una parte la prudencia y exigía por otra el decoro, y teniendo en cuenta sin duda que a buena hambre no hay pan duro, que a falta de pan buenas son tortas y que más vale pájaro en mano que buitre volando,

marchó al fin resignado y majestuoso a representar en tierra extranjera la persona de Alfonso XII. Hubo también una dirección de segundo orden para el señor Pulido, y ofrecióse a Jacobo otra plenipotenciaria igual a la aceptada por Butrón. Mas \_el joven Telémaco\_ era hombre capaz en sus rencores de comprender y practicar aquella venganza de los chinos, que consiste en ahorcarse a la puerta de su adversario para atraer sobre él la cólera celeste y el odio de los ciudadanos; lleno, pues, de saña, rechazó con altivez la oferta, y creyendo alcanzar por sus propias fuerzas lo que de grado no le habían querido dar, alistóse de nuevo entre sus antiguos amigos los revolucionarios aún no resellados, que capitaneaba a la sazón el excelentísimo Martínez y prometían formar una oposición formidable el día en que se decidieran a reconocer la monarquía de Alfonso XII. Recibiéronle ellos como a un Hércules bajado del cielo para emprender de nuevo a su lado los dociles trabajos sobre la tierra, y en el momento en que le encontramos volviendo de Biarritz al lado de Currita, traía ya lograda, con ayuda de esta fiel amiga, la senaduría vitalicia, altísima tribuna desde donde pretendía escalar, al lado del excelentísimo Martínez, el Olimpo ministerial, una vez efectuada la temida y esperada maniobra que con gran sigilo preparaba el taimado \_buey Apis\_.

A poco presentaba Madrid su animado aspecto de invierno, y dos sucesos

trascendentales ocupaban la atención de los políticos y los elegantes:  
la apertura de las Cortes y el casamiento del monarca. Prometía la primera campañas parlamentarias nunca vistas; hacía esperar el segundo diversiones y regocijos jamás disfrutados, y unas y otros discutíanse y aun preparábanse en los salones de Currita, centro por aquel tiempo de los más importantes hombres políticos de la futura oposición dinástica, a la vez que de lo más *\_gommeux\_*, lo más *\_poisseux\_* de la alta sociedad madrileña. Sus *\_après dîners\_* de los viernes llegaban a tener fama, y con igual facilidad se concertaba en ellos un gabinete que se desconcertaba un matrimonio, se ganaba un diputado para la oposición que se perdía una muchacha para siempre, minada al amparo bienhechor de la dama, por esa galantería de algunos salones, que llama un autor, nada asustadizo por cierto, *\_trabajo de zapa\_* que el vicio emplea para minar la virtud\_. Pedro López comparaba en *\_La Flor de Lis\_* el salón de Currita con aquellas famosas tertulias que comenzaron en el hotel Rambouillet y acabaron con madame Staël, Recamier, Tallien y Girardin; y ciertamente que si no se encontraba en aquel como en estas la culta y amena conversación y la urbanidad más exquisita de antaño, que ha venido a ser hoy entre damas y caballeros como atributo exclusivo de las pelucas empolvadas y las chorreras de encaje, encontraba de igual modo aquel principio disolvente de toda moral, que consiste en tolerar y

autorizar el escándalo.

Viose entonces claro como nunca la funesta influencia que ejerce en una sociedad entera una de esas reinas de la moda que comienzan escotando los trajes y acaban escotando las costumbres; que empiezan imponiendo el yugo de sus elegantes extravagancias y terminan imponiendo el de sus desvergonzados vicios; que familiarizan con el escándalo y lo hacen tolerable y de buen tono hasta a los ojos de las personas virtuosas, que llegan a contemplar sin extrañeza, sin rubor y sin protesta, espectáculos como el que ofrecía Currita haciendo los honores de su casa con distinción elegantísima, en compañía del marqués de Sabadell, mientras sus hijos yacían olvidados, cada cual en un colegio, y Villamelón, reblandecido ya casi por completo, jugaba al béisbol o al tresillo con las celebridades del momento, o tentaba la paciencia de sus tertulianos encerrado, como en un círculo vicioso, en sus ordinarios tópicos de conversación: el combate \_terro-naval\_ de Cabo Negro, los prodigios de su cocinero, los adelantos de su fotografía, las ventajas de la incubación artificial de los huevos de gallina, o las extrañas peripecias del doctor Tanner y el italiano Succì, que, con gran pasmo suyo, parecían haber resuelto el problema, para él horripilante e incomprensible, de vivir sin comer.

Un nuevo escándalo, iniciado y meditado en casa de Currita y llevado a

efecto a la sombra de esta, y quizá, quizá bajo su  
protección misma,  
vino a probar a las personas sensatas que tan peligrosa  
es la proximidad  
del vicio, que aun sin estar de él contaminado, se  
respira en su  
atmósfera cierta ponzoña que trastorna y extravía,  
y hace al cabo  
resbalar y caer... Margarita Belluga, una de las jó  
venes que al pisar  
por primera vez los salones del gran mundo había ll  
amado más la atención  
por su candor y su pureza, desapareció un día súbit  
amente de casa de  
sus padres, para aparecer a poco en Italia, \_magna  
parens artium\_, y  
refugio insondable de pillos de todas las naciones,  
casada con Celestino  
Reguera, el pintorzuelo cómplice de Currita en sus  
atentados pictóricos,  
que había conservado siempre la dama a su lado, par  
a alumbrar su corte  
con los resplandores de un genio, a la manera que F  
ilipo mantenía en la  
suya a Aristóteles, y Augusto a Virgilio, y Carlos  
V a Garcilaso, y Luis  
XIV a Molière.

Comenzaron entonces las lamentaciones y las extrañe  
zas, los comentarios  
y los sobresaltos, y la murmuración no fue ya el ru  
ido de una ola al  
reventar en la playa, sino que cundió y se hizo for  
midable, y resultaron  
todos los imponentes estrépitos del mar batiendo la  
s costas... Mas a  
pesar de que todo el mundo vio claro el viento que  
había desatado  
aquella tormenta y los polvos de que salían aquello  
s lodos, tan sólo dos  
de las muchas madres honradas que acudían a los sar  
aos de Currita

dejaron de llevar allí a sus hijas; tan sólo uno de  
los muchos maridos  
con decoro que a ellos concurrían retrajo a su muje  
r de aquella casa  
funesta a que se hacía necesario acudir, porque...  
porque... se pasaban  
allí ratos deliciosos, era la dama quien fijaba en  
sus salones las leyes  
del buen tono, y el ser admitido en su casa era un  
brevet de elegancia y  
de notoriedad.

Mas un día corrió por Madrid una noticia estupenda,  
que se escuchó al  
principio como un absurdo inventado por algún ocios  
o del Veloz;  
concediósele más tarde la verosimilitud que hubiera  
merecido la de que  
Sagasta cantaba misa o el Gran Turco se había hecho  
monje bernardo, y  
extendióse al fin como un hecho inverosímil, pero c  
ierto, absurdo, pero  
verdadero, desde los salones hasta las antesalas, y  
desde los pasillos  
del Congreso hasta los de los teatros, llenando a t  
odo el mundo elegante  
de asombro, de extrañeza y de curiosidad. La imagin  
ación siempre  
exaltada de los madrileños aderezó el hecho con int  
erpretaciones y  
comentarios, y unos vieron en él un manejo político  
, otros una rivalidad  
femenina, algunos una señal de reconciliación entre  
el mundo devoto y el  
profano, y varios, los que se decían más enterados  
y eran más hábiles en  
aquello de ajustarle las cuentas al prójimo, vieron  
, por el contrario,  
una emboscada peligrosa que la más inflexible de la  
s beatas tendía a la  
más tolerante de las pecadoras; un reto del calenda  
rio piadoso a la



mitología pagana; un combate singular entre la marquesa de Villasís, que arrojaba el guante, y la condesa de Albornoz, que se apresuraría sin duda a recogerlo.

Porque era el caso que habían circulado por ciertas casas privilegiadas de la alta sociedad madrileña unas lindas tarjetas litografiadas, en que la marquesa de Villasís anunciaba a sus numerosos amigos que abría las puertas de sus salones, y fijaba como día de recepción--¡aquí estaba el busilis!--el mismo fijado por Currita: ¡los viernes!... La noticia llegó a casa de esta un miércoles por la noche, estando presente tan sólo la duquesa de Bara, Carmen Tagle, Leopoldina Pastor y la Valdivieso; algunos señores mayores jugaban al tresillo, y en la sala de billar oíanse a lo lejos los secos golpes de las bolas y los tacos. Currita recogió, en efecto, el guante, y puesta en guardia al punto, manifestó su asombro con ingenua sencillez de cándida tortolilla.

--¿De veras?... ¡Cuánto me alegro!... Supongo que habrás convidado a las novicias del Sagrado Corazón...

Rieronse todos a carcajadas, y ella, muy extrañada de aquellas risas, prosiguió diciendo:

--Pues no lo digo de burlas... Creed que lo decía sin ningún \_arrière-pensée\_... Como María es tan piadosa y suele darle a todo un tinte devoto...

--¡Pues claro está!--replicó muy seria la de Bara--  
. Por eso ha  
convidado también a los congregantes de San Luis.

--Y por lo menos exigirá a los presentados la cédula del cumplimiento pascual.

--Y el certificado de buenas costumbres del cura párroco...

--¡Qué delicia!... ¿Y abrirán el baile rezando el rosario?...

--Como que tocará el cuarteto de la capilla real, y se cantarán en los intermedios los Gozos de san José.

--¡Ya lo creo!... La Villasis sabe hacer bien las cosas, y de seguro que ha pedido al arzobispo indulgencia plenaria para todos sus tertulianos.

--Pero, en suma--dijo al fin Curruta, deteniendo aquella granizada de burlas--, ¿qué es lo que se propone esa pobre María?...

Aquí miró a todas partes con gran misterio el que había traído la noticia, y las cinco señoras alargaron las cabezas y abrieron las orejas con curiosidad intensísima.

--Pues dice..., dice... que se propone recibir a... mujeres honradas...

Un ¡ya! general, preñado de extrañas e intencionadas inflexiones, se escapó de todos los labios, y la Albornoz, abriendo cándidamente los

ojos, dijo con su suave vocecita:

--Pues a mí no me han convidado hasta el presente..  
.

Las señoras soltaron el trapo a reír, y dijeron todas al mismo tiempo:

--Ni a mí...

--Ni a mí...

--Ni a mí...

Leopoldina Pastor no dijo nada; púsose muy encendida, y dando una brusca media vuelta, sentóse al piano y comenzó a tocar furiosamente la antigua canción del \_¡Trágala!\_...

Anocheció por fin el viernes, llegó la hora de comer, y tan sólo trece, de los veinte personajes convidados, se sentaron aquella noche a la mesa de los consortes Villamelón. El número era funesto, y la duquesa de Bara, que supuso al punto la causa de tan repentina baja, dijo muy quedito a su sobrino el duque de Bringas:

--Mal número... ¿Si será esta la \_última cena\_?

--Con tal que no te toque a ti el papel de Judas.

--¡Oh, no, no!... Yo le soy fiel a Curra.

--¿Pero por qué han desertado los otros?

--Pues nada, hijo, que ha habido conjunción de pucheros y el de María Villasis triunfa.

--Será más delicado.

--¡Pchs!... Bizcochitos de monja y tocino de cielo.  
.. Prefiero el de  
Curra: es más sustancioso.

--¿Pues cuál es?...

--\_Olla podrida\_.

Y con tales ganas comenzaron a reír la tía y el sobrino, que casi vinieron a echar por las narices el \_consommé à la Régence\_, servido en magnífica vajilla de plata, con que los ilustres comensales comenzaron a apaciguar sus respectivos apetitos... Con estos augurios funestos dio principio la comida, lenta y desanimada; Villamelón, con gravedad señorial y solemne aspecto, embaulaba en silencio, sin ocuparse gran cosa de la embajadora de Alemania y la duquesa de Bara, que tenía a derecha e izquierda, consultando a cada paso el \_menú\_, impreso con vivos colores en apergaminada vitela, al estilo de los antiguos manuales de la Edad Media, y no satisfecho con esto, preguntando de cuando en cuando con sigilo prudentísimo al criado que le servía:

--¿He comido de todo?...

Frente por frente estaba Currita, teniendo a su derecha al embajador de Alemania, y a su izquierda al excelentísimo señor don Juan Antonio Martínez, \_buey Apis\_ por otro nombre, que olvidando con loable magnanimidad antiguos rencorcillos, era a la sazón íntimo de la dama,

como sustituto del respetable Butrón en el cargo de  
\_Mentor\_ del \_joven  
Telémaco\_. Prodigábase Currita atenciones delicadí-  
simas y hablábale a  
veces en voz baja, con muestras de íntima confianza  
: en una de estas,  
mostróle rápidamente con ademán misterioso un peque-  
ño objeto que había  
sobre la mesa. Entre los mil primores y monerías qu  
e la adornaban,  
veíanse ante el cubierto de cada caballero pequeños  
\_bouquets\_ de  
violetas para el ojal del frac, puestos en diminuto  
s vasitos de cristal,  
ligeros y diáfanos cual si fuesen de aire petrifica-  
do, y teniendo todos  
en el centro una pequeña flor de lis, lindísima mar-  
avilla natural,  
criada a fuerza de cuidados en las estufas de Curri-  
ta. Con significativa  
sonrisa mostróle la dama al \_buey Apis\_ el \_bouquet\_  
\_ que tenía delante,  
y este, sonriendo también, dijo entre dientes, sin  
que ella protestase:

--El diablo son las mujeres...

Entre estos dos grupos principales que ocupaban amb  
as cabeceras  
sentábanse el resto de los convidados: la señora de  
López Moreno, que  
redondeaba a la sazón su inmensa fortuna prestando  
al veinte por ciento;  
la marquesa de Valdivieso, que no atestiguaba ya su  
s sentencias con la  
autoridad de Paco Vélez, sino con la de Fermín Dobl-  
ado; la condesa de  
Balzano, divorciada de su marido y en pleito con su  
s hijos; el duque de  
Bringas, declarado pródigo por los tribunales a ins-  
tancias de su esposa;  
don Casimiro Pantojas, buscando siempre el \_paulot

postfuturum\_ de algún  
verbo griego; dos diputados novatos, cándidos provinci-  
narios todavía, a  
que la ilustre condesa, de acuerdo con el excelentí-  
simo Martínez, tendía  
el anzuelo de sus banquetes para pescarlos en la opo-  
sición futura; el  
espiritual Pedro López, que pagaba su cubierto todo-  
s los viernes con  
algunas columnas de \_La Flor de Lis\_ de prosa \_gela-  
tinesca\_, y el  
marqués de Sabadell, que al notar las siete bajas ha-  
bidas en el número  
de convidados, dirigía a Currita miradas impacientes,  
que hacían en la  
comprimida cólera de esta el efecto que el viento ha-  
ce en el fuego, y  
parecían demostrar en ambos el pesar de ver frustra-  
do en parte algún  
plan que proyectaban.

El berrenchín de Currita igualaba, en efecto, a su  
inquietud, porque  
justamente pertenecían sus convidados prófugos a aque-  
lla parte sana y  
virtuosa de la sociedad madrileña que se complacía  
ella en atraer a su  
casa para acallar con el ejemplo de estos los escrú-  
pulos de algunos  
otros, a la manera que en ciertos garitos de indust-  
rias prohibidas  
colocan en el portal la muestra de alguna otra indu-  
stria inocente, que  
desorienta a la policía y sirve de cebo a los incau-  
tos. Faltaban, pues,  
aquella noche los duques de Astorga, que con gran a-  
cierto habían sido  
elegidos por el nuevo monarca para formar parte de  
la alta servidumbre  
de la joven reina; los condes de Orduña, nobles fig-  
uras del antiguo  
bando carlista, fiel siempre a la desgracia, y la m

arquesa de Lebrija,  
cuyo prurito de socorrer y presidir asociaciones pías  
as habíale  
conquistado justamente la doble fama de caritativa  
y de vanidosa.  
Faltaba también el tío Frasquito, que, con gran indignación de Currita,  
no se había tomado el trabajo de disculpar su ausencia; y faltaba  
Leopoldina Pastor, que la había disculpado tan sólo  
con una lacónica  
esquelita, diciendo que un indecente orzuelo le había  
aparecido en un  
ojo, poniéndola de humor malísimo. La ausencia de estos dos últimos  
hería, más que ninguna otra, el amor propio de Currita,  
porque eran él y  
ella de esos pájaros que se retiran a tiempo del árbol  
que pierde su  
sombra y tienden el vuelo hacia el que comienza a verdear.

Azoraba todo esto a Currita, pareciéndole indicio cierto de conjura  
sospechosa, y al mismo tiempo que procuraba sostener y animar la  
desmayada conversación de sus comensales, prestaba oído atento a lo que  
por fuera del comedor pasaba... Sucedió de ordinario los viernes que,  
aun antes de terminarse la comida, poblaban ya los salones gran número  
de tertulianos que se apoderaban de las mesas de trébol y de billar y  
formaban grupos y corrillos llenos de la alborotada animación, que  
duraba siempre hasta muy entrada la madrugada... Nada se oía aquella  
noche, y cada vez más inquieta Currita procuraba alargar la comida,  
agotando todos los recursos de su ingenio e intercalando entre plato y

plato historietas que equivalían a las más picantes salsas, con el fin de dar tiempo a la llegada de la gente y evitar que los comensales recibiesen la mala impresión de encontrar los salones desiertos. Fuele ya imposible alargar por más tiempo la ímproba tarea y puso al cabo fin a la comedia con una escena misteriosa, seguida de un golpe teatral hábilmente dispuesto... Su diminuto piececito tocó ligeramente por debajo de la mesa la pezuña del \_buey Apis\_, y ambos cruzaron con Jacobo una rápida mirada de inteligencia que parecía significar: ¡Alerta! Entonces, tomando Currita el \_bouquet\_ que tenía Martínez delante, tuvo la exquisita galantería de ponérselo ella misma en el ojal, repitiendo la acostumbrada frase de las floristas parisienses:

--\_Monsieur\_... \_Fleurissez votre boutonnière\_...

Mas Jacobo, con jovialidad perfectamente afectada, detúvola en mitad del camino, diciendo desde su sitio:

--¡Cuidado, Martínez, cuidado!... Que le tienden a usted un lazo...

--¿Un lazo?--exclamó Currita, retirando vivamente el ramito.

--Sí, señor, un lazo--afirmó Jacobo riendo--. ¿Pues no ve usted que lleva el \_bouquet\_ una flor de lis?...

--¡Ay, Jesús!--replicó Currita escandalizada--. Entonces ¡protesto, protesto!... Yo persuado a quien puedo, pero no sor



prendo a nadie...

¿Quiere usted que se la ponga, Martínez?... ¿Sí o no?...

--¡Jú, jú, jú, jú!--mugió \_el buey Apis\_, haciendo con la cabeza ademán afirmativo.

--¿La acepta usted entonces?--preguntó Currita.

--La acepto.

--¿Con todas sus consecuencias?...

--Con todas sus consecuencias--repitió \_el buey Apis\_.

Y paseó por todos los presentes una mirada orgullosa, casi fiera, que no carecía de la tosca grandeza de un Mario, a la vez plebeyo y formidable, que se dejase acariciar por afeminados patricios...

Un aplauso general acogió la declaración del antiguo revolucionario, y Villamelón, muy conmovido, propuso un brindis en honor del rey Alfonso XII. Apuráronse las copas, y Fernandito, tomando entonces la que había servido a Martínez, dijo solemnemente:

--Esta copa tendrá con los años gran valor histórico. ¿Me entiende usted, Martínez?... Permítame que la guarde... Quiero legarla a mis hijos.

Y con su recuerdo histórico muy empuñado fue a ofrecer el brazo a la embajadora de Alemania, para pasar al saloncito azul, donde se acostumbraba a servir el café en aquellos días de g

ala... Allí acabaron  
los triunfos: el salón estaba vacío, y por sus puer-  
tas abiertas veíase a  
la izquierda el otro salón amarillo, y a la derecha  
, el gran salón de  
baile, que sólo se abría e iluminaba los viernes, a  
mbos desiertos. En el  
primero, divisábanse a lo lejos, en un apartado rin-  
cón, cuatro señores  
muy graves, muy tiesos, jugando al tresillo; en el  
segundo, reverberaban  
las luces en el brillante parquet de finísimas made-  
ras enceradas y en  
los colosales espejos, dando a todo aquel recinto e  
l aspecto fantástico  
y temeroso, en medio de su magnificencia, de aquell  
os palacios  
encantados que se describen en los cuentos de hadas  
. El fiasco era  
completo, y aturdida Currita miró espontáneamente h  
acia el magnífico  
reloj de bronce dorado que había allí cerca, sobre  
una chimenea: ¡eran  
ya las diez y cuarto!...

Vio entonces a su espalda, en el mismo salón azul,  
una dama muy apuesta  
y elegante dormida en una butaca: tenía en la mano  
un número de un  
periódico de modas, caído negligentemente sobre la  
falda, y dábale de  
lleno en el rostro la tibia luz de una gran lámpara  
colocada en un  
trípode, cuyos reflejos recogía amplia pantalla de  
seda de suaves  
matices... Era Isabel Mazacán, la pérfida Mazacán,  
reconciliada dos  
meses antes con Currita y dispuesta a pelearse otra  
s mil veces con ella  
en cuanto el tiempo y la ocasión se presentasen. Ni  
nguna tan propicia  
como la presente, y fingiéndose dormida en aquella

soledad, abrió  
poquito a poco los ojos con tan cómico espanto, con  
tan chistoso  
sobresalto, que todos los presentes soltaron la risa...

--Jesús, hija, dispensa..., pero al verme tan sola  
me quedé dormida.

Parecióle la broma a Currita de malísimo gusto y contestó muy picada:

--¡Qué delicia!... ¿Y soñarías sin duda con los angelitos?...

--Algo había de eso, porque soñaba contigo...

Guardóse muy bien Currita de pedirle la interpretación del sueño, mas la  
Valdivieso, con su importunidad acostumbrada, dijo muy gozosa:

--¡Vaya una coincidencia!... ¿Y qué soñabas?...

--Pues nada, hija... Que también se había ido a casa de la Villasis la  
\_pobre Curra\_.

Y la grandísima tuna de la Mazacán pronunciaba aquel \_pobre Curra\_ con  
un aire de lástima, con un acento de chungueta, que la  
compadecida se  
revolvió furiosa, diciendo con su inocente risita:

--Pues mira, mujer..., ni dormida ni despierta se me hubiera ocurrido de  
ti semejante cosa.

--¿Y por qué?

--Pues por dos razones... La segunda, porque tú no querías ir...

--Y la primera, porque María Villasis no querría que yo fuese--dijo la Mazacán echándose a reír con todo su desparpajo.

--Justo--replicó Currita--. Lo mismo, lo mismo que don Simplicio Bobadilla Majaderano y Cabeza de Buey: «Puesto que Leonor renuncia a mi mano, renuncio a la mano de Leonor...».

La Mazacán iba a contestar, pero entraron en aquel momento Carmen Tagle, Paco Vélez y Gorito Sardona, todos muy compungidos, diciendo que venían del Real, pero que no había allí nadie, nadie... Al pronto creyeron ellos que Monsieur tout le monde estaría en casa de Curra, porque ¡claro está! como era viernes... Pero supieron luego que el \_grand complet\_ era aquella noche, ¡quién lo creyera!, en casa de la Villasis; y por eso, ellos, muy indignados, habían venido a protestar, porque no les parecía decente acostarse en aquella ocasión sin dar las buenas noches a la \_pobre Curra\_.

Escapóse la \_pobre Curra\_ como pudo de aquellas muestras de compasión que le atacaban los nervios y dirigióse muy de prisa a la sala de billar, donde Jacobo, los dos diputados y el excelentísimo Martínez conferenciaban a solas. Felicitaron todos a la dama por lo hábilmente que había dispuesto y representado la comedia del \_bouquet\_, llamada a tener gran resonancia. Al día siguiente, \_La Flor de Lis\_ daría cuenta de ella, preparando de este modo el terreno para la

declaración solemne  
que a los pocos días pensaba hacer en el Senado el  
excelentísimo  
Martínez... Mas todavía juzgaba este necesario, antes  
de dar aquel  
último paso, atar bien otro cabo importante: parecí-  
ale prudente tentar  
antes el vado en Palacio.

Currita ofreció al punto sus servicios; ella era da-  
ma de honor desde los  
tiempos de Isabel II, y al casarse el monarca, dos  
meses antes, habíase  
visto obligada la nueva reina a enviarle también su  
cruz de dama...  
Martínez meneó la gran cabezota; no era esto precis-  
amente lo que él iba  
buscando, porque el explorador a que había echado el  
ojo, para que como  
heraldo suyo entrase en Palacio, era Jacobo; podía  
este como Grande de  
España...

La baronesa viuda de Platavieja le cortó la frase,  
entrando en la sala  
seguida de sus seis hijas, amables retoños que en u-  
nión de la madre  
formaban en cantidad y calidad la suma de los pecad-  
os capitales, nombre  
por el cual se las conocía en la corte... Madre e h-  
ijas venían también  
presurosas e indignadas a protestar delante de la \_  
pobre Curra\_, y la  
señora baronesa aseguro \_coram populo\_ que lo que h-  
abía hecho la  
Villasís aquella noche era ni más ni menos que un t-  
imo...

--¡Un verdadero timo!--repite-  
ron en coro las amabl-  
es señoritas de  
Platavieja, rodeando al punto como enjambre de mari-  
posas a los dos

diputados, jóvenes y solteros, con la idea sin duda de pegarles alguno.

Imposible fue ya continuar la plática ante aquellos testigos, y la noche corrió lenta y aburrida, sin más incidentes. María Valdivieso, que andaba de monos con su prima, procuraba bostezar con fingido disimulo siempre que la miraba esta; la embajadora de Alemania cantó con notable falta de gracia una balada, que calificó la duquesa de ladrido, y a las doce y cuarto, cuando Pedro López, después de tomar el té y encerrar en sus bolsillos provisión de sandwiches suficiente para toda la semana, comenzó a hacer el recuento para la crónica de salones que publicaba La Flor de Lis todos los sábados, sus ojos atónitos pudieron tan sólo contar bajo los artesonados techos el número exiguo de catorce señoras: siete pertenecían a la familia de los pecados capitales y las otras siete podían repartirse entre la de los enemigos del alma: mundo, demonio y carne.

La marquesa de Villasis triunfaba en toda línea, y las ciento veinte mujeres honradas que reunió aquella noche en su casa y siguió reuniendo todos los viernes vinieron a probar a los pesimistas lo que había dicho ella misma a la marquesa de Butrón en época no lejana:

--Madrid no es un lodazal...

Cierto que hay en él algo que huele a podrido y e sparce por todas

partes su mal olor, a la manera que las emanaciones de una pequeña charca se extienden e inficcionan toda una hermosa campiña y tiñen la vegetación salubre con los mismos desconsoladores tintes de la enferma. Mas este algo podrido, esta charca hedionda, desbordada siempre por la desvergüenza propia y la cobardía ajena, mezclándose con el agua pura y comunicándole en apariencia sus impurezas, habíala ella estancado en casa de la Albornoz; y al quedar deslindados los campos, la lógica de los números metió la mano inexorable \_dessus du panier\_ del gran mundo y sacó tan sólo catorce mujeres perdidas, por ciento veinte mujeres honradas.

Un periódico regañón hizo, sin embargo, de las damas de aquel tiempo otra subdivisión distinta:

Bastantes buenas.

Pocas malas.

Muchas que, siendo de las primeras, se parecen a las segundas.

--V--

La noticia cayó como una bomba, y aunque muchos quisieron negarla frente a frente de la evidencia misma, estrellábanse sus negaciones contra un documento oficial, legítimo y auténtico, que había

circulado el día anterior por todas las casas de la Grandeza. Era un oficio de la mayordomía mayor de su majestad, en que el jefe superior de Palacio decía letra por letra y punto por punto a todos los Grandes de España...: «Excelentísimo señor: Su majestad el rey don Alfonso XII (q. D. g.) se ha servido señalar la hora de las dos de la tarde del día 7 de febrero para la ceremonia de cubrirse ante su Real presencia los señores Grandes de España que al margen se expresan, etc., etc.». Y entre aquellos nombres al margen expresados, por riguroso orden de antigüedad inscritos, recordando todos ellos la grandeza de los caracteres, la firmeza de las virtudes, la nobleza de los pensamientos y el valor de las hazañas de que está llena nuestra historia, leíase con todas sus letras, puesto el segundo, el del excelentísimo señor don Jacobo Téllez-Ponce Melgarejo, marqués de Sabadell.

El caso era curioso, y los aficionados a investigar la razón íntima de los actos del prójimo, los inteligentes en escudriñar los puntos oscuros de los más sencillos eventos de las vidas ajenas, los más hábiles peritos en el arte sutilísimo de atar cabos con cabos, encontraron al punto empalmes subterráneos entre el oficio del jefe superior y el suelto que había publicado \_La Flor de Lis\_ algunos días antes. Según esta, susurrábase que cierto personaje de gran importancia, retirado algún tiempo de la política, volvía de nuevo a la a



rena del combate,  
seguido de \_numerosa mesnada\_ y enarbolando en su robusta mano, con  
honrada independencia, la bandera de Alfonso XII.

Una dama angelical, conocidísima en los altos círculos por su ingenio,  
su elegancia y su belleza, habíale arrancado, en un banquete, una  
confesión explícita, aunque no pública, de sus nuevas simpatías  
dinásticas... Un ramo de violetas había sido la ocasión, y un ángel fue  
el instrumento. ¡Feliz el atleta que entra en la nueva senda bajo tan  
poéticos auspicios!...

El suelto delataba por lo cursi la pluma de Pedro López, y el resto de  
la charada fue descifrada sin más que una leve duda... En buena hora que  
Martínez fuese el atleta; ¿pero cómo diablos podía ser Currita el ángel  
de la adivina?... Uno descifró el enigma.

--De manera muy sencilla... También Lucifer lo fue.

Quedaron todos convencidos, y el Ministerio de Instrucción Pública,  
confiado a las lenguas murmuradoras, comenzó a analizar con  
investigadora atención el hecho de que se trataba..  
.

Desde luego, saltó a la vista de todos una particularidad, por decirlo  
así, de índole doméstica: Jacobo era tan sólo marqués consorte, y  
veníanle sus derechos a la Grandeza exclusivamente por su mujer, de la  
cual estaba separado hacía doce años... Discutióse

el punto, y quedó  
convenido, por unanimidad, que el hacer uso de este  
derecho era, por  
parte de Jacobo, una verdadera indecencia.

Una vez fallado este punto, pasóse a considerar los  
hilos diplomáticos  
que unían la charada de \_La Flor de Lis\_ con el ofi  
cio del jefe superior  
de Palacio...

Jacobo habíase afiliado después de la Restauración  
en la \_mesnada\_  
revolucionaria capitaneada por el atleta Martínez,  
que tan sólo había  
reconocido hasta el presente al nuevo monarca en un  
banquete privado y  
bajo el símbolo de un ramo de violetas presentado p  
or un ángel no  
inscrito en las jerarquías celestiales... El hecho,  
pues, de presentarse  
el marqués consorte en Palacio indicaba a las clara  
s que \_el buey Apis\_,  
su jefe, daba otro paso adelante, enviando un fiel  
explorador a la  
fértil tierra de Mesopotamia...

El hecho resultaba evidente, y quedó también conven  
ido que el caso, sin  
dejar de ser una indecencia, era al mismo tiempo un  
acto político: cosas  
ambas que, según dictamen de peritos, podían aunars  
e y darse las manos  
en amigable consorcio, como se las habían dado ya e  
l atleta, el ángel y  
el ramo de violetas...

Otro tercer problema apareció al punto sobre el tap  
ete, como  
consecuencia legítima del primero y secuela irremis  
ible del segundo...  
¿Quién sería el padrino que presentase al héroe en

la corte?... ¿Quién  
tendría valor suficiente para apadrinar una indecen-  
cia y correr los  
futuros contingentes de un avance político?...

Era tradicional costumbre entre los Grandes que hab-  
ían de cubrirse  
convidar, para ser apadrinados en la ceremonia, a a  
quel otro Grande ya  
cubierto que de cerca o de lejos fuese el jefe de l  
a familia; y éralo de  
la de Sabadell el anciano duque de Ordaz, prototipo  
de honradez y de  
nobleza...

Los olfatos más diestros en aquello de seguir la pi-  
sta a un enredo  
pusiéronse al punto en movimiento, y a poco quedó a  
veriguado que Jacobo  
había tenido la desfachatez de convidar al viejo du-  
que, y el noble  
anciano el decoro de negarle la demanda. La incógni-  
ta quedó, pues,  
sumida en el pozo del misterio, sin que lograsen sa-  
carla a flote los  
retorcidos hilos de la conjetura; una esquelita lit-  
ografiada, que vino,  
siguiendo paso a paso al oficio de Palacio, encargó  
se dos días después  
de tirar de la manta. Los curiosos batieron palmas:

¡Albricias, albricias!  
Padrino tenemos...

En la esquila decía: «El marqués de Villamelón y de  
Paracuéllar, conde  
de Albornoz y de Calatañazor, suplica a vuestra exc-  
elencia se sirva  
asistir a la ceremonia de cubrirse de Grande de Esp-  
aña el excelentísimo  
señor don Jacobo Téllez-Ponce Melgarejo, marqués de

Sabadell, de quien  
es padrino, para cuyo acto se ha servido su majesta  
d señalar el día 7 de  
febrero de 1878, a las dos de la tarde, en su Real  
Cuarto».

El éxito sobrepujo a la expectación, y añadióse al  
caso, nemine  
discrepante, otro tercer carácter... Sin duda era u  
na indecencia, de  
cierto era un acto político y de seguro prometía se  
r un sainete  
chistosísimo.

El día amaneció nublado, era el viento muy frío, y  
gruesos copos de  
nieve comenzaron a caer, entrada ya la tarde, cual  
espesa lluvia de  
jazmines. Un gran landó desembocó entonces como un  
rayo por la derecha  
del Real, describió un rápido semicírculo en torno  
de la plaza de  
Oriente y se detuvo frente a Palacio, en la puerta  
del Príncipe, de  
repente, en firme, con una de esas paradas maestras  
con que sólo la  
férrea mano de Tom Sickles sabía sujetar un tronco  
sin destruirlo. Su  
cara de remolacha aparecía, en efecto, en lo alto d  
el pescante,  
zambullida en enorme cuello de pieles, y su cabeza  
cuadrada quedó al  
descubierto cuando, saltando Fritz del asiento como  
empujado por un  
resorte, abrió la portezuela, tieso, acompasado y e  
xpedito, como  
verdadero lacayo elegante y correcto.

Asomóse entonces por la portezuela un sombrero de t  
res picos con plumas  
blancas erizadas, y luego un zapato de charol con h  
ebilla de oro, y una

pantorrilla bien rellena, calzada con media de seda blanca. Sonó después dentro del coche un ¡Berr! formidable, vehemente y angustioso, como el del que se arroja a un estanque de agua helada, y a pareció al fin, uniendo aquellas extremidades, un magnífico abrigo de pieles de marta que envolvía al marqués de Villamelón, vestido de gran uniforme. Hubo un momento de pausa, en que Fernandito daba pataditas en el suelo, diciendo con gran impaciencia:--¡Vamos!...

Apareció entonces la formidable cabeza del \_buey Apis\_, y a poco, el excelentísimo Martínez de cuerpo entero estaba a su lado, envuelto en su levitón y con su inseparable garrote en la mano. Otra pequeñita, oculta bajo un guante oscuro, asomó entonces por la portezuela, posóse en la de Villamelón, y sin tocar casi en el estribo, viose saltar en tierra la elegante figura de la marquesa de Valdivieso.

Hubo una nueva pausa, hubo nuevas pataditas de Fernandito, repitiendo ¡vamos!, y apareció entonces, muy despacito, la roja cabecita de la Albornoz, engarzada en un sombrero negro; recorrió con rápida mirada los varios coches detenidos a uno y otro lado de la puerta de Palacio, y bajó después lentamente, mirando siempre en torno suyo y diciendo al cabo muy disgustada:

--¡Pues no ha venido todavía!...

--¡Si no tiene formalidad ninguna!--replicó Villame

lón muy impaciente--.  
Apuesto a que llega tarde. ¿Sabes?

Y como si el reloj de Palacio quisiera aumentar su zozobra, dio en aquel momento la una y tres cuartos. Villamelón ofreció el brazo a la Valdivieso para subir la gran escalera, y Currita subió detrás apoyada en el del \_buey Apis\_. Por el ramal opuesto subía al mismo tiempo un viejo gordo, con la barba blanca muy recortada, hablando vivamente con otro viejo flaquito, muy atildado y pulcro; el gordo vestía sencilla levita abrochada, y el flaco, uniforme de teniente general con sus accesorios de gala.

Al verles Currita, apretó vivamente el brazo del \_buey Apis\_, diciéndole muy por lo bajo:

--Mire usted quién va allí, Martínez... Gallego, el ministro de Gracia y Justicia... En cuanto le vea a usted se asusta... ¡Anda!..., ya nos mira... ¡Qué delicia!... De fijo que esta noche se declara en el gabinete la crisis...

La presencia del \_buey Apis\_ produjo, en efecto, honda impresión en el viejo gordo, designado por Currita como ministro de Gracia y Justicia; detúvose un instante sorprendido, llamó la atención de su compañero y dialogaron breve rato, él como extrañado y suspenso, el otro como asombrado de su extrañeza.

La cosa íbase formalizando; desde la caída de Amade

o no había entrado  
Martínez en Palacio, y su presencia allí en aquel momento, aunque fuera sólo como curioso, prestaba al acto de Jacobo una sanción pública que acrecía su importancia. El excelentísimo Martínez, mirando de reojo al ministro, manifestó deseos de conocerle; Currita no le dejó acabar.

--Pues nada más fácil... Ahora mismo; ya verá usted ...

Y contestando con un gracioso saludo al profundo que ya en lo alto de la escalera le hacían los dos viejos, dijo de pronto:

--¡Gallego!... Un momento... Tengo que pedirle a usted un favor...

Necesito una cruz sencillita..., una encomienda de Isabel la Católica o de Carlos III, cualquier cosa... Se casa un chico de mi apoderado de Granada y quisiera hacerle ese regalito... Es un poquillo vanidoso y le gusta colgarse dijese... Con que le mandaré a usted una notita... ¿Eh, Gallego?...

Y luego, de repente, como cayendo en la cuenta:

--¡Ay, por Dios, dispénseme!... ¿No conocía usted a Martínez?...

Martínez..., el señor Fernández Gallego, ministro de Gracia y Justicia... Mi buen amigo, don Juan Antonio Martínez...

Saludáronse ambos personajes con grandes cortesías, y Currita, con el airecillo de princesa de los Ursinos, propio de las mujeres cuando

juegan en público a las muñecas con los hombres políticos, comenzó a caminar entre ellos hacia la puerta de la Saleta. Allí la esperaba Villamelón, nervioso, azorado, impaciente, mirando sin cesar hacia la entrada de la escalera...

--Pero, Curra, por Dios, te quedas parada por todas partes. ¿Sabes?...  
¿Y Jacobo no ha venido?... De fijo que llega tarde..  
.. Tú busca un buen sitio y llévate a Martínez. ¿Me entiendes, Curra?..  
. Con esa calma, ni vas a oír a Jacobo, ni me verás a mí tampoco... ¡Anda!... ¡Las dos ya en Palacio!... ¡Se acabó! Me deja plantado; ahora sí que llega tarde...

Y tarde y apresurado llegaba, en efecto, Jacobo en aquel momento por el extremo de la galería, airosamente terciada la capa blanca de santiaguista con que encubría su pintoresco uniforme de maestrante de Sevilla.

Villamelón no le dejó respirar; apenas si pudo cruzar una cariñosa sonrisa con la dama, un apretón de manos con Martínez, y el impaciente padrino, tirando de él a la rastra, llevóselo por la puerta de la Saleta. Esperaban allí los Grandes que habían de cubrirse y los que habían de apadrinarles, formando un brillante conjunto de vistosos y variados uniformes, entre los que se destacaban las negras manchas de alguno que otro frac de severo e irreprochable corte.



Mientras tanto, disponíase en la antecámara la aristocrática ceremonia, instituida en rigor de verdad por el emperador Carlos V, cuando limitó el privilegio de cubrirse ante el rey, común antes a todos los títulos, a doce Grandes de España, que se llamaron desde entonces \_Grandes de primera clase\_, y fueron los duques de Medinasidonia, Alburquerque, Infantado, Alba, Frías, Medina de Rioseco, Escalona, Benavente, Nájera, Arcos, Medinaceli y el marqués de Astorga.

De entonces acá apenas ha variado esta ceremonia, que acostumbra a celebrarse, como la mayor parte de los actos de etiqueta, en la antecámara de los reyes.

Forma esta pieza un vasto cuadro, de severa magnificencia, cuyo techo, pintado por Maella, representa una alegoría capaz de infundir pavor a todos los grandes personajes que por allí pasan, destinados a figurar en la historia: la Verdad, descubierta por el Tiempo. Entrando por la puerta de la Saleta ábrense a la derecha dos balcones que dan a la plaza de la Armería, a la izquierda dos puertas que llevan a los aposentos interiores, y al frente una mampara que comunica con la cámara.

Hállase tapizada toda la pieza de rica tela azul muy oscura, con grandes flores de lis, y las iniciales \_A\_ y \_B\_ entrelazadas y realzadas en terciopelo; cuatro grandes retratos de Carlos IV y María Luisa, Fernando VII y la reina Amalia III ocupan los huecos corres-

ondientes a uno y  
otro lado de las puertas de la cámara y la Saleta.  
Alrededor de los  
muros hay banquetas de la misma tapicería que cubre  
a estos, y cinco  
soberbias consolas de mármol y bronce sosteniendo c  
andelabros y bustos  
de Isabel II y Francisco de Asís, Felipe V y Fernan  
do VI.

Entre los dos balcones, sobre una de estas consolas  
y frente a una  
chimenea de mármol jaspeado que corona un colosal e  
spejo, vese otro gran  
busto de Carlos III, cubierta por el manto real la  
armadura, ricamente  
cincelada.

Hallábanse abiertas todas las puertas de la antecám  
ara, excepto la de la  
Saleta, y apiñábanse detrás de las cortinas las fam  
ilias y amigos de los  
Grandes, deseosos de contemplar el señoril espectác  
ulo. Ante la puerta  
de la cámara veíase una mesa cubierta por rico paño  
de terciopelo  
granate, y un gran sitial destinado al rey.

A las dos en punto entró este por la puerta de la c  
ámara, seguido del  
mayordomo mayor, el Grande de servicio, los ayudant  
es y todos los  
Grandes ya cubiertos; vestía el rey uniforme de cap  
itán general y traía  
el tricornio en la mano. Sentóse y cubrióse, y los  
Grandes se cubrieron  
y quedaron en pie a uno y otro lado de la Saleta.

Iba a comenzar la ceremonia.

El secretario de la Real Estampilla, destinado a da  
r fe del acto, abrió

entonces la gran puerta de caoba maciza y dijo, anunciando:

--Señor..., el marqués de Benhacel.

Era este el Grande que, como más antiguo, debía de cubrirse primero; entró entonces un joven dando la mano derecha a un anciano y la izquierda al mayordomo de semana que estaba de servicio. Vestía el joven el uniforme de gala de capitán de artillería, y el viejo, decrépito y encorvado, el de almirante de la Armada, con todo el pecho lleno de cruces: era el duque de Algar, abuelo y padrino en aquella ocasión del joven marqués que iba a cubrirse. Traía el viejo el tricornio puesto, y traía su ros en la mano el joven, dejando al descubierto una cabeza enérgica y muy española, un poco tostado el rostro por el sol, con ojos negros vivísimos, que parecían retratar el temple de acero de una raza de valientes.

Su entrada fue magnífica, y un murmullo de respetuosa simpatía acogió a la ilustre pareja, que apareció en la puerta, apoyada en la juventud la vejez, como una esperanza evocando un recuerdo, como una alegoría de la experiencia conduciendo de la mano al valor, a depositar una espada sin mancilla en las gradas del trono.

En el dintel mismo de la puerta hicieron ambos la primera reverencia de corte, en el centro del salón la segunda, y frente a frente ya del rey la última; saludaron después a los Grandes colocado

s a derecha e  
izquierda, y estos contestaron al punto quitándose  
los sombreros.

El viejo duque y el mayordomo hiciéronse entonces u  
n paso atrás y quedó  
solo el Grande novicio en mitad de la sala. El rey,  
haciendo un saludo  
militar, dijo:

--Marqués de Benhacel, cubríos y hablad.

Cubrióse en el acto el marqués, y dirigiéndose al r  
ey, pronunció un  
breve discurso, en que, según la costumbre, trazó a  
grandes rasgos la  
gloriosa historia de su familia, que comenzaba en a  
quel Fortún de  
Torres, que peleó con Alfonso el Sabio y murió en e  
l Alcázar de Jerez,  
agarrando con los dientes la bandera de su rey, por  
no poderla ya  
sujetar ni defender con sus dos manos mutiladas...

La voz del artillero, tímida y entrecortada al prin  
cipio, fuese poco a  
poco vigorizando, cual si aquellos hechos gloriosos  
encontraran en su  
corazón eco suficiente para imitarlos, y cuando lle  
gó a describir un  
episodio de Trafalgar, que llamó último timbre de s  
u familia, su acento  
vibraba con esas misteriosas inflexiones del sentim  
iento que parecen  
elevar al orador a una esfera más alta, prestándole  
no sólo facultad  
para persuadir y fuerzas para conmover, sino hasta  
derecho para  
mandar...

Gravina agonizaba en la cámara, y el navío \_Príncip  
e de Asturias\_ volvía

a Cádiz desmantelado, al mando de un hombre que entró en el combate con tres hijos y volvía a su hogar con uno solo, el más joven, guardia marina de pocos años. La tempestad arreció al promediar la noche y fue necesario picar un palo, que quiso la desgracia que dase sujeto por un cable a la cofa, haciéndole escorar con riesgo cierto de hundirse; tres gavieros subieron uno tras otro a cortar el cable, y a los tres los arrebató la borrasca y los sepultaron las olas.

Entonces, aquel hombre de hierro, que vio a la diezmada tripulación temblar ante la horrible obediencia, volvióse a su hijo, único que le quedaba, ídolo de su corazón y esperanza última de una gran familia, y díjole tan sólo:

--Señor guardia marina... A usted le toca.

El niño, con el hacha entre los dientes, trepó hasta la cofa, y porque la Virgen María le ayudó, cortó el cable...

Y en medio de ese profundo silencio que ata las lenguas y humedece los ojos, cuando lo sublime embarga el corazón y levanta el pecho con el temblor de un sollozo, volvióse Benhacel lentamente al viejo duque y añadió, mostrándolo:

--Aquel guardia marina niño era mi abuelo; el héroe era su padre. El mío--prosiguió con una voz en que se notaban dejos del llanto--sirvió también a su rey en la Armada real hasta el año 68. ..; en el mes de

septiembre se arrancó los entorchados y rompió su espada... Yo, señor, desenvainé la mía por primera vez en la batalla de Alcolea, y fiel a las tradiciones de mi raza, vengo a ofreceros hoy como Grande la que ya os di como soldado...

Y al llevar, diciendo esto, la mano derecha a la empuñadura de la espada, vieron todos que le faltaban en aquella los dos dedos de en medio. Un casco de granada se los arrancó en Alcolea.

Benhacel calló, y en medio del homenaje más grande que pueden prestar la admiración y el respeto, el silencio, descubrióse, hincó una rodilla en tierra y besó la mano del rey; saludó después a los Grandes de uno y otro lado, y acompañado de su abuelo, fuese a colocar entre ellos. El viejo lloraba como un niño; uno le dijo:

--¡Llora el almirante, y no lloró el guardia marina !...

Por desdicha, no acabó aquí la ceremonia; el secretario de la Real Estampilla abría de nuevo la puerta de la Saleta y tomaba a anunciar:

--Señor..., el marqués de Sabadell.

El sainete comenzaba, y apareció entonces Villamelón, solemne, imponente, erguida la cabeza, tieso el torso ya algo panzudo, trayendo de la mano a Jacobo, que ofrecía el tipo de hombre más hermoso, elegante y señorial que pudiera imaginarse. Ajustaba su airos

o talle la casaca  
encarnada de los maestrantes de Sevilla, con sardin  
etas y charreteras de  
plata, y cruzaba su pecho, de un lado a otro, una d  
e esas grandes bandas  
que se crean para premiar el mérito y fomentar la v  
irtud, y se usan para  
satisfacer vanidades o adornar buenos mozos; el cal  
zón de punto blanco  
ceñía la bien formada pierna, y la alta y charolada  
bota y el tricornio  
con finísimo penacho blanco completaban aquel pinto  
resco traje.

Cumplido el ceremonial, Villamelón abandonó la mano  
de su ahijado y  
quedóse atrás, en actitud señoril, pero estudiada,  
contemplando estático  
las grandes narices de Carlos III, que tenía frente  
a frente, mirando de  
cuando en cuando con el rabillo del ojo a uno y otr  
o lado, y diciendo  
para sus adentros:

--Mucho me miran... Debo de estar hermoso.

Quedó Jacobo solo en medio de la antecámara un poco  
cortado; mas al  
sentirse blanco de una atención, que hartó comprend  
ió él no serle  
benévola, crecióse su orgullo y despertó su natural  
audacia, y lanzó en  
torno una mirada que quiso hacer altiva y fue sólo  
insolente, quiso  
hacer serena y fue solo provocativa.

Los curiosos se apiñaban tras las cortinas, y Curri  
ta, en primera fila,  
devoraba a Jacobo con la vista; Martínez, a su lado  
, estrujado casi  
contra el quicio mismo de la puerta, no podía verle  
, mas prestaba oído

atento, lleno de ansiedad, mordiendo con la cabezota a baja el puño de su garrote.

Tras la mampara de la cámara, a espaldas mismas del rey, sentíase el crujir de algunos trajes de seda; díjose después que desde allí había presenciado la reina la ceremonia.

Los Grandes alargaban las cabezas, ansiosos de oír a Jacobo... Acababan de ver retratado, cual en un espejo, en el discurso de Benhacel, lo que debe de ser un Grande, lo que significa aquel lema de la antigua hidalguía: nobleza obliga, que no exige ciertamente que cada título de Castilla sea un genio, ni cada Grande de España un héroe, ni cada apellido ilustre un santo; porque ni el genio se hereda, ni la inteligencia se vincula, ni el heroísmo es un pergamino, ni la santidad un mayorazgo. Pero que exige e impone, con la fuerza imperiosa de un deber de conciencia, la obligación de considerar en la Grandeza una carga a la vez que un honor; de servir de ejemplo en los pensamientos, en las palabras, en las acciones y en las costumbres; de sostener la dignidad de las glorias que representa; de echar, como Breno, el peso de la espada o el peso de la inteligencia en la balanza en que oscilan la ruina y el esplendor de las naciones; de sentir algo más que voluptuosidades; de querer algo más que placeres; de saber defender un trono cuando se hunde, como en España en 1680; de saber morir



como un rey cuando le degüellan, como en Francia el 93.

Y entonces, reciente aún aquella impresión nobilísima que elevaba las inteligencias y movía los corazones, iban a ver en Jacobo lo que es esa misma grandeza cuando refleja en un charco los rayos de su gloria, cuando el vicio la deslustra y la bajeza la empuerca, y el olvido de la propia dignidad la pone al servicio de un Martínez, que apoya en ella la patata para encaramarse en lo alto y darle después, una vez arriba, desde la cumbre de su insolencia, la más ignominiosa de todas las coces: la coza del asno...

Jacobo hablaba bien, y era la más mimada de todas sus vanidades la vanidad de su elocuencia; mas no osó, sin embargo, confiar su discurso a la memoria, y limitóse a leerlo, temeroso de pasar por alto alguno de los habilidosos rodeos con que procuraba sortear los grandes escollos que por todas partes le cerraban el paso.

Hízolo, en efecto, con notable maestría, en que creyeron descubrir algunos las macizas huellas del \_buey Apis\_, y cuando cesó de hablar, las miradas significativas de todos se cruzaron de uno a otro lado...

El hecho era cierto: Martínez y su mesnada cantaban la palinodia, y el Grande de España consorte era el encargado de hacer llevar el reverente clamor a los oídos del monarca.

Alarmáronse los parciales del Gobierno, y el señor Fernández Gallego, que entre los curiosos andaba agazapado, frunció el acento circunflejo que sobre la nariz tenía, a la vista de aquella nube de bárbaros hambrientos que salían de los bosques talados de la Revolución y amenazaban invadir las fértiles llanuras del presupuesto, que ellos solos cultivaban. ¿Cuál sería la actitud del monarca?

Esto se preguntaban todos los ojos y esto excitó todas las curiosidades, mientras los doce Grandes que aún quedaban por cubrir leían sus discursos y terminaba la ceremonia.

Levantóse al fin el rey, y con la cabeza descubierta dio una vuelta a la antecámara, hablando y saludando a todos los Grandes.

Nadie chistaba; había llegado el momento de conocer si el memorial de Martínez era acogido o rechazado, si era necesario pactar con los invasores o perseguirlos, como a perro que huye, con maza al son de almireces y cencerros, hasta los confines de sus bosques desiertos.

Hubo un mal síntoma: el rey pasó ante Villamelón sin hablarle, haciéndole tan sólo un leve saludo; detúvose después un gran rato con el viejo duque de Algar y su nieto, y llegó al fin a Jacobo, que se hallaba de pie en pos de estos. Hubiérase podido escuchar en la antecámara el vuelo de una mosca, percibir el rumor de la huella

más callada, del paso  
mismo de la muerte.

Paróse el rey ante Jacobo y le miró sonriendo con cierta chusca malicia.

--¿Qué tal, Sabadell?... ¿Y su amigo de usted, Martínez?... Me han dicho que le gustan mucho las violetas... Dígale usted que en la Casa de Campo las hay muy tempranas... Por allí iré yo el jueves, a las cuatro...

Y sin añadir una palabra más volvióle la espalda.

Harto había dicho, sin embargo, y un resoplido inmenso resonó entonces tras la cortina de la izquierda, como el aliento de un pechazo comprimido que al fin se desahoga: era \_el buey Apis\_, el excelentísimo Martínez, que hubiera soltado en aquel momento un relincho, como en sus expansiones de alegría los mozos de su tierra, y estrujando entre sus brutales brazos, como un Hércules que abrazara a un insecto, a su ilustre aliada Currita.

Ella, sin poder disimular tampoco el vivo gozo del triunfo, díjole improvisoriamente:

--Martínez... Encargue usted el uniforme.

Y una voccecita burlona, que jamás se pudo averiguar de dónde había salido, contestó a su espalda:

--Con que vuelva del revés el de don Amadeo, sale del paso sin gastos...

Quedaba aún la parte más pintoresca de la ceremonia , que había de ser para Jacobo la apoteosis del triunfo. Retirado el rey a sus habitaciones, salieron de la antecámara por orden de antigüedad los Grandes recién cubiertos, para ser presentados al Cuerpo de Alabarderos.

Hallábanse estos formados a uno y otro lado de la doble escalera, y los Grandes, llevando a la derecha a sus padrinos, debían de bajar por un ramal y tornar a subir por el otro, al son del golpe de las alabardas, que les hacían el saludo de honor.

Los curiosos llenaban el frente de la galería y la parte baja de la soberbia escalera, cuya bóveda, pintada por Giaquinto, representaba a la España ofreciendo a la Religión sus virtudes y trofeos.

Cuando Jacobo puso de nuevo el pie en la galería, y salieron a su encuentro Currita y otros amigos, ansiosos de darle la enhorabuena, el orgullo satisfecho reflejaba en su semblante una especie de vértigo, y hubiera gritado como el Nabucodonosor de la ópera:

—¡Io non Ré, so Dio!...—

Buscó con la vista a Martínez y viole a diez pasos de distancia, con la cabezota ladeada, apoyado en su garrote, y su risa de paleta sobre los labios, recibiendo también sus homenajes.

Un grupo de palaciegos le rodeaba, oprimiéndose y e

strujándose por estrechar su velluda manaza entre las suyas finas y enguantadas, al compás de previsoras lisonjas. El general que acompañaba antes al ministro de Gracia y Justicia invitábale muy finamente a una cacería en sus tierras de Pardillo; era Grande de España, y llámabanle en Palacio el \_cuculillo indicador\_, por ser siempre el primero en adivinar la mata por donde había de saltar un ministro.

Nevaba furiosamente, y angustiado Fernandito, daba prisa por marcharse. Currita convidó a comer a Martínez y a Jacobo, y ambos aceptaron; mas este quiso llegar antes a su casa para quitarse el uniforme.

En la bandeja destinada en la antesala a recibir las tarjetas y las cartas, vio un gran oficio entrelargo y lo recogió al paso, mientras le quitaba Damián la blanca capa de santiaguista, con la roja cruz en el lado izquierdo. Molestábale mucho una de las altas botas del uniforme, y sin esperar a Damián, quiso quitársela él mismo, en cuanto entró en la alcoba; no pudo, sin embargo, conseguirlo del todo y quedóse con ella a medio descalzar, sentado en una butaca, esperando a la ayuda de cámara. Tardaba este, e impaciente Jacobo, abrió mientras tanto el oficio.

Sobre un pliego de papel blanco vio destacarse ante su vista el sello rojo que había cerrado en otro tiempo el sobre exterior de los documentos masónicos.

Miróle un momento aterrado. Parecía una gota de sangre.

--VI--

Era al día siguiente domingo de Carnaval, y Madrid amaneció con el suelo emporcachado y el cielo radiante, como una meretriz coronada de flores y sentada en un charco; un fuerte viento del Norte había barrido las nubes y helado por los rincones los restos de nieve que habían logrado sustraerse a las pesquisas de la escoba municipal.

El frío era grande y ayudaba a la pereza a mantener agazapados entre las calientes ropas del lecho aun a los más madrugadores. Damián oyó las ocho en su cama y volvióse del otro lado, esperando que el señor marqués no necesitaría de sus servicios, según su costumbre, hasta muy entrada la mañana; un violento campanillazo vino, sin embargo, a hacerle saltar despavorido...

El señor marqués llamaba, y llamaba tan de prisa, que aun antes de que Damián lograra medio vestirse sonaron otros dos fuertes repiquetes, en cuyo timbre creyó reconocer el ayuda de cámara todas las intemperancias del mal humor que se desborda y de la impaciencia que estalla.

Arreglándose con los dedos la negra y rizada cabell

era, abrió  
violentamente la puerta del despacho, para llegar p  
or allí más pronto a  
la alcoba y quedóse parado en el dintel, tieso como  
un huso, cuadrado  
como un quinto y estupefacto cual si hubiese visto  
levantarse el sol en  
mitad de la noche.

El señor marqués, vestido ya por completo de mañana  
, hallábase sentado  
junto a su mesa de escribir, con una carta cerrada  
en la mano.

--¿El señor marqués ha llamado?...

--No he llamado... he repicado trescientas veces--e  
xclamó Jacobo con  
ira; y dominándose al punto, alargó a Damián la car  
ta, diciendo sin  
mirarle:

--Esta carta a su destino... La llevas tú mismo al  
momento... Si no  
viviese allí ese... señor, que bien pudiera ser, pr  
eguntas al portero  
dónde se ha mudado y allí la llevas... ¿Te enteras?  
...

Hizo Damián una muda reverencia, y salió leyendo el  
sobrescrito de la  
carta, que era el siguiente: «Señor don Francisco J  
avier Pérez Cueto.  
Calle de X\*\*, número 10, tercero, derecha».

Encogióse Damián de hombros, por parecerle el tal P  
érez Cueto algún  
pobre diablo que no merecía se molestase él en llev  
arle una carta, y  
Jacobo quedó solo, preguntándose qué se hace un hom  
bre en esta vida  
levantado desde las ocho de la mañana.

La campana de la vecina iglesia de San José comenzó a tocar en aquel momento, como si quisiera contestarle que ir a misa , y Jacobo recordó entonces que hacía catorce años, desde el primero de su matrimonio, que no había oído ninguna.

Sintió entonces cierta tristeza, cierto malestar que le aquejaba, a pesar de sus satisfacciones de la víspera, desde el momento en que los masones habían repetido por segunda vez aquella ridícula \_broma del sellito\_, que ahora como entonces había venido a asustarle primero, a irritarle después y a despertar, por último, su fogosa e irreflexible actividad de un momento, a la vista de aquel peligro misterioso que hubiera debido conjurar ya dos veces, sin haberlo hecho ninguna. Lamentábase entonces de su imprudente apatía, y prometiéndose remediarla, confesábase allá en el fondo de su corazón

Que propio del cobarde es  
Llorar la ocasión perdida.

No la juzgaba él, sin embargo, pasada del todo, puesto que tenía en su poder las cartas de Garibaldi que explicaban su conducta y garantían su persona. Ciertamente habían perdido ya estas cartas mucho de su fuerza, por haber muerto en aquel intervalo el viejo revolucionario y por su demora propia en entregarlas, mas no le faltarían a él mentiras complicadas y habilidosos enredos para explicarlo t



odo a su gusto, y  
además, su posición había de variar muy pronto, adquiriendo grande  
importancia.

Opinión de todos fundadísima era que \_el buey Apis\_  
estaba abocado a ser  
presidente del Consejo en cuanto viniera a tierra a  
quel gabinete que ya  
se tambaleaba, y entonces--¡oh, entonces!--sería él  
seguramente  
ministro, y desde las alturas del banco azul, teniendo él la sartén por  
el mango, podía ya reírse impunemente, así de las burlas como de las  
amenazas de los masones.

Aquella noche, mientras desvelado daba vueltas en el lecho sin poder  
desechar su inquietud, no obstante sus razonamientos, decidió, sin  
embargo, no esperar esta vez para tomar un partido, al tercer acto de la  
estúpida comedia, a la llegada del tercer sellito..  
.

Venían dirigidas las cartas de Garibaldi a un H°. Neptuno, gran  
personaje en las logias, que, despojado del tridente, la corona de algas  
y los simbólicos tres puntos, quedaba reducido en la vida ordinaria a un  
don Francisco Javier Pérez Cueto, fabricante de almidón en uno de los  
arrabales de la corte, entidad perfectamente desconocida para todo el  
mundo, tras de la cual, según opinión de algunos, o cultábase cierto  
personaje famoso que vivió y murió haciendo ruido.

Jacobo no lo ignoraba y había tenido ocasión de comprenderlo en sus

tiempos de amistad íntima con el conde de Reus. A este, pues, Pérez Cueto, escribió Jacobo una carta en que con frases muy corteses, a la vez que apremiantes, pedíale una entrevista para tratar de un asunto de grande importancia; observaba en ella todo el ceremonial masónico y firmaba con su antiguo nombre de guerra, H°. Byron, basado en su prodigiosa semejanza con el lord poeta...

Media hora larga debía de emplear Damián en ir y volver de casa de Pérez Cueto, y púsose Jacobo mientras tanto a formar en un papelito con las cartas de Garibaldi delante, una especie de croquis de las mentiras y enredos con que había de probar su inocencia al H°. Neptuno.

Sorprendióle la llegada de Damián en esta operación todavía, e interrogóle al punto con la vista: el señor Pérez Cueto estaba en casa, y la carta le había sido entregada. Jacobo respiró desahogado, como si viera ya con esto finalizado el negocio, y no ocurriéndole otra cosa que hacer desde aquella hora hasta la del almuerzo, parecióle lo mejor meterse de nuevo en la cama; decididamente era una aberración incomprensible la de aquellas, gentes que se levantan antes de las doce del día.

--Si viene alguna carta--dijo a Damián--me despiertas en seguida... Sí no, entra a las dos en punto...

Y como ninguna carta vino, entró Damián en la alcoba

a a las dos en punto,  
encontrando al señor marqués profundamente dormido.  
Levantóse este de  
muy mal humor, vistióse muy despacio con su elegancia acostumbrada,  
almorzó parcamente y sin apetito, y marchóse luego al Veloz, dejando a  
Damián la orden de llevarle allí al momento cualquiera carta o recado  
que para él llegase.

En el Veloz disipóse de repente su humor negrísimo y comenzó a reír y  
divertirse como un muchacho; Gorito Sardona y Paco Vélez, asomados a un  
balcón, tiraban a los transeúntes un \_saquillo\_, y púsose Jacobo a  
ayudarles; era el saquillo un lindo canastito, adornado con cintas y  
cascabeles, y atado con un cordón de seda lo bastante corto para que no  
llegase a dar en los sombreros de los transeúntes.

Lanzábanlo con grande fuerza sobre las damas que pasaban, y asustadas  
ellas con el ruido, encogíanse prontamente, levantando la cabeza;  
entonces, si eran jóvenes y bonitas, arrojábanles una lluvia de dulces y  
flores; si eran viejas o feas, sacábanles la lengua con la mayor  
insolencia.

El juego, aunque poco digno de un futuro ministro, parecióle a Jacobo  
muy divertido y mandó encargar al punto para el día siguiente, en la  
Mahonesa, un par de arrobas de confetti, especie de bombones rellenos de  
harina con que se apedrean las máscaras en el \_corso\_ de Roma.

Al oscurecer, abandonó Jacobo el balcón para dirigirse a casa de Currita, donde estaba citado con \_el buey Apis\_ desde la víspera; cierto senador famoso, disgustado recientemente con el Gobierno, había solicitado de Martínez, por medio de la dama, una entrevista, y ella apresuróse a ofrecerles, como terreno neutral, su propia mesa; ambos debían, por lo tanto, comer aquella noche en casa de la Albornoz con este objeto, y Jacobo, el niño mimado del nuevo partido, no podía faltar tampoco en aquella ocasión al lado de su jefe.

El futuro ministro subió por la calle de Alcalá, atravesó la Puerta del Sol y entró por la calle del Carmen; frente a la iglesia de este nombre había parada una grotesca estudiantina, vestida de amarillo y encarnado, tocando desentonadamente el vals de \_La Gran Duquesa\_.

Un hombre muy alto, encaramado sobre unos zancos que le ponían al nivel de los segundos pisos, recogía propinas de los balcones, tocando el clarinete y haciendo piruetas; la multitud reía en torno, contemplando las contorsiones del volatinero, y algunos grotescos mascarones chapaleteaban sobre el fango, dando vueltas vertiginosas al compás del vals canallesco.

Las sombras del crepúsculo prestaban un tinte oscuro y asqueroso a aquel cuadro de arrabal, en que parecía revolcarse sobre el cieno de las calles el cieno de las almas.

Jacobo procuraba abrirse paso a través del gentío, arrimándose a la escalerilla de la iglesia; mas detúvose de pronto sorprendido y ocultóse al punto como asustado, detrás de unos mascarones, cubiertos con pingajientas colchas de zaraza atadas por la cabeza, que saltaban delante de él medio borrachos.

Al lado mismo de Jacobo, y en su dirección misma, marchaban dos hombres, al parecer extranjeros, agarrados del brazo para no separarse el uno del otro entre los remolinos de la gente. Llevaba el más viejo una bufanda encarnada que le cubría la camisa, un sombrero calabrés algo mugriento y un arete de oro en la oreja izquierda; el más joven era bajo, rechoncho y sin pelo de barba en la rolliza cara.

Quedóse atrás Sabadell, mirándoles muy espantado, como si quisiera reconocerles...

No había duda: era el más viejo un italiano llamado Cassanello, que había conocido él en las logias de Milán y vuelto a ver aquel mismo año en Caprera, en casa de Garibaldi.

Los dos hombres se volvieron de repente por no poder atravesar el gentío, y asustado Jacobo cubrióse al punto el rostro con el pañuelo cual si se limpiase las narices, y subiendo muy de prisa la escalerilla del Carmen, entróse en el templo...

Al pronto no vio nada, sino una gran oscuridad cort

ada en el fondo por  
un foco de luz brillantísimo, en cuyo centro estaba  
expuesto en la  
custodia el Santísimo Sacramento. Distinguíase al p  
ie del altar una gran  
masa negra, y salía de ella a intervalos un suave c  
lamor, lento y  
pausado, que parecía contestar a otra voz más enérg  
ica y acentuada:

--Ora pro nobis!...

Detúvose el fugitivo un momento, turbado, con ciert  
o pavor respetuoso,  
semejante al del profano que se encontrara de repen  
te en el fondo de las  
catacumbas, en medio de los divinos oficios; a lo l  
ejos, oíanse en la  
calle el vals de \_La Gran Duquesa\_ y los gritos de  
la canalla... Dio  
entonces dos pasos a tientas, extendiendo el brazo  
para salir por la  
puerta de enfrente a la calle de la Montera, y trop  
ezó con un  
confesonario arrimado a la pared de la derecha; abr  
ióse al punto la  
puertecilla baja de delante y apareció una mano muy  
blanca pegada a una  
manga negra. Jacobo retrocedió un paso sorprendido,  
y la puertecilla se  
volvió a cerrar, y tornó a desaparecer la mano, oyé  
ndose una voz pausada  
que decía en el fondo de aquellas tinieblas:

--Dispense usted... Creí que venía a confesarse...

Sublevóse el impío orgullo de Jacobo ante aquellas  
sencillas palabras y  
contestó brutalmente:

--Eso se queda para las viejas...

La voz, sin perder su serena pausa, dijo entonces desde las tinieblas:

--\_Vocavi et renuistis\_...

--\_Vocavi et renuistis\_?--preguntóse Jacobo sin comprender el significado de la terrible frase.

Y abriendo violentamente la puerta una gran bocanada de aire ensordeció sus oídos con el vals de \_La Gran Duquesa\_, apagando por completo el dulce silbo del cielo, el piadoso clamor de la misericordia:

--Ora pro nobis!...

Por calles extraviadas y volviendo siempre la cara atrás, cual si le persiguiesen, llegó a casa de la Albornoz muy agitado. El encuentro de aquel hombre en aquellas circunstancias habíale inspirado un terror muy parecido al que sintió meses antes, al ver vacíos en el álbum del tío Frasquito los huecos ocupados en otro tiempo por los tres sellos. ¿Qué vendría a buscar aquel pajarraco en la corte? ¿Tendría que ver algo su venida con el asunto de los masones? ¿Habría acaso en todo aquello algo más que una estúpida broma?

Encantadora estaba Currita aquella noche con sus ojos pelitos peinados a la griega y una extraña \_toilette\_ un poco abigarrada, muy propia del caprichoso tiempo de carnestolendas. No había ido por la tarde al paseo del Prado; incomodábala mucho aquel eterno dar vueltas de los días de

Carnaval, expuesta siempre a oír las desvergüenzas que escupen la envidia y la insolencia tras el anónimo de una carta... ¡Cuántas había escuchado ella antes de salir escarmentada! Quedóse, pues, en su casita, como mujer de provecho, cuidando de Fernandito, que andaba desmazalado, y ya entrada la noche, llegó primero el excelentísimo Martínez y a poco el senador del reino don Vicente Cascante.

Jacobo no había venido todavía, y disgustada Currit a por creer que toda palabra del \_buey Apis\_ pronunciada a espaldas de aquel amigo querido era un fraude que a este se hacía, salió impaciente en su busca. Solía Jacobo algunas veces entrar en el \_boudoir\_ o en las habitaciones de Fernandito como persona de la más familiar confianza, y no parecer en el salón hasta el momento mismo de la comida. Al atravesar una antesala, encontróse Currita un lacayo, que le presentó una carta en una bandeja de plata.

--Para el señor marqués de Sabadell--dijo.

Tomóla al punto Currita, con grande prisa, y miró el sobre; era su letra una de esas letras inglesas de mujer, de rasgos firmes y corridos, y por debajo del nombre de Jacobo, decía: \_Urgentísima\_.

--¿Quién ha traído esto?--preguntó.

--Damián la ha traído... El señor marqués ha estado todo el día esperando esa carta, y dejó dicho que en cuanto viniera se la llevaran



al Veloz... Damián fue allí y el señor marqués había ya salido; tomó entonces un coche y la trajo aquí corriendo.

Currita quedóse un instante muy pensativa y dijo al cabo:

--¿Y el señor marqués no ha venido?

--No ha venido todavía.

--Está bien; yo se la entregaré cuando venga.

Y con la carta en la mano entróse en el \_boudoir\_, arrugando el entrecejo, la boca fruncida y torvos los claros ojos... A la luz de la gran lámpara sostenida por el negro de ébano tomó a registrar la carta por todos lados; era el sobre de rico papel muy recio, no tenía timbre, sello ni inicial alguna, y venía ligeramente pegado con la misma goma de los bordes.

Currita introdujo un fino cuchillo de marfil por debajo, y el recio papel, sin doblarse ni romperse, se despegó fácilmente. Venía dentro una de esas tarjetas cuadradas en que suelen escribir sus esquelas las damas elegantes, cortada de intento la esquina superior izquierda, en que sin duda debió de haber algún timbre o algún nombre. En breves renglones decía: «La cita que me pide me compromete mucho; pero cedo a los sentimientos que me inspira, y le espero esta noche, de doce a una, en la calle de X\*\*, número 4, principal, derecha. Silencio y discreción. No diga al portero mi nombre: pregunte por la señora d

e Rosales.--N.»

--¡Qué delicia!--murmuró Currita; y mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, volvió a leer por dos veces la carta, sentándose antes en una butaca.

Quedóse luego, pensativa breve rato, sin que denunciase su alteración más que un imperceptible temblorcito en la mano que sostenía la carta, una ligera crispatura en los labios, un torvo reflejo en la vista, fija siempre en la alfombra. No era ya su mirada la de la ninfa Calipso, orgullosa, placentera, rebosando vanidad satisfecha y gratas satisfacciones; era la mirada celosa, furibunda y salvaje, de la Medea que describe Séneca, terrible e imponente en medio de su sombría calma.

Sin perder un punto de la suya, escribió Currita en un plieguecillo de papel timbrado las señas que venían en la carta; volvió a leerla por cuarta vez y la metió de nuevo en el sobre, tornándolo a pegar este con una poca de goma. Mantúvola un momento al calor de la chimenea, para dar tiempo a que se secase por completo, y arrojóla luego sobre su lindo escritorio. Entonces llamó a Kate.

--¿El señor marqués de Sabadell ha venido?

--Ahora mismo acaba de entrar y está en el salón de los señores.

--Ahí encima debe haber una carta... Que se la entreguen en seguida.

Tomóla Kate de sobre la mesa y se dirigió a la puerta; mas la señora, siempre taimada y astuta, y sin dejar ver a nadie el juego de sus cartas, dijole con voz muy displicente y quejumbrosa:

--Mira, hija, prepárame antes una dosis de antipirina... ¡Me está barruntando una jaqueca!

Volvió Kate a poco, revolviendo en una copa, con preciosa cucharilla, la medicina pedida.

--¿Han entregado la carta?--preguntó Currita.

--Como dijo la señora condesa que trajesen antes la antipirina...

--Pues anda, mujer... ¡Si dice en el sobre urgente! ...

No bien salió Kate, arrojó Currita en la chimenea la medicina y dirigióse muy de prisa al salón azul, donde acababa de entrar Jacobo. Quería ver ella de cerca la impresión que causaba a este la lectura de la carta; un momento después presentábasela un criado en una bandeja de plata.

Abalanzóse a ella Jacobo con grandes ansias, y sin mirar apenas el sobre, rasgólo en dos pedazos... Currita le devoraba con la vista, mas no pudo notar en su rostro señal de gozo ni satisfacción alguna; observó tan sólo una gran ansiedad mientras leía, y luego una honda preocupación

que le duró toda la comida. A veces, charlaba largo rato, sin cesar un punto, con cierta excitación nerviosa que prestaba brillantez a su conversación y alarmaba a Currita; otras, enmudecía de repente y quedábase pensativo y preocupado, sin prestar apenas atención a lo que en torno de él se hablaba.

Hallábase muy perplejo; había comprendido desde luego que aquella extraña carta era la respuesta del H°. Neptuno, por que a nadie sino a este había pedido él cita alguna; mas extrañábase, por lo mismo, la singular manera de su redacción y el empeño manifiesto que en ella se notaba de encubrir todo lo que pudiera denunciar su carácter masónico y hacerla tan sólo como una cita galante y misteriosa, según la había juzgado ya, engañándose por completo, la misma Currita.

Despertóle esto la fundada sospecha de si la carta ocultaría algún lazo, y de nuevo renacieron sus temores; mas recordó luego las mojigangas ridículas y los aparatosos misterios de que suelen rodearse siempre los masones, y esforzóse por creer lo que más halagaba sus deseos y ahuyentaba sus recelos: que en todo aquello había tan sólo una broma impertinente y ridícula que había que apurar hasta el cabo, y que la carta de Pérez Cueto era el chasco de Carnaval que debía coronarla. De repente, en uno de aquellos momentos de preocupación que la lucha de estas ideas le causaba, dijo a don Casimiro Pantoja

s, que se hallaba a su lado:

--Diga usted, Pantojas... ¿Qué significa \_vocavi et renuistis\_?...

Miróle el bueno de don Casimiro muy asombrado, y satisfecho de poder lucir su erudición, contestóle al punto:

--Significa literalmente \_te llamé y me rechazaste\_ ... y son las palabras de Isaías, si mal no recuerdo, que dirige el Señor a los pecadores empedernidos que resisten a su misericordia.

Echóse Jacobo a reír, y Currita le preguntó con malicia:

--¿Piensas hacer en el Senado alguna homilía sobre ese texto?

--No pienso yo hacerla, sino que me la han hecho a mí esta tarde--contestó Jacobo.

Y añadiéndole ridículos pormenores, contó la escena del confesonario en la iglesia del Carmen, guardándose muy bien de decir el verdadero motivo de su entrada en el templo: según él, habíale sido imposible el tránsito por la calle del Carmen, y atravesó por la iglesia para salir a la de la Montera. Riéronse todos mucho de la ocurrencia del cura, y el señor don Vicente Cascante, senador del reino, dijo con prosopopeya e hinchazón sentenciosa.

--Pero noten ustedes cómo en medio de lo ridículo d

el caso resalta  
siempre la soberbia y la insolencia del clero... ¡S  
iempre disponiendo de  
los rayos celestes, como si Dios les hubiera dado a  
ellos la llave!...  
Eso es insufrible, y cien veces lo he dicho y lo re  
petiré otras ciento:  
la dureza y la intransigencia del clero es lo que e  
stá carcomiendo la  
Iglesia de España.

Y el señor don Vicente Cascante, senador del reino,  
para enardecer el  
celo de la casa de Dios, que se lo comía, comióse é  
l una pechugita de  
perdiz con gesto de pesar profundo.

A las once de la noche, el palacio de Villamelón pa  
recía, por extraño  
caso, la morada de la quietud y del silencio: la se  
ñora condesa se había  
retirado muy temprano a sus habitaciones, a causa d  
e una fuerte jaqueca  
que le molestaba desde la tarde; el señor marqués h  
abía acostado  
también, aquejado de fuertes mareos, y la numerosa  
servidumbre, libre de  
toda traba y segura de no ser echada de menos, habí  
ase esparcido acá y  
allá, por los numerosos centros de diversión que of  
recen en Madrid las  
noches de Carnaval a las gentes de todas raleas.

No dormía, sin embargo, todo el mundo en la casa; a  
las once y media  
abrióse con gran sigilo la puertecilla del jardín p  
egada por dentro al  
invernadero, y salió a la calle cautelosamente un b  
ulto negro, que cerró  
por fuera y se alejó rápidamente, guardándose la ll  
ave.

Era una mujer enmascarada, que, a pesar de sus altos tacones y de la especie de gran florón de anchas cintas negras que llevaba en lo alto de la cabeza para aumentar su estatura, aparecía muy pequeña: llevaba sobre un vestido corto de seda negra un amplio dominó de igual color, y abrigábase el cuello, espaldas y brazos, con una rica talma de pieles grises.

La incógnita cruzó rápidamente varias callejas sin muestras de miedo alguno y entró por la calle Ancha de San Bernardo en la plazuela de Santo Domingo. Detúvose un momento en la esquina y miró a todas partes; la concurrencia era allí todavía numerosa de máscaras que se dirigían a los bailes, transeúntes que iban de un lado a otro y carruajes que cruzaban. Hacia la calle de Tudescos había tres simones parados, dormitando sus cocheros en los pescantes: dirigióse la incógnita al de enmedio, abrió ella misma la portezuela y mandó al cochero, que despertaba sobresaltado, parar en el paseo de Recoletos, a la entrada de la calle de X\*: era esta calle una de las varias que van a parar perpendicularmente en la de Serrano.

Apeóse la incógnita en el sitio indicado, y ordenando esta vez al cochero que aguardase, entró por la calle X\*, mirando a una y otra acera, como si inspeccionase el terreno. Es esta calle muy corta, y formábanla en aquel tiempo, por la acera de la izquierda, la gran verja

del jardín que rodea a un hotel de Recoletos, un solar lleno de escombros y la esquina de una casa de la calle de Serrano, en la cual se abría una puertecilla, al parecer condenada; a la derecha, extendíase primero la fachada lateral de cierto edificio público; seguía luego un hotel suntuoso, y terminaba la acera con otro solar en construcción y la esquina de otra casa de la calle de Serrano, en que no había puerta ninguna.

La incógnita, en que el lector habrá ya reconocido sin duda a la intrépida Currita, pareció muy perpleja: indudable era que en la calle X\*\* no existía el número 4, puesto que no había otra casa que el suntuoso hotel, y en este vivía precisamente--¡qué coincidencia!--, la Mazacán en persona...

¿Vendría quizá equivocado el número de la casa y sería aquella buena alhaja la autora de la carta?... Parecióle esto a Currita improbable, y un hecho positivo la sacó de dudas: abrióse de repente la gran mampara de cristales que cerraba en el hotel el fondo del vestíbulo y apareció un coche que vino a detenerse al pie de la escalera; ni el cochero ni el lacayo traían librea, ni veíanse tampoco en el coche armas, iniciales o corona; al ejercitado olfato de Currita olióle todo aquello, desde luego, a principios de aventura.

Bajaron a poco dos damas, vestidas de chulas, con riquísimos mantones de



Manila, pañuelos de seda en la cabeza y antifaces de terciopelo color de rosa; en la estrepitosa carcajada que soltó una al entrar en el coche reconoció Currita a Leopoldina Pastor, y en su alta estatura y el aire de dueña con que dio al lacayo la orden, adivinó al punto en la otra a su mortal enemiga, la Mazacán misma. Arrancó el coche y Currita respiró desahogada: indudable era que las dos amigas se marchaban al Real a correr alguna \_juerga\_...

Volvióse entonces la dama a su coche, decidida a esperar allí pacientemente, y recatándose lo posible, acomodóse lo mejor que pudo en el fondo, sin dejar de mirar por la ventanilla a lo largo de la calle. Extendíase esta frente a ella, solitaria por completo, subiendo en suave declive hasta la de Serrano, y veíanse cruzar a través, con cierto aspecto fantástico, como por el cristal de una linterna mágica, transeúntes que el frío hacía marchar apresurados, coches que llevaban máscaras a los bailes, y de cuando en cuando, los tranvías que subían y bajaban con sordo ruido, pareciendo a lo lejos monstruosos faroles ambulantes. Sólo dos reverberos de gas alumbraban la calle; el portero del hotel había entornado la puerta, y el cuarto menguante de la luna derramaba su suave claridad, permitiendo distinguir claramente los objetos.

Un reloj lejano dio las doce y cuarto, y a poco bajó pausadamente de la

calle de Serrano un hombre muy alto, con gran levitón y sombrero de copa, trayendo ambas manos cruzadas a la espalda; parecía un loco desocupado que fuera a tomar el fresco de la medianoche en Recoletos, o un genio que meditara una obra maestra, o un desesperado que fuera a escoger el árbol más a propósito para ahorcarse a la luz de la luna, o el lugar más solitario para descerrajarse un tiro en mitad del pecho.

Currita le miró con ese sentimiento de terror que inspira a las altas horas de la noche todo lo que suponemos extraño o misterioso, y escondióse más en el fondo del coche. En la esquina misma de Recoletos cruzóse el hombre del levitón con otro que venía apresuradamente de aquel mismo sitio; asomóse Currita al vidrio trasero y el corazón le latió con fuerza...

Era Jacobo, gallardamente embozado en una capa andaluza con vueltas rojas, y cubierta la cabeza con un sombrero hongo de color claro; torció la esquina sin fijarse en el coche y comenzó a subir por la calle ya más despacio, examinando las casas atentamente. La misma perplejidad que asaltó a Currita asaltóle a él también al notar que faltaba el número 4; la dama, ahogándose de ira, veíale marchar con la mano puesta en la llave de la portezuela, como si acechase el instante de salirle al encuentro.

Jacobo, cansado al fin de dar vueltas, acabando de

creer que el asunto  
todo de los masones era una farsa y la carta de Pérez Cueto un chasco de  
Carnaval que debía completarla, decidióse a llamar  
como última prueba a  
la puertecilla condenada, única que, fuera aparte de  
la del hotel, había  
en la calle; los golpes retumbaron en el silencio,  
y un eco muy extraño,  
que asustó a Currita, los reprodujo a lo lejos.

Nadie contestaba, e impaciente Jacobo llamó hasta tres veces, cada vez  
con más fuerza; dio entonces una gran patada en el  
suelo y, siguiendo  
adelante, dobló la esquina de la calle de Serrano.

Este fue el momento escogido por Currita para lanzarse del coche y  
correr tras de Jacobo, temerosa de que la puerta de  
la casa estuviese  
por el otro lado y se le escapara dentro. Jacobo, sin embargo, no había  
pensado en esto, o no había podido lograrlo. Encontróle Currita parado  
en la acera, examinando atentamente la fachada de la casa; era esta de  
modesta apariencia y estaba ya la puerta cerrada; en la planta baja  
hallábanse establecidas las oficinas de una agencia funeraria.

Encontráronse los dos amigos frente a frente, y no obstante el disfraz  
de la dama, reconocióla al punto Jacobo; con más sorpresa que disgusto,  
salió entonces a su encuentro:

--¡Criatura!... ¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido?  
...

Ella, agitada por mil sentimientos encontrados, ent

re los que sobresalía  
la ira, contestó con amarga burla:

--Pues nada... Venía a indicarte dónde está el número 4.

--¿Pero quién te ha dicho eso?--exclamó el otro asombrado--. Vamos, tú has creído otra cosa...

Y cogiéndola del brazo dobló con ella de nuevo la esquina de la calle de Serrano; entonces, ciega de ira la dama, parada en la acera, cual si la rabia la hubiese allí enclavado, comenzó a arrojar por la boca todos los sentimientos de su corazón mezclados y confundidos, pero bajo la forma siempre del insulto, a la manera que lanza un volcán todas las materias contenidas en su seno, formando un solo cuerpo, un solo torrente de lava que tala y destruye por dondequiera que pasa... Esforzándose en vano Jacobo por probarle su inocencia; ella no le dejaba hablar, y con sus flacas manecitas habíale deshecho el embozo, levantando hasta el rostro de él las uñas, como si quisiera arrancarle los ojos.

Jacobo, irritado también por la burla de Pérez Cuetos, acosado por los reproches de Currita y temeroso de perder la amistad, para él indispensable, de esta, viose al fin forzado a confesarle toda la verdad, con el fin de aplacarla...

Consiguiólo al punto; al oír la dama el nombre de masones, apagóse en el acto su ira y llenóse en cambio de un espanto casi

pueril, extraño en un  
carácter de tan enérgico temple.

--¡Vámonos, vámonos!--decía--. Por Dios te lo pido,  
Jacobo; no te quedes  
aquí. ¡Vámonos!

Y con acento de verdadero terror, mirando a todas p  
artes espantada,  
repetía muy bajo:

--¡Excomulgados! ¿Sabes? ¡Están excomulgados!...

Jacobo, creyendo con razón que el terror es contagi  
oso, porque sentía él  
comunicársele el que a la dama le agitaba, procuró,  
sin embargo,  
sosegarla.

--Pero no seas tonta, mujer, no seas chiquilla... V  
ámonos si quieres,  
pero sositégate. ¿No estoy yo contigo?... ¿Has venid  
o sola?...

--Sí.

--¿Pero a pie?... ¡Qué locura!

--No..., tengo ahí un simón...

--Pues te acompañaré en él a tu casa, y me llevará  
después a la mía.

--¿Traes armas?--dijo ella muy bajo.

--Sí, un revólver.

Siguieron ambos hacia Recoletos, mirando ella a tod  
as partes muy  
azorada, procurando él rechazar con la idea de que  
era un chasco de  
Carnaval la carta de Pérez Cueto la inquietud que a

pesar suyo le  
causaba el extraño terror de Currita.

Al volver la esquina, miráronse ambos en silencio,  
cual si el exceso de  
su espanto les paralizara las lenguas... El coche h  
abía desaparecido, y  
ni por una ni por otra parte del paseo se divisaba  
a lo lejos.

--¿Le habías ya pagado?--preguntó Jacobo estupefacto.

Y ella, pegándose a él con el temblor de un calenturiento, contestóle  
muy bajo:

--No..., no le había pagado.

El caso era extraño, y Jacobo sintió renacer con mayor fuerza todas sus inquietudes; imposible era que el cochero se hubiese marchado sin cobrar, si alguien no le hubiera obligado o persuadido a marcharse; tuvo entonces un momento de angustiosa perplejidad, de verdadero miedo, que pasó por su ánimo naturalmente valiente, estremeciéndolo como a un cuerpo robusto un soplo helado.

--Vámonos andando--dijo.

Y ambos echaron a andar agarrados del brazo, sin pronunciar una palabra, atravesando diagonalmente el paseo para ganar la acera opuesta, por parecerles quizá menos solitaria. Currita marchaba muy de prisa, sin mirar a ningún lado, fijos siempre los ojos en las luces de los faroles, que le parecían la salvación y la vida, si

ntiendo a la vez  
deseos y terror insuperables de volver atrás la car  
a. Al poner el pie en  
la acera, respiró Currita algo más desahogada y atr  
evióse a mirar a un  
lado y otro; todo parecía solitario, y tan sólo por  
la calle del  
Almirante vio a un hombre que marchaba a lo lejos,  
con las manos en los  
bolsillos, silbando la marcha de Pan y Toros. Al pa  
sar por San Pascual  
santiguóse Currita muy de prisa, y Jacobo, oprimién  
dola el brazo  
cariñosamente, dijo en son de burla:

--¡Tonta!...

Llegaban al ministerio de la Guerra, y allí Currita  
se tranquilizó más  
todavía, porque comenzaba a poblarse aquella soleda  
d que la aterraba. Un  
coche subía por la calle de Alcalá y entraba por el  
paseo del Prado; en  
el jardín del ministerio brillaba el fusil de un ce  
ntinela, y algunas  
voces de hombres que venían cantando escuchábanse m  
uy de cerca, por el  
lado de allá de la verja.

Forma la esquina del ministerio un pabellón aislado  
, de un solo piso,  
con cuatro fachadas y tres ventanas en cada una. Do  
s hombres  
decentemente vestidos, pero dando gritos y risotada  
s de borrachos,  
volvieron la esquina del pabellón y emparejaron con  
Currita y con Jacobo  
ante la tercera ventana; el más alto pegóse a la ac  
era, y el más bajo  
llamóse a la corriente, dejándoles pasar por en med  
io... Hubo entonces  
una terrible escena de un segundo: Currita sintió q

ue un brutal empujón  
le arrancaba violentamente del lado de Jacobo; que  
otra mano vigorosa  
tiraba del embozo de este, que caía al suelo al pie  
de la ventana, y  
algo líquido y caliente brotaba como de un surtidor  
, chorreándole las  
ropas y las manos. El terror dióle alas para huir p  
or la calle de  
Alcalá, sin una idea en la mente para definir lo qu  
e pasaba, sin un  
acento en la garganta para lanzar un grito... Uno,  
lastimero y  
agonizante, llegó a sus oídos, y otra voz vigorosa  
y angustiada hendió  
siniestramente los aires en el silencio de la noche  
:

--¡Cabo de guardia!... ¡Un hombre muerto!...

Sonó luego por tres veces la voz de ¡alto!, y de se  
guida, uno tras de  
otro, como dos gritos de protesta y de amenaza, se  
oyeron dos tiros.

Currita, desfallecida y sin alientos, se agarraba y  
a a la verja de la  
iglesia de San José; pensó volver atrás, pensó segu  
ir corriendo, pensó  
gritar pidiendo socorro, pensó morir allí mismo..  
. Oyó entonces los  
pitos de los serenos, sintió abrirse algunas ventan  
as, vio correr por la  
acera de enfrente un hombre encapuchado, con el chu  
zo en ristre y el  
farol en lo alto.

El instinto, más bien que la reflexión, hízole comp  
render entonces el  
riesgo que corría ella misma y huyó de nuevo por la  
calle del Caballero  
de Gracia, sin detenerse un momento, sin resollar s



iquiera, sin ver nada  
ni oír nada, ni pensar nada tampoco, hasta que, jadeante y sin saber cómo, se encontró en su boudoir, rígidos los miembros, huraña la vista, fuera de las órbitas los ojos, teniendo delante el negro de ébano, que levantaba en lo alto la lámpara encendida como para alumbrar en su entendimiento el horrible cuadro y que le mostraba con temerosa inmovilidad los blancos dientes en su sonrisa sinistra, eterna como la mueca del condenado.

A la luz de aquella lámpara miróse las manos, que sentía húmedas y pegajosas, y vióselas teñidas de sangre... Un horror inmenso invadió entonces su cuerpo y anegó su alma, y una idea taladró al fin su mente, como un clavo ardiendo al empuje de un mazo: la de su hija Lilí, arrodillada en el estudio, mostrándole sus manitas manchadas también con la sangre de su hermano, repitiendo con la opaca vibración de un terror sin medida:

--¡Sangre!... Mamá... ¡Sangre!...

--VII--

Una hora larga tardó la justicia en acudir para reconocer y levantar el cadáver; hallábase este atravesado en la acera, tendido sobre el lado derecho, descansando la cabeza contra el zócalo del

pabellón del  
ministerio de la Guerra, debajo de la segunda ventanilla. Tenía en la sien  
derecha una fuerte contusión, producida sin duda por el golpe dado al  
caer, y en el lado izquierdo del cuello una tremenda puñalada que le  
dividía por la mitad la arteria carótida. Un gran torrente de sangre,  
que de allí había brotado empapaba su ropa y humedecía la tierra. En la  
esquina misma de Recoletos y la calle de Alcalá veíase sobre la acera  
una rica talma de pieles de castor, manchada también de sangre; hasta  
que llegó el juez nadie se atrevió a tocarla.

Pronto quedó identificado el cadáver: encontraronle en el bolsillo la  
esquela recibida aquella misma tarde, dando la falsa cita, las dos  
cartas de Garibaldi al H<sup>o</sup>. Neptuno y varias tarjetas en que constaba el  
nombre del marqués de Sabadell. Era este nombre bastante conocido, y al  
horror natural que inspira todo crimen uniéndose entonces en los presentes  
ese espanto mezclado de sorpresa con que ve el vulgo o derrumbarse una  
fortuna en el abismo de una desgracia, caer a un poderoso desde los  
almohadones de su coche sobre la mesa destinada en un hospital a hacer a  
los cadáveres la autopsia. La noticia corrió de un extremo a otro de la  
corte, sin hacer derramar una lágrima, pero despertando por todas partes  
la admiración, el espanto y, sobre todo, la curiosidad; la curiosidad  
ansiosa y hasta, por decirlo así, rabiosa de conocer los pormenores de  
aquel drama misterioso, más interesante que los lúg

ubres episodios de  
Ana Radcliffe y las dramáticas aventuras de Clara Harlowe. Varios socios  
del Veloz corrieron al hospital a ver el cadáver, y  
en la esquina del  
ministerio de la Guerra viose todo el día un gran cerco de gente  
contemplando con cierta curiosidad pavorosa el pie  
de aquella ventana en  
que parecía vagar aún la sombra siniestra del crimen. Por la tarde,  
cuando la mayor afluencia de máscaras y de gente acudía al Prado y a  
Recoletos, nadie osaba pisar aquel sitio regado de sangre, y llamábanse  
todos a la acera opuesta, lanzando a la segunda ventana una mirada larga  
y medrosa.

Los periódicos publicaron extensos suplementos que se vendían a gritos  
por las calles, y entonces comenzaron a conocerse y comentarse algunos  
pormenores del crimen. Constaba entre ellos la declaración del centinela  
del ministerio de la Guerra; según este, vio pasar a la una de la  
mañana, a través de la verja de Recoletos, a un hombre y una mujer  
que venían muy de prisa de la Castellana. Marchaban agarrados del brazo,  
embozado él en una capa andaluza con vueltas rojas, cubierta ella el  
rostro con un antifaz negro y envuelta en un abrigo de pieles grises;  
vio también al mismo tiempo, a través de la verja de la calle Alcalá,  
venir por aquel lado dos hombres gritando y cantando, cual si estuviesen  
borrachos; cruzáronse ambas parejas delante del pabellón, por la fachada  
que da a Recoletos, y allí los perdió el centinela

de vista; mas oyó a  
poco en el silencio de la noche el rumor de un cuer  
po que cae a tierra y  
uno de esos gritos de agonía que jamás se olvidan n  
i se confunden; vio  
huir desesperadamente por la calle de Alcalá a la m  
ujer enmascarada y  
vio correr a los dos hombres, borrachos antes y bie  
n firmes entonces,  
uno hacia la Castellana y otro hacia la Plaza de To  
ros. Tropezó este  
último en la fuente de la Cibeles y oyóse el ruido  
del agua cual si  
hubiese caído dentro; levantóse, sin embargo, al pu  
nto, y su veloz  
carrera púsole bien pronto al abrigo de las tiniebl  
as. El centinela,  
imposibilitado por la consigna y por la verja para  
abandonar el puesto,  
abalanzóse a los hierros de esta y vio al hombre de  
la capa tendido en  
la acera; gritó entonces al cabo de guardia, dio a  
los fugitivos por  
tres veces la voz de ¡alto!, y con el fin de desper  
tar la alarma,  
disparó el fusil por dos veces. Llegaron a poco tre  
s serenos y un  
oficial y dos soldados del ministerio, y por la pue  
rtecilla pegada al  
pabellón salieron a la calle: el hombre de la capa  
estaba ya muerto.

Desprendíase de todo esto que había una \_ella\_ de p  
or medio, y la  
curiosidad, excitada hasta la rabia, sobre todo en  
los altos círculos,  
venía a estrellarse contra el secreto de la sumaria  
. Súpose que en la  
mañana siguiente a la noche del crimen fue preso Da  
mián, el ayuda de  
cámara de la víctima, y llamado a declarar aquella  
misma tarde un don

Francisco Javier Pérez Cueto, fabricante de almidón en uno de los arrabales de la corte... Desde entonces, ningún signo exterior dio a conocer que las investigaciones judiciales adelantasen un solo paso, y comenzóse a murmurar, con cierta estupefacción temerosa, que andaba en todo aquello la mano de los masones; que los asesinos de Sabadell quedarían desconocidos e impunes como los de su amigo el general Prim, y que el crimen de Recoletos sería siempre un arcano misterioso, como lo fue el de la calle del Turco. Mas de repente, cuando esta voz tomaba cuerpo y comenzaba a excitar en los ánimos el terror que infunde todo poder oculto y la indignación que inspira toda cobardía, levantóse otra voz contraria, que nadie supo nunca de dónde salía ni quién la atizaba, y que se extendió, sin embargo, por todas partes, con grandes visos de certeza, a la manera que esparce un pozo subterráneo por todos lados sus húmedas filtraciones... Díjose que en el fondo de todo aquello había tan sólo una intriga galante, que existía en el Juzgado un billetito concediendo una cita y que obraba también en poder del juez una prenda acusadora, perteneciente a la \_promovedora del crimen\_: una talma de pieles de castor, marcada por la parte de dentro con una etiqueta negra, en que con letras rojas decía: Worth.--Rue de la Paix. \_París\_.

Dos periódicos que, a juicio de muchos, pertenecían a la secta de los

masones, publicaron violentos artículos contra los tribunales de España, que recluyen al pobre como un criminal y le barren de las calles como una inmundicia, y se cruzan de brazos y cierran los ojos ante el poderoso que oculta sus crímenes bajo una armadura de oro, contra la cual se hace pedazos la espada de la justicia.

Porque un pobre mancebo  
Hurtó un solo huevo,  
Al sol bambonea,  
Y otro se pasea  
Con cien mil delitos.  
Cuando pitos, flautas;  
Cuando flautas, pitos.

El atrevimiento era tan grande, la audacia tan increíble, que extraviada la opinión por completo con estas pérfidas insinuaciones, señaló entonces con el dedo a la condesa de Albornoz y comenzó a mirarse el dintel de su palacio con el mismo horror con que se había mirado tres días antes la esquina del ministerio de la Guerra.

¡Singulares extravíos de la conciencia pública, que Dios permite a veces en su infinita justicia para castigar con una calumnia el delito verdadero que había quedado impune!

Nadie en Madrid pidió cuentas a Currita de la sangre de Velarde, derramada a la vista de todos por culpa suya, y ahora le arrojaban al rostro la de Sabadell, de la cual se hallaba inocente y hubiera ella rescatado con gusto a costa de cualquier sacrificio ... Porque el dolor

de la dama fue en realidad grande, aunque no expansivo ni alborotado; uno de esos dolores, por decirlo así, secos, propios de las almas enérgicas, que se repliegan sobre sí mismos en el fondo del corazón como para no perder su energía, a la manera que el gladiador herido encuentra fuerzas en su misma agonía para encoger el cuerpo y doblar los músculos, e intentar un último y más formidable avance... Aquella débil mujercilla encerraba en su endeble cuerpo una de esas almas enérgicas que se crecen a la vista del peligro y lo desafían, y no necesitan en el dolor apoyo ni cómplices en el crimen; bastábase ella misma a sí misma, y sacudiendo los terrores que la habían invadido la víspera, con el vigoroso empuje del toro que arroja lejos de sí los rejonos que le lastiman y embarazan, aprestóse a la defensa, decidida a arrostrar a pie quieto y con firmeza todas las consecuencias de aquella horrible noche.

Mas necesitaba antes que nada reflexionar, trazarse un plan, preparar su respuesta y ordenar sus preguntas; y aprovechando la ocasión de hallarse en cama Fernandito, postrado por uno de esos ataques de imbecilidad que traen consigo los reblandecimientos cerebrales, tomóse todo el día del lunes y dio la orden terminante de no recibir a nadie. Creía ella tener que habérselas de seguida con las visitas importunas, las preguntas indiscretas, las impertinentes lástimas y las molestas compasiones que la habían asediado cuando la muerte de Velarde, catástrofe también

espantosa, que sin saber explicarse el porqué parec  
íale en estos  
momentos más terrible que le pareció en aquellos pr  
imeros instantes.

Mas, con gran sorpresa suya, pasó todo el día del l  
unes, y pasó también  
el martes, y llegó y pasó asimismo el miércoles, si  
n que ningún coche  
parase a la puerta, ni atravesase una sola visita l  
as antecámaras, ni  
recibiera el oso del vestíbulo en su bandeja ningun  
a tarjeta, ni llegara  
tampoco el menor recado, la más insignificante misi  
va de atención, de  
interés o de consuelo... Aterróla entonces aquella  
soledad, que no sabía  
explicarse, porque ignoraba que la opinión había at  
ravesado en el dintel  
de su puerta el cadáver de Jacobo; mas cuando llega  
ron a su noticia las  
voces que corrían y supo que una pérfida y misterio  
sa mano explotaba el  
funesto hallazgo de la capa de pieles, para hacer r  
e caer sobre ella las  
sospechas del crimen, tuvo en su soledad vértigos d  
e ira,  
estremecimientos de fiera acorralada, y decidió des  
afiar frente a frente  
a la calumnia con un golpe de enérgica audacia.

La casualidad presentóle bien pronto ocasión propic  
ia; el viernes muy  
bien de mañana trajéronle el aviso de que le tocaba  
al día siguiente  
hacer su guardia como dama de honor en Palacio. Env  
iábale este aviso,  
según la costumbre, la dama que había hecho la guar  
dia el día antes, y  
era esta una buena mujer, sencilla y piadosísima, q  
ue, desechando como  
terribles calumnias las voces que corrían, apresuró  
se a cumplir con su



deber avisando a Currita y dejando al arbitrio de la dama el acudir o no acudir a la cita de Palacio.

Por primera vez después de la espantosa catástrofe sonrió Currita, con aquella sonrisa de diablillo, señal en ella de alguna idea feliz que pasaba por su mente. Tocábale la guardia el sábado, y según la tradicional costumbre, habían de asistir los reyes a la Salve de Atocha; la novedad atraía todavía gran concurso de gentes a conocer y contemplar a la joven reina, y presentándose Currita a su lado, en el primer puesto, parecióle que había de detener desde allí los tiros de la calumnia. Conocía ella bien el mundo que frecuentaba, que forma sus juicios y regula sus actos por los del poderoso que mira en lo alto, y creyó con razón que le bastaría presentarse una vez en público al lado de la reina y a raíz del suceso, para que todos acallasen sus escrúpulos y se apresurasen a conservarla en el puesto de honor que había ocupado siempre en la corte.

Sin llamar a Kate, saltó Currita de la cama antes de las nueve y fue a abrir ella misma una ventana para enterarse del estado del tiempo: el sol brillaba despejado, no se descubría una nube en el cielo y prometía la mañana una tarde deliciosa. Currita sintió un movimiento de gozo vivísimo que le pareció el presentimiento del triunfo; los carruajes de la corte saldrían, por el buen tiempo, descubiertos, y sin duda irían

después de la Salve a dar una vuelta por la Castellana, donde todo el mundo elegante tendría ocasión de verla y contemplarla en su honorífico puesto... Algo la espantaba, sin embargo: la idea de que iba a serle forzoso pasar por aquel mismo trayecto que había recorrido con Jacobo la noche funesta, por aquella misma iglesia ante la cual pronunció su última palabra, por aquella esquina en que le había visto caer lanzando un gemido de agonía... Mas ¿qué iba a hacer ella? ¿Enterrarse en vida a los cuarenta y cinco años? ¿Dejar por escrúpulos sentimentales que le arrebatase una calumnia el prestigio, la soberanía suprema, el cetro de la elegancia y el buen tono que, a pesar de mil vergüenzas verdaderas, había conservado en su mano hasta entonces?...

Rióse ella misma de sí misma al notar la febril impaciencia con que esperaba la hora de ir a Palacio, porque ni la señora de López Moreno había sentido mayores ansias ni más vehementes deseos el día de su famosa presentación en el hotel Basilewsky. Con esmero redoblado y gusto exquisito escogió una toilette elegantísima, con ese estudio de los pequeños detalles que se observa en los grandes genios y acredita en ellos el conocimiento práctico del terreno que pisan. Púsose un riquísimo vestido de terciopelo azul muy oscuro, guarnecido de piel de chinchilla, con sombrero y abrigo de lo mismo; dos perlas negras en las orejas y un trébol en el pecho, formado por otras tres perlas, blanca la

una, negra la otra y rosa la tercera. En el hombro izquierdo, sujetas con un lazo encarnado, llevaba las dos cruces de dama de honor: cruz de esmalte rojo, la antigua de la reina Isabel, y una \_M\_ de brillantes y rubíes, la de la nueva reina Mercedes. Después, mientras le traía Kate el rico pañuelo de encajes y los guantes de piel de Suecia, buscó ella en una cajita un relicario de plata que contenía un \_lignum crucis\_ ; besólo con gran piedad, oprimiéndolo un instante contra su pecho, cerrando los ojos e inclinando la cabeza como si pidiese algo al cielo con grande ahínco, y guardóselo después en el bolsillo, como se hubiera guardado un amuleto que tuviese virtud para alejar cualquier daño o peligro.

Al subir la escalera de Palacio latióle el corazón y tembláronle las piernas, porque vio a dos lacayos que cuchicheaban entre sí, mirándola a ella. Mas cuando el alabardero de guardia a la puerta de la Saleta dio el golpe de alabarda que anuncia la llegada de un Grande de España, crecióse el orgullo de Currita, despertó de nuevo su energía, y armada de toda su audacia atravesó la antecámara y penetró en la cámara misma, dispuesta a comenzar la batalla, creyendo encontrar allí a la camarera mayor o al gentilhombre de servicio, o quizá a todos juntos. La cámara, sin embargo, estaba desierta y Currita sintió el desahogo de un momento del enfermo que ve detenerse un instante la temida operación por haberse retrasado el médico. Sentóse en una banqueta frente

a la mampara que  
lleva a las habitaciones regias, a fin de esperar q  
ue la reina la  
llamase o alguien saliese; mas la excitación nervio  
sa no la dejaba  
sosegar un momento, y levantóse al punto para asoma  
rse a uno de los  
balcones y mirar a la plaza de la Armería; púsose l  
uego a arreglarse los  
ricitos de la frente ante uno de los magníficos esp  
ejos y reparó  
entonces en el soberbio retrato de Alfonso XII, pin  
tado por Casado, que  
habían colocado allí la víspera y se destacaba sobr  
e la rica tapicería  
de seda granate con grandes flores amarillas, con t  
odo el esplendor de  
una obra maestra.

Pasó un cuarto de hora, que le pareció a ella un cu  
arto de siglo, y en  
pie siempre ante el retrato, sintió abrirse a su es  
palda la mampara de  
las habitaciones de la reina; volvióse vivamente y  
vio que la mampara se  
volvía a cerrar y quedaba medio abierta, como si el  
que fuera a salir se  
hubiese detenido de repente. Oyó entonces, sin que  
pudiera distinguir  
las palabras, una voz suave de mujer que parecía ac  
ongojada, como si  
suplicase algo, y otra de hombre, fuerte y colérica  
, que exclamaba  
enérgicamente:

--¡No, no..., ahora mismo!

Inmutóse Currita atrozmente y metióse la mano en el  
bolsillo, como si  
buscara el lignum crucis; abrióse entonces la mam  
para y apareció el  
mayordomo mayor, también muy inmutado... La dama, f

ingiendo siempre  
hallarse absorta en la contemplación del retrato, y  
olvió ligeramente la  
cabeza y saludó con la mano al personaje, diciendo  
con vocecita a su  
pesar temblorosa y angustiada:

--¡Magnífico retrato! Yo no lo había visto. ¿Cuándo  
lo han puesto?...

Mas el mayordomo, sin contestar a la pregunta y con  
el esfuerzo de quien  
cumple un deber penosísimo, díjole balbuceando:

--Su majestad la reina la dispensa del servicio...,  
y me encarga le  
manifieste su deseo de que devuelva la cruz de dama  
...

Currita dio una rápida media vuelta, apretando los  
puños y echando atrás  
la cabeza cual si fuera a embestir al mayordomo, fi  
jando en él la mirada  
de sus claros ojos, enormemente abiertos, que refle  
jaban toda la ira del  
que recibe un salivazo en el rostro, todo el espant  
o del que ve  
derrumbarse una última esperanza, toda la solapada  
e impotente amenaza  
que encierra el terror del débil, aniquilado por un  
a mano más fuerte...

Luego, como si despertase en ella de repente la alt  
iva ricahembra al  
ignominioso contacto de una bofetada, arrancóse amb  
as cruces del pecho y  
las arrojó en el suelo...

--VIII--

Aquel golpe terrible no anonadó a Currita, ni le infundió tampoco el extraño sentimiento, mezcla de pavor y de ira, que al recibir en Loyola un bofetón semejante la había obligado a confundirse, y a humillarse, y a callar... Detrás de la mano de Pedro Fernández había visto entonces la mano de Dios, que le impedía profanar con el escándalo de su vida su santa casa, y detrás del bofetón del mayordomo de Palacio tan sólo veía la mano del rey, que no era para ella una idea, sino un hombre, contra el cual se podía luchar y al cual se le podía también vencer.

Mas harto comprendió desde el primer instante, con la rápida percepción de su claro entendimiento y su mucha práctica de mundo, que en vano emplearía todas las astucias de su ingenio, todos los atrevimientos de su audacia y todos los recursos de su dinero en atraerse de nuevo a sus amigos y a formar en torno suyo aquella brillante corte que era la médula de su vida, porque era también la de su vanidad. Nada arrastra tanto como el ejemplo de un príncipe, capaz por sí solo de salvar o perder a una sociedad entera, y la severa repulsa dada a Currita en Palacio, justa en medio de su severidad, que si de algo pecaba era sólo de tardía, había de arrastrar sin duda a Madrid entero, derrumbando a la ilustre dama desde la altura de su gloria, con todo el estrépito de los grandes escándalos, con todo el ensañamiento con qu

e del árbol caído se  
apresuran todos a sacar leña.

Por eso, sin darse ella por vencida ni cejar un punto en su tenaz  
empeño, y fortaleciendo siempre con el despecho y la  
rabia y hasta el  
dolor mismo su terquedad de mujer voluntariosa, siempre mimada, optó  
desde luego por el camino de los hábiles políticos  
y los diestros  
estratégicos y los conocedores prácticos del mundo  
y del corazón humano:  
una prudente retirada que sosegara los ánimos y diera  
se tiempo a que las  
memorias olvidaran, cesasen las prevenciones, se cansaran las lenguas, y  
los escándalos nuevos hicieran olvidar y aun perdonar los escándalos  
pasados.

¡Había visto ella tanto de eso!... La ocasión, por otra parte, no podía  
ser más oportuna: Fernandito había llegado al estado de imbecilidad  
completa que traen consigo los reblandecimientos cerebrales, y preciso  
era llevarlo a París a que alguna notabilidad médica intentase el  
verdadero milagro de despertar un chispazo de inteligencia en aquel  
meollo huero, que jamás había dado luz alguna.

El viaje fue, pues, decidido, y dos días antes dirigióse Currita al  
colegio de Chamartín de la Rosa, para sacar a Lilí.  
.. La niña había  
cumplido ya doce años, y más bien que una criatura que comenzaba a  
vivir, parecía un ángel que iba a volar. Había en sus grandes ojos  
azules algo que recordaba el cielo, algo a la vez t

riste y sereno,  
candoroso y profundo, que comunicaba a todo su ser  
cierto poderoso y  
triste encanto, semejante al que infunde en el alma  
la inocente sonrisa  
de un niño huérfano.

Acogióla la madre con sus más suaves mimitos y díjo  
le al oído,  
abrazándola, que le traía una noticia muy buena, mu  
y alegre, muy  
grande...

--¿A que no la aciertas?...

La niña, con los grandes ojos llenos de lágrimas y  
teñidas las mejillas  
del carmín más puro, dijo prontamente:

--¿Que mi papá está mejor? ¿Que se ha confesado?...

Quedóse Currita desconcertada, como le sucedía siem  
pre con las salidas  
intempestivas de aquella criatura. ¿Quién había de  
creer que iba a  
acordarse de su padre y a pensar en si le habían o  
no administrado aquel  
sacramento que le hacía tanta falta?... Echóse a re  
ír muy maravillada.  
¡Ca!, si no era eso... era mejor todavía; era una c  
osa referente a ella  
misma, lo que mejor le podía suceder, lo que sin du  
da estaba ella  
esperando...

Y de nuevo tornó a maravillarse, porque la sangre e  
ntera de Lilí afluyó  
entonces a su rostro, un temblor nervioso agitó sus  
manitas, y levantó  
los ojos hacia su madre, rebosando anhelo comprimid  
o, esperanza



dulcísima de oír lo que era sin duda su más ferviente deseo. Su boquita de ángel se entreabrió un momento para dejar escapar su secreto, como deja escapar una flor su fragancia, y de nuevo tornó a bajar los ojos, poniéndose más y más encarnada, y guardando silencio, con una cándida sonrisa dibujada sobre los labios.

--Pero, tontita, ¿no lo adivinas?... Es que se acabó ya el colegio, que te vas a venir conmigo.

¡Quién lo había de creer!... Al oír esto la niña, a pagóse en sus labios la sonrisa, como una luz que mata de repente una ráfaga de viento; cruzó las manos angustiada, miró a su madre con espanto y se echó a llorar a lágrima viva, con el corazón encogido...

--Pero ¡vaya por Dios, vida mía!--exclamó Currita estupefacta--. ¿A qué viene ese llanto? ¿Es que no quieres venir?

Lilí, enjugándose con ambas manitas los ojos, repetía sollozando:

--Aquí me quieren todos... todos... Las Madres y las niñas...

--Pero, hija mía, ¿acaso en tu casa no te quieren?--exclamó Currita, poniéndose muy seria; y la niña, titubeando un momento, contestó con candorosa sencillez, cuyo alcance no supo medir sin duda:

--Ahora no está allí Paquito...

Currita sintió un movimiento de ira, que se transfo

rmó al punto en dolor  
profundo, en dolor vivísimo que jamás había sentido  
, allá en el fondo de  
sus entrañas de madre... Sus ojos se llenaron de lá  
grimas, atrajo hacia  
sí a la niña, separóle del rostro ambas manos, y be  
sándola en la frente,  
díjole con mucho cariño:

--Pero lo recogeremos al paso, tonta, y nos iremos  
a París todos juntos.

La niña meneó la cabeza, apartándose del regazo de  
su madre, y  
procurando dominar su aflicción, como si se apresta  
se a una batalla,  
dijo resueltamente:

--Y, además... yo no puedo irme de aquí. No, no pue  
do.

--Pero ¿por qué?... Si eres ya una mujer y aquí est  
án sólo las niñas...

--Y las mujeres también...

--¡Pero, hija, por Dios! ¿Dónde están esas mujeres?  
...

--Las Madres son mujeres.

--Pero ¿tú quieres ser monja?--exclamó Currita abri  
endo mucho los ojos;  
y la niña, cerrando los suyos y moviendo enérgicame  
nte la cabeza,  
contestó con firmeza:

--¡Sí!...

--¡Yaaa!... Muy bien; ahora lo entiendo--dijo Curri  
ta muy despacito con  
su tono de voz más suave--. Y las Madres, como te q

uieren tanto las  
pobrecitas, te habrán metido esa idea en la cabeza.  
..

--¡No, no, señora!... Las Madres no me han dicho nada.

--Pues entonces habrá sido el confesor, el padre Cifuentes.

--Tampoco...

--¿Pues quién te lo ha dicho?...

--Paquito.

--¿Paquito?... ¡Vaya un apóstol!... ¿Y por qué no se mete él fraile?...

--Eso le escribí yo... Y le envié la \_Vida de san Estanislao\_ y una estampita de san Luis de Gonzaga... Pero me contestó que él era muy desgraciado y tenía que hacer en el mundo una cosa muy grande, muy grande... Yo no sé lo que será...

Currita comenzó a sospecharlo y se puso muy pálida; la escena terrible de su estudio, cuando el niño se había arrojado sobre Jacobo como una fiera sedienta de sangre, acudió a su memoria con gran viveza, estremeciéndola de espanto, infundiéndole esa especie de terror retrospectivo que causa un peligro pasado, despertando en su alma el aguijón de un remordimiento, avivando en su corazón el dolor de una herida chorreando aún sangre... ¡Oh! ¡Ya no tenía que hacer el pobre niño aquella cosa \_muy grande, muy grande\_, porque

otra mano más  
culpable le había tomado la delantera en la esquina  
de Recoletos!...

Lilí, sin imaginar siquiera en su sencillez de ángel  
el efecto que en su  
madre podían causar sus palabras, continuó diciendo  
:

--Me decía que fuese siempre muy buena y no saliera  
nunca del colegio y  
rezara mucho por él, y por usted y por mi papá; por  
que la ira de Dios  
iba a descargar sobre nuestra casa... Yo lloré mucho,  
mucho, y ofrecí  
entonces ser monja, y se lo dije a la madre Larín y  
al padre Cifuentes.

--¿Y qué te dijeron?--preguntó Currita con los labios  
blancos.

--La madre se echó a llorar..

--¿Y el padre?...

--Se echó a reír y me consoló mucho, y me dijo que  
no ofreciese nada sin  
que él me avisase.

Currita se quedó muy pensativa y permaneció largo rato  
en silencio,  
mirando a la niña; de pronto, dijo:

--¿Pero el padre Cifuentes te querrá mucho?...

--¡Oh, sí!... Es muy bueno; me quiere mucho.

Calló otra vez, seria y meditabunda; porque en medio  
de aquel rudo  
oleaje de afectos con que la gracia de Dios combatía  
a su alma para  
sacarla a flote, santos unos como el amor de madre,

saludables otros  
como el remordimiento, apareció muy honda y comenzó  
a subir, a subir,  
hasta flotar en la superficie y sobrenadar en lo al  
to y llenarlo todo y  
dominarlo todo, la idea fija, su ángel malo, el pen  
samiento constante  
que llevaba clavado en la frente, como un dolor neu  
rálgico, de  
satisfacer su vanidad y vengar su despecho, recobra  
ndo de nuevo su  
antigua posición y su brillante corte de mujer eleg  
ante. Había visto de  
repente un camino desconocido, un sendero tortuoso  
que allí llegaba  
dando rodeos, y ya no oyó más, ya no se ocupó de ot  
ra cosa. Cinco  
minutos largos permaneció callada, inmóvil, tirando  
al parecer sus  
planes. Lilí, con las manitas cruzadas sobre las ro  
dillas y la cabeza  
baja, la miraba de cuando en cuando a través de sus  
largas pestañas,  
extrañada de aquel singular silencio.

Rompiólo Currita al cabo; aquella pichoncita suya m  
onísima y preciosa la  
había enternecido... Pero todo aquello era muy seri  
o, muy grave, y  
hacíase preciso pensarlo despacio, muy despacio, y  
no decidirlo así de  
repente, en un segundo... Por de pronto, dejaría a  
la niña en el colegio  
y detendría ella su viaje para hablar con el padre  
Cifuentes.

Lilí, al oír esto, saltó espontáneamente de la sill  
a y se arrojó al  
cuello de su madre, cubriéndole el rostro de besos,  
llorando y riendo al  
mismo tiempo, como se mezclan la lluvia y el sol en  
un chubasco de mayo.

Ella se enterneció un poquito y derramó tres lagrimitas.

--Conque nada, pichona mía, mucho juicio, y pide a Dios que a todos nos ilumine... Y ahora, vidita mía, dile a la madre Larín que quiero hablarle un momento... ¿Eh, pichona?... Cosa de un segundo, avísala tú, vidita...

Llegó la madre Larín muy alarmada, temiéndose algun a trapisonda, y Currita, con patético ademán, se arrojó llorando en sus brazos... Era aquel día el más grande de su vida; por fin le concedía Dios lo que con tanto ahínco le había pedido siempre: ¡tener una hija religiosa!... Cierto que le pasaba aquello el alma de parte a parte, que quizá le costaría la vida separarse de aquel pobre angelito; pero lo que sentía ella era no tener siete hijos como santa María Magdalena de Pazzis, para ofrecérselos a Dios uno a uno. ¡Estaba el mundo tan malo!...

La madre Larín, muy escandalizada al ver a santa María Magdalena de Pazzis hecha de repente madre de tan dilatada familia, se apresuró a protestar con mucho respeto:

--Santa Sinforosa querrá decir, sin duda, la señora condesa.

--¿Fue santa Sinforosa?... ¡Pues yo creí que había sido la otra! ¡Como leo todos los días el Año Cristiano, armo a veces unos galimatías!... Y dígame, madre Larín, ¿cree usted que perseverará mi

hija, que su  
vocación será verdadera?

La madre enarcó las cejas, y con mucha humildad, dijo:

--La niña es formalita, y a lo que yo pueda colegir, así lo espero...  
Pero siempre será mejor que el padre espiritual informe a usted de todo esto.

--¿Y quién es?

--El padre Cifuentes.

--¿El padre Cifuentes?... ¿De veras?... ¡Cuánto me alegro!... Si es un  
santo, un hombre de tanto saber y prudencia...

--¡Ya lo creo!... Consúltelo usted y verá...

--Pero si no lo conozco... ¡Ay, madre Larín!... ¿Quisiera usted  
escribirle una cartita... *\_deux mots\_*, recomendándome?... Dígame usted  
cuáles son mis deseos, lo que yo quiero a mis hijos, la sencillez con  
que procedo siempre... Así me escuchará con benevolencia... Usted me  
conoce bien, madre Larín... ¡Soy tan desgraciada!... ¡Se tiene de mí un  
concepto tan falso!...

Y Currita, persuadida ella misma de lo que decía, cual suele suceder a  
los embusteros de oficio, extendía las manos y abrió a mucho los claros  
ojitos, como para que la madre Larín la estudiase por dentro,  
concluyendo por echarse a llorar amargamente, cubriéndose el rostro con

el pañuelo. La madre, muy compadecida, y creyendo que aquella oveja extraviada llamaba de nuevo al aprisco, procuraba consolarla y prometíale escribir aquella misma noche al padre Cifuentes, anunciándole su visita.

--¡Se lo agradecería a usted en el alma, madre Larín; no lo olvidaré en toda mi vida!--gimió Currita--. Porque no crea usted que en el asunto de mi pobre Lilí faltarán dificultades... Fernandito es muy bueno; pero al cabo, como hombre que es, no tiene la piedad de nosotras las mujeres, y verá la cosa de manera muy distinta.

Y ya en la puerta, despidiéndose cariñosamente de la buena madre, volvió a repetirle:

--¡Que no se olvide usted de lo esencial!... Que comprenda el padre la buena fe con que procedo en todo, lo rectas que son mis intenciones...

Y de pronto, volviéndose atrás desde la puerta, como si de repente recordase algo...

--¡Ay, madre Larín, se me olvidaba!... No sé si lo encargué a Lilí, porque con este notición se me fue el santo al cielo... Me han dicho que están ustedes haciendo un monumento nuevo para el Jueves Santo, y quiero que sea a mi costa... Deseo mucho dejar a ustedes un recuerdo; que Lilí haga ese pequeño obsequio al colegio...

--Gracias, gracias, señora condesa...



--¿Gracias?... ¡Ay, madre Larín, qué mundo, qué mundo!... ¡Ojalá y sólo se gastara el dinero en cosas semejantes!...

Entró en la berlina... Verdaderamente que aquella idea debía de venir del cielo, porque era Lilí, un ángel del Señor, quien se le había inspirado. Lo raro era que no se le hubiera ocurrido a ella antes, porque en aquella carta de Loyola, en aquella famosa carta de Pedro Fernández, que se sabía ella de memoria, estaba perfectamente encerrada en su primera parte... «Si la señora condesa de Albornoz viene a Loyola a confesar sus pecados y pedir a Dios perdón de sus extravíos, no tiene que fijar hora ni tiempo, porque todos son igualmente oportunos...»

Y glosando allá en su imaginación el parrafejo, discurría de este modo... Si la señora condesa de Albornoz va a Loyola, es decir, al padre Cifuentes, y confiesa sus pecados y pide a Dios perdón de sus extravíos, o lo que es lo mismo, embauca a aquel varón respetable, diciéndole lo que le parezca y callándose lo que juzgue conveniente para ponerle de su parte... a la sombra de su respetabilidad, agarrada a su manteo, entrará en el gremio de las beatas aristocráticas y se abrirá paso, rosario en mano, por el atajo de la piedad, hasta el alto puesto de que la calumnia y la ingratitud la han arrojado.

Porque no era necesario para ello llegar hasta el sacrilegio, que tanto

la había aterrado siempre y la seguía aterrando; di-  
spuesta estaba ella a  
lo que creía únicamente necesario para confesarse b-  
ien: acusarse de  
todos sus pecados y enumerar todos sus extravíos...  
¿Qué le importaba a  
ella que el padre Cifuentes supiese lo que hasta en  
los mismos  
periódicos se había publicado y había leído ella si-  
n sonrojarse?... ¡Si  
hubiera algún sacrificio que hacer, si hubiera algo  
que cortar, sería  
entonces otra cosa; pero la muerte, el puñal de un  
asesino, se había  
encargado de sacrificar, se había encargado de romp-  
er; y ya no le  
quedaba a ella nada, nada, sino aquella herida en e-  
l corazón y aquel  
despecho en el alma!... Y ante aquellas dos ideas q-  
ue la exasperaban,  
Jacobo muerto y ella caída de su pedestal, sentía h-  
ervir su sangre de  
dolor y de ira, y parecíale lo primero el crimen má-  
s nefando que se  
había cometido en el universo, y juzgaba lo segundo  
el acto de tiranía  
más atroz que pudiera atribuirse a Nerón, a Tiberio  
o a Busiris.

Con cierto miedecillo, muy natural y fundado, fue a  
ver al padre  
Cifuentes, porque tenía el padre fama de marrullero  
; mas su voluntad,  
repentina como el capricho de una mujer, era robust-  
a como la resolución  
de un hombre, y tranquilizábala en parte la íntima  
conciencia que tenía  
ella de que pocos la aventajaban en astucias y marr-  
ullería. Con  
habilidad suma dio principio al desarrollo de su pl-  
an, comenzando por  
exponer la vocación de Lilí, anhelo de su corazón,

esperanza dulcísima  
de su alma, que estaba ella dispuesta a apoyar con  
todas sus fuerzas,  
aunque hubiera que luchar con las serias dificultades  
que había de poner  
Fernandito; hábil estaquita esta última que plantaba  
a desde luego la  
taimada, para agarrarse a ella más tarde y destruir  
, cuando hubiera  
logrado su objeto, los santos planes de la niña. Es  
cuchábala el jesuita  
impasible con las manos metidas en las mangas, clavando  
en ella de  
cuando en cuando la mirada de sus ojos, aguda como  
la punta de una  
lanceta, que hacía a Currita ladear los suyos, ora  
bajándolos, ora  
paseándolos por las paredes del cuarto. Cuando la dama  
dejó de hablar,  
sacó el padre Cifuentes a relucir la tabaquera de cuerno,  
con su heraldo  
obligado, el pañuelo a cuadros azules y verdes, y con  
la mayor  
naturalidad del mundo dijo resueltamente:

--Su hija de usted no tiene vocación, señora condesa.

Quedóse Currita estupefacta y desconcertada, y tartamudeó moviendo la  
cabecita:

--Pues ella me había dicho... Yo creía...

--Creyó usted mal, señora condesa... Esa niña es un  
ángel, de  
entendimiento muy claro, de corazón muy grande y muy  
recto, y está  
aterrada por las cartas de su hermano, que... ¡pasan  
el alma, señora  
condesa, pasan el alma!

Y las dos lancetas que tenía en los ojos el padre Cifuentes pasaban de parte a parte la frente de Currita, cual si fueran a clavarse en el fondo de su pensamiento.

--Por eso--prosiguió lentamente el jesuita--quería esa pobre niña ofrecer el sacrificio de sí misma, para asegurar la salvación de los demás, para expiar culpas ajenas por las cuales se aflige, como se afligen los ángeles del cielo: llorándolas, pero sin ponérselas a nadie en cuenta... Y note usted lo que digo, señora condesa: \_sin ponérselas a nadie en cuenta\_.

La señora condesa bajó los ojos muy modestita, como haciéndose la desentendida de si era a ella o no a quien le tocaba pagar aquella cuenta, y el padre continuó:

--Pero como usted comprenderá, este sacrificio de precio incalculable, cuya idea le fomentaré yo por lo que en sí tiene de útil y meritorio y porque bastará quizá el ofrecerlo para alcanzar de Dios lo que el pobre ángel pide, no es una vocación religiosa: es sólo un ofrecimiento que en su aflicción y en su generosidad hace la niña, y mientras Dios no lo acepte, no existe la verdadera vocación, y yo, por mi parte, ni puedo aconsejarla ni autorizarla tampoco hasta entonces.

«Pues estamos en el principio de la conversación»--pensó Currita, sin comprender del todo aquellas místicas sutilezas; y dando vueltas entre

sus manos a un precioso devocionario que había traído de intento para demostrar su piedad al padre, dijo modestamente:

--¿Y qué cree usted entonces que debe de hacerse?..  
.

--Dejar obrar a la gracia de Dios, que quizá le conceda como premio la vocación que aún no tiene, y mientras tanto, no sacarla del colegio.

--¿No cree usted entonces que le convenga volver a su casa?...

El padre Cifuentes abrió la tabaquera, y con la impasibilidad del hombre que golpea en los oídos de un sordo, con la sencillez con que hubiera dicho que hacía calor o estaba lloviendo, dijo tranquilamente:

--No, señora... Los ejemplos que vería en ella no conseguirían quizá corromperla, pero de seguro lograrían matarla...

Currita no protestó contra aquel reproche tremendo; no se avergonzó ni se indignó tampoco. Asíóse, por el contrario, para llegar a su objeto, a la punta de aquella maza que la aplastaba, y dijo lastimeramente:

--¡Ay, sí, sí, padre, es verdad!... ¡Si usted supiera lo que pasa en mi casa! ¡Si usted conociera la situación en que me encuentro!

Y adoptando el cálculo más hábil del disimulo, el de apropiarse de la ingenuidad y disfrazarse con la sencillez y la franqueza, refirió con

toda verdad al padre Cifuentes el escándalo de su vida, la trágica muerte de Jacobo, la calumnia difundida por aquellos enemigos invisibles, la imposibilidad en que estaba de acusarlos a ellos y defenderse ella misma ante los tribunales, y la necesidad que tenía de \_alguien respetable\_, de alguna \_persona autorizada\_ por su santidad y su prestigio que sacase la cara por ella, perdonándole las faltas verdaderas y defendiéndola de los \_falsos crímenes\_, concediéndole su protección y su amistad, y rehabilitándola por este solo hecho a los ojos del mundo... Y no pedía esto por ella misma, que nada merecía y así lo confesaba; pedíalo por caridad de Dios, por lástima, por compasión hacia sus propios hijos...

Calló Currita, y con la cabeza baja y las manos cruzadas y entornados ojitos, esperó muy devotica el sermón formidable, la peluca tremenda que creía ella iba a venir tras de aquello, seguida de alguna violenta exhortación a la confesión y la penitencia, con algunos toquecitos de llamas del infierno; y luego, más tarde de lo que ella deseaba y con tanto anhelo iba buscando, un generoso ofrecimiento, noble, sincero y amplio... Mas el padre Cifuentes, que había escuchado sin pestañear todo aquel cúmulo de vergüenzas y de horrores, que no había hecho el menor gesto de asombro, de disgusto, de compasión ni de protesta, sacó la tabaquera de cuerno, tomó un polvo y dijo lacónicamente:

--Haga usted los Ejercicios...

--¿Los Ejercicios?--preguntó ella muy sorprendida.

--Sí, los Ejercicios de san Ignacio digo... Ayer los han empezado en el Sagrado Corazón, en la calle del Caballero de Gracia... Todavía tiene usted tiempo; empiece esta misma tarde.

--Yo..., bueno..., desde luego...--dijo Currita titubeando--. Pero según tengo entendido, sólo se entra allí con papeleta y yo no la tengo.

--Pues yo la recomendaré a usted a la superiora y le hablaré a la marquesa de Villasis, que es presidenta del consejo ...

Currita sintió tal movimiento de gozo, que estuvo a pique de venderse... ¡Por fin triunfaba, y a pesar de su impasibilidad y no obstante sus marrullerías, hacía tragar al bendito padre todo el anzuelo!... Entre la marquesa de Villasis, la dama de mejor nombre de la corte, y el padre Cifuentes, el sacerdote de más prestigio, haría ella su entrada triunfal en el gremio de beatas aristocráticas, y una vez dentro, no bien tomase ella terreno, ya sabría reconquistar, palmo a palmo, los aplausos y las adulaciones, y colocarse de nuevo en el antiguo puesto perdido.

Vistióse sencillamente, siempre con aquel prolijo cuidado de los detalles pequeños que desprecian los talentos vulgares y tienen en mucho

los privilegiados y prácticos: una modesta falda de seda negra, un abrigo de terciopelo con pieles y la mantilla recogida por completo sobre los hombros, chiffonné, con mucha gracia, cubriendo las blondas del velo parte del rostro, pero dejando ver perfectamente los rojos pelitos, contraseña suya característica, que cuidó muy bien de dejar a la vista con cálculo prudentísimo, para que en caso de oscuridad o de duda pudieran todos reconocerla.

A las cinco comenzaba el santo Ejercicio, y a las cinco y siete minutos calculó ella muy bien su entrada, para que fuese de todos vista. Apeóse del coche y entró en el zaguán, creyendo encontrar allí alguna religiosa o algún portero a quien preguntar por la marquesa de Villasis o por el padre Cifuentes; mas sólo vio delante una empinada escalera dividida por en medio con un barandal de hierro que hacía veces de pasamanos. En lo alto, dos señoras cuchicheaban entre sí muy quieto, e interrumpiéndose bruscamente al ver subir a Currita, desaparecieron al punto, sin que la dama pudiera reconocerlas. Encontróse entonces frente a la puerta de la capilla, que estaba de par en par abierta; era esta entrelarga, ancha y extensa, con una gran puerta en el fondo que daba al interior del colegio y otra lateral para el servicio de la gente. En el testero hallábase el altar, parcamente adornado, con algunas luces que ardían a derecha e izquierda del tabernáculo.



Arriba, en la parte más alta, había una hermosa efigie del Sagrado Corazón, y caía desde sus pies hasta abajo un gran paño de brocado recamado de terciopelo rojo, con estas palabras bordadas: \_Venite ad me omnes\_. A uno y otro lado de la gran puerta del fondo estaban las sillas de coro de las religiosas, y sentadas en ellas las señoras del consejo: la marquesa de Villasis ocupaba la esquina derecha, teniendo a su lado a la duquesa de Astorga.

Currita vio desde la puerta el extremo de un banco desocupado y ante él se arrodilló, haciendo uno de esos garabatitos con que creen ciertas damas santiguarse, cruzando las manitas sobre el respaldo, inclinando la cabeza con mucha devoción y poniéndose a registrar con el rabillo del ojo todo cuanto había y pasaba dentro de la capilla ... ¡Prodigio maravilloso de la perspicacia y fuerza comunicativa de la grey femenina!... Cuatro minutos después, no quedaba en el extenso recinto una sola alma más o menos pía que no hubiera atisbado la entrada de Currita, sin que fuese necesario para ello más que alguno que otro suave cuchicheo, alguna que otra disimulada seña, alguno que otro libro devoto o rosario bendito que rodaba por el suelo, para dar ocasión a la dama que lo recogía de lanzar una rápida mirada con el mayor disimulo. Allí estaba ella, con mucha devoción, aguantando a pie quieto las miradas y suponiendo los comentarios internos que acompañaban a estas; la condesa

de Murguía, señora muy severa, que había comido muchos viernes en casa de Currita y disfrutado no pocas veces de su palco en el teatro, hallábase a su lado... Alarmóla esta proximidad, volvió la cara angustiada, y apretando cuanto pudo a las otras señoras que ocupaban el banco, apresuróse a dejar entre ella y la escandalosa un gran espacio vacío. Currita, sin perder su devoción, sintió ganas de tirarle del pelo.

Entró a poco una señora con dos niñas, al parecer sus hijas, y una de estas, la más pequeña, fuese a arrodillar junto a Currita en el hueco vacío; mas la madre, advertida sin duda por otra señora que le habló por lo bajo, levantóse prontamente, tocó en el hombro a la niña y apártola de allí. Currita no sintió esta vez ira, sintió una sensación penosa, amarga, desconocida para ella, que se le figuró semejante al desconsuelo de verse sola y desamparada por un ser querido; aquella niña le había recordado a Lilí.

Entraban nuevas señoras, llenábase la capilla de bote en bote y apiñábanse las rezagadas contra las que habían llegado antes, sin que ninguna quisiera ocupar el sitio vacío al lado de Currita. Ella sintió crecer aquel desconsuelo que la oprimía y la angustiaba y le producía una irritación sorda, una amarga iracundia, que la llevaba a escarbar llena de saña en el basurero de su vida, buscando y enumerando las

vergüenzas públicas, las inmundicias de todos conocidas, que le había tolerado, consentido y hasta aplaudido como amables \_pequeñeces\_ aquel mismo Madrid que ahora le volvía la espalda, para arrojársele a la cara, gritándole con muy buena lógica: «¿Acaso soy ahora peor que lo fui antes?... ¿Por ventura hace más fuerza en ti una calumnia anónima, levantada por pérfidos asesinos, que ese montón de lodo con que a todas horas te he salpicado el rostro?...».

¡Oh!, ¡qué mundo, qué mundo aquel tan injusto y tan asqueroso! ¡Con cuánta razón se resistía a entrar en él Lili, aquel ángel del Señor tan puro y tan bello!... Y a este recuerdo, con la rapidez con que se muda la decoración en una comedia de magia, substituyó en su mente la imagen de la niña al Madrid injusto y asqueroso que provocaba sus iras, y quedaron frente a frente, embargando todo su entendimiento, la celestial figura de Lili, derramando luz vivísima del cielo, y el montón de lodo repugnante y hediondo, la charca sucia y cenagosa que acababa de formar ella con tanta saña, haciendo examen general de toda su vida... Currita creyó ver una cloaca a la pura y rosada luz del alba, creyó ver el infierno a la luz del paraíso y se sintió confundida y se juzgó condenada; porque aquel montón de lodo era ella misma y aquel resplandor de Lili era la luz de Dios, único criterio de moral, independiente de míseras condescendencias sociales, a que deben de ajustarse los actos

humanos. Un último movimiento de soberbia la agitó, sin embargo.

--¡Soy una infame, es cierto!... Pero que no me condenen los hombres,  
¡que me condene Dios!...

Y al levantar la vista rabiosa y desesperada, como para lanzar en torno una mirada de orgulloso desafío, divisó al frente la imagen de Jesucristo, del Juez único que su soberbia vencida aceptaba, mostrándole su corazón herido, diciéndole en aquel letrero que tenía por debajo:  
Venite ad me omnes. Un crujido misterioso lastimó entonces su pecho, y repitió muy quedo:

--\_Omnes\_!... ¡Todos, todos!...

Habíase mientras tanto rezado el rosario, y un jesuita subía en aquel momento al púlpito, para exponer la meditación que correspondía, según el orden establecido en los Ejercicios de san Ignacio. Era sobre el Juicio Final, y dividióla en tres partes: la confusión de los hipócritas al ver patentes sus pecados ocultos; la suprema vergüenza de los escandalosos al ver objeto de la execración universal los pecados públicos de que habían hecho gala, y la justificación de la Providencia, la manifestación clara de los misteriosos caminos ordenados por Dios para bien siempre del hombre; la sapientísima urdimbre, puesta al descubierto, de grandes hechos y pequeños acontecimientos, de penas y alegrías, derrotas y triunfos, llamamientos y amena-

zas, premios y  
castigos, que han de probar en la vida de cada cria  
tura, mirada de  
frente a la luz de aquel tremendo día, la paternal  
providencia de Dios  
para cada hombre, la conjunción perfecta sobre cada  
uno de ellos de sus  
dos atributos, el más temible y el más deseable: la  
misericordia y la  
justicia.

El jesuita hablaba llanamente, expresando con senci  
lla claridad aquellas  
tremendas verdades y trazando a veces pavorosos cua  
dros que herían la  
imaginación, estremecían los corazones y preparaban  
los ánimos para el  
eco futuro de aquellas temerosas palabras: \_Ossa ar  
ida, audite verbum  
Domini\_!... Reinaba un hondo silencio, muy semejan  
te al silencio del  
pavor; y el jesuita, torciendo un poco el rumbo a s  
us palabras, dejó ver  
de repente la bondad infinita de Dios, la más conso  
ladora de todas sus  
grandezas, su inmensa misericordia, brindando siemp  
re al pecador con su  
perdón tan sin límites y tan amplio, que desaparece  
n en él, cual si  
fueran átomos, los más enormes pecados.

--Imaginaos--dijo--un hombre llegado al último extr  
emo del crimen;  
cargadle a vuestro pensamiento con todas las accion  
es afrentosas que  
fuera posible imaginar; vedle dormir tranquilo en m  
edio de su vergüenza,  
como si se viera al abrigo de la muerte, como si no  
tuviera ya  
remordimientos ni tuviera conciencia... Mas un día,  
lo mismo que en el  
sueño de Nabucodonosor una piedra desprendida de la

montaña hizo pedazos  
al coloso con pies de barro, así también un átomo a  
rrancado a la  
misericordia de Dios por los ruegos de algún justo  
derribará sin causa  
alguna aparente ese coloso del mal y formará en sus  
entrañas  
desesperadas una lágrima, que subirá hasta el coraz  
ón y pasará por los  
caminos que Dios ha hecho para llegar a sus ojos ma  
rchitos, y brotará  
por ellos, y rodará al fin por sus mejillas... ¡Esa  
lágrima le ha  
revelado la verdad y conquistado el perdón y devuel  
to la paz!...

Y como si aquella lágrima bendita, alcanzada por la  
oración de un justo,  
se formase en aquel momento en algunas entrañas y s  
ubiese hasta un  
corazón y brotase por unos ojos, con explosión de d  
olor formidable,  
rompió el hondo silencio un sollozo que resonó por  
todos los ámbitos de  
la capilla, haciendo al jesuita enmudecer un instan  
te, y mirarse  
pálidas y sobrecoídas a cuantas vieron a la condes  
a de Albornoz  
desplomarse sobre el reclinatorio, aniquilada como  
el grano de mijo que  
machaca la piedra de molino, mordiéndose las manos  
para contener, como  
con esfuerzo sobrehumano contuvo, los gritos, los s  
ollosos, los alaridos  
de dolor que parecían hervirle en el pecho, sin lle  
gar a reventarle por  
los labios.

Terminó el sermón, y siguióse luego, y terminó tamb  
ién aquel canto  
suavísimo, patético grito del pecador arrepentido:  
—¡Perdón, oh Dios

mío!\_ Y la numerosa concurrencia desfiló por delante de Currita, sin que levantase ella la cabeza ni hiciera un movimiento, como si la vergüenza de su vida entera la tuviese allí sujeta, clavada, ante las miradas curiosas, compasivas y aun burlonas de sus antiguas rivales.

Quedó la capilla solitaria, y una religiosa lega, que se deslizaba como una sombra, apagó las luces una a una, sin que la condesa de Albornoz se moviese de su sitio ni diese muestras de vida. Unos brazos la rodearon al fin en aquella soledad de que sólo Dios era testigo, y una voz muy conmovida le dijo muy bajo:

--Curra, hija mía... Abajo tengo mi coche... ¿Quieres que te lleve?...

Ella levantó la cabeza y fijó en la que así hablaba una mirada hosca, medrosa, que no parecía tener conciencia de la realidad y reflejaba como en dos vidrios profundos todos los asombros y todas las agonías... Reconoció al fin a la marquesa de Villasis, y el rostro de la pecadora, rojo de vergüenza por primera vez en su vida, ocultóse en el casto pecho de la mujer fuerte, balbuceando entre sollozos:

--¡Sí, sí!... Adonde no me vea nadie... A Chamartín con mi hija...

La niña no se sorprendió al verla... Había ofrecido aquella tarde, por aviso del padre Cifuentes, el sacrificio de su vida, y esperaba confiada y serena, como esperan las lágrimas del pecador los

ángeles de la  
guarda...

--IX--

Se ha dicho que más cavila un pobre que cien abogados, y hay quien cavila más que cien pobres y cien abogados juntos: cualquier muchacho haragán que se ve con un libro delante, clavado en un banco. En este caso se hallaba aquel día, en el estudio del colegio de Guichon, Alfonsito Téllez-Ponce, alias \_Tapón\_, piel del diablo, corazón de ángel, enredador como él solo, ídolo y tentación perpetua de sus compañeros, encanto y purgatorio eterno de sus maestros.

Sus propósitos no podían, sin embargo, ser aquella mañana mejores, ni sus intenciones más rectas: celebrábase al día siguiente el santo del padre rector con una jira de campo famosísima, allá en la playa de Biarritz, y el mísero Tapón, condenado por tres o cuatro sentencias a reclusión perpetua, proponíase, con un día entero de observancia completa, alcanzar el indulto general de sus condenas y el sobreseimiento de las diez o doce causas que, por diversos atentados, conatos e infracciones de la ley, se le seguían ante el tribunal del padre prefecto.



Levantóse, pues, de un salto al primer toque de la campana, lavóse sin derramar una gota de agua, y sin otro percance que el meter un pie en el orinal y hacerlo añicos, sin intención deliberada, por supuesto, púsose en formación muy derecho, entró en la capilla y oyó misa lo mismo que un san Luis Gonzaga.

Bueno iba aquello; mas al salir del sagrado recinto, diole un brinco el diablo en el cuerpo, y sin poderlo remediar tiró al compañero que marchaba delante en las ordenadas filas del pañal de la camisa, que impúdicamente le asomaba por debajo de la blusa. En la sala de estudio rezó el Acciones nostras con devoción suma, sacudió un papirotazo a su vecino de la derecha, arrastrado por la fuerza de la costumbre, tiró al suelo los libros del de la izquierda, por una necesidad casi de su temperamento, y abrió la tapa de su cajón con mucha formalidad.

Iba a ponerse a estudiar, y no de cualquier manera ni cualquier cosa; sus estudios de retórica habían ya terminado el año último, y acababa de asistir a la toma de Troya y a la fundación de Roma; había bebido con Horacio en las cascadas del Tíber, admirado a las abejas con Virgilio, salvado a la República con Cicerón y alborotado en las plazas de Grecia con Demóstenes. Tocábale aquel año dedicarse a la sublime ciencia del cálculo, y había obtenido ya, por orden de su profesor, la medida del campanario del pueblo, con un error aproximado de d

os kilómetros; aquel día proponíase nada menos que determinar el radio de una esfera, y sacó con toda diligencia el libro de texto, la caja de compases y el blanco papel inmaculado en que había de desarrollarse el importante cálculo.

El padre Bonnet, inspector en el estudio, mirábale desde lo alto de la tribuna, asombrado de tanta laboriosidad, creyendo tener ante los ojos la conversión de san Agustín o el trueque de Saulo en Pablo.

Con un rápido movimiento del compás trazó Tapón una esfera limpia y correcta, con la luna en su plenilunio. ¡Magnífico! ... Redonda era como el mundo... Parecía una carita... ¡Justo!..., una carita... Igual, idéntica a la de madame Dous, la tendera que vendía pelotas en los portales de Bayona. ¡Qué casualidad!... Tapón marcó con mucha habilidad dos puntos para tomar los radios con que había de trazar dos arcos que se cortasen, y se afirmó en su creencia... Aquellos dos puntitos parecían, sin duda alguna, los ojos de madame Dous, redondos, pequeños, abiertos como con un punzón... El parecido era exacto: tan sólo le faltaba el moñito en lo alto de la cabeza, y para que nada le faltase, pintó Tapón a la esfera un moñito en la parte superior; dibujóle luego unas narices en el punto en que debieron encontrarse los dos malogrados arcos, púsole por debajo una boca bigotuda, añadióle después dos orejas con pendientes, y en menos de un cuarto de hora enc

encontró la cara de  
madame Dous, en vez de encontrar el radio de la esfera.

Satisfecho de su hallazgo, mostrólo a sus dos vecinos; una mano alevosa  
avanzó entonces por detrás y arrancóle de las suyas la obra maestra.

¡Santo Dios!... Volvióse Tapón asustado y encontróse frente a frente con  
el padre Bonnet. ¡Bonita ocasión para presentarle su petición de  
indulto!...

--¿Así prepara usted la clase, señor de... Tapón?--  
dijo el ministro de  
la justicia con voz formidable.

Y el señor de Tapón, sobrecojido, pero con mucha dignidad, aseguró,  
puesta la mano sobre el pecho, que había sido una distracción, que lo  
había hecho sin poderlo remediar...

--Pues sin poderlo remediar se quedará usted hoy sin  
postres..., y  
mañana, por supuesto, sin campo...

Tapón se echó a llorar acongojado, empujó por la izquierda el libro de  
texto, alejó de sí por la derecha la caja de compases, y apoyando la  
cabeza en ambas manos, quedóse absorto, a través de sus lágrimas, en la  
contemplación del tintero de peltre que tenía delante. Una mosca paseaba  
por sus bordes, alargando de cuando en cuando la sutil trompilla,  
haciendo vibrar, al cruzarlas con las patas traseras, las pardas y  
transparentes alas. Parecía la mosca meditabunda, y  
ocurriósele a Tapón

cazarla, para alivio de sus penas; mojóse con saliv  
a los extremos del  
pulgar y el índice, y alargó la mano suavemente: la  
incauta mosca saltó  
del tintero a la mano traicionera, dio una carrerita  
y acercóse al fatal  
lazo. Tapón apretó entonces los dedos y pillóla por  
las patas... La  
mosca protestaba muy indignada, batiendo las alas c  
on cierto zumbido  
lastimoso.

Presa en estrecho lazo  
La codorniz sencilla  
Daba quejas al viento,  
Ya tarde arrepentida.

Tapón, inexorable, resolvió convertirla en ministro  
de sus venganzas;  
cogió un fino papel de seda, escribió en él: «¡Muer  
a el padre Bonnet!»,  
y retorciéndole muy bien una puntita, clavólo por d  
etrás a la  
prisionera. Abrió luego la mano y la mosca echó a v  
olar, arrastrando la  
larga cola, a modo de ave del paraíso.

El gozo de Tapón fue imponderable: había realizado  
la teoría de las  
\_palomas mensajeras\_. Puso manos a la obra, y en me  
nos de diez minutos  
revoloteaban por el estudio más de una docena de mo  
scas, llevando de una  
a otra parte el grito subversivo de «¡Muera el padr  
e Bonnet!». La  
sedición prendió al punto por el amplio recinto, en  
contrando por todas  
partes imitadores y aun reformistas; uno puso en ro  
jos papelitos «¡Viva  
la libertad!», otro se adelantó a poner «¡Abajo los  
jesuitas!», y un  
tercero, hijo de un emigrado, destrozó una caja de

bombones para  
estampar en ligero papel azul el grito retrógrado d  
e «¡Viva Carlos  
VII!»...

Aquello fue una manifestación general de simpatías  
personales e ideales  
políticos, y no hubo uno solo entre aquellos hombre  
s de estado, capaces  
de regir el país de Liliput, que no manifestase sus  
opiniones por medio  
de las nuevas palomas mensajeras. Tan sólo Paco Luj  
án, inclinado sobre  
su pupitre, aunque sin ocuparse mucho del libro que  
tenía delante,  
limitábase a seguir a veces con la vista el vuelo d  
e las palomas  
mensajeras, sonriendo benévolaemente, pero sin tomar  
parte en el  
clandestino entretenimiento. A su espalda, un mucha  
cho mayorcito, de  
frente estrecha, tipo malayo y rastrera expresión d  
e envidia, que había  
tenido con él varias reyertas y sufrido más de una  
vez el empuje de sus  
poderosos puños, escribía con mucho disimulo en un  
trozo de papel de  
fumar un largo letrero; púsolo después, según el si  
stema Tapón, a una  
mosca muy gorda, y mirando antes a todas partes con  
recelo, arrojóla a  
hurtadillas por encima de la cabeza de Paco; mantúv  
ose la mosca un  
momento en el aire, y arrastrada por el peso del es  
purio rabo, posóse al  
fin en la espalda del chico que tenía Luján delante  
. Rióse este al  
verla, y extendiendo la mano prontamente, cogióla p  
or el papel; la mosca  
echó a volar dejando su molesto apéndice en manos d  
el niño, y la pobre  
criatura, alborozada con la presa, púsose a leer el

contenido de la  
misiva... Mas su gozo desapareció de repente, tornándose lívido al descifrarla, dando una media vuelta en el asiento cual si le hubiesen aplicado un hierro candente, fijando una mirada de odio feroz, de rabia pronta a desbordarse en el inofensivo Tapón, que muy alborozado, lanzaba al aire en aquel momento su decimosexto clamor de « ¡Muera el padre Bonnet! ». A espaldas de ambos seguía el malayo con maligna curiosidad aquella muda escena, que tenía a la vez mucho de infantil y de terrible.

Paco Luján volvió lentamente la cabeza hasta esconderla entre ambas manos como anonadado; clavóse en ella los agarrotados dedos temblando de rabia, y dos lágrimas, dos lágrimas de esas que rara vez se derraman a los quince años, brotaron de sus ojos y surcaron sus mejillas; la ira las secó al punto, como seca una gota de agua el símum del desierto... Había leído en aquel papel una grosera chocarrería en que se mezclaban el nombre de su madre y encubiertamente el de Jacobo, firmada por el hijo de aquel hombre odiado, el mismo Alfonsito Téllez, el inofensivo Tapón, el \_diablillo de olor de rosa\_ como le llamaba el rector del colegio, para expresar al mismo tiempo su sencillez de ángel y su travesura de diablo. ¡Qué golpe aquel tan inesperado y tan horrendo!

El niño, avezado a callar por el largo y silencioso sufrir de su corta vida, calló una vez más devorando su rencor y sus l

ágrimas, y una hora  
después, cuando la campana llamaba a los alumnos a  
clase, Paco Luján no  
dio señales de haberla oído y siguió clavado en el  
banco, con la cabeza  
entre las manos, sin más muestras de vida que los f  
recuentes  
estremecimientos nerviosos que recorrían todo su cu  
erpo. Creyóle dormido  
el padre Bonnet y separóle las manos del rostro: vi  
o entonces su frente  
arrebataada, sus ojos brillantes extraviados, y palp  
ó sus manos  
ardorosas.

--¿Qué es eso, hijo?... ¿Estás malo?... ¿Tienes cal  
entura?...

--No..., no..., no tengo nada--replicó el niño con  
forzada sonrisa.

Y arrancándose bruscamente de las manos del padre,  
echó a correr hacia  
la clase.

Jamás hubo despertar tan alegre como el que tuvieron  
al otro día los  
colegiales de Guichon; tenía aquello algo del despe  
rtar de los pájaros  
cuando en una mañana de mayo se lanzan del nido, al  
primer rayo de la  
aurora, y estalla su alegría, ruidosa, alborotada,  
comunicativa,  
derramándose por entre el follaje de los árboles co  
mo una cascada de  
alegres trinos, que llega hasta el fondo del alma y  
la conmueve, la  
arrastra y despierta en ella paz, gozo, consuelo y  
plácida gratitud  
hacia Dios. La alegre charanga del colegio sustituy  
ó aquel día a las  
severas campanadas que arrancaban de ordinario a lo

s alumnos de la profunda quietud del sueño de la infancia, para arr ojarlos en los pequeños azares, inmensos para ellos, de la vida de estudiantes; cien vivas atronadores al padre rector se unieron al punto a los acordes de la música, y la alegría desbordada, la vida bulliciosa que rebosaba en aquellos cuerpecitos, inundó de repente dormitorios, pasillos y el colegio entero, yendo a estrellarse a las puertas de la capilla por una de esas rápidas mutaciones, increíbles en los niños, que prueban el poder inmenso de la disciplina y la fuerza irresistible que en toda multitud ejerce la autoridad que sabe hacerse amar y respetar. Reinó allí un silencio profundo, oyóse misa con devota compostura y tomóse luego un pareo desayuno; hubo entonces un momento de expectación general, de angustiosa perplejidad...

Apareció el padre prefecto, el temido ejecutor de las solemnidades justicias, y mandó salir de las filas a Tapón y a otros seis sentenciados. Pintóse la consternación en todas las caritas, y mientras pálidos y constrictos se alineaban los reos a la izquierda, notóse en la multitud ese desasosiego que precede siempre en ellas a las resoluciones heroicas o desesperadas. Un chiquillo regordete salió al cabo de las filas, colorado como un tomate, y acercándose al padre rector, que en aquel momento llegaba, díjole con heroica magnanimidad:



--Que vayan al campo esos... Yo me quedo; sí, señor  
, yo me quedo por  
ellos.

Una exclamación de entusiasmo acogió la abnegación  
del héroe, y el  
rector, extendiendo la mano con ademán imponente, di-  
jo muy grave:

--Usted, señor abogado de causas perdidas, se irá a  
el campo ahora  
mismo... y esos siete señores se quitarán al momen-  
to de mi vista...

Aquí tornó el rector a alzar la mano, como si fuese  
a descargar el rayo  
vengador de la justicia, y concluyó con tremenda se-  
veridad:

--...yéndose al campo también.

La severidad del rector se deshizo entonces en una  
alegre carcajada, y  
una gritería inmensa acogió la proclamación del ind-  
ulto, mientras las  
gorras subían por lo alto en alas del entusiasmo, y  
los reos perdonados  
y el intercesor generoso eran llevados en triunfo c-  
on cariñosa  
fraternidad.

Pusiéronse todos en marcha, a través de aquellos ca-  
mpos floridos,  
aquellas verdes praderas, bosques espesos y precios-  
as casitas rodeadas  
de jardines, que adornan todo el camino desde Guich-  
on hasta el mar.  
Extendíase este por detrás de Biarritz, estrellándo-  
se contra las rocas  
con furor inmenso, amenazador e imponente, bajo aqu-  
el límpido azul y con  
aquel sosegado tiempo, como un gesto de terrible có-

lera en el rostro de  
una serena divinidad.

Más allá de la playa de los vascos, en una alta y escondida explanada que forman las rocas no lejos de cierta \_villa\_ deliciosa, hizo alto la alegre turba, dispuesta a sentar allí sus reales para comer y sestar. La comida era sustanciosa y el apetito excelente, y sentados en el suelo en grupos de diez o doce, comenzaron los chicos aquel festín delicioso, a que las brisas del mar prestaban su frescura, los rayos del sol sus resplandores y la alegría de la infancia su gracia y locuacidad. Los inspectores les vigilaban yendo de un lado a otro, tomando parte en sus conversaciones, fomentando sus bromas y sus risas, y evitando con su presencia los excesos, sin disminuir con ella la alegría y la expansión. En una de sus rondas tropezóse el padre Bonnet con Paco Luján, sentado a la turca en uno de los grupos más numerosos; parecióle el niño preocupado y taciturno, y observó ante él su plato vacío, y puesta sobre la servilleta su parte de pan intacta. Uno de sus compañeros denunciólo al punto, gritando:

--Padre... Luján no come...

Volvióse él rápidamente, y con forzada jovialidad contestó:

--¿Que no como?... ¡Vaya si como!... ¡Mira!...

Y bebióse de un trago, sin resollar siquiera, un vaso lleno de vino

hasta los bordes; mostróse desde entonces alegre, h  
ablador y chancero, y  
levantándose de repente, comenzó a dar vueltas de u  
n lado a otro, como  
si buscase algo. Había ya terminado la comida, lleg  
aba a lo sumo la  
alegría, y los chiquillos, dispersos por todos los  
lados, comenzaban a  
organizar diversas partidas de juego; en lo alto de  
una roca, montado a  
caballo sobre uno de sus salientes, hallábase Tapón  
muy afanado, en  
mangas de camisa, armando con una caña abandonada y  
un largo bramante un  
aparato de pesca. Acercósele Luján por detrás, y po  
niéndole una mano  
sobre el hombro, díjole con voz extraña:

--¡Tapón... ven acá!...

Levantó este los ojos, y a la vista de aquel pálido  
rostro y aquel torvo  
ceño, inmutóse mucho; soltó al punto la caña, terci  
óse al hombro en  
silencio la chaqueta y levantóse dócilmente:

--Anda delante--dijo Paco.

Arrancaba de allí un senderito abierto en la misma  
roca, que entre picos  
y grandes peñascos llegaba hasta la playa baja que  
azotaban las olas, y  
por allí comenzaron a bajar los niños, silenciosos  
ambos, sorprendido y  
azorado Alfonso, pálido el otro y torva la mirada,  
arrastrados los dos,  
sin saberlo, por la desventura más digna de lástima  
que existe en la  
tierra: la que acarrean al inocente los delitos del  
culpado.

Cuando llegaron a lo más hondo de la playa, donde l

os peñascos se  
erguían solitarios, y el ruido del mar ensordecía y  
espantaba, y ya no  
se escuchaba la algazara de los niños ni se descubr  
ía rastro alguno de  
hombres, volvióse Tapón lleno de zozobra y miró a s  
u compañero  
tímidamente; mas este, empujándole hacia adelante,  
le dijo:

--¡Anda!... ¿Tienes miedo?...

Terminaba el senderito que seguían en una reducida  
explanada, rodeada  
por todas partes de rocas, que la pleamar cubría po  
r completo y  
salpicaban entonces las olas con blancos espumarajo  
s, dejando al  
retirarse, en el declive, una pequeña hondonada, un  
a especie de pozo  
lleno de agua que cubriría a ambos niños hasta la c  
intura. Pegóse Tapón  
a la roca más lejana, que le cortaba la salida, vol  
viéndose de nuevo muy  
pálido y asustado, y con el ansia mortal de la zozo  
bra, con la  
desfallecida voz del miedo, dijo muy bajo:

--¿Qué quieres?

Y el otro, dando entonces rienda suelta a la rabia  
que le ahogaba, al  
rencor contra el padre de aquel inocente, fuera ya  
de su alcance, que  
por tantos años había fomentado en el fondo del pec  
ho, con la paciencia  
con que se afila la hoja de un cuchillo, gritó con  
voz terrible,  
sacudiéndole con una mano por un brazo, poniéndole  
el puño cerrado de la  
otra junto al rostro mismo:

--¿Qué quiero?... ¡Matarte es lo que quiero!... Romperte el alma...  
Tirarte al agua; que uno de los dos no vuelva al colegio...

Y sacando el bolsillo el funesto papel arrancado a la mosca el día  
antes, púsolo ante los ojos de Tapón, dilatados por el espanto, y tornó  
a gritarle lívido de ira:

--¿Conoces esto?...

El niño fijó un momento los ojos en aquel papel desconocido a que la  
mano que lo sostenía comunicaba temblores de rabia, y el pudor de su  
alma inocente tuvo fuerzas para colorear en sus mejillas por un momento  
la azulada palidez del espanto. Movi6 la cabecita y cerr6 los ojos,  
apartándolos.

--Eso es malo--dijo--, es pecado...

--¿Pecado y tú lo has escrito?--bramó el otro en el paroxismo de la  
rabia.

Y de una terrible bofetada arroj6le al suelo cuan largo era y lanz6se  
luego sobre 6l, dando ronc6s gritos de furor, vomitando contra el padre  
y la madre y el niño mismo horrendos insultos, que parecían hincharle la  
garganta como si no hubiera en ella espacio bastante para arrojarlos,  
dándole puñadas, pateándole todo el cuerpo, mesándole los cabellos y  
sacudiéndole la cabeza contra las rocas, hasta que, rendido y jadeante,  
viose de improviso las manos manchadas de sangre...

Entonces dio un paso  
atrás, pálido y descompuesto, y sucedióle al punto,  
en un segundo, lo  
que sucede a todos los corazones generosos cuando p  
asa en ellos el  
vértigo horrible de la venganza y ven ya a su vícti  
ma indefensa y  
aniquilada, tendida a sus pies: una gran piedad hac  
ia aquel pobre niño,  
en quien había querido él, sin conseguirlo del todo  
, acumular el odio  
inmenso que profesaba a su padre, invadió su pecho  
y despertó su razón,  
y con voz queda, enternecida casi, alargóle su prop  
io pañuelo, diciendo:

--Tapón..., tienes sangre...

El niño procuraba incorporarse exhalando ayes lasti  
meros, repitiendo  
siempre con acento de verdad profunda. «¡Yo no he s  
ido!... ¡Yo no he  
sido!» Y con desgarradora expresión de pena, como s  
i le dolieran más en  
el alma que sus heridas le dolían en el cuerpo los  
insultos que había  
oído contra su padre y su madre, repetía lastimeram  
ente:

--Mi padre ha muerto... Yo no lo conocí... Pero mi  
mamá es una santa,  
santa... ¿Sabes tú?... ¡Santa!...

Paco Luján sintió que el corazón entero se le derre  
tía en lágrimas, y  
acudió a sostener al niño, que parecía próximo a de  
sfallecer; tenía una  
herida en la frente y manaba de ella sangre en abun  
dancia, que corría  
por su rostro y teñía ya su camisa. Ayudóle a levan  
tar, sosteniéndole  
por debajo de los brazos, y arrastróle suavemente,

para lavarle la  
herida, hacia el pozo que la marea baja dejaba al d  
escubierto, colocado  
al pie de una roca, en la orilla misma del mar. El  
niño se dejaba  
conducir con entera confianza, apoyando la lívida c  
abecita, blanca cual  
un jazmín cortado a la mañana, en el hombro de Paco  
. Notó entonces este  
que había olvidado el pañuelo allá arriba, en el si  
tio del combate, y  
volvió corriendo en su busca; el niño, mientras tan  
to, desasosegado y  
sin tino, sintiendo tras aquella conmoción tan ruda  
la natural congoja  
del vómito, inclinóse demasiado sobre la roca y cay  
ó rodando hasta el  
mar... Una ola inmensa que reventaba en aquel momen  
to en la playa asíóle  
con sus mil garras de espuma, y en su tremenda resa  
ca arrebatólo hacia  
dentro.

Luján lanzó un alarido horrible, incomprensible en  
el aparato eufónico  
de un niño, y se quedó con el pelo erizado y los br  
azos rígidos y  
extendidos hacia aquella ola inmensa que barría del  
mundo a un inocente,  
cumpliendo una tremenda justicia de Dios.

Su estupor horrendo duró sólo un minuto... Sabía él  
nadar... y lo  
sacaría, sí, lo sacaría, aunque tuviera que bajar a  
lo profundo, aunque  
tuviera que hacerse trizas la cabeza contra los esc  
ollos del fondo, y  
luchar allí a brazo partido con el terror y la muer  
te... Y se arrancaba  
las ropas, y las tiraba a su paso, y trepaba por la  
s peñas lanzando  
gritos, dejando en ellas, sin sentirlo, pedazos de

la piel de sus  
piernas desnudas, de su pecho jadeante y comprimido  
por la espantosa  
presión del horror...

Llegó a la roca más alta, la más saliente e inclina  
da hacia el abismo, y  
agarrado a la punta, rasgándose el pecho contra las  
asperezas de la  
peña, tendió los ojos fuera de las órbitas por aque  
lla extensión  
inmensa, buscando una señal, un punto negro, un lig  
ero estremecimiento  
en la superficie del agua... ¡Nada!... ¡Nada más qu  
e aquellas olas tan  
azules y tan bellas a pesar de catástrofe tan horre  
nda, aquel cielo tan  
puro y tan radiante a pesar de horror tan profundo!

--¡Jesucristo!... ¡Virgen Santísima!... ¡Que salga,  
que aparezca!...  
¡Madre de los afligidos..., te doy mi vida en cambi  
o!... ¡Si yo no le  
odio, si le quiero, si le amo..., si amo a su padre  
mismo!... ¡Señor mío  
Jesucristo, perdón.., me pesa!... Si él era bueno..  
., la mala era mi  
madre..., ella..., ella...

Se levantó rígido, tieso como un muerto, pareciendo  
que se alargaba su  
estatura hasta crecer la mitad... Allí..., allí...,  
allá lejos, a veinte  
brazas de aquella roca se agitaba el agua un poco,  
se formaba un  
remolino, aparecía un punto negro... Sí, sí, no hab  
ía duda...  
¡Jesucristo!... ¡Una manita crispada que se alza pi  
diendo socorro!...

Y como una exhalación describió un arco en el aire



y se hundió en el  
mar la otra víctima, lanzando un grito de piedad qu  
e halló su memoria en  
lo más profundo de los recuerdos de su infancia y p  
uso la Reina de los  
ángeles en sus labios, como una prenda de perdón, e  
n aquella hora  
suprema:

¡Virgen del Recuerdo dolorida!

¿Te acordarás de mí?

Viósele nadar veinte brazas con la enérgica desespe  
ración de la agonía,  
hundirse una vez, aparecer otra, tornar otra vez a  
hundirse; salir a  
flote de nuevo, no una, sino dos cabecitas, pegadas  
, juntas, rubia la  
una, negra la otra, y sumergirse otra vez las dos f  
ormando un ligero  
vórtice, unas suaves espumas, borrosas, imperceptib  
les, en aquel mar  
inmenso, ¡limitado, roto tan sólo en el lejano hori  
zonte por una velita  
blanca que se divisaba a lo lejos...

Al día siguiente, unos pescadores de Guetary encont  
raron atravesados en  
una roca los cadáveres de los niños, abrazados estr  
echamente aun después  
de la muerte... En las ansias y rudo combate de aqu  
ella agonía tremenda,  
el escapulario de uno había pasado también al cuell  
o del otro, y  
descansaba, como una contraseña del cielo, sobre lo  
s pechos de ambos.

Jamás se supo a cuál había pertenecido en vida la s  
anta enseña: era el  
escapulario de la Virgen del Recuerdo...

Fin del libro cuarto

## Epílogo

La campana del santuario de Loyola había tocado ya el último toque de misa y el hermano portero luchaba a brazo partido, en la misma puerta, con una de esas beatas pegajosas, ávidas siempre de santa curiosidad, propaladoras incansables de nuevas místicas, que creen asegurar el triunfo de la Iglesia y la extirpación de las herejías propagando entre fieles e infieles que el padre \_A\_ estornudó dos veces seguidas, o que al padre \_B\_ se le descosió la borlita del solideo.

Una señora enlutada salió entonces de la vecina hospedería, atravesó lentamente el prado y subió las escaleras que llevan al santuario. Era una mujer alta, joven aún, que parecía agobiada por el peso de una de esas inmensas desventuras que inclinan el cuerpo a la tierra, como buscando en ella el consuelo y la paz. El negro crepúsculo que sombreaba su frente, sin ocultarla del todo, dejaba ver unos ojos rojos en que ya no había lágrimas y un rostro marchito, óvalo perfecto en que se veía, por decirlo así, incrustada una conmovedora expresión de dolor eterno.

Al pasar ante el hermano, saludóla este con muestras de gran respeto, y

la beata, ansiosa siempre de noticias, preguntóle su nombre.

--La marquesa de Sabadell--contestó el hermano.

La beata dejó escapar una exclamación de asombro, y con cierta compasiva admiración siguió a la dama con la vista, hasta ver la desaparecer por la gótica puerta del antiguo solar de Loyola.

Un cochecillo desvencijado, tirado por dos flacos rocines del país, entró al mismo tiempo por el puente de Catalangua, atravesó velozmente el prado y vino a detenerse al pie de la escalinata. Apeóse otra señora, también enlutada, muy flaca, muy pequeñita, ocultando, como la otra, entre los negros crespones un rostro consumido y lleno de pecas y unos cabellos rojos mezclados de blanco. Nadie la conocía en el país: habíase establecido aquel verano en un caserío muy bien acondicionado, cerca de los baños de San Juan, y veíasela a menudo desde el camino pasear por la huerta acompañando a un caballero muy gordo, al parecer idiota, que lanzaba gritos extraños y tristes risotadas, y no se movía de un carrito de que tiraba a veces un borriquillo pequeño, otras un criado, algunas, con bastante frecuencia, la misma señora. Los caseros de las cercanías llamábanla \_Gorriya\_, esto es, «la roja».

Al hermano portero no le era, sin embargo, desconocida la dama, y saludóla también a su paso con mucha atención y deferencia. La beata, con redoblada curiosidad, tornó a preguntar asimismo

o el nombre de esta.

--La condesa de Albornoz--replicó secamente el portero.

Penetró esta también en la santa casa y subió al famoso santuario, lleno en aquel momento de fieles de todas clases, mezclados y confundidos el señor y el labriego, la dama y la casera, con ese aire de confianza, esa perfecta igualdad que muchos pregonan y sólo se comprende y se practica en el santo templo de Dios. La Albornoz pasó rozando con su traje el traje de su infeliz prima y fue a arrodillarse, sin reparar en ella, a cuatro pasos de distancia.

No sucedió lo mismo a la marquesa de Sabadell: violó a muy bien esta, la conoció al punto, y el temblor de sus manos, el gesto espontáneo de horror con que apartó la vista, el ansia cruel con que se levantó su pecho, sin que pudieran expresar sus vaivenes una sola lágrima, como si se hubiese agotado ya en aquel corazón el manantial de ellas, revelaron claramente la impresión horrible que le hacía la presencia de aquella mujer funesta, que encontraba por primera vez después de tantas desgracias.

Comenzó la misa ante la imagen de san Ignacio, del lado de allá de la reja; la de Albornoz, flaca y macilenta, paseó a poco la vista por todas partes, buscando algún sitio en que sentarse, y no hallándolo, hízolo humildemente en el suelo, sobre las frías losas; un

anciano, pobre  
mendigo de Azpeitia, levantóse al punto del extremo  
de un banco y quiso  
cederle su puesto; mas ella, agradeciéndoselo con cariñosa sonrisa, no  
aceptó.

Llegó al fin la hora de la comunión; el sacerdote abrió el tabernáculo,  
volvióse al pueblo y bendijo a pobres y ricos, grandes y pequeños,  
inocentes y arrepentidos, verdugos y víctimas... Todas las cabezas se  
inclinaron, dobláronse todas las rodillas en el más profundo silencio...

--\_¡Ecce Agnus Dei; ecce qui tollit peccata mundi!..  
..\_

Varios hombres y mujeres se adelantaron y fueron a arrodillarse ante el  
comulgatorio; entre ellos iban la marquesa de Sabadell y la condesa de  
Albornoz, las dos rivales, el verdugo y la víctima, la mujer inocente y  
la cínica escandalosa.

Pasó largo rato; terminóse aquella misa y salió después otra, y poco a poco  
fueron desapareciendo los fieles, quedando al fin sola la Albornoz,  
arrodillada delante, sin poderse sostener apenas, caía la cabeza,  
cruzadas las manos, imagen viva de la humildad aniquilada ante la  
misericordia. Detrás estaba la marquesa de Sabadell, arrodillada a larga  
distancia, sintiendo por primera vez, después de la muerte de su hijo,  
el consuelo inefable de las lágrimas.

De repente hizo Currita un penoso esfuerzo para lev

antarse, y la otra se  
levantó también prontamente, y salió de la capilla,  
deteniéndose al lado  
de allá de la puerta, junto a la pila del agua bend  
ita... Allí la  
encontró la Albornoz, y dio un paso atrás al verla,  
pálida cual un  
espectro.

Mas ella, dando otro paso adelante, hizo un solo mo  
vimiento, una mera  
\_pequeñez\_, de esas que asombran a los hombres y re  
gocijan a los  
ángeles: metió la mano en la pila del agua bendita  
y se la ofreció con  
la punta de los dedos...

Fin

End of the Project Gutenberg EBook of Pequeñeces, b  
y Luis Coloma

\*\*\* END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK PEQUEÑECES  
\*\*\*

\*\*\*\*\* This file should be named 20011-8.txt or 2001  
1-8.zip \*\*\*\*\*

This and all associated files of various formats wi  
ll be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/0/0/1/20011/>

Produced by Chuck Greif

Updated editions will replace the previous one--the  
old editions  
will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

\*\*\* START: FULL LICENSE \*\*\*

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE  
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free

distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

## Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few



things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this

electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site ([www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, i

f a defect in the  
electronic work is discovered and reported to  
you within 90 days  
of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement  
for free  
distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a  
Project Gutenberg-tm  
electronic work or group of works on different term  
s than are set  
forth in this agreement, you must obtain permission  
in writing from  
both the Project Gutenberg Literary Archive Foundat  
ion and Michael  
Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm tradema  
rk. Contact the  
Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees  
expend considerable  
effort to identify, do copyright research on, trans  
cribe and proofread  
public domain works in creating the Project Gutenbe  
rg-tm  
collection. Despite these efforts, Project Gutenbe  
rg-tm electronic  
works, and the medium on which they may be stored,  
may contain  
"Defects," such as, but not limited to, incomplete,  
inaccurate or  
corrupt data, transcription errors, a copyright or  
other intellectual  
property infringement, a defective or damaged disk  
or other medium, a  
computer virus, or computer codes that damage or ca  
nnot be read by  
your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, t

he person or entity  
providing it to you may choose to give you a second  
opportunity to  
receive the work electronically in lieu of a refund  
. If the second copy  
is also defective, you may demand a refund in writi  
ng without further  
opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement  
or refund set forth  
in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'A  
S-IS', WITH NO OTHER  
WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDI  
NG BUT NOT LIMITED TO  
WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PU  
RPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of cer  
tain implied  
warranties or the exclusion or limitation of certai  
n types of damages.  
If any disclaimer or limitation set forth in this a  
greement violates the  
law of the state applicable to this agreement, the  
agreement shall be  
interpreted to make the maximum disclaimer or limit  
ation permitted by  
the applicable state law. The invalidity or unenfo  
rceability of any  
provision of this agreement shall not void the rema  
ining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold  
the Foundation, the  
trademark owner, any agent or employee of the Found  
ation, anyone  
providing copies of Project Gutenberg-tm electronic  
works in accordance  
with this agreement, and any volunteers associated  
with the production,  
promotion and distribution of Project Gutenberg-tm



electronic works,  
harmless from all liability, costs and expenses, in-  
cluding legal fees,  
that arise directly or indirectly from any of the fol-  
lowing which you do  
or cause to occur: (a) distribution of this or any  
Project Gutenberg-tm  
work, (b) alteration, modification, or additions or  
deletions to any  
Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

## Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of  
electronic works in formats readable by the widest  
variety of computers  
including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists  
because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from  
people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the  
assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's  
goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will  
remain freely available for generations to come. In 2001, the Project  
Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure  
and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations.  
To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation  
and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4

and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>  
.

### Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit  
501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the  
state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal  
Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification  
number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at  
<http://pglaaf.org/fundraising>. Contributions to the  
Project Gutenberg  
Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent  
permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455  
7 Melan Dr. S.  
Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered  
throughout numerous locations. Its business office is located at  
809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801)  
596-1887, email  
[business@pglaaf.org](mailto:business@pglaaf.org). Email contact links and up to date contact  
information can be found at the Foundation's website and official  
page at <http://pglaaf.org>

For additional contact information:  
Dr. Gregory B. Newby  
Chief Executive and Director

gbnewby@pglaf.org

#### Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who

approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the mai

n PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm,  
including how to make donations to the Project Gutenberg Literary  
Archive Foundation, how to help produce our new eBooks,  
and how to  
subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.

\*\*\* END: FULL LICENSE \*\*\*